

La Compañía Negra

El agua durmiente



GLEN COOK

Lectulandia

Reagrupados en Taglios, los miembros de la Compañía Negra están decididos a salvar a sus compañeros, prisioneros de la diabólica Atrapa Almas. Emprenden un viaje en condiciones terribles, y llegan justo a tiempo para la mágica conflagración en la que la carcasa de la tierra será descubierta, la historia de la Compañía desvelada y el mundo ganado y perdido... a un precio desmesurado.

Lectulandia

Glen Cook

El agua durmiente

La Compañía Negra 9

ePUB r1.3

epublector 01.08.13

Título original: *Water Sleeps*
Glen Cook, 1999
Traducción: Raquel Faes Díaz, 2009

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para John Ferraro y todos los maravillosos patitos,
todos en fila. Fue una fiestecita genial.

CAPÍTULO 1

En aquellos días la Compañía Negra no existía, lo sé porque hubo leyes y decretos que me lo confirmaron. Y a pesar de ello, no me sentía totalmente inútil.

El estandarte de la Compañía, su capitán y teniente, su portaestandarte, y todos los hombres que la habían hecho tan terrible habían muerto y estaban enterrados vivos en el corazón de un vasto desierto de piedra. En las calles y callejones de Taglios se susurraba «Piedra reluciente», y desde las alturas, los poderosos proclamaban «Se han ido a Khatovar», convirtiendo en gran triunfo lo que habían decidido evitar durante tanto tiempo, una vez que la radisha, o la protectora, o alguna otra persona, decidiera que la gente debía creer que la Compañía había cumplido su destino.

Cualquiera lo bastante viejo como para recordar a la Compañía sabía hacer mejor las cosas. Tan solo cincuenta personas se embarcaron en la aventura de aquella llanura de la piedra reluciente. La mitad de ellos no habían pertenecido a la Compañía, y solo dos habían regresado para mentir sobre lo que había sucedido. Un tercero que había regresado para comerciar con la verdad había muerto en las guerras de Kiaulune, lejos de la capital. Pero las mentiras de Atrapa Almas y Sauce Swan no engañaban a nadie, ni entonces ni ahora. La gente simplemente fingía creerles porque era más seguro.

Podrían haber preguntado por qué Mogaba necesitaba cinco años para conquistar una Compañía que había desaparecido, despilfarrando miles de vidas jóvenes para traer los dominios de Kiaulune al gobierno de la radisha y las retorcidas verdades de la protectora. Podrían haber mencionado que quienes decían ser de la Compañía Negra habían resistido durante años en Atalaya después de lo ocurrido hasta que la protectora, Atrapa Almas, acabó por impacientarse tanto por su intransigencia que invirtió su propia mejor brujería en un proyecto de dos años que redujo la enorme fortaleza a polvo, escombros, y huesos blancos. Podrían haber sacado a colación estos aspectos, pero en su lugar, permanecieron en silencio. Tenían miedo, y lo tenían con razón.

El Imperio tagliano bajo el protectorado es un imperio del miedo.

Durante los años de la resistencia, un héroe desconocido se ganó el odio eterno de Atrapa Almas por sabotear la Puerta de las Sombras, la única puerta de acceso a la llanura reluciente. Atrapa Almas era la hechicera viva más poderosa. Podría haberse convertido en la Maestra de las Sombras que eclipsara a los monstruos que la Compañía había derrotado durante sus anteriores guerras en nombre de Taglio. Sin embargo, con la Puerta de las Sombras sellada, no podía evocar sombras asesinas más poderosas que las pocas decenas que había controlado cuando trabajó en su traición a la Compañía.

Ah, pero sí que podía abrir la Puerta de las Sombras. Una vez. Aunque una vez abierta, no sabía cómo cerrarla, lo que quería decir que todo lo que había dentro sería libre de salir serpenteando y comenzar a atormentar el mundo.

Lo que quería decir que para Atrapa Almas, parte de tan pocos secretos, la elección debía ser o todo o muy poco. El fin del mundo o arreglárselas para evitarlo.

Por el momento, se las está arreglando y desarrollando continuas investigaciones. Ella es la protectora. El miedo a ella inunda el imperio. No existen retos para su terror, pero incluso ella sabe que esta era de oscura concordia no puede perdurar.

El agua duerme.

En sus hogares, en los ensombrecidos callejones, en los diez mil templos de la ciudad, los nerviosos susurros nunca cesan. «El Año de los Cráneos. El Año de los Cráneos». Es una era en la que no muere ningún dios, y los que duermen se agitan sin descanso.

En sus hogares, en los ensombrecidos callejones o campos de cereales o arrozales empapados, en los pastos y bosques y ciudades tributarias, si se ve un cometa en el cielo o una tormenta fuera de estación esparce la devastación, o, particularmente, si se agita la tierra, murmuran: «El agua duerme». Y tienen miedo.

CAPÍTULO 2

Me llaman Dormilón. De niño era retraído, me escondía de los horrores de mi infancia en la comodidad y la seguridad de ensoñaciones y pesadillas. Siempre que no tenía que trabajar, iba allí a esconderme. Allí, el mal no podía tocarme. No conocí un lugar más seguro hasta que la Compañía Negra llegó a Jaicur.

Mis hermanos me acusaban de dormir todo el tiempo y les molestaba mi capacidad de escabullirme. No entendían nada. Murieron sin llegar a entender nada. Yo seguía durmiendo. No me desperté del todo hasta que estuve en la Compañía unos cuantos años.

Hoy sigo conservando estos Anales. Alguien tiene que hacerlo y nadie más puede, aunque el título de analista nunca me ha sido concedido formalmente.

Existen precedentes.

Los libros deben ser escritos. La verdad debe ser documentada incluso si el destino decreta que ningún hombre lea jamás ni una palabra de lo que escribo. Los Anales son el alma de la Compañía Negra. Ellos sirven de memoria de que esto es lo que somos, de que esto es lo que éramos, de que debemos perseverar. Y de que la traición, como siempre, no consiguió chupar la última gota de nuestra sangre.

Ya no existimos, es lo que nos dice la protectora. La radisha lo jura. Mogaba, ese poderoso general con sus mil oscuros honores, desprecia nuestra memoria y escupe sobre nuestro nombre. Para la gente de la calle no somos más que un recuerdo maligno e inquietante. Atrapa Almas es la única que no mira por encima de sus hombros para ver lo que podría estar ganando terreno.

Somos fantasmas testarudos. No vamos a descansar, no vamos a dejar de inquietarles. Durante mucho tiempo no hemos hecho nada, pero aún tienen miedo. Su culpa no puede dejar de susurrar nuestro nombre.

Vaya si deberían tener miedo.

En algún lugar de Taglios, cada día, un mensaje aparece sobre una pared, escrito a tiza o con pintura, o incluso con sangre de algún animal. Solo un pequeño recordatorio: el agua duerme.

Todo el mundo sabe lo que eso significa. Lo susurran, conscientes de que existe un enemigo ahí fuera más agitado que el agua corriente. Un enemigo que, de alguna manera, algún día, saldrá a bandazos de la boca de su tumba y vendrá a por aquellos que jugaron a la traición. No conocen ninguna fuerza que pueda evitarlo. Se les advirtió de ello diez mil veces antes de que sucumbieran a la tentación. Ahora ningún mal puede protegerlos.

Mogaba tiene miedo.

La radisha tiene miedo.

Sauce Swan tiene tanto miedo que apenas es capaz de nada, como el hechicero

anterior a él, Humo, a quien acusó y tormentó por su cobardía. Swan conocía la Compañía de los viejos tiempos, en el norte, antes de que nadie aquí la reconociese como más que un oscuro recuerdo de un terror antiguo. Los años no han visto durezas en el miedo de Swan.

Purohita Drupada tiene miedo.

El inspector general Gokhale tiene miedo.

La protectora es la única que no tiene miedo. Atrapa Almas no le teme a nada. Atrapa Almas no le importa nada. Se mofa y desafía al demonio. Está chalada. Se reiría a carcajadas y se tomaría como un espectáculo su propio cuerpo consumido por las llamas.

Su ausencia de miedo deja a sus secuaces en un lugar mucho más problemático, ya que ellos saben que ella los conducirá de cabeza a las trituradoras mandíbulas del destino.

De vez en cuando aparece otro mensaje en alguna pared, una nota más personal: «Todos sus días están contados».

Yo estoy en la calle cada día, bien yendo al trabajo, a espiar, escuchar, captar rumores o lanzar algunos nuevos dentro del anonimato de *Chor Bagan*, el Jardín de los Ladrones, que incluso los grises aún no han sido capaces de extirpar. Solía disfrazarme de prostituta, pero resultó ser demasiado peligroso, hay gente ahí fuera que hace que la protectora parezca la cordura en persona. Es una suerte extraordinaria que el destino les niegue el poder de ejercer la profundidad y alcance de sus psicosis en toda su extensión.

La mayoría de las veces voy disfrazado de joven, como solía hacer siempre. Desde el final de las guerras, todo está lleno de jóvenes desarraigados.

Cuanto más bizarro sea el nuevo rumor, más rápido se propaga fuera de *Chor Bagan* y con mayor fuerza roe los nervios de nuestros enemigos. Siempre, siempre, Taglios debe disfrutar de una sensación de nefasta premonición. Debemos darles su ración de augurios, señales y presagios.

La protectora nos caza en sus momentos más lúcidos, pero nunca permanece interesada durante mucho tiempo. Es incapaz de centrar su atención en ninguna cosa. ¿Por qué iba a preocuparle? Estamos muertos, ya no existimos, ella misma ha declarado que esa es la realidad. Como protectora es el gran árbitro de realidad para todo el Imperio tagliano.

Pero: «El agua duerme».

CAPÍTULO 3

En aquellos días, la espina dorsal de la Compañía era una mujer que nunca se nos unió formalmente, la hechicera Ky Sahra, esposa de mi predecesor como analista Murgén, el portaestandarte. Ky Sahra era una mujer inteligente con una voluntad como el acero afilado. Incluso Goblin y Un Ojo le concedían eso. No se dejaba intimidar por nadie, ni siquiera por su anciano y malvado tío Doj. Temía a la protectora, la radisha y los grises tanto como podía temerle a un repollo. Las malas intenciones de los Impostores, su mesías la Hija de la Noche y su diosa Kina no intimidaban a Sahra en absoluto. Había mirado en el corazón de la oscuridad y sus secretos no inspiraban ningún pavor en ella. Solo había una cosa que hiciera a Sahra temblar.

Su madre, Ky Gota, era la encarnación del descontento y la queja. Sus lamentos y reproches eran de una potencia tal que la hacían parecer un avatar de alguna irritada deidad aún no descubierta por la humanidad.

Nadie quiere a Ky Gota excepto Un Ojo, e incluso él la llama Trol a sus espaldas.

Sahra se estremeció cuando su madre entró cojeando lentamente en una habitación que de repente se había quedado en silencio. Ahora no teníamos el poder, teníamos que usar las mismas escasas habitaciones para todo. Tan solo un tiempo atrás, estas habitaciones estaban llenas de holgazanes, una compañía, la mayoría empleados de Banh Do Trang. Todos nos quedamos mirando a la anciana, esperando que se diese prisa, que pasase por alto esta oportunidad de hacer vida social.

El anciano Do Trang, tan débil que estaba recluido en una silla de ruedas, se desplazó hasta Ky Gota, con la evidente esperanza de que una muestra de preocupación la hiciera seguir avanzando.

Todo el mundo quería siempre que Gota se fuese a otra parte.

En esta ocasión, el sacrificio del anciano surtió efecto. Era verdad que ella se había encontrado incómoda ya que no había arengado a los más jóvenes.

El silencio persistió hasta que volvió el viejo mercader. Él era el propietario del lugar, y nos permitía usarlo como nuestra base de operaciones. No nos debía nada y aun así compartía el peligro con nosotros por amor a Sahra. Siempre se debía escuchar sus opiniones y honrar sus deseos.

Do Trang volvió cansinamente sobre sus cuatro ruedas tras no permanecer fuera demasiado tiempo. El hombre que ocultaban esas manchas en su piel parecía tan frágil que debía de ser un milagro que pudiese mover la silla él solo.

Sahra nos dijo:

—Todo está en su sitio. Se han vuelto a comprobar todas las fases y facetas. Goblin y Un Ojo están sobrios. Es hora de que la Compañía se haga oír. —Eché un vistazo a su alrededor, como invitando a los comentarios.

Para mí, el momento no había llegado, pero ya lo había dejado claro cuando ideé este plan y nadie había votado a favor. Me permití un gesto de desprecio y encogí los hombros.

Como no había ninguna nueva objeción, Sahra continuó:

—Comenzad la primera fase. —Hizo un gesto a su hijo. Tobo asintió y se escabulló.

Tobo era un muchacho flaco, desaliñado y de apariencia sospechosa. Era un nyueng bao, lo que quería decir que tenía que ser un ratero y un ladrón y se debía vigilar cada uno de sus movimientos. En consecuencia, como le observaban todo el tiempo, nadie examinaba detalladamente lo que hacía mientras que no acercara las manos a alguna cartera descuidada o algún tesoro de tenderete. La gente no buscaba lo que no esperaba ver.

Las manos del chico permanecían tras su espalda, y mientras que las mantuviera ahí, no era considerado una amenaza, ya que no podía robar. Nadie reparaba en las pequeñas manchas descoloridas que dejaba en cualquier pared sobre la que se apoyase.

Los niños gunni se le quedaban mirando por lo extraño que era con su vestimenta de pijama. Los gunni dan una buena educación a sus hijos, los gunni son un pueblo pacífico, en su mayor parte. Los niños shadar, sin embargo, están hechos de una pasta más dura. Son más valientes, su religión tiene sus raíces en la filosofía del guerrero. Algunos jóvenes shadar se proponen acosar al ladrón.

¡Y por supuesto que era un ladrón! Era un nyueng bao, y todos sabían que los nyueng bao eran ladrones.

Los shadar mayores llamaban a los más jóvenes y les decían que del ladrón se encargarían los responsables correspondientes.

La religión shadar también tiene su ramalazo de rectitud burocrática.

Incluso un alboroto tan insignificante atraía la atención oficial. Tres pacificadores shadar con armaduras grises, altos, con barba y turbantes blancos se abrieron paso entre los medios de comunicación. Miraban a su alrededor constantemente, con intención, olvidándose del hecho de que viajaban en una isla de espacio abierto. Las calles de Taglios están abarrotadas, día y noche, y aun así las masas siempre encuentran sitio para escabullirse de los grises. Los grises son todos los hombres que tienen dureza en los ojos, que parecen haber sido escogidos por su falta de paciencia y compasión.

Tobo se deslizó entre la multitud como una serpiente negra entre los juncos de un pantano. Cuando los grises interrogaron sobre el alboroto, nadie pudo describir al chico de ninguna otra forma que lo que les permitían suponer sus prejuicios: un ladrón nyueng bao. Y en Taglios había una plaga de ellos. En aquellos días la capital rebosaba de toda clase de extranjeros. Todos los holgazanes, ignorantes y rufianes a

lo largo y ancho del imperio emigraban a la ciudad. La población se había triplicado en una generación, pero si fuese por la cruel eficacia de los grises, Taglio se habría convertido en un agujero caótico y criminal, las llamas de un infierno cuyo combustible eran la pobreza y el desprecio.

La pobreza y el desprecio existían por doquier, pero el palacio no permitía que ningún disturbio echara raíces. Al palacio se le daba bien descubrir nuestros secretos, de modo que las carreras criminales tendían a ser más bien cortas, al igual que las vidas de la mayoría que pretendiese conspirar contra la radisha o la protectora. En particular la protectora, a quien no le causaba especial preocupación la santidad de la piel de ninguna otra persona.

En épocas pasadas, la intriga y conspiración habían sido una nociva plaga que afectaba a toda la vida en Taglios, pero de eso ya quedaba poco. La protectora no lo aprobaba, y la mayoría de los taglianos se desvivían por ganarse su aprobación. Incluso el clero evitaba el desprecio de Atrapa Almas.

En algún momento, la vestimenta negra del chico se soltó y le dejó solo con el taparrabos de estilo gunni que llevaba debajo. Ahora tenía el aspecto de cualquier otro joven, solo que con una piel un poco más ictérica. Estaba a salvo, había crecido en Taglios, no tenía ningún acento que le delatase.

CAPÍTULO 4

Era el tiempo de espera, la quietud, el no hacer nada que abunda antes de cualquier acción seria. Había perdido la práctica. No podía echarme para atrás y jugar al tonk o quedarme mirando mientras Un Ojo y Goblin intentaban estafarse el uno al otro. Además, tenía calambres de escritor, de modo que no podía trabajar en mis Anales.

—¡Tobo! —llamé—. ¿Quieres ir a ver cómo sucede?

Tobo tenía 14 años y era el más joven de nosotros. Creció en la Compañía Negra. Tenía exuberancia e impaciencia jóvenes en abundancia y también confiaba demasiado en su propia inmortalidad y exención divina de la retribución. Disfrutaba de los encargos de la Compañía. No estaba demasiado seguro de creer en su padre, nunca lo conoció. Nosotros nos esforzamos mucho en evitar que se convirtiese en el niño mimado de nadie, pero Goblin insistía en tratarlo como a un hijo pródigo. Intentaba hacer de su tutor.

El dominio del tagliano escrito de Goblin era más limitado de lo que él admitía. Estaba compuesto por cien caracteres utilizados en el lenguaje vulgar del día a día y cuarenta más que estaban reservados a los sacerdotes, que escriben en el modo alto, un lenguaje formal secundario que casi nadie habla. Para el registro de estos Anales, yo uso una mezcla de los dos.

Una vez que Tobo aprendió a leer, «el tío» Goblin le obligaba a hacerlo en voz alta para él.

—¿Puedo ponerle algunos botones más, Dormilón? Mamá piensa que atraerían más atención en el palacio.

Me sorprendió que hablara con ella durante tanto tiempo. Los chicos de su edad son, como poco, hoscos; él era grosero con su madre la mayor parte del tiempo, y lo habría sido más, y también más desafiante, si no hubiese sido bendecido con tantos «tíos» que no toleraban esa clase de actitud. Naturalmente, Tobo veía todo aquello como una gran conspiración de los adultos. Eso sí, en público, porque en privado, y de vez en cuando, era susceptible a la razón, siempre que alguien que no fuese su madre se le acercase delicadamente.

—Unos pocos, quizá. Pero pronto oscurecerá y después comenzará el espectáculo.

—¿De qué vamos a ir vestidos? No me gusta cuando vas de puta.

—Vamos a ir de huérfanos callejeros.

Aunque aquello también tenía sus riesgos. Podíamos ser capturados por una pandilla de prensa y ser obligados a alistarnos en el ejército de Mogaba. Hoy en día sus soldados tienen una categoría un poco mejor que la de esclavos. Están sujetos a una disciplina salvaje. Muchos de ellos son delincuentes insignificantes a los que se les da la opción de la dura justicia o alistarse, y el resto son hijos de la pobreza con

ningún otro lugar a donde ir. Este era el estándar de hombres de ejército profesionales como los que había visto Murgén en el lejano norte, mucho antes de mi época.

—¿Por qué te preocupas tanto por los disfraces?

—Si no mostramos la misma cara más de una vez, nuestros enemigos no tienen forma de saber a quién están buscando. No los subestimes nunca, especialmente a la protectora. Ha burlado a la misma muerte más de una vez.

Tobo no estaba preparado para creer ni eso ni la mayoría del resto de nuestra exótica historia. Aunque no de una forma tan insoportable como la mayoría, estaba pasando por esa etapa en la que sabía todo lo que valía la pena saber y nada de lo que dijese sus mayores (especialmente si contenía algún tipo de matiz educativo) era digno de ser escuchado. No lo podía evitar, iba con la edad.

Y yo tenía mi propia edad, y no podía evitar decir cosas que sabía que no iban a hacer ningún bien.

—Está en los Anales, tu padre y el capitán no se inventaron historias.

Tampoco quería creerse eso, así que dejé de insistir. Cada uno de nosotros debe aprender a respetar los Anales a nuestro modo, a su tiempo. El estado de apocamiento de la Compañía dificulta que se pueda captar el concepto de tradición. Solo hay dos hermanos de la Vieja Banda que sobrevivieron a la trampa de Atrapa Almas en la llanura de piedra y a las guerras de Kiaulune que vinieron después. Goblin y Un Ojo son, desafortunadamente, ineptos para transmitir la mística de la Compañía: Un Ojo es demasiado vago y Goblin tiene demasiada dificultad para expresarse. Yo era aún prácticamente un aprendiz cuando la Vieja Banda se aventuró hacia la llanura en la búsqueda de Khatovar del capitán, que, por cierto, no encontró. No el Khatovar que estaba buscando, en cualquier caso.

Estoy asombrado. Dentro de poco, tendré veinte años de veteranía. Casi no llegaba a los catorce cuando Bucket me acogió bajo su ala... Pero yo nunca fui como Tobo. A los catorce yo ya era un anciano del dolor. Después, durante años, Bucket me rescató, rejuvenecí...

—¿Qué?

—¿Qué por qué pareces tan enfadado de repente?

—Estaba recordando cuando tenía catorce años.

—Las chicas lo tienen tan fácil... —Se calló. Se quedó blanco. Su ascendencia norteña se hizo patente: era un asqueroso arrogante y mimado, pero tenía suficiente cerebro como para reconocer cuándo ponía un pie en un nido de serpientes venenosas.

Le conté lo que sabía, no lo que no sabía.

—Cuando yo tenía catorce años, la Compañía y nyueng bao estaban atrapados en Jaicur. Aquí lo llaman Dejagore.

El resto ya no importa, está en un lugar seguro del pasado.

—Ahora ya casi no tengo pesadillas.

Tobo ya había oído mucho más de lo que habría deseado nunca sobre Jaicur, ya que su madre, abuela y tío Doj también habían estado allí.

—Goblin dice que estos botones nos van a dejar impresionados —susurró Tobo—, no solo emiten luces espeluznantes, también pueden remorder la conciencia de alguien.

—Eso sería inusual. —La conciencia era una rara comodidad en ambos lados de nuestra disputa.

—¿De verdad conocías a mi padre?

Tobo había oído historias sobre él toda su vida, pero últimamente quería saber más. Murgen había empezado a importarle más que solo de boquilla.

Le dije lo que ya le había dicho antes:

—Era mi jefe. Me enseñó a leer y escribir, era un buen hombre. —Solté una risa débil—. Tan bueno como puede ser un hombre que pertenece a la Compañía Negra.

Tobo se detuvo y respiró profundamente. Se quedó mirando a algún punto del anochecer, por encima de mi hombro izquierdo.

—¿Erais amantes?

—No, Tobo, no. Amigos, casi. Pero desde luego no amantes. Él no supo que yo era una mujer hasta justo antes de irse a la llanura reluciente, y yo no sabía que él lo sabía hasta que leí estos Anales. Nadie lo sabía. Todos pensaban que yo era solo un renacuajo muy mono que no crecía nunca. Yo dejé que pensarán eso, me sentía más segura como uno de los chicos.

—Ah.

Su tono fue tan neutral que tuve que preguntar:

—¿Y por qué lo has preguntado?

No tenía ninguna razón para creer que yo me comportaba diferente antes de conocerme.

—Solo por curiosidad.

Algo debió de haberle motivado a ello, probablemente un «Me pregunto si...» de Goblin o Un Ojo mientras degustaban un poco de su veneno de elefantes casero.

—Yo no pregunté. ¿Has puesto los botones detrás del espectáculo de sombras?

—Eso es lo que me dijeron que hiciera.

Un espectáculo de sombras utiliza marionetas recortables montadas sobre palos. Algunas de sus extremidades se mueven mecánicamente y una vela que hay detrás proyecta sus sombras en una pantalla de tela blanca. El titiritero tiene todo un registro de voces para contar su historia mientras hace maniobras con sus marionetas. Si es suficientemente entretenido, el público le tira algunas monedas.

Este titiritero en particular había actuado en el mismo sitio durante más de una generación. Dormía dentro del montaje de su escenario, y, haciéndolo, vivía mejor

que la mayoría de la población flotante de Taglios.

Era un informador y no era querido por la Compañía Negra.

La historia que contaba, como casi todas las historias, se extraía del mito. Nació del ciclo Khadi en ella se veía envuelta una diosa con demasiados brazos que no paraba de devorar demonios.

Obviamente, todo el rato devoraba a la misma marioneta demoníaca, más o menos como en la vida real, donde el mismo demonio regresa una y otra vez.

De los tejados del oeste colgaba tan solo un toque de color.

Hubo un grito desgarrador. La gente se paró a mirar una luz naranja chillona, de detrás del puesto del titiritero salía, tambaleándose, un humo naranja brillante. Las cuerdas meneaban el bien conocido emblema de la Compañía Negra: una calavera con colmillos y sin mandíbula inferior de la que brotaban llamas. El fuego escarlata en la cuenca de su ojo izquierdo parecía una pupila que miraba fijamente dentro de ti y buscaba aquello que más temías.

Lo del humo duró solo unos segundos, y alcanzó los tres metros antes de dispersarse y dejar como resultado un aterrorizado silencio. El aire mismo parecía susurrar «El agua duerme».

Un quejido, un destello, y apareció una segunda calavera. Esta era dorada con un ligero tinte azul. Duró más que la anterior y se elevó tres metros más antes de perecer. Susurraba: «Mi hermano no perdonado».

—¡Qué vienen los grises! —exclamó alguien lo suficientemente alto como para ver la multitud. Ser bajo me pone fácil desaparecer entre la gente, pero también me dificulta ver lo que está sucediendo más allá.

Los grises nunca están lejos. Sin embargo, contra este tipo de cosas no tienen nada que hacer. Pueden ocurrir en cualquier sitio en cualquier momento, y tienen que ocurrir antes de que ellos reaccionen. Nuestra supuesta regla inquebrantable es que los autores nunca deberían estar cerca cuando los botones hablan. Los grises entienden eso, ellos solo se ocupan de los movimientos. La protectora debe de estar apaciguada, los pequeños shadar deben ser alimentados.

—¡Ahora! —exclamó Tobo cuando llegaron cuatro grises. Un alarido estalló desde detrás del escenario del titiritero e incluso hizo que él mismo saliese corriendo, apabullado, y se inclinase hacia su escenario con la boca abierta. Hubo un destello menos brillante, pero más persistente que sus predecesores y la subsiguiente imagen de humo fue más compleja y también duró más. Parecía ser un monstruo. El monstruo se centró en los shadar. Uno de los grises articuló su nombre: «Niassi».

Niassi era un demonio principal en la mitología shadar. En las creencias gunni existe un demonio similar bajo un nombre diferente.

Niassi era el jefe del círculo interior de los demonios más poderosos. Las creencias shadar, siendo Vehdna heréticas, incluyen un infierno postumo y punitivo,

pero también, sin lugar a dudas, la posibilidad de un infierno de tipo gunni en la tierra, en vida, gestionado por demonios a merced de Niassi, enviados para los particularmente traviesos. A pesar de comprender que estaban siendo objeto de una mofa, los grises se conmocionaron. Esto era algo nuevo, esto era un ataque que provenía de una dirección sensible y no prevista. Para ponerle la guinda al pastel, todo esto ocurría entre uno de los rumores más fuertes que había habido que asociaban a los grises con los viles ritos que supuestamente practicaba la protectora.

Los niños desaparecen. La razón sugiere que esto es inevitable e ineludible en una ciudad tan enorme y superpoblada, incluso si no hay ningún hombre malvado esperando en el exterior. Los bebés se esfuman tras merodear por ahí y perderse, y hay cosas horribles que le ocurren a la gente buena. Un rumor astuto y maligno puede reasignar el entumecido mal de la posibilidad a la premeditada malicia de gente en la que nadie había confiado igualmente.

La memoria se vuelve selectiva.

No nos importa mentir un poco sobre nuestros enemigos.

Tobo gritó algo insultante. Yo comencé a tirar de él y traerlo a nuestra guarida. Otros empezaron a maldecir y a burlarse de los grises y Tobo lanzó una piedra que golpeó el turbante de uno de ellos. Estaba demasiado oscuro para que pudieran distinguir ninguna cara. Comenzaron a desenfundar varas de bambú y los ánimos de la multitud se exaltaron. No pude evitar sospechar que había algo más allá del espectáculo demoníaco que no había captado el ojo. Conocía a nuestros mansos hechiceros y sabía que los taglianos no perdían el control tan fácilmente. Toda la gente que vive en una proximidad tan artificialmente cercana necesita una enorme cantidad de paciencia y autocontrol.

Busqué con la mirada cuervos, murciélagos revoloteando, o cualquier otra cosa que pudiera ser espía de la protectora. Tras la caída de la noche, todos nuestros riesgos se disparan: no podemos ver lo que podría estar vigilándonos. Me agarré del brazo de Tobo.

—No deberías haber hecho eso, está lo suficientemente oscuro para que salgan las sombras.

A él esto no le impresionó.

—Goblin se va a alegrar. Pasó mucho tiempo trabajando en esto y ha funcionado a la perfección.

Los grises soplaron sus silbatos para reunir refuerzos.

Un cuarto botón soltó su fantasma de humo, pero nos perdimos el espectáculo. Tiré de Tobo a lo largo de todas las sombras entre la agitación y nuestra base para que se explicase ante los tíos dentro de poco. Aquellos para los que la paranoia sigue siendo una forma de vida serán los que estén ahí para saborear las múltiples venganzas de la Compañía. Tobo necesitaba más entrenamiento. Su comportamiento

podría haber sido aprovechado por un adversario inteligente.

CAPÍTULO 5

Sahra me hizo llamar tan pronto como llegamos, no para regañarme por permitir que Tobo corriera riesgos estúpidos, sino para que observase cómo lanzaba su siguiente movimiento. Quizás ya fuese hora de que Tobo se encontrase con algo que le asustase de verdad. La vida subterránea no perdona y muy raramente te da una segunda oportunidad. Y Tobo tenía que entender esto en su corazón.

Después de que Sahra me interrogase sobre los hechos ocurridos fuera, se aseguró de que Goblin y Un Ojo estuvieran también al corriente de su disgusto. Tobo no estaba allí para defenderse.

Ellos no se dejaron amedrentar. Ningún despropósito de cuarentona como aquella iba a intimidar a dos veteranos como ellos. Además, ellos habían incitado a Tobo en cierta parte de su travesura.

Sahra dijo:

—Voy a convocar a Murgén.

No parecía demasiado segura. No le había consultado mucho recientemente y todos nos preguntábamos por qué. Ella y Murgén eran un matrimonio por amor mítico que llevaba a las espaldas todo el equipamiento que conllevan las historias eternas, incluyendo a dioses desafiados, padres decepcionados, separaciones desesperadas y reencuentros, conspiraciones de enemigos y demás. Lo que les quedaba por hacer era que uno descendiese al reino de los muertos para rescatar al otro y ahora mismo, Murgén se cobijaba en un frío y agradable infierno subterráneo, cortesía de la chalada hechicera Atrapa Almas. El y todos los Tomados seguían vivos, en un estado atemporal, bajo la llanura de la piedra reluciente en un lugar y situación que nosotros solo conocíamos porque Sahra invocaba el espíritu de Murgén.

¿Sería tal estado atemporal el problema? Sahra envejecía cada día más y Murgén no. ¿Había ella empezado a temer ser más vieja que su madre antes de que liberasen a los Tomados?

Tristemente, y tras años de estudio, me doy cuenta de que la historia podría realmente girar alrededor de consideraciones personales como esta y no alrededor de la lucha por la consecución de ideales, ya sean oscuros o immaculados.

Hace mucho tiempo que Murgén había aprendido a abandonar su cuerpo mientras dormía. Aún conservaba algo de esta capacidad, pero por desgracia se vio disminuida por las restricciones sobrenaturales de su cautividad. No podía hacer nada fuera de la caverna de los ancianos sin ser convocado por Sahra, o, probablemente (y de manera escalofriante), por alguno de los otros nigromantes que supieran llegar a él.

El fantasma de Murgén era nuestro espía supremo. Fuera de nuestro círculo, nadie podía detectar su presencia aparte de Atrapa Almas. Él nos informaba de todas y cada una de las conspiraciones de nuestros enemigos, aquellas que sospechábamos lo

suficiente como para pedirle a Sahra que investigase. El proceso era pesado y bastante limitado, pero aun así, Murgén era nuestra arma más potente: sin él no podíamos sobrevivir.

Y Sahra estaba siendo más reacia que nunca a convocarle.

Quién sabe, es difícil seguir teniendo fe. Muchos hermanos la han perdido y han desaparecido en el caos del imperio. Otros, en cambio, ven su fe renovada siempre que conseguimos uno o dos éxitos remarcables.

Los años han sido dolorosos para Sahra: se cobraron sus tres hijos, una agonía que ningún padre que ama a sus hijos debería soportar. Además perdió a su padre, pero esa pérdida no la hizo sufrir mucho. Ninguno de los que recordaban a aquel hombre hablaba bien de él. Sahra sufrió también, junto con el resto de nosotros, durante el asedio de Jaicur.

Puede que Sahra (y el resto de los nyueng bao) hubiesen enfadado a Ghanghesha, o puede simplemente que el dios de las cabezas de elefante disfrutase de gastar bromas crueles a sus devotos. Desde luego, Kina se había echado unas buenas risas a costa de ellos.

Goblin y Un Ojo no solían estar presentes cuando Sahra invocaba a Murgén. Ella no necesitaba su ayuda, sus poderes eran limitados, pero fuertes, y esos dos podían distraerla incluso cuando trataban de comportarse.

El hecho de que los dos veteranos estuviesen allí me transmitió que algo inusual se estaba tramando. Porque son viejos, tanto que se pierde la cuenta; lo que los mantiene a flote son sus habilidades. Un Ojo, si los Anales no mienten, va de camino a los doscientos, y su adlátere joven se ha quedado casi un siglo atrás.

Ninguno de los dos es, siendo generoso, demasiado alto. Los dos son más bajos que yo y nunca fueron más altos, ni siquiera mucho antes de convertirse en viejas reliquias, lo que empezó a ocurrirles, probablemente, a los quince años. Yo no puedo imaginarme a Un Ojo siendo otra cosa que viejo; de hecho, creo que debe de haber nacido viejo y llevando el sombrero negro más feo y asqueroso que haya existido jamás.

Quizás Un Ojo sigue vivo por la maldición de ese sombrero, quizás el sombrero lo usa de semilla y su supervivencia depende de él.

Ese tosco y apestoso trozo de fieltro harapiento va acabar en la hoguera más cercana antes de que al cadáver de Un Ojo le dé tiempo a enfriarse. Todo el mundo lo odia.

Goblin le tiene particular asco a ese sombrero y lo menciona cada vez que él y Un Ojo se pelean, lo que ocurre casi siempre que se ven.

Un Ojo es pequeño, negro y arrugado. Goblin es pequeño, blanco y arrugado y tiene la cara de un sapo seco, y Un Ojo se lo recuerda cada vez que se pelean, lo que suele ocurrir siempre que tienen espectadores, pero nadie se mete entre ellos.

A pesar de todo esto, ponen todo su empeño en comportarse en presencia de Sahra. Esta mujer tiene un don, saca lo mejor de cada uno, a excepción de su madre, aunque el Trol es mucho peor lejos de su hija.

Afortunadamente, no vemos mucho a Ky Gota, las articulaciones le duelen demasiado. Tobo ayuda a su cuidado, ya que nosotros explotamos cínicamente la especial inmunidad de la que goza ante sus improperios. Ella adora al chico, incluso aunque su padre fuese carroña extranjera.

Sahra me dijo:

—Estos dos aseguran que han encontrado un modo más efectivo de materializar a Murgén, para que os podáis comunicar directamente. —Normalmente, Sahra tenía que hablar con Murgén tras convocarlo, ya que yo no tengo un oído físico.

—Si le convocas con la suficiente fuerza como para que los demás podamos verle y oírle, entonces Tobo también debería estar presente. De repente tiene un montón de preguntas sobre su padre —respondí.

Sahra me echó una mirada extraña. No había entendido lo que yo quería decir.

—El chaval tiene que conocer a su viejo —terció Un Ojo. Se quedó mirando a Goblin esperando que este, que no conocía al suyo, le contradijese. Era su costumbre: buscar un motivo para pelear y pasar por alto nimiedades como los hechos o el sentido común. El debate sobre si valían o no todas las reyertas que causaban se remontaba a generaciones atrás.

En esta ocasión, Goblin se abstuvo; ya le rebatiría cuando Sahra no estuviese presente para avergonzarle con una llamada a la razón.

Sahra asintió en dirección a Un Ojo:

—Pero primero tenemos que comprobar que tu plan funciona realmente.

El ego de Un Ojo comenzó a inflarse. ¿Acaso alguien se atrevía a insinuar que sus hechizos necesitaban trabajos de campo? ¡Venga ya! Ya podían olvidarse de lo ocurrido anteriormente: esta vez...

Interrumpí sus pensamientos:

—No empieces.

El tiempo le había jugado una mala pasada a Un Ojo y su memoria ya no era de fiar; es más, últimamente tenía tendencia a quedarse dormido en mitad de las reuniones o a olvidar lo que le había motivado cuando se lanzaba a despotricar sobre algo. A veces terminaba contradiciéndose.

Aunque aún se las arreglaba solo, era la sombra de la vieja y desgastada reliquia que había sido cuando lo conocí. Sin embargo, a mitad de camino de algún viaje era probable que olvidase dónde estaba. A veces eso estaba bien, ya que era Un Ojo, pero en general era una pesadez. Normalmente, y cuando era importante, Tobo era el encargado de mantenerlo enfocado en la dirección correcta. Un Ojo también adoraba al chaval.

La creciente fragilidad del apocado hechicero facilitaba mucho que lo mantuviésemos dentro, lejos de las tentaciones de la ciudad. Un solo momento de indiscreción podía matarnos a todos y Un Ojo nunca llegó a captar lo que significaba ser discreto.

Goblin se rio al ver a Un Ojo agachar las orejas y yo sugerí:

—Vosotros dos, ¿podrías concentraros en lo que se supone que debéis estar haciendo? —Me acosaba el terror a que un día Un Ojo se quedase dormido en medio de un encantamiento mortal y nos dejase a todos hasta el cuello de demonios o insectos chupasangre angustiados por haber sido capturados de alguna ciénaga a mil kilómetros de aquí—. Esto es importante.

—Siempre es importante —refunfuñó Goblin—, incluso cuando es un «Goblin, échame una mano, soy demasiado vago para sacarle brillo a la plata yo solo», hacen que suene como si fuese el fin del mundo. ¿Qué siempre es importante? ¡*Hm1mph!*

—Ya veo que esta noche estás de buen humor.

—¡*Graj!*

Un Ojo saltó de su silla y, apoyado en su bastón, murmurando comentarios no muy halagadores sobre mi persona, se desplazó hasta Sahra. Había olvidado que antes yo era una mujer y cuando lo recordó fue un poco menos desagradable conmigo, aunque yo no espero un trato especial por haber tenido esa mala suerte de nacimiento.

Un Ojo se volvió peligroso de un modo totalmente nuevo el día que adquirió ese bastón. Lo usaba para azotar o poner la zancadilla a la gente.

Siempre se quedaba dormido aquí o allí pero nunca podías estar seguro de que lo estuviese de verdad, y si lo estaba fingiendo, su bastón bien podía salir disparado y enmarañarse entre tus piernas.

Lo que nos aterraba a todos era que Un Ojo no fuese a durar mucho más. Sin él, nuestras probabilidades de seguir pasando desapercibidos caían en picado. Goblin seguro que se esforzaría en poner de su parte, pero él era solo un hechicero de poca monta. Nuestra situación en aquel momento precisaba del trabajo de más de dos en la flor de la vida.

—Empieza ya, mujer —espetó Un Ojo—. Goblin, saco de mocos de escarabajo inservible, ¿vas a traer todo eso? No quiero estar aquí pasmado toda la noche.

Sahra tenía una mesa preparada para ellos (ella no utilizaba esa clase de objetos de atrezo) y a una hora determinada se concentraría en Murgén. Normalmente establecía contacto con rapidez. En «esos días del mes» en que su sensibilidad descendía, cantaba en nyueng bao. A diferencia de algunos de mis hermanos de la Compañía, yo soy negado para los idiomas: el nyueng bao, básicamente, se me escapa. Sus canciones parecen ser nanas, a no ser que las letras tengan un doble sentido, lo que es perfectamente posible. Tío Doj habla siempre utilizando acertijos,

pero se empeña en decir que lo que dice tiene perfecto sentido, lo único que tenemos que hacer es escuchar.

Tío Doj no suele estar presente, gracias a Dios. Tiene su propia agenda, a pesar de que ya ni él mismo parece tener muy claro en qué consiste. El mundo sigue girando a su pesar, no siempre del modo que a él le gusta.

Goblin acercó el saco de objetos sin desafiar los pésimos modales de Un Ojo. Últimamente es más condescendiente con él, aunque sea solo por ganar en eficiencia, claro que no perdería el tiempo en dar su opinión si no tuviese que ver con el trabajo.

Incluso mientras trabajaban juntos, se pusieron a discutir sobre dónde colocar cada instrumento que sacaban. Me entraron ganas de darles unos azotes como si fueran niños de cuatro años.

Sahra se puso a cantar. Su voz era preciosa, no debería haber sido enterrada de esa manera. Hablando con propiedad, no estaba empleando la nigromancia, ya que no estaba coaccionando totalmente a Murgen ni invocando su sombra, porque Murgen seguía vivo ahí fuera. Lo que ocurría era que su espíritu, cuando lo invocaban, podía escapar de su tumba.

Yo pensé que ojalá se pudiera invocar también a los demás Tomados, especialmente al capitán. Necesitábamos algo de inspiración.

Lentamente se fue formando una nube de polvo alrededor de Goblin y Un Ojo, quienes estaban de pie en lados opuestos de la mesa. No, no era polvo, y tampoco era humo. Metí un dedo y la probé: era una fina y fría bruma. Goblin le dijo a Sahra:

—Estamos preparados.

Ella cambió el tono, empezó a sonar casi zalamera y yo pude cazar aún menos palabras.

La cabeza de Murgen se materializó entre los dos hechiceros, temblando como un reflejo sobre un estanque de aguas rizadas. Yo me quedé estupefacto, no por el hechizo, sino por el aspecto de Murgen: estaba exactamente igual que como lo recordaba, sin un surco nuevo en su cara, mientras que ninguno de nosotros seguíamos igual.

Sahra había comenzado a tener el aspecto que tenía su madre en Jaicur, aunque no llegaba a ser tan pesado: no tenía esos extraños e inestables andares de pato resultado de sus problemas con las articulaciones. Sin embargo, su belleza se le escapaba rápidamente. En su caso había sido un milagro, porque había escapado de la habitual característica de las mujeres nyueng bao de envejecer temprana y prematuramente. Ella no hablaba del tema, pero era algo que le preocupaba. Tenía su vanidad y se la merecía.

El tiempo es, en verdad, el más perverso de los villanos.

A Murgen no le hizo gracia que lo convocásemos. Yo temía que sufriese el mismo malestar que afligía a Sahra. Comenzó a hablar y no tuve problemas para oírle, a

pesar de que sus palabras no eran más que un susurro etéreo.

—Estaba soñando. Hay un lugar... —Su malestar se esfumó y fue reemplazado por la palidez del terror. Yo supe que había estado soñando con el lugar de huesos que había descrito en sus propios Anales—. Un cuervo blanco... —Si prefería vagar por los paisajes oníricos de Kina a un momento de vida, entonces sí que teníamos un problema.

Sahra le dijo:

—Estamos preparados para el golpe. La radisha acaba de convocar el consejo secreto. Mira a ver qué están haciendo y asegúrate de que Swan está allí.

Murgen se desvaneció en la bruma. Sahra pareció quedarse triste y Goblin y Un Ojo empezaron a condenar al portaestandarte por haber escapado.

—Le he visto —les dije yo—. Perfectamente. Y también le he oído, con exactamente la misma voz que había imaginado que tendría un fantasma.

Con una sonrisa burlona, Goblin me dijo:

—Eso es porque oyes lo que esperas oír. No estabas realmente escuchando con tus orejas, ¿sabes?

Un Ojo hizo una mueca sarcástica. Nunca explicaba nada a nadie, excepto a Gota, si le pillaba escabullándose en mitad de la noche. Entonces sí que tendría una historia tan enrevesada como la historia misma de la Compañía.

Con la voz de una mujer que finge no estar resentida, Sahra dijo:

—Puedes hacer pasar a Tobo. No va a haber ni explosiones ni fuego y solo habéis hecho dos agujeros en la encimera de la mesa.

—¡Mentira cochina! —se quejó Un Ojo—. Eso solo ha ocurrido porque aquí Cara Rana...

Sahra no le hizo caso.

—Tobo puede grabar lo que tenga que decir Murgen para que Dormilón pueda usarlo después. Es hora de que nos camuflemos. Envía un mensajero si Murgen averigua algo peligroso.

Ese era el plan y yo ahora me sentía aún con menos ganas. Quería quedarme a hablar con mi viejo amigo, pero esto era más importante que una sesión de testosterona. Era aún más importante que averiguar si Bucket seguía bien.

CAPÍTULO 6

Murgen se deslizó por el palacio como un fantasma. Encontraba ese pensamiento vagamente gracioso, aunque ya no había nada que le hiciera reír. Una década y media en la tumba acababa con el sentido del humor de cualquiera.

El laberíntico montón de piedras del palacio no cambiaba nunca; solo acumulaba más polvo y necesitaba reparaciones más urgentes, lo que se le atribuía a Atrapa Almas, a quien no le gustaba tener hordas de gente a su mando. La mayoría del inmenso equipo de personal original había sido despedido para contratar mano de obra eventual.

El palacio coronaba una colina de proporciones considerables. Todos los gobernantes de Taglios, generación tras generación, añadían algo, no porque se necesitasen más habitaciones, sino porque era una tradición conmemorativa. Los taglianos bromeaban con que dentro de otros mil años ya no habría ciudad, sino solo interminables kilómetros cuadrados de palacio, en su mayoría en ruinas.

La radisha Drah, tras haber aceptado que había perdido a su hermano, el prahbrindrah, Drah, durante las guerras del Maestro de las Sombras, y que lo habían galvanizado amenazándolo con el desprecio de la protectora, se había proclamado a sí misma jefa de Estado. Los tradicionalistas de la comunidad eclesiástica no querían que la función fuese desempeñada por una mujer, pero de todos modos todo el mundo sabía que esta mujer en particular llevaba haciendo ese trabajo casi toda su vida. Sus debilidades prácticamente solo existían en la ambición de sus detractores. Dependiendo de quién ejerciera el pontificado, ella había cometido uno de dos posibles errores graves, o probablemente los dos. Uno habría sido traicionar a la Compañía Negra, cuando era bien sabido por todos que nadie se beneficiaba nunca de semejante felonía. El otro, especialmente popular entre los sacerdotes veteranos, era haber contratado a la Compañía desde el principio. El terror de que los Maestros de las Sombras fueran eliminados, entretanto, por obra de la Compañía, no presentaba ningún contraargumento de mérito alguno.

Algunos infelices compartían la cámara de asambleas con la radisha, y, automáticamente, en lo primero que se fijaban, era en la protectora. Atrapa Almas tenía el mismo aspecto de siempre, ligeramente andrógino aunque sensual, y vestía de cuero negro, con una máscara, un casco y unos guantes del mismo color. Ocupaba el asiento de detrás de la radisha, un poco a su izquierda, tras una cortina de sombras. Nunca se imponía, pero estaba claro quién tenía la última palabra en las decisiones. La radisha encontraba a cada segundo un nuevo motivo para arrepentirse de haber dejado que este camello en particular metiese la nariz en su tienda. El precio de haber intentado eludir el cumplimiento de una desafortunada promesa a la Compañía Negra era ya insoportable. Seguro que haberla cumplido habría sido menos doloroso. ¿Qué

podría haber sucedido que hubiese sido peor de lo que estaba sufriendo ahora que ella y su hermano habían ayudado al capitán a encontrar el camino a Khatovar?

De pie en dos pulpitos a derecha e izquierda, con una separación de poco más de cuatro metros entre ellos, se situaban dos escribas que se las apañaban valientemente para registrar todo lo que ella decía. Un grupo servía a la radisha y el otro a Atrapa Almas, ya que una vez había habido desacuerdos tras las decisiones tomadas durante una reunión del consejo secreto.

Las dos mujeres estaban frente a una mesa de cuatro metros y medio de largo y poco más de uno de ancho, y había cuatro hombres sentados detrás de su inadecuado baluarte. Sauce Swan estaba al fondo a la izquierda. Su pelo dorado, que un día había sido maravilloso, se había vuelto blanco y grasiento y extremadamente ralo en ciertas partes de la coronilla. Swan era extranjero; era un manojito de nervios. Tenía un trabajo que no quería, pero al que no podía renunciar. Swan era el que montaba el tigre.

De cara a la galería, Sauce Swan lideraba a los grises, pero en realidad su función era decorativa. Todo lo que salía de su boca era Atrapa Almas en estado puro y el odio popular que la protectora se merecía se lo adjudicaban a él en lugar de a ella.

Sentados con Swan había tres sacerdotes de alto rango que le debían su puesto al trato de favor de la protectora. Eran hombrecillos cuyo trabajo les quedaba grande y su presencia en las reuniones del consejo era una mera cuestión de apariencias. No participaban en ningún debate, pero podían recibir instrucciones. Su función era apoyar a Atrapa Almas y mostrarse de acuerdo con ella si se daba el caso de que hablase. De una manera significativa, los tres representaban cultos gunni. A pesar de que la protectora utilizaba a los grises para imponer su voluntad, ni los shadar ni los vehdna tenían ni voz ni voto en el consejo. Esta minoría estaba en constante agitación porque Atrapa Almas se atribuía gran parte de lo que solo le correspondía a Dios, puesto que los vehdna eran estrictamente monoteístas y tercios para que las cosas fuesen así.

Swan, dentro de su miedo, era un buen hombre y cuando podía hablaba por los shadar.

Había otros dos hombres presentes, de mayor importancia. Estaban situados tras dos pulpitos detrás de la mesa, encaramados sobre dos grandes taburetes, y miraban a todo el mundo como un par de buitres viejos y flacuchos. Ambos antedataban la venida de la protectora, quien aún no había encontrado una excusa que le viniera bien para librarse de ellos, y eso que a menudo la irritaban.

El púlpito de la derecha pertenecía al inspector general de los registros, Chandra Gokhale. El suyo no era un título engañoso; no era ningún administrativo ensalzado: él controlaba las finanzas y la mayoría de las obras públicas. Era anciano, calvo, flaco como una serpiente y el doble de mezquino. Debía su nombramiento al padre de la

radisha. Su oficina había sido secundaria hasta los últimos días de las guerras del Maestro de las Sombras; las guerras hicieron que su influencia y poder se expandieran, y Chandra Gokhale no tenía ningún reparo en aprovecharse de toda la influencia burocrática que tuviera a su alcance. Era un incondicional de la radisha y un enemigo acérrimo de la Compañía Negra. También era la clase de comadreja que no dudaría en renunciar a todo eso si fuese en contra de sus intereses.

El hombre que estaba tras el púlpito de la izquierda era más siniestro. Arjana Drupada era un sacerdote del culto rhavi-lemna, pero en él no había nada de amor por el prójimo. Su título oficial era el de purohita, lo que significaba, más o menos, que era el capellán real. En la actualidad, era la voz que representaba a los sacerdotes en los juicios. Le habían obligado a trabajar para la radisha en una época en que ella repartía privilegios en un intento desesperado de ganar apoyos. Como Gokhale, a Drupada le interesaba más el poder que el bien de Taglios, pero no era un total cínico manipulador. Sus habituales moralinas ponían más de los nervios a la protectora que las constantes objeciones y advertencias financieras del inspector general. Físicamente, Drupada era conocido por su salvaje mata de pelo blanco, que sobresalía de su cabeza formando una especie de montón de paja descontrolado y nunca había conocido las proezas de un peine.

Gokhale y Drupada eran los únicos que parecían no saber que sus días estaban contados. La protectora de todo Taglios no estaba en absoluto prendada de ellos.

El último miembro del consejo estaba ausente, lo cual no era inusual. El gran general, Mogaba, prefería estar en el campo de batalla hostigando a aquellos que habían sido designados como sus enemigos y las luchas internas del palacio le repugnaban.

Pero nada de eso importaba ahora. Había habido incidentes, había testigos que iban a comparecer ante el consejo y la protectora no estaba demasiado contenta.

Sauce Swan se incorporó e hizo señas a un sargento de los grises que había en la penumbra tras los dos hombres para que se acercara.

—Ghopal Singh. —Nadie hizo ningún comentario sobre un nombre tan poco común. Probablemente fuese un converso, estaban pasando cosas muy extrañas—. La patrulla de Singh vigila una zona en las proximidades del palacio, en la parte norte. Esta tarde, uno de sus patrulleros ha descubierto un molinillo de oración sobre uno de los postes conmemorativos que hay enfrente de la entrada norte con doce copias de este sutra atadas a él.

Swan nos hizo una demostración sosteniendo una pequeña tarjeta de papel de modo que la luz alumbrara lo que estaba escrito en ella. Parecía estar escrito en estilo eclesiástico, pero Swan no se dio cuenta de su propio desconocimiento del tagliano, ya que estaba sujetando la tarjeta de oración al revés. A pesar de ello, no se equivocó cuando nos trasladó el mensaje que contenía.

—*Rajadharma*. Los deberes del rey. Sabedlo: la monarquía es un voto de confianza. El rey es el sirviente más ensalzado y concienciado del pueblo.

Swan no reconoció el verso. Era tan antiguo, que algunos eruditos lo atribuían a uno u otro de los Señores de la Luz de la época en que los dioses todavía transmitían leyes a los padres de los hombres. Pero la radisha Drah, lo conocía y el purohita también. Alguien externo al palacio había dado un toque de atención.

Atrapa Almas también lo entendió:

—Solo un monje bhodi se atrevería a reprender a esta casa. Y de esos hay muy pocos. —Este culto pacifista y moralista aún era joven y minoritario, y durante los años de la guerra había sufrido casi los mismos horrores que los seguidores de Kina. Los bhodi se negaron a defenderse—. Quiero encontrar al hombre que haya hecho esto. —El tono de voz que utilizó era el de un viejo que buscaba pelea.

—Eh... —dijo Swan. No era demasiado inteligente discutir con la protectora, pero a los grises no se le podían pedir esas capacidades.

Una de las características más aterradoras de Atrapa Almas era que parecía capaz de leer la mente. En realidad no podía, pero nunca lo desmintió, ya que le convenía que la gente creyese lo que quisiese creer.

—Si es un bhodi, ya se entregará él solo. No nos va a hacer falta buscarlo.

—¿*Hunh*?

—Existe un árbol, al que a veces llaman árbol bhodi, en la aldea de Semchi. Es un árbol muy viejo y ciertamente muy alabado. El Iluminado bhodi se ganó su reputación holgazaneando a la sombra de este árbol y los bhodi lo consideran su santuario más sagrado. Diles que lo convertiré en leños para el fuego si el hombre que manipuló ese molinillo de oración no se me entrega cuanto antes. —Atrapa Almas sonó como una vieja mezquina y vengativa.

Murgen tomó nota mental de sugerir a Sahra que al culpable no se le permitiese llegar a la protectora. La destrucción de un lugar sagrado principal le crearía a Atrapa Almas miles de enemigos nuevos.

Sauce Swan comenzó a decir algo, pero Atrapa Almas le interrumpió:

—No me importa si me odian, Swan. Lo que me importa es que hagan lo que les ordeno cuando se lo ordeno. De todos modos, los bhodi no me van a levantar ni un dedo, eso ensuciaría su karma. —Una mujer cínica, la protectora—. Continúa, Swan.

Swan suspiró.

—Esta noche se han visto algunos más de esos espectáculos de humo, uno de ellos muchísimo más grande que ningún otro que se haya visto. Una vez más, todos llevaban el sello de la Compañía Negra. —Hizo pasar a otro testigo shadar, que contó cómo había sido apedreado por la multitud, pero no mencionó al demonio Niassi.

Las noticias no sorprendieron a nadie; de hecho, eran uno de los motivos por los que se había convocado el consejo. Sin demasiado entusiasmo, la radisha preguntó:

—¿Cómo puede haber pasado eso? ¿Por qué eres incapaz de detenerlos? Tienes hombres en cada esquina. ¿Chandra? —se dirigió al hombre que sabía exactamente lo que costaba mantener a todos esos grises ahí fuera.

Gokhale inclinó la cabeza en un gesto imperial.

Mientras que la radisha hiciera las preguntas, Swan mantenía la calma. No podía hacerle ningún daño que no le hubieran hecho antes, al menos no como se lo había hecho la protectora.

—¿Has estado ahí fuera alguna vez? —preguntó Swan—. Deberías vestirte de algo y salir ahí fuera, como el cuento de Saragoz. Las calles están a rebosar de gente, miles de personas duermen en sitios donde las demás tienen que pisarlas para pasar. Los pasadizos y callejones están obstruidos con desechos humanos. Algunas veces, la prensa está tan aglomerada que se podría asesinar a alguien a diez metros de uno de mis hombres sin que nadie se diese cuenta. La gente que juega a esto no es estúpida, especialmente si son verdaderos supervivientes de la Compañía. Ya han sobrevivido a todo y están utilizando a la gente de escudo exactamente igual que utilizarían rocas, árboles y arbustos si estuvieran en el campo. No llevan uniformes, no destacan, ya no son extraños. Si realmente quieres ficharlos, haz un comunicado que diga que todos deben llevar puestos sombreros rojos estrafalarios. —La calma de Swan estaba llegando al límite. Esto último no iba dirigido a la radisha. Atrapa Almas había publicado, a través de ella, algunos comunicados memorables por su ridiculez—. Están empapados de la doctrina de la Compañía, no van a hacerse ver cuando se formen los emblemas de humo. Hasta ahora ni siquiera hemos conseguido adivinar de dónde salen.

Atrapa Almas dejó escapar un profundo gruñido que significaba que dudaba que Swan pudiera conseguir adivinar nada. Su calma comenzó a flaquear como una bombilla a punto de fundirse y empezó a sudar. Sabía que, con una mujer tan chalada, siempre caminaba en la cuerda floja. La hechicera era más permisiva con él por razones desconocidas para el resto y, en cualquier caso, ella a veces hacía cosas por mero capricho, capricho del que podía cansarse un segundo después.

Swan era reemplazable, al igual que lo habían sido otros. A Atrapa Almas no le importaban los hechos, los obstáculos insalvables ni las simples dificultades. A ella lo que le importaban eran los resultados.

—La parte positiva es que no existen pruebas, ni siquiera de nuestros informadores más exhaustivos, que sugieran que dichas actividades son más que un incordio de segunda clase. Incluso si los supervivientes de la Compañía Negra son los responsables, e incluso con los incidentes de esta noche —ofreció él.

Atrapa Almas contestó:

—Es que no van a llegar a ser nada más que un incordio. —Su voz sonaba como la de una adolescente valerosa—. Lo están haciendo por inercia, se quedaron

descorazonados cuando enterré a sus líderes. —Todo eso lo dijo con una poderosa voz masculina, la voz de alguien acostumbrado a no cuestionar la obediencia jamás. Pero esas palabras equivalían necesariamente a admitir que, después de todo, era posible que los miembros de la Compañía siguiesen vivos y la última frase la había dicho con una subida de tono que traicionaba cualquier duda potencial. Había preguntas sobre lo que había ocurrido en la llanura de la piedra reluciente que ni siquiera Atrapa Almas podía responder—. Ya me preocuparé cuando regresen del mundo de los muertos.

No tenía ni idea.

En realidad nada había ido según lo planeado ahí fuera. Su huida junto con Swan fue por pura suerte, pero Atrapa Almas era el tipo de persona que creía que la benevolencia de la fortuna era lo que le correspondía en la vida.

—Probablemente sea cierto. Y solo levemente significativo, si he entendido tus órdenes.

—Hay otras fuerzas en acción —dijo Atrapa Almas. Esta vez, su voz era sibilina y estaba llena de augurios.

—Ha habido noticias de los Impostores —anunció la radisha, causando un revuelo general que en el que participó incluso el espía incorpóreo—. Nos han estado llegando informes desde Dejagore, Meldermhai, Ghoja y Danjil, sobre hombres que han sido asesinados a la clásica manera estrangulados.

Swan ya se había recuperado:

—Con su forma habitual de trabajar, solo se enteran de la muerte los que la han perpetrado. No son asesinos. Los cadáveres tendrían que pasar por sus ritos religiosos y después ser enterrados en algún lugar sagrado.

La radisha pasó por alto estas observaciones:

—Hoy ha habido un estrangulamiento aquí. En Taglios. Perhule Khoji ha sido la víctima. Murió en una casa de placer, una institución especializada en jovencitas. Supuestamente, estos lugares no deberían seguir existiendo, pero aún siguen ahí. —Era una acusación dirigida a los grises, que eran los responsables de acabar con ese tipo de explotación—. Deduzco que todavía se puede encontrar en las rebajas todo lo imaginable.

Algunos culparon a la Compañía Negra del fracaso moral nacional, otros culparon a los gobernantes y unos pocos, incluso, culparon a la protectora. La culpa no era lo que importaba, como tampoco importaba el hecho de que la mayoría de los peores males habían existido casi desde que se montó la primera cabaña de barro a la orilla del río. Por supuesto que Taglios había cambiado y las personas desesperadas hacen lo que tienen que hacer para sobrevivir. Tan solo un tonto esperaría que algo bueno resultase de todo esto.

Swan preguntó:

—¿Quién era el Perhule Khoji este? —Echó una mirada por encima de su hombro, hacia el escriba personal en la oscuridad del fondo que registraba toda la reunión. Básicamente, se preguntaba por qué la radisha sabía de este asesinato cuando él no—. Parece que el tipo se encontró con algo que le estaba esperando. ¿Estás segura de que su aventura con las jovencitas no acabó mal?

—Casi seguramente, Khoji se merecía lo que le pasó —dijo la radisha con un sarcasmo amargo—; era un vehdna, así que ahora probablemente esté hablándolo con su Dios, me imagino. Sus principios no nos interesan, Swan, lo que nos interesa es su puesto: era uno de los ayudantes principales del inspector general. Recaudaba impuestos en la Checca y las zonas orientales y costeras. Su muerte nos va a causar problemas durante meses, las zonas que él cubría eran algunas de nuestras mejores fuentes de ingresos.

—Quizás alguien que le debía...

—Su joven acompañante sobrevivió, y él había pedido auxilio. El tipo de hombres que se encargan de los alborotadores en esos lugares llegaron en medio de los hechos. Fueron los Estranguladores los que lo hicieron: fue un asesinato de iniciación, el candidato era un inepto. De todos modos, con la ayuda de los que le sostenían los brazos, pudo romperle el cuello a Khoji.

—Así que los han matado.

—No. A la que llaman Hija de la Noche estaba allí, supervisando la iniciación.

De modo que los fortachones deberían de haberse cagado de miedo cuando la reconocieron. Ningún gunni o shadar quería creer que la Hija de la Noche era una joven desagradable y no una figura mítica, y pocos taglianos encontrarían el valor necesario para interponerse en su camino.

—De acuerdo —concedió Swan—, eso querría decir que fueron los Estranguladores. Pero ¿cómo reconocieron a la Hija de la Noche?

Atrapa Almas espetó, exasperada:

—¡Ella les dijo quién era, estúpido! «Soy la Hija de la Noche. Soy la Hija de la Oscuridad Venidera, venid a mi madre o convertios en presa de las bestias de la devastación en el Año de los Cráneos». Las típicas brillanteces. —La voz de Atrapa Almas se había convertido en la voz monótona de un escéptico con estudios—. Por no mencionar que es tan blanca como un vampiro y una copia más bonita de mi hermana cuando era pequeña.

La Hija de la Noche no temía a nada ni a nadie. Sabía que su progenitora espiritual, Kina la Destructor, la Madre de la Oscuridad, la protegería, incluso a pesar de que esta diosa no había movido un dedo en la última década. Hacía años que circulaban rumores sobre la Hija de la Noche en los bajos fondos de la sociedad; mucha gente creía que era lo que decía ser, lo que no hacía más que atribuirle más poder del que ya le atribuía la imaginación popular.

Otro rumor, que perdía fuerza con el tiempo, sostenía la creencia de que la Compañía Negra se había anticipado al Año de los Cráneos más o menos en el momento en que el estado tagliano optó por traicionar a sus protectores.

Los Impostores, la Compañía y los de su clase, tenían una fuerza psicológica que sobrepasaba en gran medida a sus miembros. El hecho de ser fantasmas en la sociedad hacía a ambos grupos más aterradores.

Lo más significativo es que la Hija de la Noche hubiera venido a Taglios y que se hubiera mostrado en público. Y allí donde fuese la Hija de la Noche, estaba garantizado que el jefe de todos los Impostores, una leyenda viva, el santo en la tierra de los Estranguladores, Narayan Singh, la seguiría como un fiel chacal que también hacía de las suyas.

Murgen se planteó abortar su misión y llamar a Sahra para cancelarlo todo hasta que la situación se pudiera evaluar, pero ahora ya era demasiado tarde para echarse atrás, fuese lo que fuese lo que estaba pasando ahí fuera.

Narayan Singh era el enemigo más odiado de la Compañía Negra que aún se mantenía en pie. Ni a Mogaba, ni siquiera a Atrapa Almas, que era un adversario realmente viejo, se los perseguía con tanta insistencia como a Narayan Singh. Él tampoco albergaba ningún aprecio a la Compañía. Una vez lo habían cogido y había pasado mucho tiempo padeciendo cómo le incomodaba gente sobrecargada de malas intenciones. Tenía deudas que le encantaría cobrar, si a su diosa le complaciese.

El consejo secreto, como era habitual, degeneró poco después en críticas y acusaciones, con el purohita y el inspector general apañándose para subir un peldaño más alto que el otro, y quizá Swan. El purohita podía contar el apoyo de los tres mansos sacerdotes, a no ser que Atrapa Almas tuviera alguna otra idea, y el inspector general normalmente disfrutaba del apoyo de la radisha.

Estas peleas, aunque generalmente prolongadas, eran triviales, eran más simbólicas que sustanciales. La protectora no dejaba que saliese de ellas algo que no aprobase.

En el momento en que Murgen comenzó a irse (nadie se había percatado de su presencia), dos guardas reales se dirigieron apresuradamente hacia la cámara en dirección a Sauce Swan, a pesar de él no era su capitán. Puede que las noticias que traían fuesen algo que no querían compartir con la impredecible protectora, su comandante oficial. Swan les escuchó durante un momento y después dio un puñetazo sobre la mesa:

—¡Maldita sea! Sabía que era algo más que un incordio. —Pasó como un tanque al lado del purohita y le miró con un desprecio total, sin resquicio alguno de amor.

Ya ha empezado, pensó Murgen, volvamos al almacén de Do Trang, pues. No podía detener nada que ya estuviera en marcha, pero podía pasarles la información a los que estuviesen aún en la base para que avisasen cuanto antes a Narayan y a la Hija

de la Noche.

CAPÍTULO 7

Sahra cambiaba de cara tan fácilmente como un actor intercambiando máscaras. A veces era la nigromante cruel, astuta, fría y calculadora que conspiraba con los Tomados, otras era la futura viuda del portaestandarte y la analista oficial de la Compañía, y otras solo era la madre de Tobo, que la adoraba. Y siempre que salía a la ciudad, era Minh Subredil, otro ser completamente distinto.

Minh Subredil era una paria, una mestiza resultado de un sacerdote de Khusa y una puta nyueng bao. Minh Subredil sabía más de sus antecedentes que la mitad de la gente en las calles de Taglios, hablaba sola de este tema todo el tiempo, y se lo contaba a cualquiera que pudiera acaparar.

Minh Subredil era una mujer tan patética, tan rehuida por la suerte que era una especie de cosa vieja y doblada décadas antes de que le correspondiese. Su sello personal, que la hacía reconocible a gente que nunca la había conocido, era la pequeña estatua de Ghanghesha que llevaba a todas partes. Ghanghesha era la diosa de la suerte para la creencia de los gunni y algunos nyueng bao, y Minh Subredil hablaba con ella cuando no había nadie más que la escuchara.

Viuda, Minh Subredil sacaba adelante a su única hija haciendo trabajos muy humildes en el palacio durante el día. Cada mañana, antes del amanecer, se unía a la asamblea de desafortunados reunidos enfrente de la puerta norte esperando conseguir trabajo. A veces la acompañaba la hermana disminuida de su marido muerto, Sawa, y a veces llevaba a su hija, pero ya en muy raras ocasiones. La chica se estaba haciendo lo suficientemente mayor como para atraer miradas.

El ayudante del capataz Jaul Barundandi salía y anunciaba el número de plazas disponibles para el día, y después seleccionaba a los que las ocuparían. Barundandi siempre elegía a Minh Subredil porque, a pesar de que era demasiado fea para exigirle favores sexuales, le podía arrebatar un alto porcentaje de su salario: Minh Subredil era una criatura desesperada.

A Barundandi le divertía la estatua omnipresente de Subredil. Al ser un gunni devoto del culto de Khusa, a menudo incluía en sus oraciones una petición de que no le tocara la misma suerte de Subredil. Con sus secuaces nunca lo admitiría, pero sí que favorecía un poco a Subredil por su mala elección de padre. Como la mayoría de los villanos, era malvado solo la mayor parte del tiempo y, principalmente, con miras muy estrechas.

Subredil, como Ky Sahra, nunca oraba. A Ky Sahra no le servían los dioses. Sin tener ni idea de por quién tenía esa pequeña debilidad, sí que tenía en mente un destino para Jaul Barundandi. A su debido tiempo. Simplemente, el ayudante iba a tener su oportunidad de arrepentirse de sus depredaciones.

Iba a haber muchos, muchos arrepentimientos extendiéndose a lo largo y ancho

del Imperio tagliano, a su debido tiempo.

Salimos a través del laberinto de hechizos de confusión y distracción que Goblin y Un Ojo han estado tejiendo tantos años a lo largo del vecindario, mil capas de engaños tenues tan sutiles que solo la mismísima protectora podría advertir. Y solo si se paraba a mirar.

Pero Atrapa Almas no deambula por las calles buscando escondites enemigos. Para hacer ese trabajo ya tiene a sus grises, sus sombras, murciélagos y cuervos, pero estos son demasiado cortos para darse cuenta de que se les está alejando o conduciendo sutilmente por la zona de una manera que en principio no parece más remarcable que cualquier otra. Los dos hechiceros se pasaban la mayor parte del tiempo manteniendo y expandiendo su laberinto de confusión. A la gente en la que ya no se confiaba ya no se le permitía adentrarse casi ni doscientos metros a nuestra base. No sin un guía.

Nosotros no tuvimos problemas. Llevábamos hebras de hilo atadas en la muñeca izquierda, y estos bucles encantados suavizaban los hechizos de confusión: nos dejaban ver la verdad.

Por esto, nosotros siempre sabíamos lo que pretendía hacer el palacio antes de que sus planes se ejecutaran. Minh Subredil, o a veces Sawa, escuchaban mientras se ideaban los planes.

—¿No es horriblemente tarde para que estemos fuera? —murmuré.

—Sí, pero cuando llegemos para ocupar nuestro lugar, ya habrá otros allí.

Hay mucha gente desesperada en Taglios; algunos incluso acampan tan cerca del palacio como les permiten los grises.

Efectivamente, llegamos a la zona del palacio unas cuantas horas, más temprano que nunca antes. Sin embargo, había rondas de la oscuridad que debíamos hacer y hermanos de la Compañía que debíamos visitar en sus escondrijos. En ambos casos, la boca de la bruja salía del despojo que era Minh Subredil. Sawa nos seguía por detrás y babeaba por la comisura de su retorcida boca.

La mayoría de los hombres no nos reconocieron. No esperaban hacerlo, esperaban recibir una clave de los encargados que nos identificara como mensajeros. Y la recibieron. Era bastante probable que ellos también fuesen disfrazados: se suponía que todos los hermanos de la Compañía tenían que crear diferentes personajes en los que pudieran convertirse en público, y se apelaba a los peores para arriesgar lo menos posible.

—Quedan unos minutos para irse —dijo Subredil, mirando un trozo de la luna que se colaba por una grieta entre dos nubes.

Yo emití un gruñido nervioso. Hacía algún tiempo que no me veía implicado en algo directamente peligroso (aparte de deambular alrededor del palacio o ir a la

biblioteca, por supuesto), pero era difícil que nadie de aquí me fuese a clavar ningún objeto punzante.

—Esas nubes parecen del tipo que aparece justo antes de la estación de lluvias.

Si fuese así, la estación estaría llegando demasiado pronto, lo cual no era un pensamiento agradable. Durante la estación de lluvias eso es lo que pasa, hay riadas cada día. El clima puede ser realmente feroz, con cambios dramáticos de temperatura y tormentas de granizo, y con unos truenos como si todos los dioses del panteón de los gunni estuviesen borrachos y de pelea. Pero principalmente, lo que no me gusta es el calor.

Los taglianos dividen su año en seis estaciones, y solo durante la que llaman invierno existe un alivio real del calor.

—¿Se daría cuenta Sawa de las nubes siquiera? —preguntó Subredil. Era inflexible en cuanto a ser fiel a su personaje. En una ciudad gobernada por la oscuridad, nunca se sabía qué ojos te estaban observando desde las sombras o qué oídos ocultos estaban preparados para escuchar.

—Uhm. —Era casi lo más inteligente que había dicho nunca Sawa.

—Ven. —Subredil me cogió del brazo y me guió, que era lo que hacía siempre cuando íbamos a trabajar al palacio. Nos acercamos a la entrada norte principal, que no estaba a más de unos metros de la puerta de servicio. Allí solo había una antorcha en llamas, que se suponía que tenía que mostrar a los guardias quién había fuera. Sin embargo, estaba situada tan mal que solo les ayudaba a ver a la gente sincera. A medida que nos acercamos, alguien que se había colado al pie del muro saltó y envolvió la antorcha en un saco de cuero crudo.

Se oyó claramente el burdo y estupefacto comentario de uno de los guardias; ahora había que ver si sería lo suficientemente incauto como para venir a averiguar lo que había pasado.

No había ningún motivo para pensar que no vendría. Los guardias reales no habían tenido ningún problema durante casi una generación.

La rendija de luna se desvaneció tras una nube, y en ese momento algo se movió a la entrada del palacio.

Ahora llegaba la parte delicada, que iba a hacer que pareciese que habíamos estropeado algo seguro entrando justo en un cambio de guardia.

Ruido de forcejeos, un grito aterrorizado, alguien más preguntando qué pasaba, la gente atravesando la puerta estrepitosamente. El sonido del metal, un grito o dos, pitidos, diez en quince segundos. Otros pitidos que les contestaban desde diferentes direcciones. Exactamente según lo planeado. En algunos momentos, los pitidos en el palacio se volvían desesperadamente agudos.

Cuando se abordó la idea por primera vez, se debatió seriamente si el ataque debía ser, o no, el de verdad. Parecía probable que fuese fácil tomar la entrada. Una

facción fuerte, formada por hombres cansados de esperar, quería solamente entrar por la fuerza y matar a todo el mundo. Si bien eso nos podría haber ofrecido cierto grado de satisfacción, había pocas probabilidades de que Atrapa Almas pudiese ser destruida, y un asesinato al por mayor no iba a hacer nada para liberar a los Tomados, que se suponía que era nuestra misión principal.

Yo los había convencido a todos de que debíamos lanzar un juego de despiste a la antigua, del tipo que había en los Anales: hacer pensar al enemigo que estábamos haciendo algo, cuando en realidad queríamos lograr algo totalmente distinto. Hacerlos venir corriendo en una dirección para cortarnos la cabeza, cuando nosotros estábamos siguiendo un recorrido completamente diferente.

Con lo viejos que están ahora Goblin y Un Ojo, nuestros engaños tienen que ser más y más intelectuales. Esos dos no tienen la fuerza o la resistencia para crear y mantener ilusiones de campo de batalla gigantescas. Y a pesar de que estaban dispuestos a compartir sus secretos, no habían sido capaces de armar a Sahra para la lucha. Su talento no se extendía en esa dirección.

Los primeros grises salieron de la oscuridad y cargaron contra las emboscadas que les estaban esperando. Durante un rato fue una matanza salvaje, pero de algún modo, unos pocos se las apañaron para llegar a apoyar a los guardias, quienes apenas se podían sujetar a la entrada del palacio.

Subredil y yo nos colocamos en posición al pie del muro, entre la gran entrada principal y la de los sirvientes. Subredil se abrazó a su Ghanghesha y gimoteó, mientras que Sawa se colgó de ella, babeando, y se puso a emitir extraños grititos aterrorizados.

A pesar de que los atacantes apilaban montones de grises, nunca llegaron a conseguir atravesar la defensa de la entrada. Después, llegó ayuda desde dentro, y Sauce Swan y una sección de guardias reales irrumpieron a través de la puerta. Los atacantes se dispersaron inmediatamente, tan rápido que Swan chilló:

—¡Quietos! ¡Hay algo que no funciona!

La noche se iluminó y el aire se llenó de bolas de fuego voladoras de las que no se veían desde los graves enfrentamientos de las guerras del Maestro de las Sombras. Dama había creado gran cantidad de estas armas y algunas se habían reservado cuidadosamente desde entonces. Los hombres que las usaban no habían estado implicados en el ataque de la entrada, y se aferraban al plan del fuego, que contaba con que todos pudiesen sacar a Swan de entre los guardias y los grises.

Su vida dependía de ello.

El fuego prendió en el lado del grupo en el que no estábamos Subredil y yo. Sauce tenía miedo. Cuando el fuego pasó rápidamente a la entrada y lo aisló, se suponía que debía retirarse hacia la entrada del servicio por detrás de nosotros.

El bueno de Swan. Debe de haber leído mi guión. A medida que sus hombres

estaban siendo destrozados por bolas de fuego tan solo a unos metros de distancia, él se desplazaba como el rayo con la mano apoyada en el muro, solo a unos pasos de la destrucción. Piedras fundidas y trozos de carne humana en llamas volaban sobre su cabeza y las nuestras, y yo me di cuenta de que había subestimado la furia de mis armas, puede que de manera fatal. Definitivamente, era un error haber enviado tantas.

Swan tropezó con el tobillo de Minh Subredil. No se sabe cómo, cuando cayó sobre los adoquines, se encontró cara a cara con una idiota babosa que sostenía un puñal contra su barbilla.

—No te atrevas ni a respirar —le susurró.

Las bolas de fuego golpeaban el palacio, se fundían en él y lo traspasaban. La puerta de madera estaba ardiendo, había luz de sobra para que nuestros hermanos nos vieran haciendo señales de que habíamos cogido a nuestro hombre. El fuego se volvió más concentrado y la resistencia a los grises que venían a ayudarnos se reforzó. Una segunda tentativa de ataque se adelantó, y un par los hermanos que estaban en ella tomaron a Swan. Nos patearon y maldijeron y se llevaron nuestras armas cuando se batieron en la retirada general que hubo cuando la ola de ataques huyó de una resistencia no evidente.

Cuando desaparecieron en la oscuridad, ocurrió lo que más temíamos.

Atrapa Almas se asomó a las almenas de arriba para ver qué estaba pasando. Subredil y yo lo supimos porque la pelea cesó en cuestión de segundos cuando alguien se dio cuenta de su presencia. Después, una tormenta de bolas de fuego iluminaron su camino.

Tuvimos suerte, porque la pilló tan desprevenida que no pudo hacer nada más que agacharse. A continuación, nuestros hermanos hicieron lo que tenían que hacer: irse de allí a toda mecha por la colina y perdiéndose entre la población antes de que la protectora pudiera soltar a sus cuervos y murciélagos.

Yo creía que el movimiento iba a causar un gran alboroto en los alrededores de la ciudad en cuestión de minutos. Se suponía que los hombres iban a contribuir a ello lanzando rumores absurdos, si es que mantenían la calma suficiente para ellos.

Subredil y Sawa se desplazaron poco más de una veintena de metros hacia la puerta de los sirvientes. Ya habíamos tomado posición para babear y ser capturados y gimotear mientras veíamos a los cadáveres quemarse, cuando una voz asustada preguntó:

—Minh Subredil, ¿qué haces tú aquí?

Era Jaul Barundandi, nuestro jefe. Yo no levanté la vista, y Subredil no contestó hasta que Barundandi le dio un meneo y preguntó de nuevo, sin ser cruel. Ella le respondió:

—Hoy íbamos a llegar pronto. Sawa necesita mucho trabajar. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde están los otros?

Había habido otros: cuatro o cinco que estaban incluso más dispuestos a estar en primera línea. Habían huido, y eso podría suponer problemas, al no haber dicho lo que habían visto antes de escapar. Supuestamente, una bola de fuego perdida había sembrado el pánico y se habían dispersado antes de que Swan llegase, pero yo no recuerdo que eso hubiese sucedido.

Subredil se giró más hacia Barundandi. Yo me agarré a ella más fuerte y gimoteé, y ella me dio unos golpecitos en el hombro y susurró algo no muy claro. Barundandi pareció tragárselo, especialmente cuando Subredil descubrió que una de las trompas de su Ghanghesha se había roto y empezó a llorar y buscar a su alrededor.

Algunos de los colegas de Barundandi también estaban fuera, echando un vistazo, preguntándose unos a otros qué había pasado. En la entrada principal pasaba lo mismo; allí, varios guardias estupefactos y algunos funcionarios confundidos por el sueño se preguntaban unos a otros qué debían hacer, y «¡joder! ¡Algunas de esas bolas de fuego atravesaron la pared, y tenía dos o tres metros de ancho!». Algunos shadar estaban llegando desde kilómetros a la redonda para recoger a los grises muertos y heridos, y también para intentar comprender qué había sucedido.

Jaul Barundandi hizo una seña a sus ayudantes para que se acercaran y su suave voz continuó:

—Ayudad a estas dos a entrar. Sed amables. Las grandezas podrían querer hablar con ellas.

Yo esperaba que mi comienzo no nos descubriera. Había contado con entrar pronto, pero no se me había ocurrido que nadie pudiera estar interesado en lo que dos casi intocables pudiesen haber visto.

CAPÍTULO 8

No tenía por qué haberme preocupado. Nos entrevistó un sargento seriamente distraído que parecía hacerlo por cumplir, principalmente como concesión a Jaul Barundandi. Evidentemente, el ayudante se había intoxicado de ambición al pensar que podía ganar puntos presentando testigos presenciales de la tragedia.

Su esmero se evaporó cuando no tuvo nada que ganar, y unas pocas horas después se nos hizo entrar. La emoción aún inundaba el palacio, y aún había miles de rumores escandalosos circulando; los guardias y grises líderes seguían añadiendo más y más hombres de confianza armados y enviando más y más espías que vigilasen a los soldados rasos en sus barracones, por si les pillaba el ataque. Minh Subredil y su cuñada imbécil ya estaban manos a la obra: Barundandi las había puesto a limpiar la cámara donde se había reunido el consejo secreto, que había quedado en un estado deplorable. Alguien había perdido los nervios y se había desahogado haciendo trizas el lugar.

—Prepárate para trabajar muy duro hoy, Minh Subredil. Esta mañana se han presentado pocos trabajadores —dijo Barundandi. Sonaba amargado: no iba a ganar demasiados sobornos debido al asalto. No se le pasó por la cabeza estar agradecido de que siguiésemos vivas—. ¿Sigue viva? —Se refería a mí, Sawa. Yo aún seguía representando una escena de tembleque bastante creíble.

—Mientras yo esté con ella, se las apañará. Hoy no sería una buena idea ponerla en algún lugar donde no pueda verme.

—Pues que sea así. Hay suficiente trabajo aquí. Pero no os interpongáis en el camino de nadie —gruñó Barundandi.

Minh Subredil hizo una leve reverencia. Se le daba bien ser discreta. Me sentó en una mesa ancha de casi cuatro metros de largo y amontonó lámparas y candeleras, y yo qué sé qué más que había sido lanzado por los aires. Yo invoqué la limitada concentración de Sawa y me puse a limpiarlo todo, mientras que Subredil empezó con los suelos y los muebles.

La gente iba y venía, la mayoría de ellos era gente importante. Ninguno reparó en nosotras excepto el inspector general de los registros, Chandra Gokhale, que, irritado, dio una patada a Subredil por estar frotando el suelo por donde él quería pasar.

Subredil se volvió a arrodillar, haciendo reverencias y rogando perdón. Gokhale no le hizo caso y ella se puso a limpiar el agua derramada sin mostrar ningún tipo de emoción. Minh Subredil aceptaba ese tipo de cosas, pero yo sospecho que Ky Sahra acababa de formarse una opinión definitiva sobre cuáles de nuestros enemigos debían seguir a Sauce Swan en su cautiverio.

La radisha apareció, y la protectora estaba con ella. Se colocaron en su sitio y Jaul Barundandi se presentó poco después, con la intención de sacarnos de allí. Sawa

parecía no enterarse de nada, le estaba prestando al candelero una atención demasiado exclusiva.

Un capitán shadar alto irrumpió en la sala y anunció:

—Su alteza, el recuento preliminar resulta en noventa y ocho muertos y ciento veintiséis heridos, de los cuales algunos no sobrevivirán a sus heridas. El ministro Swan sigue desaparecido, pero muchos de los cuerpos están tan calcinados que es imposible identificarlos, muchos de los que fueron golpeados por bolas de fuego prendieron como antorchas grasientas. —Al capitán le costaba mantener la calma. Era muy probable que no hubiese visto las consecuencias de una batalla en su vida.

Yo seguía esforzándome para sumergirme totalmente en el personaje. No había estado tan cerca de Atrapa Almas desde que me tuvo prisionero fuera de Kiaulune, quince años atrás. No me traía buenos recuerdos. Recé para que no me recordase.

Me dirigí hacia mi lugar seguro, en el que no había estado desde mi cautiverio. Las bisagras de la puerta estaban oxidadas, pero yo me metí y me acomodé allí, al mismo tiempo que seguía siendo Sawa. Me quedaba la atención justa para captar casi todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor.

La protectora preguntó, de repente:

—¿Quiénes son estas mujeres?

—Disculpen, grandezas, disculpen. Culpa mía. No sabía que la cámara se iba a utilizar —aduló Barundandi.

—Responde a la pregunta, ayudante —ordenó la radisha.

—Por supuesto, grandeza —dijo Barundandi, que dobló el espinazo casi hasta la altura del suelo—. La mujer que está frotando el suelo es Minh Subredil, una viuda. La otra es su cuñada imbécil, Sawa. Son personal de fuera empleado como parte del programa de caridad de la protectora.

—Me da la sensación de haber visto a una de ellas, o a las dos, antes —dijo Atrapa Almas.

Barundandi hizo una nueva y excesiva reverencia. La atención le aterraba:

—Minh Subredil lleva trabajando aquí muchos años, protectora. Sawa la acompaña siempre que tiene la mente suficientemente despejada como para realizar tareas repetitivas.

Sentí que intentaba decidir si añadir la información de que habíamos presenciado el ataque matutino de cerca. Me aferré a mi escondite tan fuerte que no me enteré de lo que pasó en los minutos siguientes.

Barundandi optó por no entregarnos al interrogatorio. Puede que razonara que, si se nos prestaba demasiada atención, podría salir a la luz que nos estaba haciendo pagar la mitad de nuestro miserable sueldo por el derecho a trabajar hasta dejarnos las manos en carne viva.

—Márchate, ayudante, déjalas trabajar. Hoy no se va a decidir aquí el destino del

imperio —le dijo finalmente la radisha.

Atrapa Almas hizo un gesto con su mano enguantada para echar a Barundandi, pero de repente le detuvo y preguntó:

—¿Qué es lo que tiene a su lado la mujer, en el suelo? —Obviamente se refería a Subredil, ya que yo estaba en la mesa.

—¿Eh? Ah, una Ghanghesha, grandeza. Nunca va a ningún sitio sin ella. Está obsesionada. Es...

—Márchate ya.

Y así fue como Sahra asistió al menos a dos horas de las respuestas a los poderes más recónditos de nuestro asalto.

Después de un rato aparecí de nuevo, lo justo para captar casi todo. Una imagen de comportamiento recto generalizado entre el ejército y la gente comenzó a tomar forma, lo que era de esperar. Ninguno de los dos grupos tenía razones inmediatas para el levantamiento, lo cual no era más que buenas noticias para la radisha.

A pesar de todo, una inteligencia tan auténtica hizo que la protectora sospechase más, la vieja cínica.

—No hay prisioneros —dijo—. No han quedado cadáveres, y es bastante probable que no haya habido bajas graves, como tampoco se han soportado grandes riesgos, si lo miramos desde cerca. Huyeron en cuanto hubo la posibilidad de que alguien les devolviese la ofensiva. ¿Qué pensaban hacer? ¿Qué se proponían realmente?

—El ataque parece haberse mantenido con excepcional ferocidad hasta que usted hizo su aparición en las almenas. Solo entonces huyeron —señaló Chandra Gokhale, razonablemente.

El capitán shadar añadió:

—Varios supervivientes y testigos informan de que los bandidos discutieron entre ellos sobre su presencia, protectora. Parece que esperaban que estuviese fuera del palacio; evidentemente, el ataque no se habría llevado a cabo si hubiesen sabido que usted estaba aquí.

Uno de mis toques de confusión. Esperaba que sirviese de algo.

—Eso no tiene sentido. ¿De dónde iban a haber sacado esa idea? —La protectora no esperaba una respuesta, y no dio tiempo a que se produjese—. ¿Habéis identificado alguno de los cuerpos quemados?

—Solamente tres, protectora. A la mayoría casi no se les puede identificar como humanos.

—Chandra, ¿qué nivel alcanzaron los daños materiales? ¿Tienes ya alguna valoración? —preguntó la radisha.

—Sí, radisha. Una valoración muy mala. Pésima. Parece ser que el muro ha sufrido daños estructurales, cuyo alcance está siendo determinado ahora mismo. Es

seguro que será un punto débil durante algún tiempo, quizá podría plantearse levantar un muro de madera enfrente de lo que se va a convertir en una zona de construcción, y considerar seriamente traer más tropas.

—¿Tropas? —preguntó la protectora—. ¿Por qué tropas? —Su voz, neutral durante largo tiempo, pasó a denotar sospechas. Cuando no se tienen amigos, la paranoia es un punto de vista incluso más natural que para los hermanos de la Compañía Negra.

—Porque el palacio es demasiado grande para defenderlo con la gente que hay aquí ahora, incluso aunque armase al personal de mantenimiento. Un enemigo no necesita utilizar ninguna de las entradas principales: podría trepar el muro exterior donde nadie lo vigila y atacar desde dentro.

—Si intentase eso, necesitaría mapas para orientarse —dijo la radisha—. Aparte de Humo, que fue el hechicero de la corte hace mucho tiempo, nunca he visto a nadie que se pudiese desplazar por este lugar sin un mapa. Se necesita tener instinto.

El inspector general observó:

—Si se emprendiese el ataque por parte de elementos descendientes de la vieja Compañía Negra (el empleo de bolas de fuego podría sugerir cierta conexión, incluso aunque sepamos que la Compañía fue exterminada por la protectora), entonces podrían tener acceso a los mapas de los pasillos que se crearon cuando se alojó aquí al Libertador y su personal.

—Es imposible situarse en este lugar, yo lo sé. Lo he intentado —insistió la radisha.

Agradéceselo a Goblin y a Un Ojo, princesa. Hace mucho, mucho tiempo, el capitán hizo que esos dos ancianos repartiesen hechizos de confusión a diestro y siniestro, libremente. Había cosas que no quería que la radisha encontrase. Cosas que aún permanecían escondidas, entre esos antiguos volúmenes de los Anales que supuestamente explican los comienzos secretos de la Compañía, pero que hasta ahora han sido una total decepción. Minh Subredil sabe cómo conseguirlos, y siempre que tiene la oportunidad arranca un par de páginas y me las pasa a mí a escondidas. Después, las meto en la biblioteca cuando no mira nadie y traduzco unas pocas palabras cada vez a la búsqueda de esa frase que nos muestre cómo abrir el camino a los Tomados.

Sawa limpiaba latón y plata. Minh Subredil, el suelo y los muebles. El consejo secreto y sus colegas iban y venían, y el nivel de pánico descendió, puesto que no se produjeron nuevos ataques. Era una pena que no fuésemos suficientes para provocarlos de nuevo cada hora.

Atrapa Almas permanecía silenciosa, lo que no era propio de ella. Conocía la Compañía desde hacía más tiempo que nadie excepto el capitán, Goblin y Un Ojo, aunque desde fuera. No iba a aceptar nada así porque sí, al menos no aún.

Yo esperaba que se devanase los sesos tratando de entender la situación, aunque me temía que ya lo hubiese hecho, ya que no paraba de preguntarse sobre los cuerpos quemados y Sauce Swan. ¿Habría ideado yo un plan tan obvio que solamente estuviese confusa porque no paraba de buscar algo más allá del secuestro?

Terminé con el último candelera. No miré hacia ninguna parte ni dije nada, solo me quedé allí sentada. Era difícil centrar mis pensamientos en otra cosa que no fuese el peligro que había al otro lado de la habitación si no tenía las manos ocupadas. Alabé a Dios en silencio, como había aprendido de pequeña que era propio de una mujer en condiciones. Le dediqué la misma alabanza a la insistencia de Saha de seguir en el personaje.

Ambas me sirvieron.

Después de un tiempo, Jaul Barundandi regresó. A ojos de las grandezas, no era un jefe cruel. Le dijo a Subredil que era hora de marcharse, y Subredil meneó a Sawa. Al ponerme en pie, emití algunos sonidos de angustia.

—¿Cómo dice? —preguntó Barundandi.

—Tiene hambre. No hemos comido en todo el día.

Normalmente, la dirección sí que nos daba algunas sobras, era una de las ventajas. Subredil y Sawa a veces guardaban un poco de lo que les correspondía y se lo llevaban a casa. Eso inició y mantuvo el hábito de las mujeres de llevarse cosas del palacio.

La protectora se inclinó hacia delante y se quedó mirando atentamente. ¿Qué habíamos hecho para provocar sus sospechas? ¿Le venía de tanto tiempo su paranoia que no necesitaba ninguna pista más consistente que la mera intuición? ¿O era posible que realmente pudiese leer las mentes, aunque fuese un poco?

Barundandi dijo:

—Vamos a la cocina, entonces. Hoy los cocineros se han pasado preparando comida todo el día.

Lo seguimos hacia fuera arrastrándonos, dando cada paso como un salto que nos separaba otra legua del invierno hacia la primavera, de la oscuridad a la luz. A cuatro o cinco pasos de la cámara de asambleas, Barundandi nos sobresaltó al pasarse una mano por el pelo y suspirar entrecortadamente:

—Oh, menos mal que hemos salido de allí. Esa mujer me pone los pelos de punta.

Y a mí también, y solo el hecho de que me había metido totalmente en el personaje para sobrellevar la situación me salvó de delatarme. ¿Quién sospecharía tanta humanidad en Barundandi? Me agarré del brazo de Subredil y me puse a temblar.

Ella respondió a Barundandi con suavidad, mostrándose sumisamente de acuerdo con que la protectora podía ser enormemente espeluznante.

La cocina, normalmente fuera del alcance de la mano de obra temporal, era una

reserva de dragón de tesoros comestibles, solo que sin el dragón. Subredil y Sawa comieron hasta que casi no pudieron caminar. Se cargaron del botín que pensaron se les permitiría llevarse a casa, recogieron sus cuatro monedas y se dirigieron a la puerta del servicio antes de que a nadie se le ocurriera nada que podían hacer. Antes de que ninguno de los compinches de Barundandi reparase en que se habían pasado por alto los sobornos de costumbre.

Fuera de la puerta, había guardias armados. Eso era nuevo. Eran grises, más que soldados, y no parecían particularmente interesados en la gente que salía. No se molestaron en realizar los rápidos cacheos habituales que tenían que soportar los eventuales para evitar que nadie se llevara la cubertería real.

Ojalá que nuestros personajes tuviesen más curiosidad en ellos; así podría haber echado un vistazo más de cerca a los daños que habíamos causado. Ya se estaban montando andamios y un muro de madera, y lo que alcancé a ver me impresionó. Solo había leído acerca de lo que podían hacer las últimas versiones de esos lanzadores de bolas de fuego, y el palacio parecía un modelo de cera oscura sobre la que alguien hubiese usado repetidas veces una barra de hierro al rojo blanco. Las piedras no solo se habían derretido y despintado, sino que algunas se habían vaporizado.

Nos habían dejado ir mucho más temprano de lo habitual, era tan solo media tarde. Yo caminaba demasiado rápido, impaciente por salir de allí, pero Minh Subredil se negaba a que le metiesen prisa. Más adelante había una muchedumbre silenciosa en pie, que había venido para mirar el palacio. Subredil murmuró algo acerca de «... Diez mil ojos».

CAPÍTULO 9

Me equivoqué. Esa multitud no había venido solo a examinar nuestra obra nocturna y maravillarse de que los hombres muertos de la protectora pudieran ser tan juguetones. Lo que les interesaba eran cuatro discípulos bhodi que había en los postes conmemorativos a unos once metros de la entrada que había sido destrozada, al otro lado del muro que se estaba construyendo. Uno de ellos estaba colgando un molinillo de oración de uno de los postes, otros dos extendían sobre los adoquines una tela oscura de color rojo anaranjado con unos bordados muy elaborados, y el cuarto, con su cabeza rapada más calva y brillante que una manzana, estaba frente aun gris que tenía, como mucho, dieciséis años. El discípulo bhodi tenía los brazos cruzados y atravesaba con la mirada al jovencito, que parecía estar teniendo problemas para transmitirles a esos hombres el mensaje de que debían dejar de hacer lo que estaban haciendo. La protectora lo había prohibido.

Minh Subredil se detuvo, ya que esto era algo que le interesaba incluso a ella. Sawa se colgó de su brazo con una mano y levantó la cabeza para poder mirar también.

Me sentí terriblemente en evidencia allí fuera, a casi una docena de metros de los silenciosos mirones.

Al joven gris le llegaron refuerzos en forma de un sargento shadar de pelo cano que parecía pensar que el problema de los bhodi era la sordera.

—¡Largaos! —gritó—. Si no, os echaremos nosotros.

El bodhi de brazos cruzados dijo:

—La protectora me ha mandado llamar.

Al no haber recibido aún el informe de Murgen, Sahra y yo no teníamos ni idea de qué iba esto.

—¿Eh?

El discípulo que estaba preparando el molinillo de oración anunció que estaba preparado. El sargento gruñó y lo tiró del poste con el dorso de su mano. El discípulo responsable se agachó, lo recogió, y se puso a colocarlo de nuevo. Los discípulos bhodi no eran gente violenta, ni tampoco oponían resistencia a nada, pero eran tercos.

Los dos que estaban extendiendo la alfombra de oración estaban satisfechos con su trabajo. Hablaron con el hombre de los brazos cruzados y este inclinó levemente su cabeza y después levantó los ojos hasta encontrarse con los del shadar. En voz alta, pero con una tranquilidad inquietante, proclamó:

—*Rajadharma*, los deberes del rey. Sabedlo: la monarquía es un voto de confianza. El rey es el sirviente más ensalzado y concienciado del pueblo.

Ninguno de los testigos tuvo problemas para oír y entender esas palabras.

El orador se situó en la alfombra de oración. Su toga era de un color casi idéntico,

y pareció fundirse con el conjunto.

Uno de los discípulos secundarios le pasó una gran jarra, la cual elevó en una especie de ofrenda al cielo, para luego derramarse encima lo que contenía. El sargento parecía tan desconcertado como el joven. Miró a su alrededor buscando ayuda.

El molinillo de oración estaba de nuevo en su lugar. El discípulo responsable lo puso a dar vueltas y después se echó atrás, volviendo con los dos que habían extendido la alfombra.

El discípulo situado en ella golpeó un trozo de acero con un pedernal y se esfumó en una explosión de llamas. Justo en ese momento, reconocí el olor de la nafta. El calor me golpeó como un puñetazo, y estaba tan metido en el personaje que me agarré de Subredil con las dos manos y me puse a gimotear. Ella continuó, con los ojos como platos, aturdida.

El hombre cubierto de llamas no soltó ni un grito, ni se movió, hasta que todo rastro de vida hubo desaparecido y la cáscara carbonizada que dejó atrás se derrumbó.

Los cuervos la sobrevolaron en círculos, maldiciendo en su propia lengua. Así que Atrapa Almas lo sabía, o pronto lo sabría.

Nosotros seguimos adelante, hacia la multitud ya animada, la atravesamos, y nos dirigimos a casa. Los discípulos bhodi que habían ayudado a preparar el ritual suicida ya habían desaparecido mientras todas las miradas estaban fijas en el hombre en llamas.

CAPÍTULO 10

—¡No me puedo creer que haya hecho eso! —exclamé yo, todavía saliendo de los harapos malolientes de Sawa y de su lisiada personalidad. Las noticias habrán llegado a casa antes que nosotros. El suicidio era lo que todo el mundo quería discutir. Nuestro propio esfuerzo nocturno había pasado a ser secundario: se había terminado y habían sobrevivido.

Tobo no se creía ni una palabra. Lo mencionó de pasada e insistió en contarnos todo lo que su padre había visto en el palacio la noche anterior. Hizo referencia a las notas que había tomado con la ayuda de Goblin. Estaba realmente orgulloso del trabajo que había hecho y quería restregárnoslo.

—Pero no conseguí que hablase conmigo, mamá. Parecía que todas mis preguntas le irritaban, era como si él quisiese acabar con todo de una vez para poder irse.

—Ya lo sé, cariño —dijo Saha—. Ya lo sé. También es así conmigo. Aquí tienes un poco de pan que nos dejaron traer a casa, come un poco. Goblin, ¿qué han hecho con Swan? ¿Está bien?

Un Ojo se rio para sus adentros y dijo:

—Está tan bien como puede estarlo un hombre con las costillas rotas. Cagado de miedo, eso sí. —Volvió a reírse.

—¿Las costillas rotas? Explícate.

—Alguien que les guardaba rencor a los grises se emocionó demasiado, pero no te preocupes, ya tendrá tiempo de arrepentirse de haberse dejado dominar por sus pasiones —dijo Goblin.

—Estoy exhausta —dijo Saha—. Hemos estado todo el día en la misma habitación que Atrapa Almas. Pensé que reventaría.

—¿Qué tú reventarías? Yo hice todo lo que pude para no salir de allí dando gritos. Estaba tan concentrada en ser Sawa que me perdí la mitad de lo que dijeron.

—Lo que no dijeron podría ser más importante. Atrapa Almas tenía verdaderas sospechas sobre el ataque.

—¡Te lo dije, al cuello! —gritó Un Ojo—. Y ellos seguían sin creer en nosotros. Si los matas a todos, no tendrás necesidad de andar por ahí a escondidas intentado descubrir cómo sacar al Viejo. Podrías hacer que los tipos de la biblioteca hicieran la búsqueda por ti.

—Casi nos matan —replicó Saha—. Atrapa Almas ya estaba buscando lío, y eso es resultado de las noticias sobre la Hija de la Noche. Y hablando de ella, quiero que os pongáis a buscarla, vosotros dos. Y también a Narayan.

—¿A Narayan también? —preguntó Goblin.

—Atrapa Almas los va a cazar con un gran entusiasmo, espero.

—Kina debe de estar obrando de nuevo. Narayan y la chica no vendrían a Taglios

a no ser que confiaran en su protección, lo que también significa que la chica empezará a copiar otra vez los Libros de los Muertos. —Esos horribles y antiguos volúmenes estaban enterrados en la misma caverna que los Tomados—. Mientras estábamos allí arriba, cuando había terminado con los candeleros y no tenía nada más que hacer, se me ocurrió una cosa. Hace mucho tiempo desde que leí los Anales de Murgon, y no parecía que tuviesen mucha relación con lo que estamos tratando de hacer, al ser tan moderno. Sin embargo, cuando estaba sentado allí, a tan solo unos pocos metros de Atrapa Almas, tuve la espeluznante sensación de que me había perdido algo. Y hace tanto que estudié estas cosas, que ya no sé lo que podría ser.

—No creo que te vaya a faltar el tiempo. Vamos a necesitar estar fuera de combate durante unos pocos días.

—Vas a trabajar, ¿no?

—Sería sospechoso si no lo hiciera.

—Yo voy a la biblioteca, he localizado algunas historias que se remontan a los principios de Taglios.

—¿Ah, sí? —dijo Un Ojo con voz ronca, tras haberse despertado de golpe de un sueñecito—. Entonces hazme el favor de encontrar por qué demonios la panda de gobernantes solo son príncipes. Los territorios que mandan son mayores que la mayoría de los reinos de los alrededores.

—Esa es una pregunta que nunca se me habría ocurrido —dije educadamente—. Ni a mí, ni seguramente a ningún nativo de este extremo del mundo. Ya preguntaré. —Si es que me acuerdo.

Se oyó una risa nerviosa que provenía de las sombras al fondo del almacén. Sauce Swan. Goblin dijo:

—Está jugando al tonk con unos tipos de los viejos tiempos.

—Deberíamos sacarlo de la ciudad. ¿Dónde podemos meterlo? —preguntó Sahra.

—Yo lo necesito aquí —repuse—. Necesito hacerle unas preguntas sobre la llanura. Es el primer motivo por el que lo capturamos, y yo no me voy a ir a algún lugar del campo cuando por fin he empezado a avanzar un poco en la biblioteca.

—Atrapa Almas podría tenerlo marcado de algún modo.

—Nosotros tenemos nuestros dos propios hechiceros zopencos. Haz que lo examinen. Juntos, suman uno competente...

—Cuidado con lo que dices, Jovencita.

—Incluso a mí se me olvida, Un Ojo. Vosotros dos juntos sumáis la mitad de lo que valéis por separado.

—Dormilón tiene algo de razón. Si Atrapa Almas lo marcara, vosotros dos debéis ser capaces de averiguarlo.

—¡Utiliza la cabeza! —espetó Un Ojo—. Si lo hubiera marcado, ella ya estaría aquí, no allí arriba preguntando a sus lacayos si ya han dado con sus huesos. —El

hombrecillo se bajó gruñendo de su silla que crujía. Se dirigió a las sombras del fondo del almacén, pero no hacia donde provenía la voz de Swan.

—Tiene razón —dije yo, y también me dirigí al fondo. No había visto a Swan de cerca en los últimos quince años. Detrás de mí, Tobo interrogaba a su madre acerca de Murgen. Estaba disgustado porque su padre había estado indiferente.

A mí me parecía que era bastante probable que Murgen no entendiese quién era Tobo, ya que tenía dificultades con el tiempo. Había tenido este tipo de problema desde el asedio de Jaicur. Podría estar pensando que aún estábamos quince años atrás e ir dando tropezones hacia un posible futuro.

Swan se me quedó mirando durante unos segundos cuando me adentré en la luz de la lámpara que iluminaba la mesa donde estaba jugando a las cartas con los hermanos Gupta y un cabo al que llamábamos Slink.

—Dormilón, ¿verdad? No has cambiado nada. ¿Es algún tipo de embrujo de Goblin o Un Ojo?

—La bondad de Dios es de corazón. ¿Cómo van tus costillas?

Swan se pasó los dedos por lo que le quedaba de pelo.

—Así que es eso. —Se tocó el costado—. Sobreviviré.

—Lo estás llevando bien.

—Necesitaba unas vacaciones, ahora ya nada está en mis manos. Puedo relajarme hasta que ella me encuentre de nuevo.

—¿Puede hacerlo?

—¿Eres el capitán, ahora?

—El capitán es el capitán, yo diseño las emboscadas. ¿Puede encontrarte?

—Bueno, hijo, esto parece la colisión legendaria entre los chismes imparables y la cosa inamovible. No sé por quién apostar. A un lado, tenemos a la Compañía Negra, con cuatrocientos años de maldad y astucia; al otro, a Atrapa Almas, con cuatro siglos de mezquindad y locura. Supongo que es una incógnita.

—¿No te tiene marcado de alguna manera?

—Solo con cicatrices.

El modo en que lo dijo me hizo sentir que comprendía exactamente lo que quería decir.

—¿Quieres venir a nuestro lado?

—Estás de broma. ¿Todo lo de esta mañana fue para pedirme que me una a la Compañía Negra?

—Todo lo de esta mañana fue para mostrarle al mundo que seguimos aquí y que podríamos hacer lo que quisiéramos, cuando quisiéramos, con o sin protectora. Y para traerte con nosotros y hacerte unas preguntas sobre la llanura de la Piedra Reluciente.

Me miró durante unos segundos y después comprobó sus cartas.

—Ese es un tema del que lleva tiempo sin hablarse.

—¿Te vas a poner testarudo?

—¿Bromeas? Voy a hablar por los codos, pero apuesto a que no vas a averiguar ninguna maldita cosa que no supieses ya. —Descartó una jota negra.

Slink se abalanzó sobre la carta, puso sobre la mesa una fila de nueve reinas, descartó una reina roja y se sonrió. Debería ver a Un Ojo para hacer algo con esos dientes.

—¡Joder! —refunfuñó Swan—. Echaba de menos este juego. ¿Cómo aprendisteis vosotros a jugar? Es el maldito juego más simple del mundo, pero no he conocido a un tagliano que fuese capaz de entenderlo.

—Cuando se juega con Un Ojo, se aprende rápido —observé yo—. Échate a un lado, Sin. Déjame jugar mientras hurgo en el cerebro de este tío. —Me acerqué un taburete, sin dejar de estudiar a Swan ni un segundo. Este tipo sí que sabía meterse en el papel. Este no era el Sauce Swan sobre el que escribió Murgén, ni el Swan que vio Saha cuando visitó el palacio. Cogí mis cinco cartas del reparto para el próximo juego—. Esto no es una mano de cartas, es un pie. ¿Cómo es que estás tan relajado, Swan?

—Calma, no puedes tener una mano peor que la mía. No tengo dos cartas del mismo palo.

—¿Calma?

—Ya que hoy no tengo nada que hacer aparte de echarme para atrás y tomármelo con calma. Solo tengo que jugar al tonk hasta que mi cariñito venga y me lleve a casa.

—¿No tienes miedo? Según mis fuentes, eres más flojo de lo que era Humo.

Sus rasgos se endurecieron. Esa no era precisamente una comparación que le gustase demasiado.

—Lo peor ya ha pasado, ¿no es así? Estoy en manos de mis enemigos. Pero aún estoy sano y salvo.

—Nadie te garantiza que vayas a seguir así, a menos que colabores. ¡Jolín! Si esto sigue así, voy a tener que robar uno de los cepillos para la colecta. —El turno no me había llegado antes de que acabase la mano, y yo no había ganado.

—Cantaré como un cuervo amaestrado. Como un coro entero. Pero no te puedo servir de mucho, nunca fui tan cercano al centro como podrías pensar.

—Puede ser. —Observé sus manos de cerca mientras repartía las cartas. Parecía que el ego de un experimentado manipulador le obligara a demostrarse a sí mismo lo bueno que era con los movimientos rápidos. Si tenía algún movimiento, no iba a conseguirlo a través de mí. Yo también había aprendido el juego de Un Ojo—. Demuéstralo. Dime cómo Atrapa Almas os mantuvo vivos a vosotros dos el tiempo

suficiente para salir de la llanura.

—Esa pregunta es fácil. —Completó un reparto—. Escapamos más rápido de lo que podían correr los fantasmas que nos perseguían. Montábamos esos caballos negros que la Compañía trajo desde el norte.

Yo mismo había montado esas bestias encantadas unas pocas veces. Esa podría ser la respuesta; podían dejar atrás cualquier caballo normal y correr casi hasta el infinito sin cansarse.

—Puede ser, puede ser. ¿No tenía ningún talismán especial?

—Que a mí me mencionara, no. —Eché un vistazo a la otra horrible mano que me había tocado. Interrogar a Swan podría salirme caro, yo no soy de los mejores jugadores de tonk de la banda—. ¿Qué ocurrió con los caballos?

—Por lo que yo sé, están todos muertos. El tiempo, la magia, o las heridas los han pillado, y la reina de las zorras tampoco estaba muy contenta al respecto. No le gusta caminar, y no le tiene mucho cariño a volar.

—¿Volar? —Sobresaltado, descarté una carta que debería haber conservado, lo que permitió a uno de los Guptas ganarse otro par de monedas a mi costa.

Swan dijo:

—Creo que me va a empezar a gustar jugar contigo. Sí, volar. Tiene un par de esas alfombras hechas por el Aullador, y la verdad es que no se le dan demasiado bien. Te lo digo por experiencia. No hay nada como caerse de una de esas mierdas cuando tienes que salir pitando, incluso si solo estás a un metro y medio del suelo. Te toca repartir.

Un Ojo apareció, casi lo más despierto y alerta que se le podía ver estos días.

—¿Hay sitio para uno más? —Su aliento olía a alcohol.

—Conozco esa voz —gruñó Swan—. No. De ti ya me encargué hace veinticinco años, pensaba que había sido en Khadighat, o quizás en Bhoroda o Nalanda.

—Soy rápido.

—Puedes jugar solo si pones dinero por adelantado y accedes a no repartir —dijo Slink.

—Y si tienes las manos sobre la mesa todo el tiempo —añadí yo.

—Eso que dices me duele en el alma, Jovencita. La gente podría hacerse la idea de que no confías en que juegue limpio.

—Y hacen bien. Eso les ahorrará un montón de tiempo y dolor.

—¿Jovencita? —preguntó Swan, con una mirada totalmente distinta, de repente.

—Un Ojo tiene incontinencia bucal. Siéntate, viejo. Swan nos estaba contando cosas sobre las alfombras mágicas de Atrapa Almas y cómo le desagrada volar. Y yo me pregunto si no podríamos encontrar alguna forma de aprovecharnos de ello.

Swan nos miró de uno en uno. Yo observaba las manos de Un Ojo mientras cogía su primer montón de cartas, por si acaso hubiera hecho algo con esta baraja en algún

otro momento.

—¿Jovencita?

—¿Hay eco aquí? —preguntó Slink.

—¿Es eso un problema, de repente? —repliqué yo.

—¡No! No. —Swan me enseñó la palma de la mano que tenía libre—. No es más que me estoy encontrando con muchas sorpresas aquí. Atrapa Almas pensó que había sido bastante eficiente con los supervivientes de la Compañía, pero ya me he encontrado a cuatro personas que se piensan muertas, incluyendo al hechicero más feo del mundo y a esa mujer nyueng bao que actúa como si fuera la jefa.

—No te atrevas a hablar de Goblin de esa manera —gruñó Un Ojo—. Es mi compañero. Algún día voy a tener que soportarle. —Se rio por lo bajo.

Swan no le hizo caso.

—Y tú, a quien tomábamos por hombre.

—No había muchos que lo supieran —respondí, encogiéndome de hombros—. Y no es importante. El imbécil del parche en el ojo y el sombrero apestoso debería haber tenido dos dedos de frente para no mencionarlo delante de un extraño. —Lo fulminé con la mirada.

Un Ojo sonrió burlonamente, cogió una carta del montón, y la descartó.

—Es determinada, Swan, y también inteligente: diseñó el plan con el que ha traído aquí. ¿Ya has empezado uno nuevo, Jovencita?

—He empezado unos cuantos. No obstante, me parece que Sahra querrá que el próximo sea el inspector general.

—¿Gokhale? Él no puede contarnos nada.

—Digamos que es personal, Swan. ¿Sabes algo sobre Gokhale? ¿Tenía escarceos con jovencitas, como solía tener Perhule Khoji?

Un Ojo me echó una mirada asesina. Swan se me quedó mirando. Esta vez era yo quien la había liado, había revelado algo.

Demasiado tarde para echarse atrás.

—¿Y bien?

—De hecho, sí. —Swan estaba pálido. Se concentraba en sus cartas, con dificultad para mantener el pulso—. Ellos dos, y también algunos otros de esa oficina. Les unían intereses comunes. La radisha no lo sabe, no creo que quiera saberlo. —Descartó fuera de turno, había perdido su entusiasmo por el juego.

Yo me di cuenta de cuál era el problema. Él pensaba que el hecho de que yo me expresara libremente significaba que tenía intención de elevarlo a un plano más elevado más bien pronto.

—Tienes razón, Swan. Mientras que te portes bien y respondas cuando se te pregunta. Demonios, tengo que salvarte. Hay un montón de tipos enterrados bajo la llanura reluciente que quieren hablar contigo de eso cuando regresen. —Podría ser

interesante ver la conversación entre él y Murgén.

—¿Es que aún están vivos? —La idea parecía dejarlo atónito.

—Y mucho. Tan solo están congelados en el tiempo y enfadándose más y más cada minuto.

—Yo creía que... Dios todopoderoso... ¡Mierda!

—¡No hables así en nombre de Dios! —gruñó Slink.

Slink también era un jaicuri vehdna, y mucho más practicante que yo. Conseguía orar al menos una vez al día e ir al templo varias veces al mes. Los vehdna autóctonos pensaban que era un refugiado de Dejagore empleado por Banh Do Trang porque había hecho favores a los nyueng bao durante su asedio. La mayoría de nuestros hermanos soportaban empleos auténticos y trabajaban duro para parecerse a los baluartes de la comunidad local.

Swan tragó saliva y dijo:

—¿Vosotros coméis alguna vez? No he pegado bocado desde ayer.

—Sí que comemos —respondí—, pero no como tú estás acostumbrado. Es cierto lo que cuentan sobre los nyueng bao: no comen nada más aparte de cabezas de pescado y arroz. Ocho días a la semana.

—Ahora mismo, pescado me vale. Me voy a reservar las quejas hasta que tenga la barriga llena.

—Slink —dije yo—, necesitamos enviar un equipo de muerte a Semchi para que vigilen el árbol bhodi. La protectora seguramente lo quiera aplastar, y podríamos hacernos algunos amigos si lo salvamos. —Conté la historia del discípulo bhodi que se había quemado vivo y la amenaza de Atrapa Almas de convertir el árbol bhodi en leños para el fuego—. Me gustaría ir a mí, solo para ver si la ética bhodi de la no violencia es lo suficientemente fuerte para hacerlos quedarse ahí de pie mientras alguien destruye su santuario más sagrado. Pero tengo mucho trabajo que hacer aquí. —Devolví mis cartas—. De hecho, tengo trabajo que hacer ahora.

Estaba cansado, pero supuse que podría estudiar los Anales de Murgén durante unas cuantas horas antes de caer exhausto.

Mientras salía, Swan susurró:

—¿Cómo demonios sabe ella todo eso? Y, ¿es realmente una «ella»?

—Nunca lo he comprobado por mí mismo —contestó Slink—, estoy casado. Pero desde luego, eso sí, tiene ciertas costumbres de mujer.

¿Qué diablos quería eso decir? Yo soy solo uno más de los tíos.

CAPÍTULO 11

Eran tiempos emocionantes. Me encontraba a mí mismo ansioso por estar en pie ahí fuera, donde pasaban cosas. Para entonces, el impacto de nuestra audacia habría alcanzado cada rincón de la ciudad. Estaba engullendo arroz frío mientras escuchaba a Tobo quejarse, de nuevo, de que su padre no le había prestado atención.

—¿Hay algo que pueda hacer yo, Tobo?

—¿Eh?

—A menos que pienses que puedo volver allí y decirle que entre en vereda y hable con su hijo, estás malgastando tu tiempo y el mío hablando del tema. ¿Dónde está tu madre?

—Se ha ido a trabajar hace un buen rato. Dijo que levantaría sospechas si no aparecía hoy.

—Probablemente. Van a estar realmente nerviosos por todo durante un tiempo. ¿Qué te parece si, en lugar de preocuparte por lo que ya ha pasado, pasas un poco de tiempo pensando en lo que harás la próxima vez que veas a tu padre? Y mientras tanto, puedes ayudarme tomando notas cada vez que alguien le pregunte algo al prisionero. Así no te meterás en líos.

Su ceño fruncido me dijo que no estaba más entusiasmado por que le ofrecieran trabajo que ningún otro chico de su edad.

—¿Tú también vas a salir?

—Tengo que ir a trabajar.

Podría ser un buen día para llegar a la biblioteca temprano. Se suponía que los alumnos pasarían la mayor parte del día fuera. También se suponía que iba a haber una reunión de bhadralok, que era un grupo de estudiosos indirectamente asociados a los que no les gustaba la protectora, y que encontraban el protectorado censurable. A modo de broma, se referían a ellos mismos como una banda de terroristas intelectuales. Bhadrhalok significa, más o menos, «la gente respetable», y eso era exactamente lo que ellos creían ser. Todos tenían formación y eran gunni de la casta más alta, lo que se traducía, directamente, en que la gran mayoría de la población de Taglios no los miraba con ninguna simpatía en absoluto. El mayor problema que tenían con la protectora era el completo desprecio con el que se tomaba su arrogante y confiada asunción de superioridad. Como revolucionarios y terroristas eran menos incandescentes que cualquiera de los clubes sociales de castas bajas existentes en todos los bloques residenciales de la ciudad. Yo dudo de que Atrapa Almas malgastase siquiera dos espías para vigilarlos. Sin embargo, se lo pasaban en grande lanzando acusaciones y llorando sobre sus propios hombros porque el mundo se iba al infierno en un carro de cabras conducido por el demonio vestido de negro. Además, cada semana, aproximadamente, todo esto me libraba del personal de la

biblioteca.

Yo hacía todo lo que podía para alimentar su fervor sedicioso.

Me fui, y vi que el comienzo sería lento. A menos de treinta metros de la salida del almacén me topé a dos de nuestros hermanos haciendo trabajo pesado para Do Trang mientras hacían guardia. Uno se puso a hacer gestos, indicando que tenían que informar de algo. Solté un respiro y me acerqué.

—¿Qué pasa, Ríos? —Los hombres le llamaban Camina Ríos, y yo no le conocía por ningún otro nombre.

—Hay dos trampas de sombras que han saltado. Nos hemos agenciado dos nuevas mascotas.

—Oh, no. Jolines. —Meneé la cabeza.

—¿No son buenas noticias?

—No. Corre, informa a Goblin. Yo me quedo con Ran hasta que vuelvas. Y no entretengas, ya voy tarde al trabajo. —Lo que no era verdad, pero los taglianos no tienen mucho sentido de la urgencia, y el concepto de puntualidad les es ajeno a la mayoría.

Sombras en las trampas para sombras. No era en absoluto un buen resultado. Según nuestras determinaciones más próximas, a Atrapa Almas no le quedaban más de una docena de sombras manejables bajo control. Otras muchas se habían asilvestrado en el lejano sur y se estaban creando reputación de rakshasas, que eran demonios o diablos, pero no como aquellos que conocían mis hermanos del norte. Los demonios norteños parecían ser seres solitarios de un poder considerable, mientras que los rakshasas son comunales y bastante débiles por separado, pero mortíferos, muy mortíferos.

En la mitología antigua, por supuesto, son mucho más poderosos. Se aplastan la cabeza unos a otros con cimas de montañas, les crecen dos por cada una que les corta un héroe, y capturan a las hermosas esposas de los reyes que son en realidad dioses encarnados, pero no lo recuerdan. Todo debe de haber sido mucho más emocionante en los viejos tiempos, incluso si en el día a día no tenía mucho sentido.

Almas siempre tenía el ojo puesto en sus sombras. Eran su recurso más valioso, lo que significaba que si las había enviado a espiarnos, ella debería saber exactamente a dónde se suponía que debía haber ido cada una de ellas. Al menos así lo habría hecho yo si estuviese enviando recursos irremplazables, y así lo hice con cada uno de los hombres que destinamos a la captura de Sauce Swan. Sabía cómo iban a tomar posiciones, cómo iban a regresar, y todo lo que se suponía que tenían que hacer entremedias. Y justo como me imaginaba que podría hacer Atrapa Almas, yo habría ido a buscarlos personalmente si no hubiesen vuelto.

Goblin vino cojeando bajo la luz de primera hora de la mañana, maldiciendo todo el tiempo. Llevaba el atuendo de lana marrón de cuerpo entero de un derviche

veyedeem, y lo odiaba, sin importar lo necesario que fuese ir disfrazarse cuando estaba fuera. No le faltaba razón, la lana daba demasiado calor. Supuestamente, debía recordar a los hombres santos el infierno del que escapaban si se dedicaban a la castidad, el ascetismo y las buenas obras.

—¿Qué mierda es esta? —gruñó—. Aquí fuera ya hace suficiente calor como para hervir huevos.

—Los chicos dicen que hemos cazado algo en las trampas de sombras. He pensado que quizá querrías hacer algo al respecto antes de que mami venga en busca de sus bebés.

—Mierda. Más trabajo que...

—Viejo, acabas de tener algo en tu boca que yo no querría ni siquiera en la mano.

—Vedhna remilgado... Saca al rebaño de aquí antes de que te dé una verdadera lección de idiomas. Y cuando vuelvas trae a casa algo decente de comer. Una vaca, por ejemplo.

En más de una ocasión, él y Un Ojo habían conspirado para secuestrar una de las reses sagradas que vagaban por la ciudad. Hasta la fecha sus esfuerzos habían sido en vano, porque ninguno de los hombres quería acompañarlos. La mayoría tienen familia gunni.

No me llevó nada de tiempo averiguar que nuestras sombras cautivas no eran las únicas que se habían vuelto locas justo antes del amanecer. Los rumores se habían extendido: las historias de los asesinatos que cometieron las sombras hicieron olvidar los ataques en el palacio y la autoinmolación del discípulo bhodi. Los asesinatos estaban más cerca de casa y más cerca en el tiempo, y eran grotescos. El cadáver de un hombre que ha sido devorado por una sombra no es más que una cáscara retorcida de la criatura que era antes.

Me introduje sutilmente en la multitud que rodeaba la entrada de una casa familiar en la que se habían producido múltiples muertes. Es fácil hacerlo cuando se es pequeño y ágil, y se sabe cómo utilizar los codos. Llegué justo a tiempo para verlos sacar los cadáveres. Esperaba que fuesen expuestos a la mirada pública, no porque yo quisiese verlos (vi ese tipo de cuerpos de sobra durante las guerras del Maestro de las Sombras), sino porque pensaba que la gente debía ver lo que podía hacer Atrapa Almas. Todos los enemigos que pudiera crearse, eran pocos.

Los cuerpos ya estaban amortajados, pero la gente hablaba.

Yo seguí desplazándome, y me enteré de que la mayoría de los asesinatos, que habían sido muchos y no seguían ningún tipo de patrón en absoluto, habían sido a personas que vivían en la calle. Parecía que Atrapa Almas había enviado a las sombras solo para demostrar que tenía el poder y el deseo de matar.

Las muertes no habían causado un gran miedo, ya que la gente pensaba que todo había terminado. La mayor parte de ellos tampoco conocían a ninguna de las

víctimas, así que tampoco estaban enfadados. Los sentimientos más extendidos eran la curiosidad y la repugnancia.

Me planteé volver y decirle a Goblin que arreglase las sombras capturadas para que salieran a matar de nuevo esta noche y todas las posteriores, hasta que Atrapa Almas las localizara. Si pensaba que sus mascotas estaban haciendo fechorías de las suyas, no buscaría tramperos. Además, las sombras le crearían muchos más enemigos antes de que terminara su terror.

Al principio parecía que los grises se habían esfumado de las calles, se dejaban ver menos que de costumbre. No obstante, tan pronto como bordeé Chor Bagan, el porqué fue evidente. Habían sitiado el lugar, aparentemente por haber supuesto que cualquier superviviente de la Compañía Negra, al haber sido nombrado bandido por la protectora, se escondería entre los ladrones y villanos de la cosecha propia de Taglios. Tenía gracia.

Por encima de las objeciones de Un Ojo y de los lapsos ocasionales de Banh Do Trang, Sahra y yo insistimos en que tenemos que ver lo menos posible con el elemento criminal. Este elemento ha incluido gente de moral y disciplina dudosas que podría servirnos en bandeja para comprarse una jarra más de vino ilegal. Yo esperaba que los grises se hubiesen divertido. Esperaba que alguien se hubiese olvidado de las reglas y su día se hubiese cubierto de sangre. Eso me haría la vida más fácil a mí y a los míos.

Cualquier paseo que des por la ciudad te expone a la cruel verdad acerca de Taglios: allí existe más mendicidad que en ningún otro sitio. Si alguien barriese y limpiase la ciudad, y organizase a los mendigos en regimientos, llegarían a ser más que en el mayor ejército formado por el capitán en las guerras del Maestro de las Sombras. Si tienes el más mínimo aspecto de extranjero o de prosperidad, van hacia ti en oleadas. Todos sus intentos se centran en explotar tu lástima. No muy lejos del almacén de Do Trang hay un chico que no tiene ni manos ni piernas hasta la altura de la rodilla. En su lugar ha colocado, de algún modo, tacos de madera. El chico se dedica a arrastrarse por ahí con un cuenco en la boca. Todos los lisiados mayores de quince años proclaman ser héroes heridos en las guerras. Los niños son los peores: a menudo han sido mutilados de manera deliberada, y sus extremidades deformadas diabólicamente. Son vendidos a hombres que después creen poseerlos porque les dan de comer un puñado de cereales tostados cada ciertos días.

Un nuevo misterio que hay en la ciudad es que los hombres de ese tipo parecen correr el riesgo de ser cruelmente torturados y forjarse sus propias carreras como mendigos deformes si no vigilan su espalda con mucho, mucho cuidado.

Mi camino me llevó a uno de estos hombres. Tenía un brazo con el que podía arrastrarse y el resto de sus extremidades eran ruinas retorcidas. Sus huesos habían sido aplastados hasta quedarse en gravilla, pero él había seguido vivo gracias a un

dedicado esfuerzo. Su cara y su piel expuesta estaban cubiertas de cicatrices quemadas. Me detuve para poner una monedita en su cuenco.

Él gimió e intentó irse, gateando.

Mirases hacia donde mirases, la vida se desarrollaba de la manera única tagliana. Todos y cada uno de los vehículos que circulaban tenían gente colgando de ellos, gorroneando el trayecto. La única excepción eran esos cochecitos de ricos que van tirados por un hombre, y en esos casos, el rico, quizás un banquero de la calle Kowlhri, podía permitirse personal armado de cañas de bambú que dejase atrás a los gorriones. Los tenderos a menudo se sentaban sobre sus minúsculos mostradores porque no tenían ningún otro sitio para hacerlo. Los obreros se movían de aquí para allá con cargas que les partían la espalda, y maldecían a todo el que se cruzase en su camino. La gente discutía, reía, hacía aspavientos con los brazos, o simplemente se ponía en un lado de la calle donde no había nadie defecando cuando la necesidad les sobrevenía. Se bañaban en el agua de las alcantarillas, indiferentes al hecho de que uno de sus vecinos estaba orinando en el mismo arroyo a unos metros de ellos.

Taglios es una agresión incesante y total a todos los sentidos, pero no se centra en ninguno tanto como en el sentido del olfato. Odio la estación de lluvias, pero sin sus extensas esclusas Taglios se volvería insostenible incluso para las ratas. Sin las lluvias, el cólera y la viruela endémicos serían mucho peor de lo que son (a pesar de que la época de lluvia trae consigo brotes de malaria y fiebre amarilla). Todas las clases de enfermedades son comunes y aceptadas estoicamente.

Y luego están los leprosos, cuya difícil situación da más profundidad al significado del horror y la desesperación. Yo nunca encuentro mi fe en Dios tan puesta a prueba como cuando me paro a pensar en los leprosos. Me producen tanto temor como a cualquiera, pero conozco lo suficiente sobre algunos individuos como para saber que a muy pocos les llega el azote que se merecen. O eso, o los gunni tienen razón y lo que pasa es que están pagando por los males que hicieron en vidas anteriores.

Por encima de todo esto se sitúan los milanos y los cuervos, las águilas ratoneras y los buitres. Para los que se alimentan de carroña, la vida se está portando bien. Hasta que los carros de la muerte vienen a recoger a los caídos.

La gente viene de todas partes para buscar su suerte, incluso desde cientos de kilómetros a la redonda. Lo que pasa es que la Suerte es una diosa fea y de dos caras.

Cuando llevas viviendo con sus obras media generación, apenas te das cuenta y te olvidas de que se supone que la vida no debe ser de esta manera. Dejas de maravillarte por la cantidad de males que puede conjurar el hombre solo con existir.

CAPÍTULO 12

La biblioteca, creada y legada a la ciudad por un antiguo príncipe mercantil a quien impresionaba mucho el aprendizaje, me daba la impresión de ser un símbolo de conocimiento que se levantaba para derramar su luz sobre la oscuridad envolvente de la ignorancia. Algunas de las peores barriadas de la ciudad llegan hasta el mismo muro que la rodea. Los mendigos se agolpan alrededor de los portones exteriores, el por qué es un misterio. Nunca he visto a nadie tirarles una moneda.

Hay un hombre que controla la puerta, pero no es un guardia. Ni siquiera tiene una vara de bambú, aunque sería innecesaria. Todo el mundo se hace cargo de la santidad del lugar del conocimiento. Todos menos yo, se podría decir.

—Buenos días, Adoo —dije, mientras el hombre de la puerta me abrió el hierro forjado de la que estaba hecha. A pesar de ser un barrendero exaltado y un recadero, yo tenía mi estatus, y parecía gozar del trato de favor de algunos de los bhadralok.

El estatus y la casta cobraron más importancia en Taglios a medida que se llenó más de gente y los recursos dejaron de ser tan abundantes. La casta ha pasado a ser definida y observada mucho más rígidamente en los últimos diez años. La gente está desesperada por aferrarse a lo poco que ya tienen. Del mismo modo, las asociaciones comerciales han pasado a ser cada vez más poderosas. Algunas han levantado pequeños cuerpos armados privados que utilizan para asegurarse de que los inmigrantes y otros forasteros no pisotean sus dominios, o que en ocasiones alquilan a templos u otras organizaciones que necesitan justicia. Algunos de nuestros hermanos han trabajado en el campo: genera beneficios, contactos, y nos permite echar un vistazo dentro de sociedades que de otro modo nos serían inaccesibles.

Por fuera, la biblioteca se parece a los templos gunni, más ornamentados. Sus pilares y muros están cubiertos de relieves que rememoran relatos míticos y también históricos. No es un lugar enorme, ya que mide solo unos veintisiete metros en su parte larga y poco más de dieciocho en la del otro lado. El piso principal está situado a tres metros de los jardines y monumentos que lo rodean, que a su vez coronan un pequeño montículo. El edificio propiamente dicho es tan alto que dentro hay una galería colgante de tamaño natural alrededor de todo el nivel donde debería haber un segundo piso; después hay un ático mediocre, más un sótano con buen drenaje bajo el piso principal. Yo encuentro dicho interior demasiado abierto para ser confortable. A no ser que esté abajo del todo o arriba del todo, todo el mundo puede ver lo que estoy haciendo.

El piso principal es una extensión de mármol traído de algún lejano lugar. Sobre él, en pulcras filas, se sitúan los pupitres y mesas donde trabajan los alumnos, que o bien estudian, o bien copian manuscritos putrefactos. El clima no es propicio para la longevidad de los libros. Hay una cierta tristeza en la biblioteca, un aire envolvente

de descuido. El número de estudiantes disminuye cada año. La protectora no se preocupa por la biblioteca porque no puede fanfarronear de que contiene libros viejos cargados de hechizos mortales. No hay ni un solo manual de magia negra en ella, aunque sí que hay un montón de material muy interesante, si es que ella se molestase en mirar. Pero esa clase de curiosidad no forma parte de su carácter.

En la biblioteca hay más ventanas de cristal que en cualquier otro sitio que yo haya visto. Los copistas necesitan mucha luz, y la mayoría de ellos son ahora viejos y su vista se resiente. El maestro Santaraksita suele hablar de que la biblioteca no tiene futuro, de que ya nadie quiere visitarla. Cree que tiene algo que ver con el miedo histórico del pasado que empezó a formarse poco después del levantamiento de los Maestros de las Sombras, cuando él era aún un jovencito. Tiempo atrás, cuando el miedo a la Compañía Negra se hizo más presente, antes de que la Compañía llegase a aparecer.

Me introduje en la biblioteca y la inspeccioné. Me encantaba el lugar. En otra época habría estado encantado de convertirme en uno de los acólitos del maestro Santaraksita (si pudiese sobrevivir al cercano escrutinio que soportan los aspirantes a estudiantes).

Yo no era un gunni, ni pertenecía a una casta alta. Lo primero lo podía fingir lo suficientemente bien como para pasar desapercibido, ya que había estado rodeado de gunni toda mi vida. Sin embargo, no conocía las castas desde dentro; solo se permitía estar alfabetizada a la casta de los sacerdotes y a algunos integrantes selectos de la casta comercial. A pesar de estar familiarizado con ambos, el vulgo y el modo alto, nunca podría fingir haber crecido en un hogar sacerdotal que hubiese pasado por momentos duros. Yo no había crecido demasiado en ningún tipo de hogar.

Tenía todo el lugar para mí solo, y no había nada que se necesitase limpiar en ese preciso momento.

Siempre me ha dejado estupefacto que nadie viva en la biblioteca, que sea más sagrada o más escalofriante que un templo. Los kangali (los chicos de la calle huérfanos, sin hogar y sin miedo, que van en tropas de seis a ocho) ven los templos como simplemente otro recurso potencial, pero no montarían líos en la biblioteca.

Para los iletrados, el conocimiento que contenían los libros era casi tan terrible como el conocimiento envuelto en la carne de una criatura tan malévola como Atrapa Almas.

Yo tenía uno de los mejores trabajos de Taglios. Era el principal conserje del mayor depósito y servicio de duplicación de libros del imperio tagliano. Se habían producido tres años y medio de maquinaciones y varios asesinatos cuidadosamente adjudicados para que yo aterrizase en un puesto que disfrutaba demasiado: siempre tenía presente la tentación de olvidar a la Compañía. Esta tentación me habría vuelto loco si hubiese tenido los requisitos sociales para ser algo más que un conserje que

leía a escondidas los libros cuando nadie lo miraba.

Rápidamente y en orden, reuní las herramientas de mi pretendido oficio y después me apresuré hacia uno de los mostradores de copistería más lejanos. Estaba un poco apartado, y aun así ofrecía una buena línea de visión y una buena acústica para que no me sorprendiesen haciendo algo que estaba prohibido y además era imposible.

Ya me habían pillado dos veces, por suerte las dos veces con libros tántricos con ilustraciones. Pensaron que estaba mirando disimuladamente fotos guarras. El mismo maestro Santaraksita me había propuesto que fuese a estudiar las paredes del templo, si esa era la clase de cosa que me atraía, pero después del segundo incidente no pude evitar sentir que había empezado a albergar profundas sospechas.

Nunca me amenazaron con despedirme o ni tan siquiera con un castigo, pero dejaron claro que no estaban conformes, y que los dioses castigaban a aquellos que exceden casta y destino. Por supuesto, no estaban enterados de mis orígenes o relaciones, o de mi poca disposición a aceptar la religión gunni con toda su idolatría y tolerancia de la maldad.

Desenterré el libro que pretendía tratar de la historia de los primeros días de Taglios. No habría reparado en él de no haberme dado cuenta de que estaba copiado de un manuscrito tan viejo que su mayor parte parecía estar escrita con una caligrafía parecida a la de los antiguos Anales que estaba teniendo tantos problemas para descifrar. El viejo Baladitya, el copista, no había tenido ninguna dificultad para traducir el texto al tagliano moderno. Yo he rescatado el original mohoso y desmenuzado, de hecho lo tengo escondido. Tenía la idea de que, comparando versiones, podría manejar el dialecto de esos antiguos Anales.

Si no, se le podría ofrecer a Girish una oportunidad de traducir para la Compañía Negra, una oportunidad sobre la que debía abalanzarse, teniendo en cuenta las alternativas disponibles en ese momento.

Yo ya sabía que los libros que quería traducir eran copias de versiones aún más antiguas: al menos dos de ellas habían sido transcritas originalmente en otra lengua (probablemente la que hablaban nuestros primeros hermanos cuando bajaron de la llanura de la piedra reluciente).

Empecé por el principio.

Era una historia interesante.

Taglios comenzó siendo un cúmulo de chozas de adobe a lo largo del río. Algunos de los habitantes de la aldea pescaban y esquivaban a los cocodrilos mientras otros cultivaban diferentes cosechas. La ciudad creció por ninguna otra razón obvia, aparte de ser el último terreno viable enfrente del río, que a su vez estaba perdido en los pantanos delta pestilentes, en aquellos días en que todavía no estaba habitado por los nyueng bao. El comercio de río arriba continuó por tierra hacia «todos los grandes reinos del sur». No se mencionó a ninguno de ellos por su nombre.

Taglios comenzó como una ciudad tributaria de Baladiltyla, una ciudad que era grandiosa en las historias que se contaban, pero que ya no lo era en existencia. En ocasiones se la asocia a unas ruinas realmente antiguas que hay en las afueras de la aldea de Videha, la cual es asociada a su vez a los logros intelectuales de un «Imperio kuras», y es el centro de ruinas de otro tipo totalmente diferente. Baladiltyla fue la ciudad natal de Rhaydreynak, el rey guerrero que casi exterminó a los Impostores tiempo atrás y que hostigó al puñado de supervivientes para que enterrasen sus textos sagrados (los Libros de los Muertos) en la misma caverna donde Murgen está ahora sepultado con todos los ancianos en sus telarañas de hielo.

No toda esta información provenía del libro que estaba leyendo. En mi lectura, iba haciendo conexiones con cosas que había leído u oído en otros sitios. Era algo realmente emocionante, al menos para mí.

Y aquí estaba la respuesta de Goblin: los príncipes de Taglios no podían ser reyes porque honraban a sus soberanos, los reyes de Nhanda, quienes los habían educado. Por supuesto, Nhanda ya no existía, y Goblin querría saber por qué, en ese caso, los príncipes de Taglia no podían simplemente coronarse ellos mismos. Había multitud de precedentes: según parecía, a lo largo de la historia de todos los siglos anteriores a la venida de la Compañía Negra, ese había sido el pasatiempo favorito de cualquiera que pudiese conseguir que tres o cuatro hombres lo siguieran por todos sitios.

Superé una poderosa urgencia que me sobrevino para adelantarme y buscar la época en que las Compañías Libres de Khatovar explotaron por todo el mundo, y lo sucedido antes que ayudaría a explicarlo.

CAPÍTULO 13

Me recorrió un repentino y espantado escalofrío. Ya no estaba solo, había pasado mucho tiempo. El sol se había balanceado durante horas a lo largo del cielo y la calidad de la luz dentro de la biblioteca había cambiado. Se había convertido en una versión mucho más pálida de lo que lo era por la mañana. Probablemente las nubes habían pasado a mejor vida.

No pegué un salto ni tampoco mostré ninguna reacción externa (espero), pero sí que tuve que responder visiblemente a mi percepción de la presencia de quienquiera que estuviese de pie detrás de mí. Puede que fuese su aliento lo que me alertó, por su fuerte olor a curri y a ajo. Pero, ciertamente, no escuché ningún ruido.

Controlé el latido de mi corazón, suavicé el gesto y me giré.

El maestro de la biblioteca, mi jefe, Surendranath Santaraksita, encontró mi mirada.

—Dorabee. Supongo que estabas leyendo.

En la biblioteca me conocen como Dorabee Dey Banerjaj, un nombre honorable. Hace mucho tiempo, un hombre llamado así murió a mi lado en una escaramuza cerca de los bosques Daka. Él no iba a usar más el nombre, y yo no le iba a causar ningún daño.

No hablé. Si el maestro llevaba allí un rato, la verdad iba a ser difícil de negar. Iba por la mitad del libro, que era de los que estaban encuadernados y no tenía ilustraciones de ningún tipo, ni siquiera un solo pasaje tántrico.

—Te he estado observando durante algún tiempo, Dorabee. Tu interés y destreza son ambos evidentes. Está claro que lees mejor que la mayoría de mis copistas, pero aun así es igualmente obvio que no perteneces a la casta sacerdotal.

Mi cara estaba tan pálida como el queso viejo. Me preguntaba si debería matarlo, y si lo hacía, cómo podía deshacerme del cadáver. Quizá podría incriminar a los Estranguladores... No. El maestro Santaraksita era viejo pero aún estaba lo suficiente saludable como para resistirse si trataba de estrangularlo. A veces, ser de poca estatura tiene claras desventajas. Me llevaba veinte centímetros, pero en ese momento parecía que fuesen unos cuantos metros. Y había también otra persona que se estaba moviendo por la biblioteca: oía otras voces.

No bajé la mirada como lo haría un sirviente. El maestro Santaraksita ya sabía que yo era un barrendero más que curioso, pero que era bueno en mi trabajo. Siempre tenía el lugar sin una mota de polvo. Era una de las reglas de la Compañía: nuestros personajes públicos tenían que ser moralmente correctos y excelentes trabajadores, lo que no hacía nada felices a algunos de los hombres.

Esperé. El maestro Santaraksita iba a decidir su propio destino. Debía decidir el destino de la biblioteca que tanto amaba.

—Veamos. Nuestro Dorabee es un hombre con más talento del que sospechábamos. ¿Qué más haces que desconozcamos, Dorabee? ¿Puedes escribir, también? —Por supuesto, no respondí—. ¿Dónde aprendiste? Muchos de los bhadralok llevan mucho tiempo manteniendo la opinión de que aquellos que no pertenecen a la casta sacerdotal no tienen la facilidad mental necesaria para aprender el modo alto.

Seguí sin decir palabra. Antes o después el maestro se movería en alguna dirección y yo respondería en consecuencia. Esperé que pudiese evitar destruirlo a él y a sus hermanos y saquear la biblioteca de todo lo que pudiese ser útil. Ese era el rumbo que Un Ojo quería tomar hace años. Daba igual la sutileza, daba igual no alertar a Atrapa Almas de lo que estaba sucediendo delante de sus narices.

—¿No tienes nada que decir? ¿Ninguna defensa?

—La búsqueda del conocimiento no necesita ninguna defensa. Sri Sondhel Ghosh, el janaka, declaró que en el Jardín de la Sabiduría no existen las castas. —A pesar de que fue en una época en que las castas tenían mucho menos significado.

—Sondhel Ghosh hablaba de la universidad de Vikramas, donde todos los estudiantes tenían que aprobar un examen exhaustivo antes de acceder a las instalaciones.

—¿Estamos suponiendo que muchos estudiantes de cualquier casta fueron admitidos sin saber leer los panas y pashids? Sondhel Ghosh no fue designado janaka así como así. Vikramas fue la sede del estudio religioso janai.

—Un conserje que conoce una religión ya muerta hace mucho tiempo. Sí que estamos entrando en la Era de Khadi, donde todo se vuelve patas arriba. —Khadi es el nombre tagliano preferido para Kina en uno de sus aspectos menos despiadados. El nombre de Kina casi nunca se utiliza, no sea que la Madre Oscura lo escuche y responda. Solo los Impostores quieren que ella aparezca—. ¿Dónde adquiriste esta destreza? ¿Quién te enseñó?

—Un amigo me inició hace mucho tiempo. Después de enterrarle, yo seguí aprendiendo de manera autodidacta. —Mi mirada no se apartó ni un momento de su rostro. Para ser un técnico de investigación militar viejo y memo cuya estrechez de mira era objeto de las burlas de los copistas más jóvenes, parecía sorprendentemente flexible en su mentalidad. Pero podría ser que fuese más listo de lo que parecía. Podría darse cuenta de que ya podía irse comprando un flotador que lo llevase río abajo hacia los pantanos si de sus labios salían las palabras erróneas.

No. El maestro Surenranath Santaraksita aún no vivía en un mundo en el que los que leían y apreciaban textos sagrados también degollaban y traficaban con hechiceras, muertos y rakshasas. El maestro Surenranath Santaraksita no pensaba así de sí mismo, pero era una especie de eremita bendito autoconsagrado para preservar todo lo que había de bueno en el conocimiento y la cultura. Yo ya había descubierto

todo esto mediante la observación continuada. También había concluido que no siempre estábamos de acuerdo en lo que había de bueno.

—Entonces solo quieres aprender.

—Codicio el conocimiento del mismo modo que algunos hombres codician los placeres de la carne. Siempre he sido así. No puedo evitarlo, es una obsesión.

Santaraksita se inclinó un poco más hacia mí y me estudió con sus ojos miopes.

—Eres mayor de lo que pareces.

—La gente piensa que soy más joven porque soy bajito —confesé.

—Háblame de ti, Dorabee Dey Banerjae. ¿Quién era tu padre? ¿De qué familia era tu madre?

—Seguro que nunca los ha oído mencionar. —Sopesé la posibilidad de negarme a dar más detalles. Sin embargo, Dorabee Dey Banerjae sí que tenía una historia, y yo llevaba ensayándola siete años. Si seguía metido en el personaje, todo sería real.

Sigue metido en el personaje. Sé Dorabee, a quien han pillado leyendo. Deja que Dormilón se preocupe por lo que hacer cuando le llegue el momento de aparecer en escena.

—Te denigras demasiado —dijo Santaraksita, llegados a cierto punto—. Podría haber conocido a tu padre... si fue el mismo Dollal Dey Banerjae que no pudo resistirse a la llamada de reclutas del Libertador con la legión original que triunfó en Ghoja Ford.

Yo ya había mencionado al padre fallecido de Dorabee, y ahora no podía volverme atrás. De todos modos, ¿cómo podía el maestro conocer a Dollal? Banerjae era uno de los apellidos taglianos tradicionales más antiguos y comunes. Aparecía incluso en el texto que estaba leyendo hasta hacía un momento.

—Puede que fuera él. Nunca llegué a conocerle bien, pero sí que lo recuerdo fanfarroneando de que fue uno de los primeros reclutados. Combatió con el Libertador para derrotar a los Maestros de las Sombras y nunca regresó de Ghoja Ford. —No sabía mucho más de la familia de Dorabee, ni siquiera el nombre de su madre. ¿Cómo era posible que, en todo Taglios, me encontrase a alguien que recordase al padre? La Suerte es, sin duda, una diosa caprichosa—. ¿Lo conocía usted bien? —Si ese fuese el caso, el bibliotecario podría tener que irse, ya que solo eso haría inevitable mi puesta al descubierto.

—No. No lo conocía bien. No lo conocía bien en absoluto. —Ahora el maestro Santaraksita no parecía inclinado a seguir hablando. Tenía un aspecto pensativo y preocupado, en cierta medida—. Ven conmigo, Dorabee.

—¿Srí?

—Has mencionado la universidad de Vikramas. Tengo una lista de las preguntas a las que los guardas de las puertas sometieron a quienes quisieran ingresar en ella. La curiosidad me impele a someterte al mismo examen.

—Yo sé muy poco de la religión janai, Maestro. —A decir verdad, no estaba nada seguro de los principios de mi propia religión, siempre había temido examinarla demasiado de cerca. Otras religiones no soportan la aplicación rigurosa de la razón a pesar de que tenemos cosas como Kina, que acecha la tierra, y yo no quería tropezar con ningún pedrusco de lo absurdo que sobresaliese de los cimientos de mi propia fe.

—La naturaleza del examen no era religiosa, Dorabee. Ponía a prueba la posible moral de los estudiantes, su ética y su capacidad de pensamiento. Los monjes janaka no querían educar líderes potenciales que acudiesen a su llamamiento con la mancha la oscuridad sobre sus almas.

Como ese era el caso, tuve que meterme en mi personaje con todas mis fuerzas. Dormilón, la chica soldado vedhna de Jaicur, tenía unas manchas sobre su alma que eran más negras que la sombra de todos los anocheceres.

CAPÍTULO 14

—¿Y qué hiciste después? —preguntó Tobo.

Con la boca llena de arroz picante al estilo tagliano, le contesté:

—Después salí y me aseguré de que la biblioteca estaba limpia.

Y Surendranath Santaraksita permaneció donde estaba, totalmente anonadado, incapaz de moverse, por las respuestas que había obtenido de un humilde barrendero. Podría haberle dicho que cualquiera que prestase atención a los narradores de la calle, a los sermones de los sacerdotes mendicantes o a los consejos gratuitos y fácilmente obtenibles de los ermitaños y los yoguis, podría haber respondido correctamente a las preguntas de Vikramas. Maldita sea, incluso una mujer vehdna podía hacerlo.

—Tenemos que matarlo —dijo Un Ojo—. ¿Cómo quieres hacerlo?

—Hoy en día, esa es la única solución para ti, ¿no es así? —pregunté.

—Si nos deshacemos ahora del mayor número posible, quedarán muchos menos por ahí que me exasperen en mi vejez.

Yo no podía saber si estaba de broma.

—Cuando empieces a hacerte viejo, ya nos preocuparemos por ello.

—Un tío así será fácil, Jovencita. No se lo esperará. ¡Bam! Desaparecerá y a nadie le va a importar. Estrangúlale el culo. Déjale el cuello envuelto en un lazo y échale la culpa a tu colega Narayan. Está en la ciudad, tenemos que echarle encima toda la mierda que podamos.

—Vigila tu lenguaje, viejo. —Un Ojo siguió farfullando y poniéndole nombre a los excrementos de animal en cien lenguas diferentes. Yo le di la espalda—. ¿Sahra? Has estado muy callada.

—He estado intentando digerir lo que averiguado hoy. Por cierto, Jaul Barundandi estaba angustiado porque hoy te habías quedado en casa e intentó deducir tu soborno de mi paga. Al final se encontró con los límites de Minh Subredil: le amenacé con gritar. Me habría puesto en evidencia si su mujer no hubiera estado merodeando por ahí. ¿Estás seguro de que no es arriesgado dejar con vida a este bibliotecario? Si pareciese algo natural, nadie sospecharía que...

—Podría ser arriesgado, pero reportaría beneficios. El maestro Santaraksita quiere hacer algún tipo de experimento conmigo para ver si realmente se puede enseñar a un perro de casta baja a revolcarse por el suelo y hacerse el muerto. ¿Qué pasa con Atrapa Almas? ¿Y con las sombras? ¿Has averiguado algo?

—Que soltó todo lo que tenía. Fue un impulso. No se trataba de ningún plan maestro, solo era para recordarle a la ciudad su poder. Esperaba que las víctimas fuesen inmigrantes sin techo, a nadie le importan demasiado. Tan solo un puñado de sombras regresó antes del amanecer. Hasta mañana no va a echar de menos a nuestras presas.

—Podríamos ir a cazar unas cuantas más...

—Murciélagos —dijo Goblin, autoinvitándose a tomar asiento. Un Ojo parecía haberse quedado traspuesto, aunque aún tenía sujeto su bastón—. Murciélagos. Esta noche hay murciélagos ahí fuera.

Sahra ofreció un asentimiento que lo confirmaba. Goblin dijo:

—Antes de que combatiésemos a los Maestros de las Sombras, matamos a todos los murciélagos. Se ofrecían recompensas lo suficientemente cuantiosas como para que los cazadores de murciélagos se ganasen la vida. Era porque los Maestros de las Sombras los usaban para espiar.

Yo recordé un tiempo en que se asesinó implacablemente a cuervos porque podían estar actuando como los ojos voladores de Atrapa Almas.

—¿Estás diciendo que esta noche deberíamos quedarnos en casa?

—Esta chiquita tiene la mente como un hacha de piedra.

—¿Qué pensó Atrapa Almas de nuestro ataque? —le pregunté a Sahra.

—Desde donde estaba, no escuché que se mencionase nada del tema. —Esparció algunas de las hojas de los antiguos Anales—. El suicidio bhodi le preocupaba más. Tiene miedo de que se convierta en una moda.

—¿Una moda? ¿Podría haber más de un monje lo suficientemente memo como para prenderse fuego?

—Ella cree que sí.

—Mamá, ¿vamos a contactar con papá esta noche? —preguntó Tobo.

—Ahora mismo no lo sé, cariño.

—Quiero hablar un poco más con él.

—Y lo harás. Estoy segura de que él también está interesado en hablar contigo. —Sonaba como si estuviese intentando convencerse.

Yo pregunté a Goblin:

—¿Sería posible seguir con lo de la neblina para que pudiésemos mantener conectado a Murgen cuando quisiésemos? Así no tendríamos más que enviarlo a donde quisiésemos para averiguar cualquier cosa.

—Estamos trabajando en ello. —Se puso a despotricar sobre asuntos técnicos. Yo no entendí una palabra, pero le dejé enrollarse. Se merecía sentirse bien por algo.

Un Ojo empezó a roncar, pero los que fueran listos se mantendrían fuera del alcance de su bastón, de todos modos.

—Tobo podría tomar nota todo el tiempo... —dije yo. Había tenido la visión de que el hijo del analista relevaría al padre del mismo modo que en los gremios taglianos, donde los oficios y las herramientas se transmiten de generación en generación.

—De hecho —dijo Un Ojo, como si no hubiera pasado nada de tiempo desde su última observación, y como si no hubiera estado fingiéndose el dormido tan solo un

momento atrás—. Jovencita, ahora es el momento en que podrías gastarte un truco sucio enorme de los de los viejos tiempos de la Compañía. Envía a alguien al intercambio de los mercaderes de seda y que te traigan algunos trozos de diferentes colores. Lo suficientemente grandes como para copiar las bufandas que utilizan los Estranguladores, esos pañuelos que utilizan ellos. Después empezamos a matar uno por uno a los tipos que de todos modos no nos caen bien y de vez en cuando dejamos atrás una de esas bufandas. Como con el bibliotecario ese.

—Me gusta —dije yo—. Excepto la parte del maestro Santaraksita. Ya hemos cerrado ese asunto, viejo.

Un Ojo se rio socarronamente.

—Un hombre tiene que mantener sus creencias.

—Realmente conseguiríamos que muchos dedos nos señalaran —dijo Goblin.

Un Ojo volvió a reírse.

—También conseguiríamos que señalaran en otras direcciones, Jovencita. Y estoy pensando que ahora mismo no nos interesa atraer mucha atención. Estoy pensando que quizás estemos más cerca de resolverlo todo de lo que ninguno de nosotros cree.

—El agua duerme. Tienen que tomarnos en serio.

—Eso es lo que estoy diciendo. Que utilicemos las bufandas para eliminar a los informantes y a los tipos que sepan demasiado, como por ejemplo, los bibliotecarios.

—¿Estaría en lo cierto si sospechase que llevas tiempo pensando en todo esto y que por casualidad resulta que tienes una pequeña lista preparada?

Muy probablemente, dicha lista incluiría a todas las personas responsables de sus diversos intentos fallidos para establecerse en los mercados negros taglianos.

Se rio de nuevo y le dio un golpe a Goblin con su bastón.

—Y tú que decías que tenía una mente como un hacha de piedra.

—Tráeme la lista. Lo discutiré con Murgen la próxima vez que lo vea.

—¿Con un fantasma? No tienen sentido de la perspectiva, ¿sabes?

—¿Quieres decir que lo ha visto todo y sabe lo que estás tramando realmente? A mí eso me suena a perspectiva. Me pregunto cómo de lejos habría llegado la Compañía si nuestros hermanos hubiesen tenido un fantasma que no te quitase el ojo de encima.

Un Ojo rezongó algo sobre lo injusto e irrazonable que era el mundo. Llevaba con esa cantinela desde que lo conocí, y la seguiría repitiendo hasta que se convirtiera él mismo en un fantasma.

Yo pregunté, meditativo:

—¿Crees que podríamos hacer que Murgen sonsacase la fuente de hedor que viene de ahí detrás, donde Do Trang esconde sus pieles de cocodrilo? Sé que no es por ellas. Las pieles de cocodrilo tienen un olor característico.

Un Ojo frunció el ceño. Ahora ya quería cambiar de tema. El olor en cuestión

provenía de su proyecto de manufactura de cerveza y licor, el cual tenía escondido en un sótano que él y Do Trang creían que nadie conocía. Banh Do Trang, que una vez había sido nuestro benefactor por Sahra y ahora era prácticamente uno de la banda porque tenía un gusto potente por el producto de Un Ojo, una gran hambre de ingresos ilegales y misteriosos, y porque le gustaba tener a tipos duros parados que trabajasen para él por muy poco dinero. Él creía que su vicio solo era compartido con Un Ojo y Gota, con los que se emborrachaba dos veces por semana.

El alcohol es, definitivamente, una de las debilidades de los nyueng bao.

—Estoy seguro de que no merece la pena, Jovencita. Seguramente son ratas muertas. Esta ciudad tiene graves problemas de ratas. Do Trang esparce veneno por el depósito todo el tiempo. No hay necesidad de malgastar el tiempo de Murgén persiguiendo roedores. Los dos tenéis mejores cosas que hacer.

Yo hablaría de muchas cosas con Murgén si pudiera tratar con él directamente, si pudiéramos captar y mantener su atención. Me gustaría saber, de primera mano, todo lo que normalmente ha llegado a mí a través de otras personas. No digo que haya malicia, especialmente por parte de Sahra, pero sí es verdad que la gente moldea la información según sus propios prejuicios. Y en esto me incluyo incluso a mí, seguramente, aunque hasta ahora mi objetividad no ha tenido igual. Sin embargo, todos mis predecesores... sus informes deberían ser leídos con recelo.

Por supuesto, la mayoría de ellos hicieron la misma observación sobre sus predecesores, de modo que todos estamos de acuerdo. Todos son mentirosos excepto nosotros. Solo Dama fue descaradamente adolorada consigo misma y desperdició pocas oportunidades de recordar a los que vinieron después lo brillante, determinada y exitosa que fue ella dando la vuelta a la tortilla en las guerras del Maestro de las Sombras cuando no tenía nada sobre lo que empezar, aparte de ella misma. La mayoría del tiempo Murgén estaba (por decirlo amablemente) lejos de estar cuerdo. Como viví muchos de los momentos y acontecimientos que él recogió, tengo que decir que lo hizo bastante bien. La mayoría de lo que registró podría ser verdad, no puedo contradecirle, pero muchas cosas de las que dejó escritas sí que parecen producto de la imaginación.

¿Producto de la imaginación? Anoche tuve una larga charla con su fantasma. O su espíritu. O su *ka*. Lo que fuera. Si es que era realmente Murgén, y no una broma de Kina o Atrapa Almas.

Nunca podemos estar cien por cien seguros de que algo es exactamente lo que parece ser. Kina es la madre del engaño, y Atrapa Almas, para describirla citando a un hombre mucho más sabio y con una boca mucho más ordinaria que la mía, es una lunática chupafango.

CAPÍTULO 15

—Esto es excelente —repetí entusiasmado, mientras Sahra convocaba a Murgén una vez más. Ella, a su vez, revelaba no tener ningún entusiasmo en absoluto, y el que Tobo estuviese merodeando no mejoró su estado de ánimo—. Antes de que haga cualquier otra cosa, quiero que averigüe sobre Surendranath Santaraksita.

—Así que no confías en el bibliotecario, después de todo —dijo Un Ojo con una risa burlona.

—Creo que es inofensivo, pero ¿por qué ofrecerle la oportunidad de romperme el corazón cuando puede evitarlo echándole un ojo?

—¿Y por qué tiene que ser el mío?

—No hay otro más observador a mano, ¿verdad? Y tú ya rechazaste una oportunidad de trabajar en los Anales. Esta noche tengo que estudiarlos a fondo, podría estar tras la huella de algo.

El pequeño hechicero gruñó.

—Creo que hoy he encontrado algo en la biblioteca. Si Santaraksita no me pone la zancadilla, puede que para finales de semana tenga una visión externa de la primera venida de la Compañía.

Una fuente histórica independiente lleva siendo nuestro objetivo casi durante tanto tiempo como el deseo de echar un vistazo a ediciones no contaminadas de los tres volúmenes más tempranos de los Anales.

A Sahra le rondaba algo más por la cabeza:

—Barundandi quiere que lleve a Sawa al trabajo, Dormilón.

—No. Sawa está en un paréntesis. Está enferma. Tiene el cólera, si hace falta. Por fin estoy consiguiendo avanzar, no voy a dejarlo a un lado ahora.

—También ha estado preguntando por Shiki.

En los tiempos en que Tobo había acompañado a su madre al palacio de vez en cuando, ella lo había llamado Shikhandini. Era un chiste que Jaul Barundandi nunca entendió porque no era el tipo de persona que prestaba atención a la mitología histórica. Uno de los reyes del legendario Hastinapur había tenido una esposa mayor que parecía ser estéril. Como buen gunni, él rezó e hizo sacrificios con toda su fe, y finalmente uno de los dioses descendió de los cielos para decirle que iba a conseguir lo que quería, pero que no le sería fácil, ya que su hijo nacería niña. Entonces, tal y como se cuenta, ocurrió que la esposa dio a luz a una hija a la que el rey llamó Shikhandin, un nombre que también existía en la forma femenina Shikhandini. Es una historia larga y no muy interesante, pero la niña creció para convertirse en un poderoso guerrero.

Los problemas empezaron cuando al príncipe le llegó el momento de conseguir novia.

Muchos de nuestros personajes públicos se han forjado alusiones o chistes oscuros, lo que ha hecho que todo fuese mucho más interesante para los hermanos que desempeñaban los papeles.

—¿Tenemos alguna razón para secuestrar a Barundandi, aparte de su vileza en general? —pregunté. En mi opinión era muchísimo más útil donde estaba, y cualquier reemplazo sería tan corrupto e improbable como agradable para Minh Subredil—. Y, ¿podríamos siquiera sacarlo a donde lo pudiéramos tocar?

Nadie propuso ninguna razón estratégica para atrapar al hombre en cuestión.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Sahra.

—Porque creo que podríamos conseguir que mordiese el cebo. Si le ponemos un vestido bonito a Tobo y después nos negamos a cooperar a no ser que Barundandi se reúna con él fuera...

Sahra no se ofendió. Las artimañas son armas de guerra legítimas. Parecía pensativa.

—¿Quizá Gokhale, en su lugar?

—Quizá. Aunque podría querer a alguien más joven. Podemos preguntarle a Swan. Estaba pensando en coger a Gokhale en el lugar donde los Impostores mataron a ese otro tipo.

Las personalidades enemigas líderes casi nunca abandonaban el palacio, por lo que habíamos optado por ir a atrapar a Sauce Swan.

Sahra empezó a cantar. Murgen volvía a estar reacio esta noche.

—Murgen debería echar un vistazo en esa casa de placer, también. Sería nuestro mejor modo de investigar —dije yo. Sin embargo, estaba claro que podríamos encontrar a unos cuantos hermanos dispuestos a arriesgarse en un reconocimiento extendido de la zona.

Sahra asintió sin romper el ritmo de su nana.

—Incluso podríamos... —No. No podríamos quemar el lugar sin más, una vez que Gokhale hubiese estado dentro el tiempo suficiente como para implicarse seriamente. Nadie entendería por qué yo quería desperdiciar una casa de putas en perfectas condiciones, aunque unos pocos podrían verle la gracia a un incendio mortal.

Un Ojo parecía estar durmiendo de nuevo, pero no lo estaba. Sin abrir los ojos, preguntó:

—¿Sabes hacia dónde ir, Jovencita? ¿Tienes alguna especie de boceto, de plan?

—Sí. —Me sorprendí al darme cuenta de que realmente lo creía. De forma intuitiva, en el fondo, aunque no era consciente, había ideado un plan maestro para la liberación de los Tomados y la resurrección de la Compañía. Y estaba empezando a tomar forma, tras todos estos años.

Murgen apareció murmurando algo de un cuervo blanco. Estaba distraído. Yo

pregunté a los hechiceros:

—¿Ya habéis averiguado cómo aferrarlo a la realidad?

—Siempre hay algo, maldita sea. Hagas lo que hagas, nunca es suficiente.

—Se puede hacer —admitió Goblin—, pero yo aún no veo por qué íbamos a querer hacerlo.

—No ha estado siendo muy cooperativo. No quiere estar aquí. Está perdiendo sus conexiones con el mundo real. Preferiría dormir y merodear por esas cavernas. — Lancé una puñalada al aire—. Y ponerse las alas blancas. Ser el mensajero de Khadi.

—¿Alas blancas?

No habían leído los Anales.

—El cuervo albino que aparece de vez en cuando. A veces Murgén está en su interior, porque Kina lo metió ahí. Más bien solía meterlo, y ahora él no para de volver a meterse a tropezones, del mismo modo que no paraba de tropezar en el tiempo cuando Atrapa Almas empezó con él.

—¿Cómo sabes eso?

—A veces leo. Y de vez en cuando leo incluso los Anales e intento averiguar qué es lo que Murgén no nos contó, lo que podría incluso no haber sabido él mismo. Ahora mismo podría adorar ser el cuervo blanco porque de esa manera puede ser de carne y hueso, y salir de las cavernas; o podría simplemente estar cayendo en la influencia de Kina, que se está despertando de nuevo. Pero nada de eso debe importar demasiado ahora mismo. Ahora mismo tenemos un montón de espionaje que necesitamos que haga. Quiero ser capaz de retorcerle los brazos, si tengo que hacerlo.

La misión es lo primero, Murgén me lo enseñó.

Sahra dijo:

—Dormilón tiene razón. Aferradlo a la realidad. Después yo le agarraré de la nariz y le patearé las posaderas hasta que tenga su atención incondicional. —De repente parecía optimista, como si un acercamiento directo a su marido fuese un concepto totalmente nuevo cargado de una esperanza inesperada.

Se metió de lleno en una confrontación rotunda, arrastrando a Tobo para que la apoyase.

Quizás ella pudiese reparar los lazos de Murgén con el mundo exterior.

Yo me giré hacia los otros:

—Encontré otro mito de Kina esta mañana. En este, su padre no la engañó para que se durmiese, sino que ella murió, y después su marido se disgustó tanto que...

—¿Marido? —chilló Goblin—. ¿Qué marido?

—No lo sé, Goblin. El libro no daba nombres. Fue escrito para la gente que creció con la religión gunni, así que presupone que sabes de quién están hablando. Cuando Kina murió, su marido se quedó tan desconsolado que agarró su cadáver y empezó a hacer esa danza de pataleo que Murgén dice que ella hace en sus visiones. Se puso

tan violento que los otros dioses temieron que destruyera el mundo, de modo que su padre lanzó un cuchillo encantado que la cortó en aproximadamente cincuenta trozos. Cada uno de los lugares en los que cayeron los trozos se convirtió en lugar sagrado para los devotos de Kina. Leyendo un poco entre líneas, adivino que Khatovar es el lugar en el que cayó su cabeza.

—Yo ya pensaba que Un Ojo estaba sobre la pista cuando iba a abandonar y jubilarse.

Un Ojo se quedó mirando, embobado. ¿Goblin había dicho algo positivo sobre algo que él había hecho?

—Y un comino. Solo tuve un ataque de angustia juvenil. Lo superé y volví a asumir mis responsabilidades.

—Tenemos un nuevo concepto —observé yo—. Un Ojo responsable.

—De catástrofes y aflicciones, quizá —apuntó Goblin.

—No entiendo la historia de Kina —dijo Un Ojo—. Si murió en la época del origen del mundo, ¿cómo ha podido estar causándonos problemas los últimos veinte o treinta años?

—Se trata de una religión, imbécil —le gritó Goblin—. No tiene por qué tener sentido.

—Kina es una diosa —dije yo—. Supongo que los dioses nunca pueden estar completamente muertos. No lo sé, Un Ojo. No me lo he inventado, solo os lo he trasladado. Mira, los gunni no creen que nadie muera realmente, sino que sus almas continúan viviendo.

—¡Ji, ji, ji! —se rio entre dientes Goblin—. Si esos gunni tienen razón, estás hasta el cuello de mierda, renacuajo. Tienes que seguir en la rueda de la vida hasta que lo hagas bien. Tienes mucho karma que amortizar.

—Dejadlo. Ahora mismo —espeté—. Se supone que tenemos que estar trabajando.

Trabajo. No era precisamente la palabrota favorita de ninguno de los dos hombres.

—Pillad a Murgén, o encadenadlo. Lo que sea, con tal de que le tengamos bajo control. Después, ayuda a Sahra a comunicarse con él. Tengo la sospecha de que las cosas se van a poner emocionantes dentro de poco, y vamos a necesitarle bien despierto y cooperativo.

—A mí eso no me suena a que tú vayas a estar aquí vigilándonos —gruñó Un Ojo.

Yo ya estaba esperando eso.

—Qué listo. Tengo algo de trabajo de lectura y traducción. Podéis arreglároslo sin mí, si os concentráis.

Un Ojo le dijo a Goblin:

—Tenemos que meter esa pequeñez en el saco con un tipo que le devore los sesos. —Era la cura de Un Ojo para todos los problemas, incluso a su edad.

Yo me detuve para decir:

—Cuando haya comprobado todo, envíadle a buscar a Narayan y a la Hija de la Noche.

No tuve necesidad de explicar lo desesperadamente que necesitábamos evitar que esos dos alcanzasen su destino.

CAPÍTULO 16

—¡Lo tengo! —grité mientras volvía corriendo a la esquina donde los amigos y familiares de Murgén estaban intentando atormentarle para que se interesase más por el mundo de los vivos—. ¡Lo encontré! ¡Lo tengo!

—Espero que no me lo vayas a dar a mí —gruñó Un Ojo.

Mi emoción era tan estridente e intensa que incluso Murgén, que estaba atrapado en la neblina y estaba siendo un coñazo en su propia situación, se detuvo para estudiarme.

—El otro día tuve un presentimiento, una intuición, de que la respuesta estaba en los Anales. En los Anales de Murgén. Pensé que los miraría por encima, quizá porque los había leído hace mucho tiempo, y en aquel entonces no habría pensado en buscarlo allí.

—¡Y observad! —comentó Un Ojo despectivamente—. Allí estaba, escrito con tinta dorada sobre papel de mirex, con flechitas escarlata que decían «Aquí está, Jovencita. El secreto de...».

—¡Vete a la porra, saco de mierda! —espetó Goblin—. Quiero oír lo que ha encontrado Dormilón. —Aunque habría sido él el sarcástico si Un Ojo no se le hubiera adelantado.

—Es toda la historia de los nyueng bao. Bueno, puede que no toda —dije, mientras Sahra me miraba con el ceño fruncido—, pero sí la parte con tío Doj y madre Gota, y por qué salieron del pantano cuando no tenían una deuda de honor como tu hermano, Sahra. —El hermano de Sahra, Thai Dei, estaba bajo la llanura reluciente con Murgén sirviéndole de guardaespaldas por lo que Murgén y la Compañía habían hecho para ayudar a los nyueng bao durante el asedio de Jaicur—. Sahra, tú debes de saber algo de esto.

—Podría ser, Dormilón, pero primero vas a tener que decirnos de qué estás hablando.

—Estoy hablando de lo que quiera que fuese que robó las Diez Mil Voces del templo de Ghanghesha en algún momento entre el final del asedio y cuando tío Doj y tu madre se autoinvitaron para venir a quedarse contigo aquí en Taglios. Murgén lo menciona una y otra vez, por encima, pero no creo que nunca lo haya entendido completamente. Sea lo que sea que robaron las Diez Mil Voces, tío Doj lo llamaba «la Llave». Basándome en otras pruebas internas, creo que tenía que ser otra llave para la Puerta de las Sombras, como la Lanza de la Pasión. —Diez Mil Voces era el nombre que le daban los nyueng bao a Atrapa Almas—. Creo que si tuviéramos esa llave, podríamos abrir el camino a los Tomados.

Si mis suposiciones eran ciertas, había creado una línea de investigación totalmente nueva: ¿por qué los nyueng bao?

Sahra empezó a menear la cabeza lentamente.

—¿Me equivoco? ¿Entonces qué es la Llave?

—No digo que te equivoques, Dormilón. Digo que no quiero que estés en lo cierto. Hay cosas que no querría que fuesen verdad.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mitos y leyendas, Dormilón. Horribles mitos y leyendas. Hay algunos de ellos que se supone que no debo conocer, y sé que no los conozco todos, probablemente no conozca ninguno de los peores. Doj era su guarda y conservador, del mismo modo que lo eres tú para la Compañía Negra. Pero Doj nunca compartía sus secretos. Tobo, encuentra a tu abuela y tráela aquí. Trae también a Do Trang, si está aquí.

Desconcertado, el chico partió.

Desde el aparato donde esperaba Murgén salió un susurro espectral.

—Dormilón podría tener razón. Recuerdo que sospechaba algo así y me preguntaba si podría encontrar una buena historia sobre los nyueng bao que me ayudase a desentrañar lo que pasaba. También vas a necesitar interrogar a Sauce Swan.

—Eso lo voy a hacer después. Por separado. No hay necesidad de que Swan sepa lo que está pasando. ¿Estás prestando atención ahora, portaestandarte? ¿Tienes idea de dónde estamos y lo que estamos haciendo?

—Sí. —Tenía un tono resignado, aun así. Como el mío cuando sé que me tengo que levantar por la mañana, lo quiera o no.

—Entonces habládmelo del templo de Ghanghesha. Los dos. ¿Por qué se iba a haber escondido allí esta Llave?

Sahra no quería hablar de ello. Su cuerpo entero decía que estaba atrapada en una lucha interior feroz.

—¿Por qué es tan difícil?

—En el pasado de mi pueblo hay males antiguos. Yo solo los conozco vagamente, Doj sabe toda la verdad. El resto de nosotros solo comprendemos que nuestros antepasados eran culpables de un gran pecado, y hasta que lo expiemos, toda nuestra raza está condenada a vivir en amargas condiciones de pobreza extrema en el pantano. El templo era un lugar sagrado mucho antes de que los nyueng bao comenzasen a adoptar creencias gunni. Protegía algo, probablemente la Llave que tú mencionabas, lo que ha estado buscando tío Doj.

—¿De dónde venían los nyueng bao, Sahra? —Esa pregunta me había intrigado desde la niñez. Cada pocos años, centenares de esas extrañas personas cruzaban Jaicur en peregrinación. Eran callados y disciplinados, y se mantenían firmes, y un año después de que hubiesen llegado desde el norte, volvían a cruzarla y regresaban por el mismo camino. Incluso en el punto culminante del poder de los Maestros de las Sombras, ese ciclo continuó—. Nadie sabía a dónde iban, a nadie le importaron

nunca.

—De alguna parte del sur, hace mucho tiempo.

—¿De detrás del Dandha Presh? —No podía imaginarme someter a niños pequeños y personas mayores a la severidad de un viaje de tal magnitud. El peregrinaje tenía que ser realmente importante.

—Sí.

—Pero ya no hay peregrinajes. —El que había terminado con cientos de nyueng bao muertos en Jaicur había sido el último del que había tenido noticias.

—El Maestro de las Sombras y las guerras de Kiaulune hicieron que los posteriores fuesen imposibles. Se supone que debe haber un peregrinaje cada cuatro años. Cada nyueng bao de Duang tiene que hacerlo al menos una vez en la edad adulta. Durante un tiempo, la ausencia no fue un problema, pero ahora la protectora no permite que la gente cumpla con sus obligaciones. —Banh Do Trang chirrió desde su silla. Había llegado a tiempo para entender el sentido de mi interrogatorio—. Hay cosas que no discutimos con aquellos que no son nyueng bao.

Tuve el presentimiento de que estaba diciendo lo mismo dos veces en una, una para mi beneficio, y otra para el de Sahra. Esto podría ser delicado. No nos atrevíamos a ofender a Banh Do Trang, cuya amistad necesitábamos. Si le perdíamos, también nos arriesgábamos a perder a Sahra, cuyo valor para la Compañía era incalculable.

Nada es nunca simple y fácil de hacer.

Le dije al viejo cómo lo entendía yo. Ky Gota llegó con sus andares de pato justo cuando empecé. Se me quedaron los ojos como platos cuando vi cómo Un Ojo le ofrecía galantemente su asiento, este mundo está abarrotado de maravillas. El pequeño hechicero fue a por otra silla y la colocó junto a la de Gota. Los dos se quedaron sentados allí apoyados en su bastón como un par de gárgolas de templo. Un fantasma de belleza antigua echó un vistazo a través del ceño fruncido amplio y permanente que Gota utilizaba como cara.

Les expliqué la situación.

—Pero hay un misterio. ¿Dónde está hoy la Llave?

Nadie ofreció ninguna respuesta voluntaria.

—Yo pensaría que si las Diez Mil Voces la tuviese aún, echaría a correr cada mes a Kiaulune para montar una nueva pandilla de sombras asesinas. Si es que pudiese abrir la Puerta de las Sombras de forma segura. Y si tío Doj la tuviera, no estaría deambulando por ahí en su busca, sino que volvería al pantano y nos dejaría alegremente al resto ir a Al-Sheil en una carreta. ¿O no, madre Gota? Le conoces. Debes ser capaz de darnos alguna hipótesis.

Capaz, quizá. Dispuesta, por supuesto que no. Lo que más destaca, para mí, de la estancia de la Compañía en el sur, es el tozudo silencio de tanta gente acerca de todo.

Como si fuésemos a usar contra ellos la mismísima fecha de nuestros cumpleaños, si la descubriésemos. El hecho de que la Compañía esté formada ahora casi en su totalidad por soldados nativos no ha ayudado en absoluto. A la parte de la población culta y formada no le atrae nuestra vida. Si un sacerdote viniese para alistarse, le enviaríamos río abajo con la certeza de que sería un espía.

—¿Has entendido el maldito montaje? —preguntó Un Ojo.

—¿Quién?

—Tú, Jovencita. La maleante, tú. Yo he olvidado que durante un tiempo fuiste la invitada de Atrapa Almas, cuando te cogió en la carretera en tu vuelta de llevarle ese mensaje a Murgén. No he olvidado que cuando nuestro querido tío Doj te rescató, fue imprevisto: estaba buscando la baratija que le faltaba, la Llave. ¿No es así?

—Todo eso es verdad, pero de allí no me traje nada, aparte de unas pocas cicatrices nuevas y los harapos a la espalda.

—Lo que necesitamos saber es si Atrapa Almas ha estado buscando la Llave.

—No lo sabemos con seguridad, pero sí que vuela hacia el sur de vez en cuando y patrulla el terreno antiguo como si estuviese buscando algo. —Eso lo sabíamos, por cortesía de Murgén, aunque hasta ahora el comportamiento de Atrapa Almas no hubiese tenido ningún sentido.

—Entonces ¿quién más podría haber arrebatado el premio en cuestión? —Un Ojo no sonsacó a Gota ninguna información. El modo de engatusarla era no prestarle atención. Con el tiempo, insistiría para que reparasen en ella.

Recordé una niña pequeña pálida y harapienta que, a pesar de tener solo cuatro años, había parecido no tener edad. Silenciosa y paciente, confiada y sin ningún temor a su cautividad. La Hija de la Noche. No me habló ni una sola vez. Solo reparaba en mi existencia cuando tenía que hacerlo, ya que, si me irritaba demasiado, yo le quitaba la comida (por poca que fuera) que Atrapa Almas nos permitía ingerir. Debería haberla estrangulado entonces. Solo que en ese momento no sabía quién era.

En aquel tiempo tenía problemas incluso para recordar quién era yo. Atrapa Almas me había drogado y se había introducido en mí para encontrar la mitad de lo que me conformaba y después intentar convertirse en mí para infiltrarse en la Compañía. Todavía me pregunto cómo me conoce de bien. Desde luego, no quiero que averigüe que sobreviví a las guerras de Kiaulune, ya que podría tener las armas emocionales suficientes para aplastarme.

—Narayan vino para coger a la Hija de la Noche —reflexioné en voz alta—, pero solo le pude ver brevemente. Un hombrecillo extremadamente flaco con un taparrabos mugriento que no se parece en nada al monstruo terrible que se supone que debe ser. No se me ocurrió que fuese él hasta que me di cuenta de que yo tampoco iba a ser liberado. Como no podía ver lo que estaban haciendo, no sé si se llevaron algo. Murgén, tú los viste entonces, lo tengo por escrito. ¿Se llevaron algo

que pudiera ser la llave en cuestión?

—No sé. Lo creas o no, aquí fuera sí que te pierdes algunas cosas.

Me di cuenta de que no me había molestado en escuchar lo que contestaba, así que pregunté.

—Nada demasiado útil —me dijo Sahra, cortando a Murgén antes de que pudiera repetir todo desde el principio.

—¿Puedes encontrarlos ahora? —Previ problemas. Había una conexión involuntaria con Kina. Si la diosa de la oscuridad estaba obrando de nuevo, él iba a tener que cuidarse de no atraer la atención divina—. En lo que a la Hija de la Noche se refiere, tenemos estas prioridades: matarla. Si eso falla, matar a su adlátere. Si eso falla también, asegurarse de que no puede copiar los Libros de los Muertos, lo que estoy seguro que empezará a hacer de nuevo en cuanto desarrolle una conexión fiable con Kina. Finalmente, recuperar cualquier cosa que ella y Singh pudieran haberse llevado cuando la rescató.

Un Ojo se despertó el tiempo suficiente como para aplaudir perezosamente.

—Hazlos pedazos, Jovencita, hazlos pedazos.

—Viejo réprobo sarcástico.

Un Ojo se rio por lo bajo.

Goblin dijo:

—Si quieres otro punto de vista, sonsácaselo a tus colegas de la biblioteca, los que hacen libros encuadernados en blanco. Vete y averigua quién ha encargado algunos recientemente o sobórnalos para que te digan cuando alguien lo haga.

—Dios —dije—. Alguien que realmente utiliza su cerebro para pensar. El deleite del mundo es que sus maravillas nunca cesan. ¿A dónde demonios ha ido Murgén?

—Le acabas de decir que busque a Narayan Singh y a la Hija de la Noche —contestó Sahra.

—No quería decir que lo hiciese justo ahora. Quería saber si había encontrado algo sobre Chandra Gokhale que podamos usar.

—¿Te estás agobiando, Jovencita? —El tono de Un Ojo era tan dulce que me entraron ganas de golpearlo—. Relájate. Este es el momento en el que no te conviene forzar nada.

Un par de hombres del equipo de impuestos, Runmust Singh y un Habitante de las Sombras al que sus compañeros de equipo apodaban Kendo Cutter, se autoinvitaron a la reunión de personal. Kendo informó:

—Esta noche hay todo tipo de gritos ahí fuera. He pasado el mensaje de que todo el mundo debería esconderse en algún sitio que esté muy iluminado.

Sahra dijo:

—Las sombras están de caza.

—Nosotros vamos a estar aquí mismo. Pero solo para estar seguros, Goblin, ¿por

qué no haces las rondas con Kendo y Runmust? No queremos sorpresas. Sahra, ¿va Atrapa Almas a dejar que las sombras se desmadren totalmente?

—¿Para demostrarnos lo que quiere? Tú eres el analista, ¿qué dicen los libros sobre ella?

—Dicen que es capaz de cualquier cosa. No tiene ninguna conexión con la humanidad de nadie más. Debe de encontrarse realmente sola.

—¿Qué?

—¿Estamos de acuerdo en que nuestro próximo objetivo debería ser Chandra Gokhale?

Sahra me miró de una manera extraña. Eso ya había sido decidido. A no ser que nos cayera en las manos otra oportunidad mejor, eliminaríamos al inspector general, sin el cual el sistema de impuestos y la parte burocrática del Gobierno tropezarían y se tambalearían. También parece el más vulnerable de nuestros enemigos, y su eliminación dejaría a la radisha más incomunicada que nunca: aislada por la protectora por un lado, por los sacerdotes por otro, e incapaz de escaparse a ningún sitio por ser la radisha, la princesa inalcanzable, en algunos sentidos una semidiosa.

Ser ella también debía de ser solitario.

Sutileza y diplomacia.

—¿Qué hemos hecho hoy para aterrorizar al mundo? —pregunté. Después me di cuenta de que sabía la respuesta. Había sido parte del plan para capturar a Swan. Toda la hermandad habría evitado cualquier tipo de riesgo. Esta noche habría espectáculos de botones plantados previamente, espectáculos de humo y luces que proclamasen «El agua duerme», o «Mi hermano no perdonado», o «Todos sus días están numerados». A partir de ahora, cada noche habría más, en algún sitio.

—Alguien que no era de los nuestros trajo otro molinillo de oración y lo montó en un poste conmemorativo en la entrada norte. Cuando me marché todavía no lo había visto nadie —reflexionó Sahra.

—¿Un mensaje?

—Supongo.

—Es para tener miedo. Podría ser uno potente. *Rajadharma*.

—Ya tiene a la radisha pensando. El monje que se prendió fuego definitivamente captó su atención.

Era la historia de mi vida. Me paso meses trabajando en cada minúsculo detalle de un plan maravilloso y me quita el protagonismo un lunático con un fetiche de fuego.

—Entonces esos chalados bhodi han encontrado un buen mensaje. ¿Crees que podríamos robar algo de su estruendo?

Un Ojo se rio burlonamente de manera malévola.

—¿Qué?

—A veces me asombro a mí mismo.

Goblin, a punto de irse con Runmust y Kendo, observó:

—Llevas asombrándote a ti mismo doscientos años, principalmente porque nadie más se molesta en interesarse por insectos.

—Yo que tú no me quedaría dormido a partir de ahora, Cara Rana...

—¿Caballeros? —dijo Saha con suavidad, y aun así, captó la atención de los dos hechiceros—. ¿Podemos ceñirnos a lo que nos ocupa? Necesito dormir.

—¡Claro! —dijo Goblin—. ¡Claro que sí! Si el viejo chocho tiene una idea, veámosla antes de que se muera de soledad.

—Puedes continuar con tu misión.

Goblin sacó la lengua, pero se fue.

—Asómbranos al resto, Un Ojo —sugerí yo. No quería que se quedase dormido antes de compartir su sabiduría.

—La próxima vez que uno de esos bhodi chiflados se prenda fuego, exhibimos nuestro mensaje en el humo y las llamas. «El agua duerme». Y uno nuevo que he pensado: «Tampoco la muerte destruye siquiera». Tenéis que admitirlo, tiene un bonito aire religioso.

—Desde luego —admití—. ¿Qué demonios significa?

—Jovencita, no me hagas empezar...

El fantasma del pasado de los males susurró:

—Los he encontrado.

Murgen estaba de vuelta. Yo no pregunté a quién había encontrado.

—¿Dónde?

—El Jardín de los Ladrones.

—¿Chor Bagan? Los grises lo tienen asediado.

Y como dijo Murgen, todavía pretendían limpiar el lugar en serio.

CAPÍTULO 17

Sahra me despertó mucho antes del amanecer, que no es mi mejor momento del día. Cuando opté por labrarme una carrera militar, sitiaron mi ciudad de origen. Todo lo que sabía era que, una vez que saliésemos de allí, dormiríamos hasta el mediodía, comeríamos alimentos frescos todo el tiempo, de los que habría de sobra, y que nunca, nunca más, tendríamos que volver a estar bajo la lluvia. Entre tanto, me quedé con lo mejor que pude conseguir, que era la Compañía Negra durante el asedio, con el agua a quince metros de profundidad. Lo único parecido a alimentos frescos era el gran cerdo que Mogaba y sus amigos nar estaban disfrutando, a no ser que contases la estúpida rata ocasional o el cuervo memo.

—¿Qué? —gruñí. Personalmente, estoy convencido de que incluso a los sacerdotes de la vieja y despreocupada Ghanghesha no se les exige ser amables antes de una hora mucho más próxima al mediodía que esta.

—Tengo que ir al palacio, y tú tienes que hacer acto de presencia en la biblioteca. Si queremos atrapar a Narayan y la chica justo enfrente de los grises, necesitamos empezar a planearlo ahora mismo.

Tenía razón, pero eso no significaba que tuviese que aceptarlo con gracia.

Todos los miembros de la compañía que estaban dentro del complejo de Do Trang, y el mismo Banh, estaban reunidos en torno a un crudo desayuno. Solo Tobo y madre Gota estaban ausentes. *De todos modos, no desempeñarían ninguna función en nada de esto*, pensé.

Ahora no se podía incluir a nadie de fuera, porque las sombras estaban al acecho.

—Tenemos un plan elaborado —anunció Un Ojo, orgulloso.

—Estoy seguro de que es una genialidad tras otra —respondí, mientras me esforzaba atontadamente por coger un cuenco de arroz frío, un mango, y una taza de té.

—En primer lugar, Goblin sube ahí arriba con su traje de derviche. Después viene Tobo pavoneándose...

—Buenos días, Adoo —murmuré distraídamente mientras el hombre de la puerta me dejaba pasar al terreno de la biblioteca. Me preocupaba dejar a Goblin y Un Ojo operando solos. Ellos habían dicho que era mi instinto maternal preocupándose, y me habían mostrado sus dos asquerosas dentaduras mientras me recordaban que todas las gallinas tienen que llegar a confiar alguna vez en sus polluelos cuando los dejan solos. Sin embargo, pocas gallinas tienen que preocuparse de que sus polluelos se emborrachen, olviden lo que están haciendo y se escabullan en busca de aventuras en una ciudad en la que ni siquiera hay más hombrecillos negros flacuchos o

personajillos blancos.

En cuanto estuve dentro de la biblioteca, me puse a trabajar, a pesar de que solo había un par de copistas que habían llegado antes que yo. A veces Dorabee se concentraba tan intensamente como Sawa, lo que ayudaba a ahuyentar las preocupaciones.

—¿Dorabee? ¡Dorabee Dey Banerjae!

Me desperté, asombrado de haberme dormido. Me había puesto en cuclillas en una esquina, en una postura común entre los gunni y los nyueng bao, pero no entre los vedhna, shadar o muchas minorías étnicas. Nosotros, los vedhna, preferimos sentarnos en el suelo o sobre un cojín con las piernas cruzadas. A los shadar les gustan las sillas o los taburetes. No tener ni siquiera un taburete que te pertenezca es la señal más verdadera de pobreza entre los shadar.

Me metía en mi personaje incluso mientras dormía.

—¿Maestro Santaraksita?

—¿Estás enfermo? —Sonaba preocupado.

—Cansado. No he dormido bien. Anoche las *skildirsha* estaban de caza. —Utilicé el nombre en el lenguaje de los Habitantes de las Sombras para referirme a ellas. Eso perturbó a Santaraksita. Esa palabra había pasado a formar parte de la lengua bajo el protectorado—. Los gritos no paraban de despertarme.

—Te entiendo. Yo tampoco disfruté de un sueño plácido, aunque no por esa razón. No me enteré del horror hasta que vi las marcas esta mañana.

—Las *skildirsha* muestran un respeto en condiciones por la clase sacerdotal, pues.

El movimiento nervioso de su labio, apenas perceptible, me dijo que no había pasado por alto el chiste.

—Estoy realmente consternado, Dorabee. Este es un mal como ninguno que hayamos conocido antes. Debemos soportar estoicamente la desgracia ciega de las inundaciones, las plagas o el desastre, y contra la oscuridad, incluso los dioses mismos luchan en ocasiones, en vano. Pero enviar una manada de sombras para que asesinen al azar y a menudo, y sin razón alguna, incluso un demente comprende que es un mal como los que los norteños acostumbraban a preconizar.

Dorabee se las apañó para hacer creer que estaba boquiabierto.

—Lo siento. Yo estoy acostumbrado. Usted probablemente no haya visto nunca a ninguno de los intrusos. —Puso el mismo énfasis en «intrusos» que mucho taglianos usaban cuando se referían específicamente a la Compañía Negra.

—Sí que los he visto. Una vez, cuando era pequeño, vi al mismísimo Libertador. Y vi también a la que llaman Teniente después de que volviera de Dejagore. Yo estaba bastante lejos, pero lo recuerdo porque fue el mismo día que mató a todos los sacerdotes. Y a la protectora. A ella la vi un par de veces. —Me lo estaba inventando sobre la marcha, pero lo que decía era la clase de historia que la mayoría de los

taglianos adultos podían afirmar. La Compañía había estado dentro y fuera de la ciudad durante años antes de la campaña final contra Sombra Larga y Atalaya. Me incorporé—. Voy a volver al trabajo.

—Haces bien tu trabajo, Dorabee.

—Gracias, maestro Santaraksita. Lo intento.

—Y tanto. —Parecía estar teniendo problemas para sacarse algo de dentro—. He decidido que se te permita acceder a cualquiera de los libros de la sección restringida. —Los libros restringidos eran los que no estaban disponibles en copias múltiples, a los que solo se permitía acceso a los estudiantes más favorecidos. Hasta ahora solo había sido capaz de definir un puñado de los títulos de los libros que estaban tan apartados—. Siempre y cuando no tengas otras obligaciones. —Todos los días, una parte de mi jornada la pasaba esperando a que me dijeran qué tenía que hacer.

—¡Gracias, maestro Santaraksita!

—Esperaré de ti que seas capaz de discutir sobre ellos.

—Sí, maestro Santaraksita.

—Hemos puesto los pies sobre una carretera desconocida, Dorabee. Nos espera un viaje emocionante y terrorífico. —Sus prejuicios eran tales, que lo que decía, lo quería decir de verdad. El que yo leyera había roto los esquemas de su universo, y ahora él iba a conspirar en esta perversión vermiforme.

Cogí la escoba. En los demás rincones de mi universo iban a pasar cosas emocionantes y terroríficas, y yo detestaba cada segundo que no estuviese allí para controlarlas.

CAPÍTULO 18

El pequeño derviche vestido de lana marrón parecía estar totalmente perdido dentro de sí mismo. Estaba ocupado hablando solo, sin prestar atención al mundo que le rodeaba. Seguramente estaba citándose a sí mismo fragmentos de los textos sagrados de los vedhna, según los entendía su particular secta disidente. A pesar de estar cansados e irritables, los grises no lo desafiaron inmediatamente. Les habían enseñado a honrar a todos los hombres sagrados, no solo a los que ya estaban seguros dentro de las verdades shadar. Cualquier buscador de sabiduría encontraría, con el tiempo, el camino que le llevase a la iluminación.

La tolerancia a dichos buscadores era común a todos los taglianos. El bienestar de la mente y el espíritu era algo que preocupaba seriamente a la mayoría. Los gunni, de hecho, consideraban la búsqueda de la iluminación una de las cuatro etapas clave de una vida ideal. Una vez un hombre había educado a sus hijos y había cubierto sus necesidades, debía dejar de lado todo lo material, toda ambición y placer. Debía ir a un bosque a vivir como un ermitaño o convertirse en mendigo, o, de cualquier otro modo, debía vivir sus últimos años buscando la verdad y purificando su alma. Muchos de los nombres más grandiosos en la historia tagliana y sureña son los de los reyes y hombres ricos que eligieron este camino.

Pero siendo la naturaleza humana como es...

En cualquier caso, los grises no permitieron que el derviche continuase con su búsqueda en Chor Bagan. Un sargento lo interceptó. Sus socios rodearon al hombre sagrado, y el sargento dijo:

—Padre, no puede ir en esa dirección. Por orden del ministro Swan, esta calle ha sido cerrada al tráfico. —Incluso muerto, Swan tenía que ser inculpado por la política de Atrapa Almas.

El derviche pareció no reparar en los grises hasta que llegó a chocar con el sargento.

—¿Eh?

Los grises jóvenes rieron. A los hombres les gusta ver sus prejuicios confirmados. El sargento repitió su mensaje, y esta vez añadió:

—Tiene que girar a derecha o izquierda. Estamos erradicando los demonios que infectan lo que tiene delante. —Tenía un toque de ingenio.

El derviche miró primero a la derecha, y después a la izquierda. Le dio un escalofrío, y después anunció:

—Todo demonio es el resultado de un error metafísico. —Lo dijo con una vocecita áspera y se dirigió a la derecha, calle arriba. Era una calle muy extraña, estaba casi vacía de gente. En Taglios, eso era algo que se veía muy raramente.

Un momento después, el sargento shadar dio un grito de sorpresa y dolor, y se

puso a azotar el lateral de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó otro gris.

—Algo me ha mordido... —Gritó de nuevo, lo que indicaba que estaba realmente desesperado de dolor, ya que los shadar se enorgullecían de su capacidad de soportar dolor sin protestar o estremecerse siquiera.

Dos de los hombres del sargento intentaron levantarlo la camisa mientras un tercero lo agarraba del brazo en un intento de inmovilizarlo. Volvió a gritar.

Empezó a salirle humo por los lados.

Los grises se aturdieron tanto que se echaron atrás. El sargento se desplomó y empezó a sufrir convulsiones mientras le seguía saliendo humo. El humo tomó una forma que ninguno de los grises quería ver.

—¡Niassi!

El demonio Niassi empezó a susurrar secretos que ningún shadar quería oír.

Sonriendo para sí mismo, Goblin se adentró disimuladamente en Chor Bagan. Desapareció mucho antes de que nadie se preguntara si podría haber alguna conexión entre las molestias del sargento y el derviche veyedeem.

Llegaron grises de todas las direcciones. Los agentes gritaban y maldecían, y los guiaban a sus puestos antes de que los habitantes de Chor Bagan aprovecharan la oportunidad de escapar. Obviamente, esta era una distracción dirigida a dar a su presa la opción de echar a correr.

Además, una multitud había empezado a formarse. Entre ellos había un chico nyueng bao que eligió el momento oportuno, se hizo con una cartera y se alejó como una bala de los grises, uno de los cuales lo reconoció de la noche en que apedrearon a uno de los suyos. La disciplina empezó a derrumbarse.

Los agentes grises intentaron apañárselas, y se las apañaron bastante bien, dadas las circunstancias. Tan solo unas cuantas personas escaparon de Chor Bagan, y una docena entraron en ella, entre ellos un viejecito flaco cuyo cuerpo estaba cubierto por el amarillo de la lepra.

A Un Ojo no le hizo gracia. Siendo él el que tenía que hacer de leproso, estaba seguro que la estrategia no había tenido nada que ver con ello. Goblin estaba tramando algo malévolo.

Los seis asaltantes se aproximaron por delante y por detrás al vecindario objetivo en equipos sueltos de tres. Un Ojo estaba por la parte de delante. La gente se dispersó rápidamente cuando vio el color amarillo: a los leprosos se les tenía un temor absoluto.

Ninguno de los hombres quería llevar a cabo un asalto a plena luz del día (no era el estilo de la Compañía), pero la oscuridad nos había sido negada hasta que Atrapa Almas retirase a sus sombras de las calles. Además, los analistas y hechiceros habían estado de acuerdo en que era menos probable que la Hija de la Noche convocase la

ayuda de Kina durante las horas de luz. El día también nos ofrecía una buena posibilidad de pillarla por sorpresa.

Todos los equipos se detuvieron para asegurarse de que cada hombre llevaba todavía su pulsera de hilo antes de irrumpir en el vecindario. Los hechiceros arrojaron una selección de hechizos de confusión de bajo nivel previamente preparados que zumbaron a través de la estructura destartada como un enjambre de mosquitos borrachos. Los atacantes entraron, pisando a familias aterrorizadas que temblaban de miedo y que hasta entonces se habían considerado increíblemente afortunadas por tener un techo sobre su cabeza (aunque eso significara alquilar unos metros de espacio en un pasillo). Los dos equipos enviaron a un hombre para asegurarse de que nadie salía, y otros dos hombres se apostaron al pie de la desvencijada escalera. Iban a impedir cualquier movimiento hacia arriba o hacia abajo. Goblin y Un Ojo se encontraron en la entrada del sótano y compartieron, primero, algunas quejas por la desesperada insuficiencia de mano de obra, y después, unas pocas cortesías exageradas mientras uno le ofrecía al otro la oportunidad de ser el primero en bajar a la guarida del enemigo.

Al final Goblin aceptó, basándose en ser superior en juventud, rapidez e inteligencia. Lanzó un par de estrellas lumbreras flotantes al hoyo, donde la oscuridad era más negra que el corazón de Kina.

—¡Aquí! —dijo Goblin—. ¡Ah! Tenemos...

Algo parecido a un tigre en llamas salió disparado de la nada. Se acercó, saltando, a Goblin. Desde el lateral, una sombra se aproximó y lanzó algo largo y delgado que se enredó alrededor del cuello del pequeño hechicero.

La vara de Un Ojo aterrizó sobre la muñeca de Narayan tan fuerte como para haberle partido el hueso. El santo viviente del Estrangulador perdió su lazo, que salió volando por el sótano.

La mano mala de Un Ojo lanzó algo por encima de la cabeza de Goblin, hacia el lugar de donde provenía el tigre. Una luz fantasmal emergió flotando como una voluta de gas saturado luminiscente. De repente comenzó a moverse y envolvió a una mujer joven, que intentó quitárselo de encima a manotazos.

Mientras que ella estaba distraída, Goblin hizo algo rápido. La mujer se desmayó.

—¡Maldita sea, ha funcionado! ¡Maldita sea! Soy un genio, admítelo. Soy un puto genio.

—¿Quién es un genio? ¿A quién se le ocurrió el plan?

—¿Plan? ¿Qué plan? El éxito está en los detalles, renacuajo. ¿A quién se le ocurrieron los detalles? Cualquier maldito estúpido podría haber sugerido que fuésemos a atraparlos.

Mientras charlaban, los dos hombres amarraban las extremidades.

Un Ojo dijo:

—Planea los detalles sobre esto. Tenemos que salir de aquí con esta gente, atravesando a todos los grises del mundo.

—Ya he pensado en ello. Tienen tanto lío que no van a tener tiempo de preocuparse por dos malditos leprosos. —Se puso a intentar coger un traje amarillo por encima de la cabeza de la Hija de la Noche—. Recuérdame que advierta a los de la tienda que este traje puede crear falsas ilusiones.

—Sé que supuestamente es así como debe ser. —Un Ojo comenzó a ponerle a Narayan Singh otro traje amarillo, y dentro de un momento Goblin también se cambiaría al suyo. En el piso de arriba, los cuatro hermanos de la Compañía, todos de origen shadar, se estaban convirtiendo en grises—. Estoy diciendo que no tiene ni la más mínima posibilidad de funcionar.

—¿Y eso es porque lo he planeado yo?

—Por supuesto. Estás empezando a enterarte, bienvenido a la realidad.

—En nuestras manos, se va a la mierda. Puedes echarle la culpa a Dormilón, no a mí. Fue idea suya.

—Tenemos que hacer algo con esa chica. Piensa demasiado, maldita sea.

—¿Quieres dejar de hacer el tonto? Los malditos grises de ahí fuera van a tener tiempo de irse a casa a comer.

—No le golpees tan fuerte. Nos interesa que se vaya de aquí por su propio pie.

—¿Me estás hablando a mí? ¿Qué demonios estás haciendo con...? Saca tu mano de ahí, viejo pervertido.

—Estoy colocando un amuleto de control sobre su corazón, so cacho de mierda seca. Para que no nos ponga en evidencia antes de que la llevemos a casa.

—Sí, claro, seguro que sí. ¿Por qué no miraré el lado positivo? Al menos te vuelven a interesar las chicas. ¿Está tan buena como su madre?

—Más.

—Ten cuidado con lo que dices. Este lugar podría estar encantado, y sospecho que quizás algunos de esos fantasmas pueden hablar entre ellos, da igual lo que diga Murgan. —Un Ojo empezó a obligar al grogui Narayan Singh a subir escaleras arriba.

—Yo sí creo que esto va a funcionar —alardeó Un Ojo. La combinación de grises y leprosos parecía el mecanismo perfecto para salir del Jardín de los Ladrones, particularmente ahora que los grises de verdad corrían por ahí distraídos.

—No quiero romperte el corazón, veterano —dijo Goblin—, pero me parece que nos han pescado. —Estaba mirando por encima de su hombro.

Un Ojo miró detrás de él.

—¡Mierda!

Una pequeña alfombra voladora aterrizó en su dirección, acompañada de cuervos que no hacían ningún sonido en absoluto. Atrapa Almas. Y su postura sugería un

regocijo travieso.

Lanzó algo.

—¡Desplegaos! —bramó Goblin—. No dejéis que esos dos se escapen. —Se giró hacia la alfombra descendente con el corazón en la boca. Si llegasen a un enfrentamiento directo, le iban a salpicar como a un huevo pisoteado.

Extendió una mano enguantada, cogió el glóbulo negro que estaba cayendo, azotó su brazo formando un círculo y lanzó el misil de vuelta al cielo.

Atrapa Almas dio un alarido, indignada. La gente de Taglios no tenía esa clase de valor. Condujo la alfombra hacia un lado, sorteando el globo negro, y sí que se movió bien cuando lo hizo.

Su suerte le había vuelto a ser útil. Una bola de fuego chillona atravesó cortante el espacio que ella había dejado libre. Era el mismo tipo de bola de fuego que había dejado todos esos agujeros en el muro del palacio y había prendido los cuerpos de tantísimos hombres como a velas enormes. Continuó descendiendo, y se escudó de los francotiradores tras un edificio. Estaba extremadamente enfadada, pero no dejó que la rabia le nublaste el pensamiento.

Encima de ella, sus cuervos empezaron a explotar como fuegos artificiales mudos. Hubo una lluvia de sangre, carne y plumas.

Lo resolvió en cuestión de segundos, conversando consigo misma con un comité de voces.

Después de todo, no habían estado escondiéndose dentro de Chor Bagan. Ella no podía haber pillado a nadie intentando escaparse así como así, si no hubiesen venido a recuperar algo que no querían que se encontrase.

—Están aquí, en la ciudad, pero no los hemos encontrado. No hemos visto una huella u oído un rumor que ellos no quisieran que nos alcanzara. Hasta ahora. Para eso se necesita brujería. Ese pequeñajo descarado, el hombre sapo, Goblin. No obstante, el gran general de los ejércitos, Mogaba, nos asegura que vio el cuerpo con sus propios ojos. ¿Quién más está vivo? ¿Podría el mismísimo gran general ser menos digno de confianza de lo que querría que creyésemos?

Eso era imposible. Mogaba no tenía otros amigos. Estaba comprometido en perpetuidad.

Atrapa Almas hizo descender su alfombra al suelo, se bajó, dobló su ligero armazón de bambú, enrolló la alfombra alrededor de él, e inspeccionó la calle. Habían bajado por aquí, desde allí arriba. ¿Qué podrían haber querido tan desesperadamente como para haberse expuesto tanto? Cualquier cosa que considerasen tan importante sería algo que ella misma iba a estar obligada a encontrar muy interesante.

Solo se necesitó un encantamiento susurrado para iluminar el sótano. La miseria era atroz. Atrapa Almas se giró lentamente. Era un hombre y su hija, aparentemente,

de todos modos, un hombre viejo y una mujer joven. Una lámpara. Ropas harapientas. Unos pocos puñados de arroz. Un plato de pescado. ¿Por qué había instrumentos de escritura y tinta? ¿Qué era aquello? Un libro. Alguien acababa de empezar a escribir en él con un alfabeto que no le era familiar. Captó un amago de movimiento negro con el rabillo del ojo. Se dio media vuelta y se agachó, temiendo un ataque de alguna sombra picara. Las *skildirsha* sostenían un odio especialmente potente contra aquellos que se atrevían a gobernarlas.

Una rata huyó, dejando caer el objeto de su curiosidad. Atrapa Almas se arrodilló y recogió una tira larga de seda negra con una antigua moneda de plata cosida a una esquina.

—Oh. Ya veo. —Se puso a reír como una muchacha que pilla tarde la gracia de un chiste verde. Cogió el libro e inspeccionó sus alrededores una vez más antes de irse—. La entrega no se ve recompensada en absoluto.

Una vez de nuevo en la calle volvió a montar su alfombra, sin preocuparse por los francotiradores. Esos individuos se habrían ido lejos hacía un buen rato. Conocían sus asuntos. Pero los cuervos debían estar siguiéndoles el rastro.

Se quedó quieta con la mirada clavada hacia arriba, pero sin ver realmente el cuervo blanco que había en lo alto del techo del vecindario.

—¿Cómo averiguaron dónde estaban esos dos?

CAPÍTULO 19

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Sahra en cuanto llegó, antes de despojarse de los harapos de Minh Subredil.

Yo, a mi vez, era aún Dorabee Dey Banerjæe.

—De un modo u otro, hemos perdido a Murgén. Goblin pensó que lo tenían sujeto, pero se escapó cuando estábamos todos fuera y no sé cómo hacer que vuelva.

—Quería decir que qué ha pasado en el Jardín de los Ladrones. Atrapa Almas ha estado allí. Fuera lo que fuese que intentó hacer, no funcionó, pero volvió siendo una persona diferente. No alcancé a oír todo lo que le dijo a la radisha, pero sí sé que encontró o averiguó algo que cambió su actitud totalmente. Como si todo hubiese dejado de ser divertido de repente.

—Oh. No sé. Quizá Murgén puede contárnoslo, si es que conseguimos que vuelva —dije yo.

Goblin se unió a nosotros. Iba empujando a Un Ojo, que estaba dormido en la silla de ruedas de repuesto de Banh Do Trang.

—Están descansando en paz —anunció—. Drogados. Narayan estaba angustiado, pero la chica se lo tomó con bastante calma. Deberíamos preocuparnos por ella.

—¿Qué le pasa a él? —pregunté, señalando a Un Ojo.

—Está agotado. Es viejo. Me gustaría ver si tú tienes la misma energía que él cuando tengas la mitad de su edad.

—¿Por qué deberíamos preocuparnos por la chica? —preguntó Sahra.

—Porque es la hija de su madre. Aún no lo tiene muy dominado porque no ha tenido a nadie que la enseñe, pero tiene la capacidad natural de convertirse en una hechicera considerable, incluso tan poderosa como su madre, pero sin el sentido de la ética rudimentario de Dama. Apesta a...

—Y no es lo único a lo que apesta —gorjeó Un Ojo—. Lo primero que tienes que hacer con este cielito es meterla en un tanque de agua caliente, después lanzarle una o dos pastillas de jabón desinfectante y dejarla a remojo una semana.

Sahra y yo intercambiamos miradas. Si olía tan mal como para molestar a Un Ojo, tenía que estar realmente podrida.

Goblin sonrió de oreja a oreja, pero resistió la tentación.

—He oído que te encontraste con la protectora —dije yo.

—Estaba en un techo, o un sitio así, esperando que pasara algo. No obtuvo lo que esperaba. Un par de bolas de fuego, se agachó, y así se quedó.

—¿Conseguisteis llegar a casa sin que os siguieran? —Sabía la respuesta porque sabía que conocían los riesgos. Ni siquiera se habrían acercado de haber tenido la más ligera duda de que pudiese no ser seguro.

Tenía que preguntar, aunque supiese que si hubiesen fallado el almacén ya estaría

abarrotado de grises.

—Estábamos preparados para tratar con los cuervos.

—Con todos menos uno —gruñó Un Ojo.

—¿Qué?

—Vi uno blanco allí arriba, aunque no intentó seguirnos.

Una vez más, Sahra y yo intercambiamos miradas, y ella dijo:

—Voy a cambiarme, relajarme, y comer algo. Encontrémonos en una hora. Si te saliera del corazón, Goblin, igual podrías traer a Murgén aquí de nuevo.

—Tú eres la nigromante.

—Y tú eres el que confirmó haberlo atrapado. Una hora.

Goblin empezó a gruñir para sí. Un Ojo se rio entre dientes y no le ofreció ninguna ayuda. Me preguntó:

—¿Estás preparado ya para matar a tu bibliotecario?

No se lo dije, pero esta noche estaba ligeramente más abierto a esa sugerencia. Surendranath Santaraksita parecía sospechar que Dorabee Dey Banerjæ era algo más de lo que fingía ser. O puede que yo estuviese siendo lo suficientemente paranoico como para oír cosas que Santaraksita no pretendió decir nunca.

—Tú no te preocupes por el maestro Santaraksita. Se está portando muy bien conmigo. Hoy me ha dicho que puedo mirar todos los libros que quiera, a no ser que esté en los montones restringidos.

—¡Uau! —suspiró Un Ojo—. Por fin alguien le ha llegado al corazón. ¿Quién habría pensado que un libro fuese a conseguirlo? Espero que al primero le pongas mi nombre, Jovencita.

Blandí el puño bajo su nariz.

—Te arrancaré el último diente y te llamaré blando si no hubiese sido educado para respetar a mis mayores, incluso si están dementes y seniles, y se van por las ramas. —Por su concentración en un Dios verdadero, mi religión contiene un fuerte toque de alabanza a los ancestros. Todo vehdna cree que los suyos pueden escuchar sus plegarias e interceder ante Dios y sus santos, si cree que lo han tratado correctamente—. Voy a seguir el ejemplo de Sahra.

—Dame un grito si quieres practicar para tu nuevo novio. —Su cacareo terminó abruptamente en cuanto Gota se puso a cojear a mi alrededor. Cuando miré hacia atrás, Un Ojo parecía estar profundamente dormido de nuevo. Debía de haber sido algún otro viejo tonto dándole a la sin hueso.

Durante el asedio de Jaicur, afirmé que nunca volvería a ser escogido con lo que comía. Que respondería a todo lo que se me ofreciese con una sonrisa de gratitud y un «Gracias» en voz alta. Sin embargo, el tiempo consigue desgastar tales promesas. Estaba casi tan harto de arroz y pescado ahumado como lo estaban Goblin y Un Ojo,

y romper el tedio con la cena ocasional de arroz y pescado no parecía ayudar. Estoy convencido que es la dieta lo que hace a los nyueng bao un pueblo tan falto de humor.

Me encontré con Sahra, que había tomado un baño y se había dejado el pelo suelto, lo cual le daba un aspecto diez años más joven. Esto hacía fácil ver cómo, otros diez años atrás, podía haber sido la fantasía de todo muchacho.

—Todavía tengo un poco de dinero que cogí de alguien que se dirigió al sur por el lado equivocado —le dije, meneando un trozo minúsculo de pescado que colgaba de dos palillos. Los nyueng bao se niegan a adoptar los utensilios innovadores que todos los demás de esta parte del mundo llevan siglos utilizando. Los que se encargaban de cocinar en el complejo de Do Trang eran todos nyueng bao.

—¿Qué? —Sahra estaba completamente desconcertada.

—Que no me importa gastarlo si podemos comprar un cerdo con él. —Se supone que los vehdna no comen cerdo, pero yo cometí el error de haber nacido niña, así que de todos modos seguramente no tenga un asiento reservado en el Paraíso—. O cualquier otra cosa que no se mueva por el agua así. —Hice un movimiento ondulado con una mano.

Sahra no entendía nada. La comida le era un asunto totalmente indiferente, siempre que tuviese algo que llevarse a la boca. Si tenía que comer arroz y pescado por los restos, no tenía ningún problema en absoluto. Y seguramente tuviese razón: hay un montón de gente por ahí que tiene que comer *chhatu* porque no pueden permitirse comprar arroz, y hay otros que no pueden permitirse nada de nada. No obstante, Atrapa Almas parecía estar reduciendo en número a estos últimos.

Sahra empezó a contarme algo sobre un rumor de que otro discípulo bhodi iba a presentarse a la entrada del palacio y exigir una audiencia con la radisha, pero nos estábamos aproximando a la zona iluminada donde hacíamos nuestras maldades nocturnas y vio algo allí que la hizo detenerse.

—Entonces necesitamos colocar a alguien a su lado... —empecé a decir yo.

Sahra gruñó.

—Pero ¿qué demonios está haciendo él aquí?

En ese instante lo vi. Tío Doj estaba de vuelta, seguramente decidido a invitarse a sí mismo a entrar en nuestras vidas de nuevo. El momento que había escogido parecía interesante y sospechoso.

También encontré interesante que Sahra hablase tagliano cuando estaba agobiada. Definitivamente, tenía ciertos desacuerdos con su propia gente, aunque en el almacén nadie usaba el nyueng bao excepto madre Gota, quien solo lo hacía para tocar las narices.

Tío Doj era un hombrecillo ancho que, a pesar de estar a punto de cumplir los setenta, era mayormente músculo y cartílago, y, en los últimos años, mal genio. Llevaba una espada larga y ligeramente curvada a la que llamaba *Varita de Fresno*.

Varita de Fresno era su alma, me lo había dicho él. Era una especie de sacerdote, pero no se molestaba en explicar más, aunque su religión tenía que ver con artes marciales y espadas sagradas. En realidad no era el tío de nadie. «Tío» era un título de respeto entre los nyueng bao, y todos parecían considerar a Doj un hombre digno del mayor respeto.

Tío Doj lleva deambulando por nuestras vidas, entrando y saliendo, desde el asedio de Jaicur, siempre más como distracción que como contribución a ellas. Podía estar diez años de golpe y luego desaparecer durante semanas, meses o años. En esta última ocasión, había estado fuera de nuestras vidas durante más de un año. Cuando apareció nunca se molestó en informarnos de lo que había hecho o dónde había estado, pero a juzgar por las observaciones de Murgén y las mías propias, aún estaba buscando su Llave con diligencia.

Curioso por que él se manifestara tan de repente tras mi revelación, le pregunté a Sahra:

—¿Se ha ido tu madre del almacén hoy, por casualidad?

—Esa pregunta también se me ha ocurrido a mí. Podría valer la pena buscar la respuesta.

Era muy poco el calor que existía entre madre e hija. Murgén no era la causa, pero se había convertido totalmente en el símbolo.

Se suponía que Tío Doj era un hechicero menor. Yo nunca vi ninguna prueba que respaldara eso, aparte de su extraña destreza con *Varita de Fresno*. Era viejo y sus articulaciones se estaban volviendo rígidas, y sus reflejos se estaban desvaneciendo. Sin embargo, no se me ocurría nadie que pudiese igualarlo ni remotamente, ni tampoco he conocido nunca a nadie que dedique su vida a un trozo de acero como él lo hace.

Quizá sí tenía pruebas de que fuese un hechicero, pensándolo mejor. Nunca tuvo ningún problema para atravesar los laberintos que Goblin y Un Ojo habían creado para ahorrarnos la vergüenza de entradas inesperadas. Esos dos tenían que atarlo hasta que explicase cómo lo hacía.

—¿Cómo quieres llevar esto? —pregunté a Sahra.

—Por lo que a mí respecta, podemos amontonarlo ahí mismo con Singh y la Hija de la Noche. —Su voz tenía un toque pétreo.

—El enemigo de mi enemigo es mi enemigo, ¿no?

—Doj nunca me ha caído demasiado bien. Según los estándares nyueng bao es un hombre grandioso y honorable, un héroe al que se debe gran respeto. Y también es la personificación de todo lo que encuentro desagradable sobre mi gente.

—Reservada, ¿eh?

Le delató un amago de sonrisa. En eso era tan culpable como cualquier otro nyueng bao.

—Eso se lleva en la sangre.

Tobo se dio cuenta de que estábamos observando y hablando, y salió disparado hacia nosotros. Estaba lo suficientemente emocionado como para olvidar que era jovencito maleducado.

—Mamá, tío Doj está aquí.

—Ya lo veo. ¿Ha dicho qué quiere esta vez?

Le di un suave golpe en el brazo a modo de advertencia. No había necesidad de ponerse a dar cabezazos.

Doj, por supuesto, era consciente de nuestra presencia. Nunca he visto a un hombre consciente de su entorno de una manera tan intensa. También podría haber oído todas y cada una de las palabras que susurramos, yo no tenía ninguna confianza en que el tiempo hubiese erosionado su sentido del oído. En cualquier caso, Doj engullía arroz y no nos prestaba ninguna atención.

—Vete a saludar —le dije a Sahra—. Yo necesito un segundo para arreglarme la cara.

—Tengo que mandar llamar a los grises para que asalten el lugar. Estoy demasiado cansada para esto. —No se molestó en decirlo en voz baja.

—¿Mamá?

CAPÍTULO 20

Sostuve la mirada de Doj. Mi rostro era pura frialdad y mi voz no denotaba ningún tipo de emoción en absoluto cuando le pregunté:

—¿Qué es la Llave?

Atados y amordazados, Narayan Singh y la Hija de la Noche observaban la escena y esperaban su turno.

En los ojos de Doj se pudo ver el más leve parpadeo de sorpresa. Yo no era el tipo de persona que él esperaba que hiciese las preguntas.

Me estaba metiendo en el personaje de nuevo, uno que había tomado prestado de un matón pandillero que nos había ofendido algunos años atrás, Vajra el Naga. La pandilla se había retirado del negocio y Vajra el Naga había pasado a mejor vida, pero su legado demostraba ser útil de cuando en cuando.

Doj disfrutaba de la razonable esperanza de que no sería torturado. Yo no tenía intención de llegar hasta ese punto. Al menos con él. Las fortunas de la compañía y las de los nyueng bao se habían entremezclado tanto que no podía darle un trato brutal a Doj sin perder a nuestros aliados más útiles.

Doj no ofreció ninguna respuesta, y tampoco yo esperaba que estuviese más hablador que una piedra. Le dije:

—Necesitamos abrir el camino a la llanura reluciente. Sabemos que tú no tienes la Llave, pero sabemos dónde empezar a buscarla. Estaremos encantados de devolvértela una vez que liberemos a nuestros hermanos. —Hice una pausa para darle tiempo para sorprenderme con una respuesta. No lo hizo.

—Estás, quizá, filosóficamente en contra de abrir el camino. Pues bien, en eso te vamos a desilusionar: el camino se va a abrir. Sea como sea. Tú tienes solamente la opción de participar o no participar.

La mirada de Doj se desplazó por un instante. Quería leer la expresión de Sahra.

Era clara: tenía un marido que estaba atrapado bajo la llanura reluciente. Los deseos del sacerdote solitario de cierto culto oscuro e inexplicable no influían en ella en absoluto.

Ni siquiera Banh Do Trang o Ky Gota ofrecieron ninguna demostración de apoyo, a pesar de que los dos apoyarían a tío Doj más que nada por llevar haciéndolo durante décadas de inercia.

—Si no cooperas, no te devolveremos la Llave cuando hayamos acabado con ella. Y seremos nosotros quienes determinemos en qué consiste la cooperación. El primer paso es poner final a toda la ambigüedad, evasión, y sordera selectiva normal de los nyueng bao.

Vajra el Naga no era un personaje que me gustase adoptar demasiado a menudo. Un naga era un ser con forma de serpiente mitológica que vivía bajo la tierra y no

tenía ninguna compasión en absoluto por nada que fuese humano. El problema del personaje era que podía meterme en él como si hubiera sido hecho a medida para mí. Solo se necesitaba una pequeña distorsión emocional para convertirme en Vajra el Naga.

—Tienes algo que nosotros queremos. Un libro. —Estaba apostando muy fuerte por lo que había razonado o intuitido del curso de varios acontecimientos ocultos basándome en Murgén y sus Anales—. Tiene tanto por tanto y es así de grueso, encuadernado en papel pergamino curtido. Lo que hay escrito dentro ha sido elaborado por una mano inexperta y en una lengua que nadie habla desde hace siete siglos. Para ser más concretos, es una copia casi completa del primer volumen de los Libros de los Muertos, los textos sagrados perdidos de los Hijos de Kina. Lo más probable es que no lo supieras.

Narayan, e incluso la Hija de la Noche, reaccionaron ante toda esa información.

Yo continué:

—El libro fue robado de Atalaya por un hechicero llamado el Aullador, quien lo escondió porque no quería que Atrapa Almas llegase hasta él, y tampoco que lo tuviera la criatura. Tú, o bien le viste esconderlo, o te tropezaste con él después de que lo hubiera hecho. Lo escondiste en algún lugar que crees seguro, ignorando el hecho de que nada puede permanecer escondido para siempre. Con el tiempo habrá unos ojos que lo descubran todo.

Una vez más, le di tiempo a Doj para que hiciese algún comentario, pero él prefirió dejar pasar la oportunidad.

—Tú tienes elección en todo esto. No obstante te recuerdo que te estás haciendo viejo, que el que ha sido designado tu sucesor está enterrado bajo la llanura con mis hermanos, y que no tienes ningún aliado más favorable que Gota, cuyo entusiasmo, a estas alturas, es sospechoso. Puedes escoger no decir nunca nada, en cuyo caso la verdad te seguirá hasta la oscuridad, pero la Llave permanecerá aquí, en otras manos. ¿Has comido suficiente? ¿Ha sido Do Trang un buen anfitrión? ¿Quiere alguien ayudar a nuestro invitado a encontrar algo de beber? No deberían desdeñarnos por falta de hospitalidad.

—No le has sacado ni una palabra —se quejó Un Ojo en cuanto Doj se alejó lo suficiente como para que no le oyera.

—No esperaba hacerlo. Solo quería que tuviese algo en que pensar. Vamos a hablar con estos dos. Trae aquí a Singh, quítale la mordaza y dale la vuelta para que la chica no le dé indicaciones. —La chica era espeluznante. Incluso atada y amordazada, irradiaba una presencia potente e inquietante. Si la acompañabas de gente que ya estaba preparada para creer que estaba tocada por la divinidad oscura, era fácil comprender por qué el culto de los Impostores había regresado. Aun así, lo interesante era que este era un fenómeno reciente: durante una década, ella y Narayan

habían sido fugitivos que habían tomado laboriosamente el control de los pocos Impostores supervivientes y evadido a los agentes de la protectora. Ahora, justo cuando nosotros sentimos que vamos a tirar de unas cuantas barbas, ellos han empezado a dar a conocer también su supervivencia.

No me resultaba difícil ver dónde encontraría la imaginación gunni conexiones, presagios, y precursores salvajes del Año de los Cráneos.

—Narayan Singh —dije, con mi voz de Vajra el Naga—. Eres un viejo testarudo. Deberías haber muerto hace mucho tiempo. Quizá Kina te favorece realmente, lo que indicaría que es aquí, en mis manos, donde la diosa quiere que estés. —A nosotros, los vehdna, se nos da bien culpar de todo a Dios. Nada puede ocurrir que no sea la voluntad de Dios, por lo tanto, Él ya ha calibrado la profundidad de la cosa marrón y ha decidido meterte dentro—. Y estas manos son manos sangrientas, no te equivoques.

Singh me miró. No tenía demasiado miedo. No me reconocía. Si nuestros caminos se hubiesen cruzado antes, yo había sido una molestia demasiado insignificante como para que él me recordase.

La Hija de la Noche sí que me recordaba, y pensaba que yo era un error que ella no volvería a cometer. Yo pensaba que quizás ella era un error que nosotros no debíamos cometer, por mucho que pudiera convertirse en una herramienta útil. Casi le daba miedo a Vajra el Naga, que tenía las entendederas demasiado duras para comprender el miedo en términos personales.

—Los acontecimientos te preocupan, pero no tienes miedo. Confías en tu diosa. Bien, déjame asegurarte unas cuantas cosas. No te haremos daño, suponiendo que cooperes, y por mucho que te debamos.

No creyó una palabra de lo que le dije, y no era de extrañar. Era el «arrojar un rayo de esperanza» típico que los torturadores utilizaban para conseguir cooperación por parte del condenado.

—En este caso, el dolor se dirigirá en su totalidad a otra parte.

Intentó girarse para mirar a la chica.

—No ahí, Narayan Sing. No solo ahí. Aunque por ahí empezaremos. Narayan, tienes algo que nosotros queremos. Hay varias cosas que creemos que pueden ser valiosas para ti. Estoy dispuesto a hacer un intercambio, bajo juramento sobre todos los nombres de nuestros dioses.

Narayan no tenía nada que decir. Aún. Pero yo empecé a sentir que sus oídos podrían estar abiertos a las palabras correctas.

La Hija de la Noche también lo sentía. Se retorció e intentó emitir una especie de sonido. Iba a ser tan testaruda y chalada como su madre y su tía. Debe de llevarlo en la sangre.

—Narayan Singh, en otra vida fuiste un verdulero en una ciudad llamada

Gondowar. Un verano sí y otro no ibas a dirigir a tu empresa *tooga*. —Singh parecía incómodo y desconcertado. Esto era algo que no esperaba—. Tenías una esposa, Yashodara, a la que llamabas Lily en la intimidad. Tenías una hija, Khaditya, que era quizás un nombre demasiado ingenioso. Tenías tres hijos: Valmiki, Sugriva y Aridatha. A Aridatha nunca lo has visto porque no nació hasta después de que el Maestro de las Sombras condujese a los hombres capacitados de Gondowar a la cautividad.

Narayan parecía más incómodo y en apuros que nunca. Su vida antes de la venida de los Maestros de las Sombras era un episodio perdido. Desde su inesperada salvación, se había dedicado enteramente a su diosa y la Hija.

—Esa época fue tan agitada que desde entonces te acogiste a la razonable asunción de que nada de tu vida anterior había sobrevivido a la venida de los Maestros de las Sombras. Pero esa asunción es falsa, Narayan Singh. Yashodara dio a luz a ese tercer hijo, Aridatha, y vivió para verlo convertirse en un hombre adulto. A pesar de que soportó una pobreza y desesperación sin igual, tu Lily sobrevivió hasta hace solo dos años. —De hecho, sobrevivió justo hasta que nosotros la localizamos. Yo aún no sabía con certeza si algunos de mis hermanos no se habían vuelto demasiado entusiastas en su afán por localizar a Narayan—. De tus hijos, Aridatha y Sugriva aún viven, así como tu hija Khaditya, a pesar de que lleva usando el nombre de Amba desde que averiguó, para horror suyo, que su propio padre era el Narayan Singh de la infamia que tan extendida estaba.

Al robar el bebé de Dama, Narayan se había asegurado que su nombre pasase a la historia entre los de los grandes villanos. Toda persona mayor de cierta edad conocía el nombre, y también multitud de historias malévolas que pesaban sobre él (la mayoría de ellas eran invenciones o adiciones a historias que anteriormente habían sido ligadas a otro demonio humano cuya ignominia había sido mordisqueada por el tiempo).

A pesar de lo decidido que estaba a permanecer indiferente, yo sabía que contaba con su atención. La familia es un asunto de crítica importancia para todos, excepto para un puñado de nosotros.

—Sugriva continúa en el negocio de productos alimenticios, aunque su deseo de librarse de tu reputación lo llevó primero a mudarse a Ayodahk y después a Jaicur cuando la protectora decidió que quería repoblar la ciudad. Él pensó que allí todos serían desconocidos y podría crearse un pasado más favorable.

Los dos prisioneros repararon en mi uso desafortunado de «Jaicur», lo cual no les proporcionó nada que les fuera útil, pero sí les indicó que yo no era tagliano. Ningún tagliano llamaría a esa ciudad de otro modo que no fuese Dejagore.

Continué:

—Aridatha creció y se convirtió en un muchacho hecho y derecho, bien formado

y guapo. Ahora es soldado, un veterano oficial del ejército en uno de los batallones de la ciudad. Ha ascendido rápidamente. Se ha hecho notar. Hay bastantes probabilidades de que lo elijan para convertirse en uno de los oficiales de carrera que el gran general ha estado imponiendo al Ejército.

Me quedé en silencio. Nadie más habló. Algunos oían esto por primera vez, aunque Sahra y yo habíamos empezado a buscar a estas personas hacía mucho tiempo.

Me incorporé y salí de la habitación para servirme una enorme taza de té. No soporto las ceremonias del té de los nyueng bao, y por supuesto, a sus ojos soy un bárbaro. Tampoco me gustan las minúsculas tacitas que usan. Cuando tomo té, quiero hacerlo en condiciones: que esté fuerte y amargo, y echarle un buen pegote de miel.

Volví a sentarme enfrente de Narayan. Nadie había dicho una palabra en mi ausencia.

—Entonces, oh, santo en vida de los Estranguladores, ¿has dejado de lado realmente todo lo que te ancla a la Tierra? ¿Te gustaría volver a ver a tu Khaditya? Era muy pequeña cuando te fuiste. ¿Te gustaría ver a tus nietos? Tienes cinco. Si digo la palabra mágica, en una semana puedo hacer que traigan a uno aquí mismo. —Di un sorbo a mi té, miré a Singh a los ojos y dejé que su imaginación juguetease con las posibilidades—. Pero a ti no te va a pasar nada, Narayan. Me voy a encargar de eso personalmente. —Le mostré mi sonrisa de Vajra el Naga—. ¿Puede alguien enseñarles a estos dos las habitaciones de invitados?

—¿Eso es todo lo que vas a hacer? —preguntó Goblin una vez que se fueron.

—Voy a dejar a Singh que piense en la vida que nunca vivió. Le voy a dejar pensar en perder lo que queda de ella, y además, en perder a su mesías. Cuando puede evitar todas estas tragedias solo con decirnos dónde encontrar el suvenir que se llevó del escondite de Atrapa Almas en Kiaulune.

—Sin el permiso de la chica, no se atreverá ni a respirar.

—Ya veremos cómo se las apaña para tomar sus propias decisiones. Si le lleva demasiado tiempo y nos presionan, puedes dotarme de un poco de glamur para que piense que soy ella.

—¿Y ella qué? —preguntó Un Ojo—. ¿Vas a ocuparte de ella en persona, también?

—Sí. Empezando ahora mismo. Echadle unos cuantos encantamientos asfixiantes de esos, uno en cada muñeca, y también en los tobillos. Y en el cuello, que sean dobles. —A lo largo de los años, y entre otras cosas, habíamos pastoreado animales, y Un Ojo y Goblin, al ser increíblemente vagos, habían desarrollado hechizos asfixiantes que hacían más y más presión a medida que un animal se alejaba de un punto concreto.

—Es una mujer de recursos con una diosa de su lado. Preferiría matarla y acabar

con el asunto, pero si lo hacemos, no conseguiremos ninguna ayuda por parte de Singh. Si ella se las arregla para escapar, quiero que sea fatal. Quiero que, si se acerca un poco a la escapatoria, caiga inconsciente por falta de aire. No quiero que tenga contacto habitual con nadie de nuestra gente. Recordad lo que Atrapa Almas, su tía, hizo a Sauce Swan. Tobo. ¿Ha dicho Swan algo que pueda interesarnos?

—Lo único que hace es jugar a las cartas. No para de hablar, pero nunca dice nada. Casi casi como el tío Un Ojo.

Susurro.

—¿Le has hecho hacer eso, no, Cara Rana?

—A mí me suena a Swan —dije yo. Cerré los ojos y me puse a masajearme el codo con el pulgar y el índice intentando ahuyentar a Vajra el Naga. Su reptil falta de conexión era seductora—. Estoy tan cansado...

—Entonces ¿por qué demonios no nos jubilamos todos? —dijo Un Ojo con voz ronca—. Durante toda una maldita generación, la razón era el capitán y la mierda de su próximo año en Khatovar. Ahora sois vosotras dos, mujeres, y vuestra cruzada sagrada para resucitar a los Tomados. Consíguete un tío, Jovencita, y pásate un año follándotelo hasta la saciedad. No vamos a sacar a esa gente de allí, acéptalo. Empieza a hacerte a la idea de que están muertos.

Sonó exactamente como el traidor que había en mi alma que susurraba dentro de mi mente cada noche antes de dormirme. O, al menos, así sonó la parte de aceptar que los Tomados nunca volverían. Le pregunté a Sahra:

—¿Podemos convocar a nuestro muerto favorito? Un Ojo, pregúntale lo que piensa de nuestro plan.

—¡Bah! Cara Rana, hazlo tú. Necesito un estimulante medicinal.

Casi sonriendo a pesar de sus doloridas articulaciones, Gota se fue con sus andares de pato por detrás de Un Ojo. A esos dos no los íbamos a ver durante un tiempo. Si teníamos suerte, Un Ojo se emborracharía rápido y caería inconsciente. Si no, volvería tambaleándose y buscando pelea con Goblin y tendríamos que contenerlo. Eso podría llegar a ser una aventura.

—Bueno, aquí está nuestro derrochador. —Sahra volvía a tener a Murgan por fin en la caja de la neblina.

Me dirigí a él:

—Háblame del cuervo blanco.

—Voy allí a veces. Es involuntario —contestó aturdido.

—Hoy hemos sacado de Chor Bagan a Narayan Singh y a la Hija de la Noche. Había también un cuervo blanco, y tú no estabas allí.

—Yo no estaba allí —repitió, más aturdido, incluso preocupado—. No recuerdo estar allí.

—Creo que Atrapa Almas reparó en él. Y ella conoce a sus cuervos.

—No estaba allí, pero recuerdo cosas que ocurrieron. Esto no me puede estar pasando de nuevo —continuó.

—Tú cálmate y dinos lo que sabes.

Murgen procedió a trasladarnos todo lo que Atrapa Almas dijo e hizo después de esquivar a nuestros francotiradores. No nos quiso decir cómo lo sabía, y yo no creo que pudiese.

Sahra dijo:

—Ella sabe que tenemos a Singh y a la chica.

—Pero ¿ha adivinado por qué? La Compañía tiene una vieja rencilla con esos dos.

—Va a necesitar ver cuerpos para convencerse de que ha habido algo más que eso. Todavía no está totalmente satisfecha con la versión de que Swan está muerto. Una mujer que sospecha mucho, la protectora.

—Un cadáver de Narayan sería fácil de hacer, si lo pudiésemos hacer creíble. Ahí afuera hay un millón de viejecitos flacos y mugrientos con dientes verdes. Pero seguro que nos quedaríamos cortos de preciosas veinteañeras de ojos azules y la piel más blanca que el marfil.

—Definitivamente, los grises estarán más activos ahora —dijo Sahra—. Sea lo que sea lo que sospecha o lo que no, la protectora no quiere que nadie se ocupe de asuntos delicados en su ciudad.

—Esa es una observación que la radisha podría discutir, lo que me recuerda a algo que me ha estado rondando por la cabeza. Escucha esto y dime lo que piensas.

CAPÍTULO 21

A medida que los discípulos bhodi se abrían camino entre las multitudes, más de un espectador se adelantó para darles una palmada en la espalda. Ellos se lo tomaron con poca gracia: les indicaba que muchos de los testigos estaban allí para que los entretuviesen.

El rito se desarrolló de la misma manera que el anterior, pero más rápido, ya que era evidente que los grises anticipaban problemas y habían recibido instrucciones para prevenirlos.

El sacerdote arrodillado que iba vestido de naranja estalló en llamas justo en el momento en que los grises empezaron a quitar de en medio a sus ayudantes.

Se formó una columna de humo ascendente, y en ella se dibujó un cráneo de la Compañía Negra cuya mirada malévola parecía clavarse profundamente en las almas de todos los testigos. Una voz llenó la mañana: «Todos sus días están numerados».

Justo después, el muro de madera que revestía la reconstrucción cobró vida y personajes incandescentes del tamaño de un hombre proclamaron «El agua duerme», y «Mi hermano no perdonado» mientras se arrastraban lentamente adelante y atrás.

La mismísima Atrapa Almas apareció en las murallas de arriba; su rabia era palpable.

Una segunda nube de humo, mayor que la anterior, se desprendió del discípulo en llamas. Una cara (la mejor representación del capitán que Un Ojo y Goblin consiguieron realizar) anunció a los miles de testigos, estupefactos y silenciosos: «¡*Rajadharma!* Los deberes del rey. Sabedlo: la monarquía es un voto de confianza. El rey es el sirviente más ensalzado y concienciado del pueblo».

Yo me puse en marcha para escabullirme de allí. Estaba claro que todo esto iba a provocar una respuesta impulsiva y autodestructiva en la protectora.

O quizá no. No reaccionó de ninguna manera obvia, aunque, de repente, se formó una brisa que hizo desaparecer el humo, pero avivó las llamas que consumían al discípulo bhodi. El olor de carne humana ardiendo se extendió en la dirección del viento.

CAPÍTULO 22

Cuando el maestro Santaraksita quiso saber por qué había llegado tarde, le dije la verdad.

—Otro discípulo bhodi se ha prendido fuego delante del palacio y yo fui a verlo, no lo pude evitar. Se ha utilizado brujería. —Le describí lo que había visto. Santaraksita pareció encontrarlo asqueroso e intrigante, igual que lo habían encontrado muchos de los testigos presenciales.

—¿Por qué crees que están haciendo eso esos discípulos, Dorabee?

Yo sabía por qué lo estaban haciendo, no era necesario ser un genio para alcanzar a comprender sus motivos. Lo único que seguía siendo una incógnita era su determinación.

—Están intentando decirle a la radisha que no está cumpliendo sus obligaciones para con el pueblo tagliano. Consideran la situación tan crítica que han optado por transmitir su mensaje a través de un medio que no puede pasar desapercibido.

—Yo también creo que ese es el caso. La pregunta que queda por responder es la siguiente: ¿qué puede hacer la radisha realmente? La protectora no va a dejar el cargo solo porque algunas personas creen que no es buena para Taglios.

—Hoy tengo muchísimo trabajo que hacer, *srí*, y ya voy tarde.

—Claro, vete. Yo tengo que reunir a los bhadralok. Es posible que podamos obsequiar a la radisha con algunos medios para deshacerse del control de la protectora.

—Buena suerte, *srí*. —La iba a necesitar. Solo la buena suerte más escandalosa de todos los tiempos iba a facilitarle a él y a sus compinches las herramientas necesarias para deshacerse de Atrapa Almas. Era bastante probable que los bhadralok no tuviesen ni idea del oponente tan peligroso que habían escogido.

Limpié el polvo, pasé la fregona y comprobé las trampas para roedores, y, después de un rato, me di cuenta de que casi todo el mundo se había ido. Le pregunté al viejo Baladitya, el copista, dónde estaban todos, y me dijo que los otros copistas se habían escabullido en cuanto los bibliotecarios superiores se habían ido a su reunión con los bhadralok. Sabían que los bhadralok no iban a hacer nada, pero que iban a pasarse horas gruñendo, charlando y discutiendo para no hacerlo, de modo que se habían tomado el tiempo libre.

Era una oportunidad que no podía dejar escapar. Me puse a examinar libros, incluso sobrepasando la barrera de los montones restringidos. Baladitya no sabía nada del tema, no alcanzaba a ver nada a un metro de sus narices.

CAPÍTULO 23

Jaul Barundandi adjudicó a Minh Subredil una compañera llamada Rahini y las envió a trabajar en el propia alojamiento de la radisha bajo el mando de una mujer que respondía al nombre de Narita, una criatura gorda y fea poseída por una hinchada concepción de su propia importancia.

—Necesito seis mujeres más —se quejó Narita a Barundandi—. Se supone que tengo que volver a limpiar la cámara de asambleas cuando termine con la suite real.

—Entonces te sugiero que te pongas tú también manos a la obra con la escoba. Yo estaré de vuelta en unas horas, y espero ver progresos. Te he adjudicado las mejores trabajadoras disponibles. —Barundandi se fue a alguna otra parte a ser desagradable con alguna otra persona.

La gorda se desquitó con Subredil y Rahini. Subredil no sabía quién era Narita, ya que nunca antes había trabajado en las cámaras reales. Mientras timoneaba una fregona, susurró:

—¿Quién es esta mujer tan amargada? —Y acarició su Ghanghesha.

Rahini miró rápidamente a izquierda y derecha, pero no levantó los ojos.

—Tienes que entenderla. Es la esposa de Barundandi.

—¡Vosotras dos! No se os paga para que chismorreéis.

—Perdón, señora —dijo Sahra—. No había entendido lo que tenía que hacer y no quería molestarle.

La gorda frunció el ceño un momento, pero luego desvió su desagrado hacia otra dirección. Rahini sonrió levemente y susurró:

—Hoy está de buen humor.

A medida que pasaban las horas y sus rodillas, manos y músculos comenzaban a dolerle, Sahra se dio cuenta de que ella y Rahini habían sido enviadas a la esposa de Barundandi más por quiénes eran que por el trabajo que podían realizar. No eran inteligentes ni tampoco se situaban entre las trabajadoras más atractivas. Barundandi quería que Narita creyese que este era el tipo de mujeres a las que siempre daba empleo. En cualquier otro sitio, sin duda, él y sus ayudantes de jefatura se aprovecharían en la mayor medida posible del poco poder que tenían sobre los desafortunados y miserables.

No era un buen día para exploraciones. Había muchísimo más trabajo del que podrían desempeñar nunca tres mujeres, de modo que Sahra no tuvo ninguna oportunidad de recoger páginas adicionales de los Anales ocultos. No demasiadas horas después de que comenzara la jornada, las condiciones dentro del palacio pasaron a ser mucho más relajadas. Las grandezas empezaron a dejarse ver desplazándose rápidamente aquí y allá, y llegaron los rumores directamente desde la otra cara de los muros de piedra. Otro discípulo bhodi se había prendido fuego hasta

morir abrasado fuera del palacio y la radisha estaba totalmente consternada. La misma Narita reveló:

—Está aterrorizada. Están ocurriendo muchas cosas sobre las que no tiene ningún control. Se ha ido a la Cámara del Enfado, ahora lo hace casi todos los días.

—¿La Cámara del Enfado? —murmuró Sahra. Nunca había oído esto antes, pero no había trabajado tan cerca del corazón del palacio hasta hacía muy poco tiempo—. ¿Qué es eso, señora?

—Un habitación aparte donde puede arrancarse el pelo y la ropa, y dar rienda suelta a su rabia y a sus quejidos sin que sus emociones envenenen los lugares colindantes utilizados para otros propósitos. No va a salir hasta que pueda enfrentarse al mundo con una calma absoluta.

Subredil lo entendió: era una costumbre gunni. Solo a los gunni se les ocurriría una idea así. La religión gunni lo personificaba todo: tenía un dios, diosa, demonio, *deva*, *rakhasa* o *yaksha*, o lo que fuera, para todo, habitualmente con diferentes aspectos, avatares y nombres, y ninguno de ellos se veía mucho hoy en día, pero en el pasado habían estado muy atareados.

Solamente un gunni extremadamente adinerado inventaría algo como una Cámara del Enfado; una maldita gunni con mil habitaciones que no sabía cómo utilizar.

Más adelante ese día, Subredil se las arregló para que le permitiesen hacerle el servicio a la Cámara del Enfado, recién evacuada. Era pequeña y no contenía nada en su interior, excepto una esterilla sobre un suelo pulido de madera y un pequeño santuario dedicado a los ancestros. El humo era denso, y el olor del incienso envolvente.

CAPÍTULO 24

—Y menos mal que no tenía ninguna página encima —me dijo Sahra—. Los grises se pusieron a cachearnos cuando salíamos. Esa mujer, Vancha, intentó robar una lamparilla de aceite de plata. Bien, pues se va a pasar toda la mañana de mañana siendo «castigada» por Jaul Barundandi.

—¿Sabe el jefe de Barundandi lo que hace él?

—No creo, ¿por qué?

—Podríamos engañarlo para que se traicione a sí mismo. Hacer que le den la patada.

—No. Barundandi es el demonio que conocemos. Un hombre sincero sería más difícil de manipular.

—Es que detesto a ese hombre.

—Eso es porque es detestable. Y no es que otros hombres en puestos similares de poder insignificante no lo sean. Pero no estamos aquí para reformar Taglios, Dormilón, estamos aquí para averiguar cómo liberar a los Tomados y para atormentar a nuestros enemigos cuando hacerlo no ponga en peligro nuestra misión principal. Y hoy lo hemos cumplido con éxito. La radisha se ha quedado aplastada con nuestros mensajes.

Sahra me contó lo que había descubierto, y después yo le conté mi propio pequeño triunfo.

—Hoy me hice con los montones restringidos, y encontré lo que creo que podría ser el original de uno de los Anales que tenemos escondidos en el palacio. Está en un estado deplorable, pero está completo y aún es legible, y podría haber más volúmenes. Solo pude examinar una parte de los montones antes de tener que irme a ayudar a Baladitya a encontrar sus zapatillas para que su nieto pudiera llevarlo a casa.

Tenía el libro justo encima de la mesa, y le di unas palmaditas orgullosas. Sahra me preguntó:

—¿No lo echarán de menos?

—Espero que no. Lo reemplacé con uno de los ejemplares mohosos descartados que había estado reservando para la ocasión.

Sahra me apretó la mano.

—Bien. Bien. Las cosas han ido bien últimamente. Tobo, ¿podrías buscar a Goblin? Tengo una idea que discutir con él.

—Voy a ver cómo lo llevan nuestros invitados —dije yo—. Puede que alguien esté preparado para susurrarme confidencias al oído.

Sin embargo, solo Swan estaba interesado en mi oído y no tenía confidencias en mente, precisamente. A su manera, era incorregible como un Ojo, aunque tenía un estilo que no me ofendía. No creo que Swan tuviera maldad dentro de sí. Como

muchas otras personas, era una víctima de las circunstancias que luchaba por mantener la cabeza alta en las turbulencias del torrente de acontecimientos.

A tío Doj le desagradaban sus circunstancias incluso aunque no fuese prisionero.

—Está claro que podemos arreglárnoslas sin un libro —le dije—. De todos modos, dudo que pudiera leerlo. Principalmente, quiero asegurarme de que no vuelve a las manos de los Impostores. Lo que realmente necesitamos es tu conocimiento.

Doj era un viejo testarudo. Aún no estaba dispuesto a hacer tratos o buscar aliados.

Antes de irme, pregunté:

—¿Va a morir todo contigo? ¿Vas a ser el último nyueng bao que siga el Camino? Thai Dei no puede si está enterrado bajo la llanura reluciente. —Le guiñé un ojo. Entendía a Doj mejor de lo que él pensaba. Su problema no era que tuviese un conflicto moral, era más bien una cuestión de control. Quería hacerlo todo a su manera, sin condiciones.

Se convencería si continuaba recordándole su mortalidad y su falta de hijos o aprendices. Los nyueng bao son famosos por su cabezonería, pero incluso ellos preferirían adaptarse a sacrificar todas sus esperanzas y sueños.

Visité a Narayan el tiempo justo para dejarle caer que nuestro interés no residía en hacerle daño, pero que la única razón que teníamos para mantener intacta a la Hija de la Noche era nuestra esperanza en su cooperación.

—Puedes seguir siendo testarudo durante un tiempo. Tenemos varios asuntos que cerrar antes de que te conviertas en nuestro interés principal y nos concentremos en acabar con tus sueños.

Ese era mi objetivo final con cada uno de nuestros prisioneros, hacer que pusieran en peligro sus esperanzas y sueños. Quizá podría usar mis artimañas para pasar a la historia y ser tan famoso como *Atrapa Almas* o *Creaviudas*, como *Sombra de la Tormenta* o *Sombra Larga*, para que me recordasen eternamente como el *Asesino de Sueños*.

Tuve una visión de mí mismo deambulando en medio de la noche como Murgén, incorpóreo, pero arrastrando conmigo una bolsa de noche negra sin fondo en la que metía todos los sueños que robaba de los que dormían agitados. En esta visión yo era un *rakhasa* veterano.

La Hija de la Noche no alzó la mirada cuando pasé a verla. Estaba metida en una jaula que Banh Do Trang utilizaba para animales enormes de las especies más mortales: a veces eran leopardos, pero casi siempre se trataba de tigres (un tigre macho adulto valía una fortuna en el mercado boticario). Ella también llevaba grilletes, cuando los felinos nunca los llevaban. Además, creo que se utilizó un poco de opio y belladona para aderezar su comida. Nadie quería subestimar su potencial: su familia tenía una historia espantosa, y ella tenía una diosa que la amparaba.

La razón me dijo que la matara en ese mismo instante, antes de que Kina se despertase totalmente. Eso me permitiría vivir el resto de mi vida sin temer el fin del mundo. A la diosa de la oscuridad le llevaría generaciones crear otra Hija de la Noche.

La razón también me dijo que si la chica moría, los Tomados se pasarían toda la eternidad en aquellas cavernas bajo la llanura reluciente.

La razón me dijo, después de observarla durante un momento, que no me estaba ignorando, sino que no sabía que estaba allí. Su mente estaba en otra parte, lo cual no era un sentimiento reconfortante en absoluto. Si Kina pudiera dejarla suelta del mismo modo que Murgan lo estaba...

CAPÍTULO 25

El maestro Santaraksita se detuvo para decirme:

—Fue amable de tu parte ocuparte ayer de Baladitya, Dorabee. En mi afán por reunir a los bhadralok, le había olvidado. Pero deberías andarte con cuidado, o su nieto esperará que empieces a llevar al viejo a casa en su lugar. Conmigo ya lo ha intentado.

No le miré a los ojos, aunque realmente quería saber qué había dentro. Había una rigidez en su voz que me dijo que tenía algo en mente, pero yo ya me había tomado demasiadas libertades con Dorabee. Él no miraría fijamente a los ojos de nadie que perteneciese a la casta sacerdotal.

—Sin embargo, hice lo correcto, maestro. ¿No se nos enseña a respetar y cuidar de nuestros mayores? Si no lo hacemos cuando somos jóvenes, ¿quién nos respetará y ayudará cuando nosotros nos volvamos frágiles?

—Desde luego. Sin embargo, sigues dejándome perplejo e intrigándome también, Dorabee.

Incómodo, intenté cambiar el tema preguntándole:

—¿Fue la reunión de los bhadralok productiva, maestro?

Santaraksita frunció el ceño y después sonrió.

—Eres muy sutil, Dorabee. No. Por supuesto que no. Somos los bhadralok. Hablamos, no actuamos. —Por un instante, se burló de su propia especie—. Aún nos queda por debatir qué forma debería tomar nuestra resistencia cuando la protectora perezca por su vejez.

—¿Es cierto lo que dicen, maestro? ¿Qué tiene cuatrocientos años y aún está fresca como una recién casada? —No necesitaba saberlo, solo necesitaba conversación para nutrir el sorprendente interés que Santaraksita sentía por mí.

—Esa parece ser la creencia popular, transmitida por los mercenarios nortños y aquellos viajeros que adoptó la radisha.

—Entonces sí que debe de ser una grandiosa hechicera.

—¿Detecto un punto de celos?

—¿No nos gustaría a todos vivir para siempre?

Me miró de una forma extraña.

—Y eso haremos, Dorabee. Esta vida es solo una fase. —Respuesta equivocada, Dorabee Dey—. ¿Cómo van tus estudios?

—Estupendamente, maestro. Me apasionan especialmente los textos históricos. Estoy descubriendo muchos hechos interesantes.

—Excelente, excelente. Si hay algo que pueda hacer para ayudarte...

—¿Existe una lengua nyueng bao escrita? —pregunté—. ¿O ha existido alguna vez?

Eso le pilló desprevenido.

—¿Nyueng bao? No sé. ¿Por qué demonios ibas a querer...?

—Es por algo que he visto unas cuantas veces cerca de donde vivo. Nadie sabe lo que significa. Los nyueng bao de allí no quieren hablar, pero yo nunca he oído que fuesen iletrados.

Posó su mano sobre mi hombro un momento.

—Ya lo haré averiguar.

Sus dedos parecían estar temblando. Murmuró algo ininteligible y se fue apresuradamente.

CAPÍTULO 26

Se había extendido el rumor de a que los discípulos bhodi no les había gustado que les robásemos el protagonismo a las puertas del palacio. Me pregunté qué pensarían cuando llegaran las noticias de lo que habíamos hecho en Semchi. Todo parecía estar encajando perfectamente para nosotros, a no ser que Atrapa Almas estuviese adelantándose en sus pensamientos y no pudiésemos detectarlo.

Murgen había puesto al grupo de Slink ya de camino a la aldea, y estaba avanzando más rápidamente que el grupo que la protectora había enviado a destruir el árbol bhodi. Ese grupo superaba en número a nuestros hermanos, pero no esperaba ninguna resistencia. En unos pocos días, las cosas allí se iban a poner muy feas.

Igual de feo que se había puesto el tiempo aquí: la estación de lluvias había llegado. Había llegado a casa con retraso por una feroz tormenta de rayos que había inundado algunas calles y soltado granizos de casi dos centímetros y medio de diámetro. Los kangali y otros niños salieron a la calle a intentar juntar el hielo, dando alaridos cada vez que una bola de granizo daba con un trozo de piel desprotegida. Durante unos segundos, el aire tuvo una temperatura tolerable, pero después la tormenta siguió su rumbo y el calor volvió peor que antes. El hedor de la ciudad empezó a brotar: una tormenta no era suficiente para limpiarlo todo, solo servía para removerlo. En unos días, los insectos estarían peor que nunca.

Me abracé a mi fardo y me dije que no tendría que quedarme en esta cloaca durante mucho más tiempo.

—Solo me queda por localizar uno y ya tendré todo lo que necesito de la biblioteca.

Mi nueva adquisición descansaba abierta de par en par para que la viese todo el mundo. Por supuesto, nadie podía leer lo que ponía, ni siquiera yo, pero estaba seguro de que ahora poseía otro original de los tres Anales perdidos. Puede que el primero de ellos, ya que era tan extraño. El otro parecía estar escrito con el mismo alfabeto, pero muy modificado y de algún modo parecido al del volumen desechado rescatado por mí. Si la lengua era la misma, tarde o temprano sería capaz de descifrarla.

—Sí. Todo, menos alguien que te traduzca eso —cacareó Un Ojo—. Todo, menos tu nuevo novio.

Insistía en que el maestro Santaraksita se había propuesto seducirme y se le rompería el corazón si lo lograba y descubriría que era una mujer.

—Ya basta, vejestorio asqueroso.

—Sacrifícate por la causa, Jovencita. —Se puso a ofrecerme consejos gráficos. Había estado bebiendo de nuevo. O aún estaba bebiendo.

Sahra llegó, y dejó caer un montón de páginas en mi dirección.

—Venga, Un Ojo. Busca a Goblin. Tenemos trabajo que hacer.

Y a mí me preguntó:

—¿Por qué soportas eso?

—Es inofensivo. Y desde luego, es demasiado condenadamente viejo para cambiar. Además, si me está fastidiando a mí, no se está metiendo en algo que haga que nos maten a todos.

—De modo que te estás sacrificando por la causa.

—Algo así. Qué rapidez. —Goblin había llegado—. ¿Qué ha pasado con Un Ojo?

—Tomando un trago. ¿Y ahora qué tengo que hacer?

Sahra dijo:

—Yo puedo meterme en la Cámara del Enfado. El resto es cosa vuestra.

—Si haces eso, nunca podrás volver a entrar en el palacio. ¿Lo sabes, no?

—¿De qué estamos hablando? —pregunté yo.

—Creo que podemos raptar a la radisha —contestó Sahra—. Con un poco de suerte y mucha ayuda de Goblin y Un Ojo.

—Goblin tiene razón. Si haces eso, más nos vale a todos estar a cientos de kilómetros antes de que se extienda el rumor. Tengo una idea mejor. Si tenemos que desvelar el hecho de que podemos meternos en el palacio, hagámoslo saboteando a Atrapa Almas. Consigue una de sus alfombras y amáñala para que se abra en dos cuando esté a más de sesenta metros de altura a toda velocidad.

—Me gusta cómo piensas, Dormilón. Apúntalo en la lista, Sahra, quiero estar allí para verlo. Sería como cuando el Aullador se estrelló de lado en la torre de Hechizo. Muchacho, debía de ir tres veces más rápido de lo que puede ir un caballo cuando golpeó el muro. ¡*Cataplám!* Pelo, dientes y globos oculares esparcidos...

—Ha escapado de eso, idiota. —Un Ojo había vuelto—. Ahora mismo está ahí, bajo la llanura con nuestros chicos. —Un olor inconfundible indicaba que Un Ojo se había tomado un momento para obsequiarse con un poco de medicina.

—Dejadlo. Ahora mismo. —Sahra estaba irritada esta noche—. Nuestro próximo paso será neutralizar a Chandra Gokhale. Eso ya lo hemos decidido. De estas otras cosas podemos preocuparnos por el camino.

—Vamos a necesitar refrescar un poco nuestro ejercicio de evacuación por si tenemos que irnos de Taglios a toda prisa —observé yo—. Cuanto más activos nos pongamos, más posibilidades hay de que algo vaya mal. Si eso pasa, tendremos a Atrapa Almas respirándonos en la nuca.

—No es estúpida, solo es perezosa —comentó Goblin.

Yo le pregunté a Sahra.

—¿Ha recogido ya a sus sombras?

—No lo sé. No he oído nada.

Goblin gruñó:

—Lo que necesitamos realmente es una fórmula para arreglárnoslas sin dormir durante un año, aproximadamente. Dejad que vea a la Ghanghesha de Minh Subredil.

Sahra envió a Tobo a por la estatua. El chico podía ser mucho menos desagradable cuando estaba en grupo.

Cuando Banh Do Trang entró rodando, empujado por uno de sus hombres, el silencio se impuso. Estaba sonriéndose por un chiste privado. Disfrutaba desconcertándonos.

—Uno de mis hombres me dice que tenemos a un par de forasteros atrapados en la red de confusión. Parecen ser inofensivos, son un viejo y un mudo. Alguien tendrá que sacarlos y ponerlos de camino sin que nadie sospeche.

La noticia me dio escalofríos, pero no sospeché la verdad hasta que los pobres y agotados Tobo y Goblin (este último yendo junto al primero, pero manteniéndose fuera del campo de visión mientras que el chico conducía a los prisioneros a una zona segura) regresaron y Goblin anunció:

—Creo que tu novio te ha seguido hasta casa, Dormilón.

—¿Qué?

—Nos hemos encontrado a un viejo aterrorizado que trataba de impresionar a Tobo diciéndole que era bibliotecario. —A muchos taglianos sí que les habría impresionado. La capacidad de leer era casi una brujería en sí misma—. Llamaba a su adlátere Adoo. Nos dijiste...

Un Ojo empezó a berrear:

—¡La Jovencita es una rompecorazones habitual! Demonios, daría lo que fuera por estar ahí cuando el viejo tonto le mete la mano en los pantalones y no encuentra lo que está buscando.

Me sentí avergonzado. No creo haber estado avergonzado por nada desde la primera vez que mi tío Rafi metió la mano por debajo de mi sari y sí que encontró lo que buscaba. ¡Este viejo tonto Santaraksita! ¿Por qué tenía que complicar las cosas así?

—¡Ya está bien! —espetó Sahra—. Supuestamente, mañana habrá una reunión en el consejo secreto. Creo que podemos servirnos de ella para encontrar a Gokhale, pero voy a necesitar llevar a Sawa y Shikhandini.

—¿Por qué? —pregunté yo. No tenía ninguna gana de volver a entrar en el palacio nunca más.

—Genial —se entusiasmó Un Ojo—. No te presentas mañana en la biblioteca, esa cabra vieja se va a poner triste y lloriquear y preguntarse qué habrá pasado, si habrá sido culpa suya incluso si sabe que no tienes modo de saber que intentó seguirte a casa. Se te va a formar un atolladero, Jovencita. Lo único que tienes que hacer es empujarle.

—He dicho... —terció Sahra.

—Espera un minuto. Podría tener algo de razón. Supongamos que juego al juego de Santaraksita hasta el punto en que consiga que me haga las traducciones. Incluso podríamos añadirlo a nuestra colección. No creo que tenga mucha familia. Podemos echar un vistazo más de cerca y ver cuánto tiempo podría pasar antes de que la gente se preguntase por qué podría haber desaparecido.

—Oh, eres malvada, Jovencita —dijo Un Ojo—. Eres realmente malvada.

—Igual un día te lo demuestro, si sigues tomándome el pelo.

—¿Y lo de Gokhale? —preguntó Sahra.

—De acuerdo, pero ¿por qué tenemos que ir Tobo y yo, ambos?

—Tobo, para meterle una idea en la cabeza que le pique y se tenga que rascar. Y tú para cubrirnos, por si acaso. Le diré a Tobo que lleve su flauta. —La flauta de Tobo era una versión pequeña del bambú que lanzaba fuego—. Puede entregártelo una vez estamos dentro. —Tobo había llevado esa flauta siempre que había acompañado a su madre al palacio. Intentamos adelantarnos a los acontecimientos—. Y también quiero que Jaul Barundandi te tenga en mente. Definitivamente voy a tener que llevarte conmigo cuando rapte a la radisha. Goblin, ¿qué puedes hacer con mi Ghanghesha?

Nadie más en el mundo se habría atrevido a lanzarle al pequeño hechicero una pregunta como aquella, pero Sahra era Sahra, y no tenía que pagar el precio por hacerlo.

Me preparé para irme. Tenía otras cosas que hacer. Tobo preguntó:

—¿No te molesta si le enseño los Anales a Murgen? Quiere leerlos.

—¿Os estáis empezando a llevar bien, vosotros dos?

—Eso creo.

—Bien. Puedes dejarle verlos. Dile que no sea muy crítico. Si lo es, no pienso salir a desenterrarlo.

CAPÍTULO 27

Narayan parecía realmente confundido por mi interés continuado. No creo que me recordase en absoluto, pero ahora sabía que era una mujer y que había sido el jovencito llamado Dormilón con el que se había encontrado, en raras ocasiones, hace años.

—Has tenido tiempo de reflexionar. ¿Has decidido ya ayudarnos?

Me lanzó una mirada llena de veneno puro, aunque sin odio personal evidente. Yo solo era un desagradable obstáculo puntual que retrasaba el triunfo inevitable de su diosa. Había anquilosado su mente de nuevo.

—De acuerdo. Volveré a verte mañana por la noche. Tu hijo Aridatha tendrá un día de permiso dentro de poco. Le traeremos para que te visite.

Había un guardia vigilando a la Hija de la Noche.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kendo?

—Vigilando a...

—Márchate. Y no vuelvas. Corre la voz: nadie en absoluto vigila a la Hija de la Noche. Es demasiado peligrosa. Que nadie se acerque a ella siquiera a no ser que Sahra o yo se lo ordenemos. Y de todos modos, no lo harían solos.

—No parece tan...

—¿No podría irse de escalada aunque quisiera, verdad? —Fui hacia la jaula—. ¿Cuánto tiempo le llevaría a tu diosa crear todas las condiciones propicias para que naciese otra como tú, si decido matarte?

La mirada de la chica se alzó lentamente. Me entraron ganas de encogerme por el poder de sus ojos, pero me mantuve recto. Puede que se le debiese suministrar más opio del que se le estaba suministrando ya.

—Reflexiona sobre tu valor. Y sobre mi poder para destruirlo. —Me sentí enardecido. Era el tipo de cosas que los devas o los dioses menores se contestaban entre ellos en los añadidos decorativos de las sagas épicas que tejían los cuentacuentos profesionales.

Me echó una mirada. Había tanto poder en sus ojos que decidí que Kendo debería quedarse un rato en privado con Goblin y Un Ojo asegurándose de que no le había abducido.

—Creo que sin ti, nunca habrá un Año de los Cráneos. Y sé perfectamente que aún sigues viva porque necesito algo de Narayan, que te quiere como un padre.

Singh era, de hecho, su padre, a efectos prácticos. A Matasanos, la cruel fortuna le había negado la oportunidad. O mejor dicho, se la había negado la voluntad de Kina.

—Cuídate, querida.

Me fui. Tenía mucho por leer, y también tenía que escribir algo, si podía. Mis días siempre estaban completos, y se confundían demasiado a menú-do. Me proponía

hacer cosas y luego las olvidaba. Les decía a otros que hicieran cosas, y eso también lo olvidaba. Estaba empezando a desear que llegase el momento en que nuestros éxitos (o fracasos suficientemente espectaculares) nos obligaran a marcharnos de la ciudad. Podría escabullirme a algún sitio donde nadie me conociese y holgazanear durante unos meses.

O durante el resto de mi vida, si quería.

No me resultaba difícil entender por qué cada año unos pocos más hermanos nuestros tiraban la toalla y se esfumaban. Yo solo esperaba que un poco de notoriedad los trajese de vuelta.

Estudí las páginas que Sahra me había traído, pero la traducción era difícil, el tema que se trataba era aburrido, y yo estaba cansado. No hacía más que perder la concentración. Pensé en el maestro Santaraksita. Pensé en volver al palacio, armado. Pensé en lo que haría Atrapa Almas ahora que sabía que no nos tenía presos en el Jardín de los Ladrones. Pensé en hacerme viejo y estar solo y tuve sospechas de que ese miedo pudiese tener algo que ver con la razón por la que algunos otros hermanos se habían quedado en la Compañía sin condiciones. No tenían otra familia.

Yo no tengo otra familia.

No miraré atrás. No soy débil. No voy a relajar mi autocontrol. Perseveraré. Triunfaré sobre mí mismo y conquistaré toda adversidad.

Me quedé dormido leyendo mis propias recopilaciones de lo que Murgén había contado sobre la aventura de la Compañía en la llanura reluciente. Soñé con las criaturas que había encontrado allí. ¿Eran las rakhasas y nagas de la mitología? ¿Tenían algo que ver con las sombras, o con los hombres que evidentemente las habían creado de desventurados prisioneros de guerra?

CAPÍTULO 28

—Tengo un mal presentimiento —le dije a Sahra cuando Tobo, ella y yo nos pusimos en camino—. ¿Estás segura de que ya no queda ninguna sombra en las calles?

—Deja de preocuparte, Dormilón, te estás convirtiendo en una vieja. Las calles son seguras. Los únicos monstruos que hay ahí fuera son humanos, y con esos nos las podemos apañar. En el palacio estarás a salvo si te metes en tu personaje, y Tobo también, mientras que recuerde que en realidad no es Shikhandini ni está desesperada porque su madre conserve su trabajo. Los hombres como Jaul Barundandi tienen en mente abusar de ti en tu cabeza, no físicamente. Aceptarán un «no» como respuesta y yo no perderé mi trabajo por ello. Hay otros que se están fijando en mi trabajo, especialmente la esposa de Barundandi. Ahora métete en tu personaje. Tobo, tú también. Tú particularmente. Sé que Dormilón puede hacer esto cuando se concentra en ello.

Tobo estaba vestido como una jovencita en ciernes, la hija de Minh Subredil, y yo esperaba que pudiéramos volver a meterlo dentro del almacén sin que Goblin y Un Ojo lo vieran, porque le tomarían el pelo sin piedad. Con la ayuda de un poco de audacia por parte de su madre, Tobo pasaba por una jovencita muy atractiva.

Jaul Barundandi pensaba lo mismo, también. Minh Subredil fue la primera trabajadora a la que llamaron y Barundandi nunca se molestó en emitir sus gruñidos habituales por llevar a Sawa como parte del paquete.

Sawa tuvo dificultades para mantener el semblante inexpresivo cuando encontramos a la esposa de Barundandi, Narita, esperando para escoger a unas cuantas mujeres que trabajasen para ella. Una mirada a Shiki fue suficiente. Estaba claro que la familia de Minh Subredil dependía directamente de su supervisión.

Minh Subredil había hecho un buen trabajo congraciándose con Narita por la buenísima razón de que Narita estaba a cargo de la limpieza de las partes del palacio que nos eran del más inmediato interés.

Sawa no había trabajado antes para Narita. Subredil le puso al corriente de Sawa, y ella pareció más paciente de lo que había sido las pocas veces que la había visto antes. Narita dijo:

—Entiendo. Hay muchísimas cosas sencillas que se necesitan hacer. La radisha ha pasado una noche particularmente inquieta. En estos días en que tiene problemas para dormir, rompe cosas y causa líos.

La mujer sonó incluso comprensiva. Pero el pueblo tagliano amaba a su familia de gobernantes y parecía sentir que merecían más espacio que el hombre de la calle. Quizá por la carga que llevaban a cuestas, siempre en el pasado, con máximo respeto por el Rhajadharma.

Subredil me colocó en un punto desde donde podía observarlo todo sin ser vista.

Ella y Narita me trajeron varios tesoros de latón que había que limpiar. La familia de gobernantes debía de ser una apasionada del latón, Sawa limpiaba toneladas de él. Pero se podía confiar en Sawa para que no dañase nada.

Shiki se acercó a mí y me preguntó:

—¿Me cuidarías la flauta, tía Sawa?

Yo cogí la flauta, la estudié brevemente, dibujé una sonrisa idiota y le di unos cuantos bocinazos. Era para que la gente supiese que era una flauta de verdad y no un pequeño lanzador de bolas de fuego capaz de hacer la vida breve a la par que dolorosa para la primera media docena de personas que se acercara demasiado a un flautista con mal genio.

La esposa de Barundandi preguntó a Shiki:

—¿Tocas la flauta?

—Sí, señora. Pero no demasiado bien.

—Yo tenía bastante buena mano con ella cuando era una niña... —Reparó en que su marido estaba fisgoneando por segunda vez esta mañana y empezó a sospechar que estuviese interesado en algo más que en los progresos de la jornada laboral—. Subredil, no creo que sea una buena idea que traigas a tu hija aquí.

Un momento después, gruñó:

—Vuelvo en un minuto. Tengo que hablar con ese hombre y aclararle unas cosas.

En cuanto Narita puso un pie fuera de la habitación, Minh Subredil se movió con una rapidez asombrosa y desapareció en la Cámara del Enfado de la radisha. Tenía que admirarla: su mente nunca parecía estar más despejada que en las situaciones de peligro. Sospeché que de hecho disfrutaba de su papel como trabajadora insignificante del palacio. Y cuanto más peligrosa fuera la situación, más efectiva parecía ella volverse.

A pesar estar hasta las cejas de trabajo y de las frecuentes escapadas de Narita para sabotear los intentos de su marido de arreglárselas para acercarse a Shikhandini o para trasladarla a otro grupo diferente de trabajo, a media tarde dejamos la suite personal de la radisha por las lúgubres cámaras donde se reunía el consejo secreto. Había rumores de que los discípulos bhodi estaban a punto de enviar a otro memo suicida a las puertas de la entrada, y la radisha quería prevenirlo de alguna manera.

Se suponía que nosotros debíamos preparar el lugar para una de las sesiones del consejo.

El rumor de los bhodi había tenido su origen en la mente de Ky Saha. Supuestamente, iba a ser el mecanismo que utilizaríamos para poner a Shikhandini cara a cara con Chandra Gokhale.

Dispusimos de casi dos horas antes de que aparecieran los funcionarios, aquellos hombrecillos silenciosos que lo anotaban todo. Después llegó el purohita, acompañado por los miembros eclesiásticos del consejo secreto. El purohita no se

dignó a reparar en nuestra existencia ni siquiera aunque Shiki lo confundiera con Gokhale y se pusiese a pestañear hasta que Subredil la detuvo. Pude oír la excusa que vino después: todos los viejos se parecen entre ellos.

Ni Arjuna Drupada ni Chandra Gokhale se consideraban viejos.

Continuamos con nuestro trabajo ignoradas por el resto. Las gentes del palacio, en particular el círculo interno, tenían mucha suerte de que nosotras quisiésemos hacer otras cosas con nuestras vidas. Si no nos hubiéramos preocupado por nuestra supervivencia, podríamos haber hecho una masacre con montones de ellos. Pero, en términos generales, deshacerse del purohita no significaría mucho. Los sacerdotes veteranos lo reemplazarían con otro viejo igual de desagradable y estrecho de mente antes de que el cadáver de Drupada pudiese enfriarse.

Chandra Gokhale entró en la habitación y sí que reparó en el servicio. Sahra debía de haber deducido lo que le gustaba al viejo pervertido, porque este se detuvo de repente y se quedó mirando a Shikhandini como si alguien le hubiese golpeado con una porra entre ceja y ceja. Shiki adoptó su papel a la perfección. Se comportó al mismo tiempo como una virgen tímida y como una coqueta, como si su puro corazón se hubiese enamorado locamente al instante. Por lo visto, Dios diseñaba a los hombres para que mordiesen ese cebo noventa y nueve veces de cada diez.

Barundandi llegó en el momento justo. Vino a sacarnos de la cámara de asambleas justo cuando la protectora descendió en picado como un águila oscura y enfadada. Gokhale observó nuestra salida con los ojos como platos. Antes de que completásemos nuestra salida, ya le estaba susurrando a uno de sus escribas.

Jaul Barundandi, por desgracia, tenía buen ojo para ciertas cosas.

—Minh Subredil, creo que tu hija ha hechizado al inspector general de los registros.

Subredil pareció sorprendida.

—¿Señor? No, eso no puede ser. No permitiré que mi hija caiga en la trampa que destruyó a mi madre y me condenó a mí a esta cruel vida.

Sawa se agarró del brazo de Subredil. En apariencia ese arrebato la había aterrorizado, pero en realidad apretó el brazo para advertir a Subredil que no dijera nada que Barundandi pudiera recordar en caso de que Chandra Gokhale desapareciese.

Quizá tuviésemos que considerar un cambio de planes. No queríamos que nadie tuviese ninguna razón para relacionar nada de lo que pasara fuera con ninguno de nosotros.

El arrebato de Subredil se desvaneció y ella pareció avergonzada y ansiosa por estar en cualquier otra parte.

—Shiki. Vamos.

Yo estaba preparada para patearle el culo a Shikhandini yo misma, estaba siendo

una puta total. Pero respondió a la orden de su madre.

Sawa se quitó de en medio y se sentó con las últimas piezas sucias de latón, esperando pasar desapercibida mientras que el consejo secreto estaba reunido, pero Jaul Barundandi estaba al tanto.

—Minh Subredil, trae a tu cuñada.

Trató de flirtear con Shikhandini, y como resultado recibió una mirada de asco.

Minh Subredil tiró de mí para irnos y después fue tras su hija.

—¿Qué crees que has estado haciendo ahí dentro?

—Solo me estaba divirtiendo, ese hombre ese un viejo pervertido que da asco.

Con suavidad, como si se supusiera que las palabras no debían llegar a oídos de Barundandi, Subredil dijo:

—No vuelvas a divertirte de esa manera jamás. Los hombres así harán lo que quieran contigo y no hay nada que nadie pueda hacer sobre eso.

La advertencia no era totalmente fingida. Lo último que necesitábamos era que una de las grandezas arrastrase a Shikhandini a un rincón oscuro para meterle mano.

Se suponía que eso no debía pasar. En teoría, era impensable, y para la gente corriente, mayormente era verdad, pero no a un nivel en el que los hombres empezasen a creer que existían por encima de las reglas comunes al resto de los mortales.

—¡Narita! —llamó Barundandi—. ¿Dónde te has metido? Esta maldita mujer... Se ha vuelto a escabullir a la cocina. O estará en cualquier otro sitio echando una cabezadita.

Escuché a la radisha detrás de nosotras, en la cámara de asambleas, pero no pude captar las palabras concretas. Una voz llena de enfado respondió. Esa tenía que ser Atrapa Almas. Yo quería estar en algún otro lugar, un poco más lejos de todo eso. Me puse en marcha.

Sawa, por supuesto, hacía cosas que los otros no siempre comprendían. Subredil me agarró fuerte y empezó a preocuparse. Barundandi le dijo:

—Lleva a estas a la cocina y comed algo. Si Narita está allí, dile que quiero verla.

En cuanto se fue y no pudo vernos, yo anuncié:

—Sawa va a ponerse a deambular por ahí.

Sawa no estaba del todo satisfecha con las páginas que Subredil no dejaba de llevarle a Dormilón. Subredil no podía leerlas, trabajaba a toda prisa y parecía incapaz de recopilar nada interesante.

Esperaba recordar el camino. Incluso cuando llevas la pulsera de hilo, el palacio es un lugar confuso, y yo no lo había recorrido desde los días en que el capitán era el Liberador y un gran héroe del pueblo tagliano. E incluso entonces yo solamente había sido un visitante ocasional.

En cuanto empecé a sentirme inseguro, saqué un trozo de tiza y empecé a dejar

marcas minúsculas en el alfabeto sangel. Me las había arreglado para aprender un poco de esa lengua durante nuestros años en el lejano sur, pero había sido muy duro. Esperaba que quien descubriese las marcas no reconociese su significado.

Conseguí encontrar la habitación donde estaban escondidos los libros antiguos. El polvo se agitaba por todas partes, lo cual levantaría sospechas en sí mismo si se descubriese. Traté de tirar del libro que parecía el más antiguo de todos. Jolines, sí que era pesado ese cacharro. Una vez pude abrirlo, me encontré con que las páginas tenían una testarudez increíble en cuanto a romperse. No eran papel en absoluto, lo que nunca ha sido demasiado común. Solo podía romper una de cada vez, lo cual quizás explicaba por qué Subredil solo cogía las que se desprendieran más fácilmente. Era imposible que tuviese tiempo para ponerse a escoger.

Me preocupé por haberme ausentado durante demasiado tiempo, convencido de que Barundandi o su esposa debían de haberse dado cuenta de que yo no estaba. Esperé que no se les hubiera ocurrido preguntarse por qué Subredil no estaba montando una escena por haberme perdido el rastro.

En cualquier caso, continué arrancando páginas hasta que tuve todas las que pensaba que podíamos llevarnos los tres.

Lo escondí todo en una habitación sin usar que no estaba lejos de la puerta del servicio, sin saber con certeza cómo íbamos a recuperarlo cuando nos fuéramos, y después volví a introducirme en Sawa casi hasta el punto de la confusión total.

Me encontraron sucio y con rastros de lágrimas, aún intentando buscar el camino de vuelta a la cámara de asambleas (los que me encontraron fueron otros trabajadores ocasionales). En un instante me reunieron con Subredil y Shikhandini. Me aferré a mi cuñada como una astilla desesperada por despojarse del abrazo de una inundación desbocada.

Jaul Barundandi no estaba demasiado contento.

—Minh Subredil, acepté que esta mujer trabajase aquí por ti, por amabilidad y caridad. Pero las faltas de este tipo son inaceptables. No se ha adelantado nada de trabajo mientras la estábamos buscando... —Su voz se apagó. La radisha y la protectora venían hacia nosotros, siguiendo una ruta de lo más inusual. Este era terreno clandestino, lo que no quería decir nada en absoluto para Atrapa Almas, por supuesto. Esa mujer no tenía sentido de la clase o de la casta. Para ella estaba la protectora, y por debajo estaba el resto del mundo.

Sawa se limitó a encogerse y ponerse en cuclillas con el rostro apoyado en las rodillas. Subredil y Shikhandini, y también jaul Barundandi, intentaron quitarse de en medio, pero al mismo tiempo se quedaron embobados. Shiki no había visto a ninguna de las dos mujeres anteriormente.

Sawa cruzó los dedos disimuladamente sobre sus rodillas. Subredil susurraba oraciones a su Ghanghesha. Jaul Barundandi temblaba de pavor. Shikhandini las

miraba fijamente, con la incapacidad adolescente para sentir miedo de verdad.

La radisha no nos prestó atención, sino que pasó de largo con sus fuertes pisadas mientras hablaba de destripar a los discípulos bhodi. Su voz no contenía casi ninguna convicción emocional. La protectora, sin embargo, aminoró el paso y nos examinó a todos con intención. Por un momento me vi casi superada por el terror de que realmente pudiese leer las mentes de los otros. Después ella siguió su camino y Jaul Barundandi fue corriendo tras ella, olvidándose de nosotros y de Narita porque la radisha gritó alguna orden en su dirección.

Sawa se incorporó y gimoteó:

—Quiero irme a casa.

Subredil estuvo de acuerdo en que ya había sido suficiente por un día.

Ni los grises ni los guardias reales buscaban a nadie, lo cual nos vino bien. Yo llevaba tantos papeles en mis escasas ropas que solo pude fingir andar normalmente a lo largo de unas cuantas decenas de metros.

CAPÍTULO 29

Terminé con mi parte de la reunión nocturna rápidamente y corrí a mi pequeño rincón para poder comparar mis recién adquiridas páginas con las del libro que había robado de la biblioteca, el que creía que era una copia exacta, si no el original auténtico, del primer volumen real de los Anales de la Compañía Negra. Estaba tan alegre que estoy seguro de que Un Ojo debe de habérselo pasado en grande hablando de mi a mis espaldas.

No se me ocurrió quedarme rondando para ver en qué había resultado la tentación que le habíamos puesto enfrente a Chandra Gokhale.

La historia que me contaron después fue la siguiente: Gokhale ordenó a uno de sus hombres que siguiera a Shiki a casa. Cuando ese hombre no regresó con noticias tras un período razonable de tiempo (debido a que se encontró con Runmust y Iqbal Singh en algún sitio en el que no debería haber estado y terminó nadando de vuelta río abajo), Gokhale se dirigió a la casa de placer especializada en servirle a él, a sus socios, y a aquellos que compartían sus selectos pero extraños gustos en materia de placer. Camina Ríos y algunos hermanos más le recogieron cuando salió del palacio. Iba acompañado de dos personas que se arrepentirían de sus deseos de congraciarse con el inspector general uniéndose a él en una noche de indulgencia.

Murgen también había seguido los acontecimientos de cerca. Sabiendo que lo iba a hacer, yo me sentí más cómodo acurrucándome entre mis nuevas adquisiciones.

Me llevó más de una hora llegar a la conclusión de que lo que me había traído hoy era en realidad una versión posterior del primer Anal de todos, y casi otra hora más darme cuenta de que no sería capaz de desentrañar los secretos del libro sin ayuda especializada o mucho más tiempo del que disponía.

Por lo visto, Chandra Gokhale murió en esa casa de placer, al igual que sus dos acompañantes. Hubo testigos, personas que lo vieron estrangulado. Después, alguien se dejó un pañuelo rojo por las prisas de los asesinos para huir de allí.

Los grises llegaron al lugar casi al instante. Introdujeron los cadáveres en un carro diciendo que la protectora quería que Gokhale volviese al palacio inmediatamente. Pero los grises dejaron de ser grises momentos después de marcharse de la casa de placer. Su camino les llevó al río, en lugar de al palacio, y los cuerpos adicionales desaparecieron en la corriente.

Un cuervo blanco que dormitaba sobre un tejado se despertó cuando se pusieron en camino colina abajo. Se estiró y se dispuso a seguirlos.

CAPÍTULO 30

Murgen estaba allí cuando Atrapa Almas recibió las noticias. La información llegó al palacio en un tiempo récord y fue mucho más exhaustiva de lo habitual. Los grises trabajaban duro para complacer a su señora.

El grupo que traía a Gokhale al almacén aún no había llegado.

A Murgen se le había pedido, mientras estaba allí, que echase un vistazo por los alrededores de las estancias de la protectora. No sabíamos nada sobre ellas. Nadie entró nunca en su suite. No desde que Sauce Swan había obtenido su recompensa.

Tendríamos que interrogar a Murgen sobre cómo vivía ella en privado.

De todos modos, Atrapa Almas no se refugió en la suite, sino que salió a buscar a la radisha inmediatamente.

La radisha sabía que algo le había pasado a Gokhale, pero no tenía ninguna información detallada. Las dos mujeres se acomodaron en la cámara de recepción de la austera suite de la radisha. Atrapa Almas le dijo lo que sabía, y para ello utilizó una voz muy formal. En ocasiones se decía que la protectora alcanzaba sus máximos límites de peligrosidad e inestabilidad cuando dejaba de ser caprichosa y parecía totalmente calmada y seria.

—Parece que el inspector general compartía algunas costumbres con Perhule Khoji. De hecho, ahora estoy totalmente segura de que su debilidad particular era común entre los veteranos de su ministerio.

—Había rumores sobre ello.

—¿Y tú no hiciste nada al respecto?

—Los divertimientos privados de Chandra Gokhale, por muy detestables que yo los encontrase personalmente, no impedían que desempeñase perfectamente su cargo de inspector general de los registros. Era particularmente experto en generar beneficios.

—Desde luego que sí. —Los modales formales de Atrapa Almas flaquearon momentáneamente. Murgen informaría de lo mucho que le divertía pensar que ella pudiera tener opiniones morales realmente—. Le atacaron del mismo modo en que atacaron a Khoji.

—¿Estás sugiriendo que alguien podría tener rencor contra el ministerio como conjunto? ¿O que los Impostores escogen a hombres de su particular debilidad como objetivos ceremoniales?

—No fueron los Impostores quienes mataron a Gokhale. De eso estoy segura. Esto lo han hecho los que atrajeron a Swan para después matarlo, si es que lo han matado.

—¿«Si es que»? —La radisha estaba estupefacta por lo que eso implicaba.

—No hemos visto su cadáver, y ten en cuenta que en esta ocasión tampoco

tenemos el cuerpo. Allí había hombres vestidos como los nuestros para deshacerse del cuerpo. Hemos perdido a dos hombres del consejo secreto en menos de una semana, y eran los más importantes en la organización. Hacían funcionar los engranajes. Si el gran general estuviese por aquí cerca, predeciría que sería su próximo objetivo. Esa pandilla de sacerdotes no significa nada: no hacen nada, no tienen nada bajo su control. Mi hermana probó que si les matan pueden reemplazarse por otros inútiles en cuestión de segundos. Nadie puede reemplazar a Swan o a Gokhale. Los grises ya están empezando a aclarar el misterio.

Murgen tomó nota mental de no mencionar que Sauce Swan podría haber sido menos guiñapo de lo que hizo creer al mundo.

—¿Por qué no iban a poder ser los Estranguladores? —preguntó la radisha.

—Porque esa gente le cortó la cabeza a la serpiente del otro día. —Describió los acontecimientos en el Jardín de los Ladrones. Obviamente, no se había molestado en compartir las noticias antes. Estaba claro que la protectora consideraba a la princesa un socio necesario pero subalterno en su empresa—. En cuestión de días, esta gente, de quien pensábamos que estaban arruinados para siempre, han cortado la cabeza a un enemigo y han lisiado al otro gravemente. Detrás de todo esto hay una mente peligrosa.

De peligrosa, nada. No llegaba ni a eso. Pero una mente suficientemente paranoica discierne patrones y amenazas donde solo es la fortuna la que ha conspirado. Atrapa Almas estaba siempre alerta para encontrar males tan grandes como los suyos.

—Sabíamos que no podrían permanecer en la oscuridad para siempre —dijo la radisha, y se corrigió a toda prisa—. Bueno, yo lo sabía. El capitán me lo recordaba demasiado a menudo. —No parecía necesitar sacar a colación el pasado y su creencia en los errores que había cometido. Ese demonio había sido enterrado en las profundidades, a cientos de kilómetros de distancia. En esa habitación la acompañaba un peligro mucho más inmediato.

La protectora era un error que no tenía esperanzas de vivir lo suficiente para poder subsanar. Ciega a las consecuencias en aquel momento, había escogido montar al tigre. Ahora su única elección era agarrarse bien el resto de sus días.

Atrapa Almas dijo:

—Tenemos que llamar al gran general. Si podemos introducir sus tropas en la ciudad antes de que nuestros enemigos lleven a cabo su siguiente movimiento, tendremos el personal necesario para perseguirlos hasta el final. Deberías enviar a los otros inmediatamente. Y una vez que el mensajero se haya ido y esté a salvo, deberíamos anunciar que el gran general regresa. Su desprecio especial por Mogaba debería motivar que retrasen sus otros planes hasta que puedan atraparlo a él también.

—¿Crees que sabes lo que harán?

—Sé lo que yo haría si fuese presa de la misma ambición repentina y ardiente que parece haberse adueñado de ellos. Me pregunto si no ha habido algún tipo de golpe de Estado, o algo así.

Exasperada, la radisha preguntó:

—¿Qué será lo próximo que hagan?

—De momento, eso me lo reservaré para mí. No es que no confíe en ti. —Atrapa Almas probablemente tenía sospechas constantes de ella misma—. Solo quiero asegurarme de que he identificado un patrón lo suficiente como para empezar a inmiscuirme en los mecanismos de esta nueva mente. Para eso tengo bastante talento, ¿sabes?

La radisha lo sabía, por desgracia para ella. No dijo nada. Atrapa Almas, por su parte, se sentó en silencio, como esperando a que la princesa hablara. Pero la radisha no tenía nada que decir.

La protectora reflexionó:

—Me pregunto quién podría ser. Conozco a los hechiceros desde hace tiempo. Ninguno de ellos tiene la ambición, ni la imaginación, ni el impulso, aunque ambos tienen la resistencia.

La radisha emitió un sonido chirriante.

—¿Los hechiceros?

—Los dos hombrecillos, los que son como el día y la noche. Aparte de afortunados, no son mucho más.

—¿Ellos han sobrevivido?

—He dicho que son afortunados. ¿Recuerdas a alguien que fuese a la llanura que tuviese aspecto de líder potencial? Yo no.

—Creía que todos esos estaban muertos.

—Como lo creía yo, en la mayoría de los casos. Nuestro capitán general afirma haber visto en persona casi todos sus cuerpos, pero el gran general los identificó suponiendo que a los dos hechiceros los habían asesinado primero. *Hmm*. Entonces empecé a sospechar de él. Quizá su único delito es que es bobo. ¿Se te ocurre alguien a ti?

—De la Compañía que yo conocía, no. Pero había un nyueng bao que tenía algo que ver con la esposa del portaestandarte. Una especie de sacerdote. Parecía estar totalmente obsesionado con armas y artes marciales. Me encontré con él solo unas pocas veces, y nunca se han dado cuentas de él en ningún informe.

—¿Un maestro del Camino de la Espada? Eso explicaría muchas cosas, pero yo los maté a todos cuando... ¿Te has dado cuenta de cómo la gente parece volver a resucitar cuando solo hay razones para creerlos muertos?

Una sonrisa auténtica intentó hacerse un sitio en la boca de la radisha. La mujer que hablaba podía ser considerada la madre de todos aquellos cuyas muertes se

habían celebrado prematuramente.

—Hay brujería de por medio. Nada debería sorprendernos demasiado.

—Tienes razón. Tienes toda la razón, y esa puede ser una espada de doble filo. —Atrapa Almas se incorporó para marcharse. Su voz cambió, se volvió cruel—. O de más de dos filos. Un maestro del Camino de la Espada. Llevo mucho tiempo sin visitar a esa gente. Quizá puedan contarme algo útil. —Salió de la habitación.

La radisha permaneció inmóvil durante unos minutos, claramente preocupada. Después se levantó y fue a su Cámara del Enfado para establecerse allí. El espía invisible siguió a la protectora y descubrió que se había dirigido directamente a las murallas para recoger su pequeña alfombra de un solo pasajero mientras discutía consigo misma con una docena de voces quejumbrosas.

Apenas escuchó lo que decía. Estaba demasiado sorprendido y estupefacto.

Allí arriba había un cuervo blanco. Estaba de cara a la protectora, que seguía sin reparar en la presencia de Murgén a pesar de que, históricamente, ella había sido más sensible a él que a ninguno de los vivos, excepto su hermana. Sin embargo, el pájaro no tenía ningún problema para verle. Lo examinó primero con un ojo, y luego con el otro. Después pestañeó deliberadamente y se lanzó a la noche cuando la colonia de grajos de la protectora alzó el vuelo para acompañarla en sus viajes.

¡Pero el cuervo blanco soy yo!

La desorientación fue breve, pero tan espeluznante como lo había sido años atrás, cuando Murgén andaba a tropezones por ahí fuera de su cuerpo por primera vez.

CAPÍTULO 31

—Más vale que traigas a tío Doj antes de que sigamos adelante con esto, Tobo —dije yo. Via Kendo Cutter y Runmust—. ¿Por fin estáis de vuelta? ¿Cómo ha ido?

—Perfectamente. Justo como lo planeaste.

—¿Tenéis mi regalo? —preguntó Sahra.

—Lo están arrastrando aquí ahora mismo. Aún está inconsciente.

—Dejadle aquí mismo donde pueda charlar con él cuando se despierte. —Sahra tenía un brillo travieso en sus ojos.

—Atrapa Almas piensa que estamos siguiendo una especie de plan maestro magnífico y cuidadosamente orquestado que ha sido diseñado exquisitamente por un gran cerebritito estratégico. Si supiese que solo estamos avanzando a trompicones en la oscuridad con la esperanza de seguir con suerte hasta que podamos abrir el camino a los Tomados... —comenté yo, alegre.

—¿Me estás diciendo que vosotros, los cerebritos, no tenéis preparado el siguiente paso, Jovencita? —gritó Un Ojo.

—Tenemos varios. —Los tenía yo—. Y estoy seguro de que el próximo ni siquiera entrará dentro de los límites de la posibilidad para Atrapa Almas. Voy a traer a cenar al maestro Santaraksita y darle una oportunidad de apuntarse a la aventura de su vida.

—¡Je, je! Lo sabía.

Tío Doj se unió a nosotros. Estaba realmente molesto por la manera en que se le había tratado últimamente.

Yo le dije:

—Uno de nuestros amigos acaba de informarnos de una conversación entre Mil Voces y la radisha. El proceso de razonamiento que siguieron sobrepasa mi imaginación, pero Mil Voces ha decidido que todos sus problemas actuales son culpa de un Maestro del Camino de la Espada que no debería haber sido asesinado mucho tiempo atrás. La última vez que la vimos iba a visitar a las gentes del templo Vinh Gao Ghang y preguntarles por el hombre. Puede que ese templo te suene de algo.

Doj se quedó blanco. La mano que empuñaba su espada tembló por un instante, y el párpado de su ojo derecho se movió nerviosamente. Se giró hacia Sahra.

Sahra le dijo:

—Es cierto. ¿Qué puede averiguar ella allí?

—Habla la lengua del pueblo.

—No.

El Maestro del Camino de la Espada aceptó lo que no podía controlar, aunque si quisiéramos ser totalmente fieles a la realidad, tendríamos que decir que no le hacía mucha gracia.

—Aún tienes un libro que nosotros queremos, y creo que podrías contarnos muchas cosas que podrían sernos útiles —dijo yo.

Era un viejo testarudo. Estaba decidido a no permitir que le precipitase a nada.

—Mil Voces ha mandado buscar a Mogaba —dijo yo de nuevo—. Su intención es que el ejército venga a desenterrarnos. Si pudiera, me gustaría salir de Taglios antes de que empiece, pero tenemos mucho que hacer y que averiguar antes de poder irnos. Tu ayuda sería inestimable. Como te recuerdo constantemente, tú también tienes a gente bajo esa llanura... ¿Eh?

—¿Qué? ¿Dormilón? —dijo Sahra—. ¡Goblin! ¡Mira a ver qué le pasa!

—No me pasa nada. Estoy bien. Acabo de tener lo que se llama una revelación, creo. Escucha. Todas las pruebas indican que Atrapa Almas cree que los Tomados están muertos, lo que podría significar que cree que Sombra Larga está muerto. Nosotros sabemos que no lo está, y esta es la razón por la que ahora mismo no estamos preocupados. Pero si ella no lo sabe, ¿por qué no le sorprende que las sombras no hayan invadido el mundo?

Me gané un montón de miradas desconcertadas, incluso por parte de los hechiceros.

—Mirad, lo que esto significa es que, después de todo, no importa si Sombra Larga está vivo o muerto, mientras permanezca dentro de la Puerta de las Sombras. No hay una espada del Juicio Final que pende sobre el mundo, preparada para desplomarse cuando graznen los dementes. Sobrevivirá alguien más aparte de los hechiceros más sabios.

Entonces, los hechiceros menos sabios cayeron en la cuenta y se les iluminó el rostro dramáticamente. Tampoco es que a ninguno de ellos le hubiese importado nunca demasiado lo que pasaría con el mundo una vez lo hubiesen dejado.

Qué hacer con el maestro de las Sombras nunca había sido un asunto significativo para nosotros porque siempre hubo obstáculos más inmediatos que superar antes de que él pudiera convertirse en la preocupación principal.

—Si no podemos abrir el camino, no tiene sentido que nos preocupemos por cómo mantenerlo cerrado para los que no están de nuestro lado —dijo Sahra.

—Me preguntó cómo lo hicieron los Maestros de las Sombras, ¿con fuerza bruta? La Compañía Negra estaba aún en el lejano norte, y la Lanza de la Pasión la tenían allí arriba con ellos.

Me quedé mirando a tío Doj. Los otros también lo hicieron. Me pregunté en voz alta:

—¿Podría ser que la gran vergüenza de los nyueng bao no es tan antigua como yo creía? ¿Podría ser que solo se remonta a un par de generaciones, a la época en que aparecieron los Maestros de las Sombras y se manifestaron prácticamente de la noche a la mañana?

Tío Doj cerró los ojos y los mantuvo así durante un tiempo. Cuando el viejo sacerdote volvió a abrirlos, me miró.

—Ven a dar un paseo conmigo, Soldado de Piedra.

Chandra Gokhale, inspector general de los registros y defensor de jovencitas, escogió ese mismo momento para soltar un gemido. Yo le dije a Doj:

—Permíteme unos minutos, tío. Tengo un invitado al que entretener. Prometo que no me llevará demasiado tiempo.

Goblin se arrodilló junto al ministro, le dio unas suaves palmaditas en la cara, y le ayudó a sentarse. El inspector general se hinchó de bravuconería y, cuando abrió la boca, yo me incliné para susurrarle:

—El agua duerme.

La cabeza de Gokhale dio un giro brusco. En un instante, recordó dónde me había visto antes. Goblin le dijo:

—Todos sus días están contados, amigo. Y parece que algunos de vosotros tienen menos días que otros.

Gokhale también le reconoció a él, a pesar de que se le suponía muerto. Cuando recordó dónde había visto antes a Sahra, se puso a temblar.

Ella le preguntó:

—¿Recordarías haber maltratado a Minh Subredil en varias ocasiones? Subredil desde luego que sí lo recuerda. Creo que lo que vamos a hacer para desquitarnos es devolvértelo multiplicado por cinco. Dentro de un momento, los hermanos te introducirán en una jaula de tigre, pero aparte de eso te trataremos bien. Y quizá dentro de unos pocos días traigamos al purohita para hacerte compañía. —Soltó una risa tan malévola que me dio un escalofrío—. Para el resto de sus días, llamando al cielo y la tierra, al día y la noche, como hermanos, Chandra Gokhale y Arjuna Drupada.

Una parte de esa frase era una fórmula nyueng bao que yo no entendía, pero capté el significado. Y Gokhale también. Iba a estar encerrado en una jaula durante el resto de sus días con el hombre al que más detestaba.

Sahra volvió a reírse entre dientes.

Me ponía nervioso cuando hacía eso.

CAPÍTULO 32

Observé de cerca al viejo sacerdote al cruzar la red de encantamientos que rodeaba el almacén. No tenía ningún amuleto de hilo. Su cabeza se movía con tics nerviosos y se sacudía. Sus pies querían cambiar de dirección, pero su voluntad se abría camino entre las ilusiones. Probablemente era resultado de su formación en el Camino de la Espada. No obstante, recordé que Dama había insistido en que era un hechicero de segunda.

—¿A dónde vamos, tío? ¿Y por qué vamos allí?

—Vamos a donde ningún nyueng bao pueda escuchar lo que te voy a decir. Los nyueng bao viejos me tacharían de traidor, y los jóvenes de bobo mentiroso. O algo peor.

¿Y yo? En general solía apoyar el segundo punto de vista siempre que le oía predicar sobre su camino hacia la paz interior mediante la obsesiva y continua preparación para el combate. Su filosofía solo había atraído a muy pocos de los empleados de Banh Do Trang, que eran todos nyueng bao y demasiado jóvenes para haber presenciado guerras de verdad. Yo entendía que el Camino de la Espada no era militarista, pero había otros que tenían ciertos problemas para reparar en ese hecho.

—Quieres mantener tu imagen de viejo estirado al que no pillarían ayudando a una jengali subhumana a caerse y partirle el cráneo.

Estaba demasiado oscuro para poder asegurarlo, pero me pareció que sonreía.

—Esa es una forma extrema de describirlo, pero se aproxima a los hechos.

Su tagliano, que nunca había sido malo, mejoraba ahora que no tenía más público.

—¿Estás pasando por alto que cada pedacito de oscuridad de aquí podría albergar murciélagos, cuervos o ratas, o incluso una de las sombras de la protectora?

—No tengo nada que temer de esos seres. Mil Voces ya sabe todo lo que voy a contarte.

Sí, pero igual no quiere que yo lo sepa.

Caminamos en silencio durante un rato.

Taglios no deja de sorprenderme. Doj tomó un atajo que cruzaba un barrio adinerado, donde familias enteras se parapetaban en propiedades rodeadas por muros vigilados por guardas. Sus benjamines estaban fuera, en la carretera Salara, que creció hace años para proporcionarles sus entretenimientos. La razón afirmaba que los mendigos abundaban donde se concentraba la riqueza, pero este no era el caso. A los más pobres no se les permitía ofender a la vista de los poderosos con su presencia.

Allí, como en todas partes, los olores asediaban las fosas nasales; pero los perfumes de allí eran sándalo, clavo y perfumes.

Después, Doj me condujo a las calles oscuras y llenas de gente de un distrito donde había un templo. Nos hicimos a un lado para dejar que pasase un grupo de

acólitos gunni. Los muchachos estaban abusando de la gente que vivía en las calles, y yo pensé que quizá nosotros también tendríamos problemas con ellos, lo que habría acabado con mucho dolor por su parte, pero un parón en su mal comportamiento les ahorró estas consecuencias. El parón llegó en forma de tres grises.

Los shadar no desprecian el sistema de castas totalmente, sino que sostienen la noción de que la casta más alta debe incluir no solo a sacerdotes y hombres cualificados para convertirse en sacerdotes por nacimiento, sino también, desde luego, a cualquier hombre con fe shadar. Y esa fe, que es un retoño bastardo extremadamente herético e infectado por los gunni de mi propia una única fe, contiene una variedad bastante fuerte de caridad hacia los débiles y los desafortunados.

Los grises hicieron uso metódico de sus varas de bambú e invitaron a los jóvenes a que transmitiesen cualquier queja a la protectora. Los acólitos eran más inteligentes de lo que parecían: se fueron de allí echando leches antes de que los grises utilizaran sus silbatos para invitar a todos sus amigos a la sesión de azotes.

Todo era parte de la noche en la ciudad. Doj y yo seguimos con nuestro camino.

Después de un rato me condujo a un sitio llamado el parque de los Ciervos, un espacio de selva cerca del centro. Había sido creado por un déspota de hacía siglos.

—De verdad que no necesito hacer todo este ejercicio —le dije a Doj. Me preguntaba si tenía algún tipo de plan memo para asesinarme y dejar el cuerpo bajo los árboles. ¿Pero qué sentido tendría eso?

Doj era Doj, y con él nunca se sabía.

—Aquí me siento más cómodo —dijo él—. Pero nunca me quedo demasiado tiempo. Hay una compañía de guardabosques que se encarga de echar a los ocupantes ilegales, que para ellos son las personas no taglianas y las pertenecientes a las castas altas. Qué bien, este leño se ha amoldado a mis posaderas.

El leño en cuestión me hizo tropezar. Me puse en pie de nuevo y dije:

—Te escucho.

—Siéntate. Esto llevará un rato.

—Prescinde de los orígenes. —Este era un coloquialismo jaicuri vedhna que tenía que ver con las dificultades para memorizar las escrituras, lo cual se tenía que hacer cuando se era niño. Lo que quería decir era:

—No te molestes en contarme de quién fue culpa y por qué son tan condenadamente viles por ello. Solo cuéntame lo que pasó.

—Pedirle a un cuentacuentos que prescinda de los adornos es como pedirle a un pez que deje el agua.

—Es que mañana tengo que ir a trabajar.

—Como quieras. ¿Estás al tanto de que las Compañías Libres de Khatovar y las bandas errantes de Estranguladores que asesinan por la gloria de Kina comparten

ascendencia? ¿O no?

—En nuestros Anales más recientes hay indicios suficientes como para permitirnos esa interpretación —admití. Parecía que lo más adecuado era ir con cautela.

—Mi lugar entre los nyueng bao correspondería, a grandes rasgos, al tuyo como analista de la Compañía Negra. También incluye el papel de sacerdote en la banda de Estranguladores, y su obligación secundaria entre estos últimos es conservar una sólida historia oral del grupo. A lo largo de los siglos, los toog han perdido respeto por su educación.

Mis propios estudios indicaban que en mi Compañía, durante esos mismos siglos, había tenido lugar una gran evolución, probablemente mucha más que la que se habría producido en el caso de las bandas de Impostores. Ellos habían permanecido dentro de una cultura que no había cambiado mucho, mientras que la Compañía Negra no paró de moverse por tierras más y más extrañas, y de reemplazar a viejos soldados por jóvenes extranjeros que no tenían ninguna conexión con el pasado y ni siquiera tenían ni idea de que Khatovar hubiese existido.

Doj pareció hacerse eco de mis pensamientos:

—Las bandas de Estranguladores son vagas imitaciones de las Compañías Libres originales. La Compañía Negra conserva el nombre y algunos de los recuerdos, pero filosóficamente, tú estás mucho más lejos de los originales de lo que lo están los Impostores. Tu banda no conoce sus verdaderos antecedentes y se ha mantenido así a voluntad propia, principalmente mediante las manipulaciones de la diosa Kina, pero también, y en menor medida, por otros que no querían que tu Compañía se convirtiese en lo que había sido en otros tiempos.

Esperé. No ofreció ninguna explicación. Doj era difícil, en ese sentido.

Lo que sí hizo fue algo que, supongo, le fue mucho más difícil: me contó la verdad sobre su propio pueblo.

—Los nyueng bao son los descendientes de sangre más pura de los integrantes de una de las Compañías Libres. Una que optó por no volver.

—Pero se supone que la Compañía Negra es la única que no volvió. Los Anales dicen...

—Los Anales solo te dicen lo que sabían los que los escribieron. Mis ancestros llegaron aquí después de que la Compañía Negra terminase de arrasar la tierra y avanzase hacia el norte, habiendo perdido ya de vista su misión divina. Habiendo desertado a su manera, por desconocer qué misión suponía que era esa. Pero después ya tenía cinco generaciones y no había hecho ningún esfuerzo para conservar la pureza de su sangre. Tan solo había luchado en la guerra, que es lo primero que recuerdan tus analistas, y estaba casi totalmente destruida. Ese parece ser el destino de la Compañía Negra: verse reducida a un puñado de miembros, y después

reconstituirse. Una y otra vez, perdiendo con cada una algo de su esencia anterior.

—¿Y el destino de tu Compañía? —Me di cuenta de que no había mencionado el nombre de esta. En realidad no importaba, ningún nombre significaría nada para mí.

—Su destino, por su parte, es hundirse más y más en la ignorancia. Yo conozco la verdad. Conozco los secretos y las maneras a la antigua, pero soy el último. A diferencia de otras Compañías, nosotros trajimos a nuestra familia con nosotros. Fuimos un experimento tardío. Teníamos demasiado que perder y abandonamos, y fuimos a escondernos en los pantanos. Pero hemos mantenido nuestro linaje puro. O casi.

—¿Y los peregrinajes? ¿Los ancianos que fallecieron en Jaicur? ¿Hong Tray? ¿Y el gran secreto, terrible y oscuro de los nyueng bao por el que Sahra tanto se preocupa?

—Los nyueng bao tienen muchos secretos oscuros. Todas las Compañías Libres los tienen. Éramos instrumentos de la oscuridad, los Soldados de la Oscuridad. Los Guerreros de Hueso que se encargaban de abrirle el camino a Kina. Guerreros de Piedra que guerreaban por el honor de ser recordados toda la eternidad con nuestros nombres escritos en letras doradas sobre piedra reluciente. Fracasamos porque nuestros ancestros fueron imperfectos en su devoción. En toda compañía había algunos que eran demasiado débiles para provocar la llegada del Año de los Cráneos.

—¿Los ancianos?

—¿Ky Dam y Hong Tray? Ky Dam fue el último capitán nyueng bao electo. No hubo nadie que tomase su lugar. Hong Tray fue una bruja con la maldición de prever el futuro. Fue el último sacerdote verdadero. Sacerdotisa.

—¿La maldición de prever el futuro?

—Nunca previo nada bueno.

Me dio la sensación de que no quería hablar de ese tema. Recordé que la profecía final de Hong Tray implicaba a Murgén y Sahra, lo que desde luego era una ofensa para todos los nyueng bao juiciosos, y probablemente no se había hecho realidad por completo.

—¿El gran pecado de los nyueng bao?

—Sahra te ha transmitido esa idea, por supuesto. Y ella, como todos los nacidos tras la venida de los Maestros de las Sombras, cree que «el pecado» es lo que causó que los nyueng bao huyeran a los pantanos. Se equivoca en su creencia. Esa huida no tenía que ver con ningún pecado, sino con la supervivencia. El pecado negro real ocurrió durante mi propia vida. —Su voz se tensó. Esto le provocaba sentimientos muy fuertes.

Esperé.

—Cuando vino el extranjero, yo era un niño que daba sus primeros pasos en el Camino de la Espada. Él era un hombre agradable de mediana edad. Su nombre era

Ashutosh Yaksha. En la forma más antigua de la lengua, Ashutosh significaba algo como «desprecio a los malvados». Yaksha significaba prácticamente lo mismo que significa hoy en tagliano. —Es decir, «buen espíritu»—. La gente estaba dispuesta a creer que era un ser sobrenatural porque tenía la piel blanca. Una piel muy pálida, blanca, más clara que la de Goblin o Sauce Swan, a quien a veces le da un poco la luz del sol. Pero no era albino, sus ojos eran normales. Su pelo no era tan rubio con el de Swan. En resumen: era una criatura mágica para la mayoría de los nyueng bao. Hablaba la lengua de forma extraña, pero la hablaba. Decía que quería estudiar en el templo de Vinh Gao, cuya fama había llegado hasta él en algún lugar lejano.

»Cuando se le presionaba para que hablase de sus orígenes, insistía en que era de “la Tierra de las Sombras Desconocidas, bajo las estrellas de la Soga”.

—¿Afirmaba que venía de la piedra reluciente?

—No exactamente. Eso nunca estuvo claro, si venía de allí o de más allá. Nadie le presionó tanto, ni siquiera Ky Dam o Hong Tray, aunque les molestaba. Muy pronto averiguamos que Ashutosh era un poderoso hechicero, y en aquellos días muchos de los ancianos aún conocían los orígenes de los nyueng bao. Se temía que le hubiesen enviado para convocarnos, pero eso resultó ser incierto. Durante mucho tiempo, Ashutosh no parecía ser otra cosa que lo que afirmaba ser: un estudiante que quería absorber todo lo que la sabiduría había acumulado en el templo de Ghanghesha, que llevaba siendo un lugar sagrado desde que los nyueng bao entraron en el pantano por primera vez.

—Pero hay un «pero», ¿no? ¿El hombre era un villano, después de todo?

—Y tanto que lo era. De hecho, Ashutosh era el hombre que tú conociste más tarde como Hilador de Sombras. Estaba allí para encontrar nuestra Llave, enviado por su profesor y mentor, a quien tú llegaste a conocer como Sombra Larga. A una edad muy temprana, este hombre se había tropezado con rumores de que no todas las Compañías Libres habían regresado a Khatovar. Lo que él dedujo de eso, y en lo que nadie más reparó, fue que cada Compañía que aún estaba fuera debía de poseer un talismán capaz de abrir y cerrar la Puerta de las Sombras. Un hombre ambicioso podría utilizar ese talismán para reclutar rakshasas que pudiese enviar a diferentes lugares para hacer el mal. El poder de matar se convierte en el poder último en las manos de un hombre que no tiene reservas para emplearlo.

—Así que, ¿el Ashutosh Yaksha este encontró la Llave?

—Solamente se aseguró de que existía. Se labró su camino como un gusano hacia la confianza de los sacerdotes veteranos. Un día, alguien dejó caer algo. Poco después Ashutosh anunció que su maestro, mentor, y padre espiritual, Maricha Manthara Dhumraksha, le había comunicado que se había decidido a hacerle una visita por lo impresionado que estaba por sus informes del templo. Dhumraksha resultó ser un hombre alto e increíblemente flaco que siempre llevaba una máscara, aparentemente

porque su cara era deforme.

—¿Oíste un nombre como Maricha Manthara Dhumraksha y no sospechaste nada?

No podía ver a Doj en medio de la oscuridad, pero pude sentir que fruncía el ceño, descontento.

—Yo era un niño —replicó.

—Y a los nyueng bao no les interesa nada que no sean ellos mismos. Sí, yo soy un vehdna, tío, pero reconozco los nombres Manthara y Dhumraksha como los de demonios gunni legendarios. Aunque te muevas entre seres inferiores, podría interesarte estar atento. De ese modo, cuando un hechicero jengali malvado te tome el pelo, al menos te enterarás.

Doj gruñó.

—Tenía un pico de oro, ese Dhumraksha. Cuando descubrió que cada década, como era costumbre en aquel tiempo, un grupo de líderes emprendía un peregrinaje hacia el sur...

—Se autoinvitó y engañó a alguien para que le dejara examinar la Llave.

—Casi, pero no fue del todo así. Sí, lo has adivinado: el peregrinaje se dirigía la mismísima Puerta de las Sombras. Los peregrinos iban a pasar diez días allí esperando una señal. Yo no creo que nadie supiese ya qué tipo de señal iba a ser, pero las tradiciones debían tenerse en cuenta. De todos modos, los peregrinos nunca llevaban consigo la Llave verdadera, sino una réplica cargada con unos cuantos encantamientos sencillos cuyo objetivo era engañar a los ladrones despistados. La Llave real se quedaba en casa. Los ancianos no querían ninguna señal del otro lado, en realidad.

—A Sombra Larga le entró prisa.

—Exacto. Cuando los peregrinos llegaron a la Puerta de las Sombras, encontraron a Ashutosh Yaksha y a otra media docena de hechiceros esperando. Algunos eran fugitivos de ese refugio de oscuridad norteño en donde la Compañía Negra estaba de servicio entonces. Cuando Dhumraksha utilizó la llave falsa, su grupo se halló bajo el ataque del otro lado de la Puerta de las Sombras. Antes de que se pudiese detener a la puerta utilizando el poder del nombre verdadero de Sombra Larga, tres de los aspirantes a Maestros de las Sombras habían perecido ya. El que llamaban el Aullador, herido de gravedad, había huido. Los supervivientes se convirtieron rápidamente en contendientes y conquistaron a monstruos que tus hermanos encontraron en el mismo lugar cuando llegaron. Y el mismo desastre motivó que la Madre de la Noche se despertase de nuevo y continuase con sus maquinaciones para propiciar un Año de los Cráneos.

—¿Y ese es el gran pecado de los nyueng bao? ¿Dejarse engañar por hechiceros?

—En aquellos días había poco contacto con el mundo fuera del pantano. La

familia Banh Do Trang llevaba todo el comercio exterior. Una vez cada diez años, un puñado de los hombres más viejos viajaban a la Puerta de las Sombras, y más o menos con la misma frecuencia, algunos ascetas gunni se sumergían en el pantano con la esperanza de purificar sus almas. Estos ermitaños gunni estaban locos, obviamente, o si no, para empezar, no habrían ido al pantano. Siempre se los toleraba, y Ghanghesha encontró allí un hogar.

—¿Y dónde encajan las Mil Voces?

—Se enteró de la historia por medio de Aullador más o menos cuando nosotros estábamos atrapados en Dejagore, o poco después. Vino al templo cuando volvimos, cuando los mejores de nosotros estábamos exhaustos y todos nuestros mayores habían muerto, incluyendo a nuestro capitán y al portavoz, y también a la bruja Hong Tray. No quedaba nadie que lo supiese todo, excepto yo (a pesar de que Gota y Thai Dei sabían algo, y Sahra un poquito, ya que pertenecían a la familia de Ky Dam y Hong Tray). Las Mil Voces fueron al templo mientras que yo estaba fuera. Usaron su poder para intimidar y torturar a los sacerdotes hasta que estos se rindieron y les entregaron el misterioso objeto que se les había entregado a ellos previamente años atrás para que lo guardaran. Ya ni siquiera sabían lo que era. Realmente no se les puede culpar por todo esto, pero yo no puedo evitar culparles. Y ya está. Estos son todos los secretos de los nyueg bao.

Yo lo dudaba.

—Lo dudo mucho, pero son unas bases sobre las que podemos trabajar. ¿Estás dispuesto a cooperar si conseguimos que Narayan Singh nos cuente lo que hizo con la Llave?

—Si prometes que no le dirás a nadie lo que te he dicho aquí esta noche.

—Lo juro por los Anales. —Era demasiado fácil—. No diré ni una palabra a nadie. —Pero no dije nada de no escribirlo.

Él no me hizo ningún juramento.

En algún momento, antes o después, se enfrentaría al dilema moral que se había tragado a la radisha cuando parecía que la Compañía cumpliría sus obligaciones para con ella y le estaba llegando el momento de formular sus propios compromisos. Una vez tío Doj hubiese sacado a su gente de debajo de la llanura de la piedra reluciente, su fiabilidad como aliado se evaporaría.

Yo pensé que sería fácil apañárselas con eso cuando llegase el momento. Le dije a Doj:

—Sigo teniendo que ir a trabajar mañana, y es muchísimo más tarde de lo que era hace una hora.

Se incorporó, evidentemente aliviado por el hecho de que yo no hubiese hecho muchas preguntas. Sí que tenía algunas en mente, como por ejemplo por qué los nyueng bao habían arriesgado sus vidas peregrinando con mayor frecuencia a la

Puerta de las Sombras una vez que los Maestros de las Sombras se hicieron con el poder, e incluso añadieron mujeres, niños y ancianos al séquito. Se lo pregunté, de todos modos, mientras caminábamos.

—Los Maestros de las Sombras lo permitieron —me contestó—. Hinchaba su sentimiento de superioridad. Y también nos permitía dejarlos pensar que no teníamos la llave real y que la estábamos buscando. Incluso nuestra propia gente pensaba que eso era lo que estábamos haciendo; solamente Ky Dam y Hong Tray sabían toda la verdad. Los Maestros de las Sombras esperaban que encontrásemos la llave para ellos.

—Y las Mil Voces averiguó la verdad.

—Sí. Sus cuervos lo recorrieron todo y lo escucharon.

—Y en aquellos días tenía a un demonio muy solapado a su entera disposición. —Continué dándole la lata todo el camino de vuelta al almacén, intentando astutamente dar con los secretos que no me había contado, ampliando el mapa con colores alrededor de los espacios en blanco.

Pero no coló ni un poquito.

Antes de arrastrarme a la cama, visité a Sahra, Murgén y Goblin una vez más.

—¿Os habéis enterado de todo?

—De la mayoría —dijo Murgén—. Este viejo y cansado esclavo también ha estado cumpliendo otras tareas.

—¿Creéis que ha dicho la verdad?

—Mayormente, sí —admitió Sahra—. Que yo detectara, no ha dicho ninguna mentira, pero tampoco creo que te haya contado toda la verdad.

—Por supuesto que no. Es nyueng bao hasta su retorcida médula, y hechicero, además.

Antes de que Sahra se indignase, Goblin me dijo:

—Había un cuervo blanco ahí fuera contigo.

—Lo vi —dije yo—. Me imaginé que era Murgén.

—Pues no lo era —dijo Murgén—. Yo estaba allí fuera de forma incorpórea. Igual que ahora.

—¿Qué era, entonces? O mejor dicho, ¿quién era?

—No lo sé —respondió Murgén.

No le creí del todo. Puede que fuese una intuición errónea, pero estaba seguro de que tenía enormes sospechas.

CAPÍTULO 33

Al maestro Santaraksita le costó esperar hasta que no hubiese ningún fisgón alrededor para acercarse a mí.

—Dorabee, tu historial empieza a tener mal aspecto. Hace dos días llegaste tarde, y ayer no apareciste por aquí. Y esta mañana no pareces despierto ni preparado para ponerte a trabajar.

Y no lo estaba. Con cualquier otra persona me habría puesto irascible, pero en este caso apenas me di cuenta de que estas palabras no tenían un tono acorde con su contenido. Percibí en él cierto alivio por que hubiera vuelto, y también cierto tufillo persistente de miedo a que no fuese a volver.

—Tenía fiebre y no podía mantenerme en pie más de dos minutos seguidos. Intenté venir, pero estaba tan débil que me perdí durante un rato y terminé yéndome a casa.

—Entonces, ¿deberías estar aquí hoy siquiera? —preguntó él, cambiando el hilo de la conversación y con un tono de demasiada preocupación.

—Hoy tengo un poco más de fuerza, y además tengo mucho trabajo que hacer. Quiero conservar este trabajo, de verdad, *sri*. Ningún otro me acercaría tanto a tal cantidad de sabiduría.

—¿Dónde está tu casa, Dorabee? —Yo había echado mano de mi escoba y él me estaba siguiendo. Éramos el centro de algunas miradas, algunas certeras que me decían que Santaraksita podría haber perseguido a otros jovencitos en el pasado.

Pero yo me lo esperaba porque sabía que ya había intentado seguirme.

—Comparto una pequeña habitación con unos amigos del ejército cerca del muelle, en el vecindario Sirada. —Era una situación común a lo largo y ancho de Taglios, donde los hombres casi doblaban en número a las mujeres porque muchos de ellos habían venido de los Territorios con la esperanza de hacerse ricos.

—¿Por qué no fuiste a tu casa cuando regresaste, Dorabee?

¡Oh, oh!

—¿Perdón, *sri*?

—Tu madre, tus hermanos, tus hermanas, y sus esposos y esposas respectivamente, así como sus hijos, todavía moran en el mismo sitio en el que vivías tú de niño. Te creían muerto.

¡Maldita sea! ¿Es que había ido a verlos, este metomentodo?

—No me trato con esa gente, *sri*. —Lo cual era una mentira descarada en nombre de Dorabee Dey Banerjæ, ya que el hombre que yo había conocido con este nombre tenía una relación muy cercana con su familia—. Cuando volví de las guerras de Kiaulune, había cambiado de una forma tan terrible que no me habrían reconocido. Si hubiese ido a casa, no habría pasado mucho tiempo antes de que hubiesen averiguado

cosas de mí que les habrían empujado a desheredarme. Preferí dejar que pensasen que Dorabee estaba muerto. De todos modos, el muchacho que recordaban ya no existe.

Esperé que interpretase mis palabras según sus propias ilusiones.

Picó.

—Entiendo.

—Agradezco su preocupación, *sri*. Ahora, si me disculpa... —Volví al trabajo.

Trabajé dinámicamente, sumido en mis pensamientos. Lo que necesitaba hacer requería que me dejase seducir. En ese sentido no tenía ninguna experiencia, desde ninguno de los dos puntos de vista posibles. Sin embargo, los viejos me dicen que soy astuto, y después de un tiempo creí ver un modo en el que los acontecimientos podrían desarrollarse como era deseable sin que Surendranath Santaraksita se situase en una posición de riesgo moral o emocional mayor que en la que se había situado cuando intentó seguirme a casa y tuve que enviar a Tobo para que lo rescatase. Lo cual, por supuesto, él desconocía.

Hacia media mañana hice uso de un pequeño hechizo. Fue en un momento en que el viejo Baladitya pudo saldar su deuda conmigo siendo atento. Para cuando el maestro Santaraksita se las ingenió para utilizar cualquier excusa y ponerse en mi camino, yo ya había pensado mi plan y había vuelto al trabajo.

Unas horas después me las arreglé para vomitar la comida y hacer todo un espectáculo al limpiar lo que había manchado. Después de eso, todavía sufría hechizos de mareos. El último de ellos ocurrió después de que la mayoría de los bibliotecarios y copistas se hubiesen ido a casa a pesar de la amenaza de que continuasen los chaparrones. La tormenta de la tarde no había sido tan horrible como otras, y los taglianos solían interpretar eso como un mal augurio.

Santaraksita cumplió con su papel a la perfección. Antes de que mi hechizo hubiese llegado a su fin, ya estaba a mi lado. Me sugirió, nervioso:

—Es mejor que te marches ahora, Dorabee. Ya has hecho mucho más del trabajo que te correspondía por hoy, y mañana habrá más. Te acompaño a casa para asegurarme de que llegas bien.

Cuando me puse a protestar argumentando que no era necesario, una recaída pareció acecharme, de modo que dije:

—Gracias, *sri*. Su generosidad no conoce límites. ¿Qué hacemos con Baladitya? —El nieto del viejo copista había olvidado presentarse una vez más.

—Nos pilla casi de camino, así que le dejaremos primero a él. —Traté de pensar en cualquier cosa que yo pudiera decir para estimular la fantasía de Santaraksita, pero no fui capaz. De todos modos, se vio claramente que no era necesario: el tipo estaba decidido a engancharse. Y todo porque yo sabía leer.

Qué raro.

Dio la casualidad de que Camina Ríos estaba deambulando por fuera cuando el

maestro Santaraksita, Baladitya y yo salimos de la biblioteca. Le dirigí un pequeño gesto para indicarle que íbamos a hacerlo, y a lo largo del camino, más gestitos y señales le indicaron que el viejo estaría rodeado en cuanto Santaraksita y yo le dejásemos en su casa. Podría ser un testigo que dijese que el maestro bibliotecario había sido visto por última vez en mi compañía. Y podría ser útil.

Cerca ya del almacén, sufrí otro hechizo leve. Santaraksita me rodeó con un brazo para ayudarme, y yo me separé un poco hacia mi lugar seguro y continué con el juego. Para entonces ya estábamos rodeados, a cierta distancia, por hermanos de la Compañía.

—Tenemos que seguir todo recto —le dije a Santaraksita, que empezaba a estar confuso por la red exterior de hechizos—. Cójame de la mano.

Momentos después, un suave golpecito en la base del cráneo del maestro bibliotecario me permitió escabullirme de mi incómodo papel.

—Aquí me conocen como Dormilón. Soy el analista de la Compañía Negra. Te traje aquí para ayudarnos con la traducción de los materiales registrados por algunos de mis predecesores más antiguos.

Santaraksita se puso a forcejear. Kendo Cutter le tapó la boca y la nariz con la mano para que no pudiese respirar. Después de un par de episodios de este tipo, incluso un miembro de la clase sacerdotal reconoció la conexión entre el silencio y la respiración libre.

—Tenemos una reputación bastante cruel, *sri* —continué—. Y bien merecida. No, no soy Dorabee Dey Banerjæe. Dorabee ciertamente murió durante las guerras de Kiaulune, luchando en nuestro bando.

—¿Qué quieres? —preguntó, con una voz temblorosa.

—Como he dicho antes, necesitamos traducir unos cuantos libros viejos. Tobo, trae los libros que hay sobre mi mesa.

El muchacho hizo lo que le pedía farfullando algo sobre por qué era siempre él el que tenía que ir a por las cosas.

El maestro Santaraksita se mostró muy molesto cuando descubrió que una parte de lo que yo quería traducir había sido hurtado de sus propios montones restringidos. De hecho, cuando le dije que quería empezar con uno en concreto y le mostré lo que yo pensaba que era el más antiguo de los Anales, se puso pálido.

—Lo siento muchísimo, Dorabee... Lo siento, joven. Dormilón, ¿no?

—¡Ja! —rugió Un Ojo, que había aparecido instantes antes—. Has olfateado el árbol equivocado. Mi cariñito Dormilón, aquí, es toda una mujer.

Yo dibujé una sonrisita en mi rostro.

—¡Caramba! Ya estamos con lo mismo de siempre, *sri*. Ahora tienes que amoldar tu mente al hecho de que una mujer pueda leer. Ah, aquí está Baladitya. Vas a trabajar

con él. Gracias, Ríos. ¿Te has encontrado con algún problema?

Santaraksita empezó a quejarse otra vez.

—No voy a...

Kendo volvió a silenciarlo.

—Vas a traducir lo que te pido, y vas a trabajar duro en ello, *sri*. O de lo contrario no te daremos de comer. No somos los *bhadralok*. Hemos dejado de hablar de ello. Ahora, simplemente, lo hacemos. Es solo tu mala suerte la que ha hecho que te veas envuelto.

Sahra llegó. Estaba empapada.

—Está lloviendo otra vez. Ya veo que tu pez ha mordido el anzuelo. —Se desplomó en una silla y observó a Surendranath Santaraksita—. Estoy agotada. He tenido los nervios de punta todo el día. La protectora regresó del pantano al mediodía y tenía un humor de perros. Tuvo una discusión enorme con la radisha justo enfrente de nosotras.

—¿Y la radisha se enfrentó a ella?

—Sí. Ha alcanzado su límite. Otro discípulo *bhodi* vino esta mañana, pero los grises impidieron que se prendiese fuego. Después la protectora anunció que nos iba a arrebatarnos la noche dejando sueltas a sus sombras de ahora en adelante. Y ahí fue cuando la radisha se puso a gritar.

Santaraksita parecía tan absolutamente consternado por las implicaciones de las revelaciones de Sahra que no tuvo más remedio que reírme.

—No —replicó él—, no tiene gracia. —Después descubrió que en realidad no estaba preocupado por las sombras—. La protectora me va a cortar las orejas, como mínimo. Estos libros no deberían haber estado en la biblioteca de ninguna de las maneras. Se suponía que yo tenía que haberlos destruido hace mucho tiempo, pero no podía hacerle eso a ningún libro. Después se me olvidaron. Debería haberlos escondido bajo llave en algún sitio.

—¿Por qué? —espetó Sahra. Pero no consiguió respuesta.

Yo le pregunté:

—¿Has avanzado algo?

—No tuve la oportunidad de coger ninguna página, pero sí que me metí en la suite de la radisha, escuché lo que hablaba con *Atrapa Almas* y me hice con alguna que otra información.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, que el *purohita* y todos los miembros sacerdotales del consejo secreto se irán del palacio mañana para asistir a una convocatoria de sacerdotes veteranos para prepararse para el *Druga Pavi* de este año.

El *Druga Pavi* es la mayor festividad *gunni* del año *tagliano*. *Taglios*, con todos sus cultos e innumerables minorías, hacía gala de festividades casi a diario, pero el

Druga Pavi las ganaba a todas.

—Pero eso no es hasta después del fin de la estación de lluvias. —Tenía un presentimiento extraño.

—Yo también he tenido una premonición —admitió Sahra.

—Ríos, llévate al maestro y al copista y asegúrate de que están tan cómodos como podemos tenerlos aquí. Haz que Goblin les reparta un par de collares estranguladores y que sepan cómo funcionan.

Le pregunté a Sahra:

—¿Te enteraste de esto antes o después de que Atrapa Almas volviese de aterrorizar al pantano?

—Después, por supuesto.

—Por supuesto. Sospecha algo. Kendo, en cuanto amanezca mañana, quiero que te dirijas al Kernmi What y veas lo que puedes averiguar sobre esta reunión sin dejar ver lo interesado que estás. Si ves a muchos grises o a otros shadar alrededor, no te molestes, solo vuelve aquí con lo que tengas.

—Supongo que es una oportunidad auténtica, ¿no? —preguntó Sahra.

—Será auténtica mientras estén fuera del palacio. ¿No es así?

—Quizá lo mejor sería matarlos y ya está. Y poner unos cuantos botones flas en los cuerpos. Eso sí que cabrearía a Atrapa Almas.

—Espera, se me está ocurriendo algo. Podría ser de *al-Shiel*. —Meneé un dedo en el aire como si contase un ritmo musical—. Sí, eso es. Tenemos que esperar que la protectora de hecho esté intentando morder un cebo con el purohita. —Expliqué lo que tenía en mente.

—Eso está bien —dijo Sahra—, pero si vamos a hacer que funcione, tú y Tobo tendréis que entrar conmigo.

—Y yo no puedo. No puedo faltar al trabajo de ninguna manera el día después de la desaparición del maestro Santaraksita. Llama a Murgen y averigua si ha estado por el palacio hoy, y también si hay una trampa y dónde está. Si Atrapa Almas va a estar fuera, puede que tú y Tobo podáis hacerlo solos.

—No quiero menospreciar lo genio que eres, Dormilón, pero esto es algo que llevo pensando mucho tiempo, intermitentemente, durante años. La posibilidad de hacerlo es la razón por la que sigo intentando hacerme camino como un gusano hacia el centro de las cosas. Para ser sinceros, no puede llevarse a cabo por menos de tres personas. Necesito a Shiki y necesito a Sawa.

—Déjame pensar. —Sahra llamó la atención de Murgen mientras yo pensaba. Él parecía más alerta e interesado en el mundo exterior ahora, especialmente porque su mujer e hijo estaban involucrados. Debía de haber empezado a entender las cosas—. ¡Lo tengo, Sahra! Podemos hacer que Goblin sea Sawa.

—Ni de puta coña —dijo Goblin. Lo repitió cuatro o cinco veces en varios

idiomas, por si alguien no había captado la idea—. ¿Qué coño te pasa a ti?

—Eres tan bajito como yo. Te untamos cara y manos con un poco de zumo de nuez de areca, te vestimos con mi disfraz de Sawa, hacemos que Sahra te cosa la boca para que no puedas abrirla cada vez que te venga en gana, y nadie notará la diferencia mientras que no apartes la vista del suelo, que es lo que hace mayormente Sawa.

—Esa podría ser una solución —dijo Sahra, ignorando las protestas continuadas de Goblin—. De hecho, cuanto más pienso en ello, más me gusta. No te ofendas, pero si estamos en apuros serios, Goblin sería mucho más útil que tú.

—Ya lo sé. Por eso. Y además yo podría seguir adelante y ser Dorabee Dey. ¿No es maravilloso?

—Mujeres —gruñó Goblin—. No puedes vivir con ellas, pero no se irán de tu lado.

Sahra dijo:

—Más vale que te pongas a aprender las rarezas de Sawa de Dormilón.

Y a mí me dijo:

—Va a haber un montón de trabajo para Sawa. Ya me he asegurado de ello. Además, Narita está ansiosa por que vuelva. Tobo, necesitas dormir un rato. Nadie te ha relacionado con Gokhale, pero aun así tendrás que ir con cuidado.

—No me gusta nada ir ahí arriba, mamá, de verdad.

—¿Y crees que a mí sí? Todos tenemos que...

—Sí. Creo que a ti sí. Creo que sigues subiendo ahí arriba porque quieres vivir el peligro. Creo que quizás te resulte difícil el momento en que tengas que dejar de correr riesgos. Creo que cuando eso ocurra, todos vamos a tener que vigilarte de cerca para que no hagas nada que nos mate a todos contigo.

Esas eran las palabras de un chaval que había estado pensando bastante, quizás con un poco de ayuda de uno o varios de sus tíos. A mí me sonó muy cercano a la verdad, también.

CAPÍTULO 34

Me acomodé en una silla enfrente de la jaula donde teníamos a Narayan Singh. Estaba despierto, pero no me hizo ni caso. Yo le dije:

—La Hija de la Noche aún vive.

—Eso ya lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Si le hubieras hecho daño, lo sabría.

—Entonces tienes que saber esto también: no va a permanecer sana y salva durante mucho más tiempo. La única razón por la que sigue en buen estado es que queremos que cooperes. Si no podemos conseguirlo, no nos quedan muchas más razones para seguir alimentándola, ni a ti tampoco. A pesar de ello, tengo intención de cumplir mi palabra, así que cuidaré de ti. Porque quiero que, antes de que permitamos que mueras, veas destruido todo lo que valoras. Lo que me recuerda que Aridatha no ha podido acompañarnos esta noche. A su capitán le preocupaba que hubiese disturbios. Ha habido otro discípulo bhodi que planeaba prenderse fuego, así que tendremos que esperar hasta mañana por la noche.

Narayan emitió algo así como un suave gemido. No quería reconocer mi existencia, ya que la existencia, y la mía en particular, le estaba haciendo muy infeliz. Lo cual me hacía feliz a mí, a pesar de que no le guardaba ningún rencor personal. Mi enemistad era toda ella muy higiénica, muy institucional, muy en nombre de mis hermanos, a los que habían hecho daño. Y en nombre de mis hermanos prisioneros bajo tierra.

—Quizá debas acudir a Kina para que te guíe —sugerí.

Menuda mirada me echó. Narayan Singh no tenía sentido del humor y no reconocía el sarcasmo ni aunque le saltase encima desde la hierba y le clavase los colmillos en la pierna.

Continué:

—Recapitulemos: no me queda mucha paciencia ni tampoco me queda mucho tiempo. Hemos saltado sobre la espalda del tigre, la gran pelea de gatas se acerca.

Pelea de gatas. Coloquialismo masculino universal para referirse a una disputa entre mujeres.

¿En serio?

Se me acababa de ocurrir. En esta pelea, todas éramos mujeres. Sahra y yo. La radisha y Atrapa Almas. Kina y la Hija de la Noche. Ahora mismo, tío Doj era el hombre que estaba más cerca de ser protagonista. Y Narayan también, aunque fuese principalmente la sombra de la Hija de la Noche.

Qué raro. Qué raro.

—Narayan, cuando la piel empiece a volar por los aires, no me interesará

demasiado fijarme en tu amiga, pero desde luego que voy a cuidar de ti.

Me dispuse a irme.

—No puedo hacerlo. —La voz de Singh era casi inaudible.

—Trabaja en ello, Narayan. Si es que quieres a la chica. Si no quieres que tu diosa tenga que empezarlo todo de cero. —Tal era el poder con el que yo me creía. Matando a las personas adecuadas, podría hacer que Kina durmiese otra era más. Y claro que las mataría, si no conseguía sacar a mis hermanos de donde estaban enterrados.

Encontré a Banh Do Trang esperándome en el rinconcito donde yo dormía y trabajaba. No tenía buen aspecto, lo que no me sorprendía. No era demasiados años menor que Goblin, y no disponía de los asombrosos recursos de este.

—¿Puedo hacer algo por ti, tío?

—Creo que Doj te ha contado la historia de nuestro pueblo. —Lo mejor que alcanzó a emitir fue un susurro ronco.

—Me contó una historia, sin más. Siempre quedan dudas cuando algún nyueng bao comparte conmigo un secreto.

—Je, je, je. Eres una joven inteligente, Dormilón. Con pocas cosas que te engañen y ninguna obsesión obvia. Creo que Doj fue tan sincero contigo como pudo obligarse a serlo, suponiendo que fuera sincero conmigo cuando vino a consultarme después. Por fin me hizo caso cuando le dije que esta es una nueva era. Que eso era lo que Hong Tray quería mostrarnos cuando escogió al jengal para que fuese el esposo de Saha. Todos somos niños perdidos. Debemos unir nuestras manos. Eso también es lo que Hong Tray quería que comprendiésemos.

—Pues podría haberlo dicho.

—Era Hong Tray. Una clarividente, una clarividente nyueng bao. ¿Le pedirías que emitiese decretos tajantes como la radisha o la protectora?

—Claro que sí.

Do Trang rio entre dientes y después pareció quedarse dormido.

Me pregunté qué significaba todo eso.

—¿Tío?

—¿Eh? Ah, perdona, jovencita. Escucha. No creo que nadie más lo haya mencionado. Quizá nadie más lo haya visto, aparte de mi y de Gota, pero aquí hay un fantasma. Lo hemos visto varias veces en las dos noches pasadas.

—¿Un fantasma? —¿Estaba Murgén fortaleciéndose tanto que la gente empezaba a verlo?

—Es una cosa fría y malévol, Dormilón. Como algo que se lo pasa en grande merodeando por lápidas o deslizándose entre montañas de huesos. Como esa pequeña vampiresa dentro de la jaula de tigre. Deberías ser muy cauteloso con ella. Y creo que yo debería irme a la cama antes de que me quede aquí dormido y tus amigos

empiecen a hablar de nosotros.

—Si van a cotillear sobre mí, no se me ocurre nadie con el que me gustaría más que me relacionasen.

—Algún día, cuando vuelva a ser joven. En la siguiente vuelta de la Rueda.

—Buenas noches, tío.

Pensé que leería un rato, pero me quedé dormido casi al instante. En algún momento de la noche descubrí que el fantasma del que me había hablado Do Trang existía realmente. Me desperté, en alerta repentina, y vi un resplandor vagamente humano de pie a mi lado, observándome claramente. El viejo también lo había descrito a la perfección. Me pregunté si no sería la mismísima muerte.

Se marchó en cuanto sintió mi examen.

Me quedé allí tumbado tratando de entenderlo. ¿Murgen? ¿Atrapa Almas espiando? ¿Un desconocido? ¿O de lo que a mí me daba más la impresión, la chica de la jaula paseándose convertida en ectoplasma?

Intenté razonar, pero aún estaba demasiado cansado como para hacerlo durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 35

A la ciudad le pasaba algo, aparte de ese olor extraordinariamente limpio. La lluvia había seguido cayendo durante casi toda la noche, y además había dejado asombrados los semblantes de los callejeros, que habían sobrevivido a la peor noche que se había visto. No. A medida que me aproximaba a la biblioteca, una especie de sensación de ansiedad se hizo más y más fuerte. Puede que fuese una suerte de fenómeno psíquico.

Me detuve. El capitán solía decir que tenías que confiar en tus instintos. Si me daba la sensación de que algo andaba mal, entonces tenía que tomarme mi tiempo para intentar entender por qué me sentía así. Me giré lentamente.

Aquí no había ni un pobre de la calle, pero eso era comprensible: por aquí había muerto gente. Los supervivientes estarían aferrándose a cualquier refugio que pudiesen encontrar, temiendo que los grises reemplazasen a las sombras de día. Pero tampoco había rastro de los grises, y el tráfico era más fluido de lo que debería. Y no se veían la mayoría de los minúsculos puestos individuales que se extendían por la vía pública.

Había miedo en el aire. La gente esperaba que pasase algo. Había visto algo que la preocupaba profundamente, aunque no estaba claro de qué podía tratarse. Cuando pregunté a uno de los comerciantes que fue lo suficientemente valiente como para salir ahí fuera, no prestó atención a mi pregunta e intentó convencerme de que no podría pasar ni un día más sin un quemador de incienso de latón.

En un solo instante decidí que debía de tener razón. Me detuve para hablar con otro comerciante de latón cuyo espacio se situaba dentro del campo de visión de la biblioteca.

—¿Dónde está todo el mundo esta mañana? —pregunté mientras examinaba un cacharro parecido a una tetera con un pitorro largo que en realidad no servía para nada.

Una mirada furtiva del comerciante hacia la biblioteca me indicó que mis premoniciones estaban fundadas, y que fuera lo que fuese que le había aterrorizado, había ocurrido bastante recientemente.

Ningún vecindario tagliano permanece silencioso y vacío por mucho tiempo.

Raramente llevo dinero conmigo, pero esa sí que tenía unas pocas monedas encima. Compré la tetera inservible.

—Un regalo para mi mujer. Por haberme dado un hijo finalmente.

—No eres de por aquí, ¿no?

—No. Soy de... Dejagore.

El hombre asintió como si eso lo explicase todo. Cuando hice ademán de seguir con mi camino, murmuró:

—No te conviene ir por ese camino, dejagorano.

—¿Ah, no?

—No tengas prisa. Busca otro camino que rodee ese lugar.

Eché un vistazo a la biblioteca. No vi nada inusual. Las instalaciones parecían estar normales, aunque había varios hombres trabajando en el jardín.

—Ah.

Seguí adelante, solo hasta que pude deslizarme dentro de la boca de un callejón.

¿Por qué había jardineros allí? Solo el maestro bibliotecario los traía de vez en cuando.

Me pareció ver algo que sobrevolaba biblioteca. Descendió para posarse en el herraje del portón, por encima de la cabeza de Aadoo. Pensé que era una paloma solitaria, pero cuando plegó las alas me di cuenta de que era un cuervo blanco. Un cuervo blanco con mejor vista que Aadoo, pero Aadoo estaba acostumbrado a apostarse en el portón.

Eso constituía otra señal de advertencia.

El cuervo blanco me miró de frente y me guiñó un ojo. Puede que solo pestañease, pero yo prefería la posible implicación de inteligencia y camaradería entre conspiradores.

El cuervo se posó en el hombro de Aadoo, quien, estupefacto, pegó un salto que casi se sale de sus sandalias. Evidentemente, el pájaro había dicho algo. Aadoo saltó de nuevo e intentó cogerlo. Después de fracasar en el intento, se fue corriendo a la biblioteca. Momentos después, hombres shadar vestidos de bibliotecarios y copistas salieron corriendo y se pusieron a intentar derribar al cuervo lanzándole piedras. El pájaro se fue echando leches.

Yo seguí su ejemplo, tomando otra dirección. Estaba más alerta de lo que lo había estado en años. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaban allí? Obviamente, estaban esperando. ¿Esperándome a mí? ¿Y a quién más? Pero ¿por qué? ¿Qué había hecho yo para ponerme en evidencia?

Puede que nada. Aunque no haber aparecido para ser interrogado contaría como prueba condenatoria. Sin embargo, no era tan lunático como para meterme entre lo que fuese que estaban intentando hacer los grises.

La leche se había derramado y no había vuelta atrás. Pero yo no quería llorar el único volumen de los Anales antiguos que aún no había sido capaz de localizar y hurtar.

A lo largo de todo el camino a casa intenté razonar qué había causado la marcha de los grises. Surendranath Santaraksita no llevaba desaparecido el tiempo suficiente para despertar el interés oficial. De hecho, algunas mañanas el maestro bibliotecario llegaba mucho más tarde de lo que era ahora. Me di por vencido antes de que el cerebro me echase humo. Ya se asomaría Murgén por aquí. Podría encontrar la respuesta poniendo la oreja.

CAPÍTULO 36

Murgen estaba atareado fisgoneando aunque fuese de día. Estaba preocupado por Sahra y Tobo, y quizás un poco también por Goblin. Me encontré con Un Ojo sentado a la mesa donde estaba situado el motor de neblina. Estaba de resaca, pero atento. Madre Gota y tío Doj también estaban allí, tensos e igualmente atentos. Esto me dijo que Sahra seguía decidida a seguir adelante con nuestro golpe más atrevido. Para mi asombro, Un Ojo se acercó precipitadamente (aunque en realidad parecía más que se arrastraba con lentitud) y me dio una palmadita en la espalda.

—Escuchamos que ibas a entrar, Jovencita. Estábamos cagados de miedo por si te pillaban.

—¿Qué?

—Murgen nos advirtió de que había una trampa. Escuchó a algunos de los jefes grises hablando de ello mientras exploraba para ver en lo que se estaba metiendo Sahra. La vieja zorra de Atrapa Almas en persona estaba ahí fuera esperándote. Bueno, no te esperaba a ti en particular, sino a alguien que va por ahí robando libros que, para empezar, no se supone que deban estar ahí.

—Estoy totalmente perdido, viejo. Empieza por algún sitio donde pueda situarme.

—Alguien os siguió a ti y a tu novio ayer. Alguien que sospechaba más de él que de ti. Obviamente, un espía a tiempo parcial de la protectora.

Sabíamos que ahí fuera había informadores a los que se pagaba según su trabajo a destajo. Intentábamos no ser vulnerables a ellos.

—Y también obviamente todo cachondo por tu novio.

—¡Un Ojo!

—Vale, por tu jefe. Más o menos literalmente. Fue y le dijo a los grises que este viejo sucio estaba a punto de forzar a uno de los jóvenes que trabajaba para él a cometer perversiones. Unos cuantos grises fueron a la biblioteca y merodearon por allí haciendo preguntas hasta que rápidamente descubrieron que faltaban algunos fondos en ella, así como Santaraksita, y entonces se pusieron a sacar a la gente de la cama y arrastrarlos hasta allí dentro. Entonces descubrieron que también faltaban varios libros, incluyendo algunas grandes rarezas e incluso un par que se suponía que se tenían que haber retirado de la biblioteca hacía años, pero habían permanecido allí. Eso sí que llegó a oídos de Atrapa Almas, que trasladó allí su dulce traserito en cuestión de diez segundos y empezó a amenazar con comerse viva a gente y hacer daño a todo aquel cuyo aspecto no le gustara.

—Y yo casi me meto en el medio de todo eso —reflexioné—. ¿Cómo supieron que faltaban los libros? Los reemplacé con ejemplares que habían sido desechados. —Pero quizá el maestro Santaraksita, si era un sinvergüenza, también había estado haciendo lo mismo.

Si era un corrupto, me había engañado.

Íbamos a tener que hablar de eso.

—Según lo que ha podido averiguar Murgén, Dorabee Dey Banerjæe no es sospechoso de nada excepto de ingenuidad. Surendranath Santaraksita, sin embargo, está hasta el cuello de mierda. Atrapa Almas lo va a matar arrancándole extremidad a extremidad y va a dejar que observe cómo los cuervos las van devorando. Y después de eso, se va a ensañar con él. —Un Ojo esbozó una sonrisa en la cual solo surgió su único diente. No era exactamente una buena recomendación de su talento como el especialista dental de la Compañía.

—De Atrapa Almas se pueden decir muchas cosas, pero ella no tolera ningún tipo de corrupción.

Lo que, a juicio de Un Ojo, era solamente otra mancha negra en su historial.

—Yo estoy a salvo —dije—. Os voy a contar algo en lo que pensar: había un cuervo blanco esperando en el portón, probablemente para advertirme. Hizo un intento muy claro de comunicarse. ¿Qué pasa con Sahra?

—Va a seguir adelante. Ese Jaul Barundandi es un auténtico imbécil. Se tragó la pobre imitación que Goblin hizo de tu personaje, Sawa, y después intentó alejar a Tobo de Sahra. Sahra lo amenazó con decírselo a su esposa.

Minh Subredil iba a tener problemas para conservar su trabajo si seguía con esa actitud tan rebelde.

—¿El equipo de tapadera está en posición?

—Jovencita, ¿quién lleva haciendo esta mierda desde antes de que naciera tu bisabuela?

—Siempre se tiene que volver a comprobar todo, y seguir comprobándolo. Porque antes o después te vas a ahorrar a alguien que ha pasado algo por alto. ¿Está el equipo de evacuación operativo?

Había muchas probabilidades de que tuviésemos que irnos de Taglios mucho antes de lo que yo quería. Atrapa Almas pronto estaría a la caza, sin tregua, detrás de nosotros.

Un Ojo dijo:

—Pregúntale a Do Trang, dijo que él se ocuparía de ello. Quizá te resulte interesante el hecho de que Almas levantara la vigilancia a Arjana Drupada cuando la biblioteca pasó a encabezar su lista y necesitó gente de confianza para ir allí.

—¿No tiene suficientes personas que se encarguen de todo?

—No que sean de su confianza. La mayoría de estas las ha ocupado en vigilar a los discípulos bhodi para poder prevenir que cometan algún otro intento de suicidio.

—Entonces tenemos que golpear a Drupada...

—¿A papá mono con plátanos verdes, Jovencita? Como te he dicho antes, ¿quién estaba jugando a esto cuando la mamá de tu abuelita aún se cagaba en los pañales?

—¿Quién cubre el almacén, entonces? —Tener tantas cosas en el aire significaba que todos y cada uno de los hermanos tenían que ocuparse de algo. Atrapa Almas no estaba sola para enfrentarse a limitaciones de personal.

—Tú y yo, Jovencita. Pooch y Spiff están por ahí en alguna parte, al ser una mezcla de centinelas y mensajeros.

—¿Estás seguro de que Drupada está limpio?

—Murgén lo comprueba cada media hora, por mucho que prefiriese estar rondando a su cariñito. El amigo Arjana está limpio. Por ahora. Pero ¿cuánto durará así? Murgén también ha estado vigilando a Slink en Semchi, echándole un vistazo cada unas cuantas horas. Parece que va a ocurrir hoy, pues. Atrapa Almas se va a cagar. Se va a cagar por la pata abajo. Hoy vamos a hacer de todo menos salir de paseo y morderle la teta.

—Esa lengua, viejo, esa lengua.

Tío Doj murmuró algo.

Un Ojo fue apresuradamente a por el proyector de neblina.

CAPÍTULO 37

A pesar de su entusiasmo en la noche anterior, Sahra había estado preocupándose por llevar a Goblin consigo desempeñando el papel de Sawa. Ese hombrecillo no era fiable. Seguro que haría algo mal...

No le daba suficientes votos de confianza. Goblin no había sobrevivido durante tanto tiempo haciendo estupideces cuando estaba en aprietos. Estaba totalmente decidido a ser más Sawa de lo que yo nunca pude ser cuando me metí en el papel. Sin embargo, tras su cautelosa representación había un glamur de desinterés. Jaul Barundandi y todos los demás se limitaban a mirar de pasada a la idiota de Sawa y se concentraban en Shiki, que parecía particularmente atractiva aquella mañana, y que llevaba su flauta colgada de una correa alrededor del cuello. Cualquiera que intentase usar la fuerza se llevaría una cruel sorpresa.

La flauta no era nueva, pero la Ghanghesha que Shiki llevaba consigo sí lo era. Hoy incluso Sawa llevaba una estatuilla del dios. Jaul Barundandi se burló de Subredil:

—¿Cuándo vas a empezar a llevar una Ghanghesha en cada mano? —Esto fue después de que lo amenazaran por Shiki, y no se sentía especialmente bondadoso.

Subredil se curvó y susurró a su Ghanghesha algo sobre perdonar a Barundandi porque en el fondo era un buen hombre que necesitaba ayuda para encontrar algo que lo anclase a la luz. Barundandi escuchó algo, y durante un rato quedó desarmado.

Devolvió a la chiflada y sus acompañantes a su esposa, que últimamente había desarrollado un interés en ellas casi exclusivo. Subredil, en particular, le daba buena imagen porque trabajaba muchísimo.

Narita también reparó en la Ghanghesha.

—Si la devoción religiosa te garantiza una vida mejor en la siguiente vuelta de la Rueda, Subredil, seguro que estás destinada a la casta sacerdotal. —Después la gorda frunció el ceño—. Pero ¿no dejaste tu Ghanghesa aquí ayer?

—¿Eh? ¡Ah! ¿Ah, sí? Pensé que ya había perdido una para siempre. No sabía qué había sido de ella. ¿Dónde está? ¿Dónde está? —Se había preparado para esto, aunque había olvidado la Ghanghesha intencionadamente.

—Tranquila, tranquila. —La historia de amor que Subredil tenía con la Ghanghesha divertía a todo el mundo—. Hemos cuidado bien de ella.

Ese día había mucho trabajo programado, lo cual era bueno. Ayudaba a pasar el tiempo. No podíamos hacer nada más hasta mucho después, y aún entonces la suerte iba a tener que ayudarnos mucho. En lo que a necesidad de suerte se refería, otra docena de Ghangheshas no habría estado fuera de lugar.

Durante el descanso de mediodía, entre sobras de comida, el equipo de Subredil escuchó rumores de lo furiosa que estaba la protectora porque alguien hubiese robado

unos cuantos libros de la biblioteca real. Ahora mismo estaba por ahí fuera, investigando en persona.

Subredil lanzó miradas de advertencia a sus acompañantes. No podían hacer preguntas ni preocuparse por la gente a la que no podían ayudar de ninguna manera.

Más tarde los rumores aumentaron. El purohita y varios miembros del consejo secreto, junto con algunos guardaespaldas y otras lapas, habían sido víctimas de una masacre al por mayor en los mismísimos peldaños de Kernmi What en lo que sonaba como un ataque militar en toda regla apoyado por brujería de alto nivel. Los informes eran vagos y confusos porque todo el mundo, excepto los atacantes, había estado buscando un lugar seguro donde esconderse.

Subredil trató de tenerlo en cuenta, pero no pudo controlar su furia del todo. Kendo Cutter era un hombre demasiado violento y demasiado devoto de Vehdna para haber estado al cargo. A los gunni no les iba a hacer gracia que se hubiese derramado sangre en los propios peldaños de uno de los templos principales.

Se habló mucho de las señales y los presagios que se lanzaron como tapadera y distracción mientras los atacantes se esfumaban. No habría ninguna duda sobre quién había sido el responsable, ni siquiera tampoco sobre quién sería el siguiente en la lista de condenados. Cualquier nube de humo que no declarase «El agua duerme», bramaba «Mi hermano no perdonado».

Se había rumoreado solo durante un día que se había convocado a Taglios al gran general para que se ocupase de los muertos que se negaban a someterse. Para la gente de la calle, la impresión era que la Compañía le estaría esperando.

Sahra estaba preocupada. Cuando Atrapa Almas se enterase del ataque, era seguro que abandonaría la biblioteca. Si regresaba al palacio extremadamente agitada, la operación de Sahra igual tendría que ser abortada porque la hechicera estaría demasiado alerta.

La radisha llegó en estampida no mucho después de que las noticias empezasen a extenderse por todas partes. Estaba consternada. Se dirigió directamente a la Cámara del Enfado. Sawa alzó la vista del latón que estaba limpiando solo por un instante, por lo visto estaba realmente preocupada. Subredil dejó su fregona a un lado y fue a ver lo que pasaba. Nadie más les prestó atención.

No mucho después, cuando Jaul Barundandi se dejó caer para ver cómo iba el trabajo y, no se sabe cómo, se metió en una discusión con Narita, Sawa se escabulló cuando nadie la estaba mirando. Nadie se dio cuenta en un primer momento porque Sawa nunca hacía nada que hiciese que los demás se fijasen en ella, y hoy además llevaba encima hechizos que reforzaban esa característica suya.

Shiki se acercó a su madre. Parecía pálida y preocupada y no dejaba de tocar su flauta.

—¿No deberíamos irnos? —susurró.

—Aún no es el momento. Pon tu Ghanghesha en su lugar. —Se suponía que Shiki debería haber hecho eso hacía horas.

El rumor se abrió camino a toda velocidad perseguido por otro rumor más feo aún. La protectora había regresado y estaba rabiosamente furiosa. Ahora estaba visitando a sus sombras. Iba a ser otra noche de terror en las calles de Taglios.

Las mujeres se pusieron a debatir sobre la posible audacia de terminar el trabajo antes de que la protectora decidiese que tenía que ver a la radisha. La protectora no respetaría la privacidad de la princesa. No ocultaba en absoluto su desprecio hacia las costumbres taglianas. Incluso Narita parecía ser de la opinión de que lo mejor sería no estar donde pudieses ser visto cuando la protectora estaba de mal humor.

En un momento dado, Shiki descubrió que su tía había desaparecido.

—¡Maldita sea, Subredil! —exclamó Narita, que echaba humo—. La última vez que ocurrió esto, prometiste que vigilarías de cerca.

—Lo siento, señora. Me ha dado mucho miedo. Seguramente ha decidido ir a la cocina. Es lo que intentaba hacer cuando se perdió la última vez.

Shiki ya estaba de camino a la cocina. No más de un minuto después, anunció:

—Ya la he encontrado, madre.

Cuando llegó el resto de las mujeres, encontraron a Sawa sentada contra una pared sosteniendo una lámpara de latón en su regazo, inconsciente, cubierta totalmente de vómito.

—¡Oh, no! —gritó Subredil—. Otra vez no. —Y en un torbellino de sinsentido y esfuerzos aparentemente en vano de llamar la atención de Sawa, dejó entrever que temía que Sawa estuviese embarazada después de que un miembro del personal del palacio hubiese abusado de ella.

En cuestión de segundos, Narita se había ido como una locomotora. Subredil y Shiki iban tras ella, sujetando a Sawa entre ambas, dirigiéndose a la puerta del servicio. Nadie se dio cuenta de que ninguna de las mujeres llevaba consigo su Ghanghesha, ni siquiera la que Subredil había olvidado allí el día anterior.

Debido al estado en que se encontraba Sawa y el estado en que se encontraba Narita, y también a la inminente explosión de descontento que se esperaba de la protectora, las mujeres se las apañaron para hacerse con su paga y escapar sin tener que soportar el soborno del teniente de Barundandi (una vez más).

No mucho después de sumergirse en las zigzagueantes calles que bajaban por la colina, pudieron meter a Sawa en un carro cubierto con piel de buey y Subredil tuvo que advertir continuamente a Shiki para que se abstuviese de celebraciones.

CAPÍTULO 38

—Alguien debe de haber visto todo lo que hemos hecho —dije a las tropas que estaban reunidas—. Cuando se corra la voz de que la radisha ha desaparecido, toda esa gente va a intentar ayudar. Supuestamente, Atrapa Almas tiene una habilidad especial para separar la paja de lo que no lo es.

—También tiene una habilidad especial para convocar a la clase de asistencia sobrenatural que puede localizar tu pista concreta entre mil más —señaló Sauce Swan. Estaba presente porque había acordado cuidar de la radisha. No iba a estar en su mejor momento cuando despertase y descubriese que sus demonios finalmente la habían alcanzado.

—¿Vais a huir o no? —quiso saber Banh Do Trang. El anciano estaba al borde del colapso. Llevaba trabajando desde antes del amanecer.

—¿Podemos huir? —pregunté yo.

—Podríais marcharos en este mismo instante si la situación se tornase realmente desesperada, aunque aún pasarán unas cuantas horas hasta que las barcazas estén llenas de provisiones.

Sin embargo, nadie quería marcharse. Aún no. Muchos hombres habían formado lazos de unión, y todo el mundo tenía asuntos sin terminar. Así era la vida. A lo largo de la historia de la Compañía se había repetido la misma situación una y otra vez.

Sahra dijo:

—Todavía no has conseguido que Narayan te dé la Llave.

—Hablaré con él. ¿Ha vuelto ya Ríos? ¿No? ¿Y Kendo? ¿Pooch y Spiff? —Teníamos a gente por todos lados cumpliendo encargos especiales. El viejo Un Ojo había enviado a nuestros dos últimos hombres (los apenas competentes Pooch y Spiff) a asesinar al portero Adoo porque Murgén había podido determinar que había sido él quien había causado todo el revuelo en la biblioteca. Y aún más: Adoo conocía el vecindario general en el que yo vivía.

—Kendo Cutter está llegando a través de la red ahora mismo —me informó Un Ojo—. Arjana Drupada parece encontrarse en un razonable estado de salud para ser un hombre con una docena de puñaladas. Espera un momento.

Murgén estaba susurrando algo. Fuera estaba tronando y granizando. No podía oír una palabra.

—Murgén dice que empezó en Semchi. Slink los golpeó justo cuando estaban empezando a montar el campamento. Los separó de sus armas.

—¡Maldita sea! —juré—. ¡Maldita, maldita sea!

—¿Qué te pasa, Jovencita?

—Debería haber esperado a que intentasen hacer algo al árbol bhodi. De este modo nadie sabrá por qué los hemos atacado.

—Por eso no te has conseguido un hombre.

—¿Qué?

—Preguntas demasiado. Enviaste a Slink ahí fuera a que matase a unas cuantas personas. A no ser que le dijese que solo iba a ser un espectáculo, que a nuestros hombres solo se les permitía pelear con la mano izquierda o algo así, lo iba a hacer rápido y de la forma más sucia, y haciendo que los nuestros corriesen el menor riesgo posible.

—Pensé que había entendido...

—¿Diste algo por supuesto, Jovencita? ¿A estas alturas de tu carrera? ¿Tú, la misma que ata los cordones de sus propias botas con un control de calidad?

Me había pillado. Y me había pillado bien. Intenté cambiar de tema.

—Si decidimos evacuar, vamos a tener que enviar a alguien ahí fuera para que advierta a Slink y le diga dónde encontrarnos.

—No intentes cambiar de tema.

Me di la vuelta.

—Kendo, ¿necesita él atención médica?

—¿Quién, Drupada? No, ya no sangra tanto.

—Entonces llevémoslo a que conozca a su nuevo compañero de habitación. — Cuando Un Ojo me pillaba desprevenido en algo, hacía que me sintiera particularmente maligno. Este parecía un buen momento para pagarlo con el enemigo —. El resto de vosotros cuidad muy bien de la radisha. No queremos que se despierte ni siquiera con un padrastro del que se nos pueda culpar.

Cutter inclinó la cabeza y masculló algo entre dientes.

—¡Eh, pervertido! —me dirigí al inspector general de los registros—. No quiero oírte decir nunca que la Compañía Negra no atiende a sus invitados, así que aquí tienes tu propio juguete humano. Quizás es un poco mayorcito para tu gusto, pero será solo hasta que la protectora vuelva en sí para rescatarte.

Kendo colocó una bota en las posaderas de Drupada, empujó, y el purohita aterrizó en la jaula. Él y Gokhale se apostaron en esquinas opuestas y se quedaron mirándose el uno al otro. Siendo la naturaleza humana como es, cada uno de los hombres seguramente pensaba que el otro era el culpable de su desgracia.

Yo le dije a Kendo:

—Ahora relájate. Vete a comer algo, échate una siesta, lo que sea, pero mantente alejado de la chica.

—Oye, ya lo pillé la primera vez, Dormilón. Y más ahora que empieza a ser sonámbula, así que tranquilízate.

—Dame una razón para que lo haga.

—¿Por qué no le retorremos el pescuezo y ya está?

—Porque necesitamos que Singh nos ayude a abrir el camino a través de la Puerta

de las Sombras, y no lo hará a no ser que esté confiado en que nos portaremos bien con la Hija de la Noche.

—Yo no conozco tan bien a ninguno de los Tomados. No sientas que tienes que salvarlos en mi nombre.

—Siento que tenemos que salvarlos en el nombre de la Compañía, Kendo. Exactamente lo mismo que estaríamos haciendo si fueras tú el que estuviese en su lugar.

—Claro. De acuerdo. —Kendo Cutter era de esas personas que tendía a ver la parte mala de las cosas pasara lo que pasase.

—Descansa un rato. —Fui a hablar con Narayan mientras esperaba a que Murgén generara algún otro informe de lo que estaba ocurriendo dentro del palacio.

No quería escapar, pero sabía que se acercaba el momento de que la Compañía se fuese. Teníamos que ver cuál era la reacción de Atrapa Almas frente al secuestro y también teníamos que sacar a Goblin del palacio.

Si Atrapa Almas no venía a por nosotros soltando alaridos como una tormenta propia del monzón, iba a empezar a preocuparme de verdad por saber en qué andaría metida.

—He tenido un día realmente bueno, gracias, señor Singh. Un montón de planes y una pequeña improvisación inspirada han encajado a la perfección. Solo una cosa más haría que mi día fuera perfecto. —Olfateé el aire. Olía como si Un Ojo y sus amigos estuviesen cocinando una nueva hornada, probablemente para poder llevarse consigo un bocadito cuandouviésemos que salir corriendo.

De una patada, desplazé un fardo de algo que parecían pieles hacia los barrotes de la jaula de Singh y me acomodé sobre ellas. Le contagié de los últimos chismes, incluyendo el siguiente:

—Nadie de tu gente parece estar preocupado por vosotros dos. Puede que te pasaras un poquitín de reservado. Sería algo patético si todo el culto se evaporase porque todo el mundo se hubiese quedado sentado esperando a ver qué era lo que pasaba.

—Me han dicho que soy libre para encargarme de ti. —Esta noche, el tipo ni se inmutaba. Había conseguido un apoyo vertebral en algún sitio—. Estoy preparado para discutir sobre el objeto que buscas si se me asegura totalmente que la Compañía Negra nunca hará ningún daño a la Hija de la Noche.

—Decir nunca es decir mucho tiempo. No estás de suerte. —Me levanté—. Goblin lleva esperando ocuparse de ella toda una eternidad. Voy a dejarle que arranque unos cuantos dedos para demostrarte que, en lo que respecta a ciertos viejos enemigos, no tenemos ninguna mala conciencia ni remordimiento.

—Te he ofrecido lo que pedías.

—Me has ofrecido una garantía de muerte con retraso. Si cedo a esa clase de

sinsentido, dentro de diez años la bruja del corazón negro empezará a envenenarnos y estaremos entre la desastrosa opción de cumplir nuestra palabra y aceptar la destrucción, o no cumplirla y ver nuestra reputación destruida. Estoy seguro de que no conoces demasiada mitología nortea. Existe una antigua religión ahí arriba que cuenta cómo un dios destacado aceptó que lo mataran para que su familia no tuviese que estar sujeta a una promesa estúpida que él había hecho a un enemigo, quien la tenía presente en todo momento.

Narayan se me quedó mirando, frío como una cobra, esperando que me derrumbase. Y lo hice un poco, porque me molesté en darle explicaciones. Un Ojo me ha dicho cientos de veces que no debería explicar las cosas.

—Lo que pasa es que no estoy tan desesperado por conseguir ese artefacto como para comprometer a mi gente al nivel de vulnerabilidad que tú me estás pidiendo. Y en particular, no voy a aceptar compromisos para aquellos de nosotros enterrados. Por otro lado, quizás a ti te interese aceptar un compromiso en el que (suponiendo que salgas vivo de esto) garantices no ser nunca más un coñazo para la Compañía. En el que accedas a ir al capitán y al teniente, y suplicarles su perdón por robar a su hija.

La sola sugerencia horrorizó al santo viviente de los Impostores.

—Es la Hija de Kina. La Hija de la Noche. Esos dos son irrelevantes.

—Obviamente, aún no tenemos nada de que hablar. Te enviaré unos cuantos dedos para el desayuno.

Fui a ver si Surendranath Santaraksita estaba siendo un buen chico y cumpliendo con las tareas que le había sugerido para superar el tedio de su cautividad. Para mi sorpresa, lo encontré sumido en su trabajo con la ayuda del viejo Baladitya, traduciendo lo que yo había pensado que era el primer volumen de los Anales perdidos. Tenían todo un montón de hojas que ya habían hecho.

—¡Dorabee! —exclamó el maestro Santaraksita—. Excelente. Tu amigo el extranjero no para de decirnos que, cuando acabemos con estas hojas que nos quedan, no nos darán más pergamino de verdad. Quiere que utilicemos esos ridículos libros de corteza que aún emplean ahí fuera en los pantanos.

Antes de que existiese el papel moderno y el pergamino de varias clases, solo había la corteza. No sé de qué tipo de árbol provenía, solamente sé que la corteza interior se le extraía cuidadosamente, se trataba y prensaba, y era utilizada para escribir. Para hacer un libro tenías que amontonar las hojas de corteza, perforarlas por la esquina superior izquierda, y después encuadernarlo todo con un cordel o un lazo, o bien un trozo de cadena muy ligera. Banh Do Trang se posicionaba más a favor de la corteza porque era barata a la par que tradicional, y más resistente que los productos animales.

—Hablaré con él.

—En estos ejemplares no hay nada del otro mundo, Dorabee.

—Me llamo Dormilón.

—Dormilón no es un nombre: es una enfermedad, o una desgracia. Yo prefiero Dorabee. Usaré Dorabee.

—Usa lo que quieras. De cualquier modo, sabré con quién hablas. —Leí un par de hojas. Tenía razón—. Todo esto es aburrido. Parece un libro de contabilidad.

—Eso es lo que es, principalmente. Lo que tú quieres saber son cosas que el escritor supone que cualquier lector de su tiempo ya sabría. No estaba escribiendo para la posteridad, ni siquiera para generaciones posteriores. Estaba siguiendo el rastro de tornillos de herraduras, cambios de lanzas y sillas de montar. Todo lo que tiene que decir sobre su batalla es que los oficiales destinados y no destinados de bajo rango no consiguieron demostrar un entusiasmo adecuado por apropiarse de las armas perdidas o abandonadas por el enemigo, y prefirieron esperar al amanecer del día siguiente para ponerse a recogerlas. Como consecuencia, algunos rezagados y campesinos autóctonos se las apañaron para rescatar de la basura las mejores.

—Me he dado cuenta de que no se molesta en dar ni un solo nombre concreto de personas o ciudades. —Mientras el maestro hablaba, yo había empezado a leer. A pesar de ser mujer, podía escuchar y leer al mismo tiempo.

—Sí que facilita distancias y fechas. El contexto indica los sistemas de medida adecuados, así que puede deducirse. Pero lo que yo ya he empezado a preguntarme, Dorabee, es por qué todos nosotros nos hemos pasado la vida con un miedo tan atroz a esta gente. El libro no nos da ninguna razón para tener miedo. Este libro trata de una tropa de hombrecillos malhumorados que se fueron de expedición a algún lugar al que no querían ir por motivos que no entendían, creyendo a pies juntillas que su tácita misión duraría solamente unas semanas, o meses, como máximo. Después podrían volver a casa. Sin embargo, los meses se transformaron en años y los años en generaciones, y ellos seguían sin saber lo que hacían allí.

El material estudiado también indicaba que debíamos revisar nuestra vieja creencia de que las Compañías Libres llegaron al mundo en una explosión conjunta, en una gran orgía de fuego y sangre derramada. Había anotaciones de que la única otra compañía a la que se hacía mención había regresado años antes de que la Compañía Negra hiciese su marcha, y, de hecho, varios de los oficiales no destinados habían servido como soldados privados en esa banda anterior sin nombre.

—Y a lo veo venir —gruñí—. Vamos a traducir todo esto, averiguar toda clase de cosas, y no estar ni un centímetro más cerca de comprender nada.

—Esto es mucho más emocionante que una reunión de los bhadralok, Dorabee. Baladitya habló por primera vez y dijo:

—¿Es que tenemos que morirnos aquí de hambre, Dorabee?

—¿Nadie os ha traído nada de comer?

—No.

—Ahora mismo voy a ver qué ha pasado. No os sorprendáis si me escucháis gritar. Espero que os guste el pescado y el arroz.

Me ocupé de la comida y después fui a refugiarme a mi rincón durante un rato. Estaba un poco deprimido después de haber visto el trabajo del maestro Santaraksita. Supongo que a veces invierto demasiados esfuerzos en mis objetivos para luego sufrir una decepción de un tamaño directamente proporcional cuando las cosas no salen bien.

CAPÍTULO 39

Tobo me despertó.

—¿Cómo eres capaz de dormir, Dormilón?

—Supongo que es porque estoy cansado. ¿Qué quieres?

—La protectora por fin ha empezado a gruñir por la radisha. Papá quiere que vengas tú mismo a seguirle la pista. Así no tendrás que registrar nada de tercera mano.

En ese momento, mi nombre me resultaba totalmente adecuado a las circunstancias. Lo único que quería era tumbarme sobre el palé y soñar con encontrar otro tipo de vida.

El problema era que llevaba haciendo esto desde que tenía catorce años. No conocía nada más allá, a no ser que el maestro Santaraksita estuviese dispuesto a olvidar el pasado y llevarme de nuevo a la biblioteca justo después de que enterrásemos a Atrapa Almas en un hoyo de más de quince metros de profundidad lleno de plomo hirviendo.

Agarré un taburete que había entre Sahra y Un Ojo, me incliné hacia delante con mis codos apoyados en la mesa y me quedé mirando a la neblina donde Murgen parecía presentarse cuando a él le venía bien.

Un Ojo se estaba quejando de Murgen aunque él no estuviese. Yo dije:

—Viendo cómo sigues adelante, cualquiera diría que estás preocupado por Goblin.

—Por supuesto que estoy preocupado por Goblin, Jovencita. Ese renacuajo se llevó prestado mi localizador transeidético esta mañana antes de irse. Por no decir que aún me debe unos cuantos miles de pais de... Bueno, que me debe un montón de dinero.

Según mis recuerdos, era al contrario. Un Ojo siempre le debía dinero a todo el mundo, incluso cuando iba sobrado. Además, unos cuantos miles de pais no era lo que se dice una fortuna, considerando que un pai es una semilla minúscula de un peso tan uniforme que se usa como medida de piedras y metales preciosos. Se necesitan al menos dos mil para que equivalgan a una onza norteña. Ya que Un Ojo no había especificado si se trataba de oro o plata, la suposición estándar sería que se había referido a cobre del tipo de las monedas. En otras palabras, que no era demasiado.

Y en otras palabras aún, estaba preocupado por su mejor amigo, pero no podía decirlo porque llevaba consigo una historia centenaria de vilipendiarlo en público.

Si existía un instrumento mágico llamado localizador transeidético, Un Ojo lo había inventado una hora antes de prestárselo a Goblin.

—Si ese zurullo horrible consigue que lo maten, lo estrangulo. No puede dejarme aquí sujetando la bolsa de... —Se dio cuenta de que estaba pensando en alto.

Sahra y yo tomamos nota mental de investigar la metáfora de la bolsa. Sonaba a que hubiese planes de negocios en el horizonte. Planes secretos. Sorpresa, sorpresa.

Murgen se materializó prácticamente enfrente de mis narices y murmuró:

—A Atrapa Almas se le ha agotado la paciencia. Una bandada de cuervos acaban de traerle las noticias desde Semchi y está de un humor de perros. Dice que, si la radisha no sale de la Cámara del Enfado en dos minutos, va a ir a por ella.

—¿Cómo está Goblin? —ladró Un Ojo.

—Escondido —respondió Murgen—. Esperando a que salga el sol. —No iba a intentar marcharse durante la noche, como habíamos planeado en un principio. Atrapa Almas había soltado a sus sombras, solo para castigar a Taglios por irritarla. Nosotros teníamos unas cuantas trampas fuera, distribuidas al azar a lo largo de vecindarios por los que era probable que pasasen, pero yo no esperaba atrapar nada. Me imaginaba que nuestra suerte en ese sentido estaba cerca de llegar a su fin.

Goblin iba armado con un amuleto repelente de sombras que se había conservado tras las guerras del Maestro de las Sombras, pero no sabía si seguía siendo efectivo. Por muy listos y previsores que fuésemos todos, a ninguno se nos ocurrió probarlo con sombras reales cuando teníamos algunas existencias.

No puedes estar en todo.

Pero deberías esforzarte para conseguirlo.

Uno de los guardias reales llegó incluso a intentar detener a la protectora cuando su paciencia se terminó y se dirigió a sacar a la radisha de su escondite. Cayó sin emitir ningún sonido, golpeado por un toque fortuito. Tarde o temprano se recuperaría. La protectora no se sentía particularmente vengativa, o al menos, por el momento.

Atravesó de lado a lado la puerta de la Cámara del Enfado y aulló de frustración antes de que los trozos terminasen de caer.

—¿Dónde está? —El poder de su rabia ponía mustios a los mirones.

Un ayudante segundo tesorero, con una reverencia que casi lo partió en dos, sin dejar de inclinarse y doblándose cada vez más, gimoteó:

—¡Estaba ahí dentro, oh, grandeza!

—No la hemos visto irse. Tiene que estar ahí dentro —insistió alguien más.

Se oyó el sonido de una risita que provenía de algún sitio haciendo eco, casi como si llegase de una lejanía temporal y también espacial.

Atrapa Almas se giró lentamente con una mirada cruelmente afilada.

—Acércate y dímelo de nuevo.

Su voz era convincente, escalofriante, horrible. Miró fijamente un par de ojos tras otro haciendo uso total del miedo que tantos tenían a que pudiese leer los secretos más profundos de sus mentes.

Ninguno de los sirvientes de la radisha modificó su historia.

—Fuera de aquí. Fuera del edificio. Algo ha ocurrido aquí. No quiero distracciones, no quiero que nada se altere. —Se giró de nuevo, con lentitud, desplegando sus sentidos de hechicera para percibir la forma del pasado. Había pasado mucho tiempo holgazaneando: había perdido práctica y ya no estaba en forma.

La risa remota sonó de nuevo por un instante, esta vez parecía un poco más cercana.

—¡Tú! —le espetó Atrapa Almas a una mujer gorda que formaba parte del personal de guardianes—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Señora? —Narita apenas pudo graznar su respuesta. De un momento a otro perdería el control de su vejiga.

—Acabas de meterte algo bajo la manga izquierda. Algo que has cogido del altar. —En el minúsculo santuario dedicado a los ancestros solo quedaba una vela blanca casi consumida que aún ardía—. Ven aquí. —Atrapa Almas extendió su mano derecha enguantada.

Narita no pudo resistirlo. Dio un paso hacia esa oscura mujer que estaba tan esbelta y endiabladamente femenina vestida de cuero. Narita la odiaba pasivamente por conservar un cuerpo tan elegante.

—Dámelo.

A regañadientes, Narita se extrajo la Ghanghesha de la manga. Se puso a balbucear algo sin pies ni cabeza sobre que no quería que su amiga se metiese en líos, pasando por alto que si no hubiese intentado ocultar la Ghanghesha, la protectora la hubiese pasado por alto totalmente.

Atrapa Almas se quedó mirando la figura de arcilla.

—La limpiadora. Pertenece a la limpiadora. ¿Dónde está?

Risa lejana, burlona.

—Es una empleada diurna, señora. Viene de fuera del palacio.

—¿Dónde vive?

—No lo sé, Señora, y no creo que lo sepa nadie. Nadie preguntó nunca. No importaba.

Otro de los miembros del personal señaló:

—Era una buena trabajadora.

Atrapa Almas continuó examinando la Ghanghesha.

—Aquí hay algo raro... Ahora sí que importa. Me importa a mí. Averigúalo.

—¿Cómo?

—¡No me importa! ¡Sé creativa! Pero hazlo. —Atrapa Almas arrojó la figurita de arcilla al suelo y sus fragmentos se desperdigaron en todas direcciones.

Durante un instante, una espiral fantasmagórica de oscuridad onduló en el aire y se quedó en pie como una cobra erguida de más de treinta centímetros de alto.

Después lanzó un golpe a la protectora.

Los miembros del personal empezaron a chillar y a atropellarse entre ellos en un intento de escapar. No habían visto una sombra antes, pero sabían lo que una de ellas podía hacer.

Ahora la risa estaba más cerca, era más alta y duraba más.

Atrapa Almas emitió un chillido de sorpresa y terror bastante convincente, como una jovencita que acaba de pisar una serpiente. Sus atavíos, así como el puñado de hechizos generalizados que siempre la rodeaban, la salvaron de convertirse en una víctima de la más cruel de sus propias armas.

Y aun así, durante un minuto se comportó como un niño matando mosquitos mientras la sombra se esforzaba encarecidamente por terminar con su relación. Al no lograr recuperar el control de sus sombras, Atrapa Almas la destruyó. La necesidad le dijo que lo había preparado una mente bastante astuta que probablemente esperase enfadarla demasiado como para que pudiese prestar atención justo en el momento en que lo necesitaba...

—¡Tú, mujer! ¡Vuelve aquí! —La protectora extendió una mano en la dirección hacia la que huía Narita y de algún modo, un mechón del pelo de esta se le enredó entre los dedos, que temblaron por un momento. El aire se cargó. El resto de empleados gimoteaban y deseaban haber tenido siquiera el valor de intentar escapar.

Narita reapareció poco a poco con cortos pasos de zombi.

—¡Ven aquí! —exclamó Atrapa Almas. Señaló un punto en el suelo de la Cámara del Enfado—. El resto de vosotros, marchaos. Rápido. —No tuvo necesidad de animarlos a ello—. Gorda, tú cuéntamelo todo sobre la criatura que siempre llevaba encima la Ghanghesha.

—Le he dicho todo lo que sabía —lloriqueó Narita.

—No. No lo has hecho. Empieza a hablar, porque puede haber secuestrado a la radisha.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Atrapa Almas se arrepintió de haberlas pronunciado.

La risa sonaba como si proviniese del mismo pasillo, era una risa por lo bajo, diabólica. La cabeza de la protectora se giró en esa dirección, pero no percibió ninguna amenaza. Eso podía esperar un minuto.

—Se llama Minh Subredil. —A Narita le llevó nada más otros treinta segundos relatar todo lo que sabía sobre Minh Subredil, su hija Shikhandini y su cuñada Sawa.

—Gracias —gruñó Atrapa Almas—. No me has sido de ninguna utilidad. Y por eso, te recompensaré como es debido. —Agarró a la gorda por el pescuezo con su mano derecha y apretó.

En el momento en que el cuerpo de Narita quedó sin vida, la risa volvió a sonar, y esta vez parecía haber mencionado una palabra. ¿Ardath? ¿O quizá Silath? ¿O podría

haber sido...? No importaba. Atrapa Almas no escucharía eso, solo escucharía la burla. Se lanzó sobre el lugar de donde provenía el sonido, pero en cuanto salió al pasillo, vio que allí no había nada.

Se puso a llamar a guardias y grises, pero recordó que acababa de asesinar a la única otra persona, aparte de ella misma, que sabía con seguridad que la radisha había desaparecido.

La radisha se había encerrado lejos del mundo. Eso era todo lo que los demás realmente necesitaban saber. La princesa podría vivir para siempre allí mismo, en la Cámara del Enfado. No necesitaba volver a aventurarse fuera de ella. Tenía a su buena amiga, la protectora, para manejar las aburridas tareas de administrarle el imperio.

Más risa, en apariencia de todas partes y ninguna. Atrapa Almas salió dando zancadas. Esto aún no se había acabado.

CAPÍTULO 40

—¿Qué sabes de eso? —pregunté a Sahra—. Narita trató de cubrirte, y después Barundandi se quedó todo destrozado por lo que le había ocurrido.

Sahra meneó un dedo. Estaba pensando.

—Murgen, ¿qué sabes tú de ese cuervo blanco?

Murgen dudó antes de responder.

—Nada. —Lo que quería decir que estaba contando una verdad aproximada, pero que desde luego tenía algunas ideas. Sahra y yo le conocíamos así de bien.

Sahra dijo:

—Entonces supongo que me estás contando lo que crees que está pasando.

Murgen se esfumó.

—¿Qué demonios ha sido eso? —espeté a Un Ojo—. Se supone que tienes que arreglarlo para que él haga lo que tiene que hacer.

—Lo hace. La mayor parte del tiempo. Podría estar desempeñando una orden previa.

Pero el muy bobo a mí me sonó como si no tuviese ni idea de lo que Murgen estaba haciendo.

Atrapa Almas se puso manos a la obra rápidamente y después convocó a los miembros del personal que habían estado presentes cuando había irrumpido en la Cámara del Enfado.

—Tantas emociones han sido demasiado para esta pobre mujer. He intentado resucitarla, pero no responde. Ahora mismo debe de estar feliz, dondequiera que esté. —No había testigos que la contradijesen, aunque una risa remota se burlaba de ella—. Al fin he encontrado a la radisha. Se había quedado dormida. Se ha refugiado en la Cámara del Enfado y no quiere que se la vuelva a molestar en mucho tiempo. Debería haber cumplido sus deseos antes, podríamos haber evitado este desastre. —Se dirigía a la gorda.

Incluso los trabajadores que antes habían comprobado la Cámara del Enfado y no habían visto nada tenían que admitir que ahora había alguien dentro. Alguien que se movía coléricamente, murmurando como lo hacía la radisha, y que se parecía mucho a ella, según se podía entrever a través de las grietas de la puerta, que se había restaurado como se había podido.

La protectora propuso:

—Por esta noche ya está bien, volvamos. Mañana arreglaremos el desastre que he causado. —Observó a su público con intención, intentado detectar a cualquiera que pudiese causar problemas.

Los trabajadores se marcharon, aliviados solo por estar lejos de Atrapa Almas.

Ella se sentó y reflexionó. No hubo manera de explicar lo que le estaba pasando por la cabeza, hasta que empezó a hablar en un comité de voces. Entonces estuvo claro que estaba intentando resolver el mecanismo de la abducción. Parecía estar dispuesta a concederle un peso considerable a la posibilidad de que la radisha hubiera orquestado todo el asunto ella sola.

Una mujer llena de sospechas, la protectora.

Buscó e interrogó a todas y cada una de las personas que habían tratado con Minh Subredil, Sawa y Shikhandini, comenzando con Jaul Barundandi y terminando con Del Mukharjee, el hombre de confianza de aquel que recolectaba los sobornos de las trabajadoras externas.

—Dejarás de hacer eso —informó la protectora a Mukharjee—. Tú y cualquier otra persona que esté implicada. Te meteré en una bola de cristal y te colgaré sobre la puerta del servicio con todas tus entrañas al aire. Y añadiré un par de diablillos para que se alimenten de ellas durante los seis meses que te llevará morir. ¿Entendido?

Del Mukharjee entendió la amenaza a la perfección, pero no tenía ni idea de por qué la protectora querría interferir en su sustento.

La protectora era una apasionada de la corrupción.

Con el tiempo, la protectora razonó que en el palacio habían entrado tres mujeres y que de él se habían ido también tres mujeres. Parecía muy probable que las tres que se habían ido no fuesen las tres que habían entrado. Y desde entonces, de allí no había salido nadie del tamaño de la radisha.

Lo que quería decir que allí dentro aún podía haber alguien que tuviese unas cuantas respuestas.

Riendo entre dientes de un modo malévolo, Atrapa Almas se puso a buscar pruebas de que alguien se hubiese escabullido hacia las zonas remotas no habitadas del palacio.

Goblin estaba durmiendo en una vieja cama polvorienta. De cuando en cuando, sus ronquidos se convertían en estornudos y resoplidos cuando le entraba demasiado polvo en las fosas nasales.

Un graznido le hizo saltar tan de repente que casi se desmaya por incorporarse demasiado rápido. Se giró bruscamente, pero no vio nada. Oyó una risa leve y después una voz chirriante y muy extraña que casi le sonaba familiar.

—Despierta, despierta, que viene.

—¿Quién viene? ¿Quién está hablando?

No hubo respuesta. No sentía ninguna presencia encantada en particular. Era un rompecabezas.

A pesar de todo, Goblin se hacía una buena idea de quién venía. No había muchas mujeres que pudieran cazarlo allí mismo, en mitad de la noche.

Estaba preparado. Dentro de su pequeña mochila estaban los dos libros que Dormilón quería conservar con mayor celo. Llevarse los tres era físicamente imposible. Sus trampas estaban tendidas. Todo lo que tenía que hacer era desplazarse a la parte del palacio que había ocupado la Compañía Negra en la época en que sus miembros y líderes se habían alojado allí, y que ahora estaba vacía. Había maneras de salir sin ser visto, él y Un Ojo se las habían apañado para conseguirlo en los viejos tiempos. El problema era que no tenía ninguna gana de estar en la calle a esas horas de la madrugada, con o sin amuleto.

Atrapa Almas renunció casi a la totalidad de su sentido del tacto cuando escogió envolver cada centímetro de su cuerpo con cuero y un casco. Nunca había percibido el tacto o la resistencia del filamento de tela de araña que se extendía a través del pasillo, pero sí que tenía un sentido del propio peligro maravillosamente bien desarrollado. Antes incluso de que la Ghanghesha golpeará el suelo, ella ya había hecho un movimiento de defensa. Eran estos reflejos los que habían hecho posible que criaturas como ella, su hermana Dama, y Aullador, sobreviviesen durante tanto tiempo. Esta vez tenía preparados los hechizos de control que le hacían falta. Estaban todos colgando a su alrededor, brillantes como herramientas recién compradas.

La sombra que estaba atrapada dentro de la figurita casi no tuvo tiempo de situarse antes de ser atacada, atrapada e inmovilizada, y posteriormente retorcida y aplastada hasta convertirla en una bola furiosa y gemidora sin escapatoria en las manos enguantadas de la protectora. Una voz joven y alegre se dirigió a ella:

—Vas a tener que hacerlo mejor.

Atrapa Almas siguió adelante, divertida por la idea de azotar la sombra a la cara de alguien. El rastro empezó a ser más y más indefinido, y a desorientarla cada vez más. La experiencia le mostró que la causa era externa: alguien había sembrado el pasillo de telas de araña de hechizos tan sutiles que incluso ella podría no haberse dado cuenta si hubiese pasado por allí a toda prisa.

—Así que esas tenemos, demonios astutos. ¿Cuánto tiempo lleva esto aquí? Ah, ya veo, realmente mucho tiempo. Cuando hicisteis esto, todavía estabais a favor. ¿Lleváis escondidos aquí todo este tiempo? Con razón nunca he podido encontraros en la ciudad, si no estabais ahí fuera.

Con una voz completamente distinta, preguntó:

—¿Qué tenemos aquí? Me huele a que detrás de esta puerta se esconde alguien muy asustado. Y ni siquiera se ha molestado en echar el pestillo. ¿Cómo de estúpida se cree que soy?

Empujó la puerta con el pie.

Una Ghanghesha de arcilla cayó en picado de lo alto de la puerta, donde estaba colocada. Atrapa Almas soltó una risita. Fue incluso más rápida en capturar a esta

sombra, la cual aprisionó dentro de su otra mano. A continuación, se adentró en el cuarto.

Allí ya no había nadie, eso era fácil de percibir. Pero en aquel lugar había una sensación curiosa que exigía investigación.

Encendió una pequeña luz, se quedó donde estaba, y se giró lentamente para estudiar la historia de la habitación en busca de pistas sutiles. Allí habían ocurrido un montón de cosas. Una gran parte de la historia reciente de la Compañía Negra se había perfilado en aquella habitación. Conservaba un fuerte olor a miedo rancio que ella terminó por identificar con el hechicero del tribunal tagliano muerto mucho tiempo atrás: Humo.

Todo esto lo debatió consigo misma en un comité de voces discutidoras. Al final, parecía incluso entretenida. La mayoría del tiempo, para Atrapa Almas, la vida era un gran entretenimiento.

—¿Y qué tenemos aquí? —Una cosa cubierta de caracteres de tinta espiaba debajo de una vieja cama polvorienta sobre la que había alguien tumbado hasta hacía solo unos minutos. Sin pensar, Atrapa Almas extendió la mano hacia el objeto y la abrió para intentar atraparlo—. ¡Maldita sea, qué estúpida! —Malgastó varios minutos recuperando el control de la sombra que tenía atrapada, ya que esta vez se movía con mucha agilidad. La metió a duras penas en la mano que aprisionaba a la otra sombra. Allí, las dos estaban muy a disgusto: la única cosa que las sombras parecían odiar más, aparte de los humanos, eran otras sombras.

Lo que Atrapa Almas encontró en aquella habitación fue un libro con la mitad de sus páginas arrancadas. Estaba solo.

—Así que esto es lo que ha ocurrido con ellos. Nunca estuve demasiado segura de quién se los había llevado. Me pregunto si le fueron de algún uso.

Cuando estaba a punto de marcharse, la protectora echó un vistazo al libro dañado una vez más.

—Se han estado llevando sus páginas de pocas en pocas. Eso llevaría mucho tiempo, lo que quiere decir que quienquiera que lo haya hecho ha estado entrando y saliendo del palacio durante mucho tiempo. Lo cual indica, por lo tanto, que la radisha no tramó su propia desaparición. Bueno, en fin. Ha desaparecido, así que al final es lo mismo. Vamos a atrapar a la ratita que andamos buscando y dejarla jugar con nuestros amiguetes.

A diferencia de Atrapa Almas, Goblin no podía ver en la oscuridad. Sin embargo, tenía la ventaja de saber a dónde iba. Al final se las apañó para escaparse y escabullirse por una de las viejas salidas escondidas. Fuera había una lucecita proveniente de un fragmento de luna que asomaba las narices a través de jóvenes nubes escurridizas que intentaban alcanzar a Madre Tormenta. Goblin colocó la

última Ghanghesha en los adoquines, a la vista de todo el mundo, y después salió corriendo. Los libros que llevaba a sus espaldas le golpeaban y le dejaban sin aliento. Murmuró algo como que las buenas noticias eran que desde allí todo era cuesta abajo. Las malas eran que fuera estaba oscuro, había sombras al acecho, y no estaba tan seguro de la calidad de su amuleto, que tenía quince años de antigüedad. No le quedaba más remedio que esperar que en una ciudad tan inmensa ninguno de los personajes nocturnos que podían seguirle se cruzase en su camino mientras bufaba y se concentraba en sacarle ventaja a Atrapa Almas.

No se le pasó por la cabeza que podría haber recuperado las sombras que él había dejado en emboscada, y que también ellas podrían estar siguiéndolo.

Atrapa Almas se sumergió en la noche y se acercó lo suficiente como para alcanzar a ver la imagen parpadeante de su presa esfumándose entre las sombras de las estructuras que poblaban la zona exterior del palacio. Examinó la Ghanghesha y otros muchos objetos que parecían haberse dejado caer por las prisas de escapar. Lanzó sus dos sombras al aire y aplastó con un tacón la figurita de arcilla al mismo tiempo; esto enviaría unas cuantas muertes a pisarle los talones al hombrecillo.

En este punto ya estaba casi segura de estar persiguiendo al hechicero llamado Goblin.

Dio un grito. El dolor de su talón iba más allá de ningún otro que hubiera experimentado. Cuando se desplomó, deseando que su garganta se sellase, vio tres bolas de luz ferozmente brillantes adentrarse en la noche en busca de las sombras que ella había enviado para que atrapasen a Goblin. Aún luchando contra un dolor tan increíble, echó mano de un puñal y utilizó su punta para sacarse otra bola de fuego de su talón, que ya se lo había comido todo hasta llegar hasta el hueso, y le había causado algún daño en el tobillo, a pesar de su habitual protección.

—Me quedaré lisiada —gruñó—. Me ha engañado. Me ha hecho pensar que esta sería otra sombra fácil de atrapar. —Ninguna de sus voces sonaba divertida ahora—. Ese astuto bastardo pagará por esto.

La bola de fuego extraída hizo un agujero en los adoquines. Atrapa Almas trató de ponerse en pie, aún con la intención de pasar por alto su dolor. Descubrió que no iba a ser capaz de caminar, aunque no estaba perdiendo sangre: la bola de fuego le había cauterizado la herida.

—Mi querida hermana, si no estuvieras muerta ya, te mataría yo por inventar estos malditos chismes.

Desde las murallas del palacio, camino abajo, el eco transportó una risa.

Un parpadeo de luz blanca brillaba tras Goblin.

—De todos modos, creo que a alguien sí que voy a matar. —Atrapa Almas emprendió su camino hacia la entrada del palacio a cuatro patas, murmurando

continuamente. Había aislado el dolor en una esquina remota de su mente y ahora se concentraba en su enfado por lo que esta odisea le estaba causando a sus maravillosos pantalones y guantes de cuero.

CAPÍTULO 41

—¿Te lo puedes creer? —pregunté—. Estaba tan furiosa por arruinar su modelito como lo estaba por perder a Goblin y resultar herida.

Un Ojo rio socarronamente, enormemente aliviado porque Goblin había conseguido escapar.

—Sí, me lo creo.

—¿Qué? ¿También tú?

—Es algo norteño. Solo viste de cuero. Vosotros siempre os burláis de cosas así, pero probablemente ella tiene que volar más de ocho mil kilómetros cada vez que quiere comprarse unos pantalones nuevos. Lo que quiere decir que realmente tiene que andarse con cuidado y vigilarlos. No como algunos... ¡Oye! ¡Puñetazos no! Aquí todos estamos del mismo lado.

—¿Puedes creerte lo que dice este pervertido? —le pregunté a Sahra.

—Pues vete a preguntarle a Swan. —Un Ojo me mostró su diente. El que estaba a punto de perder—. Él te dirá que esa mujer tiene sus buenas razones para algunas cosas.

Sahra prefirió centrarse en los negocios.

—¿Qué vamos a hacer si continúa fingiendo que la radisha está bien? ¿Cuánta gente ve a la princesa normalmente? No mucha, ya lo sé. Y el consejo secreto ya no existe. Ya nos hemos ocupado de ellos, excepto de Mogaba.

—De él también tenemos que ocuparnos —gruñó Un Ojo.

—No intentemos hacer demasiado. El gran general será más difícil de atrapar de lo que fueron los otros.

—En realidad, no tendría que tener escondida a la radisha durante demasiado tiempo —reflexioné—. Quizá dos semanas, mientras nombra un nuevo consejo que ladre «¡sí, señora!» o pregunte «¿cómo de alto?» cuando se les obligue a saltar.

Un Ojo soltó un bufido.

—Tiene razón. Puede que hubiéramos debido tener eso en cuenta.

—Yo sí que lo he tenido en cuenta —dije—. Tener a la radisha bajo nuestro control parecía el mejor plan. Podemos salir con ella cada vez que Atrapa Almas se ponga demasiado rara. Y Atrapa Almas se dará cuenta de ello. No dejará que la tentación la lleve demasiado lejos. No hasta que se encargue de nosotros.

—Hará todo lo que esté en su mano para encontrar y recuperar a la radisha —dijo Sahra—. Estoy segura de ello. Y esto quiere decir que necesitamos darnos prisa y salir de la ciudad.

—Antes de irme, yo tengo que hacer una cosita. Que no me espere nadie. Murgen, sé un buen amigo y esfuérzate de verdad en averiguar más sobre este otro cuervo blanco.

No esperé su respuesta. Ahora que Goblin parecía estar a salvo, yo estaba ansioso por entrevistar a nuestro último prisionero.

Alguien se había tomado sus molestias por hacer que la radisha estuviese cómoda. Ni siquiera la habían encerrado en una jaula. Era de suponer que Un Ojo había esparcido unas cuantas muestras de hechizos estranguladores.

La estudié mientras aún no se había percatado de mi presencia. Tenía una reputación formidable cuando la Compañía había llegado a Taglios por primera vez. Y había luchado mucho también, pero los años la habían desgastado. Ahora parecía vieja, cansada y derrotada.

Di un paso al frente.

—¿Te han tratado bien hasta ahora, radisha?

Me mostró una sonrisa débil. En su mirada había un destello de enfado y sarcasmo.

—Lo sé. Esto no es el palacio. Pero yo me he visto en peores situaciones, incluyendo estar encadenado y sin techo sobre mi cabeza.

—¿Y en escondrijos de animales?

—Llevo viviendo aquí seis años. Te acabas acostumbrando.

Eran más de seis años, pero no iba a preocuparme de ser preciso.

—¿Por qué?

—El agua duerme, radisha. El agua duerme. Nos estaba esperando, y nosotros teníamos que venir.

En ese instante la realidad la golpeó. Sus ojos se abrieron como platos.

—A ti te he visto antes.

—Muchas veces. Últimamente, en las inmediaciones del palacio. Y hace mucho, mucho tiempo, también en las inmediaciones del palacio, con el portaestandarte.

—Tú eres la idiota.

—¿Ah, sí? Quizás uno de nosotros...

Entonces empezó a enfadarse.

Yo le dije:

—Eso no te va a ayudar, pero si necesitas desahogarte para sentirte mejor, te esto en cuenta: la protectora ya está ocultando tu desaparición con una tapadera. La única persona que lo sabía con seguridad (sin contarnos a nosotros, los villanos, por supuesto) ya está muerta. Habrá más muertes, y tú empezarás a emitir los comunicados más escandalosos desde tu Cámara del Enfado. Y dentro de seis meses, la protectora estará tan afianzada en el poder, respaldada por los grises y por aquellos que creen que pueden beneficiarse de aliarse con ella, que tú ya no importarás. — Mientras que Atrapa Almas pudiera llegar a un acuerdo con Mogaba.

Eso no lo mencioné.

La radisha se puso a hablar con bastante grosería de su aliada.

Le dejé continuar un rato y después le ofrecí otro eslogan:

—Todos sus días están contados.

—¿Qué demonios significa eso?

—Que antes o después atraparemos a todos los que nos hicieron daño. Tienes razón. No es algo demasiado cuerdo, pero nosotros somos así. Últimamente has estado viéndolo suceder. Solo la protectora y el gran general están aún en libertad. Todos sus días están contados.

La realidad hizo un poco más de mella. Era una prisionera. No sabía dónde estaba. No sabía lo que iba a ocurrir. No sabía que sus captores estaban dispuestos a llevar su rencor hasta límites insospechados, justo como habían jurado antes de que cometiera el error de dejarse seducir por las abstractas promesas de Atrapa Almas.

—No tienes designado a ningún heredero, ¿no?

El cambio de dirección le confundió.

—¿Qué?

—Que no existe ninguna línea de sucesión claramente designada.

—¿Qué? —repitió.

—En estos momentos, no solo te tengo como rehén, sino que también tengo firmemente en mis manos todo el futuro de Taglios y los Territorios taglianos. No tienes hijos. Tu hermano no tiene hijos.

—Ahora ya soy muy vieja para eso.

—Tu hermano no. Y aún está vivo.

Entonces la dejé, pensando, con la boca abierta.

Barajé la posibilidad de ver de nuevo a Narayan Singh, pero concluí que iba a parecer demasiado ansioso. De todos modos, estaba demasiado cansado. No se trata con un Impostor sin un dominio total de tus facultades. El sueño era el amante cuyos brazos necesitaba que me arropasen.

CAPÍTULO 42

Estaba jugando al tonk con Spiff, JoJo, y Kendo Cutter, una mezcla interesante. Al menos, tres de nosotros nos tomábamos nuestra religión bastante en serio. El nombre real de JoJo era Cho Dai Cho. Era un nyueng bao, y, en teoría, el guardaespaldas de Un Ojo. Pero Un Ojo no quería guardaespaldas, y JoJo no quería ser uno, así que no se veían mucho el uno al otro, y el resto de nosotros veíamos tan poco a JoJo como a tío Doj.

—Solo estáis poniéndoos en contra del tonto del pantano, ya lo sé —se quejó JoJo.

—¿Confabularme yo, con un herético y un no creyente? —dije yo.

—Les tenderás una emboscada cuando termines de recoger mis huesos.

Yo estaba teniendo una racha de suerte inusual.

A todo el mundo le fastidia cuando su marca favorita está en racha.

—No puedo acostumbrarme a esto de no tener que ir al trabajo —dije yo.

JoJo descartó un seis que yo necesitaba para ganar, con esta, cinco veces seguidas.

—Puede que este sea mi día.

—Entonces sería un buen día para salir y encontrarte un novio.

—Goblin, aún estás vivo. Con lo furiosa que estaba Atrapa Almas anoche, me imaginé que te devoraría de tentempié de medianoche antes de que consiguieras hacer la mitad del camino a casa.

Goblin me obsequió con su enorme sonrisa de rana.

—Va a caminar raro durante un tiempo. No podía creerme que la hubiese pisado de verdad. —Su sonrisa desapareció—. He estado pensando. Puede que agarrarla de ese modo fuese un error. Podía haberla conducido a algún sitio en medio de un fuego cruzado...

—Eso lo habría estado buscando. De hecho, su sospecha de algo así fue probablemente una de las razones por las que no siguió persiguiéndote. ¿Quieres sentarte?

Mis tres acompañantes fruncieron el ceño. Goblin no era Un Ojo, pero no se fiaban ni un pelo de él. Sabían, con la confianza que da la ignorancia, que Goblin era aún más listo cuando hacía trampas. El hecho de que su historia fuese la de alguien que perdía más de lo que ganaba era solamente parte de la tapadera.

Podríais haberos dado cuenta de que al humano, como animal, le agrada formarse prejuicios y aferrarse a ellos, y convertirse en su inquebrantable comisario contra toda razón o contradicción.

—Esta vez no. —Goblin era capaz de captar una indirecta. Otra vez ya sería él quien les tomase el pelo de algún modo y se riese tontamente tras su abanico de

cartas. Y les estaría bien empleado—. Tengo trabajo que hacer. Ya se me están quejando todos de un fantasma que había anoche rondando el almacén. Tengo que alcanzarlo.

Yo tenía una mano perdedora. O un pie, más bien. La dejé caer sobre la mesa.

—Me está haciendo sentir culpable por holgazanear. —Recogí mis ganancias.

—Has demostrado que tenías razón. Las mujeres no saben jugar a las cartas. Si me quedo aquí mucho rato más, no quedará ni una monedita a mi nombre. Y entonces este año no tendrías regalo de cumpleaños.

—El año pasado tampoco tuve.

—Pues debo de haber estado jugando al tonk ese año también. Hay tantos de vosotros que jugáis que se me hace difícil recordar quiénes me dejáis sin blanca una y otra vez.

Ahora gruñeron todos.

Goblin dijo:

—Igual puedo unirte a vosotros, solo para una o dos manos.

—Déjalo, no pasa nada. Mejor que ayudes a Dormilón. O Dormilón puede ayudarte a ti. —Los gruñidos cesaron hasta que estuvimos demasiado lejos como para oírlos.

Goblin se rio entre dientes, y yo también.

—Tenemos que casarnos —dijo.

—Soy demasiado viejo para ti. Mira a ver si Chandra Gokhale te sirve.

—¿No son esos dos como una pareja de ratas hambrientas? —Gokhale y Drupada se peleaban constantemente. Sus disputas aún no habían llegado a lo físico solo porque se les había advertido claramente que el ganador de cualquier pelea sería terriblemente castigado.

—Puede que uno de ellos mate al otro y se lo coma —dije yo—, si tenemos suerte.

—Está claro que eres un soñador.

—¿Qué opinión tienes acerca del fantasma ese?

Se encogió de hombros.

—Sabes que es la chica, ¿no?

—Estoy bastante seguro.

—¿Crees que está pasando por lo mismo que pasó Murgén cuando empezó?
¿Atravesar el tiempo y todo eso?

—No sé. Hay una cierta diferencia. Con Murgén nadie vio nunca nada.

—¿Puedes detenerla?

—¿Te está asustando?

—En el sentido de que tengo miedo de que salga y consiga ayuda, sí.

—¡Ooh! No había pensado en eso.

—Pues hazlo, Goblin. ¿Y qué hay del cuervo blanco? ¿Podría ser ella el cuervo blanco?

—Yo creía que el cuervo blanco era Murgen.

Murgen sabía montárselo mejor.

—Murgen está aquí, como esclavo investigador de Sahra.

—No sería la primera vez que Murgen está en el mismo lugar observándolo todo desde dos momentos distintos.

—Me ha dicho que no recuerda ser el cuervo.

—Quizás es porque aún no lo ha sido. Quizás es un Murgen del año próximo, o algo así.

No supe qué decir a eso. Esa posibilidad no se me había pasado por la cabeza, y Murgen ya había hecho algo así antes.

—Por otro lado, personalmente no creo que sea ni Murgen ni la mocosa. —Lució su gran sonrisa de sapo. Sabía que con eso me haría tropezar.

Y lo hice.

—¿Qué? Qué rata eres. ¿Y quién es entonces?

Se encogió de hombros.

—Tengo un par de ideas, pero aún no estoy preparado para hablar de ellas. Tú tienes los Anales. Lo único que necesitas para seguir mi razonamiento está justo ahí. —Se puso a reír tontamente, encantado consigo mismo por haber confundido a la Analista en su propio juego, por decirlo de alguna manera—. Ja, ja. —Se giró bruscamente, bailoteando—. Vamos a darle una paliza a Narayan Singh. Anda, mira quién está aquí. Swan, eres demasiado condenadamente viejo para llevar el pelo tan largo, a no ser que te lo peines todo hacia arriba para, digamos, cubrirte el granito.

Sostuve un dedo sobre la cúpula de Goblin, señalando hacia abajo. En toda mi vida no le había visto crecer ninguna cosecha en él.

Swan dijo:

—Parece que a ti también se te están pronunciando un poco las entradas. Probablemente venga de darte tantos cabezazos bajo las mesas. —Swan me miró con una ceja levantada—. ¿Ha estado fumando hierba o algo?

—No. Lo que pasa es que no ha superado el hecho de que tu novia le haya pisado los talones y él saliera ganando en puntos. —Indirectamente, sin embargo, Swan había señalado algo interesante: siendo el cáñamo tan común, era un milagro que Goblin y Un Ojo no se hubiesen aficionado a la parte lúdica de la semilla.

Goblin comprendió lo que yo estaba pensando sin que dijese una palabra. Me dijo:

—No tenemos nada que ver con eso porque te jode la cabeza.

—¿Y esa orina de búfalo que fabricas ahí atrás no?

—Eso es medicina pura, Dormilón. Tienes que probarlo. Está a rebosar de cosas

buenas para ti.

—Mi dieta está bien como está, Goblin. Excepto por el pescado y el arroz.

—Eso es lo que estoy diciendo. Hacemos una recaudación, nos compramos un cerdo... Da igual lo que diga Sahra. No hay nada más dulce que unas cortezas con alubias...

Swan se había autoinvitado a acompañarnos en nuestra caminata de poco más de veintiún metros hacia la jaula de Narayan.

—Yo sí que me apunto a eso. Llevo sin probar beicon más de veinte años.

—Joder —dijo Goblin—. ¿Qué te apuntas? Tío, si tú ya no tienes ni siquiera nombre. Estás muerto.

—Podría subir corriendo al palacio y excavar en mi colchón. A mí el tiempo no me ha tratado siempre mal.

—No te vas a casar conmigo, Dormilón —dijo Goblin—, así que te casarás con Swan. Tiene una reserva escondida y es demasiado endemoniadamente viejo para molestarte con esas cosas de hombres. Narayan Singh, levanta tu culo flacucho y apestoso de mierda y háblame.

Swan susurró:

—La supervivencia debe de ser una droga realmente poderosa.

—Supongo que debe de serlo cuando tienes la edad de Goblin —concedí yo.

—Yo supongo que lo es a cualquier edad.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir, supongo, que debería haberme dirigido de vuelta al norte hace mucho tiempo. Aquí no tengo nada. Debería haberme puesto a deambular cuando Blade y Fibroso bajaron, pero no podía. Y no era solo porque Atrapa Almas me estuviese retorciendo el brazo.

—¿Umm?

—Soy un perdedor. Todos éramos perdedores. Los tres. Ni siquiera pudimos triunfar como soldados en el viejo imperio. Desertamos. Blade consiguió que lo lanzasen a los cocodrilos por su impertinencia con los sacerdotes en su país de origen. Nunca tuvimos arranque de verdad, ninguno de nosotros. Yo y Fibroso solo seguimos bajando hacia aquí porque una vez que nos pusimos a correr nos iba a llevar mucho tiempo parar. Ahora ya no tengo amigos, ya no tengo a nadie que me empuje a hacer cosas.

No lo iluminé con la información sobre la salud de Blade y Mather, que se encontraban entre los Tomados, pero sí que se lo señalé.

—No puedes ser totalmente inepto. Prácticamente desde que estás aquí, siempre has recibido uno u otro tipo de encargo del trono tagliano.

—Soy alguien de fuera, un cabeza de turco ideal. Todos saben quién soy y todos me reconocen, así que la protectora o la radisha me colocan ahí fuera, en el frente,

donde pueda amortiguar toda la impopularidad de sus decisiones.

—Ahora van a tener que encontrar a otra persona.

—No me mires así. No me uniría a la Compañía Negra ni aunque prometieras casarte conmigo y hacerme capitán también. Vosotros tenéis la condena escrita en la frente.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Yo? Puesto que ya no tengo ni el peso ni el cuerpo joven para ir a casa (y mi casa ya no estaría allí cuando yo llegase, de todos modos), lo que me gustaría hacer es lo que intentamos hacer cuando llegamos aquí por primera vez. Montarme una pequeña cervecería y pasar mis últimos años haciendo la vida de la gente un poco más fácil.

—Estoy seguro de que a Goblin y a Un Ojo les gustaría acoger a un socio.

—¿Ellos dos? De ninguna manera. Se beberían la mitad de las existencias. Se emborracharían y empezarían a pelearse y a lanzarse los barriles entre ellos...

Ahí tenía razón.

—Ahí tienes razón. Aunque últimamente han hecho gala de un autocontrol considerable.

—Si tu cagada te va a costar la vida, eso ayuda a que prestes atención. Este tío siempre me sorprende. —Se refería a Narayan Singh—. Tiene todo el aspecto de una verruguita trivial. Ahí fuera, en las calles, hay otros diez mil que tienen exactamente la misma pinta ahora mismo y ninguno de ellos llegará a hacer nada más importante que morir de hambre.

—Si creyese que iba a servir de algo, a este también le dejaría morir de hambre. Narayan, he vuelto. ¿Hoy vas a hablar conmigo?

Singh levantó la vista. Parecía sereno, en paz. Eso sí podía decirse de los Estranguladores. Nunca tenían problemas de conciencia.

—Buenos días, muchacha. Sí. Podemos hablar. Seguí tu consejo y me dirigí a la diosa, y ella aprobó tu petición. Francamente, me sorprendió. Para un chollo así, no concretó ninguna condición especial aparte de que las vidas y el bienestar de sus agentes principales permanezcan intactos.

A Swan le sorprendió más que a mí.

—¿Has oído lo que ha dicho el tipo este, Dormilón?

—Ya, no sé. Me figuré que aún tratarían de abrirse camino a lo comadreja incluso después de que no pudiesen andarse con más evasivas. —Esto exigía un poco de reflexión, o quizá mucha. Y quizá también algo de preocupación—. Estoy realmente encantado, Narayan. De verdad. ¿Dónde está la Llave?

Narayan formó una sonrisa casi tan fea como la de Un Ojo.

—Yo te conduciré a ella.

—Ajá —murmuré yo—. Ya veo. El primer zapato cae. Vale. ¿Cuándo estarás

preparado para viajar?

—En cuanto la chica se recupere. Puede que hayas notado que ha estado enferma.

—Sí, sí que lo he notado. Pensé que debía de estar en esos días del mes. —Un pensamiento horrible, realmente horrible, me cruzó la mente—. No está embarazada, ¿verdad?

La cara de Singh me transmitió que esa noción era totalmente impensable para él.

—Muy bien. Pero no importa, Narayan. Mientras que conspiremos juntos los Impostores y la Compañía Negra, vosotros dos no vais a ser un equipo. Es una triste verdad, Narayan Singh, pero no confío en ti. Y en ella no confiaría ni aunque estuviese en la tumba.

Sonrió como si supiera un secreto.

—Pero esperas que nosotros confiemos en ti.

—Si me baso en el conocido hecho de que una vez que ha realizado un juramento, la Compañía siempre cumple su palabra, sí. —Era una ligera exageración, por supuesto.

Narayan lanzó una mirada a Swan que duró solamente un segundo. Volvió a sonreír.

—Supongo que eso va a tener que servirme.

Mostré mi sonrisa falsa más centelleante.

—Maravilloso. Estamos juntos en los negocios. Voy a preparar a alguna gente para la expedición. ¿Tenemos mucho que recorrer?

Sonrisa.

—No está lejos. Solamente a unos días al sur de la ciudad.

—Ja. La Arboleda de la Condena, debí haberlo imaginado.

Conduje a Swan de vuelta y regresé a la mesa con los otros.

—Quiero aquí al hijo de Singh en cuanto podamos cogerlo.

No nos haría daño tener un poco de munición extra.

CAPÍTULO 43

—No sé qué hacer conmigo, si no tengo que trabajar —me dijo Sahra. Ella y Tobo estaban acurrucados enfrente de la caja de la neblina, compartiendo lo que podían con Murgen. Me gustó ver a madre e hijo llevándose bien.

—Siempre hay trabajo para aquellos que quieran sacar los botones que recuerden a todo el mundo a nosotros cuando nos hayamos ido. Siempre hay algo que se necesita arrastrar río abajo.

—Parfraseando a Goblin, echo tanto de menos el trabajo como para ofrecirme voluntaria para hacerlo. ¿Hay algo de nuevo?

—Los chicos acaban de traer al hijo de Singh. Un chico muy guapo. También han traído un par de decretos que encontraron colgados en los pilares de anuncios oficiales. Llevaban allí desde que la radisha se había retirado.

—¿Qué dicen?

—Principalmente que está dispuesta a pagar recompensas bastante generosas a cambio de información que la conduzca a atrapar a cualquier miembro de la banda de vándalos que se hacían pasar por integrantes de la difunta Compañía Negra y que causaban desorden público.

—¿Se creará eso alguien?

—Si lo repite lo suficiente, sí. No me importa que vaya contando cuentos chinos, lo que me importa es que ofrezca recompensas. Ahí fuera hay gente que vendería a su madre. Si pone a un par de malditos en la calle repartiendo dinero por ahí y presumiendo de cómo se han aprovechado de la situación, alguien que realmente podría saber algo podría optar por disminuir las probabilidades.

—Entonces ¿por qué no nos vamos y ya está? De todos modos, aquí ya no hay mucho más que podamos hacer, ¿no?

—Podemos atrapar a Mogaba.

—Deja que el mundo se lo crea. Suelta un rumor. Suelta un montón de rumores sobre el gran general y también sobre la radisha, mientras nos vamos. ¿Cuándo os vais a por la Llave?

—No estoy seguro. Pronto. Estoy dilatando el tiempo para que a Slink le llegue un mensaje.

Sahra asintió y sonrió.

—Bien pensado. Singh tendrá algo planeado.

De repente, Sauce Swan se autoinvitó a unirse a nosotros.

—La chica tiene algún tipo de problema.

Le miré con el ceño fruncido. Sahra hizo lo mismo, pero fue lo suficientemente educada para no preguntar:

—¿La Hija de la Noche? ¿Qué tipo de problema?

—Creo que está teniendo un ataque de algo.

—Qué oportuna —gruñí.

Al mismo tiempo, Sahra llamó a Tobo a gritos para que trajese a Goblin.

Yo rugí:

—¿Qué hacías tú cerca de ella, Swan?

Le subieron un poco los colores y dijo:

—Eh...

—¡Pero qué imbécil eres! Dama te engañó. Jadeaste por ella durante años y luego apretaste las clavijas a docenas de millones de personas por dejar que la hermana pequeña de Dama amenace con soplarte en la oreja. ¿Y ahora vas a dejar que la mocosa de Dama te ponga un aro en la nariz y haga de ti un idiota aún mayor? ¡Realmente eres estúpido y patético, Swan!

—Yo solo estaba...

—Pensando con algo que no es tu cerebro. Como si fueses un quinceañero lelo. ¡Esta mujer no es ninguna monada de virgencita, Swan! Es peor que tu peor pesadilla. Ven aquí.

Vino. Hice un movimiento repentino, violento, como había querido hacer tantas veces con mis tíos. La punta de mi puñal penetró la piel de debajo de su barbilla.

—¿De verdad quieres tener una muerte realmente estúpida, humillante y absurda? Házme lo saber y yo lo arreglaré. Pero sin que el resto de nosotros tengamos que volver a pagar el pato.

La carcajada de Un Ojo llenó el aire.

—¿No es una maravilla, Swan? Vas a tener que pensar en ella en lugar de tus viudas negras habituales. —Estaba de nuevo en la silla de ruedas de repuesto de Do Trang, pero esta vez moviéndose por sí solo.

—Para ti también podría arreglar algo absurdo y humillante, viejo.

Simplemente se rio de mí.

—Has invitado al soldado este, Aridatha, para que conozca al papi que había perdido hace tanto tiempo, Dormilón. Tienes que atenderlo en lugar de estar aquí flirteando con Swan.

En ocasiones podía ser exasperante. Y le encantaba. Siempre que podía encontrar algún gancho...

—Explícale a Un Ojo lo que quieres decir con lo que me has contado de la chica. Un Ojo, encárgate. Solúcionalo. Pero sin matarla. Singh no me dará la Llave si matamos a esa... brujilla escuchimizada.

CAPÍTULO 44

Diablo. Aridatha Singh casi hizo que cambiase de idea acerca de mi juramento de apartarme de los hombres. Era guapísimo. Alto, bien proporcionado, con una sonrisa preciosa que mostraba dientes magníficos, incluso cuando estaba tenso. Sus modales eran perfectos. Era un caballero en todos los sentidos, excepto por su condición de nacimiento.

—Tu madre debe de haber sido una maravilla —le dije.

—¿Perdón?

—Nada, nada. Aquí me llaman Dormilón. Tú eres Aridatha. Esa presentación nos basta.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hago aquí? —No se puso a vociferar ni a amenazarnos. Sorprendente. Pocos taglianos reconocían eso alguna vez como una pérdida de tiempo.

—No es necesario que sepas quiénes somos. Estás aquí para conocer a un hombre que también es prisionero nuestro. No menciones que serás liberado tras tu entrevista, porque él no lo será. Ven conmigo.

Momentos después, Aridatha Singh observó:

—Eres una mujer, ¿no?

—La última vez que miré, lo era. Ya hemos llegado. Este es Narayan. ¡Narayan! ¡Levántate! Tienes visita. Narayan, este es Aridatha. Tal y como había prometido.

Aridatha me miró intentado comprender. Narayan se quedó mirando al hijo que nunca había visto y encontró algo en él que le hizo derretirse por un instante. Y yo sabía que podría llegar a él si me las apañaba para que no pareciese que le estaba pidiendo que traicionase a Kina.

Di un paso atrás y esperé a que pasara algo. No pasó nada. Aridatha no dejaba de mirarme. Narayan simplemente seguía con la vista fija en él. Cuando al final se me agotó la paciencia, le pregunté a Narayan:

—¿Envío a gente para que traigan también a Khaditya y a Sugriva? ¿Y a sus hijos?

Esto fue suficiente para que Narayan se sintiese amenazado y Aridatha comprendiese que lo habían secuestrado porque pertenecía a una familia en particular. Yo vi el mismo instante en que cayó en la cuenta. Cuando volvió a mirarme, lo hizo de una manera completamente distinta.

—Desde mi punto de vista, no se pueden decir demasiadas cosas buenas de este hombre, pero no puedes llamarle mal padre —dije yo—. El destino nunca le dio la oportunidad de ser bueno o malo. —Excepto con la chica, por quien había hecho todo lo posible, para total indiferencia de aquella—. Es muy leal.

Aridatha se dio cuenta de que esto no trataba de él en absoluto. Que él solo era un

gancho para conseguir algún tipo de movimiento por parte de Narayan Singh. El mismísimo Narayan Singh, infame jefe del culto Estrangulador.

Aridatha volvió a ganarse mi corazón cuando estiró los hombros, dio un paso adelante y ofreció a su padre un saludo formal. En él no había ningún calor, pero era totalmente correcto.

Los observé intentar encontrar un terreno común, algún punto desde donde empezar. Y vaya si lo encontraron rápido. Nunca habíamos encontrado ninguna prueba para despreciar el aprecio de Narayan Singh a su Lily. Aridatha tenía una opinión bastante alta de su madre.

—Menuda pieza es este hombre, ¿no?

Yo me quedé estupefacto. No había oído nada en absoluto, pero Camina Ríos estaba tras de mí. Ríos no tenía demasiado talento para el sigilo, lo cual me dejó con la terrorífica idea de que Aridatha Singh realmente estaba teniendo efectos sobre mí.

—Sí. Sí que lo es. Y no sé muy bien por qué.

—Bueno, yo te lo diré. Me recuerda a Sauce Swan. Un tipo decente, con cimientos, pero inteligente. Y aún lo suficientemente joven para no estar arruinado por la vida.

—¡Ríos! Deberías oírte hablar. Casi llegas a inteligente.

—No lo menciones delante de los otros. Un Ojo se imaginará por qué no puede hacerme trampas en el tonk más de la mitad del tiempo. —Volvió a observar a Aridatha—. Y también es guapo. Es mejor que le mantengas alejado de tu bibliotecario. Se fugarán juntos y te dejarán solo.

Otro corazón roto.

—¿Tú crees? ¿Qué pistas...?

—No sé. Podría equivocarme.

—¿Cuándo tiene que estar de vuelta? ¿Podemos dejarlo aquí toda la noche?

—¿Te estás proponiendo probarlo?

Normalmente, Ríos no me enfurecía demasiado, así que supe que de alguna manera tenía que estar pidiéndolo.

—No. No en ese sentido. Al villano que tengo dentro se le ha ocurrido una idea: que le presentemos a la radisha antes de soltarle.

—¿Ahora haces de celestina?

—No. Ahora le enseño a un tipo cuadrulado que su gobernante no está en el palacio. Puede hacer creíbles los rumores porque puede contar la verdad.

—No nos vendría mal.

—Échales un ojo a estos dos. Yo voy a hablar con la Mujer.

Camina Ríos arqueó una ceja. Nadie, aparte de Swan, utilizaba ya ese término para describir a la radisha.

—Estás adquiriendo malas costumbres.

—Seguramente.

CAPÍTULO 45

Encontré a la radisha ensimismada. No dormida, no meditabunda, sino deambulando dentro de sí, seguramente con un inmenso sentimiento de culpa porque su reciente falta de estrés la aliviase. Por un momento, sentí compasión. Puede que ella y su hermano fuesen nuestros enemigos, pero en el fondo eran buenas personas. El *Rajadharma* se había reproducido en su interior.

—¿Señora? —Le debía un respeto, pero no podía utilizar títulos nobiliarios—. Necesito hablar con usted.

Levantó la mirada lentamente. Incluso en su desesperación, parecían ojos que lo conocían todo y se preocupaban por todo.

—¿Eran todos mis empleados del hogar mis enemigos?

—Nosotros no elegimos ser tus enemigos. Incluso hoy honramos y respetamos la oficina real.

—Sí, claro. Para recordarme mi locura. Como los bhodi y sus inmolaciones.

—Nuestra disputa contigo nunca tendrá las dimensiones de nuestra disputa con la protectora. Con ella nunca podríamos encontrar un camino hacia la paz. Tú nunca dejarías sueltas las *skildirsha* por la ciudad, y ella sí.

Y la profundidad de su maldad es tal, que no ve la perversión de lo que está haciendo.

—Tienes razón. ¿Tienes nombre? Si estuviera, para nuestra seguridad, unos cuantos siglos atrás, podríamos considerarla una diosa. Un poder capaz de aplastar reinos por banalidad, del modo en que un niño voltearía un montoncito de tierra formado por hormigas solo para ver a los bichos embarullarse.

—Mi nombre es Dormilón. Soy el analista de la Compañía Negra. También soy el villano que planea la mayor parte de tus desgracias. Esta situación, no formaba parte del plan maestro, pero la oportunidad se nos presentó. Ahora parece que somos mejores estrategas.

La radisha se había concentrado en la conversación.

—Continúa.

—La protectora ha optado por cubrir tu desaparición. Oficialmente, estás en tu Cámara del Enfado, purificándote y pidiendo a los dioses y a tus ancestros que calmen tu corazón y te den sabiduría en los problemáticos tiempos venideros. Sin embargo, has hecho pausas para publicar algunos decretos bastante sorprendentes. Mis hermanos trajeron consigo estos dos. Mis hermanos son analfabetos, así que no podrían seleccionarlos por el contenido, pero estos dos son probablemente representativos. Haré que traigan más, si quieres.

La radisha leyó primero la oferta de recompensas. Era sencilla y sensata.

—Esto debe de incomodarte.

—Pues sí.

—Ella no tiene dinero para las recompensas. ¿Qué es esto? ¿Una reducción del diez por ciento en la asignación de arroz? No tenemos raciones de arroz. No necesitamos racionarlo.

—No, no lo necesitáis, aunque no todo el mundo que quiere arroz pueda permitírselo. Y algunos de nosotros, que estaríamos muy contentos de verlo terminarse, no tenemos opción a comer nada más.

—¿Sabes qué es esto? —La radisha golpeó el decreto con el dedo índice de su mano derecha como si estuviera intentando perforarlo—. Te lo diré yo. Todas esas personalidades extrañas no se manifiestan solamente como voces. O eso, o es que ella estaba de un humor especialmente raro cuando redactó esto. Está bajo los hechizos esos, cuando las voces parecen poseerla completamente. Nunca duran demasiado.

Ah, pensé, este es un chisme interesante, merece la pena volver a él después.

—¿Podrías rebatir con algo más sólido? No tengo la mano de obra suficiente para cubrir la ciudad entera, pero puedo ver que hay nuevos decretos colgados en los lugares más importantes.

—¿Cómo pruebas que sean originales? Cualquiera puede coger un trozo de *naada* tratado y escribir algo en él.

—Estoy trabajando en eso. Tenemos un invitado: un soldado muy respetado de uno de los batallones de la ciudad. Lo trajimos para que visitase a otro prisionero. He pensado que podría correr la voz de que tú también estás prisionera aquí.

—Interesante. Sabes lo que hará ella, ¿no? Ponerte en evidencia. Fabricar una imitación o una versión ilusoria de mí y retarte a que tú fabriques tu radisha. Lo cual no harás porque no te interesa demasiado que te maten. ¿Es correcto?

—Podemos arreglárnoslas con eso. La protectora tiene un grave *handicap*, y es que nadie cree lo que ella dice. Y han empezado a pensar eso de ti también, porque están empezando a verte como la víctima de sus burlas. ¿Por qué siempre has tenido una actitud tan odiosa y traicionera para con la Compañía?

—No soy la víctima de sus burlas. No tienes ni idea de la cantidad de chaladas conspiraciones tuyas que he conseguido contener.

No le dije que sí que teníamos idea. Ya la había enfadado lo suficiente como para que hablase, pero la pinché un poco más.

—¿Por qué odiabas a mis hermanos antes de que bajaran siquiera el río?

—Yo no les...

—Puede que haya escogido la palabra equivocada. Pero había algo. Todos los analistas anteriores a mí lo percibieron y supieron que atacarías a la Compañía Negra en cuanto te sintieras a salvo de los Maestros de las Sombras. No estabas tan obsesionada como Humo, pero compartías su enfermedad.

—No lo sé. Me he preguntado eso muchas veces en la última década. Me fui

después de dar la orden de que os atacaran, pero Humo y yo no éramos los únicos. El principado entero se sentía igual. Existía la memoria de un tiempo lejano, cuando la Compañía...

—Ese tiempo nunca existió. Nadie se molestó en mencionarlo en las historias y documentos de aquellos días. Lo poco que he logrado descifrar de nuestros propios Anales de aquel entonces es una tediosa rutina. La única batalla terrible que encontré llegó cuando la Compañía tenía tres generaciones. Tuvo lugar no muy lejos de aquí y la Compañía salió derrotada, casi la borran del mapa. Sus tres volúmenes de Anales cayeron en manos enemigas, y desde entonces han estado en bibliotecas taglianas. Desde el momento en que la Compañía regresó a Taglios, se nos ha negado el acceso a ellos. Se realizaron toda clase de locuras para impedir que consiguiéramos esos libros. Y por lo que yo puedo ver, el único secreto escondido en ellos que debía salvaguardarse a toda costa, era que, durante esos tempranos años, no sucedió nada extraordinario. No fue, en absoluto, una época de saqueos y sangre derramada.

—¿Cómo podrían todos los habitantes de una docena de estados recordar algo que nunca sucedió y tener pavor a que sucediese de nuevo?

Me encogí de hombros.

—No sé. Le preguntaremos a Kina cómo lo hizo justo antes de que la matemos.

La expresión de la radisha me dijo que estaba pensando que no estaba sola en su capacidad para creer en lo imposible.

—¿Quieres deshacerte de tu amiga lunática? —le pregunté—. ¿Quieres salir del atolladero con nosotros? ¿Quieres recuperar a tu hermano? —Era de suponer que la posibilidad de que el prahbrindrah, Drah, aún viviese habría cobrado importancia en sus pensamientos recientes.

La radisha abrió y cerró la boca varias veces. Nunca había sido una mujer atractiva, pero las presentes circunstancias conspiraban para hacerla casi repulsiva.

¿Debería condenarla yo? El tiempo no me estaba haciendo ningún favor a mí tampoco.

—Podemos encargarnos. De todo ello.

—Mi hermano está muerto.

—No, no lo está. Nadie externo a la Compañía lo sabe, ni siquiera Atrapa Almas. Pero la gente a la que ella atrapó ahí fuera bajo la llanura está congelada en el tiempo. O algo así. No entiendo la mística o la ciencia implicadas. A lo que yo voy es que están ahí, están sanos, y podemos traerlos aquí de nuevo. Acabo de cerrar un trato que nos dará la Llave que necesitamos para abrir el camino.

—¿Puedes traer a mi hermano de vuelta?

—Y también a Fibroso Mather.

La luz no era buena, pero detecté el rubor que le cubría hasta el cuello.

—Para vosotros no hay secretos, ¿no es así?

—No muchos.

—¿Qué quieres de mí?

Nunca esperé llegar a este punto con la mujer, a pesar de su reputación de tener los pies en la tierra, ser sensata y eficiente. De modo que no tenía una respuesta preparada. En cualquier caso, me las arreglé para presentarle una lista de deseos rápidamente.

—Podrías salir a algún lugar público donde un montón de gente te vea, te reconozca, y repudie a la protectora. Podrías exculpar a la Compañía Negra. Podrías prenderle fuego al gran general. Podrías anunciar que llevas quince años bajo el diabólico hechizo de Atrapa Almas, pero ahora finalmente te has liberado. Podrías volver a hacer que fuésemos los buenos de la película.

—No sé si puedo hacer eso. Llevo temiendo a la Compañía Negra demasiado tiempo. Y aún la temo.

—El agua duerme —dije—. ¿Qué ha hecho la protectora por ti?

La radisha no tenía respuesta para eso.

—Podemos traer de vuelta a tu madre. Piensa en el peso que te quitaría eso de encima. *Rajadharma*.

Con una voz fuertemente controlada, la radisha espetó:

—¡No digas eso! Eso me arranca las entrañas y me estrangula con ellas.

Eso era exactamente lo que le había deseado en una o dos ocasiones cuando estaba de un humor menos magnánimo.

Aridatha Singh me miró con extrañeza.

—No era en absoluto como pensé que sería Narayan Singh. —Ver a su soberano no le había impresionado tanto como le había impresionado ver a su padre.

—No mucha gente lo es cuando empiezas a conocerlos. Ríos, ¿quieres devolver a este hombre donde lo encontraste? —Era de noche, sí, pero aún teníamos esos dos amuletos que habíamos conservado de las guerras del Maestro de las Sombras. Tenían todo el aspecto de funcionar a la perfección aún. Deseé tener otro centenar de ellos, pero Goblin y Un Ojo ya no podían fabricarlos. No estoy seguro de por qué. No compartían sus negocios artesanales conmigo. Supongo que son demasiado viejos.

Me preocupo mucho cuando me imagino un futuro sin ellos. Y un futuro sin Un Ojo no puede ser muy lejano.

Oh, Señor de los Huéspedes, consévalo hasta que los Tomados regresen y todas nuestras disputas se resuelvan.

CAPÍTULO 46

Había hombres cargando por todo el almacén. Algunos estaban siguiendo con preparaciones frenéticas de la evacuación de la Compañía, otros se estaban preparando para acompañarnos a mí y a Narayan a la Arboleda de la Condena para coger la Llave nyueng bao. Los nyueng bao, los cómplices de Banh Do Trang y el puñado de personas aún unidas a la Compañía de algún modo parecían estar moviéndose de un lado a otro nerviosamente solo por el hecho de moverse. Estaban asustados y preocupados.

Banh Do Trang había sufrido un derrame durante la noche, y el pronóstico de Un Ojo no era muy alentador.

—No digo que ella tuviese que ver con ello, pero Do Trang fue el primero en darse cuenta de que la chica estaba vagando por ahí fuera de su cuerpo —dije yo.

—Lo que le pasa es que es viejo, Dormilón. Eso no se lo ha hecho nadie. Si quieres mi opinión, ya está bastante pasado de fecha. Permaneció aquí porque se preocupa por Sahra, y Sahra ahora está bien. De hecho, parece que su marido podría ser liberado. Además, es demasiado viejo para escaparse. Atrapa Almas encontrará este lugar tarde o temprano, una vez que Mogaba haya llegado y comience a buscar. No me sorprendería si Do Trang decidiese que morir sería lo mejor que podría hacer por todos nosotros ahora mismo.

Yo no quería que Do Trang se marchase, por todas las razones por las que a ninguno nos gusta ver morir a las personas cercanas a nosotros, pero también porque él era, a su silenciosa manera, el mejor amigo que la Compañía había tenido en generaciones enteras.

Intenté meterme de lleno en el trabajo, como los demás. Le dije a Goblin:

—Incluso si ella es totalmente inocente, quiero que la amarréis para que no pueda deambular por ahí. Haz lo que tengas que hacer, excepto lisiarla de por vida o asesinarla.

Goblin dio un suspiro. Últimamente, eso era lo que hacía cuando alguien le daba trabajo. Supongo que a estas alturas estaba demasiado cansado para chillar.

—¿Dónde está Un Ojo?

—Eh... —Mirada furtiva a su alrededor y un susurro—. No digas que yo te he dicho nada, pero creo que está intentando averiguar cómo llevarse su equipamiento cuando nos marchemos.

Meneé la cabeza y me fui de allí.

Santaraksita y Baladitya me hicieron llamar. Habían aceptado su situación y se estaban aplicando con mucha voluntad. El Maestro Bibliotecario parecía particularmente emocionado por enfrentarse, por primera vez en años, a un reto académico real. Me dijo:

—Dorabee, con la emoción, me olvidé de mencionar que sí que di con una respuesta para tu pregunta sobre una lengua nyueng bao escrita. Existió una. Y no solo una, sino que este libro, el más antiguo, está escrito en un dialecto único de esa lengua. Los otros se escribieron en un dialecto tagliano antiguo, aunque el original del tercer volumen emplea el alfabeto extranjero en lugar de los caracteres nativos.

—Lo que indica que el alfabeto invasor tenía valores fonéticos bien definidos que, en aquella época, deben de haber sido más precisos que aquellos de la escritura nativa. ¿No es cierto?

Santaraksita se quedó embobado. Un momento después, dijo:

—Dorabee, nunca dejas de sorprenderme. Lo que dices es totalmente correcto.

—Entonces, ¿has descubierto algo interesante?

—La Compañía Negra salió de la llanura, que tenía el nombre de Piedra Reluciente incluso entonces, y lo que hizo principalmente fue andarse con rodeos de un pequeño principado al siguiente, con peleas internas sobre si se sacrificarían, o no, para traer el Año de los Cráneos. Los sacerdotes unidos a la Compañía estaban muy entusiasmados, pero los soldados no demasiado. Por lo visto, muchos de ellos se ofrecieron voluntarios para escapar de algo llamado la Tierra de las Sombras Desconocidas, no porque quisieran traer el fin del mundo.

—La Tierra de las Sombras Desconocidas, ¿eh? ¿Algo más?

—He profundizado en una información de muy buena calidad sobre el precio de las herraduras cuatro siglos atrás y sobre la escasez de varias plantas medicinales que pueden encontrarse ahora en todo jardín de especies.

—Cosas realmente apasionantes. Sigue con ello, *sri*.

Quería decirle que tenía que marchar con el resto de nosotros, pero decidí no preocuparle por el momento. Se lo estaba pasando bien. Todavía no tenía sentido ponerle a escoger entre la abducción o ir hacia la muerte.

Tío Doj apareció.

—Do Trang quiere verte.

Le seguí a la minúscula habitación que el viejo se había construido en un rincón remoto del almacén. De camino, Doj me advirtió de que Do Trang era incapaz de articular palabra.

—Ya ha visto a Sahra y a Tobo. Creo que a ti también te tenía aprecio.

—Vamos a casarnos en una vida próxima. Si los gunni están en lo cierto.

—Estoy dispuesto a viajar.

Me detuve.

—¿Qué?

—Voy con vosotros a la Arboleda de la Condena.

—Más te vale que no se te haya pasado por la cabeza la locura de atrapar la Llave.

—Accedí a ayudarlos, y lo haré. Quiero estar allí para asegurarme de que el Impostor cumple con su palabra. El Impostor, señorita Dormilón, Impostor. También accedí a entregaros ese volumen de los Libros de los Muertos, y su escondite está de camino.

—Muy bien. La presencia de *Varita de Fresno* me servirá de consuelo a mí y de vejación a mis enemigos.

Doj se rio entre dientes.

—Desde luego que sí.

—No vamos a volver aquí.

—Lo sé. Cuando nos marchemos, me llevaré todo lo que deseo conservar. No vas a necesitar fingir con Do Trang. El sabe su camino. Hazle el honor de una despedida honesta.

Hice aún más. Se me llenaron los ojos de lágrimas por primera vez en mi vida adulta. Posé mi cabeza sobre el pecho del anciano durante un minuto y le susurré mi agradecimiento por su amistad, y renové mi promesa de verle en una vida próxima. Era una pequeña herejía, pero no creo que Dios me haya estado haciendo un seguimiento demasiado de cerca.

Banh levantó una mano débilmente y me acarició el pelo. Después de eso, me levanté y me marché para estar solo en algún otro lugar con mi duelo por un hombre que, aparentemente, nunca había sido tan cercano a mí, pero iba a dejar un impacto clave en el resto de mi vida. Comprendí que, cuando mis lágrimas se secaran, nunca más volvería a ser el mismo Dormilón. Y que ese era un legado que Do Trang quería dejar tras de sí.

CAPÍTULO 47

El mayor problema que esperaba de la evacuación fue uno que aparecía cada vez que la Compañía recogía sus cosas y se mudaba después de haberse establecido en un lugar durante mucho tiempo. Las raíces y ataduras debían romperse, y los hombres debían abandonar las vidas que habían creado para sí mismos.

Algunos no se iban.

Los que sí se iban, le decían a alguien a dónde se dirigían.

La fuerza nominal de la Compañía estaba formada por más de doscientas personas, aproximadamente. Un tercio de ellos no vivían en Taglios, pero mantenían identidades en lugares dispersos donde podían ayudar a los hermanos que viajaban. A grandes trazos, era muy parecido a lo que solían hacer los Impostores. En parte, eso era intencionado, porque aquellas personas habían pasado siglos encontrando los caminos más seguros.

Al principio del todo, los mensajeros salían a repartir mensajes clave a nuestros hermanos lejanos para comunicarles que se acercaban tiempos problemáticos. A nadie se le decía lo que estaba ocurriendo, solo se les advertía de que algo iba a ocurrir, y de que iba a ser algo gordo. Una vez que había llegado ese mensaje clave, ya era demasiado tarde para dejar nada en la estacada.

Tras los mensajeros, irían, con el tiempo, la mayoría de los hombres, en grupos lo suficientemente pequeños como para no llamar la atención, disfrazados de una docena de cosas, marchándose de Taglios en lo que yo consideraba su orden de riesgo plausible. Los últimos en dejar la ciudad eran aquellos con los enredos más pesados. Todos los hombres pasaban por una serie de controles y puntos de asamblea, donde cada vez se les informaba solamente de su destino inmediato. La principal esperanza, sin embargo era que Atrapa Almas no empezase a alcanzarnos hasta que los que iban a irse estuvieran fuera.

Aquellos que se negaban a marcharse eran disculpados (mientras que se mantuviesen fieles a los intereses de la Compañía en la ciudad). Era útil tener a unos pocos agentes a mano después de que la Compañía pareciese haberse ido.

Eso era también algo que los Impostores llevaban haciendo generación tras generación.

Habría llamativos espectáculos de humo y el demonio Niassi sería mucho más frecuente, y les estropearía el día a los grises. Se esperaba que los hombres que se quedaban (yo no sabría quiénes eran porque estaría entre los primeros en irse) llevaran a cabo lo que se suponía que debía parecer una serie de ataques al azar, allanamientos, y actos de vandalismo que más tarde comenzarían a parecer parte de una campaña de terror destinada a alcanzar su punto álgido durante el Druga Pavi. Si Atrapa Almas mordía el cebo, se pasaría el tiempo preparándose para tendernos una

emboscada allí.

Si no, cada hora ganada era una hora más adelante en el camino para mis hermanos antes de que la protectora se diese cuenta de que habíamos hecho lo inesperado una vez más. E incluso entonces, yo esperaba que nos buscara en los lugares equivocados durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 48

Mi división fue la primera en abandonar Taglios. Nos fuimos la mañana en que murió Banh Do Trang. Conmigo fueron Narayan Singh, Sauce Swan, la radisha Drah, madre Gota y tío Doj, Camina Ríos, Iqbal Singh con su esposa Suruvhija, dos niños y un bebé, y su hermano Runmust. Además, llevábamos varias cabras con pequeños fardos y pollos atados a sus lomos, dos burros (uno de los cuales madre Gota conducía la mayor parte del tiempo), y un carro de bueyes del que tiraba una bestia que nos esforzábamos mucho por que pareciese más triste y desaliñada de lo que realmente estaba. Casi todo el mundo se camufló bajo algún disfraz. Los shadar se recortaron el pelo y la barba y las familias al completo se pusieron vestimentas vehdna. Yo seguí siendo vehdna, pero me vestí de mujer. La radisha se vistió de hombre. Tío Doj y Sauce Swan se afeitaron la cabeza y se transformaron en discípulos bhodi. Swan se oscureció con tinte, pero no hubo manera de cambiar sus ojos azules. Gota se las tuvo que apañar sin las costumbres nyueng bao.

Narayan Singh se quedó exactamente igual, a simple vista no se le podía distinguir entre miles de otros iguales que él.

Teníamos un aspecto bizarro, pero se nos unieron grupos aún más extraños para compartir las dificultades de la carretera. Sin embargo, solo nos juntábamos cuando acampábamos. En la carretera, nos extendíamos a lo largo de más de medio kilómetro, con uno de los hermanos Singh al frente y el otro en la parte de atrás, mientras que Ríos se situaba bastante cerca de mí. Los hermanos llevaban consigo un par de mecanismos que Goblin y Un Ojo les habían entregado. Si Narayan, la radisha o Swan se alejaban más de una fila, los hechizos asfixiantes les atenazarían la garganta.

A ninguno de los tres se le había informado de eso. Ahora se suponía que todos éramos amigos y aliados, pero mi creencia es confiar en algunos de mis amigos más que en otros.

En la carretera Rocosa que el capitán había construido entre Taglios y Jaicur, no atrajimos miradas en ningún momento. Pero una multitud como esa, con un bebé, un carro de bueyes, oradores vehdna normales y todo eso, no destaca. La estación tampoco ayudaba, y yo me harté profundamente de la lluvia.

La última vez que viajé por la carretera Rocosa, lo hice a lomos de un gigante semental negro que recorría la distancia entre Taglios y Ghoja por el río Main en un día y una noche sin apresurarse.

Cuatro días después de haber dejado la ciudad, aún estábamos así de lejos del puente de Ghoja, que sería nuestro primer cuello de botella serio. Por la tarde, tío Doj decidió anunciar que la carretera solo podía acercarnos hasta ese punto al sitio donde él había escondido la copia del Libro de los Muertos.

—Oh, maldita sea —dije yo—. Yo esperaba que estuviese más abajo. ¿Cómo vamos a explicar la tenencia de un libro si nos paran?

Doj me mostró las palmas de sus manos y una gran sonrisa.

—Soy sacerdote. Un misionero. Échame la culpa a mí. —A pesar de las dificultades, estaba feliz—. Ven, ayúdame a desenterrarlo.

—¿Qué es este lugar? —pregunté dos horas después—. Nos habíamos metido en algo que podría haber salido de una de las antiguas pesadillas de Murgen con Kina. Casi veinte metros de bosques formaban una empalizada que lo rodeaba.

—Es un panteón. Durante el caos de la primera invasión de los Habitantes de las Sombras, antes de que llegara la Compañía Negra, probablemente incluso antes de que tú hubieras nacido, uno de los ejércitos de los Habitantes de las Sombras utilizó esto como campo, y después como zona de entierros. Plantaron los árboles para ocultar las tumbas y monumentos de los ojos del enemigo.

Al notar mi expresión de horror, añadió:

—Ahí abajo tienen costumbres distintas para hacerse cargo de los muertos.

Eso ya lo sabía. Había estado allí y lo había visto. Sin embargo, nunca lo había visto tan concentrado ni emanando tanto aire de depresión.

—Es un sitio lúgubre.

—Un hechizo hace que lo parezca. Pensaron que volverían y convertirían el lugar en un monumento conmemorativo después de que ganasen la guerra. Querían mantenerlo alejado de la gente.

—Y yo estoy dispuesto a complacerles en ese deseo. Esto es demasiado espeluznante para mí.

—Vamos, no es para tanto. Esto no debería llevarnos más de unos pocos minutos.

Sí que nos llevó más de unos pocos minutos, pero no muchos más. Fue cuestión de arrancar la tapadera de una de las tumbas más lujosas y desenterrar un paquete envuelto en varias capas impermeables.

—Este es un sitio que vale la pena recordar —dijo Doj a medida que nos alejábamos—. La gente que vive cerca de aquí no se le acerca, y la gente que viene de lejos, no lo conoce. Es un buen escondite.

—Me muero de ganas.

—La Arboleda de la Condena también te va a encantar.

—Ya he estado allí y tampoco me gustó, pero en ese momento estaba demasiado preocupado por los Estranguladores como para que me preocuparan fantasmas o diosas de la antigüedad.

—Es otro buen escondite.

No tengo sospechas por naturaleza como lo hace Atrapa Almas, pero de vez en cuando, sí. Y sospecho particularmente de viejos nyueng bao reticentes que de repente se vuelven habladores y dispuestos a ayudar.

—El capitán se escondió allí una vez —dije—. Él tampoco encontró el lugar agradable. ¿Qué te propones?

—¿Proponerme? No te entiendo.

—Me entiendes perfectamente, viejo. Ayer era solo un jengali más, aunque uno que tenías que tolerar. Hoy, de repente, me regalas consejos que no te he pedido. Me estás ofreciendo el beneficio de tu sabiduría acumulada, como si fuese una especie de aprendiz. ¿Quieres que lleve eso un rato? —Después de todo, era un anciano.

—A medida que el ritmo y la presión han ido aumentando, y los acontecimientos han tomado giros inesperados (pero normalmente favorables), me he puesto a reflexionar más detenidamente sobre la sabiduría de Hong Tray, sobre las cosas que preveía, incluso sobre su diabólico sentido del humor. Y creo que por fin estoy empezando a captar el significado completo de sus profecías.

—O el de una enorme cantidad de bulos. Cuéntaselo a Sahra y a Murgén la próxima vez que los veas. Y ponles un poco de sentimiento sincero a tus disculpas.

Mi intento de ser desagradable no le sometió. Las lluvias vespertinas llegaron un poco más temprano y mucho más abundantes, completadas por una granizada realmente feroz. A lo largo de la carretera, de debajo de los árboles donde habíamos dejado a nuestro propio grupo, salieron disparados un montón de viajeros para intentar recoger el hielo antes de que se derritiera. Los taglianos nunca ven nieve, y las tormentas de la estación de lluvias son la única ocasión en que ven hielo (a no ser que se desplacen hacia lo que solían ser las Tierras de las Sombras, a las elevaciones más altas del Dandha Presh).

Escarbar en busca de piedras de granizo era un juego de jóvenes. Los viejos se apelotonaban bajo los árboles tan resguardados como podían, protegidos con su ropa de agua. El bebé no paraba de llorar, no le gustaban los truenos. Runmust e Iqbal trataban de echarles un ojo a los niños, así como vigilar de cerca a los viajeros que no conocíamos.

Estaban convencidos de que cualquiera que nos encontrásemos en la carretera podría ser un espía enemigo, lo cual a mí me parecía una actitud perfectamente sensata.

Camina Ríos rondaba por allí maldiciendo la lluvia, lo cual también me pareció una actitud perfectamente sensata.

Tío Doj hizo un buen trabajo no atrayendo ninguna atención hacia su carga. Se estableció junto a Gota, que se puso a protestar, pero sin su entusiasmo habitual.

Yo me senté al lado de la radisha. Estos días la llamábamos Tadjik. Le dije:

—¿Has empezado a entender por qué tu hermano encontraba la vida en la carretera tan atractiva?

—Confío en que estés siendo sarcástico.

—No del todo. ¿Cuál ha sido la peor crisis a la que te has enfrentado hoy? ¿Qué

se te han mojado los pies?

Gruñó. Pero entendió lo que quería decir.

—Creo que lo que le ofendía era la política, el hecho de que daba igual lo que pensase hacer porque siempre había un centenar de hombres egoístas que querían trastornar su visión en beneficio propio.

—¿Lo conocías? —preguntó la radisha.

—No muy bien. No tanto como para filosofar. Pero no era un hombre que mantuviese sus puntos de vista en secreto.

—¿Mi hermano? Entonces, estar fuera debe de haberlo cambiado mucho más de lo que yo creía posible. Mientras vivió en el palacio, nunca reveló su personalidad interior. Eso habría sido demasiado arriesgado.

—Su poder estaba más seguro fuera. No tenía que complacer a nadie, aparte de al Libertador. Sus hombres terminaron por quererlo, le habrían seguido a cualquier parte. Por esto la mayoría de ellos murieron cuando tu atacaste la Compañía.

—¿De verdad que está vivo? ¿No me estás manipulando solo para conseguir tus fines?

—Por supuesto que sí. Que sí te estoy manipulando, claro está. Pero también es cierto que está vivo. Todos los Tomados lo están. Por eso abandonamos Taglios aunque tu parte estuviese huyendo. Queremos a nuestros hermanos fuera antes de que hagamos nada más.

Oí un susurro.

—Hermana. Hermana.

—¿Qué?

La radisha no había hablado. Me miró inquisitivamente.

—Yo no lo he dicho.

Miré alrededor con aprensión, pero no vi nada.

—Debe de ser solo la lluvia sobre las hojas.

—*Hum.* —La radisha tampoco estaba convencida.

Era difícil de creer, pero echaba mucho de menos a Goblin y a Un Ojo.

Encontré a tío Doj de nuevo.

—Dama insistía en que tú eras un hechicero de segunda. Si es que tienes talento para algo, utilízalo para averiguar si nos están observando o siguiendo. —Una vez que Atrapa Almas empezase a buscarnos fuera de Taglios, a sus cuervos y sombras no les llevaría mucho tiempo encontrarnos.

Tío Doj emitió un gruñido de falta de compromiso.

CAPÍTULO 49

Empezamos a sentir miedo de verdad no a la mañana siguiente, sino a la otra, justo cuando parecía que teníamos razones de sobra para ser optimistas. El día anterior habíamos adelantado bastante, aún no había cuervos alrededor y parecía que alcanzaríamos la Arboleda de la Condena antes de las lluvias vespertinas, lo que quería decir que podríamos completar nuestra misión allí y abandonar el lugar antes de que cayese la noche. Yo estaba feliz.

Una banda de jinetes apareció en la carretera al sur y se dirigió hacia nosotros. A medida que se acercaron, se hizo evidente que iban vestidos de uniforme.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Ríos.

—Esperar que no nos estén buscando a nosotros. Sigue adelante.

Los jinetes no mostraron interés alguno en los viajeros que iban delante de nosotros, aunque apartaron a todo el mundo de la carretera a la fuerza. No iban al galope, pero tampoco perdían el tiempo.

Tío Doj se aproximó al burro que no transportaba a Gota. *Varita de Fresno* estaba oculta entre el revoltijo de las tiendas de campaña y los palos que conformaban la carga del animal. Entre los palos de bambú para las tiendas de campaña, también se encontraban varios proyectores de bolas de fuego preciosos.

Ahora nos quedaban muy pocos ejemplares de estos, y no tendríamos más hasta que sacásemos a Dama de bajo tierra. Goblin y Un Ojo no los podían fabricar ellos mismos, aunque Goblin admitía, en privado, que hacía solo diez años pasaba justo lo contrario.

Eran demasiado viejos para cualquier cosa que exigiese capacidad flexible de pensamiento, y, especialmente, habilidad física. El proyector de neblina era, con toda probabilidad, la última gran contribución con que nos obsequiarían. Sin embargo, incluso la mayoría de la parte no mágica de la construcción de ese aparato se había logrado utilizando las jóvenes manos de Tobo.

Capté un destello de acero pulido proveniente de los jinetes.

—En la parte izquierda de la carretera —le dije a Ríos—. Quiero que todo el mundo se sitúe allí cuando tengamos que apartarnos de su camino.

Pero mis palabras llegaron tarde. Nuestro hombre al frente, Iqbal, ya se había apartado hacia la derecha.

—Espero que tenga dos dedos de frente como para volver a cruzar al otro lado cuando pasen ellos.

—No es estúpido, Dormilón.

—Está aquí con nosotros, ¿no es así?

—Eso es un hecho, sí.

La banda de jinetes resultaron ser lo que yo esperaba: los precursores de una tropa

mucho más numerosa, que, a su vez, resultó ser la vanguardia de la Tercera División Territorial del Ejército tagliano.

La Tercera División Territorial era la formación personal del gran general, lo que significaba que Dios había elegido ponernos cara a cara frente a Mogaba.

Traté de no preocuparme sobre qué clase de broma era la que estaba maquinando Dios. Solo Él conoce sus motivos. Me limité a asegurarme de que todo mi grupo estaba situado a la izquierda de la carretera, pero conseguí que nos dispersásemos aún más. Después empecé a preocuparme pensando a cuál de nosotros podría reconocer Mogaba o cualquier otro lo suficientemente veterano como para recordar las guerras de Kiaulune y las del Maestro de las Sombras.

Ninguno de nosotros era memorable. Muy pocos nos remontábamos el tiempo suficiente como para haber cruzado nuestro camino con el del gran general. Obviamente con la excepción de tío Doj, madre Gota, Sauce Swan... ¡eso es! ¡Y Narayan Singh! Narayan había sido un aliado cercano del gran general en la época anterior a la última guerra del Maestro de las Sombras. Ellos dos habían unido sus perversas mentes en ocasiones innumerables.

—Voy a necesitar cambiar mi aspecto.

—¿Qué?

El pequeño y flacucho Impostor se había materializado a mi lado y me había dado un buen susto. Si podía acercarse silenciosamente de ese modo...

—Va a tratarse del gran general, Mogaba. ¿No es así? Y podría reconocerme incluso aunque hayan pasado años desde que nos vimos las caras por última vez.

—Me dejas impresionado —dije yo.

—Yo hago lo que desea la diosa.

—Por supuesto.

No existe ningún dios aparte de Dios, a pesar de que cada día yo tuviese que tratar con una diosa cuyo impacto en mi vida era mucho más tangible. Había veces en las que me las veía y me las deseaba para no pensar. En compasión, Él es como la Tierra.

—¿Digamos que tomas prestado algo de ropa y te deshaces de tu turbante?

Sin embargo, no hacer nada me parecía la solución perfecta para él. Como ya he dicho antes, Narayan Singh tenía el mismo aspecto que la mayor parte de la población masculina gunni. Yo creía que Mogaba tendría dificultades para reconocerlo incluso si hubieran sido amantes, a no ser que Narayan se delatase. Y, ¿cómo podría hacerlo? Era el maestro Impostor, el santo en vida del culto.

—Eso podría funcionar.

Singh se esfumó. Yo le observé, con repentinas sospechas. No podía no ser consciente de su anonimato natural, por lo tanto debía de estar intentado crear un patrón de pensamiento predispuesto dentro de mi mente.

Deseé poder cortarle el cuello, sin más. No me gustaba lo que provocaba en mis

pensamientos. Facilitaba que me obsesionase con preocupaciones acerca de lo que estaba haciendo realmente. Pero le necesitábamos. Sin él, no podíamos recoger la Llave. Ni siquiera tío Doj sabía con exactitud qué era lo que estábamos buscando. Nunca había visto, o había oído hablar siquiera de la Llave antes de que la robaran. Esperé que, si la veía, la reconociese.

Debería pararme un poco a pensar cómo íbamos a poder librarnos de las garantías tan sólidas que yo le había dado, y que le habían hecho viajar con nosotros y confiar en que no asesinásemos a la Hija de la Noche mientras estaban separados.

La caballería terminó de adelantarnos con su repiqueteo de herraduras. No nos habían prestado ninguna atención, ya que no habíamos insistido en interponernos en su camino. Unos cuantos cientos de metros por detrás de ellos venía el primer batallón de infantería, tan perfectamente organizado, limpio e impresionante como Mogaba podía tenerlo mientras marchaba. Yo recibí unas cuantas ofertas de matrimonio pasajero, pero aparte de eso, nuestra presencia les fue totalmente indiferente a los soldados. La Tercera Territorial era una división profesional y bien disciplinada, una extensión de la voluntad y el carácter de Mogaba, nada que ver con las bandas de parias andrajosos que constituían la Compañía.

De todos modos, éramos un cero a la izquierda en lo militar. Hoy no podíamos unirnos y pelear, y mucho menos enfrentarnos a formaciones como la Tercera Territorial. A Matasanos se le rompería el corazón cuando lo desenterrásemos.

Mi optimismo comenzó a desvanecerse. Con los soldados acaparando la carretera viajábamos mucho más lentamente. Los edificios famosos que indicaban el camino a la Arboleda de la Condena estaban a la vista, pero aún a una distancia de horas. No podíamos empujar al carro ni a los animales en un terreno embarrado.

Empecé a buscar un sitio donde refugiarnos de la lluvia, aunque no recordaba ninguno bueno de las visitas previas a la zona. Tío Doj no me fue de ninguna ayuda cuando le pregunté. Me dijo:

—No hay ninguna cubierta importante antes de la arboleda.

—Alguien debería ir a explorar.

—¿Tienes algún motivo para preocuparte?

—Que estamos tratando con Impostores. —No mencioné que se suponía que Slink y el grupo de Semchi nos encontrarían allí. No había necesidad de que Doj lo supiera. Y además, Slink podría haberse visto retrasado si había tenido que esquivar el ejército y las patrullas de Mogaba.

—Ya iré yo, cuando pueda hacerlo sin suscitar curiosidad.

—Llévate a Swan. Es quien tiene más probabilidades de delatarnos. —La radisha también era un riesgo, aunque hasta ahora no había mostrado inclinación alguna a gritar pidiendo ayuda. Pero Camina Ríos estaba demasiado cerca de ella como para agarrarla del cuello si se atrevía siquiera a respirar profundamente.

No era estúpida. Si pretendía traicionarnos, debía esperar hasta que pudiera hacerlo con cierta probabilidad de sobrevivir al intento.

Tío Doj y Sauce Swan se las apañaron para desviarse sin llamar la atención, aunque tío tuvo que hacerlo sin *Varita de Fresno*. Yo me uní a Ríos y a la radisha y señalé:

—Este país está mucho más desarrollado de lo que solía estarlo.

Cuando yo era joven, la mayor parte del terreno entre Taglios y Ghoja estaba desierto. Las aldeas eran pequeñas y pobres y sobrevivían a base de extensiones mínimas de terreno. En aquellos días no existían granjas independientes, y ahora parecían estar por todas partes, fundadas por veteranos de mente independiente y confianza en sí mismos o por refugiados provenientes de las torturadas tierras que una vez se habían postrado bajo el puño de los Maestros de las Sombras. Muchas de las granjas nuevas se amontonaban hasta llegar justo a la carretera de derecho de paso. En ocasiones dificultaban el apartarse de la carretera.

La fuerza que se desplazaba hacia el norte estaba compuesta por alrededor de diez mil hombres, los suficientes para ocupar cientos y cientos de kilómetros de calzada incluso sin el tren y los seguidores del campo que venían detrás. Pronto se hizo obvio que no llegaríamos a la Arboleda de la Condena antes de que llegasen las lluvias y cayese la noche.

Si tuviese elección, yo no quería estar en ningún lugar cercano al sitio en cuestión cuando hubiese oscurecido. Una vez, hace años, había ido allí por la noche como parte del asalto de la Compañía que debía capturar a Narayan y a la Hija de la Noche. Asesinamos a un montón de amigos suyos, pero ellos dos habían conseguido escapar. Tan solo recordaba el miedo y el frío, y también cómo la arboleda parecía tener un alma propia que era más extraña que el alma de una araña. Murgen dijo una vez que estar en ese lugar de noche era tan horrible como atravesar uno de los sueños de Kina. Aunque pertenecía a este mundo, tenía un poderoso toque ultramundano.

Traté de preguntarle a Narayan sobre ello. ¿Por qué habían escogido sus predecesores esa arboleda en particular como su lugar más sagrado? ¿Cómo había sido de diferente de otras arboledas de aquellos tiempos, cuando el impacto de la humanidad en la faz de la tierra había sido mucho menor?

—¿Por qué deseas saberlo, analista? —Singh sospechaba de mi interés.

—Porque soy curioso por naturaleza. ¿Nunca tienes tú curiosidad por cómo han sucedido las cosas y por qué las hace la gente?

—Yo sirvo a la diosa.

Esperé. Evidentemente, él consideraba esa una explicación adecuada. Por mi parte, al ser algo religioso, podía abarcarla incluso aunque no la encontrase satisfactoria.

Ofrecí un resoplido de indignación, al que Narayan respondió con una sonrisita.

—Ella es real —dijo.

—Ella es la oscuridad.

—Ves su obra a tu alrededor cada día.

Eso era incierto.

—Eso es incierto, hombrecillo. Pero si llega a liberarse algún día, creo que sí veremos su obra. —Esta discusión se había tornado increíblemente incómoda de repente. Me colocaba en la posición de admitir la existencia de otro dios que no era el mío, lo cual mi religión insistía en que era imposible—. No existe ningún Dios aparte de Dios.

Narayan volvió a sonreír.

Mogaba hizo la única cosa buena que había hecho por mí en su vida. Apareciendo en persona, me ahorró la rigurosa y embarazosa gimnasia mental necesaria para reconfigurar a Kina como un ángel caído que había sido lanzado al foso. Yo sabía que podía hacerse. Los elementos del mito de Kina podían encajarse con los principios de la única religión verdadera siempre que hubiera una rápida capa de revelación, y yo habría completado un curso de acrobacia religiosa suficientemente elegante como para suscitar el orgullo de mis profesores de la infancia.

Mogaba y sus hombres viajaron tres cuartas partes del camino hacia la parte de atrás de la columna. El gran general iba montado a caballo, lo cual era una sorpresa porque nunca antes había sido jinete. No obstante, la mayor sorpresa de todas fue la naturaleza de su corcel.

Era uno de los sementales de raza negra engendrada mediante hechizos que la Compañía había traído del norte. Yo pensaba que estaban todos muertos. No había visto ninguno desde las guerras de Kiaulune. Este ejemplar no solo no estaba muerto, sino que gozaba de una salud extraordinaria, a pesar de su edad. También parecía aburrido por el asunto de viajar.

—No te quedes con la boca abierta —me dijo Camina Ríos—. A la gente le entra curiosidad por saber por qué la otra gente tiene curiosidad.

—Creo que podemos permitirnos quedarnos mirando un rato. Mogaba sentirá que se lo merece. —Mogaba tenía todo el aspecto del gran general y poderoso guerrero. Era alto y perfectamente proporcionado, de buena constitución, e iba bien vestido y arreglado. Sin embargo, debido a la nube plateada que cubría su pelo, parecía un poco más viejo de lo que era cuando lo vi por primera vez, justo después de que la Compañía tomara Jaicur de las manos de Sombra de Tormenta. Entonces no tenía pelo, ya que había preferido taparse la cabeza. Parecía de buen humor, lo que no era una condición que yo le había asociado en el pasado, cuando todos sus ardides se habían visto frustrados gracias a que el capitán parecía andar por ahí trastabillando y haciendo justo las cosas que anulaban todos los esfuerzos de Mogaba.

Cuando el gran general pasó por nuestro lado, su caballo soltó un resoplido

repentino y movió bruscamente la cabeza. Después respingó ligeramente, como si hubiese tropezado con una serpiente. Mogaba soltó una maldición a pesar de que en ningún momento estuvo en peligro de caerse de la montura.

Del cielo se desprendió una risotada. Un cuervo blanco cayó justo después de ella y se posó precariamente sobre el palo que llevaba el portaestandarte personal del gran general.

Aún maldiciendo, Mogaba no se dio cuenta de que su corcel giró la cabeza para mirarme cuando pasé por su lado.

El maldito bicho me guiñó un ojo.

Me habían reconocido. La bestia en cuestión debía de ser la misma que yo había montado tantos años atrás, a lo largo de tantos cientos de kilómetros.

Empecé a ponerme nervioso.

Alguno de los guardias personales de Mogaba lanzó una flecha hacia el cuervo, pero esta no alcanzó su objetivo y aterrizó no demasiado lejos de Runmust, que dio un grito enfadado antes de pensar. Entonces, el gran general descargó su ira sobre el arquero.

El caballo continuó observándome. Yo resistí la tentación de echar a correr. Quizás aún podría salir de esta...

El cuervo blanco graznó algo que podrían haber sido palabras, pero que a mí solo me sonó a jaleo. El caballo de Mogaba dio un salto lo suficientemente alto como para refrescar el pozo de la vituperación. Miró hacia delante y se puso a trotar. El efecto final fue desviar la atención de nosotros, vasallos que iban al sur.

Todos, excepto Iqbal Suruvhija, se quedaron mirando el suelo y se pusieron a caminar un poco más rápido. Poco después, habíamos superado el mayor peligro. Me dirigí hacia Swan, que aún estaba tan nervioso que tartamudeó cuando intentó hacer un chiste sobre palomas que venían a posarse sobre el gran general cuando aún estaba vivo.

Nos sobrevoló otra risotada. El cuervo, a una gran altura, casi no podía distinguirse entre las nubes que se iban juntando. Deseé disponer de alguien que pudiera aconsejarme qué hacer con el bicho.

Durante una generación, los cuervos no han sido buenos presagios para la Compañía. Sin embargo, este parecía habernos hecho un favor.

¿Podría ser el Murgén de otro tiempo?

Murgén estaría observándonos, de eso estaba seguro, pero ese cuervo no tenía modo de comunicarse con nosotros. Así que quizá...

Si era así, este encuentro habría sido una aventura también para él, que sabía que si nos pillaban, sus probabilidades de resurrección caerían en picado.

CAPÍTULO 50

La travesía del gran general nos retuvo durante tanto tiempo que nos fue imposible abandonar la carretera de manera discreta hasta después de que se puso a llover lo suficiente para ocultar nuestros movimientos a los ojos de todo el mundo, quitando a alguien que estuviera extremadamente cerca. En ese momento, pudimos marchar desapercibidos. Nuestra formación de viaje se deterioró hasta formar un pelotón miserable. Tan solo Narayan Singh mostraba una voluntad real de llegar a la arboleda, y tampoco se daba prisa. Normalmente no me sobraba la empatía, y me encontré a mí mismo compadeciéndome de los hijos de Iqbal.

Swan señaló:

—A Singh le convendría que llegásemos justo después de que cayera la noche.

—La oscuridad siempre llega.

—¿Eh?

—Un aforismo Impostor. La oscuridad es su momento. Y la oscuridad siempre llega.

—A ti no parece que te importe demasiado. —Era difícil oírle, tal estruendo armaba el aguacero.

—Sí que me importa, amigo. He estado aquí antes. Y no es lo que llamarías un lugar agradable. —No podía afirmarlo con suficiente énfasis. La Arboleda de la Condena era el corazón de la oscuridad, una tierra que engendra desesperanza y también desesperación. Te roía el alma. Eso, a no ser que fueses creyente, por lo visto, porque no parecía causar problemas a aquellos para los que era un lugar sagrado.

—Los lugares son naturales, Dormilón. Es la gente la que es buena o mala.

—Cambiarás de opinión cuando estés allí.

—Tengo la ligera sospecha de que me voy a ahogar antes. ¿Tenemos que estar aquí fuera, con la que está cayendo?

—Tú encuentra un techo, y yo estaré encantado de cobijarme bajo él. —Enormes truenos habían comenzado a practicar esgrima con espadas de relámpago. El granizo no tardaría en aparecer. Deseé tener un sombrero mejor, quizás uno de esas enormes cosas tejidas de bambú que llevaban los campesinos nyueng bao en los arrozales.

Solamente podía distinguir a Camina Ríos y a la radisha. Los seguí con la esperanza de que ellos, a su vez, estuviesen siguiendo a alguien que pudiesen ver. Esperé que ninguno de nosotros se desorientara y se perdiera. Esta noche no. Esperé también que los de Semchi estuvieran donde se suponía que debían estar.

Iqbal apareció en medio de la penumbra cuando el granizo empezó a caer. Se agachó para intentar reducir el impacto de los misiles y yo hice lo mismo, pero no ayudó demasiado.

Iqbal gritó:

—¡A la izquierda, colina abajo! Hay unos pequeños ramajes, es mejor que nada.

Swan y yo salimos pitando en esa dirección. Las piedras de granizo siguieron aumentando en número y en tamaño a medida que el trueno se hizo más sonoro y el relámpago más cercano. Pero el aire estaba refrescando.

Siempre hay una parte buena en todo.

Resbalé, me caí, bajé rodando y encontré los árboles por las malas, tropezando entre ellos. Tío Doj, Gota, Río y la radisha estaban allí ya. Iqbal era un optimista. Desde luego, yo no habría llamado a esas malditas cosas árboles. Eran arbustos que sufrían de una ambición arrogante. Ni uno de ellos pasaba de los tres metros de alto, y tenías que arrastrarte boca abajo por la humedad y las agujas para disfrutar de su cobijo. A pesar de todo, sus ramas sí que consiguieron resguardarnos de la lluvia de granizos, que repiqueteaban y rugían al otro lado del follaje. Empecé a preguntar qué había pasado con los animales, pero enseguida escuché a las cabras balar.

Me sentí un poco culpable. Los animales no me gustan demasiado. Había estado rehuendo mi turno cuando se trataba de ocuparse de ellos.

Las piedras de granizo se colaban a través de las ramas y venían rodando de fuera. Swan recogió un ejemplar gigante, lo limpió un poco, me lo mostró, y, con una sonrisa, se lo metió en la boca.

—Esto es vida —dije yo—. Cuando estás con la Compañía Negra, cada día es un paraíso terrenal.

—Esa sería un arma de reclutamiento soberbia —dijo Swan.

Como siempre pasa con ellas, la tormenta se alejó. Salimos arrastrándonos, hicimos un recuento, y descubrimos que ni siquiera Narayan Singh se nos había perdido. El santo en vida de los Estranguladores de hecho no quería dejarnos atrás. Ese libro era realmente importante para él.

La lluvia pasó a ser llovizna. Trepamos fuera de la mugre, muchos conversando íntimamente con sus dioses preferidos mientras nos poníamos en formación. Ahora no nos dispersamos demasiado, excepto tío Doj, que se las arregló para desaparecer en un paisaje totalmente descubierto.

En la hora siguiente, nos encontramos con varios lugares que reconocí de los Anales de Matasanos y Murgén. Estaba pendiente por si aparecían Slink y sus acompañantes, pero no los vi. Esperé que eso fuese un augurio bueno, más que malo.

Cuanto más tarde se hacía, más animado estaba Narayan Singh. Tenía miedo de que nos maldijese a todos dejando escapar una sonrisa genuina. Sopesé la posibilidad de mencionar los nombres de sus hijos solo para hacerle saber que me preocupaba.

Mis destrezas adivinatorias resultaron ser impecables. Cuando llegamos a la arboleda, ya estaba anocheciendo. Todos estábamos en un estado deplorable. El bebé no paraba de llorar. A mí me estaba saliendo una ampolla de caminar con las botas

mojadas. Con la posible excepción de Narayan, nadie más seguía concentrado en la misión. Lo único que quería todo el mundo era dejarse caer en algún sitio mientras alguien se ponía a hacer una hoguera donde pudiésemos secarnos y comer algo.

Narayan insistió en que siguiésemos adelante hacia el templo Impostor que había en el corazón de la Arboleda.

—Allí estará seco —prometió.

Su propuesta no causó emoción alguna. A pesar de que apenas estábamos dentro de las fronteras que la delimitaban, el olor de la Arboleda nos rodeaba. No era un olor agradable. Me pregunté cuánto peor había sido tiempo atrás, en el apogeo de los Impostores, cuando asesinaban a gente allí a menudo y en grandes cantidades.

El lugar poseía un carácter fuertemente psíquico, fantasmagórico, espeluznante; los gunni culpaban de ello a Kina porque ese era uno de los lugares en los que había caído un fragmento de su desmembrado cuerpo, o algo por el estilo. Todo esto, a pesar del hecho de que también se suponía que Kina era presa de un sueño encantado en algún lugar de la llanura de la piedra reluciente, o bajo o más allá de ella. Los gunni no tienen fantasmas, y nosotros, los vehdna, sí. Los nyueng bao también. Para mí, la arboleda estaba embrujada por las almas de todas las víctimas que habían muerto allí para el placer o la gloria de Kina, o por cualquiera que sea el motivo por el que matan los Estranguladores.

Si lo hubiese mencionado, Narayan o alguno de los gunni más devotos habrían sacado a colación el asunto de los rakshasas, aquellos demonios malignos, aquellos guardabosques malévolos de la noche celosos de los hombres y los dioses del mismo tipo. Los rakshasas podían fingir ser el espíritu de alguien que había fallecido solo como excusa para tormentar a los vivos.

Tío Doj dijo:

—Te guste o no, Narayan tiene razón. Deberíamos trasladarnos al mejor refugio disponible. Allí no estaríamos menos a salvo que aquí, y nos libraríamos de esta llovizna pestilente. —No había manera de que la lluvia desapareciese.

Le observé durante un momento. Era anciano y estaba deteriorado, y tenía menos razones para querer moverse que cualquiera de nosotros, los más jóvenes. Debía de tener una razón para querer seguir adelante. Debía de saber algo.

Doj siempre sabía algo. Lo más complicado era conseguir que lo compartiese.

Yo estaba a cargo del grupo, y era el momento de tomar una decisión impopular.

—Seguiremos adelante.

Gruñidos, gruñidos, gruñidos.

El templo proyectaba una presencia más poderosa que la de la Arboleda. No tuve ninguna dificultad para localizarlo, aunque no pudiese verlo. Swan, que caminaba muy cerca por detrás de mí, me dijo:

—¿Cómo es que nunca hiciste trizas este lugar cuando estabas en la cima?

No entendí su pregunta. Narayan, que iba justo delante de mí, la oyó y sí que la entendió.

—Lo intentaron, y en más de una ocasión. Nosotros lo reconstruimos cuando nadie estaba mirando. —Se puso a despotricar, yéndose por las ramas, sobre cómo su diosa había vigilado a los trabajadores. Sonaba a discurso de reclutamiento. Siguió y siguió hasta que Runmust le golpeó con un palo de bambú.

Además, era uno de esos palos especiales, aunque Narayan no lo sabía. La arboleda era un sitio muy oscuro, perfecto para que las sombras nos tendiesen una emboscada. Runmust no se resignaba a entrar en él sin protestar.

Yo no podía evitar preguntarme en qué maldades estaría metida Atrapa Almas ahora que tenía total libertad para manejar Taglios a su antojo.

Esperé que los que se habían quedado atrás hubiesen completado su misión, en particular aquellos a los que se había encomendado penetrar de nuevo en el palacio. Jaul Barundandi tenía que ser reclutado y adentrado suficientemente en el cuerpo antes de que su rabia decreciese lo suficiente como para que se restableciese la razón.

CAPÍTULO 51

El bebé seguía llorando, hundiéndose en el seno de su madre, aunque sin buscar alimento. El ruido nos preocupaba a todos. Cualquiera que quisiese causarnos alguna desgracia, no tendría ningún problema para seguirnos el rastro. Y sería improbable que los oyésemos acercarse a causa del llanto y el sonido de la llovizna cayendo de rama en rama de los árboles inundados. Ríos y los Singhs de la Compañía mantenían sus manos sobre las armas. Tío Doj había recuperado a *Varita de Fresno* y la tenía a mano a pesar del riesgo de que se oxidase.

Los animales estaban tan encantados como lo estaba la criatura. Las cabras balaban y arrastraban las patas. Los burros no dejaban de ser testarudos, pero madre Gota conocía un par de trucos para hacer que las bestias de carga reacias se movieran. Arrastraban una ración de dolor considerable.

La lluvia no cesaba.

Narayan Singh nos guiaba, conocía el camino. Estaba en su casa.

Sentí como ante nosotros se aproximaba el temido templo, incluso sin poder verlo. Las sandalias de Narayan susurraban al esparcir hojas empapadas. Yo estaba atento, escuchando, pero no oí nada nuevo hasta que Sauce Swan se puso a murmurar, gruñendo para sí mismo por haber seguido la única idea original que había tenido nunca. Si la hubiese pasado por alto, podría estar meciéndose en su hogar junto a la chimenea escuchando llorar a sus propios nietos, en lugar de estar atravesando la noche caminando penosamente en una búsqueda misteriosa más, donde lo máximo que podía esperar era vivir más que los demás. Después me preguntó:

—Dormilón, ¿nunca te planteas dejar tirado a ese cacho de mierda?

En algún sitio, se oyó el ulular de un búho.

—¿A qué cacho de mierda? Y, ¿por qué?

—A Narayan. Provocar el Año de los Cráneos, y entonces todos podríamos descansar y relajarnos y ya no tendríamos que caminar trabajosamente bajo la lluvia ni toda esta mierda.

—No. Nunca me lo he planteado.

El búho ululó de nuevo. Sonaba frustrado.

Le respondió algo que sonaba como un cuervo, burlón.

—Pero eso es lo que se propuso hacer la Compañía antes que nada, ¿no? Provocar el fin del mundo.

—Por lo visto, un puñado de los veteranos sí, pero no los tipos que realmente tenían que hacer todo el trabajo. Hay bastantes probabilidades de que no tuviesen ni idea de qué iba todo, que fuesen por ahí en marcha porque quedarse en casa podría ser una opción menos agradable.

—Algunas cosas no cambian nunca. Esa historia me la sé de memoria. Ten cuidado, estos escalones son más resbaladizos que mierda de búho engrasada.

Él también había oído a las aves conversando. Era un refrán norteño que había perdido algo en la traducción.

Con lluvia o sin ella, las cabras y los burros se negaban rotundamente a acercarse ni un paso más al altar Impostor, al menos hasta que se hiciese la luz en el umbral de la puerta del templo. Esa luz provenía de una única lámpara de aceite, pero en la oscuridad parecía casi cegadora.

Swan observó:

—Narayan sabe exactamente dónde buscar, ¿no es así?

—No le quito ojo de encima. Cada minuto. —Si es que observar de cerca a un Impostor podía servir de algo.

A decir verdad, tenía puesta mi confianza en tío Doj. A Doj sería mucho más difícil engañarle, ya que él mismo era un viejo embaucador. Como maestro de engaños, yo tenía que aferrarme a lo que sabía hacer, que era diseñar estrategias malévolas y escribir sobre ellas después de que siguiesen su curso.

Algo batió las alas sobre nuestras cabezas cuando entré en el templo. Si fue un búho o un cuervo no lo sé, porque no me giré lo suficientemente rápido como para descubrirlo. Pero sí que les dije a Runmust e Iqbal:

—Vigilad bien mientras yo compruebo este lugar. Doj, Swan, venid conmigo. Vosotros sabéis más de este sitio que ningún otro.

Más abajo, Ríos y Gota juraban en hebreo mientras se las veían y se las deseaban para controlar a las cabras. Los hijos de Iqbal se habían quedado dormidos donde estaban, indiferentes a la incesante lluvia.

Narayan me impidió el paso en cuanto me adentré unos pasos en el templo.

—No hasta que complete los rituales de santificación. De lo contrario, profanarás el lugar sagrado.

No era mi lugar sagrado. Me daba igual si lo profanaba. De hecho, parecía un divertimento digno de ser satisfecho justo antes de que lo volviese a hacer trizas una vez más, y esta vez lo dejaría sepultado.

Pero no me quedaba más remedio que transigir, al menos por el momento.

—Doj, échale un ojo a este. Runmust, tú también. —Si el Impostor trataba de ser más listo de la cuenta, él podía encargarse de él con su palo de bambú.

—Tenemos un acuerdo —me recordó Narayan. Parecía preocupado, y no por mi causa. No paraba de fisgonear como si estuviese buscando algo que se suponía que debía estar allí, pero no estaba.

—Tú asegúrate de que cumples con tu parte, hombrecillo. —Salí afuera de nuevo, bajo una llovizna que había pasado a ser más una neblina pesada que caía sobre nosotros.

—Dormilón —susurró Iqbal desde el pie de la escalera—. Mira lo que he encontrado.

Apenas le oí. El bebé seguía berreando. La sufrida Suruvhija la acunaba y le cantaba una nana. Ella misma era poco más que una niña, y yo sospechaba que con no demasiadas luces. No podía imaginarme que ninguna mujer fuese feliz con una vida así, pero Suruvhija parecía conforme con ir allá donde la guiase Iqbal. Una brisa meneó las ramas de la arboleda.

—¿Qué? —Por supuesto, no veía nada. Bajé los escalones del templo y me dirigí a la húmeda y fría oscuridad.

—Toma. —Me puso algo en las manos.

Trozos de tela. Tela fina, como seda, seis o siete trozos, cada uno con una pesa en una esquina.

Sonreí en la faz de la noche. Solté una risita por lo bajo. Mi fe en Dios se había restablecido. El demonio había traicionado a sus hijos de nuevo. Slink había llegado a la arboleda a tiempo. Slink había sido más sigiloso que ningún Impostor. Slink había hecho su trabajo. Ahora mismo estaba ahí fuera, en algún lugar, cubriéndonos, preparado para obsequiar a Narayan con otra terrible sorpresa. Cuando volví a entrar en el templo me sentía mucho más confiado, y grité a Narayan:

—¡Mueve tu flaco culo, Singh! Tenemos a mujeres y niños ahí fuera muriéndose de frío.

Narayan no era un santo en vida feliz. Fuera lo que fuese que estaba buscando con la tapadera de fortificar el templo contra la profana presencia de no creyentes, simplemente no estaba allí para que lo encontrase.

Estuve tentado de lanzarle los pañuelos hallados, pero me abstuve. Eso solo lo enfadaría y lo tentaría a echarse atrás en su parte del trato. Aun así, le dije:

—Ya has tenido bastante tiempo para santificar todos los malditos muros contra la presencia de no creyentes, ¿no crees? ¿Te olvidas del temporal que hace ahí fuera?

—Deberías cultivar la paciencia, analista. Es un rasgo extremadamente útil en las carreras que ambos hemos elegido. —Me abstuve de mencionar que habíamos sido lo suficientemente pacientes para hacerle caer en nuestra trampa. A continuación, su exasperación salió a la superficie por un momento. Lanzó algo al suelo. No estaba fuera de control, pero era la primera vez que lo veía lejos de estar perfectamente compuesto cuando se suponía que era el dueño de la situación. Susurró algo mientras me hacía señas para que me acercase, y sí que creo que mencionó el nombre de su diosa en vano.

Esta nueva versión del templo era apenas una sombra de a lo que Matasanos y Dama habían sobrevivido. El presente ídolo era de madera, de poco más de un metro y medio de alto, y sin terminar. Las ofrendas que había ante él eran todas viejas e insignificantes. El templo como conjunto no poseía el aire siniestro y nefasto de un

sitio donde se habían sacrificado multitud de vidas. Eran tiempos de vacas flacas para los Impostores.

Narayan persistió en su búsqueda. No fui capaz de romperle el corazón diciéndole que los amigos con los que esperaba reunirse podrían haber sido víctimas de los amigos que yo esperaba encontrar. En cualquier relación se necesita mantener un cierto nivel de misterio.

—Dime dónde está bien que nos asentemos, y dónde preferirías que no lo hiciésemos, y me ocuparé de que hagamos todo lo posible para honrar tus deseos —le dije.

Narayan me miró como si acabase de nacerme una segunda cabeza. Le dije:

—Ultimamente he estado pensando mucho. Probablemente vayamos a trabajar juntos un tiempo. Facilitaría mucho las cosas a todo el mundo si todos hiciéramos el esfuerzo de respetar las costumbres y filosofías de los otros.

Narayan se escabulló. Se puso manos a la obra haciendo una hoguera y diciendo a la gente dónde podían asentarse. El interior del templo no era grande, así que no habría mucho más espacio para dispersarse.

Singh no me daba la espalda ni por casualidad.

—Le has asustado de veras —me dijo Camina Ríos—. Se pasará toda la noche de espalda a la pared, intentando mantenerse despierto.

—Espero que mis ronquidos le ayuden. Iqbal, no hagas eso. —El muy bobo se había puesto a ayudar a madre Gota a cocinar algo. Esa vieja era una amenaza si se acercaba a un fogón, y en la Compañía ya se la había vetado. Podía hervir agua y darle un gusto que te provocase arcadas.

Iqbal sonrió de oreja a oreja y proclamó al mundo que tenía que asesorar a Un Ojo sobre sus dientes.

—Estamos preparando esto para mí.

—De acuerdo. —Mucho mejor. Mucho, mucho mejor.

Después de que terminase de ayudar a Iqbal, la anciana ayudó a ordeñar las cabras. Ahora entendía cómo se sentía Narayan. Puede que yo también debiese pegar mi espalda a la pared y vigilar mis cabezaditas.

Gota ni siquiera se quejaba.

Tío Doj, por su parte, se había quedado fuera, posiblemente para disfrutar del fresco y los alegres bosques.

CAPÍTULO 52

El infame templo estaba seco, pero no había manera de que se calentase. No creo que una hoguera hubiera podido aniquilar el frío que habitaba el lugar, ese frío que te roía los huesos y el alma como un reumatismo espiritual antiguo y horrendo. Incluso Narayan Singh lo sentía. Se encorvó sobre el fuego, moviéndose nerviosamente, como si esperase un golpe por detrás en cualquier momento. Murmuró algo sobre que su fe ya había sido puesta a prueba lo suficiente.

No pertenezco a una hermandad empática y compasiva. Aquellos que nos ofenden, deben estar preparados para enfrentarse a momentos de molestia extrema, si Dios, en su magnanimidad, se digna a obsequiarnos con la oportunidad de infligírsela. Además, nuestra antipatía hacia Narayan Singh venía tan de lejos que se había convertido en un ritual, de modo que no fue con ninguna conmiseración que le dije:

—Estamos preparados para realizar el intercambio. Nuestro primer Libro de los Muertos por tu Llave.

Su cabeza se irguió. Se me quedó mirando a los ojos, dejando ver al verdadero Narayan que había tras la máscara del Narayan que me observaba con frialdad. En sus ojos, empezó a tomar forma la cautela.

—Cómo es posible...

—Eso no importa. Lo tenemos. El trato era un intercambio, y nosotros estamos preparados para el intercambio ahora.

El cálculo reemplazó a la cautela. Habría apostado una suma de dinero importante a que estaba evaluando las posibilidades que tenía de asesinarlos mientras dormíamos para no tener que cumplir con su parte del trato.

—Sería, quizás, una solución menos elegante que una masacre, Narayan, Pero ¿por qué no cumplir con el trato tal y como habíamos acordado? —Me dio un escalofrío. El templo parecía estar enfriándose aún más, si cabía—. De hecho, te obsequiaré con un plus: una vez nos hayas entregado la Llave, puedes marcharte. Lejos. Ser libre. Mientras prometas no andar jodiendo a la Compañía nunca más. —Una promesa que formularía en un instante, estaba seguro, ya que el valor de las promesas así equivalía a la corteza en la que están escritas cuando surgen de la boca de los Impostores. Kina no esperaría de él que mantuviese un acuerdo con un no creyente.

—Una oferta verdaderamente generosa, analista —respondió Singh, lleno de sospechas—. Deja que lo consulte con la almohada.

—¡Cómo no! —Chasqueé los dedos. Iqbal y Runmust rompieron los grilletes—. Ponedle a él también los cencerros de las cabras esta noche. —Teníamos varios de ellos, que correspondían a varias cabras. Una vez estuviesen amarrados a los grilletes

de Narayan, armarían jaleo cada vez que se moviese. Era un maestro del sigilo, pero no tan maestro como para evitar que los cencerros le traicionasen—. Pero que no te sorprenda si no me siento tan generoso cuando la luz y el calor vuelvan al mundo. La oscuridad siempre llega, pero el sol también sale.

Yo ya estaba envuelto en mi manta. Me la ajusté más y me tumbé, retorciéndome un poco en un vano intento de ponerme cómodo. Después me sumergí en la clase de sueños poseídos por demonios por los que, aparentemente, todo el mundo pasa cuando duerme en la Arboleda de la Condena.

Era consciente de que estaba soñando, y los paisajes oníricos me resultaban familiares, a pesar de que yo nunca los había visitado. Dama y Murgen, ambos, habían escrito sobre ellos. Los elementos visuales no me horrorizaban tanto, pero nada me había preparado para el hedor, que era el de campos de batalla vetustos, y era peor que cualquier hedor que pudiese recordar del asedio a Jaicur. Allí, un número incontable de cuervos se habían pegado un buen banquete.

Después de un rato empecé a sentir otra presencia, que estaba lejos pero se acercaba, y tuve miedo porque no quería enfrentarme cara a cara con la espantosa diosa de Narayan. Quise correr, pero no supe cómo. Murgen se había servido de años de experiencia cuando había escapado de Kina.

A continuación me di cuenta de que no me estaban persiguiendo. Esta presencia no era hostil, sino que, de hecho, ella estaba más pendiente de mí que lo que yo estaba de ella. Mi inquietud me hizo gracia.

¿Murgen?

El mismo, aprendiz. Me imaginé que esta noche soñarías aquí. Tenía razón. Me gusta tener razón. Es una de las maravillas de la soltería que se me había olvidado hasta que me convertí en fantasma.

No creo que a Sahra le agradase...

Claro que no. Olvídalo, no tengo tiempo. Hay cosas que deberías saber, y no me será posible ponerme en contacto directo contigo de nuevo hasta que penetres en las oscuras carreteras de la llanura reluciente. Escucha.

Y yo «escuché».

La vida en Taglios seguía su curso normalmente. El escándalo de la biblioteca real y la desaparición del bibliotecario jefe habían sido convertidas en una distracción principal por la protectora. Atrapa Almas estaba más interesada en consolidar su posición que en erradicar los vestigios de la Compañía Negra. Después de todos estos años aún no nos tomaba tan en serio como nosotros queríamos. O eso, o tenía una confianza total en que podía erradicarnos y exterminarnos en el momento en que le viniese en gana tomarse la molestia.

Siendo esa una posibilidad, el consejo de Murgen era sensato. Debíamos seguir adelante sin pausa mientras esa opción estuviese disponible.

Las mejores noticias eran que Jaul Barundandi había mostrado una voluntad entusiasta de unirse a la causa con la esperanza de vengar a su esposa. Su encargo inicial, que debía cumplir solo si estaba seguro de poder llevarlo a cabo sin que lo pillaran y sin dejar pruebas, era penetrar en las habitaciones de la protectora y robar, destrozarse, o incapacitar de algún modo las alfombras mágicas que ella había robado a Aullador. Si se le podía privar de ellas, nuestra posición mejoraría dramáticamente. También le habíamos encomendado que reclutase a aliados (sin decirles que estaba ayudando a la Compañía Negra). El antiguo prejuicio histérico aún seguía vigente.

Todo sonaba maravilloso, pero yo no contaba con nada de ello. Los hombres empujados solamente por una necesidad de venganza son herramientas defectuosas, en el mejor de los casos. Si él permitía que su obsesión lo consumiese, lo podríamos considerar perdido antes de que pudiese hacer cualquiera de los encargos silenciosos y a largo plazo que hacen de un infiltrado un tesoro tan valioso.

Las malas noticias eran malas de verdad.

La división principal, que viajaba por mar, había atravesado el delta y ascendía ahora el río Naghir, lo que quería decir que estaba muy por delante de nosotros en cuanto al tiempo necesario para alcanzar la Puerta de las Sombras.

Un Ojo había sufrido un derrame dos noches atrás, durante una pelea interminable con su mejor amigo Goblin.

La muerte no lo reclamaba. La rápida intercesión de Goblin lo había prevenido, pero ahora Un Ojo sufría de una leve parálisis y la clase de problemas de habla desconcertantes que en ocasiones resultan de un derrame. Esto último hacía que le resultase más difícil decirle a Goblin lo que necesitaba saber para tratar el problema. Las palabras que un Ojo quería decir o escribir no eran las palabras que le salían.

Y este era un problema lo suficientemente exasperante para un analista común: tratar solo con restricciones de tiempo y estupidez nata.

No te puedes preparar lo suficiente. Lo inevitable siempre es un choque cuando deja caer sobre ti su ala malévolamente.

Como respondiendo a un chiste buenísimo, los cuervos que nos sobrevolaban emitieron un ruido de risa oscura y burlona. Los cráneos del suelo también sonrieron, disfrutando de la genial gracia.

También había más noticias secundarias. En cuanto Murgén agotó su depósito, le pregunté:

¿Puedes entrar en contacto con Slink, si está aquí? ¿Puedes colocar un pensamiento en su mente vacía?

Probablemente.

Inténtalo. Con esto.

Mi idea divirtió a Murgén, y se apresuró a rondar los sueños de Slink, que ciertamente iban a ser extraños. Los cuervos se dispersaron, como si ya no hubiese

nada más interesante que los mantuviera allí.

Yo continué poblando el lugar de la pesadilla, con la esperanza de no convertirme en un visitante habitual, tal y como les había ocurrido a Dama y a Murgan. Me pregunté si Dama aún seguía yendo al lugar, haciendo de su internado una auténtica sesión en el infierno.

Un cuervo aterrizó sobre un árbol infecundo, a contraluz de lo que en ese lugar pasaba por ser un sol. Yo no podía distinguirlo, pero parecía diferente de los otros cuervos.

Hermana, hermana. Estoy contigo siempre.

El terror me caló hondo y apretó mi corazón con un puño de hierro. Me incorporé de un salto. El pánico y la confusión me abrumaron mientras buscaba mis armas a tientas.

Doj me miraba fijamente desde el otro lado de la hoguera.

—¿Pesadillas?

Me dio un escalofrío.

—Sí.

—Son lo malo de pasar la noche aquí, pero puedes aprender a rehuirlas.

—Sé lo que tengo que hacer con ellas. Irme en cuanto pueda de este lugar dejado de la mano de Dios. Mañana, a primera hora. Justo después de que el Impostor nos entregue la Llave y tú la autentifiques.

Fuera, en la noche, me pareció oír una ligera risa de cuervo.

CAPÍTULO 53

Tomé el relevo de la guardia y descubrí que no era el único con sueños problemáticos. Todos durmieron fatal, incluido Narayan. El bebé de Iqbal no paró de gimotear. Las cabras y los burros, aunque no les permitimos entrar, también balaron, resoplaron y gimotearon durante toda la noche.

La Arboleda de la Condena es, simplemente, un Mal Lugar. Ni más ni menos. Hay algunas cosas que sí son o blancas o negras.

La mañana no era mucho más agradable de lo que lo había sido la noche. Además, antes incluso del desayuno, Narayan intentó escaparse. Camina Ríos mostró limitaciones importantes a la hora de traerlo de vuelta por su propio pie.

—¿Ibas a dejarme tirado ahora? —le pregunté. Tenía bastante claro lo que le pasaba por la cabeza realmente, pero no quería que sospechase que sabía lo que había pasado con los amigos que esperaba que lo rescatasen—. Creí que querías recuperar ese libro.

Se encogió de hombros.

—Anoche tuve un sueño, y uno fue un buen sueño. Me transportó a lugares a los que no quería ir, con seres a los que no quería ver. Pero fue un sueño verdadero. Me desperté con la certeza de que ninguno de nosotros tiene posibilidades de conseguir lo que quiere si no cumplimos con nuestra parte del trato. De modo que estoy aquí para decirte que lo quiero ahora: el Libro de los Muertos por la Llave.

A Narayan se le escapó un gesto de molestia por la mención de mi sueño. Sin duda, la noche anterior había esperado una guía divina que nunca había llegado.

—Solamente quería buscar algo que dejé aquí la última vez que vine.

—¿La Llave?

—No. Una baratija personal. —Se puso en cuclillas junto al fuego en torno al cual madre Gota y Suruvhija estaban cocinando arroz. La radisha, para sorpresa de todos, estaba intentando ayudar. O, mejor dicho, estaba intentando aprender lo que hacían para poder ayudar la próxima vez. Ninguna de las dos mujeres ofrecían un respeto especial al estatus de la princesa. Gota gruñía y se quejaba a la radisha exactamente igual que lo habría hecho con el resto de nosotros.

Observé a Narayan comer. Utilizaba palillos. No había reparado en eso antes. Como paranoico que soy, rebusqué en mi memoria en un intento de recordar si Singh había utilizado la cuchara de madera habitual alguna vez en el pasado. Tío Doj, como todos los nyueng bao, utilizaba palillos, y proclamaba que constituían una de sus armas más mortíferas.

Si no sacaba a Narayan de mi vida durante un tiempo, iba a volverme loco.

El sonrió, como si estuviera leyéndome la mente. Creo que quizá depositó demasiada fe en la palabra que le di en nombre de la Compañía.

—Muéstrame el libro, analista.

Miré a mi alrededor.

—¿Doj?

El hombre apareció en la entrada del templo. ¿Qué estaba haciendo allí?

—¿Sí?

—El maestro Impostor desea ver el Libro de los Muertos.

—Como gustes. —Descendió los escalones exteriores, cubiertos por hojas, hurgó en uno de los fardos a lomos de los burros, y regresó con el paquete de chubasquero que habíamos extraído de la tumba del Habitante de las Sombras. Se lo presentó al Impostor con una reverencia y cierta fioritura, dio un paso atrás y se cruzó de brazos. Me di cuenta de que, de algún modo místico, *Varita de Fresno* había regresado a la espalda de Doj. Recordé que la familia adoptiva de Doj guardaban un rencor permanente a Narayan Singh y al culto Estrangulados. Los Impostores habían asesinado a To Tan, el hijo del hermano de Sahra, Thai Dei. Dei yacía enterrado bajo piedra reluciente con los Tomados.

Tío Doj no había ofrecido ninguna promesa a Narayan Singh.

Me pregunté si Singh sabía todo eso. La mayor parte, seguramente, a pesar de que el tema nunca salía a colación en presencia suya.

También me di cuenta de que, sin haber ideado ningún plan o haberles hecho ninguna señal, mis otros acompañantes se habían situado de tal modo que estábamos rodeados de hombres armados. Solamente Swan parecía inseguro de qué papel debía desempeñar.

—Siéntate y come un poco de arroz —le dije.

—Detesto el arroz, Dormilón.

—Vamos a ir a lugares donde habrá un poco más de variedad. O eso espero. Yo también llevo comiendo arroz tanto tiempo que se me sale por las orejas.

Narayan separó las telas de chubasquero de forma reverencial y las hizo a un lado una a una para ser reutilizadas. El libro que reveló era grande y feo, pero no se diferenciaba mucho de los volúmenes que yo veía a diario cuando era Dorabee Dey Banerjæ. No había nada que lo marcara como el texto más sagrado del culto más oscuro del mundo.

Narayan lo abrió. La escritura que había en el interior era totalmente inelegante, errática, desorganizada y descuidada. La Hija de la Noche había empezado a escribirlo cuando tenía cuatro años. A medida que Narayan pasaba las páginas, vi que la niña aprendía rápido y su escritura mejoraba. También vi que había escrito en la misma caligrafía que se había utilizado para registrar el primer volumen de los Anales. ¿Estaban los dos en el mismo idioma?

¿Dónde estaba el maestro Santaraksita cuando lo necesitaba?

En el Naghir con Sahra y Un Ojo, seguramente quejándose por el alojamiento y la

falta de cenas en condiciones. Mala suerte, viejo. Yo aquí tengo el mismo problema.

—¿Convencido de que es auténtico? —pregunté.

Narayan no podía negarlo.

—Yo ya he cumplido mi parte del trato. Es más, he hecho todos los esfuerzos posibles para facilitarlo. Ahora la pelota está sobre tu tejado.

—No tienes nada que perder, analista. Todavía me estoy preguntando cómo me escaparía de aquí con vida.

—No voy a hacer nada para impedirte que te vayas. Si la venganza se hace absolutamente necesaria, será mucho más dulce cuando reanudemos la marcha. — Narayan trató de adivinar mis intenciones reales. Era incapaz de aceptar nada tal cual —. Por otro lado, es imposible que vayas a ningún sitio si no nos entregas la Llave. Y si intentas engañarnos con una copia, lo sabremos. —Miré a Doj.

Narayan hizo lo mismo y después se acomodó en posición de oración y cerró los ojos.

Puede que Kina le hubiese respondido. En la arboleda empezó a hacer un frío que pelaba. Una brisa repentina trajo consigo un fantasma del olor del lugar de los huesos.

A Singh le dio un escalofrío y abrió los ojos.

—Tengo que entrar en el templo. Solo.

—Allí dentro no tendría por qué haber una salida trasera, ¿verdad?

Singh sonrió levemente.

—¿Me serviría para algo que hubiese una?

—No esta vez. Tu única manera de salir de aquí es no ser un Impostor.

—Que así sea. No habrá Año de los Cráneos si no lo intento.

—Déjale irse —dije a Doj, que se había interpuesto entre Narayan y el templo. Ríos y Runmust, por cierto, habían echado mano de su bambú, por si acaso el hombrecillo se tomaba un descanso.

—Lleva ahí un montón de tiempo —se quejó Ríos.

—Pero aún está dentro —nos aseguró Doj—. La Llave debe de estar bien escondida.

O no estar, me abstuve yo de decir.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunté a Doj—. No tengo claro qué es esta Llave. ¿Es otra cabeza de lanza? —La Lanza de la Pasión había abierto la llanura a Matasanos, para que después él condujese a los Tomados a su condena.

—Solamente la he visto en descripciones. Es un martillo de forma extraña. Narayan está a punto de salir.

Y Narayan apareció. Parecía cambiado, vigorizado, aterrorizado. Camina Ríos lo señaló con su bambú. Runmust elevó el suyo lentamente. Singh sabía de lo que eran

capaces aquellos palos. Si intentaba escaparse ahora, no tendría oportunidades.

Traía lo que tenía el aspecto de un sólido martillo de guerra viejo, oxidado, y feo, con la cabeza toda astillada y rota.

Narayan lo hizo parecer más pesado de lo que era.

—¿Doj? —pregunté—. ¿Qué crees?

—Encaja con la descripción, analista. Excepto por el hecho de que la cabeza está toda rota.

—Se me ha caído. Se rompió cuando golpeó el suelo del templo —dijo Singh.

—Tócalo, Doj. Si hay en él algún poder, tienes que ser capaz de reconocerlo.

Doj hizo lo que le dije cuando Singh le entregó el martillo. Los nyueng bao parecían estupefactos por su peso.

—La Llave debe de ser esto, analista.

—Coge tu libro y ponte a correr, Impostor. Antes de que la tentación me haga olvidar mis promesas.

Narayan agarró el libro, pero no se movió. Se quedó mirando a Suruvhija y al bebé.

Suruvhija estaba usando una bufanda de seda roja para limpiar las babas de la barbilla del bebé.

¡Tontos! ¡Idiotas!

CAPÍTULO 54

Mientras nos preparábamos para el viaje, uno de los niños de Iqbal (el mayor) descubrió un defecto particularmente profundo en la cabeza del martillo. El resto de nosotros habíamos estado demasiado ocupados felicitándonos y decidiendo qué haría la Compañía cuando sacásemos a los Tomados de la llanura.

El padre prestó atención a su hijo y nos convocó a Runmust y a mí.

Al ser mayores y tener mal la vista, nos llevó un rato ver lo que quería decir el muchacho.

—Parece que hay oro.

—Eso explicaría el peso. Doj, ven aquí. ¿Has oído alguna vez algo sobre que este martillo fuera de oro en el interior?

Iqbal se puso a curiosear con un cuchillo. Un fragmento de hierro se desconchó.

—No —dijo Doj—. No lo estropees más.

—Que todo el mundo se calme. Sigue siendo la Llave. Doj, estúdiala cuidadosamente, si no quieres que todos los años y la mierda por la que hemos pasado se vaya al garete ahora. ¿Qué? —Habían empezado a aparecer armas.

—Mira quién está aquí —dijo Swan—. ¿De dónde han salido esos tíos?

Slink y su grupo habían llegado. Intercambié miradas con él. Se encogió de hombros.

—Logró zafarse de nosotros.

—No me sorprende. Aquí la hemos cagado. Él sabía que fuera había alguien. —Suruvhija aún tenía la bufanda roja sobre el hombro—. Gente, tenemos que emprender el viaje. Necesitamos cruzar el puente de Ghoja antes de que la protectora empiece a buscarnos. —Desde el principio, yo había fingido que cruzar ese puente supondría para nosotros una oportunidad de escapar.

Le dije a Slink:

—Habéis hecho un gran trabajo en Semchi.

—Podría haber sido mejor. Si lo hubiese pensado, habría esperado hasta que hubiesen dañado el árbol bhodi. Así habríamos sido héroes en lugar de unos simples bandidos.

Me encogí de hombros.

—La próxima. Swan, dile a la cabra que, como no se ponga a cooperar, nos la comemos.

—¿Lo prometes?

—Prometo que conseguiremos algo de comida de verdad cuando llegemos a Jaicur.

CAPÍTULO 55

Nuestro cruce en Ghoja fue otra gran decepción. Antes de alcanzar el cuello de botella, los nervios se nos habían ido poniendo de punta. Envié a Slink a explorar y no me creí una palabra, emocionalmente, cuando me informó de que la única atención que se prestaba a nadie, era la que se prestaba a aquellos viajeros que discutían por pagar un peaje de dos peniques de país por utilizar el puente. A esos tacaños se les encomendaba el viejo vado que había río abajo. Un vado que era infranqueable porque estábamos en la estación de lluvias. El tráfico era denso. Los soldados a cargo de vigilar el puente estaban demasiado ocupados holgazaneando y jugando a las cartas como para hostigar a los caminantes.

Una parte de mí estaba decidida a esperar lo peor.

Ghoja se había convertido en una pequeña ciudad que servía a aquellos que viajaban por la Carretera Rocosa, que constituía uno de los legados duraderos de la Compañía Negra. El capitán había pavimentado la carretera desde Taglios a Jaicur durante sus preparaciones para invadir las Tierras de las Sombras. Los prisioneros de guerra habían proporcionado la mano de obra. Más recientemente, Mogaba había usado a convictos para extender la carretera hacia el sudoeste, y había añadido ríos tributarios para conectar las ciudades y territorios que acababan de ser tomadas bajo protección tagliana.

Una vez estuvimos a salvo sobre el Main, comencé a sopesar nuestros próximos pasos. Reuní a todo el mundo.

—¿Hay algún modo de que podamos falsificar un decreto que a ordene la guarnición que hay aquí para que arreste a Narayan si cruza el puente?

Doj me dijo:

—Eres demasiado optimista. Si se dirige al sur, ya está por delante de nosotros.

Swan añadió:

—Sin mencionar que, si cayese en manos de la protectora, ella averiguaría todo lo que él sabe sobre ti.

—Ha hablado el experto.

—Yo no escogí el trabajo voluntariamente.

—De acuerdo. Podría averiguarlo todo, sí. Él sabe a dónde nos dirigimos. Y que tenemos la Llave. Pero ¿qué sabe del otro grupo? Si no le cogen, ¿no intentará interceptarlos para poder apañárselas para rescatar a la Hija de la Noche de su cautividad?

Nadie encontró ninguna razón para discrepar.

—Propongo que nos recordemos eso unos a otros de vez en cuando, para que lo oiga Murgén cuando esté alrededor. —Sahra nunca había prometido prescindir del vejestorio hecho trizas del libro de Narayan. Puede que pudiese tenderle una

emboscada y recuperar ese primer e inacabado Libro de los Muertos.

Swan señaló:

—Ese cuervo aún nos sigue.

Nos encontramos con una fortificación pequeña pero majestuosa con vistas al puente y al vado desde la orilla sur. El pájaro estaba sobre el tejado, observándonos. No se había movido desde nuestro cruce. Puede que también quisiese descansar un poco.

Ríos susurró:

—Aún tenemos un palo de bambú con bolas para matar cuervos.

—Déjalo tranquilo. No parece suponer ningún peligro, al menos por ahora. —Yo estaba seguro de que había intentado comunicarse con nosotros en varias ocasiones—. Podemos utilizar el palo si algo cambia.

En Ghoja no escuchamos nada excepto los tradicionales gruñidos de los que estaban a cargo. Los rumores sobre los acontecimientos en Taglios parecían tan exagerados que nadie creía una décima parte de nada de lo que oían. Más tarde después de llegar a Jaicur y de tomárnoslo con calma durante un rato, el carácter de los rumores empezó a cambiar. Ahora transportaba una sutil vibración que sugería que la gran araña del corazón de la tela había empezado a agitarse. Pasaría mucho tiempo antes de que llegase alguna noticia en concreto, pero el consenso general era que debíamos ponernos en marcha de inmediato y no entretenernos por el camino.

Runmust descubrió que un hombre que encajaba con la descripción de Narayan había sido visto merodeando por las inmediaciones de la tienda que llevaba su descendiente Sugriva, ahora con un pseudónimo.

—Ese hombre tiene una clara debilidad. ¿Deberíamos asesinar a Sugriva mientras estamos aquí?

—Nunca nos ha hecho nada.

—Pero su padre sí. Sería una manera de recordárselo.

—No necesita que se lo recordemos. Si Narayan es tan tonto como para pensar que ya hemos terminado con él, es su problema. Yo solamente quiero estar allí para ver la cara que se le queda cuando lo atrapemos de nuevo.

Narayan se había quedado en Jaicur porque la ciudad era aún un campamento militar. Si a la gente se le preguntaba durante las próximas semanas, nos recordaría a nosotros también.

Deambulé por ahí unas cuantas veces en busca de mi niñez, pero no quedaba nada de lo que yo recordaba, ya fuera gente o lugares, buenos o malos. Ese pasado no sobrevivía en ningún otro sitio que mi mente, que era el único lugar en el que yo deseaba que muriese.

CAPÍTULO 56

Las reglas prácticas de las operaciones de campo de la Compañía se asemejan a aquellas que obedecen los magos en el escenario. Nosotros preferiríamos que nuestro público no viese nada de nada, pero sí que somos conscientes de que la invisibilidad es poco práctica. Así que intentamos mostrar al espectador algo más de lo que está esperando, de ahí las cabras y los burros. También, al sur de Jaicur, nos camuflamos con nuevos disfraces e identidades para todo el mundo, y la parte ampliada se dividió en dos «familias» que viajaban por separado. Además, también había la de un grupo de cazadores de fortunas sureño que se arrastraban hacia el hogar desesperados y derrotados después de que la experiencia tagliana les hubiese machacado el espíritu. Había unos cuantos de ellos a nuestro alrededor. Debíamos vigilarlos. Muchos no tendrían reparos en aprovecharse de las divisiones más débiles si pensaban que podían apañárselas. Las carreteras ya no estaban patrulladas. A la protectora no le importaba si eran seguras o no.

Doj y Swan, Gota y yo, formábamos la división a la cabeza. Parecíamos débiles, pero ese anciano valía por cuatro o cinco mortales comunes. Solo tuvimos un apuro, y se arregló en cuestión de segundos. Había varias manchas de sangre que llevaban a la maleza. Doj había optado por no dejar a nadie muerto entre nosotros.

El terreno empezó a ser más inhóspito y a inclinarse de manera pronunciada. Con el cielo descubierto y sin niebla, era posible mirar hacia delante y distinguir levemente los picos del Dandha Presh, que se situaba aún a muchos días de camino hacia el sur. La carretera asfaltada terminaba junto a un campo de trabajo abandonado.

—Deben de haberseles terminado los prisioneros —observó Swan. El campo había sido desprovisto de cualquier cosa susceptible de llevarse.

—Lo que se les ha acabado son los enemigos que Atrapa Almas consideraba dignos como para invertir en una carretera. Siempre podría encontrar a gente que no le cae bien y consumirla en un proyecto de ingeniería. —Y era lo que había hecho en la ruta occidental, que estaba siguiendo el resto de la Compañía. Habrían pavimentado la base que iba a Charandaprash. Su carretera, así como las vías fluviales que la servían, habían permanecido en construcción hasta hacía unos pocos años, cuando la protectora evidentemente decidió que las guerras de Kiaulune se habían terminado del todo, que no era necesario facilitarle la vida al gran general y a sus hombres, y obligó a la radisha a dejar de gastar el dinero.

Me pregunté cuál sería el punto de vista de la radisha. Yo sospechaba que ella siempre había creído estar a cargo hasta el momento en que la secuestramos. Después había empezado a aprender cosas, aquí, entre sus fieles súbditos.

Llegamos al lago Tanji, que a mí me encanta. Es una vasta expansión de belleza

índigo helada. Cuando yo era mucho más joven, nos habíamos enfrentado allí, en nuestro combate más mortal, con las cosas que habían dado su nombre a los Maestros de las Sombras. Más de una década después, aún se podían ver los lugares donde la roca se había fundido. Si ibas a explorar algunos de los estrechos barrancos que marcaban las colinas, podías encontrar trozos de huesos humanos que habían regresado a la superficie con el tiempo.

—Este es un lugar de oscuros recuerdos —señaló Doj. Él también había estado allí en aquella batalla. Igual que Gota, que había dejado de quejarse durante el tiempo suficiente como para enfrentarse también a sus recuerdos.

En estos días, Gota estaba sufriendo un gran dolor.

Por encima de nuestras cabezas, el cuervo blanco graznó. Descendió de la pendiente y se esfumó entre el irregular follaje de un gran pino de montaña. Ahora veíamos a ese cuervo casi a diario. No había duda de que nos estaba siguiendo. Swan juraba que había tratado de entablar una conversación con él una vez cuando estaba en la maleza aliviando su vejiga.

Cuando le pregunté qué era lo que quería, me respondió:

—Salí corriendo de allí, Dormilón. Ya tengo suficientes problemas. No necesito que se me conozca también como el tipo que cotillea con pájaros.

—Puede que tuviera algo interesante que decir.

—Sin duda. Y si resulta que realmente está desesperado por decirle algo a alguien, vendrá a hablar contigo.

Ahora mismo, Swan miraba pendiente arriba.

—Se está escondiendo de algo.

—Pero no de nosotros.

Miré pendiente arriba también. Allí arriba, el terreno parecía virgen. No había signo de otros viajeros. Por debajo de mí, colina abajo, el serpenteante sendero aparecía de vez en cuando sobre la pendiente y a lo largo de la orilla, y las dos estaban desiertas. Esta ya no era una ruta popular.

—Podría jubilarme junto a ese lago —le dije a Swan.

—No debe de ser el mejor lugar, o de lo contrario, alguien se te habría adelantado.

No le faltaba razón. Este país estaba ahora mucho más vacío de lo que lo había estado hacía veinte años. Entonces había aldeas en torno al lago.

—Ahí lo tienes —dijo Swan, mirando hacia atrás.

—¿Qué? —Miré en la misma dirección durante un momento—. Ah. ¿Te refieres al pájaro?

—No es un pájaro sin más. Es un cuervo. La clase de cuervo común.

—Tu vista es mejor que la mía. No le prestes atención. Si no le prestamos ninguna atención, no debería tener ninguna razón para centrarse en nosotros. —A

pesar de todo, los latidos de mi corazón se estaban acelerando.

Quizá solamente era un cuervo asilvestrado y no tenía nada que ver con Atrapa Almas. Los cuervos no son demasiado exigentes con su alimentación.

O quizá la protectora había finalmente empezado a buscarnos fuera de Taglios.

Cuervo blanco escondido, cuervo negro volando, en busca de algo. ¿Qué quería decir todo aquello?

No había mucho que pudiésemos hacer al respecto, así que daba igual. No obstante, tío Doj tenía una mirada calculadora cada vez que miraba al cuervo negro.

Después de un rato perdió interés en nosotros y se fue. Yo les dije a los otros:

—No debería ser un problema. Los cuervos son listos, para ser pájaros, pero uno solo no puede recordar demasiadas instrucciones o llevar consigo demasiada información. Si es que es uno de los de ella. —Teníamos que suponer que sí lo era. Los cuervos eran mucho menos comunes de lo que solían serlo, y lo que quedaban siempre parecían estar bajo el control de Atrapa Almas. Su control era probablemente la causa por la que se estaban extinguiendo.

Si este cuervo en cuestión era, en realidad, un explorador de la protectora, aún pasarían varios días hasta que pudiese informarle de nada.

Doj observó:

—Si el cuervo tuviese sospechas, podemos esperar tener sombras aquí en unos pocos días.

Ese sería el mejor medio de espiarnos de Atrapa Almas. Las sombras viajaban más rápido que los cuervos, se les podían dar instrucciones mucho más complejas y podían llevar consigo muchísima más información. Pero ¿podía Atrapa Almas controlarlas a tanta distancia? Los Maestros de las Sombras originales habían tenido serias dificultades para controlar a sus mascotas en distancias largas.

Bordeamos la orilla del lago Tanji. Todos y cada uno de nosotros aprovechamos la oportunidad de bañarnos en sus gélidas aguas. A continuación, la vieja carretera nos condujo a la llanura de Charandaprash, donde la Compañía Negra había alcanzado uno de sus triunfos más importantes y el gran general había sufrido su derrota más humillante (aunque no había sido culpa suya). No obstante, una historia caprichosa no recordaría la culpa que correspondía a su cobarde maestro, Sombra Larga. Las ruinas de aquella batalla aún estaban esparcidas por las pendientes. Una pequeña guarnición estaba alerta de los acercamientos al paso a través del Dandha Presh, pero no mostraba ninguna intención de poner orden en ningún barullo o supervisar el tráfico. Ninguno de sus miembros inspeccionó a mi grupo ni hizo preguntas. Nos hicieron pagar un peaje no oficial y nos advirtieron de que el burro podría encontrar el camino traicionero en el paso alto porque las rocas de allí arriba aún estaban cubiertas de hielo. De lo que sí nos enteramos fue de que, últimamente, había habido tráfico más denso de lo normal. Eso me hizo pensar que el grupo de

Sahra no se había encontrado con dificultades insuperables y que iba por delante de nosotros, como debía ser, incluso cargando con todos los viejos y acompañantes reacios.

Las montañas eran mucho más frías e infecundas que las tierras altas que habíamos atravesado. Me pregunté cómo estaría manejando la radisha los pensamientos referentes al imperio que había adquirido gracias, en su mayor parte, a la Compañía. Sin duda, todo esto le había abierto los ojos en gran medida.

Y estaban muy necesitados de ello. Había pasado casi toda su vida encerrada en el palacio.

El cuervo blanco seguía apareciendo cada ciertos días, pero su pariente negro no. Quizá la protectora estaba preocupada en algún otro sitio.

Deseé tener el talento de Murgén para abandonar mi cuerpo. Llevaba sin dormir en condiciones desde que habíamos dejado la Arboleda de la Condena. Sabía exactamente tan poco como los demás, y eso era extremadamente frustrante después de haber tenido fácil acceso a secretos lejanos durante tanto tiempo.

Las noches en las montañas son realmente frías. Le dije a Swan que me tentaba su sugerencia de escaparnos a algún sitio y dedicarnos al cuidado de nuestra propia taberna y fábrica de cerveza. Cuando se ponía a hacer frío de verdad, unos cuantos pecados leves no parecían importar.

CAPÍTULO 57

El ritmo de los acontecimientos en Taglios era incierto porque el principal informador, Murgén, había mantenido una relación ocasional con el concepto durante la última década y media. Sin embargo, sus esquemáticas descripciones de lo que había sucedido en la ciudad desde nuestra partida eran dignas de un interés más que pasajero.

Al principio, la protectora no había sospechado nada. Los que se habían quedado atrás habían colocado botones de humo y creado algunos rumores, pero con un entusiasmo en declive que el pueblo tagliano había empezado a detectar. Al mismo tiempo, sin embargo, la población había desarrollado una permanente sospecha de que la protectora había acabado con la princesa reinante. A medida que pasaba el tiempo, la gente se iba volviendo menos tratable.

La llegada del gran general y sus fuerzas había garantizado la paz. Lo que es más, había dado libertad a la protectora para salir a cazar enemigos en lugar de pasarse el tiempo asegurándose de que sus amigos permanecían lo suficientemente intimidados como para continuar apoyándola. En cuestión de días había encontrado el almacén nyueng bao del muelle, que estaba ya vacío, a excepción de unas cuantas jaulas ocupadas por miembros del consejo secreto, que no estaban en condiciones de reanudar sus funciones. Junto con los ministros pródigos había un armamento de bombas trampa, pero ninguna de ellas había sido de la suficiente calidad como para causarle molestias a Atrapa Almas. Unos cuantos grises no habían corrido la misma suerte. La protectora tenía una visión bastante cruel de aquellos que caían víctimas de la Compañía Negra.

—A los memos estos mejor reducirlos ahora, que el mayor riesgo es mínimo —le había dicho ella a Mogaba. La actitud del gran general complementaba con precisión a la de Atrapa Almas.

Las preguntas formuladas en el vecindario, por muy vigorosamente que se hubiesen formulado, no habían facilitado información sustancial. Los mercaderes nyueng bao se habían protegido celosamente a ellos mismos y a sus negocios. En su búsqueda de un mayor anonimato, habían empleado incluso la magia, de manera que en el aire aún se conservaban briznas de hechizos de confusión.

—Puedo oler a esos dos hechiceros —murmuró Atrapa Almas—. Pero me habías prometido que estaban muertos, ¿no es así, gran general?

—Yo mismo vi cómo morían.

—Más te vale esperar que no me irrites tanto para sobrevivir y verlos morir de nuevo, esta vez de verdad. —Su voz era la de una niña mimada.

El gran general no respondió. Si Atrapa Almas lo aterrorizaba, no mostraba ningún signo de ello. Tampoco dejaba ver ningún enfado. Esperó durante un rato, con

una confianza razonable en que era demasiado valioso para convertirse en la víctima de un diabólico capricho. Quizás, en el fondo, pensaba que la protectora no era valiosa en la misma medida.

—No hay rastro de ellos —masculló Atrapa Almas más tarde, con una templada voz académica—. Se han ido, y aun así la impresión de su presencia persiste, tan llamativa como un cubo de sangre derramado sobre una pared.

—Es una ilusión —dijo Mogaba—. Estoy seguro de que, en los Anales de la Compañía Negra, encontrarías cientos de ejemplos de cómo orientaban el ojo de su enemigo en una dirección mientras ellos estaban avanzando en la dirección contraria. O de cómo hacían creer que eran mucho más numerosos de lo que en realidad eran.

—Encontrarías la misma cantidad de ejemplos en mis diarios, si me molestase en escribir alguno. No lo hago porque los libros no son más que depósitos para aquellas mentiras que el autor quiere que su lector se crea. —La voz que utilizaba ahora era la antítesis de lo académico. Era la de un hombre que sabía, por dolorosa experiencia, que la educación solamente enseñaba a la gente maneras más taimadas de robarte—. Ya no están aquí, pero podrían haber dejado atrás a espías.

—Por supuesto que lo han hecho, es su doctrina, pero las vas a pasar canutas para encontrarlos. No van a ser personas de las que sospecharía el resto del mundo.

Jaul Barundandi y dos de sus ayudantes servían una cena mientras la protectora y su defensor conversaban. Su presencia no atrajo ninguna atención. Por paranoica que fuese, Atrapa Almas prestó poca atención a los muebles. Todos y cada uno de los miembros del servicio habían sido interrogados en las horas posteriores a la desaparición de la radisha, y no se habían hallado cómplices internos.

La protectora era consciente de que no era tan querida por el servicio como lo había sido la radisha, pero eso no le preocupaba. Ningún atacante mundano tenía esperanzas reales de penetrar sus defensas personales. Además, estos días no le quedaba ningún amigo en el mundo. La pura perversión y el carácter esquivo prolongado la habían colocado en la posición de erigirse reina del mundo. Si es que quería molestarse.

Algún día, cuando organizase su mente, iba a tener que pensar en todo ello.

A mitad de una comida extraña, Atrapa Almas se detuvo en medio de un mordisco y le dijo a Mogaba:

—Encuétrame a un nyueng bao. A cualquier nyueng bao. Ahora mismo, ya mismo.

El flaco hombre negro no mostró emoción de ningún tipo al incorporarse.

—¿Podría preguntar por qué?

—Su base de operaciones estaba en el interior de un almacén nyueng bao. A los nyueng bao se los lleva asociando a la Compañía desde las batallas de Dejagore. El último analista se casó con una de ellos y tuvieron un hijo. La asociación podría ser

algo más que una mera casualidad histórica. —Conocía muchísimo más acerca de los nyueng bao de lo que estaba dispuesta a compartir, por supuesto.

Mogaba inclinó su tronco en un amago de reverencia. En términos generales, estaba cómodo trabajando con Atrapa Almas. Y en esos mismos términos, aprobaba su modo de pensar. De modo que salió en busca de alguien que pudiera conseguirle un par de monos de pantano.

Los sirvientes se situaron en torno a la protectora, perfectamente atentos. Ociosamente, ella se dio cuenta de que estos tres estaban entre la misma media docena que tanto se esforzaba en hacerle la vida más fácil siempre que estuviera en el palacio. De hecho, uno o más de ellos siempre la seguían en sus safaris exploratorios hacia el laberinto de pasillos abandonados que configuraban la mayoría del palacio, por si necesitaba algo. Ultimamente, habían dado algo de vida a sus dependencias personales, las cuales habían estado tan frías, infecundas, y polvorientas como los sectores vacíos durante tanto tiempo.

Era su naturaleza. Lo llevaban dentro. Debían servir. Sin que la radisha estuviera allí para satisfacer su necesidad de un amo, tenían que apoyarse en ella.

Mogaba estuvo fuera muchas más horas de lo que a ella le hubiese gustado. Cuando el hombre se dignó a regresar, la voz que ella eligió fue la quejumbrosa de una mocosa mimada.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te ha llevado tanto tiempo?

—He estado demostrando lo difícil que es atrapar al viento. No hay ningún nyueng bao en ningún rincón de la ciudad. La última vez que alguien recuerda haber visto a alguno de ellos fue anteayer por la mañana. Iban a bordo de una barcaza que más tarde se dirigió río abajo, hacia los pantanos. Evidentemente, las gentes del pantano llevaban abandonando Taglios desde incluso antes de que la radisha desapareciera y tú te hicieras daño en el talón.

Atrapa Almas gruñó. No quería que le recordasen que la habían engañado. El talón ya era un recordatorio en sí mismo.

—Los nyueng bao son un pueblo testarudo.

—Son famosos por ello —estuvo de acuerdo Mogaba.

—Los he visitado dos veces con anterioridad, y en ninguna de las dos ocasiones consiguieron captar mi mensaje al completo. Supongo que tendré que ir a predicar de nuevo y a hacer una redada de todos los fugitivos a los que hayan dado cobijo. —Era una conclusión obvia que los supervivientes de la Compañía se habían retirado a los pantanos. Los nyueng bao ya habían acogido a fugitivos antes, y si la protectora se dignaba a hurgar, había pruebas al respecto. Las barcazas que transportaban a la mayoría de la Compañía habían seguido su curso río abajo. Para llegar al río Naghir, tenías que bajar hacia el delta, y el río era la vía acuática principal que conducía al sur.

Atrapa Almas salió pitando con el impulso y el entusiasmo de una adolescente. Mogaba se puso a contemplar los restos de su comida, que aún no habían sido retirados. Uno de los sirvientes murmuró:

—Pensamos que podría desear continuar, señor. Si prefiere que retiremos el plato, lo haremos al instante.

Mogaba levantó la mirada hacia un rostro anodino que proyectaba ansias de servir, pero a pesar de eso, tuvo la impresión momentánea de que el hombre en cuestión estaba midiendo las medidas de su espalda para un puñal.

—Retíralo. No tengo hambre.

—Como desee, señor. Girish, lleva las sobras a la puerta de caridad y asegúrate de que los mendigos que allí están sepan que la protectora piensa en ellos.

Mogaba observó partir a los sirvientes y se preguntó qué le había dado la impresión de que ese hombre no era sincero. Supuestamente, la verdad reside en los hechos de un hombre, y ese hombre nunca se había comportado como ninguna otra cosa que un sirviente totalmente devoto.

Atrapa Almas entró en su suite personal dando zancadas. Cuanto más pensaba en los nyueng bao, más furiosa se ponía. ¿Qué haría falta para enseñar a esa gente? Eso parecía algo que ellos mismos podrían averiguar antes de que saliera el sol. Una noche de sombras terroríficas debía, al menos, ponerles de humor para prestar atención.

Atrapa Almas se entendía a sí misma mejor de lo que creían los de fuera. Se preguntaba por qué estaba de un humor tan de perros, un humor que parecía ir más allá de su capricho e irritabilidad habituales. Eructó y se dio un par de puñetazos en el pecho para hacer salir otro eructo. Puede que fuese el picante, porque sentía venir el ardor de estómago. También se sentía un poco mareada.

Trepó al parapeto donde conservaba las dos únicas alfombras voladoras del mundo. El lugar solamente podía alcanzarse por la ruta que ella había seguido. Se pondría en marcha y haría que aquellos monos de pantano pagasen también por su ardor de estómago. La cena había sido una especialidad nyueng bao consistente en enormes setas horribles, anguilas aún más horribles, y verduras inidentificables cubiertas por una salsa que picaba como el infierno sobre una cama de arroz. Había sido uno de los platos favoritos de la radisha, y se servía muy a menudo. Los cocineros no habían cambiado su rutina porque a la protectora le daba igual el menú.

Volvió a eructar. El ardor de estómago, que iba en aumento, la quemó por dentro.

Se montó de un salto sobre la alfombra más grande, que chirrió bajo su peso, y le dio la orden de dirigirse río abajo rápidamente.

Cuando llevaba volando unos cuantos kilómetros y estaba a más de ciento veinte metros por encima de los tejados de las casas, sobrevolándolos más rápido que una

paloma de carreras, las piezas inferiores del armazón, que habían sido saboteadas, se partieron de repente. En cuanto se partió la primera, las otras no pudieron soportar la presión y la alfombra se desintegró en cuestión de segundos.

Hubo un destello lo suficientemente brillante como para ser visto por la mitad de la ciudad. Lo último que vio Atrapa Almas, mientras se precipitaba a la superficie del río, fue un gigantesco círculo de caracteres que proclamaban «El agua duerme».

Justo antes de que el flas atravesase su ventana, un desconcertado Mogaba descubrió una carta doblada y cerrada sobre su catre espartano. Se encorvó, alegrándose de no haber comido más de aquella comida picante, rompió la cera del sello y leyó «Mi hermano no perdonado». A continuación, el resplandor inesperado captó su atención, y también leyó el eslogan escrito en el cielo. ¿Todo el esfuerzo que había invertido para aprender a leer a lo largo de los últimos años iba a ser recompensado de aquella manera?

¿Y qué pasaba ahora, si la protectora había desaparecido? ¿Fingiría que ella también estaba escondida, y haría del engaño un doble velo?

Volvió a encorvarse y se sentó en el catre. No se sentía bien en absoluto, y para él, era un sentimiento nuevo e incomprensible: nunca se ponía enfermo.

CAPÍTULO 58

Un joven hablador de linaje autóctono y una disposición más ambiciosa de lo común nos entrevistó en el punto de control militar que encontramos al final sureño del paso. Aún no era lo suficientemente mayor como para ser pomposamente oficioso, pero lo sería algún día. Personalmente, parecía más interesado en noticias que venían del exterior que en el contrabando o los forajidos.

—¿Qué está ocurriendo en el norte? —quiso saber—. Últimamente hemos visto a un montón de refugiados. —Examinó nuestras precarias posesiones sin ni siquiera mirar dentro de ninguna de ellas.

Gota y Doj parloteaban entre ellos en nyueng bao y fingían no entender el tagliano de marcado acento del muchacho. Yo me encogí de hombros y respondí primero en jaicuri, que se acerca lo suficiente al tagliano como para que los habitantes de ambos sitios se entiendan la mayoría de las veces, pero que en esta ocasión solamente frustró al joven funcionario. Yo no tenía ninguna gana de quedarme ahí parado cotilleando con el funcionario de turno.

—Sobre los otros, no sé, pero todo lo que hemos tenido nosotros han sido décadas de desgracia y sufrimientos. Hemos oído que ahí abajo hay oportunidades, así que abandonamos la Tierra de Nuestros Dolores y vinimos aquí.

El funcionario supuso que me refería a un país en particular, como yo había esperado, en lugar de reconocer que la Tierra de Nuestros Dolores era el modo vehdna de describir el lugar donde un converso había vivido antes de escuchar la llamada de Dios.

—¿Dices que hay muchos otros haciendo lo mismo que hacemos nosotros? —dije, tratando de sonar preocupado.

—Recientemente, sí. Por este motivo temía que algo estuviese a punto de ocurrir.

Temía por la estabilidad del imperio al cual se había atado. No pude resistir la tentación de gastarle una broma.

—Ha habido rumores de que la Compañía Negra había aparecido en Taglios y estaba enfrentándose a la protectora. Pero siempre hay historias absurdas por ahí sobre la Compañía Negra, y nunca significan nada. Y tampoco tienen nada que ver con nuestra decisión.

El joven se desanimó aún más y nos dejó pasar sin interesarse más. No me molesté en elogiarlo, pero fue el único oficial que nos habíamos encontrado desde que habíamos dejado Taglios que hacía esfuerzos reales para cumplir con sus funciones. Y lo hacía solamente con esperanzas de triunfar.

Nunca tuve que echar mano de la leyenda increíblemente compleja que me había inventado para nuestro grupo de cuatro personas; era la siguiente: Swan era mi segundo marido, Gota era la madre de mi primer difunto esposo, y Doj su primo,

todos ellos supervivientes de las guerras. La historia podría aplicarse en cualquier otra región donde hubiese habido enfrentamientos extendidos, ya que los equipos de supervivientes entremezclados de una misma familia no eran en absoluto extraños.

—Me he pasado todo el camino tejiéndonos una historia y no he tenido oportunidad de usarla. Ni siquiera una vez. Nadie está haciendo su trabajo —me quejé.

Doj sonrió, me guiñó un ojo, y se esfumó hacia el terreno ajado junto a la carretera para recuperar las armas que habíamos escondido antes de aproximarnos al punto de control.

—Alguien debería hacer algo al respecto —declaró Swan—. Cuando vea al próximo funcionario de medio rango, iré hacia él y le cantaré las cuarenta. Todos pagamos impuestos. Tenemos derecho a esperar algo más que un esfuerzo de nuestros funcionarios.

Gota se despertó el tiempo suficiente para llamar a Swan idiota en tagliano y en nyueng bao. Le dijo que tenía que callarse antes de que incluso el dios de los Bobos renunciara a él. A continuación, cerró los ojos y reanudó sus ronquidos. Gota había empezado a preocuparme. Durante los últimos meses, cada día tenía un poco menos de vida. Doj parecía creer que ella pensaba que no tenía nada más para lo que vivir.

Quizá Sahra pudiese hacer que reviviese. Deberíamos reunimos con los otros en un futuro no muy lejano, y quizá Sahra podría hacer que Gota se emocionase por rescatar a Thai Dei y a los Tomados.

Me preocupaban las consecuencias. Durante todos estos años me había esforzado por alcanzar lo que alcanzaríamos en breve, y ahora, por primera vez, había empezado a preguntarme qué podría significar realmente el éxito. Las personas enterradas ahí fuera nunca habían sido parangones de cordura y rectitud. Habían tenido casi dos décadas para fermentarse en sus propios jugos. No era muy probable que abrigasen demasiado amor fraternal hacia el resto del mundo.

Además estaba el demonio guardián, Shivetya, y, en alguna parte, la cosa encantada y encadenada que Narayan Singh y la Hija de la Noche adoraban. Eso por no mencionar los misterios y peligros de la llanura en sí misma, y todos los riesgos que aún desconocíamos.

Swan era el único que tenía algo de experiencia con todo eso, y no tenía nada positivo que contar. Durante años, Murgén tampoco lo tuvo, aunque sus experiencias habían sido dramáticamente distintas de las de Swan. Murgén había vivido la llanura reluciente en dos mundos al mismo tiempo. Swan parecía haber vivido la versión de nuestro mundo con un enfoque más definido. Incluso tras tantos años, aún podía describir lugares específicos con detalles exquisitos.

—¿Cómo es que no has hablado de esto antes?

—Nunca lo escondí, Dormilón. Pero es que no parece que haya demasiado

porcentaje de ofrecer nada así como así en este mundo. Si admito que sé cualquier cosa sobre ese lugar, lo próximo que sabré será que el bueno de Sauce Swan es elegido para volver allí arriba como guía de una banda de invasores que sin duda tocarán las narices a los espíritus que sean que deambulan por allí. ¿Tengo o no tengo razón?

—No eres tan estúpido como haces ver. Creí que no habías visto espíritus.

—No del modo en que Murgen afirmó haberlos visto, pero eso no quiere decir que yo no los haya sentido merodeando por ahí. Ya lo verás. Intenta dormirte cuando sientes que hay sombras hambrientas llamándote a unos pocos metros de distancia. Es como estar dentro de un zoo con todos los depredadores del mundo babeando justo al otro lado de los barrotes. Barrotes que no puedes ver ni tampoco sentir, y que, por lo tanto, no tienes ningún modo de saber si son de fiar o no.

Y todo este hablar atropelladamente tampoco me está haciendo ningún bien a los nervios, Dormilón.

—Puede que nunca tengamos que subir allí arriba, Swan, si la Llave que tenemos es falsa o ya no funciona. Entonces no habrá ninguna otra cosa que podamos hacer excepto quizá montar tu fábrica de cerveza y fingir que nunca oímos hablar de la protectora, la radisha, o la Compañía Negra.

—Tranquilo, corazón. Sabes de sobra que esa cosa va a ser la Llave buena, maldita sea. A tu dios, a mis dioses, a los dioses de alguien les pone cachondos Sauce Swan y no van a dejar de asegurarse de que, pase lo que pase, ocurra la peor cosa posible, y que me ocurra a mí. Tengo que abandonarte, tengo que entregarte al funcionario real más cercano. Ese será el único modo de que Atrapa Almas sepa que aún estoy vivo. Después se pondría realmente desagradable, preguntándome por qué no te entregué tres o cuatro meses atrás.

—Sin mencionar que probablemente estarías muerto mucho antes de que pudieras encontrar a un funcionario que quisiera molestarse en escucharte.

—Sí, eso también.

Doj regresó con las armas. Las distribuimos y reanudamos la marcha. Swan continuó describiéndose a sí mismo de manera elocuente como el hijo primogénito de la Desgracia.

Estaba experimentando hechizos de gran dramatismo.

A poco menos de un kilómetro nos encontramos un pequeño mercado de campesinos. Unos pocos mayores y jóvenes que no podían contribuir demasiado a la granja estaban allí esperando poder aprovecharse de los viajeros que siguieran tambaleándose por las miserias de la montaña. Su éxito en ventas era la comida fresca, pero también disponían de chismes gratuitos que te facilitaban mientras tú contribuyes con unos cuantos pedazos de tu propia cosecha. Encontraban particularmente interesante los hechos del otro lado del Dandha Presh.

Pregunté a una jovencita que tenía el aspecto de ser la hermana pequeña del funcionario de aduanas de lo alto de la carretera:

—¿Recuerdas a muchas de las personas que han pasado por aquí? Mi padre debería haber pasado antes que nosotros, para encontrarnos un lugar para acampar. — Me puse a describir a Narayan Singh con todo detalle.

La niña era un ser despreocupado y alegre. Había muchas probabilidades de que no recordase ni lo que había comido para desayunar. No recordaba a Narayan, pero fue a buscar a alguien que pudiese recordarlo.

—¿Dónde estaba ella cuando yo estaba en edad de casarme? —gruñó Swan—. Cuando sea mayor será preciosa, y además no tiene cerebro que complique las cosas.

—Cómprala. Tráela con nosotros. Enséñala bien.

—No soy tan guapo como antes.

Intenté pensar en alguien que lo fuese. Ni siquiera Sahra reunía las cualidades.

Yo esperaba. Swan murmuraba. Doj y Gota andaban por ahí, él intercambiando historias y ella examinando los utensilios en venta, que, aparte de los alimentos, eran escasos. A pesar de todo, se compró un pollo esquelético. Lo único positivo de nuestro equipo de viaje era que no había ningún gunni o ningún shadar que complicasen las comidas. Solo Gota, que insistía en intentar cocinar. Quizá pudiese asesinar al pollo mientras ella dormía y asarlo antes de que se despertara.

La niña trajo consigo a un anciano, pero él tampoco fue de ninguna ayuda. Solo parecía interesado en decirme lo que él creía que yo quería oír. No obstante, sí que parecía posible que Narayan hubiese cruzado el paso antes que nosotros.

Esperé que Murgén estuviese haciendo su trabajo y hubiese alertado a los otros por lo que pudiera pasar.

Doj y Gota siguieron avanzando carretera abajo antes de que yo terminase con los campesinos, que estaban sorprendidos de que mi manejo del lenguaje fuese adecuado para la tarea. Obviamente, Gota estaba cansada de llevar el burro, y este, definitivamente podría disfrutar de un descanso.

—¿Es eso una mascota? —preguntó la niña.

—Es un burro —contesté yo, verdaderamente sorprendido por haber encontrado tan fácil la comunicación. Ellos también tenían burros aquí abajo, ¿no?

—Ya lo sé. Me refería al pájaro.

—¡Ah! Bueno... —El cuervo blanco estaba posado en el fardo del burro. Guiñó un ojo, se rio, dijo «Hermana, hermana», y echó a volar para después planear sobre las montañas.

Swan dijo:

—Estaba pensando que le acabo de encontrar un lado bueno a este viaje: aquí no llueve.

—Igual les pregunto si me dejan llevarme a la niña. A cambio de tus fuertes

espaldas.

—Nos estamos poniendo un poco hogareños, esposa mía... ¿Dormilón? ¿Has tenido alguna vez un nombre real?

—Anyanyandir, la princesa perdida de Jaicur. Pero incluso ahora mi malvada madrastra ha descubierto que aún sigo viva y ha convocado a los príncipes de los rakshasas para negociar con ellos mi muerte. No, estoy de broma. Soy Dormilón, y me conoces prácticamente desde que llevo ese nombre, así que dejémoslo así.

CAPÍTULO 59

Una vez dejamos las montañas, ya no quedaba mucho para llegar a la zona de Kiaulune. Las guerras del Maestro de las Sombras habían devastado el lugar, y la devastación había continuado durante las guerras de Kiaulune libradas por la radisha y aquellos que decidieron ser fieles a la Compañía Negra. Era una pena que la mayor parte de las ruinas se hubiesen retirado incluso antes de que Atrapa Almas decidiese que podía proclamarse victoriosa e ir al norte y reclamar su nuevo puesto como protectora de Todos los Taglias. La radisha debería haber visto la zona en su estado más pésimo para comprender lo que había provocado por traicionar su contrato con la Compañía. Sin embargo, lo peor solamente existía ya en la memoria de los supervivientes. El valle, que una vez había sido clamoroso, contaba ahora con una ciudad de proporciones considerables y un tablero de ajedrez de granjas nuevas pobladas por una mezcla de nativos antiguos prisioneros de guerra, y desertores de todas las facciones imaginables. La paz había estallado y estaba siendo explotada de manera entusiasta porque suponían que no iba a haber manera de que perdurase.

La transición de la antigua Kiaulune, antes llamada Trampa de Sombras, a la nueva, simplemente llamada Ciudad Nueva, había dejado una cosa sin modificar. En la lejanía de la pendiente del valle, a muchos kilómetros de distancia, tras las ruinas desmenuzadas y esparcidas por la maleza de Atalaya, que una vez había sido poderosa, donde la tierra cambiaba rápidamente de un verdor exuberante a un marrón casi infecundo, se encontraba aquella temida cosa llamada la Puerta de las Sombras. No destacaba, pero yo sentía su llamada. Les dije a mis acompañantes:

—Ahora tenemos que tener cuidado de no apresurarnos. La prisa podría ser mortal.

La Puerta de las Sombras no era solamente nuestra única manera de acceder a la llanura para liberar a los Tomados, sino que era también el único portal a través del cual las sombras que estaban prisioneras allí podían escaparse y comenzar a tratar al mundo entero como habían tratado sus primas a los indigentes de Taglios. Y esa puerta estaba muy mal de salud. Los Maestros de las Sombras la habían dañado y debilitado muchísimo cuando habían conseguido el acceso a las sombras que habían esclavizado.

—En eso estamos completamente de acuerdo —respondió tío Doj—. Toda tradición popular enfatiza la necesidad de precaución.

Últimamente habíamos tenido algunos desacuerdos. Él había vuelto enamorarse de la idea de que el analista de la Compañía se convirtiese en su suplente en el peculiar papel que desempeñaba entre los nyueng bao. El mismo analista de la Compañía que no tenía interés alguno por el trabajo. Por desgracia, resultaba que Doj era una de esas personas con serias dificultades para comprender el significado del

concepto «¡no!».

—Eso es nuevo —dije, señalando una pequeña estructura situada a menos de medio kilómetro por debajo de la Puerta de las Sombras, junto a la carretera—. Y no me gusta su aspecto. —Era difícil afirmarlo desde tan lejos, pero parecía que la estructura era una pequeña fortificación construida con piedras rescatadas de los escombros de Atalaya.

—Una complicación potencial —gruñó Doj.

—Si seguimos aquí parados como espías, alguien se va a poner desagradable con nosotros —observó Swan.

Una observación no sin sustancia, a pesar de que los que estaban a cargo parecían extraordinariamente poco estrictos. Era obvio que hacía tiempo que no tenían problemas. Con bastante probabilidad, desde que la Compañía Negra se había marchado.

—Alguien, probablemente yo, porque soy el único aquí que parecer ser lo que dice ser, tendrá que ir a explorar. —El plan original había sido que todos acampásemos en los yermos que había no demasiado lejos de donde estaba ahora esa nueva estructura, colina abajo.

Estaba preocupado. Alguien debería haber estado vigilado para que abandonásemos las montañas. Esperé que fuese solo un descuido de Saha. Llevaba casada con la Compañía una eternidad, pero nunca había aprendido a pensar como un soldado. Si nadie la había aconsejado bien, o si ella había decidido no hacer caso del consejo que le habían dado porque, como muchos civiles, no podía lograr comprender el porqué de todas esas cosas, podría haber considerado sin importancia la necesidad de vigilar.

Recé para que fuese así de simple.

Nadie exigió para sí el papel de explorador. Pobre de mí. A por más dolor de pies mientras los otros holgazaneaban a la sombra de jóvenes pinos.

El cuervo blanco se presentó en cuanto hube dejado atrás la colina y los otros estuvieron fuera de alcance. Se dejó caer en picado hacia mí y graznó. Se abalanzó sobre mí de nuevo y yo intenté espantarlo. Era como un bicho enorme y muy irritante. Se rio y regresó, emitiendo unos graznidos que ahora parecían palabras.

Finalmente lo comprendí. El pájaro quería que lo siguiese.

—Guíame, heraldo caído, sin olvidar que no soy un gunni y por lo tanto ninguna prohibición sagrada me impide comer carne. —Había disfrutado, si es que esa es la palabra adecuada, de asado de cuervo en varias ocasiones en los momentos más bajos de mi carrera militar.

El cuervo solamente miraba por mis intereses. Me condujo directamente a una gran aldea campamento situada en una ladera que daba a las afueras cercanas de la Nueva Ciudad. Los nuestros tenían que ser solamente algunos de los que se

hospedaban allí, pero la mano de Sahra era obvia por todas partes. La disposición de la aldea era cuidada, ordenada y limpia. Exactamente como ordenaban las reglas del capitán, aunque estas casi nunca se respetan cuando él no está presente.

Sufrí un conflicto inmediato. ¿Debía abalanzarme para ver a todos los que no veía desde hacía meses o regresar rápidamente y recoger a mis compañeros de viaje? En cuanto me pusiese a saludar, podrían pasar horas antes de que...

La decisión fue tomada por mí. Tobo me localizó.

Mi primer toque de atención fue un grito.

—¡Dormilón! —Una masa de brazos y piernas agitadas vino en marabunta hacia mí y me recibió con un abrazo totalmente inesperado.

Yo me escabullí.

—Has crecido. —Y mucho. Ahora era más alto que yo, y su voz era más grave—. Ya no podrás ser Shiki. A los grandes hombres de Taglios se les partirá el corazón.

—De todos modos, Goblin dice que ya es hora de que empiece a romper los corazones de las chicas. —No había demasiadas dudas de fuese tener el poder de hacerlo. Iba a ser un hombre guapo a quien no le iba a faltar confianza en sí mismo.

Con un gesto que no era muy característico de mí, le rodeé de la cintura con un brazo y nos dirigimos juntos a donde habían empezado a aparecer las demás caras familiares.

—¿Cómo te ha ido el viaje?

—En su mayor parte ha sido divertido, excepto cuando me obligaron a estudiar, es decir, casi todo el tiempo. Sri Surendranath es peor que Goblin, pero dice que podría convertirme en estudiante. Así que madre Gota siempre respalda a cualquiera que quiera obligarme a estudiar. En cualquier caso, hemos podido ver un montón de cosas fantásticas. En Praiphurbed había un templo que estaba totalmente cubierto de esculturas de gente haciéndolo en todas las posturas imaginables... Oh, lo siento. — El chico enrojeció.

Tobo tenía una imagen mental de mí que se parecía a la de una monja casta, y casi toda mi vida adulta no contradecía ese punto de vista. Sin embargo, no estoy en contra de aventuras interpersonales, solo es que a mí no me interesan. Swan insiste en que seguramente es debido a que aún no me he encontrado con el hombre cuya presencia animal sobrepase por completo a mi renuencia intelectual. En la mente de Swan, claro está, él es uno de los mayores expertos.

No deja de ofrecerse voluntario, así que, ¿quién sabe? Quizás algún día me entrará la suficiente curiosidad como para experimentarlo, solamente para averiguar si alguien puede tocarme sin irme corriendo a mi escondite.

Y ahora los otros me estaban dando la bienvenida de una manera tan sincera que se hizo un nuevo hueco dentro de mí, un lugar pequeño, cálido, y radiante. Mis camaradas. Mis hermanos. Me inundaron infinidad de ruidos y charlas. Ahora sí que

íbamos a hacer algo. Ahora íbamos a llegar a algún punto. Ahora íbamos a patear unos cuantos culos si teníamos que hacerlo. Dormilón estaba aquí para esclarecerlo todo y decirle a los demás dónde y cuándo clavar el cuchillo.

—Dios conoce todos los secretos y todos los chistes —dije yo—, y desearía que El compartiese el secreto del chiste que explica por qué creó un montón de asesinos a suelto tan desaliñados. —Me valí de un meñique para deshacerme de una lágrima antes de que nadie se diese cuenta de que no estaba lloviendo—. Tíos, para llevar tanto tiempo en la carretera, se os ve bastante gordos.

Alguien dijo:

—Joder, llevamos esperándote aquí un puto mes entero. Algunos de nosotros. Los más lentos llegaron la semana pasada.

—¿Cómo va Un Ojo? —pregunté mientras Sahra se abría paso entre la multitud.

—Está jodido —ofreció una voz—. ¿Cómo sabes...?

Sahra y yo nos abrazamos. Ella dijo:

—Estábamos empezando a preocuparnos. —Una pregunta quedó colgando del final de su frase.

—Tobo, tu abuela y tío Doj están esperando ahí arriba en el bosque de la carretera. Vete corriendo y diles que bajen.

—¿Dónde está el resto? —preguntó alguien.

—Swan está con ellos, y el resto están por detrás, en algún sitio. Nos dividimos en tres grupos después de llegar a las tierras altas. Había cuervos alrededor, y no queríamos ofrecerles ningún espectáculo obvio.

—Nosotros hicimos lo mismo después de dejar las barcazas —me dijo Sahra—. ¿Has visto muchos cuervos? Nosotros solamente hemos visto unos pocos. Podrían no haber sido los de la protectora.

—El blanco no para de aparecer.

—Nosotros también lo vimos. ¿Tienes hambre?

—¿Estás de broma? Llevo comiendo lo que cocina tu madre desde que abandonamos Jaicur. —Eché un vistazo a mi alrededor. Había gente mirando que no pertenecía a la Compañía Negra. Puede que también fuesen refugiados, pero el entusiasmo de mi recepción definitivamente daría que hablar.

Sahra rio. Sonaba más a una risa de alivio que a una de buen humor.

—¿Cómo está madre?

—Creo que algo anda mal, Sahra. La vieja amargada Ky Gota ha dejado de ser desagradable. La mayor parte del tiempo está perdida en sí misma, y en aquellas ocasiones en que está totalmente consciente, casi es educada.

—Entremos aquí. —Sahra levantó la puerta de entrada de una tienda de campaña. Era la tienda más grande del campamento—. ¿Y tío Doj?

—Va un poco más lento, pero aún es tío Doj. Quiere que me convierta en nyueng

bao y sea su aprendiz, como si tuviera mucho tiempo libre siendo el aprendiz de Murgén. Dice que es solo porque no tiene a nadie más a quien pasar sus responsabilidades, sean las que sean. Parece pensar que yo debería acceder antes de que me explique para qué.

—¿Habéis conseguido la Llave?

—Sí, la hemos conseguido. Tío Doj la tiene en su fardo. Pero Singh escapó, aunque nos lo esperábamos. ¿Ha aparecido por aquí? A lo largo del camino nos han llegado rumores que me han dado la idea de que iba por delante de nosotros ganando terreno. ¿Aún tenéis a la chica?

Sahra asintió.

—Pero da mucho trabajo. Creo que volver a traerla al sur la ha acercado más a Kina. El sentido común me dice que deberíamos romper nuestra promesa y matarla. —Se acomodó sobre un cojín—. Estoy contenta de que estés aquí. Estoy completamente exhausta. Mantener a esta gente bajo control cuando hay tan pocas cosas que puedan hacer... Es un milagro que no hayamos tenido ningún incidente grave... He comprado una granja.

—¿Qué has hecho qué?

—He comprado una granja. No está lejos de la Puerta de las Sombras. Me han dicho que el terreno es penoso, pero es un lugar donde la mayoría de los hombres pueden estar a salvo de miradas ajenas, sin meterse en líos, e incluso estar ocupados construyendo casas o trabajando la tierra para que, con el tiempo, podamos autoabastecernos. La mitad del grupo está allí ahora. La mayoría de estos tipos también habrían estado, si no fuera porque Murgén dijo que llegarías hoy. Has marchado rápido, no te esperábamos hasta dentro de unas cuantas horas.

—¿Quiere eso decir que estáis bien al tanto de todo lo que está ocurriendo en el mundo exterior?

—Tengo un marido con un talento especial que no siempre lo comparte todo conmigo. Y yo no siempre lo comparto a él con los otros. Y probablemente, ninguno de los dos debería comportarse de esa manera. Hay miles de cosas de las que tenemos que hablar, Dormilón. No sé por dónde empezar, así que, ¿por qué no simplemente por preguntarte cómo estás?

CAPÍTULO 60

La hermandad debía ponerse en marcha.

Goblin entró como un misil en la tienda sin ser invitado y disparó entrecortadamente la noticia de que mi agasajada llegada había llamado la atención de informantes oficiales y había levantado las sospechas de las autoridades locales. Aquellos tipos no habían querido investigar el campo de refugiados antes solo por una total falta de ambición. Envié a Kendo y a una docena de hombres a asegurar el extremo sureño del paso a través del Dandha Presh, para que garantizaran una bienvenida favorable a los que bajaban detrás de mí y para que ayudasen a impedir que nadie se escabullera hacia el norte con las noticias de dónde nos encontrábamos. Envié a varios equipos pequeños a capturar a funcionarios veteranos y agentes antes de que pudieran organizarse. Aquí no existía ninguna estructura gubernamental real, fija o sólida, porque la protectora estaba a favor de la anarquía con límites.

Era obvio que estas antiguas Tierras de las Sombras, a pesar de su proximidad a la llanura reluciente, se les habían ocurrido después a los poderosos de Taglios. Los conflictos de la región habían sido decididos con una venganza. El gran general se había ganado la reputación que deseaba. Aquí había ya pocas tropas y ningún funcionario de renombre. Parecía una provincia segura y remota adecuada para hacer rústicas vergüenzas humanas que no eran consideradas dignas de examen.

De todos modos, a lo largo de la región había muchos más de ellos que de nosotros, y nosotros habíamos perdido la práctica de la batalla. El cerebro, la velocidad y la ferocidad iban a tener que sostenernos hasta que reuniésemos al clan al completo y terminásemos de prepararnos para seguir la carretera hacia la parte sur del valle.

—Bueno, ahora que ya has tenido tu chute de poder y tienes tiempo de hablar, ¿cómo demonios estás, Dormilón? —preguntó Goblin. Parecía exhausto.

—Hecho polvo de viajar, pero aún avinagrado. Es agradable hablar con alguien en algún sitio donde no tengo que inclinarme hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Sal por la maldita puerta si vienes a hablar esa mierda. Sabía que había una razón por la que no te he echado de menos.

—Qué cosas tan bonitas me dices. ¿Cómo está Un Ojo?

—Mejorando. Tener a Gota aquí acelerará el proceso. Pero no va a volver a estar bien del todo. Saldrá de esta lento y tembloroso, y en los hechizos tendrá problemas para recordar lo que está haciendo. Y además le quedarán dificultades para comunicarse, especialmente cuando esté emocionado.

Yo asentí, respiré profundamente y dije:

—Y sucederá de nuevo, ¿no es así?

—Podría suceder, a menudo sucede. Pero no es obligatorio. —Se frotó la frente

—. Dolor de cabeza. Tengo que dormir un rato, puedes volverte loco tratando de arreglártelas con algo así.

—Si necesitas dormir, mejor que lo hagas ahora. Van a empezar a pasar cosas, y te necesitaremos fresco cuando se ponga emocionante.

—Sabía que había otra razón por la que no te he echado de menos. No llevas aquí ni el tiempo necesario de sonarte los mocos y ya hay gente y cosas volando por los aires, preparados para darse de cabezazos.

—Es por mi alegre personalidad. ¿Crees que debería visitar a Un Ojo?

—Tú verás, pero si no vas se le romperá el corazón. Seguramente ya esté todo enfurruñado porque me has visto a mí primero.

Pregunté cómo encontrar a Un Ojo y dejé a Goblin. Me di cuenta de que los refugiados no asociados a la Compañía se estaban escabullendo del campamento. En la Nueva Ciudad también había signos de excitación.

Gota, Doj, y Swan se aproximaban al campamento desde la parte que subía de la colina. Tobo hacía gracietas a su alrededor como un cachorro excitado. Me pregunté de lado de quién se pondría Swan una vez empezase lo bueno. Seguramente se mantendría neutral todo el tiempo que le fuese posible.

—Tienes mejor aspecto de lo que esperaba —le dije a Un Ojo, que de hecho estaba haciendo algo en el momento en que me agaché para entrar en su tienda—. ¿Es eso una lanza? Pensé que la habías perdido hacía años. —El arma en cuestión era un artefacto con un tallado y una decoración muy elaborados con una potencia mágica extrema que él había empezado a fabricar en el pasado, durante el asedio de Jaicur. El objetivo que se le había asignado entonces había sido el maestro de las Sombras Hilador de Sombras. Más tarde, había continuado mejorando el artefacto para poder utilizarlo contra Sombra Larga. Aquella lanza poseía una belleza tan oscura que parecía un pecado usarla solamente para matar a alguien.

Un Ojo se tomó su tiempo para recomponerse. Elevó la mirada hacia mí. Quedaba menos de él que la última vez que lo había visto, e incluso entonces ya no era más que la cáscara del Un Ojo que recordaba de cuando yo era joven.

—No.

Solo esa única palabra. Ninguno de las acusaciones o insultos abusivos de costumbre. No quería ponerse en evidencia. Las consecuencias del derrame eran más atroces emocionalmente que físicamente. Había sido el maestro de todo lo que le rodeaba durante doscientos años, sobrepasando los sueños de todos los hombres, y ahora no podía contar con formular una frase completa y coherente.

—Estoy aquí. Tengo la Llave, y ya han empezado a pasar cosas.

Un Ojo asintió lentamente. Esperé que me hubiese entendido. Se decía que en Jaicur había existido una vez una mujer que tenía ciento diecinueve años cuando había muerto. En toda mi vida no la vi hacer otra cosa que estar sentada en una silla y

babear. No entendía nada de lo que le decían. Tenían que cambiarle de ropa y darle de comer como a un bebé. Yo no quería que eso le sucediese a Un Ojo. Era viejo e irascible, y casi siempre un gran coñazo, pero era una parte integrante de mi universo. Era mi hermano.

—Esa otra mujer. La casada. No tiene el fuego. —Sus palabras eran un fantasma del habla. Cuando hablaba, sus manos temblaban demasiado como para sostener sus herramientas.

—Tiene miedo a que le salga bien.

—Y también tiene miedo a que no le salga bien. Estás ocupada, Jovencita. —Se le iluminó el rostro con una sonrisa porque había sido capaz de decir todo eso sin demasiada dificultad—. Haz lo que tengas que hacer. Pero tengo que hablar contigo de nuevo. Pronto. Antes de que vuelva a ocurrirme esto. —Hablabla lentamente y con un enorme cuidado—. Tú eres el elegido. —Su esfuerzo mental era tan acusado que era cansado escucharle. Me hizo un gesto para que me acercase—. Los soldados viven. Y me pregunto por qué —murmuró.

Alguien apartó la puerta de la tienda y un haz de luz brillante entró a raudales. Aunque no pudiera verla, supe que era Gota. Su olor la precedía.

—Intenta no hacerle hablar demasiado. Está exhausto.

—Ya he visto este problema antes. —Fría, aunque civil. Más animada de lo que había estado durante un tiempo, pero aun así no era la Gota mordaz y frecuentemente irracional del año pasado—. Aquí yo seré de más valor que tú. —Su acento era mucho más suave que normalmente—. Vete a matar a alguien, Soldado de Piedra.

—Hacía tiempo que nadie me llamaba eso.

Gota se burló con una reverencia mientras se adentraba en la tienda con sus andares de pato.

—Soldado de Hueso. Soldado de la Oscuridad, sigue adelante y conjura a los Hijos de los Muertos desde la Tierra de las Sombras Desconocidas. Todo el mal sufre allí una muerte infinita.

Di un paso hacia fuera, perplejo. ¿De qué iba todo eso?

La voz siguió detrás de mí.

—Llamando al cielo y la tierra, al día y la noche.

Creí haber oído esa fórmula antes, pero no pude recordar el sitio o el contexto. Debía de haber sido en alguna ocasión en la que alguna persona de los nyueng bao había sido particularmente críptica.

La emoción había aumentado. Alguien había robado ya algunos caballos... los había hecho suyos. No nos precipitemos demasiado con nuestras conclusiones. Alrededor de mí había unos cuantos jinetes embistiendo, sin guía ni plan racional. Deberíamos haber preparado algo para una situación como esta.

—Esto es lo que ocurre cuando nadie quiere hacerse cargo —gruñí—. ¡Vosotros

tres! ¡Venid aquí! ¿Qué estáis haciendo, por amor de Dios?

Tras escuchar sus carraspeos, les di unas cuantas órdenes y salieron galopando con los mensajes. Yo murmuré:

—No existe ningún dios aparte de Dios. Dios es el Todopoderoso, ilimitado en su compasión. Obséquame con tu compasión, oh, Señor de las Estaciones. Permite que mis enemigos estén más confusos que mis amigos. —Me sentí como si estuviera en el ojo de una tormenta de embrollos.

¿Era mi culpa? Lo único que yo había hecho era aparecer. Si iba a tener ese efecto, alguien debería haberse encontrado conmigo lejos de los testigos y haberme conducido a la granja de Sahra. Eso podría habernos dado tiempo para formar, y nadie se habría enterado.

Realmente teníamos muy poca organización formal, ninguna cadena de órdenes declarada ni tabla de responsabilidades establecida. Aparte de las enemistades fijas y el compromiso emocional de liberar a los Tomados, no teníamos ninguna política real. Nos habíamos deteriorado hasta convertirnos en poco más que una ensalzada banda de bandidos, y yo estaba avergonzado. Era, en parte, mi culpa.

Me rasqué el trasero. Tenía el claro presentimiento de que el capitán iba a ponerse al día de las regañinas de todos estos años. Podía poner todas las excusas que quisiera en cuanto a ser un mero sustituto de Murgén mientras él estaba enterrado, pero me habían elegido como su suplente. Además, a menudo el analista es también el portaestandarte, y generalmente se designa al portaestandarte porque aquellos que están en el poder creen que está capacitado para convertirse en teniente, y, quizá, con el tiempo, en capitán. Lo que quería decir que Murgén había visto algo en mí mucho tiempo atrás y el anciano no había encontrado ningún motivo para discrepar con él. Y yo no había hecho nada con todo eso, más que pasármelo en grande ideando tormentos para nuestros enemigos mientras que una mujer que no era un miembro comprometido de la Compañía asumía la mayoría del liderazgo de esta por defecto. El valor y la inteligencia de Sahra, así como su determinación, eran irreprochables, pero sus destrezas como soldado y comandante no lo eran tanto. Tenía buenas intenciones, pero no comprendía las estrategias no diseñadas para ajustarse a sus propias necesidades y deseos. Quería resucitar a los Tomados, por supuesto, pero no para beneficio de la Compañía Negra. Ella quería recuperar a su marido. Para Sahra, la Compañía era tan solo un medio para conseguir sus fines.

Estábamos a punto de pagar el precio de mi renuencia a dar un paso adelante y servir los intereses de la Compañía.

Apenas éramos nada más que la banda de matones que la protectora afirmaba que éramos. Estaba dispuesto a apostar a que era probable que cualquier resistencia determinada que nos encontrásemos en los alrededores hiciese añicos el poco espíritu familiar que le quedaba a la Compañía.

Íbamos a tener que pagar por olvidar quién éramos y lo que éramos. Y mi enfado, principalmente hacia mí mismo, me hacía parecer el doble de grande. Me puse como un ogro a gritar a los otros y a echar espuma por la boca, y en poco tiempo había obligado a todo el mundo a que se pusiera a hacer algo útil.

Y entonces, un miserable montón de granujas apareció penosamente de la Nueva Ciudad y se dirigió al campo de refugiados como una bandada de ocas reacias, graznando y quedándose atrás a lo largo de todo el camino. Eran alrededor de cincuenta y estaban armados. El acero daba más impresión que los soldados que lo llevaban. El armero del lugar hacía bien su trabajo, pero quienquiera que fuese el que entrenaba a los reclutas, no. Eran más patéticos que mi grupo, y mis hombres tenían la ventaja de haber golpeado ya en la cabeza a alguna gente, y por lo tanto no les importaba demasiado hacer daño a alguien de nuevo. Particularmente, si ese alguien los amenazaba.

—Tobo, vete a por Goblin.

El muchacho echó un vistazo al desorden que se aproximaba.

—Puedo arreglármelas con este lío, Dormilón. Un Ojo y Goblin han estado enseñándome sus trucos.

Una idea terrorífica: un adolescente frenético con sus habilidades y su lunática falta de responsabilidad.

—Puede que te los hayan enseñado. Puede que seas un dios. Pero yo no te he ordenado que te ocupes de esto. Te he ordenado que vayas a buscar a Goblin. Así que en marcha.

El rojo de la furia inundó su rostro, pero hizo lo que le dije. Si yo hubiera sido su madre, se habría puesto a discutir hasta que la ola de sureños nos hubiera arrollado.

Me aproximé a los soldados, dolorosamente consciente de que aún llevaba puestos los harapos que tenía desde el día en que nos habíamos escapado de Taglios. Tampoco iba equipado con nada destacable en lo que se refiere a armas. Llevaba solamente una espadita chata que nunca me había servido de mucho para nada más que hacer astillas. Lo que mejor se me daba siempre era ser el soldado que está a cierta distancia y dispara con indiferencia al enemigo cuando no está mirando.

Encontré un punto que me iba bien y esperé allí de brazos cruzados.

CAPÍTULO 61

No se habían hecho demasiados esfuerzos para entrenar o vestir bien a estas tropas. Lo cual reflejaba el desprecio de la protectora por los detalles insignificantes. De todos modos, ¿qué amenaza podría afrontar el novato Imperio tagliano ahí fuera en medio de la nada? No había amenazas de más allá de la frontera.

El oficial que lideraba la división tenía sobrepeso, lo cual también me decía algo de los militares autóctonos. La paz había perdurado durante una década, pero los tiempos todavía no eran tan favorables como para que este país pudiera mantener a muchos gordos.

Al estar sin aliento, el oficial no fue capaz de hablar el primero, así que yo le dije:

—Gracias por venir. Demuestra iniciativa y una mente capaz de reconocer lo inevitable con rapidez. Tus hombres pueden apilar aquí sus armas. Suponiendo que todo transcurra como debe ser, podremos dejarlos volver a casa en dos o tres días.

El oficial intentó coger un poco más de aire mientras trataba de comprender lo que estaba escuchando. Evidentemente, esta personita tenía la descabellada idea de que tenía el control. Aunque él no tuviese ningún modo de determinar si yo era un él, una ella o un ello.

Dejé que los harapos de mi cuello se separaran lo suficiente para que él viese el medallón de la Compañía Negra que llevaba colgando de una cadena de plata.

—El agua duerme —le dije, seguro de que el rumor había tenido tiempo de sobra para transportar ese eslogan a todos los confines del imperio.

A pesar de que no conseguí intimidarlo para que sus hombres se desarmasen al instante, sí que gané cierto tiempo para que se reuniese el resto del grupo. Y vaya si eran una triste panda de salvajes. Goblin y Tobo llegaron y se pusieron a mi lado.

Sahra le gritó algo a su hijo desde alguna parte por detrás de nosotros, pero él decidió no hacerle caso. Había decidido que ahora era uno de los mayores, y el apestoso de Goblin no dejaba de darle alas a sus fantasías.

Yo dije:

—Sugiero que os desarméis. ¿Cuál es tu nombre? ¿Y tu rango? Si no te deshaces de tus armas, se va a hacer daño a un montón de gente, y la mayoría de esa gente vas a ser tú. Pero no tiene que ser de ese modo, si cooperas.

El joven gordo tragó aire. No sé lo que esperaba, pero no era esto, no era yo. Supongo que estaba acostumbrado a abusar de refugiados que estaban demasiado hechos polvo por el destino como para contemplar siquiera la posibilidad de resistirse a otra humillación.

Goblin rio entre dientes.

—Esta es tu oportunidad, chaval. Enséñanos lo que puedes hacer.

—Esto es lo que he estado practicando cuando no había nadie alrededor. —Tobo

seguía hablando, pero con un susurro tan suave que yo no podía distinguir las palabras. De todos modos, en unos pocos segundos ya no me importaron las palabras. Tobo empezó a convertirse en algo nada parecido a un adolescente desgarbado. Tobo empezó a convertirse en algo de lo que yo no quería estar cerca.

¿El chaval era un cambiaformas? Imposible. Llevaba años dominar esa habilidad.

Al principio creí que iba a convertirse en algún ser mítico, un trol, un ogro, o alguna otra criatura deforme pero de contornos esencialmente humanos. Sin embargo, continuó transformándose hasta convertirse en algo insectoide, parecido a una mantis pero en grande, realmente feo y apestoso, que seguía creciéndose y haciéndose más feo y apestoso cada segundo.

Me di cuenta de que yo tampoco olía demasiado bien. Lo cual es, normalmente, una pista de que hueles bastante mal para los que te rodean, ya que normalmente no te das cuenta de tu propio olor corporal.

Imitando lo que había aprendido de sus profesores, Tobo estaba presentando una ilusión, no sufriendo una transformación real. Pero los sureños eso no lo sabían.

Yo también estaba siendo parte de una ilusión de mi propio cuerpo, y la sonrisa de oreja a oreja de Goblin me dijo quién estaba detrás del chistecito práctico. Y tampoco se había pasado mucho con la ilusión, así que igual no me habría dado cuenta si no hubiera sido alertado por lo que le estaba sucediendo a Tobo.

Parecía estar convirtiéndome en algún tipo de pesadilla tradicional. En algo que podrías esperar ver si, durante generaciones, se hubiera estado contando que la Compañía Negra se componía de tipos que se comían a sus propias crías cuando no podían asar a las tuyas.

—Haz que tus hombres amontonen sus armas antes de que esto se nos vaya de las manos.

Tobo emitió un sonido de cacareo con las partes que conformaban su boca. Se inclinó hacia delante y giró su cabeza de bicho de manera extraña mientras se pensaba por dónde empezar a mascar. El oficial pareció entender instintivamente que los depredadores se comen a los gordos primero. Se deshizo de las armas y las depositó donde estaba, sin ningún deseo de acercarse a Tobo lo más mínimo.

Yo dije:

—Chicos, podéis ayudar a estos colegas a deshacerse de sus herramientas. —Mi propia gente estaba tan anonadada como los soldados nativos. Yo también lo estaba, pero tenía el miedo suficiente como para sacarle ventaja mientras conservásemos el control psicológico de la situación. Rodeé a la división de soldados y me coloqué tras ellos, situándolos entre dos escenas terroríficas. Escenas que ellos aún no sabían con certeza que se trataban solamente de ilusiones. A veces, los hechiceros conjuraban a criaturas bastante desagradables, o eso había oído yo.

Eso debía de ser cierto. Mis hermanos me habían hablado de las que ellos habían

visto, y los Anales me hablaban de aún más.

Los sureños empezaron a quitarse de encima las armas. Guaperas, Wart, o algún otro recordó hacerlos tumbarse boca abajo. Una vez que un puñado de ellos se pusieron manos a la obra, los otros encontraron difícil resistirse.

Sahra no pudo aguantarse más, y se abalanzó sobre Goblin.

—¡Qué le estás haciendo a mi hijo, viejo loco! Te dije que no quiero que juegue con...

Tobo estalló en un *chsssy* un *clac*. La pinza del extremo de un miembro muy largo dio un tizeretazo en las narices de Sahra.

Más tarde, el chaval se arrepentiría de aquella proeza.

Tío Doj terció entre ellos.

—Ahora no, Sahra. Aquí no. —La apartó. Su agarre le causó, evidentemente, un dolor considerable. Su enfado no decreció, pero su voz sí lo hizo. Lo último que la escuché decir fue algo no muy halagador sobre su abuela, Hong Tray.

—Goblin, ya está bien con el espectáculo —dije yo—. No puedo hablar con este hombre si tengo el aspecto de la madre de un rakshasa.

—No soy yo, Dormilón. Yo solo estoy aquí para observar. Tómala con Tobo. — Sonaba tan inocente como un bebé.

Tobo estaba absorto divirtiéndose demasiado con su juego de monstruo terrorífico. Yo le dije a Goblin:

—Si le vas a enseñar a hacer este tipo de cosas, más te vale invertir también un poco de tiempo en explicarle el concepto de autodisciplina. Por no mencionar que necesitas enseñarle a no dársela con queso a la gente. Sé quién está haciendo qué a quién aquí, Goblin, déjalo ya.

No me decepcionó descubrir que Tobo tenía talento. De hecho, era algo casi inevitable. Lo llevaba en la sangre. Lo que me preocupaba era el momento de su vida en que Goblin, y seguramente Un Ojo, habían escogido sacar ese talento a la luz. En mi opinión, Tobo estaba exactamente en la peor edad para convertirse en todopoderoso. Si nadie le controlaba mientras aprendía a controlarse a sí mismo, podía convertirse en otro caótico adolescente perpetuo como Atrapa Almas.

—Todo eso forma parte del programa, Dormilón. Pero necesitas entender que Tobo ya es más maduro y responsable de lo que tú o su madre queréis admitir. No es un bebé. Tienes que recordar que la mayor parte de las cosas que le ves haciendo es lo que te muestra porque cree que es lo que tú esperas ver. Es un buen muchacho, Dormilón. Le irá bien si tú y Sahra no hacéis de su madre hasta la muerte. Además, ahora mismo está en una edad en la que tienes que echarle atrás y dejar que tropiece por sí mismo, o arrepentirte después.

—¿Un soltero me da consejos para criar a los niños?

—Incluso un soltero puede ser lo suficientemente listo para saber cuándo la parte

de la crianza se ha terminado. Dormilón, este chico tiene un gran talento híbrido. Sé bueno con él. Es el futuro de la Compañía Negra. Y eso es lo que previo esa anciana abuelita nyueng bao cuando vio por primera vez a Murgén y a Sahra juntos, durante los años del asedio.

—Un razonamiento maravilloso, viejo. Y el momento que has escogido para hacérmelo ver me viene impecablemente mal, como de costumbre contigo. Tengo cincuenta prisioneros con los que tratar. Ahora tengo un nuevo novio regordete y necesito convencerle de que debe ayudarme a persuadir a sus capitanes para que cooperen con nosotros. Lo que no tengo es tiempo para enfrentarme a la parte difícil de la adolescencia de Tobo. Presta atención. Por si no te has dado cuenta, ya no somos un secreto. Las guerras de Kiaulune han estallado de nuevo, y no me sorprendería si Atrapa Almas se presentase aquí en persona un día de estos. Ahora sácame de este horrible traje imaginario para que pueda hacer lo que tengo que hacer.

—¡Oh, tienes tanto carácter! —Goblin hizo desaparecer la ilusión y también hizo que se esfumase la que rodeaba al muchacho. Tobo pareció sorprendido de poder anularla tan fácilmente, pero el pequeño hechicero le desinfló el ego inmediatamente con una crítica técnica de lo que había conseguido.

Lo que había visto me había impresionado. Pero... ¿Tobo como futuro de la Compañía? Eso me incomodaba seriamente, a pesar del matiz que implicaba el asegurar de manera cuestionable que la Compañía tenía un futuro.

Di unos golpecitos al oficial gordo con la punta del pie.

CAPÍTULO 62

—Vamos, arriba. Necesitamos hablar. Guaperas, deja al resto levantarse en cuanto se retiren sus armas. Seguramente les dejaré irse a casa dentro de un ratito. Goblin, ¿quieres ir a enfrentarte a la situación con Sahra y solucionarlo para que no nos explote en la cara en el peor de los momentos?

El oficial gordo se levantó. Parecía muy, muy infeliz, lo que yo podía entender. No era su mejor día. Lo sujeté del brazo.

—Vamos a dar un paseo.

—Eres una mujer.

—Que no se te suba a la cabeza. ¿Tienes nombre? ¿Y rango o título?

Me ofreció un nombre regional como de un párrafo de largo, lleno de los chasquidos imposibles de pronunciar que lían un idioma ya inadecuado de por sí a la lengua humana. Como prueba de mi afirmación, yo le ofrecí mi incapacidad de hablar la lengua a un nivel más que rudimentario a pesar de haber pasado años en la región.

Capté algo que sonaba como si identificase su lugar personal en la genealogía de una nación.

—¿Puedo llamarte Suvrin, entonces?

El se estremeció. Lo entendí después de un momento: Suvrin era un diminutivo. No había duda de que, aparte de su madre, nadie le había llamado eso en los últimos veinte años.

Bueno, qué más daba. Yo tenía una espada y él no.

—Suvrin, seguramente hayas oído rumores que no nos tachan de buenas personas. Quiero que tu mente se tranquilice. Todo lo que has oído es verdad, pero en esta ocasión no estamos aquí para saquear y violar al ganado como hicimos la última vez. De verdad, solo estamos de paso, y esperamos causar la mínima dislocación tanto a nosotros mismos como a vosotros. Lo que necesito de ti, asumiendo que prefieres cooperar que yacer en una tumba que sea pisoteada por algún sustituto que sí haya accedido, es un poco de ayuda oficial con el objetivo de acelerar nuestro viaje. ¿He ido demasiado deprisa para ti?

—No. Hablo bien tu idioma.

—Eso no es lo que yo... da igual. Esto es lo que está pasando. Vamos a subir a la llanura reluciente...

—¿Por qué? —El miedo más puro llenaba su voz. Él y sus ancestros habían vivido temiendo la llanura desde la venida de los Maestros de las Sombras.

Yo le respondí con un poco de absurdo:

—Por la misma razón que los pollos cruzaron la carretera. Para pasar al otro lado.

Suvrin encontró ese concepto tan novedoso que no se le ocurrió ninguna respuesta.

Yo continué:

—Nos va a llevar un rato prepararnos. Tenemos que recopilar provisiones y equipamiento y comprobar algunas cosas. Además, aún no ha llegado toda nuestra gente. Yo preferiría no librar una guerra al mismo tiempo, así que quiero que me digas cómo evitarlo.

Suvrin emitió un gruñido inarticulado.

—¿Cómo dices?

—Yo nunca quise alistarme en el ejército. Fue obra de mi padre. Me quería lejos de la familia, en algún sitio donde no pudiera avergonzarle, pero también quería que hiciese algo para conservar la dignidad de la familia. Pensó que si me convertía en soldado no podría meter la pata en nada. No teníamos enemigos que pudieran ponerme en evidencia.

—Estas cosas pasan. Tu padre debería saberlo. Ha vivido el tiempo suficiente para tener un hijo crecido.

—Tú no conoces a mi padre.

—Podría sorprenderte la cantidad de padres como él que he conocido. Probablemente he conocido a algunos mucho peores. No hay nada nuevo bajo el sol, Suvrin, y eso incluye a toda clase de gente. ¿Cuántos soldados hay por aquí? ¿Cuántos, en total, a este lado de las montañas? ¿Alguno de ellos le tiene una lealtad especial a Taglios? ¿Abandonarán Taglios si se cierra el paso? —Los Territorios, al sur del Dandha Presh, eran vastos pero débiles. Sombra Larga los había explotado sin compasión durante más de una generación, y a continuación las guerras del Maestro de las Sombras y de Kiaulune los habían devastado.

—Eh... —Se retorció pero no demasiado. Lo suficiente para satisfacer su imagen personal.

Pasamos el resto del día juntos. Suvrin pasó de prisionero reticente a cómplice nervioso, y finalmente a útil aliado. Era fácil guiarle y respondía de manera desproporcionada a elogios modestos y expresiones de gratitud. Adiviné que, a lo largo de su corta vida, nadie le había dicho demasiadas cosas agradables. Además, estaba muerto de miedo de que lo demoliese en el mismo instante en que no cooperase conmigo.

Enviamos al resto de los soldados a casa en cuanto nuestros hombres hicieron desaparecer el arsenal de la Nueva Ciudad. La mayoría de las armas allí almacenadas parecían haberse recogido de campos de batalla y haberse tratado con desprecio desde entonces por parte del armero cuyo trabajo tanto había admirado antes.

Encontré al hombre y lo recluté. Era una *prima donna*, un maestro con actitud de artista. Me figuré que Un Ojo podría domesticarlo.

Suvrin me acompañó mientras cruzaba la granja que Sahra había adquirido. Pero pobre líder, Suvrin, que realmente estaba a cargo de todas las fuerzas armadas de la

región de Kiaulune. Lo cual decía muy poco de la calidad de sus hombres o de la sabiduría o compromiso de sus superiores. Sin embargo, yo decidí valerme de él. Por lo menos era útil como símbolo.

Cuando llegué al otro lado de la granja insistí en que todo el mundo se moviese también. No quería que todos estuviesen haciendo piquetes o patrullando en un lugar fijo, para que así pudiésemos responder rápidamente en términos de fuerza a cualquier amenaza.

—He neutralizado a toda la provincia excepto ese pequeño fuerte bajo la Puerta de las Sombras. ¿No es así? —Esa fortaleza había sellado sus puertas. Los hombres que había en su interior no respondían al mensajero que había enviado.

Suvrin asintió. Se lo estaba pensando mejor, pero era demasiado tarde.

—¿Se marcharán si se lo ordenas tú?

—No. Son forasteros. El gran general los ha dejado allí para que mantengan cerrada la carretera que va a la Puerta de las Sombras.

—¿Cuántos son?

—Catorce.

—¿Buenos soldados?

—Mucho mejores que los míos —respondió avergonzado. Lo cual solo quería decir que eran capaces de marchar llevando el paso.

—Háblame de su fuerte. ¿Están abastecidos de agua y provisiones?

El gordo carraspeó.

—Suvrin, Suvrin. Tienes que pensártelo.

—Eh...

—No puedes meterte más en el asunto de lo que ya estás metido. Solo puedes hacerlo lo mejor que puedas para salir de nuevo a la superficie. Ya hay demasiada gente que te ha visto cooperar. Lo siento, amigo, no tienes opción. —Me resistí a meterme en el personaje de Vajra el Naga, por muy seductora que fuese la oportunidad. Era tan benditamente útil...

Suvrin emitió un sonido sospechosamente parecido a un gimoteo.

—Valor, primo Suvrin. Convivimos con él cada día. Lo único que puedes hacer es dibujarte una sonrisa mortal, tirarles de las barbas y arrancarles las plumas de la cola. Aquí estamos. Este parece ser el lugar. —Una estructura de construcción pobre había surgido de la oscuridad. La luz se colaba a través del techo y las paredes. Me pregunté para qué se molestaban. Quizás aún estaba en construcción. Podía distinguir los vagos contornos de las tiendas que había detrás.

En cuanto tiré de la puerta que colgaba hacia un lado para que Suvrin pudiera pasar, algo se meneó en el techo. El cuervo blanco. El pájaro rio suavemente.

—Hermana, hermana. Taglios empieza a despertarse. —El ser emprendió el vuelo y yo lo observé esfumarse a la luz de un gajo de luna creciente. Me lo había dejado

bastante claro.

Me encogí de hombros y entré al interior. Podría preocuparme por el cuervo blanco la semana siguiente, cuando tuviera finalmente la oportunidad de irme a la cama.

—¿Alguno de vosotros es consciente de que estamos en guerra? ¿De que, bajo circunstancias similares, cualquier ejército, desde el alba de los tiempos, lleva situando en posición a centinelas para que vigilen que no entre nadie a escondidas?

Varias docenas de rostros me miraron sosamente. Goblin me preguntó:

—¿No has visto a nadie?

—Ahí fuera no hay nada que ver, viejo.

—Ah. Y también has llegado aquí con vida. —Observación que me hizo comprender que ahí fuera había trampas mortales, suspendidas solo hasta la toma de decisiones despabilada de centinelas que, no solo había pasado por alto, sino que tampoco había sospechado nunca de su presencia.

—Todo lo que puedo decir a eso es que alguien debe de haberse tomado un baño desde finales de siglo. —No podía decirse lo mismo de la mayoría de la multitud que había en el interior de ese refugio, lo que podría ser la razón de que el techo y las paredes estuvieran tan porosas—. Este es mi nuevo amigo Suvrin. Era el capitán de la guarnición local, pero cayó rendido a mis encantos y decidió que quería ayudarnos para que pudiésemos irnos antes de que aparezca la protectora y haga la vida difícil a todo el mundo.

Alguien del fondo dijo:

—Podrías desplegar tus encantos conmigo y... ¡ay! ¿Por qué cojones me golpeas, Sauce?

Vajra el Naga dijo:

—Déjalo, Swan, guárdate las manos para ti. Vigan, no quiero volver a oírte. Deberías saber mejor lo que te haces. ¿Qué habéis hecho para prepararos para derribar la torre de la Puerta de las Sombras?

Nadie dijo ni una palabra.

—Obviamente, habéis estado haciendo algo en el tiempo que lleváis esperando. —Hice un gesto hacia lo que nos rodeaba—. Os las habéis apañado para construir una casa, a duras penas, o un barracón. Pero ¿no habéis hecho nada más? ¿No hay nadie explorando el exterior? ¿Nada planeado? ¿Ninguna preparación? ¿Ha pasado algo de lo que aún no me he enterado?

Goblin se inclinó, y, en un tono muy poco característico de él, murmuró:

—No fuerces estos temas. Este no es el momento. Solo dile a la gente lo que tiene que hacer y envíalos ahí fuera a que lo hagan.

De vez en cuando confío en la sabiduría del pequeño hechicero.

—Sentaos. Esto es lo que vamos a hacer. Desenterrad todos los lanzadores de

bolas de fuego que nos queden. Vigan, reúne a diez hombres y lleva tú el lanzador más pesado. Los otros podéis llevar los más ligeros. Si no hay suficientes para todos, llevad arcos. Vamos a ocuparnos de esto ahora mismo. Vigan, escoge a tu equipo.

El hombre que había cometido el error de irritarme se incorporó, y, con un tono hosco, nombró a sus ayudantes. Lo más seguro es que todos ellos le hubiesen irritado a él en los últimos días. Estas cosas se llevan por delante a más de uno.

En los pocos minutos que le llevó a Vigan prepararse, yo hice que los otros me contasen cosas que creían que debía saber.

CAPÍTULO 63

Ordené a mis hombres que rodeasen el pequeño fuerte. Llevábamos antorchas y no hacíamos ningún esfuerzo por andar a hurtadillas. Cumpliendo mis instrucciones, Vigan llevaba la pieza de bambú más pesada, de un diámetro de más de siete centímetros y medio. Me dijo:

—Se supone que en esta quedan un par de bolas o tres.

—Eso debe ser suficiente. Aquí debería estar bien. —Un buen arquero con un arco fuerte podría causarnos problemas, pero en los ejércitos taglianos modernos, estos ejemplares eran ya casi imposibles de encontrar. Mogaba era un guerrero y creía que los hombres de verdad se metían de lleno donde pudieran ser salpicados por la sangre del otro cuando luchaban. Este era un punto ciego que habíamos explotado en más de una ocasión durante las guerras de Kiaulune y que explotaríamos de nuevo hasta que él lo descubriese.

Goblin se situó en posición detrás de nosotros. Tobo también. No dijeron nada, lo cual debió de haber sido un auténtico problema para el muchacho, ya que hablaba hasta en sueños.

—¿Qué hago? —preguntó Vigan.

—Lánzales una que atraviese la manipostería que hay justo encima del portón —dije—. Levántate rápido. Que nadie haga nada hasta que yo lo ordene.

Las dos primeras veces que Vigan giró con su mano la manivela, no ocurrió nada.

—¿Está vacío? —pregunté.

—No debería estarlo.

Goblin aconsejó:

—Entonces inténtalo de nuevo. Hace más de diez años que no se utiliza, quizá solo le hace falta soltarse.

—Apuesto a que nadie se molesta en mantener limpio el mecanismo —susurré yo—. Y vosotros os preguntabais por qué quería contratar a un armero... Adelante. Dale de nuevo a la manivela. Con cuidado, para que no te desvíes de tu objetivo.

Un *¡pum!* y un *¡ssscrrichhh!* salieron despedidos en la distancia. La bola de fuego atravesó de lado a lado las dos paredes externas de la pequeña fortificación y lo que fuese que hubiera entre ellas, dejando atrás piedra derretida y vaporosa. La bola escarlata se tambaleó por los aires unos cuantos kilómetros más, agotó los últimos resquicios de fuerza que le quedaban, y se oscureció de forma gradual mientras se precipitaba hacia el terreno tras las ruinas de Atalaya.

—Muévete unos cuantos metros a la izquierda, apunta un metro y medio más abajo y hazlo de nuevo.

Ahora Vigan se estaba divirtiendo. Al desplazarse hacia su nueva posición, noté una nueva vitalidad en sus pasos. Esta vez solo hizo falta un giro adicional de la

manivela para lanzar la bola de fuego.

Una incandescente bola color lima atravesó la fortificación y golpeó algo significativo en su interior. Cuando reapareció al otro lado, ya casi no le quedaba energía.

De lo alto de la torre comenzó a salir una columna de vapor.

—Debe de haber alcanzado un barril de agua —dije. El agua y las bolas de fuego formaban una terrible combinación que resultaba en tormentas de vapor supercaliente—. Suvrin, ¿dónde estás? —Dos bolas de fuego deberían haber llamado la atención de los que estaban ahí dentro, deberían haber hecho pensar un poco a los supervivientes. Ahora podría empezar a colocar mis balas—. ¡Suvrin! ¿Has estado alguna vez dentro de ese montón de piedras?

El gordo dio un paso adelante, reticente. Cuando estuvo a mi lado, la luz iluminó su cara. La guarnición de ahí dentro le recordaría. También pude ver que quería mentirme pero que no tenía el valor necesario.

—Sí.

—¿Qué distribución tiene? No parece que sea demasiado complicada.

—No lo es. Hay animales y almacenaje en el primer piso, y pueden amontonar materiales tras el portón para que no puedas derribarlo. Ellos viven en el segundo piso. Es solo una habitación grande con una cocina, palés para dormir, estantes para las armas, y ya está.

—Y el techo es, básicamente, una plataforma de enfrentamientos, ¿no es así? Espera un segundo, Vigan. No gastes más bolas de fuego de las que necesitamos. Deja que piensen un rato, quizá se rindan. Saben que no he hecho daño a los hombres de Suvrin. Tobo, date una vuelta y diles a todos los hombres que si tienen que lanzar una bola de fuego, necesitamos que traspase el segundo piso. Preferiblemente a poca altura. Es probable que se tiendan sobre el suelo cuando la muerte se abra paso.

—¿Puedo disparar uno de esos aparatos, Dormilón?

—Primero, comunica el mensaje.

Lo observé partir. No se exponía innecesariamente. Por allá abajo podían verse ocasionalmente algunas caras detrás de las troneras de los arqueros. Un par de flechas habían salido disparadas y habían caído de manera inofensiva. Le dije a Goblin:

—Si alguien hubiese estado prestando atención, tendríamos el mapa de este lugar trazado hasta el último catre y mesa y sabríamos exactamente dónde lanzar cada bola de fuego para conseguir el mejor efecto.

—De nuevo, tienes toda la razón. Como siempre. Cállate un momento, aquí está pasando algo. Esos hombres no están tan aterrorizados como deberían.

Mientras hablaba, vio una cara que espiaba por encima del parapeto. Un momento después, el cuervo blanco salió volando en picado de la noche y le arrebató el casco de cuero al soldado.

Yo chillé:

—¡Despertaos! ¡Están a punto de hacer algo!

Goblin ya había empezado a murmurar. Estaba haciendo algo extraño con sus dedos.

Varios hombres saltaron a la superficie del pequeño fuerte. Cada uno tenía algo en sus manos que estaban dispuestos a lanzar. Media docena de bolas de fuego salieron chorreando sin mi aprobación. Un granadero resultó derribado, pero no antes de que pudiese lanzar su misil.

Pude ver cristal. El mismo tipo que Un Ojo había utilizado hacía años para fabricar bombas de fuego. También nos quedaban unos cuantos ejemplares de ellas, pero lanzarnos bolas de fuego a nosotros aquí sería absurdo. Estábamos demasiado lejos para que nos alcanzasen.

—¡Apuntad bajo! —chillé—. ¡Vienen las sombras! —Ese grito no se había escuchado en muchísimo tiempo, pero los veteranos lo recordaban y podían responder a él sin ni siquiera pensar.

Goblin ya estaba tambaleándose pendiente abajo tan rápido como sus viejos huesos le permitían, aún murmurando y moviendo los dedos, de los que saltaban chispas de color rosa que se deslizaban entre los pocos pelos que le quedaban. Agarró un escuchimizado palo de bambú que llevaba uno de los hombres. Lo habían pintado con rayas negras, lo que significaba que su fin era ser utilizado contra las sombras.

Había bolas de fuego volando por todas partes, algunas de ellas salpicaban la fortaleza y otras se abalanzaban sobre las sombras que surgían de los recipientes de cristal que se rompían. Suvrin se puso a gimotear detrás de mí. Yo le dije:

—No corras, o te pillarán fijo. Les encantan las víctimas que huyen.

Dentro de la fortaleza se escuchaban muchos gritos. Las bolas de fuego que la habían atravesado habían encontrado blancos humanos. A su manera, las bolas de fuego eran casi tan terribles como las sombras asesinas.

Uno de mis hombres se puso a dar alaridos cuando lo encontró una sombra, pero fue el único. El hechizo de Goblin ayudó a unos cuantos, y el rápido uso de bolas de fuego ayudó a unos cuantos más.

Goblin se puso a lanzar bolas de fuego con el palo que había agarrado, pero las envió como rayos en dirección norte, en lugar de hacia el pequeño y testarudo fuerte. Tiró la toalla tras unos pocos intentos y volvió conmigo.

—Esos valientes muchachos de ahí han hecho su trabajo. Han conseguido dejar clara su advertencia. —Era tan amargo como una raja de limón bajo la lengua.

—Entonces deduzco que Atrapa Almas no murió cuando golpeó la superficie del agua. —Había oído las noticias provenientes de Taglios solo hasta la parte en que la alfombra de la protectora se había partido en dos en pleno vuelo y la había hecho precipitarse sobre el río desde más de ciento veinte metros de altura.

La pausa que se hizo en ese momento no había sido porque nadie estuviese intentando dar un matiz particularmente dramático a la situación, sino porque, simplemente, estaban ocurriendo demasiadas cosas como para tener demasiado tiempo para ponerse al día. Especialmente en lo que concernía a Murgén, que parecía estar contratado a jornada completa para tranquilizar los miedos y preocupaciones de Sahara.

—Ella fue una de los Diez Tomados, Dormilón. A esa gente no se le daña fácilmente. Demonios, si sobrevivió incluso a que le cortaran la cabeza. La llevé consigo metida en una caja durante casi quince años.

Gruñí. A veces era difícil recordar que Atrapa Almas era mucho más que una simple funcionaria veterana desagradable y distante.

—¿Hay probabilidades de que tengan guardada alguna otra sorpresa ahí dentro? —Dirigí la pregunta a Suvrin, pero respondió Goblin.

—Si fuese así, ya habrían hecho uso de ella. ¿Estás pensando en ir a por ellos?

—¡Oh, Dios, no! Alguien podría resultar herido. Alguien aparte de ellos, quiero decir. Suvrin, entra ahí y diles que si se rinden en la próxima media hora, les dejaré marcharse. Si no lo hacen, los mataré a todos antes de que pasen sesenta minutos.

El gordo se puso a protestar y Vigan le pinchó el trasero con la punta de un puñal. Yo le dije a Suvrin:

—Si te hacen algo, te vengaré.

—Eso me quita un enorme peso de encima.

Goblin preguntó:

—¿Cómo vas a vengar a nadie, teniendo en cuenta que no vas a ir a por ellos?

—Para eso es para lo que tenemos a los hechiceros. Esta parece una oportunidad fantástica para que le asignes a Tobo un trabajo práctico.

—¿Me sorprende? Ni una pizca. Durante cien años ha sido como «¿qué hacemos ahora?» «No sé. Dejemos que Goblin se encargue de ello.». Debería irme de excursión y dejar que te las apañes tú solo.

—Estoy cansado. Voy a sentarme aquí y descansar los ojos hasta que Suvrin vuelva.

Oí a Goblin decirle a Vigan que dirigiese otra pesada bola de fuego a la esquina de la fortificación, a lo largo del muro, de modo que toda su energía se invirtiese en devorar la pálida cal. Hubo un *¡cataplám!* seguido rápidamente del olor de la cal quemada. Mientras me alejaba, oí a Goblin decir algo sobre quemarlos a todos.

CAPÍTULO 64

La superficie del río, cuando Atrapa Almas la golpeó, no fue lo que se dice amigable, pero tampoco lo fue el impacto en ella, como si cayese sobre una piedra desde la misma altura. Su caída había sido lo suficientemente larga como para darle tiempo para prepararse para el aterrizaje.

Aun así, la colisión fue tan brutal que la dejó inconsciente durante unos minutos, aunque ella, entre maldiciones, se hubiese preparado también para eso. Cuando recuperó la consciencia, estaba siendo arrastrada río abajo por la corriente, con la cabeza sobresaliendo en la superficie. Como era la estación de lluvias, el río era caudaloso y la corriente enérgica, de modo que le supuso un gran esfuerzo llegar a la orilla sur a nado. Para cuando salió arrastrándose del agua y se desplomó, ya estaba a más de nueve kilómetros y medio de donde había caído. Es decir, fuera ya de la ciudad en sí, en un territorio bien conocido por sus chacales, tanto de la especie de dos piernas como de la de cuatro. Se decía que por allí aún había leopardos que merodeaban por las noches, que en la orilla se podía encontrar ocasionalmente algún cocodrilo, y que no habían pasado demasiados años desde la visita de un tigre que había llegado desde río abajo.

La protectora no tuvo ninguna dificultad con ningún ser salvaje o hambriento. Cien cuervos la rodeaban, en guardia. Otros revolotearon en la oscuridad hasta reunir a escuadrones de murciélagos. Los pájaros y los murciélagos juntos desanimaron a los carroñeros y a los depredadores hasta que Atrapa Almas se despertó, y, en un ataque de despecho, espantó a un grupo de chacales prendiendo fuego a sus pieles.

Regresó a casa dando tumbos, recuperando fuerzas poco a poco, mientras murmuraba algo sobre hacerse vieja y menos resistente. Un temblor dominó la voz que escogió para vituperar las depredaciones del tiempo.

Al cabo de un tiempo llegó al hogar de un prestamista, donde se incautó de el transporte que la devolvió al palacio. Llegó allí un poco después de la hora del desayuno, y de un humor tan pésimo que el equipo entero de sirvientes intentó por todos los medios hacerse invisible. Solo el gran general se acercó para preguntarle sobre su estado de salud, se fue cuando ella empezó a gruñir y a hablarle bruscamente.

A pesar de regodearse en su paranoia, Atrapa Almas no sospechó que su accidente se había tratado de algo más que eso hasta que examinó los restos de su alfombra cuando en los preparativos de su intento de volar de nuevo para entretener a los nyueng bao. Entonces descubrió que los ligeros miembros del marco de madera sobre los que la alfombra estaba extendida habían sido debilitados mediante estratégicos cortes de sierra.

Los autores y el probable porqué se vieron aclarados en cuestión de segundos.

Mandó convocar a Jaul Barundandi y a sus socios.

Sorpresa. No se encontró a Jaul Barundandi por ningún sitio. Le habían llamado desde fuera del palacio para una urgencia familiar, según había dicho él, momentos después de su regreso. Eso es de lo que informaron los grises cuando se les ordenó investigar.

—Qué coincidencia tan asombrosa. Encontradle. Encontrad a los hombres con los que trabajaba habitualmente. Tenemos un montón de cosas que discutir.

Los grises se dispersaron. Sin embargo, un valiente capitán se quedó atrás para informar:

—Los rumores de la ciudad afirman que los bhodi tienen intención de reanudar sus autoinmolaciones. Quieren que la radisha salga y se ocupe de sus preocupaciones personalmente.

Las noticias no contribuyeron a mejorar el humor de Atrapa Almas.

—Pregúntales si les gustaría que les donase la nafta que necesitan. Hoy me siento particularmente caritativa. Pregúntales también si pueden retrasar su comienzo para que los carpinteros construyan tribunas y así un mayor número de los buenos súbditos de la radisha puedan disfrutar del espectáculo. No me importa lo que hagan esos lunáticos. ¡Fuera de aquí! ¡Encuentra a esa babosa de Barundandi! —La voz que utilizó rebosaba una potente locura.

La suerte de Jaul Barundandi era un compendio de varias cosas. Se las arregló para esquivar los murciélagos, cuervos y sombras que la protectora soltó cuando los grises no le encontraron de inmediato, pero hubo un informador que acabó traicionándole cuando la recompensa fue lo suficientemente cuantiosa. La mentira que se dijo fue que él había atacado y herido de gravedad a la radisha, y que solo la rápida intercesión de la protectora, con su brujería más poderosa, había salvado la vida de la princesa. La situación de la radisha era estable, pero grave.

El pueblo tagliano amaba a su radisha. Jaul Barundandi descubrió que no tenía más amigos que sus cómplices, y fue uno de ellos quien le traicionó a cambio de una recompensa parcial (ya que los grises se embolsaron la mayor parte de ella) y de darle ventaja en su escapada.

Jaul Barundandi fue objeto de terribles tormentos e intentó con todas sus fuerzas cooperar para que el dolor cesara, pero no podía decir nada a la protectora que ella quisiese saber. Por este motivo, ella lo metió en una jaula y lo colgó a más de cuatro metros y medio de altura sobre el lugar donde los discípulos bhodi generalmente escogían renunciar a sus vidas, y emitió un decreto que animaba a los viandantes a lanzarle piedras. La intención de la protectora era que él se quedase allí colgado de por vida y que su sufrimiento fuese interminable, pero en algún momento durante la primera noche alguien consiguió, de algún modo, lanzarle un trozo de fruta envenenada y dejar al traidor y a un gris asesinados debajo de él, cada uno con un

papel en la boca que exhibía los caracteres de «El agua duerme». Los cuervos atacaron salvajemente los dos cuerpos antes de que nadie los descubriera.

Era la última vez que se iban a ver las señales de la Compañía Negra, pero su aparición fue suficiente para provocar a la protectora casi más allá de la razón. Durante días, los vestigios aún leales de los grises estuvieron extremadamente ocupados llevando a cabo arrestos, la mayoría de ellos de gente incapaz de adivinar qué habían hecho para molestar a Atrapa Almas.

A pesar de haber realizado las reparaciones pertinentes a su alfombra, nunca llegó a ir al pantano de los nyueng bao. Taglios se volvía más y más problemático a medida que pasaban las horas, y ella tuvo que dedicar toda su atención a mantener la ciudad domesticada.

Y después llegó la pequeña sombra fiel y destrozada que había conseguido atravesar montañas y bosques, lagos, ríos, y llanuras, para traerle las noticias de lo que estaba ocurriendo en el lejano sur.

Atrapa Almas dio un grito de rabia tan potente que la ciudad entera lo escuchó al instante. Los inmigrantes se pusieron a ensayar la sabia decisión de regresar a las provincias.

El gran general y dos de sus oficiales derribaron la puerta del apartamento de la protectora, seguros de que necesitaba un rescate. En lugar de eso, se la encontraron caminando de un lado a otro furiosamente y debatiendo consigo misma con media docena de voces diferentes.

—Tienen la Llave. Deben de tener la Llave. Deben de haber asesinado al Impostor. Quizá se hayan aliado con Kina. ¿Por qué irían allí abajo? ¿Por qué irían a la llanura después de lo que le sucedió al último grupo? ¿Qué es lo que les sigue arrastrando hacia allí? He leído sus Anales, y no hay nada en ellos. ¿Qué es lo que saben? ¿La Tierra de las Sombras Desconocidas? No pueden haber desarrollado una tradición oral completamente nueva e independiente desde que me sirvieron en el norte. Si es importante, uno de ellos lo registrará todo. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué saben ellos que yo no sé?

Atrapa Almas se percató de la presencia de Mogaba y sus hombres. Estos últimos miraron a su alrededor nerviosamente en un intento de averiguar de dónde venían las voces. Cuando Atrapa Almas se ponía nerviosa, parecían venir de todos sitios al mismo tiempo.

—Tú. ¿Me has atrapado ya a algún terrorista?

—No. Y no lo voy a hacer, a no ser que un miembro enfadado de la familia se entregue por creer que ese sería un buen modo de desquitarse. Aquí ya no quedarán más que un puñado de ellos, y probablemente no se conocen. Deduzco, de lo que he podido escuchar, que han regresado a Atrapa Sombras. —Había trabajado para el Maestro de las Sombras Sombra Larga y no podía deshacerse del hábito de llamar a

Kiaulune por el nombre que le había adjudicado su anterior jefe.

—Exactamente. Estamos en el mismo punto en que estábamos quince años atrás. Solo que ahora tienen a la radisha y la Llave. —Su tono no dejó lugar a dudas de que le echaba toda la culpa a él.

A Mogaba no le importó. Al menos, no de inmediato. Estaba acostumbrado a que le culpasen de los defectos de los otros, y no creía que lo que quedaba de la Compañía Negra pudiese suponer ninguna amenaza real próxima. Habían sido derrotados demasiado ferozmente y llevaban sin aparecer demasiado tiempo. Eran más militares que los Impostores tan solo en sus propias fantasías. Incluso los funcionarios de ópera cómica de allí abajo serían capaces, tarde o temprano, de hacer que se agotasen y enterrarlos. No iban a encontrar ninguna ayuda ni simpatía en las Tierras de las Sombras. Los habitantes de allí recordaban muy bien lo que había hecho la Compañía Negra en su última visita.

—¿La Llave? ¿Qué es eso?

—Un medio de atravesar la Puerta de las Sombras sin ser herido. Un talismán que hace posible viajar hacia la llanura. —Su voz se había vuelto pedante. Y ahora se volvía enfadada—. Hubo un momento en que yo poseí ese talismán. Hace mucho tiempo, lo utilicé para ir allí y explorar. Si lo hubiera sabido, a Sombra Larga se le hubiera ido la hombría, en mucha mayor medida que al eunuco que ya era. Pero desapareció en las primeras agitaciones próximas a Kiaulune. Sospecho que Kina enturbió mi mente mientras el Impostor Singh robaba a las dos, a la Llave y a la hija pequeña de mi hermana. No me imagino por qué esa chusma querría ir a la llanura tras el último desastre, pero si es algo que ellos quieren hacer, entonces es algo que yo quiero evitar. Prepárate para salir de viaje.

—No podemos dejar Taglios sin supervisión durante todo el tiempo que nos llevaría llegar a Atrapa Sombras. Aunque pudiese aguantar el doble, ya no tenemos al semental.

Atrapa Almas estaba perpleja.

—¿Qué?

—El semental negro del norte. El que he estado usando todos estos años. Se ha esfumado. Echó abajo su establo y se escapó. Te lo conté el mes pasado. —Obviamente, ella no lo recordaba.

—Volaremos.

—Pero... —Mogaba odiaba volar. En los tiempos en que había sido el general de Sombra Larga se había visto obligado a volar con el Aullador casi a diario. Aún recordaba aquellos tiempos con odio—. Creía que la alfombra grande era la que habían destruido.

—La pequeña nos transportará a los dos. Será un trabajo duro, tendré que descansar mucho, pero aun así seremos capaces de bajar allí y regresar antes de que

esta gente sepa que nos hemos ido e intenten sacar partido de ello. Serán diez días, como máximo.

El gran general tenía unas cuantas reservas al respecto, pero se las tragó. La protectora era peor de lo que había sido Sombra Larga en cuanto a soportar opiniones que no quería oír.

Atrapa Almas dijo:

—Una vez estemos allí, nos disfrazaremos y nos infiltraremos entre ellos. Quiero que estés atento por si ves un martillo, como de este tamaño, hecho de hierro colado y mucho más pesado de lo que debería ser.

Mogaba hizo una leve reverencia. No dijo nada sobre lo difícil que sería para cada uno de ellos mezclarse con la multitud que estarían persiguiendo.

Atrapa Almas le dijo:

—Prepara a tus hombres. Van a tener que tener a Taglios bajo su control un par de semanas.

Mogaba se retiró sin decir nada sobre que el momento propuesto ya había sido modificado. En su posición eran necesarios muchos momentos de no decir nada.

La protectora lo observó marcharse, divertida. No era capaz de ocultar lo que pensaba tan bien como él creía. Pero ella era veterana en su maldad, y había estudiado la cara oscura de la humanidad tan a fondo que casi podía leer las mentes.

CAPÍTULO 65

La pequeña fortaleza se erigía sobre sí misma lentamente, como si estuviese hecha de cera tan solo un poco sobrecalentada. En cuanto me dormí y no pude interferir, Goblin le adjudicó la labor de sitiar el lugar mediante hechizos mágicos a Tobo, que hizo un trabajo creíble de erradicar los enemigos supervivientes de su refugio. El maldito enano había estado tomando lecciones mucho más tiempo de lo que él y sus profesores querían admitir.

La guarnición estaba sacando a sus soldados muertos y heridos, cuando, de repente, un disparo me despertó. Me incorporé de un salto. La mañana estaba empezando a despuntar, y el mundo se había transformado.

—¿Cuál es el problema de Spiff? —pregunté.

Uno de mis veteranos había reconocido a uno de los veteranos enemigos.

Y hablando del rey de Roma, el mismo llegó para explicarse.

—El tipo a cargo. Khusavir Pete, Dormilón. ¿Te acuerdas? Pensamos que había muerto cuando se eliminó al batallón Bahrata en la emboscada de Kushkhoshi.

—Sí, me acuerdo. —Y recordé también algo que Spiff no sabía, un hecho que solo compartía con Murgan, que había estado presente como fantasma mientras tenía lugar la matanza. Khusavir Pete, en aquel tiempo hermano jurado de la Compañía, había conducido a nuestra mayor fuerza de aliados superviviente a una trampa que funcionó y nos llevó a las guerras de Kiaulune. Khusavir Pete había roto un trato. Khusavir Pete había traicionado a sus propios hermanos. Khusavir Pete ocupaba uno de los primeros puestos en mi lista de gente que quería volver a encontrarme, aunque hasta ahora yo había sido el único que sabía que había sobrevivido y que su traición había sido recompensada con un alto cargo, dinero, y un nombre nuevo. Sin embargo, solo el hecho de verlo, hizo que algunos de los hombres se imaginaran todo esto rápidamente.

—Deberías haberle pedido que te cambiase también la cara —le dije cuando me lo lanzaron, cubierto de sangre—. Aunque te ha ido mucho mejor de lo que probablemente esperabas cuando ella te atacó. —Le sostuve la mirada. Lo que vio en mis ojos le convenció de que no le valdría la pena negar nada. Vajra el Naga había salido a jugar.

Empezaron a rodearnos más y más hombres, la mayoría de ellos sin entender lo que estaba ocurriendo hasta que les expliqué cómo Khusavir Pete había sido seducido por Atrapa Almas para que nos traicionase y le ayudase a eliminar a más de quinientos de nuestros hermanos y aliados. Los saludos potenciales se convirtieron rápidamente en imaginativas sugerencias de cómo podríamos reducir la esperanza de vida del traidor. Dejé que lo escuchara todo hasta que algunos de la tropa intentaron ponerle la mano encima. Entonces le dije a Goblin:

—Escóndelo en algún sitio. Puede que aún nos sirva de algo.

La emoción se había acabado y yo me había permitido una comida decente. Con una actitud mucho mejor, aproveché la oportunidad de volver a visitar al maestro Surendranath Santaraksita.

—Esta vida parece sentarte bien —le dije al llegar—. Tienes mejor aspecto ahora que cuando dejamos la ciudad. —Y eso era cierto.

—¿Dorabee? Muchacho, creí que estabas muerto, a pesar de sus interminables afirmaciones de que no era así. —Se inclinó hacia mí para hacerme una confidencia—. Tus camaradas no son todos hombres honestos.

—¿Puede ser que Goblin y Un Ojo se ofreciesen para enseñarte a jugar al tonk?

El bibliotecario se las apañó para parecer un poco avergonzado.

—No jugar con ellos es una lección que todo el mundo debe aprender.

Su vergüenza se transformó en travesura.

—Me parece que yo también les he enseñado algo. Los trucos de cartas eran una de mis aficiones cuando era más joven.

No tuve más remedio que reírme ante la idea de que les hubiese tomado el pelo a esos dos villanos.

—¿Has descubierto algo que pudiera serme útil?

—He leído todas y cada una de las palabras de todos y cada uno de los libros que hemos traído con nosotros, incluyendo todas las crónicas modernas de tu compañía que están escritas en lenguas que me son desconocidas. No he encontrado nada destacable. He estado divirtiéndome intentando razonar al revés con las crónicas que no soy capaz de leer, comparando materiales que se repiten en más de una lengua.

Murgen había hecho eso muchas veces. Tenía la manía de copiar lo ya escrito y pasarlo a limpio, y uno de sus grandes proyectos había sido revisar los Anales de Dama y del capitán para comprobar que todos los datos fuesen correctos basándose en las pruebas facilitadas por otros testigos, al mismo tiempo que las traducía al tagliano moderno. Todos hemos hecho eso a nuestros predecesores alguna vez, de modo que cada volumen reciente de los Anales es realmente una colaboración hecha a regañadientes.

—Llevamos muchos libros con nosotros, ¿no es verdad?

—Como caracoles, llevando vuestra historia a las espaldas.

—Es lo que somos, aunque es una imagen muy mona. ¿No se convierte todo ese estudio en algo tedioso después de un rato?

—El chico me pone al día.

—¿Chico?

—Tobo. Es un estudiante excepcional. Incluso más impresionante de lo que eras tú.

—¿Tobo?

—Sí, ya lo sé. ¿Quién iba a esperarlo de un nyueng bao? Estás acabando con todas mis ideas preconcebidas, Dorabee.

—Las mías también se están poniendo a prueba. —¿Tobo? O Santaraksita poseía un talento insospechado para inspirar a los estudiantes, o Tobo había sufrido una revelación y había recibido motivación divina—. ¿Estás seguro de que es Tobo y no te han dado el cambiazo?

Y según hablábamos de él, Tobo en persona apareció.

—Dormilón, Runmust, Camina Ríos y los demás están de camino. Buenos días, maestro Santaraksita. —Tobo parecía, de hecho, emocionado de estar aquí—. No tengo ninguna otra misión ahora mismo. Ah, Dormilón, papá quiere hablar contigo.

—¿Dónde? —Las cosas habían estado sucediendo demasiado rápido. No había tenido oportunidad de ponerme al día con Murgén.

—En la tienda de Goblin. Todo el mundo, excepto mamá, pensó que ese sería el lugar más seguro donde esconderle.

No me resultó nada difícil imaginarme a Sahra irritada por no ser capaz de compartir su momento privado ocasional con su marido.

Cuando me agaché para salir afuera, el muchacho y el anciano ya se estaban situando en torno a un libro. Le lancé una mirada de advertencia a Santaraksita que resultó ser tanto inútil como innecesaria.

Goblin no estaba en casa. Claro que no. Estaba trabajando en la larga lista de trabajos que yo le había encargado.

Me reí entre dientes.

Me costó creer que fuese posible que un solo ser humano pudiese armar tanto lío en un espacio tan estrecho. El interior de la tienda de Goblin era poco más ancho de lo que teníamos nosotros de altura y el doble de profundo. En su punto más alto, había espacio para que yo cupiera de pie y me sobrasen cinco centímetros por encima. Lo que parecía un taburete de lechera, que sin duda había sido robado, constituía la totalidad del mobiliario del hechicero. Una madriguera de mantas deshilachadas delataba dónde dormía. El resto del lugar estaba ocupado por un revoltijo de objetos, la mayoría eran cosas que parecían haber sido desechadas por una procesión de antiguos propietarios, ya que eran muy variopintas.

Debían de ser las cosas que él había adquirido desde que había llegado. En una barcaza, Sahra nunca le habría dejado tanto espacio para tanta porquería.

El proyector de neblina estaba a la cabeza de la apesadumada ropa de cama de Goblin, penosamente inclinado y goteando agua.

—Si este es el mejor lugar para guardar esa maldita cosa, entonces la Compañía entera está teniendo delirios de adecuación.

Se oyó un susurro proveniente del proyector. Me agaché y me acerqué a él, lo que

me ofreció una oportunidad de familiarizarme de manera íntima con el aroma que permanentemente se asociaba a la cama de Goblin. Algunas de aquellas sábanas debían de llevar con él desde que llevaba pañales.

—¿Qué?

El mayor esfuerzo de Murgén para hablar fue apenas audible.

—Más agua. Necesitas añadir más agua, o si no la neblina no durará mucho más.

Me puse a sacar las pruebas de la tienda.

El enfado le dio a Murgén un poco más de voz:

—¡No, maldita sea! Trae el agua a mí, no me llesves a mí hacia el agua. Si tienes una necesidad compulsiva de esparcirme por ahí, al menos espera a regarme un poco. Y no pierdas tiempo. En unos minutos perderé la conexión.

Encontrar unos cuantos litros de agua se convirtió en una desafiante experiencia.

—¿Qué demonios es lo que te ha llevado tanto tiempo?

—Ha sido toda una aventura subir aquí con el agua. Parece que a ninguno de estos imbéciles se le ha ocurrido nunca que necesitamos tener agua a mano en algún sitio. Más que nada, por si el ejército real decide acampar entre nosotros y el riachuelo de donde la hemos estado sacando, que está a más de un kilómetro y medio de aquí. Acabo de hacer que varios genios se pusieran manos a la obra con el problema. ¿Cómo se supone que tengo que meter el agua aquí dentro?

—Hay un corcho en la parte trasera. Podría serte de alguna utilidad empezar a leer los Anales a tus hombres, como hacen en los templos. Como solía hacer yo a veces. Escoge algo que sea apropiado para la situación. «En aquellos días la Compañía estaba de servicio», y cosas así, para que tengan ejemplos de por qué podría ser útil transportar agua colina arriba antes de tener que usarla y todo eso. Son hombres crecidos. No puedes limitarte a obligarles a que hagan cosas. En cambio, si empiezas a leerles los Anales, escucharán anécdotas de otros tiempos, cuando los analistas también lo hacían, y recordarán que había sido lo correcto antes de que hubiese llegado la gran tormenta de mierda. Conseguirás que te presten atención.

—Tobo me dijo que querías hablar conmigo.

—Necesito ponerte al día de lo que está pasando en los demás lugares. Y además quiero hacerte unas cuantas sugerencias antes de que llegues a la llanura, una de las cuales es que escuches a Sauce Swan. La otra, la más crítica, es que vas a necesitar aumentar la disciplina. La llanura es un sitio mortal. Es incluso peor que la llanura del Miedo, lugar que tú no recuerdas. Allí no puedes pasar por alto las reglas y seguir vivo. Por ejemplo, te sugeriría que no quemases ni enterrases al hombre que fue asesinado por la sombra anoche. Haz que todos y cada uno de los supervivientes lo observen y piensen en lo que, sin duda, les ocurrirá a todos, si tan solo uno de vosotros la caga allí arriba. Léeles extractos de las crónicas de nuestras aventuras y haz que Swan dé fe de ello.

—O también podría traer un puñado de personas de confianza para que te sacaran.

—Podrías, pero el resto del mundo no se portaría demasiado bien con los hombres que dejases atrás. Ahora mismo hay sombras dirigiéndose hacia el norte para decirle a Atrapa Almas dónde estáis, y ella podría saber ya lo suficiente como para averiguar lo que intentáis hacer. Desde luego, no quiere que su hermana y Matasanos sean liberados junto con el rencor que le guardan, así que llegará tan rápido como le sea posible. Y aparte de Atrapa Almas, está también Narayan Singh. Aún tiene la aprobación de Kina, así que es extremadamente difícil seguirle el rastro, pero a veces sí que logro ver por dónde anda. Está a este lado del Dandha Presh y probablemente no demasiado lejos. Quiero recuperar a la Hija de la Noche y reuniría con el libro que tú intercambiaste por la Llave. La cual, por cierto, deberías quitarle a tío Doj antes de que sienta una tentación demasiado poderosa de intentar algo por su parte. Además, así Goblin podrá estudiarla.

—¿Eh? —Esta mañana, Murgen era una avalancha de información, y la tenía toda cuidadosamente ensayada.

—Que la Llave esconde algo más de lo que se puede ver a primera vista. Tengo el presentimiento de que al Impostor se le pasó algo por alto. Doj no para de picar el hierro para ver qué hay debajo. Deberíamos averiguar más sobre ella antes de confiarnos. Y necesitamos averiguarlo rápido, porque esa sombra no tardará mucho en llegar a Taglios.

—Ríos y Runmust están de camino. Son personas medianamente responsables. Les encargaré parte del trabajo en cuanto reposen un poco. Después podré preocuparme de...

—Preocúpate de ello ahora. Deja que Swan te tome el relevo al mando. Tiene experiencia, y ahora no tiene más opción que continuar con nosotros. Almas nunca se creerá que nunca la ha traicionado.

—No había pensado en eso.

—No tienes que hacerlo todo tú, Dormilón. Si vas a tomar las riendas, necesitas aprender a decirle a la gente lo que hay que hacer y después quitarte de en medio y dejar que lo hagan. Siempre estás encima de ellos como una madre insistente, y así no vas a conseguir demasiada cooperación. ¿Has seducido ya al gordo?

—¿Qué?

—El capitán pueblerino. El que no podría caminar al tiempo ni aunque le pintases los pies cada uno de un color. ¿Te lo has camelado ya?

—Tú vuelvas cuando yo voy, Murgen. Me he perdido completamente.

—Deja que te haga un croquis. Te olvidas de decirle que Almas va a hacernos una visita y consigues que cierre el trato. Él conserva su trabajo y nos ayuda para poder deshacerse de nosotros, y cuando no esté mirando, te las arreglas para que, cuando

empiece la tormenta de mierda, no tenga más remedio que arriesgarse con nosotros.

—Entonces sí me lo he camelado. Al setenta por ciento.

—Oye, soplale en la oreja, aprisiona su músculo del amor con tus labios, lo que haga falta. Si Almas le pierde, tampoco volverá a confiar en nadie más aquí abajo.

Goblin utilizó casi el mismo lenguaje que Murgen había utilizado cuando pasé de nuevo a visitarle. Encontró el consejo de Murgen espléndido.

—Agarra al gordito por el rabo y no lo sueltes. Dale un pequeño apretón de vez en cuando para que no se le borre la sonrisa de la cara.

—Probablemente ya te lo he dicho antes, pero eres una sabandija cínica.

—Es por todos los años que he pasado defendiéndome de Un Ojo. Yo era un muchachito dulce e inocente cuando me uní a vosotros. No como tú.

—Tú ya naciste malvado y cínico.

Goblin se rio socarronamente.

—¿Cuántas cosas crees que necesitarás organizar antes de que subamos la colina? ¿Cuánto tiempo crees que te llevará?

—No demasiado tiempo, si Suvrin coopera.

—Que nunca jamás se te olvide que no tienes mucho tiempo. Por mucho que lo enfatices, nunca será suficiente. Atrapa Almas está de camino. No la has visto cuando está toda exaltada.

—¿Las guerras de Kiaulune no cuentan? —Debía de haber visto algo realmente radical, porque estaba decidido a largarse.

—No, las guerras de Kiaulune no cuentan. Solo fueron un entretenimiento para Atrapa Almas.

Me obligué a hacer la visita que había estado evitando.

La Hija de la Noche llevaba grilletes alrededor de los tobillos. Se encontraba dentro de una jaula de hierro que rebosaba de hechizos que causaban a la víctima un dolor agonizante que iba en aumento cuanto más intentaba alejarse. Podía escapar, pero le iba a doler. Y si lo forzaba lo suficiente, moriría.

Parecía que se habían tomado todas las medidas necesarias para mantenerla bajo control. Todas, menos el paso letal que la razón me apremiaba a dar. Ya no me quedaban motivos para mantenerla con vida, excepto que había dado mi palabra.

Los hombres se turnaban para vigilarla, en grupos de dos, durante las horas de la comida y momentos de ese tipo. Sahra no se había relajado ni un ápice: sabía perfectamente el peligro que la chica representaba.

Lo primero que pude ver me llenó de envidia. A pesar de jugar con desventaja, la Hija de la Noche había conservado su belleza; tenía el aspecto de su madre, pero dentro de un cuerpo mucho más fresco. Sin embargo, desde el interior de sus bonitos ojos azules había algo mucho más antiguo y oscuro que miraba hacia fuera. Por un

momento me dio la impresión no de ser la Hija de la Noche, sino la oscuridad misma.

Disponía de todo el tiempo del mundo para estar en comunión con su madre espiritual.

Sonrió, como siendo consciente de las serpientes de oscuras tentaciones que se deslizaban por los pasillos de mi mente. Me entraron ganas de acostarme con ella. Me entraron ganas de asesinarla. Quise escapar corriendo, pidiendo compasión. Me supuso un gran ejercicio de conciencia recordarme que Kina y sus hijos no eran malvados en el sentido que los norteños, o incluso mis correligionarios vehdna, éramos capaces de comprender.

No obstante... ella era la oscuridad.

Di un paso atrás y elevé la puerta de entrada de la tienda para que mi aliada, la luz del día, pudiese colarse en el interior. La sonrisa desapareció de su rostro y ella retrocedió a la parte de atrás de la jaula. A mí no se me ocurría qué decir. Realmente, no teníamos nada que decirnos el uno al otro. Yo no tenía ningún interés por regodearme, y disponía de pocas noticias del mundo exterior de las que informarle, lo cual podría haberla motivado para hacer algo más aparte de esperar.

Ella poseía la paciencia de su madre espiritual, eso estaba claro.

Un soplido proveniente de detrás de mí me sobresaltó e hizo que agarrase mi pequeña espada chata.

Dos alas blancas desordenaron mi cabello, pulcramente peinado, y acto seguido dos garras se me clavaron en los hombros. La Hija de la Noche se quedó mirando fijamente al cuervo blanco y su rostro reveló una emoción real por primera vez en mucho, mucho tiempo. Su confianza flaqueó y el miedo la traspasó. Se apretó contra los barrotes que había a sus espaldas.

—¿Ya os han presentado? —pregunté yo.

El cuervo rio y susurró:

—¡Graj! ¡Wiranda!

La chica se puso a temblar y se puso más pálida, si cabía. Su mandíbula parecía estar tan fuertemente apretada que los dientes debían de estar resquebrajándose. Yo tomé nota mental de discutir esto con Murgen, ya que él sabía algo más del cuervo.

¿Qué podría ser lo que ponía tan nerviosa a la chica?

El cuervo rio, susurró «Hermana, hermana», y se lanzó de vuelta hacia la luz del sol, donde dio tal susto a un hermano que pasaba por allí, que de su boca salieron una retahila de maldiciones.

Yo miré fijamente a la chica y observé cómo se restablecía su mecanismo interior. Su mirada se encontró con la mía. Sentí el miedo que la llenaba evaporarse. Yo para ella no era nada, menos que un insecto, y ciertamente menos que un bache al comienzo de su largo camino a través de los siglos.

Me estremecí e interrumpí el contacto visual.

Qué cría tan aterradora.

CAPÍTULO 66

Nuestras jornadas empezaban antes del amanecer y llegaban a su fin después de que el sol se pusiera. Incluían un montón de entrenamientos y ejercicios que se habían pasado por alto durante tanto tiempo. Tobo trabajaba, con una devoción casi fanática, para mejorar sus destrezas como ilusionista. Yo leía insistentemente, a diario, pasajes de los Anales, en un intento de reforzar la profundidad y continuidad de la hermandad, que constituían, en gran medida, la base de lo que era la Compañía. Al principio hubo cierta resistencia, por supuesto, pero el mensaje caló a una velocidad directamente proporcional al hecho de que cada día se daban más cuenta de que íbamos a subir a la llanura reluciente (;de verdad!), o morir aquí, frente a la Puerta de las Sombras, donde Atrapa Almas había decidido escribir nuestro capítulo final.

El nuevo entrenamiento reportó beneficios con gran rapidez. Ocho días después de que redujésemos al fuerte que había bajo la Puerta de las Sombras, otra turba como la de Suvrin, pero mucho más numerosa, entró en estampida desde el campo al oeste de la Nueva Ciudad. Gracias a Murgen se nos avisó por adelantado. Con la ayuda de Tobo y Goblin sorprendimos con una emboscada al estilo clásico de la Compañía utilizando ilusiones y hechizos molestos que confundieron y desorganizaron a unas fuerzas que, ya de por sí, no tenían ni idea de lo que estaban haciendo. Dimos el golpe rápido, con fuerza, y sin piedad, y la amenaza desapareció en cuestión de minutos. De hecho, las fuerzas de socorro se desintegraron tan rápidamente que no pudimos tomar tantos prisioneros como queríamos, a pesar de que sí que rodeamos a la mayoría de los oficiales. Suvrin, con toda su generosidad, identificó a los que pudo reconocer.

Suvin era ya prácticamente un aprendiz de la Compañía como resultado de su desesperación por pertenecer a algo y ganarse la aprobación de los que le rodeaban. Yo me sentía responsable a medias por explotarle como lo hacía.

Los prisioneros que nos llevamos se convirtieron en mano de obra involuntaria en nuestras preparaciones para el futuro. La mayoría se abalanzaron sobre la oportunidad porque prometí liberar a los que trabajasen duro antes de que subiésemos a la llanura. Los que no trabajasen, nos acompañarían cumpliendo la función de porteadores. De alguna manera, entre los prisioneros se desencadenó el rumor de que el sacrificio humano podría ser una de las cosas a las que nos dedicásemos una vez atravesásemos la Puerta de las Sombras.

Encontré a Goblin con Un Ojo en su tienda. La recuperación de este último parecía haberse acelerado gracias a la presencia de Gota, probablemente porque tenía que estar lo suficientemente recuperado para escapar de ella y su cocina. No lo sé. Tenían la Llave sobre una pequeña mesa que había entre ellos. Doj, Tobo y Gota observaban la escena. Incluso madre Gota tenía la boca cerrada.

La ausencia de Sahra era notable.

Estaba llevando su enfado con Tobo demasiado lejos, aunque yo esperaba que la explicación fuese más compleja de lo que ella admitía. Una gran parte de todo ello se centraría en su miedo al futuro próximo.

—Justo aquí —dijo Un Ojo en el momento en que yo me inclinaba hacia delante para ver lo que estaba haciendo Goblin. El calvo hombrecillo tenía un pequeño martillo y un cincel, y le estaba dando golpecitos a este último. Como resultado, un trozo de hierro se desgajó de la Llave. Obviamente, llevaban repitiendo la misma operación durante un buen rato, porque la mitad del hierro había desaparecido para revelar algo que estaba hecho de oro. Me sorprendió tanto la falta de codicia del hechicero que casi se me olvidó preocuparme por lo que le estaban haciendo a la Llave.

Abrí la boca. Sin ni siquiera levantar la vista, Un Ojo me dijo:

—No te cagues en las bragas todavía, Jovencita. No estamos estropeando nada. La Llave es lo que hay dentro, este martillo áurico. ¿Quieres acercarte un poco más? Quizá tú puedas leer la inscripción que hay en él.

Me agaché y examiné los caracteres visibles ahora, gracias a la eliminación del hierro que los cubría.

—Parece el mismo alfabeto que el del primer libro de los Anales. —Por no mencionar el primer Libro de los Muertos, pero eso no lo dije.

Goblin utilizó la punta de su cincel para señalar un símbolo prominente que aparecía en varios sitios.

—Doj dice que vio esta señal en el templo de la Arboleda de la Condena.

—Sí, debería estar allí. —Yo conocía esa señal. El maestro Santaraksita me había enseñado su significado—. Es la señal personal de la diosa. Su toque personal, si quieres llamarlo así. —No mencioné ningún nombre—. No menciones el nombre en ninguna de sus formas —sugerí—. En presencia de este objeto, sin duda atraeríamos su atención. —Todos se me quedaron mirando—. No lo habéis hecho ya, ¿verdad? ¿No? —pregunté—. Tío, no sabes lo que podría ser realmente este objeto, ¿no es así? —Tenía la intuición de que era algo que Narayan Singh nunca habría entregado si hubiera sabido de lo que se trataba. Se me ocurrió que podría existir solamente para que el sacerdote que lo llevaba pudiese obtener la atención de su diosa al instante. Incluso en mi religión, en la antigüedad, la gente había tenido una relación más inmediata y terrorífica con la divinidad. La escrituras nos lo relataban. Sin embargo, ningún martillo de oro de este tipo desempeñaba ningún papel en ninguna parte de la mitología de Kina, por lo que yo podía recordar. Qué curioso. Quizás el maestro Santaraksita pudiera contarme más cosas sobre el tema.

Goblin continuó con su martillo y su cincel y yo seguí observándolo. El proceso se aceleraba a medida que caía cada fragmento de hierro.

—Esto no es ningún martillo —dije—. Es una especie de pico. Es algo perteneciente al culto de los Impostores, y es más viejo que el Sol. Debe de tratarse de algo de enorme significación religiosa. Enséñaselo a la chica, a ver cómo responde —sugerí.

—Tú eres lo más parecido a un experto en Kina que tenemos, Dormilón. ¿De qué podría tratarse?

—En realidad hay un nombre para ese tipo de herramienta, pero no lo recuerdo. Todas las bandas de Impostores tienen un pico como este, aunque no hecho de oro. Los utilizaban en las ceremonias funerarias que seguían a sus asesinatos para romper los huesos de sus víctimas y que así ocupasen menos. Algunas veces los utilizaban para ayudarlos a cavar tumbas, todo ello con las ceremonias adecuadas orientadas a agradar a Kina, por supuesto. En serio, pienso que alguien debería mostrarle esto a la Hija de la Noche para ver qué dice.

Dio la impresión de que mil pares de ojos me miraban fijamente y esperaban a que me ofreciese voluntario. Yo les dije:

—Yo no lo voy a hacer. Yo me voy a la cama.

Todos esos ojos siguieron mirándome, así que tuve que tomar el mando. Esto era algo que no podía hacer nadie más aparte del tipo que estuviese a cargo.

—De acuerdo. Tío, Tobo, Goblin, vosotros vais a ayudarme con esto. Esta niña tiene talentos que aún no podemos adivinar. —Me habían advertido de que aún intentaba salir de su cuerpo por las noches, a pesar de todas las restricciones que la rodeaban. Era la hija de su madre, y además no había manera de prever lo que pasaría cuando tuviese que soportar demasiado estrés.

Tobo protestó:

—No me gusta estar cerca de ella. Me da escalofríos.

Goblin se me adelantó:

—Chaval, le da escalofríos a todo el mundo. Es la cosa más escalofriante con la que me he tropezado en ciento cincuenta años. Vete acostumbrando. Supéralo, es parte del trabajo. Trabajo para el que dicen que has nacido, y el cual has solicitado hacer tú mismo.

Qué curioso. El Goblin mentor e instructor parecía expresarse mucho mejor que el Goblin que quería ser un vago y un gandul.

El pequeño hechicero propuso:

—Tú llevas la Llave. Eres joven y fuerte.

La Hija de la Noche no levantó la mirada cuando entramos en su tienda. Puede que no se diera cuenta de nuestra presencia, parecía estar meditando. Seguramente estaría en comunidad con la Madre Oscura. Goblin pateó los barrotes de la jaula, que repiquetearon y soltaron una lluvia de herrumbre.

—Vaya, vaya. Mírala a ella qué mona.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Ha aplicado una especie de hechizo al hierro. Se está oxidando mil veces más rápido de lo que debería. Qué lista. Solo que...

La lista levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Hubo algo tras su mirada que me aterrorizó profundamente.

—¿Solo que qué? —pregunté.

—Solo que todos los hechizos que la sujetan y la controlan tienen su ancla en la jaula. Todo lo que le ocurra a la jaula, le ocurrirá a ella. Mira cómo tiene la piel.

Vi lo que quería decir. La Hija de la Noche no estaba exactamente oxidada, pero sí que tenía un aspecto granuloso y desgastado en la superficie.

Su mirada pasó de mí a tío Doj, de este a Goblin, de Goblin a Tobo... y cuando se posó en el muchacho, se quedó boquiabierta, como si le hubiera visto por primera vez. Se incorporó lentamente y se fue acercando a los barrotes, sosteniéndole la mirada. Entonces, su ceño se frunció levemente y su mirada se precipitó al objeto que llevaba Tobo.

Su boca se abrió de par en par, y juro que de ella salió un sonido parecido al furioso bramido de un elefante. Con los ojos como platos, se abalanzó hacia delante y los grilletes que la aprisionaban cedieron. Los barrotes de la jaula chirriaron y de ellos se desprendió otra lluvia de herrumbre. Se doblaron, pero no cedieron. Ella sacó bruscamente un brazo para alcanzar la Llave y de su piel se desprendieron pequeños fragmentos ennegrecidos.

Y aun así, estaba preciosa.

—Supongo que podemos decir que el objeto sí que tiene cierta significación para los Impostores —observé.

—Sí, podríamos decirlo —admitió Goblin. Empezó a dar la impresión de que el brazo entero de la chica se había chamuscado.

—Pues entonces llevémoslo y veamos qué más podemos averiguar. También deberíamos reforzar la jaula y ponerle a la chica grilletes nuevos.

—¡Tobo! —El muchacho no dejaba de mirar fijamente a la chica como si la estuviese viendo por primera vez—. No me digas que te acabas de enamorar. No podría soportarlo si tuviéramos que preocuparnos de eso además de todo lo demás.

—No —me aseguró tío Doj—. No creo que sea amor. Pero el futuro, quizá sí.

A pesar de que intenté insistir, no quiso extenderse más en su observación. Seguía siendo tío Doj, el misterioso sacerdote de los nyueng bao.

CAPÍTULO 67

Las cosas siguieron su curso sin problemas tras la derrota de la columna de socorro. Murgen dijo que probablemente nadie más iba a querer retornos sin ayuda proveniente de detrás de las montañas, la cual, desafortunadamente, ya estaba de camino. Atrapa Almas se dirigía hacia el sur dando tumbos por el aire a pequeños pasos erráticos que, no obstante, la estaban acercando más rápido de lo que podría acercarla cualquier animal (incluso uno de aquellos sementales mágicos de la Torre del Encanto), pero aún demasiado lentamente para tratarse de una alfombra voladora. Una vez, hace muchos, muchos años, el Aullador pudo dominar los kilómetros que separaban Atalaya de Taglios en una sola noche.

Por cada hora que pasaba en el aire, Atrapa Almas tenía que descansar unas cuantas horas más, pero a pesar de todo eso, estaba de camino, y el impacto que tuvo la noticia entre las tropas fue electrizante. Con solo unos días por delante, o seguramente no más de unas horas, todo el mundo se puso manos a la obra. Vi a muy pocos ganduleando, muy pocos que malgastasen esfuerzos, y una gran concentración a la hora de perfeccionar las destrezas militares.

Suvrin estaba aquí con las tropas, dejándose el trasero en el trabajo, literalmente. Aunque llevaba poco tiempo con nosotros, había empezado a perder peso y a mostrar indicios de que se estaba poniendo en forma. Se me acercó poco después de que Murgen y Goblin empezasen a entregarme los informes habituales acerca de los progresos de Atrapa Almas.

—Quiero quedarme con ustedes, señora —me dijo.

—¿Cómo dices? —contesté yo, sorprendido.

—No estoy seguro de querer ser parte de la Compañía Negra, pero lo que sé seguro es que no quiero estar aquí cuando aparezca la protectora. Tiene la reputación de no dejarse influir por los hechos. La inutilidad de que yo os haya mostrado resistencia no la va a impresionar.

—En eso tienes razón. Si te escabulleses porque haciendo lo que ella habría esperado, te habrían matado, ella se las arreglará para que te maten de todas formas. Y, si es posible, de un modo más desagradable aún. Muy bien, Suvrin. Has cumplido tu palabra y has sido un buen trabajador.

Se estremeció.

—¿Comprendes el verdadero significado de «Suvrin»?

—«Más joven», básicamente. Pero ahora ya no hay quien te lo quite. A la mayoría de los miembros de la Compañía no se les llama por su nombre de nacimiento. Incluso la mayor parte de los hombres que tienen nombres comunes, no tienen sus nombres reales. Todos escapan de su pasado, y tú también lo harás.

Hizo una mueca.

—Informa al maestro Santaraksita. Hasta que encuentre otra cosa que puedas hacer, tu trabajo será convertirte en su ayudante. El viejo Baladitya no sirve para nada. Es peor aún que Santaraksita, que se retrasa cada vez más haciendo la maleta porque siempre se distrae con los libros. —Santaraksita se las había apañado para adquirir unos cuantos volúmenes antiguos en la región, volúmenes que habían sobrevivido milagrosamente a los innumerables desastres que la habían asolado en las últimas décadas.

Suvrin hizo una reverencia.

—Gracias. —Mientras se alejaba, pude distinguir una nueva alegría en su modo de andar.

Sospeché que él y el maestro Santaraksita podrían tener mucho en común. Cielos, Suvrin podía hasta leer.

Tobo se presentó.

—Mi padre dice que te diga que Atrapa Almas ha llegado a Charandaprash. Y también que ha decidido descansar allí antes de cruzar el Dandha Presh.

—Unas pocas horas más de gracia. Excelente. Eso quiere decir que hay bastantes probabilidades de que cuando llegue aquí ya no encontrará nada más que nuestras huellas. ¿Cómo vas con tu madre? ¿Has hecho algún esfuerzo?

—Papá también dice que quiere que envíes a alguien con un cuerno de aviso que se pueda hacer sonar cuando la protectora esté peligrosamente cerca de aquí. Y también dice que deberías retirar los piquetes que vigilan el paso, por si Atrapa Almas cambia de idea y al final no se toma un descanso.

Esa era una buena idea.

Runmust y Camina Ríos cometieron el error de estar lo suficientemente cerca como para que pudiera verlos, así que los envié a que trajesen a los vigilantes a casa.

—Tobo, no puedes ignorar a tu madre. Terminarás llevándote tan mal con ella como ella se lleva con tu abuela.

—Dormilón... ¿por qué no puede dejarme crecer y ya está?

—¡Porque eres su bebé, idiota! ¿No lo entiendes? Cuando seas el doble de viejo que Un Ojo, seguirás siendo su bebé. El único bebé que el cruel destino no se ha tragado. Recuerdas que tu madre tuvo más hijos y los perdió, ¿verdad?

—Eh... sí.

—Yo nunca he tenido hijos. No quiero tenerlos jamás. En parte porque puedo ver lo horrible que sería ver morir a mi propia sangre y no poder hacer nada para evitarlo. Se supone que la familia es extremadamente importante para vosotros, los nyueng bao. Quiero que dejes lo que sea que estás haciendo ahora mismo, y vayas a sentarte en aquella roca. Pásate dos horas sin pensar en otra cosa que no sea lo que debe de haber significado para tu madre haber visto morir a tu hermano y a tu hermana. Piensa en lo desesperada que está para no volver a pasar por eso. Piensa cómo debe

de ser ella tras todo lo que ha tenido que sufrir. Eres un chaval listo, puedes hacerlo.

Cuando llevas el tiempo suficiente alrededor de ciertas personas, presientes cómo reaccionarán. Yo pude ver que su primera petulante inclinación fue recordarme que yo era más joven que él cuando me había unido a Bucket y a la Compañía Negra, lo cual tenía poco que ver con lo que estábamos tratando, pero era la clase de comodín que utilizas cuando estás en esa edad.

—Si tienes intención de decir algo, asegúrate de que tiene sentido antes de hacerlo. Porque si no puedes pensar y discutir utilizando la lógica, entonces no hay demasiadas esperanzas de que tengas ningún éxito con la brujería, por mucho talento que poseas. Ya, ya lo sé. Por lo que has podido ver, cuanto más grandes son los hechiceros, más locos están. Pero dentro de los límites de su locura, cada uno de ellos es rigurosa y matemáticamente racional. Todo el poder de sus mentes sirve a su demencia. Cuando tropiezan es porque dejan que sus emociones o sus ilusiones se interpongan en su camino.

—De acuerdo, me rindo. Me sentaré en la maldita roca hasta que empiece a incubar huevos. Ah, papá también me dijo que te dijese que Narayan Singh está cerca de aquí, en algún sitio. Puede sentir al Impostor, pero no puede localizarlo. Kina le protege con sus sueños. Papá dice que deberías preguntar al cuervo blanco cómo buscar a Narayan, si es que puedes encontrarlo y conseguir que se quede quieto el tiempo suficiente.

—Cazacuervos. Podría ponerme ese nombre. Suena más glamuroso que Dormilón.

—Tobo suena más glamuroso que Dormilón. —Tobo se dirigió a la roca y se sentó sobre ella con la actitud correcta. Deseé haber plantado semillas que echaran raíces y germinasen mientras él intentaba pensar solo en lo que yo le había dicho.

—Por lo menos tú puedes cambiarte el nombre cuando crezcas... —Qué estupidez. Cuando me apetezca, puedo decirles a todos que me llamen por el nombre que me venga en gana.

Cazacuervos renunció a su nombre, ya que fue un fracaso: no pudo encontrar al monstruo blanco por ninguna parte. Por este motivo, fui a pasar un rato con Sahra, a pesar de que ella no me diese la bienvenida de inmediato. Rememoramos los viejos tiempos, los momentos difíciles y la falta de perfección de su marido, hasta que consideré que estaba lo suficientemente relajada como para escuchar lo que tenía que decir sobre Tobo.

Y hablando del rey de Roma, el mismo se anotó un punto apareciendo con una rama de olivo en el momento justo. Yo opté por dejarlos solos mientras las cosas fuesen bien y esperé que la paz durase, aunque no conté con que durase para siempre.

Me preparé para pasar una semana idílica. En una semana sabríamos si era posible resucitar a los Tomados. En una semana estaríamos o muertos o en la llanura

reluciente, preparados para hacer nuestro regreso como fuerza de destrucción total. O quizá...

CAPÍTULO 68

El cuerno de aviso sonó, profundo, en la noche, cuando incluso aquellos a los que les tocaba el turno de guardia estaban en su momento más flojo. Pero el hombre a cargo del cuerno estaba casado con su trabajo y no dejaba de soplar. En cuestión de minutos, el campamento entero estaba en ebullición y yo estaba ahí fuera con el corazón en la garganta dando zancadas y asegurándome de que el caos era solo aparente y no real. Todos permanecieron calmados y concentrados. No cundió el pánico. Yo estaba encantado pensando que incluso un poco de disciplina y entrenamiento eran mejor que nada.

Entré, agachado, en la tienda de Goblin. Sahra y Tobo ya estaban allí, y no tirándose de los pelos. El muchacho debía de haber entendido mi mensaje. Tendría que seguir encima de ellos, en mi copioso tiempo libre. Me incliné para acercarme al proyector de neblina.

—¿Cuáles son las noticias?

Murgen susurró:

—Atrapa Almas se dirige al sur por aire y planea llegar poco después del amanecer. Tiene una idea bastante clara de dónde estáis. Durante su descanso envió a una sombra para localizaros, pero no averiguó mucho más. La sombra no se atrevió a acercarse lo suficiente como para escucharnos a escondidas. Almas planea ponerse uno de sus disfraces e infiltrarse en vuestro campamento para enterarse de lo que estáis planeando realmente. Desde el principio ha operado bajo la asunción de que aquí estamos todos muertos, aunque no nos haya matado directamente cuando nos tendió la trampa. Se fue volando hacia el norte creyendo que estaríamos muertos en unos pocos días. Espero que descubrir que Matasanos y Dama siguen vivos sea el tipo de conmoción que le arruine el siglo.

—¿Cómo se está moviendo de rápido? Entérate. Dijiste que llegaría aquí justo después del amanecer. ¿Está Mogaba con ella? —Eso supondría una gran diferencia en cuanto a cómo estaría ella de fresca cuando llegase, lo cual determinaría los pasos que tomaría yo ahora.

—No. Si se las arregla para infiltrarse entre vosotros y desentierra todas las respuestas a sus preguntas, acabará con vosotros, os dispersaréis, se llevará la Llave y después regresará al norte a por el gran general. —Murgen hacía una mueca de desprecio cuando utilizaba el título de Mogaba. El hecho de que nunca le hubiésemos derrotado ni una vez, cuidado, durante las guerras de Kiaulune, no contribuía a amainar el desprecio que sentíamos por él como desertor y traidor.

—Avísame si hace algo inesperado. Sahra, ¿has comprobado cómo está tu madre?

—Brevemente. Doj y JoJo la están ayudando a ella y a Un Ojo. Creo que estaba delirando un poco. No paraba de murmurar algo sobre una sogá, una tierra de

sombras desconocidas y llamando al cielo y la tierra, al día y la noche.

—Todo el mal sufre allí una muerte infinita.

—Eso también. ¿Qué es?

—No sé. Una frase que saqué de algún sitio. Tiene que ver con la llanura, pero no sé cómo. Puede que Doj sepa decírtelo. Prometió cooperar y estar comunicativo, pero desde que decliné su oferta de hacerme su aprendiz, no ha cumplido con su palabra. Es tanto culpa mía como suya, probablemente, porque no me he tomado el tiempo de presionarle. Tengo trabajo que hacer. —Me deslicé fuera de la tienda.

La excitación había pasado a organizarse más rigurosamente. Había antorchas y linternas para alumbrar la carretera hacia la Puerta de las Sombras y nuestros hombres más valerosos ya estaban cerca de la puerta montando más iluminación y definiendo mejor los polvos coloreados que utilizábamos como marcas sobre el asfalto. Se estaban empezando a alinear animales cargados con fardos y carros. Los bebés lloraban, los niños gimoteaban, y un perro ladraba sin descanso. De todos lados provenían sonidos de hombres deslizándose entre la oscuridad que había tras la luz. A los prisioneros que estaban seguros de que queríamos arrastrarlos con nosotros a la llanura para convertirlos en sacrificios humanos se los estaban llevando a toda prisa a la Ciudad Nueva. Algunos de nuestros hombres más duros habían propuesto usarlos de portadores a ellos en vez de a los animales y desecharlos cuando ya no sirviesen para nada, pero yo había objetado. Después de que muriesen los primeros, pasarían a ser obstinados y revoltosos y no podríamos comérmolos tras acabar con los alimentos que transportaban. Tampoco es que la mayoría de nosotros fuésemos a comer carne humana, de todos modos, pero los que sí estuviesen dispuestos lo harían desde el principio.

Espié a Sauce Swan paseando entre la turba de gente y escupiendo órdenes como un instructor. Me acerqué a él.

—¿Te ha entrado la nostalgia de los viejos tiempos en los que eras el jefe de los grises?

—Un verdadero genio, cuyo nombre no mencionaremos aquí ni ahora, ha enviado a todos los sargentos a hacer las preparaciones necesarias en la Puerta de las Sombras. Y no especificó quién debería seguir organizando las cosas aquí abajo.

El innostrado genio tenía que admitir que Swan tenía razón. Ríos, Runmust, Spiff y el resto de hombres que conocía desde hacía más tiempo y en los que confiaba en mayor medida estaban allí arriba o en cualquier otro lugar en las profundidades de la oscuridad. Supongo que creí que Sahra y yo podíamos apañármolas con todo lo demás, y en realidad había olvidado que yo iba a estar de aquí para allá tomando decisiones por todos los que no pudiesen decidirse por sí mismos.

—Gracias. Si no tengo ninguna oferta mejor para mi vigésimo primer cumpleaños, me casaré contigo.

Swan hizo un intento a medias de chasquear los talones.

—Entonces, ¿cuántos años tienes ahora?

—Diecisiete.

—Más o menos los que yo pensaba, pero quizá con otros veinte de experiencia, más el desgaste natural.

—Hoy es duro ser adolescente. No tienes más que preguntarle a Tobo. Nadie lo ha pasado nunca tan mal como lo está pasando él.

Se rio entre dientes.

—Hablando de jóvenes, ¿quién se va a ocupar de la Hija de la Noche? Y no quiero que me toque a mí.

—¡Maldición! Para eso tenía en mente a Goblin y Doj, pero Goblin está ocupado ayudando a seguirle el rastro a Atrapa Almas y Doj tiene que preocuparse de Gota y Un Ojo. Gracias por recordármelo. —Me dirigí de nuevo a la tienda de Goblin—. ¡Oye, verruguilla! Déjasele a Tobo y a Sahra un rato. Tenemos que cargar a la Hija de la Noche.

Goblin salió de la tienda murmurando algo, examinó la excitación que nos rodeaba y gruñó:

—De acuerdo, pongámonos a ello. Solo una cosa: ¿cómo es que nunca le ponemos un puto nombre? Qué más da que no quiera uno. Tampoco quiere vivir en una jaula. Incluso Booboo sería más fácil que llamarla Hija de la Noche todo el tiempo. ¡Hala! ¿Qué coño es eso? —Se quedó mirando fijamente a algo por detrás de mí, colina abajo.

Yo me giré y vi a un par de ojos rojos moviéndose en la oscuridad y acercándose rápidamente. Eché mano de mi espada y, a continuación, al oír ruido de pezuñas, fruncí el ceño. Entonces dije:

—¡Eh, amigo! ¿Eres tú? ¿Qué demonios estás haciendo aquí? Creí que te habías conseguido un empleo trabajando para el traidor.

El viejo semental negro dio un paso adelante e inclinó la cabeza para tocar con el hocico el pelo que me cubría la oreja derecha. Le rodeé el cuello y le di un abrazo. Una vez, hacía tiempo, habíamos sido amigos, pero yo no había pensado que fuésemos tan íntimos como para que abandonase a Mogaba y consiguiese encontrarme después de haber seguido mis huellas durante cientos de kilómetros tras haber averiguado que seguía vivo. Estas criaturas habían sido creadas para servir a la Dama de la Torre, pero se suponía que se pasaban de un maestro secundario a otro. Este semental en concreto había sido de Murgen antes de pertenecerme a mí, y después lo había perdido.

—Tienes que irte de aquí —le dije—. Has llegado en muy mal momento. En unas pocas horas Atrapa Almas se nos echará encima, si es que para entonces no estamos ya en la llanura.

El caballo examinó a mis acompañantes y lo que pudo ver de la Compañía, y se estremeció. Después, cuando su mirada se posó sobre Swan, el semental se las arregló para emitir un bufido bastante humano.

Yo le di unas cuantas palmaditas en el cuello.

—No estoy seguro de no estar de acuerdo contigo, pero Sauce sí que tiene cualidades a su favor. Lo que pasa es que las esconde muy bien. Adelante, acompáñanos si quieres, pero yo no te monto. No sin una silla.

Swan se rio entre dientes.

—Para eso tanto hablar de los jinetes vehdna conquistadores cuyo orgullo desdeñaba tanto las sillas de montar como las riendas.

—Sin que esto quiera decir que admito tener deficiencias propias, sí tendría que señalar que la mayoría de esos jinetes orgullosos medían más de un metro ochenta.

—Ya te encontraré yo una escalera. Y prométeme que nunca dirás ni una palabra acerca de cómo esos orgullosos conquistadores desaparecían en cuanto tropezaban con una caballería que sí prefería el uso de sillas y riendas.

—Amigo, muérdele.

Para mi sorpresa, el semental bufó y le dio un mordisco a Sauce en el hombro. Swan retrocedió de un brinco.

—Mira que has tenido siempre temperamento y malos modales, imbécil.

—Igual es por la compañía.

—No quisiera ser yo quien interfiriese en tus provocaciones, Cazacuervos —dijo Goblin—, pero pensaba que tenías la intención de hacer algo con Booboo.

—Cabronazo sarcástico y cotilla... Sí que la tenía, ¿no es verdad? Y también he pasado por alto a nuestro viejo amigo Khusavir Pete. En los últimos días tampoco he comprobado cómo se encuentra. ¿Sigue en buen estado de salud? —El caballo me golpeó de nuevo con el hocico. Yo le di unas palmaditas en el cuello. Quizás él sentía más nostalgia por los viejos tiempos que pasamos juntos que yo.

—Puedo ir a comprobarlo. En tu plan maestro se te pasó por alto, desde luego.

—Oh, no, no se me pasó. No se me pasó en absoluto. Tengo una misión especial diseñada en exclusiva para Khusavir Pete. Y si consigue una victoria no solo podrá seguir con vida, sino que también le perdonaré todo lo que hizo en Kishkhoshi.

Alguien dio un grito. Una bola de fuego escarlata cruzó, centelleante, la noche, pero se desvió de su objetivo. Sin embargo, acertó de lleno en una tienda, y luego en otra, y luego en los rudimentarios barracones de madera que los hombres habían construido mientras esperaban mi llegada. Los tres blancos empezaron a arder.

—Ese ha sido Narayan Singh —dijo Sauce Swan, poniendo voz a lo que una cuarentena de personas había visto en lo que había durado el instante color carmín—. Y tenía a Booboo...

—Déjalo ya, Swan. —Y me puse a gritar a todos los que me rodeaban, intentado

organizar una persecución.

Goblin me dijo:

—Cálmate, Dormilón. Todo lo que tenemos que hacer es esperar hasta que empiece a gritar, y luego ir a recogerla.

Me había olvidado del increíble arsenal de hechizos de control que arrastraba consigo la Hija de la Noche. Su dolor aumentaría geométricamente a medida que se alejase de su jaula. En ese momento, a una distancia solo conocida para Un Ojo y Goblin, entrarían en escena los hechizos estranguladores, que se ajustarían cada vez más. Narayan podría quitárnosla, pero el precio que tendría que pagar por ello sería matarla. A no ser que...

—Los hechizos tienen que anularse desde fuera. Podría ser a la vez su madre y su hermana, los Maestros de las Sombras y los Diez Tomados, todos ellos en un mismo cuerpo, y aún tendría que tener a alguien que la ayudase a liberarse de ellos.

—Eso es. Entonces esperaremos a que lleguen los gritos.

Pero no hubo grito alguno. Ni entonces, ni nunca.

Murgen hizo una búsqueda exhaustiva, pero no encontró ninguna señal. Kina soñaba con toda su fuerza y protegía a los suyos. Goblin se mantenía firme en su creencia de que debían estar cerca, de que no había modo de que la Hija de la Noche hubiera roto su conexión con la jaula.

Yo le dije a Swan:

—Entonces, reúne a unos cuantos hombres y arrastrad la jaula a la Puerta de las Sombras. La obligaremos a que nos siga.

El cuerno de aviso volvió a sonar. Atrapa Almas había cruzado la cumbre y estaba en nuestro lado del Dandha Presh. En el este se podían ver rastros de luz.

Era hora de marcharse.

CAPÍTULO 69

Mientras se aproximaba a su destino casi rozando las rocas y con los cegadores rayos del sol a sus espaldas, sobre la alfombra de Atrapa Almas estaba teniendo lugar una brutal discusión. Una parte de ella quería olvidar la idea de disfrazarse e infiltrarse en el bando enemigo. Esa parte quería llegar a su destino como una tormenta letal que lo destruyese todo y a todos los que no fuesen Atrapa Almas, pero con eso se expondría a los esfuerzos contrarios a ella de gente que se había mostrado poseedora de muchos recursos en el pasado. La innovación era una de las tradiciones más fastidiosas de la Compañía Negra.

Hizo aterrizar la alfombra, se apeó de ella y la ocultó mediante un pequeño hechizo. Después se arrastró hacia el campamento de la Compañía, recorriendo unos cuantos metros cada vez, y se detuvo cuando encontró un buen escondite donde someterse a las creaciones ilusorias y cambios de forma que la harían irreconocible. Ese trabajo requería concentración total.

Entre la maleza, no demasiado lejos de donde Almas se había escondido, y tras haber utilizado sus básicas destrezas de hechicero para asegurarse de que no había ninguna bomba trampa alrededor, tío Doj avanzó a gatas y destruyó la alfombra voladora de Atrapa Almas valiéndose de un rotundo manejo del hacha que no dejó lugar para tonterías. Podría ser viejo y estar un paso por detrás del resto, pero todavía era muy rápido y muy artero. Cuando Atrapa Almas apareció, bajo el aspecto de un joven desaliñado, él ya estaba casi llegando a la Puerta de las Sombras.

Un cuervo blanco que se balanceaba precariamente sobre un arbusto sediento de lluvia observó su proceso de camuflaje. Cuando ella ya no pudo mirar atrás y ver ningún rastro condenatorio, el pájaro batió las alas hacia el lugar donde Almas se había cambiado y se puso a buscar entre la ropa y todo lo demás que había dejado mientras emitía sonidos como si estuviera hablando solo.

Atrapa Almas entró en el campamento donde había esperado encontrar los restos de la Compañía Negra. Estaba vacío, pero en la carretera por delante de él pudo ver una larga procesión de gente que ya había traspasado la Puerta de las Sombras. Había un hombre que llevaba una espada a la espalda que aún no la había cruzado pero que se movía con rapidez, y unas cuantas personas le estaban esperando al otro lado.

¡Sí que tenían la Llave! ¡Y la habían usado, maldita sea! ¡Debería haber llegado antes! ¡Debería haber atacado! Maldición, todo el mundo sabía que las sutilezas no servían de nada con esta gente. ¡Eh! Tenían que haber sabido que ella estaba de camino, porque, de lo contrario, no había ninguna explicación para aquello. Sabían que ella estaba llegando, sabían dónde estaba ahora, y...

La primera bola de fuego fue dirigida con tal precisión que le habría volado la cabeza si no hubiese estado ya agachada. Al momento siguiente, las dichas bolas

venían de todas las direcciones para incendiar los arbustos y hacer pedazos las rocas. Ella se tumbó sobre el estómago y empezó a arrastrarse. Antes de preocuparse por su dignidad tenía que escapar del objetivo de los disparos, pero desafortunadamente sus esfuerzos no parecieron importar. Los asesinos parecían saber exactamente dónde se encontraba, y su disfraz no les engañó ni por un segundo.

Cuando vio aproximarse a un enjambre de bolas de fuego, se abalanzó al interior de un profundo hoyo que, no mucho tiempo atrás, había sido un pozo negro. Daba lo mismo. En aquel momento, encontrar un refugio no tenía precio. Ahora los francotiradores no podrían dar con ella si no salían de su escondite y venían a buscarla.

Aprovechó ese respiro para tramar, preparar y lanzar un contraataque. Ese ataque implicaba mucho colorido, fuego, agua hirviendo y grasientas explosiones, ninguno de los cuales causaría demasiados daños porque los atacantes que habían sobrevivido habían escapado a través de la Puerta de las Sombras en cuanto ella se había metido en el hoyo.

Salió trepando y no sucedió nada. Echó un vistazo colina arriba para ver que, en aquel momento, incluso los francotiradores estaban más allá de la Puerta de las Sombras. Había casi una docena de personas alrededor, esperando a ver qué hacía. Ella se calmó, ya que no podía dejar que la impulsaran a hacer algo estúpido. La Puerta de las Sombras estaba en un estado extremadamente delicado. Un solo movimiento furioso e irreflexivo por su parte podría dañarla de manera irreversible.

Consiguió controlar la rabia que amenazaba con controlarla a ella. Era veterana en su maldad, el tiempo era un aliado íntimo. Sabía cómo aguantar.

Caminó colina arriba; cojeando e intentado apaciguar su enfado, con una facilidad de la que ningún otro ser normal podría hacer gala.

La pendiente que había justo debajo de la Puerta de las Sombras estaba cubierta de franjas y parches pintados con tizas de colores que delineaban un camino cuidadosamente delimitado. Atrapa Almas no cayó en la tentación de seguirlo. Había posibilidades de que hubiesen olvidado que ella había ido por este camino antes. O puede que se negasen a creer que ella podía recordar que en aquellos días el camino más seguro atravesaba la Puerta de las Sombras casi dos metros y medio más hacia el oeste, por detrás de aquella jaula de hierro oxidada y retorcida que yacía a su lado como si estuviese a punto de morir exhausta.

—Mal, muy mal —dijo, meneando un dedo.

Sauce Swan (¡malditos sean sus traicioneros huesos, que deberían estar bajo tierra!) y la familia nyueng bao se quedaron mirando atrás, impávidos. El pequeño hechicero Goblin, pálido, sonrió mientras recordaba de quién era la culpa de que ella ya no pudiese andar con normalidad, y la fea mujercilla sonrió malévolamente y dijo:

—No estaba simplemente intentado arrastrarte, cielito. Te he arrastrado. —Elevó

la mano y levantó el dedo corazón en un gesto que obviamente había aprendido de un nortño.

—El agua duerme, protectora.

¿Qué diablos quería decir eso?

CAPÍTULO 70

No hay ser humano que pueda saltar tan alto como lo hizo Atrapa Almas. Sin embargo, se las arregló para elevarse tres metros por encima del suelo un abrir y cerrar de ojos antes de que la bola de fuego atravesase de lado a lado el aire que la rodeaba un momento antes. Debería haber tenido la puñetera boca cerrada: regodearse solo lleva al fracaso. ¿Cuántas historias y sagas hay en las que el héroe sobreviva porque su captor insista en malgastar su tiempo fanfarroneando y regodeándose antes de la ejecución? Pues suma otra más a la colección. Una en la que el analista de la Compañía, Dormilón, lleve a cabo la increíblemente estúpida hazaña y deje al objetivo no demasiado relajado.

Por supuesto que fue rápida, épicamente rápida. El pobre Khusavir Pete solo disparó dos bolas más antes de que Atrapa Almas lo alcanzase donde le habíamos dejado encadenado.

Desde luego, no salió como yo anhelaba, sino como yo esperaba que saliese. Ahora Khusavir Pete se las vería y se las desearía pagando cualquier deuda que nos debiese aún.

Detecté algo en movimiento, que resultó ser el cuervo blanco que caía en picado como un impresionante halcón. Se retiró y se alejó planeando. Yo murmuré para mí mismo:

—Hermana, hermana. —Estaba empezando a captar los mensajes.

—Ven aquí, Tobo. —Llevaba encima la Llave. Se suponía que tenía que estar a la cabeza de la marcha, pero se había quedado atrás para poder ver los fuegos artificiales. Era el único de entre nosotros que no tenía la sensatez de estar aterrizado. Como no estaba situado donde le correspondía, todos los progresos al frente se habían detenido. Se me acercó con cara de cordero degollado. Esperaba ser castigado, y lo sería, cuando todo esto terminase—. Sujeta la Llave.

—Pero ¿no...?

—La Compañía no es un club de debate, Tobo. Muéstrale la Llave, que es para hoy.

Levantó la llave por encima de su cabeza con enfado. El sol de la mañana resplandecía por encima de la dorada cima.

Atrapa Almas no dio demasiadas muestras de emoción, pero yo no pretendía que la demostración le afectase a ella. Yo quería que Narayan Singh viese lo que había dejado que se le escurriese entre los dedos.

Era la Llave, por supuesto, pero también era una especie de reliquia antigua y sagrada perteneciente al culto Estrangulador de Kina. En sus días dorados, todos y cada uno de los sacerdotes de las compañías Estranguladoras habían llevado consigo una réplica.

—Ganas algo y pierdes algo, Narayan —murmuré—. Con la emoción, recuperaste a la chica, pero yo tengo esto y puedo llevarlo conmigo. Tú tienes a la Hija de la Noche y puedes llevarla a donde quieras, si es que puedes con ella y con su jaula. —Goblin y Un Ojo habían llevado a cabo una obra maestra de brujería maligna. La chica no podría escapar ni siquiera destruyendo la jaula. Todo lo que le ocurriese a la jaula, le ocurriría a ella.

A mí no me hizo mucha gracia tener que dejar atrás la jaula, pero la Puerta de las Sombras se había mostrado decididamente testaruda en cuanto a no dejarla entrar. El obstáculo podría haber sido superado mediante la fuerza bruta, pero no había conseguido reunir a suficientes hombres en torno a ella para empujarla antes de que las bolas de fuego empezasen a salir disparadas.

Buena suerte, Bebé Oscuridad, para arrastrar contigo tal cantidad de hierros mientras continúas con tu maldad.

Esperé que Singh hubiese dejado el Libro de los Muertos escondido al otro lado del Dandha Presh para que pasase mucho tiempo antes de que él y la chica se fundiesen en un abrazo. El tiempo suficiente para que yo llegase donde quería llegar y consiguiese lo que quería conseguir.

—Así está bien, Tobo. Ahora vuelve al frente de esta turba y haz que se mueva. Swan, háblame de las zonas de acampada y dime, lo más certeramente posible, cuándo se supone que nos encontraremos con problemas por las pausas en la protección de la carretera.

—No recuerdo que entre ellos hubiese más de unas cuantas horas, y aunque los utilizábamos como lugar de acampada, creo que de hecho eran cruces. Es más fácil confirmarlo por la noche. —De manera espeluznante, añadió—: Ya verás, de noche todo es diferente.

A mí no me gustaba cómo sonaba eso.

Me encontraba aún haciendo guardia en la parte de atrás y a mitad de camino de la cima cuando Atrapa Almas descubrió lo que le había ocurrido a su alfombra voladora. El sonido de su ira nos alcanzó a pesar del humedecido efecto de lo que fuese que actuaba de barrera entre nosotros y el resto del mundo. Al mismo tiempo, la tierra tembló.

Tío Doj no estaba demasiado lejos de allí, de pie al borde de la carretera, buscando las pruebas de su éxito. Yo le dije:

—Parece que no le hace mucha gracia la perspectiva de tener que volver a casa caminando. —Mi amigo el caballo se encontraba detrás de mí y miraba por encima de mi hombro. Emitió un sonido que podría haber pasado por una risa por lo bajo si no hubiese provenido de un caballo.

Doj se permitió la rareza de una sonrisa. Estaba profundamente encantado consigo mismo.

Sauce Swan me preguntó:

—¿Qué has hecho ahora?

—Yo no, sino Doj. Ha estropeado totalmente su medio de transporte y ahora solo cuenta con sus propias pezuñas. Está a más de un kilómetro y medio de su único amigo y Goblin ya le ha arreglado uno de los pies para que no pueda ni correr ni bailar.

—Lo que me estás diciendo, entonces, es que has creado otro Cojo.

Era lo suficientemente viejo para recordar aquel justo castigo de la Compañía, y yo no podía contradecirle. Se me borró la sonrisa de la cara. Había leído aquellos Anales a menudo porque habían sido registrados por el mismo capitán cuando era joven.

—No, no lo creo. Atrapa Almas no tiene el veneno concentrado ni la malicia casi divina que poseía el Cojo. Ella no se obsesiona como solía hacer él. Ella es más caos en esencia pura, mientras que él era la encarnación de la malevolencia.

Le enseñé a Swan mis dedos cruzados.

—Es mejor que me coloque rápido al frente y finja que sé lo que estoy haciendo. ¿Tobo?

—Ha ido adelante sin ti —dijo Doj—. Tú le enfadas.

Me di cuenta de que la procesión se había reanudado, lo cual significaba que Tobo ya estaba en la llanura y llevaba consigo la Llave como un talismán protector.

Yo necesitaba reflexionar profundamente sobre el hecho de que aquel artefacto, obviamente considerado sanctasanctórum para los Estranguladores, podría en realidad haber sido extraído de la llanura e introducido en mi mundo por los ancestros de los nyueng bao. Tenía que dedicar un tiempo a pensar qué podría significar la Llave para el último sacerdote investido de los nyueng bao.

CAPÍTULO 71

Justo antes de alcanzar la cima, cuando observé por primera vez de cerca la llanura reluciente, algo próximo a la carretera llamó mi atención. Era una pequeña rana, negra casi en su totalidad pero con rayas y curvas de color verde oscuro sobre el lomo. Sus ojos eran del color de la sangre fresca. Estaba colgada de un trozo de roca gris oscuro levemente inclinado. Quería ir a algún sitio, a cualquiera, pero su pata derecha trasera estaba lesionada y cada vez que intentaba saltar, todo lo que hacía era una especie de giros estáticos.

—¿De dónde demonios ha salido eso? Se supone que aquí arriba no hay ningún ser vivo. —Había estado anhelando el momento en que las nubes de moscas que perseguían a los animales disminuyesen cuando saliesen zumbando hacia las zonas seguras y se encontrasen con sombras asesinas.

Swan dijo:

—No seguirá viva por mucho tiempo. Ha sido el cuervo blanco que la ha dejado caer. Creo que la llevaba consigo a modo de aperitivo. —Señaló con el dedo hacia arriba.

Hacia el cuervo blanco. Con una audacia mayor que de costumbre, el pájaro se había acomodado a lomos de mi amigo el semental místico, como si estuviera en su propia casa. El caballo parecía contento con la situación. Incluso, cuando me miró, pareció un poco petulante.

—Acabo de acordarme de una cosa —dijo Swan—. Por si sirve de algo. La última vez que acampamos aquí, Matasanos hizo que todos los miembros de la Compañía pusiesen en contacto sus insignias y amuletos con la raya negra que atraviesa la carretera. Justo después, él hizo lo propio con la cabeza de lanza del portaestandarte. Puede que todo eso no signifique nada, pero yo soy un tipo supersticioso y estaría más cómodo si...

—Tienes razón, así que tranquilízate. Recientemente he releído todo lo que Murgen tenía que contar sobre esta excursión, y él también creía que podría ser una buena idea. ¡Tobo! ¡Espera! —No creía que el chico fuera a oírme por encima del estrépito del grupo, pero sí esperaba que le pasasen la voz. Miré a la desafortunada rana una vez más y me maravillé de que el cuervo fuese lo suficientemente listo como para haberla dejado ir. A continuación me apresuré para adelantar a nuestro hechicero novato.

La procesión se detuvo. Tobo había recibido mi mensaje y había optado por no ignorarlo. Puede que hubiese aprendido algo del cuervo blanco.

Su madre y su abuela estaban con él en el lugar donde esperaba, asegurándose de que se comportaba con sensatez. Estaba exasperado por el retraso y muy por delante ya de todo el mundo excepto de Sahra y Gota.

¡Ah! Por lo que yo recordaba, Murgén había tenido el mismo problema con la Lanza de la Pasión.

El primer vistazo que le eché a la llanura me dejó asombrado. Su inmensidad era indescriptible. Era tan plana como una mesa infinita, era gris, tras gris, tras más gris, solo con la carretera levemente más oscura. No había ninguna duda en absoluto de que nos encontrábamos ante algo vasto.

—Espera, Tobo. No sigas —le llamé—. Casi nos olvidamos de algo. Tienes que coger la Llave y ponerla en contacto con la raya negra que atraviesa la carretera.

—¿Qué raya negra?

—Esta vez no se aprecia tan bien, pero si te fijas está ahí.

Y lo estaba. Yo la había distinguido.

—Ven por aquí, aquí detrás podrás verla.

Tobo dio marcha atrás, reacio. Quizá debería hacer que Gota llevase la Llave. Ella no podía moverse lo suficientemente rápido como para dejarnos al resto atrás.

Yo me quedé mirando, detrás de Tobo, percibiendo ligeramente esa pasión para avivarme a mí mismo. Ahora ya me estaba acercando a mis hermanos... Allí abajo se estaban empezando a formar círculos de nubes negras. Murgén había mencionado una nubosidad casi permanente que, sin embargo, no siempre parecía estar presente estas noches. No pude distinguir rastro alguno de la arruinada fortaleza que supuestamente se encontraba a unos pocos días por delante. Lo que sí vi fueron un montón de las piedras verticales, que eran una de las características más destacables de la llanura.

—¡La veo! —gritó Tobo apuntando hacia abajo. El muy idiota blandió el pico e hizo que la punta se hundiese en la superficie de la carretera.

La tierra se estremeció.

No se trataba de un terremoto devastador como los que algunos de nosotros recordábamos de años atrás, cuando la mitad de las Tierras de las Sombras habían sido assoladas. Solo tenía la fuerza justa para ser percibido, para darles movimiento a las lenguas y hacer protestar a los animales.

El sol de la mañana debe de haber bañado la llanura de alguna forma extraña, porque todas las piedras verticales empezaron a emitir destellos.

De las bocas de la gente se oía «Ooh» y «Aah». Yo dije.

—Supongo que esta es la razón por la que la llaman la llanura reluciente.

—No lo creo —objetó Swan—. Pero podría equivocarme. No te olvides de lo que dije acerca de las insignias de la Compañía.

—No me he olvidado.

Tobo extrajo el pico de la superficie de la carretera y la tierra se sacudió como lo había hecho antes, con la misma suavidad. Cuando me uní a él, miraba fijamente hacia abajo, estupefacto.

—Se ha cerrado solo, Dormilón.

—¿Qué?

—Cuando golpeé la superficie con la punta del pico, se introdujo en ella como si la carretera fuese blanda. Y cuando ahora lo he sacado, el agujero se ha cerrado solo.

Swan señaló:

—Cada vez se ve más fácilmente la raya central.

Tenía razón. Puede que fuese por la brillante luz del sol.

La tierra volvió a temblar. Detrás de mí las voces cambiaron el tono que tenían por uno de terror y sorpresa. Miré hacia atrás.

Vimos cómo un gigantesco champiñón de polvo rojo oscuro atravesado por negros relieves de filigrana explotaba en la parte de donde veníamos. Su superficie parecía casi sólida, pero a medida que se elevaba y se movía, los desechos que cabalgaban sobre él se iban cayendo.

Goblin rompió a reír de una manera tan malévola que se debió de escuchar en kilómetros a la redonda.

—Alguien se ha encontrado con mi tesoro oculto. Espero que haya aprendido una dolorosa lección. —Yo estaba lo suficientemente cerca de él como para escuchar que a continuación añadió, en un susurro—: Ojalá fuese mortal, pero eso no es demasiado probable.

—Seguramente no.

—Me conformaré con inutilizarle la otra pierna.

Yo dije:

—Sahra, hay algo que necesito que hagas. ¿Recuerdas lo que Murgén nos decía de cómo solía adelantarse a todo el mundo cuando subía aquí arriba? Toba ha estado haciendo lo mismo. Intenta que vaya más despacio.

Sahra dio un suspiro de cansancio y asintió.

—Lo detendré. —Aunque parecía apática.

—No quiero que lo detengas. Solo que lo frenes para que el resto podamos seguirle el ritmo. Más adelante, esto podría ser importante. —Decidí que los dos necesitaríamos tener una larga charla en privado, como solíamos hacer antes de estar tan ocupados. Era obvio que ella necesitaba sacarse de encima algunas cosas, ponerlas en fila, aplastarlas y alejarlas de ella el tiempo necesario para que su corazón pudiese cicatrizar.

Realmente necesitaba que cicatrizase, y no podía culpar a nadie de eso más que a sí misma. No quería aceptar el mundo tal y como era. Parecía agotada de luchar contra él. Y en aspectos como esos, había empezado a parecerse en gran medida a su madre.

Le dije:

—Ponle una correa, si hace falta.

Tobo me lanzó una mirada fulminante, pero yo le ignoré. Di una breve charla proponiendo que todo el que llevase encima una insignia de la Compañía Negra la presionase contra la superficie de la carretera justo en el lugar en que Tobo la había atravesado. Las lecturas de pasajes que había estado haciendo incluían las aventuras de Murgan en la llanura, así que nadie rechazó mi sugerencia ni se negó a aceptarla. La procesión reanudó la marcha, lentamente, mientras nosotros encontrábamos maneras de bendecir, aunque solo fuese en segundo grado, a los animales y a aquellos que no llevaban insignias de la Compañía. Yo permanecí donde estaba y dije algo positivo a todo el que pasaba. Me impresionó la cantidad de mujeres, niños y no combatientes en general que se las habían apañado para unirse al grupo sin que yo me hubiese dado cuenta. El capitán quedaría horrorizado.

Tío Doj fue el último en pasar, lo cual me preocupó vagamente. Un nyueng bao en la parte de atrás, más nyueng bao en la parte de adelante, el principal de ellos un mestizo... Pero la Compañía entera era un cruce de razas. En todo el grupo, solo había dos hombres que habían pertenecido a la Compañía cuando había llegado desde el norte. Goblin y Un Ojo. Un Ojo ya casi estaba acabado y Goblin se estaba esforzando todo lo que podía, discretamente, para transmitir todas las destrezas posibles a Tobo antes de que lo inevitable llegase para ponerle a punto a él también.

Dejé atrás la fila, que se movía con lentitud, con intención de ponerme al frente donde pudiese estar entre los primeros en ver cualquier novedad. No percibí ninguna vocación en particular en ninguno de los que adelanté. Daba la impresión de que una silenciosa desesperación delataba a todo el mundo. Esas no eran buenas señales. Querían decir que la euforia de nuestros pequeños éxitos se había desplomado. La mayor parte de estas personas se daba cuenta de que se habían convertido en refugiados.

Swan me dijo:

—Arriba, en el norte, tenemos una expresión que dice así: «Salir de la sartén al fuego». Parece más o menos lo que hemos hecho aquí.

—¿En serio?

—Hemos escapado de Atrapa Almas, pero ¿ahora qué?

—Ahora caminamos hasta que encontremos a nuestros hermanos enterrados y después los liberamos.

—No eres tan simple como pretendes hacer ver, ¿no es así?

—No, no lo soy. Pero sí me gusta hacer saber a la gente que las cosas no son siempre tan difíciles como ellos quieren hacerlas. —Miré alrededor para ver quién podría estar escuchando—. Yo tengo las mismas dudas que tienen todos, Swan. Mis pies siguen aún este camino tanto porque no saben qué otra cosa podrían hacer, como porque se han quedado sin grandes ideales. A veces miro mi vida desde fuera y me parece bastante triste. Llevo más de una década conspirando y cometiendo delitos

para poder ir a desenterrar unos cuantos huesos viejos y así tratar de encontrar a alguien que pueda decirme lo que hacer.

—Someterse a la voluntad de la noche.

—¿Qué?

—Suena como algo que diría Narayan Singh, ¿no? En los tiempos de mi bisabuelo eran el eslogan de los partidarios de Dama. Creían que la paz, la prosperidad y la seguridad resultarían inevitablemente si todo el poder pudiese concentrarse en las manos de la persona adecuada con la suficiente fuerza de voluntad. Y más o menos, resultó ser de ese modo. En los principados que sí que se «sometieron a la voluntad de la noche», en particular los cercanos al corazón del imperio, llegaron generaciones de paz y prosperidad. Las plagas, la peste y la hambruna no abundaron. Las guerras eran una curiosidad que tenía lugar muy, muy lejos de allí. Se dio caza a los delincuentes con una ferocidad que intimidó a todos excepto a los completamente chalados. Pero, a lo largo de las fronteras, siempre había conflictos. Todos los subordinados de Dama, los Diez Tomados, querían construir imperios propios, que nunca escaseaban de enemigos externos. Y entre ellos, todos ellos tenían sus propios feudos antiguos. Diablos, incluso la paz y la prosperidad crean enemigos. Si te está yendo bien, siempre hay alguien que quiere arrebatártelo.

—Nunca te imaginé como filósofo, Swan.

—Ah, es que cuando me conoces soy una maravilla.

—Estoy seguro de que lo eres. ¿Qué estás intentando decirme?

—No sé. Estoy matando el tiempo dándole a la lengua. Haciendo que el camino se haga más rápido. O quizá solo te esté recordando que los caprichos de la naturaleza humana no deberían afligirte demasiado. A mí me han arrancado mis orígenes y a mi vida le han dado la vuelta, y también me han puesto una bota en el trasero que me ha empujado a un futuro incierto con los ojos vendados; y esto, durante tanto tiempo que ahora ya sí que me estoy poniendo filosófico sobre ello. Disfruto el momento. En un contexto diferente, yo sí que me «someto a la voluntad de la noche».

A pesar de mi educación religiosa, nunca he abrigado una aproximación fatalista a la vida. ¿Someterse a la voluntad de la noche? ¿Poner mi vida en manos de Dios? Dios es Maravilloso, Dios es Bueno, Dios es Piadoso, no existe ningún dios aparte de Dios. Esto sí nos lo enseñan. Pero los filósofos bhodi podrían estar en lo cierto cuando nos dicen que el homenaje a los dioses alcanza su grado más óptimo cuando se secunda con el esfuerzo humano.

—En un rato oscurecerá —me recordó Swan.

—Esa es una de las cosas en las que he estado evitando pensar —confesé yo—. Pero Narayan Singh tenía razón, la oscuridad siempre llega.

Y cuando llegase, descubriríamos el talismán tan valiosísimo que era nuestra

Llave.

—¿Te has dado cuenta de que las columnas siguen emitiendo destellos aunque el cielo tiene el aspecto de que vaya a llover?

—Sí, me he dado cuenta. —Murgen nunca había mencionado este fenómeno. Me pregunté si no habríamos hecho algo que no se había hecho antes—. ¿Ocurrió lo mismo la última vez que subiste aquí?

—No. Cuando nos daba directamente la luz del sol había muchos destellos, pero ninguno parecía generarse a sí mismo.

—Ya. ¿Y hacía este frío? —El frío llevaba aumentando todo el día.

—Recuerdo cierto frescor típico de las tierras altas, pero nada intolerable. ¡Hala! Parece que empieza la fiesta.

Al frente de la marcha se habían desatado gritos de alegría. No pude determinar la causa visualmente, ya que era del tipo bajito.

—¿Qué pasa?

—El muchacho se ha detenido. Parece ser que ha encontrado algo.

CAPÍTULO 72

Lo que Tobo había encontrado eran los restos del nar, Sindawe, que en otros tiempos había sido uno de nuestros mejores oficiales, y, probablemente, el hermano del villano Mogaba. Ciertamente, estos dos habían sido tan íntimos como hermanos hasta el asedio de Jaicur, cuando Mogaba optó por usurpar el mando de la Compañía.

—Separaos de él, gente —gruñí—. Dejad sitio para que los expertos echen un vistazo. —Los expertos eran Goblin, que se arrodilló y exploró las inmediaciones del cadáver lentamente, subiendo y bajando la cabeza, murmurando lo que parecían hechizos, y sin tocar absolutamente nada hasta que estuvo seguro de que no había ningún peligro. Yo también me arrodillé.

—Llegó mucho más lejos de lo que yo habría esperado —dijo Goblin.

—Era más duro que el esparto. ¿Han sido las sombras? —El cadáver tenía ese aspecto.

—Sí. —Goblin le dio un suave empujoncito y el cuerpo rodó ligeramente—. Aquí no queda nada. Es una momia seca.

Una voz detrás de mí dijo:

—Cachéale, so retrasado. Puede que llevase consigo un mensaje.

Miré hacia atrás. Un Ojo estaba ahí de pie, apoyado en un feo bastón negro. Temblaba por el esfuerzo. O quizá solo fuese el gélido aire. Había viajado a lomos de uno de los burros, atado a la silla para que no se cayese si se quedaba dormido, lo cual había estado ocurriendo muy a menudo en los últimos días.

Yo propuse:

—Empújalo hacia el arcén. Necesitamos que la marcha siga adelante. Tenemos alrededor de trece kilómetros que recorrer antes de parar a pasar la noche. —Esos trece kilómetros me los saqué de la manga, pero era verdad que teníamos que seguir adelante. Estábamos mejor preparados para esta evolución que nuestros predecesores, pero nuestros recursos seguían siendo limitados.

—Swan, cuando pase por aquí una mula con una tienda, hazla a un lado.

—¿Eh?

—Necesitamos hacer una carreta. Para llevar el cuerpo.

Todos y cada uno de los rostros que me escucharon me miraron anonadados.

—Seguimos siendo la Compañía Negra. Seguimos sin dejar a nadie de los nuestros atrás. —Lo cual nunca fue estrictamente cierto, pero es verdad que tienes que servir a tus ideales lo mejor que puedas, no sea que se devalúe. Existe una ley tan antigua como las monedas que dice que el dinero falso no durará mucho. Lo mismo pasa con los verdaderos principios, ética y reglas de conducta. Si siempre haces lo más fácil, no podrás mantenerte firme cuando sea necesario que adoptes una posición difícil. Debes hacer lo que sabes que es lo correcto. Y sí que lo sabes. El noventa y

nueve por ciento de las veces sí que lo sabes, pero solamente creas excusas porque lo que es lo correcto es demasiado duro de hacer o simplemente no te conviene.

—Aquí está su insignia —dijo Goblin mientras sacaba una calavera de plata maravillosamente tallada en la que su único ojo de rubí parecía resplandecer con vida propia. Sindawe la había hecho él mismo. Se trataba de una pieza exquisita que había salido de unas manos talentosas—. ¿Quieres cogerla?

Esa era la costumbre que habíamos desarrollado gradualmente desde la adopción de las insignias bajo la soberanía de Atrapa Almas, cuando el capitán era tan solo un joven acompañante con una pluma de ave. Las insignias de los caídos se pasaban a los recién llegados que estuviesen interesados, de quienes se esperaba que aprendiesen su linaje y así mantuviesen vivos los nombres.

Es una inmortalidad de algún tipo.

Di un salto. Saha emitió un ruido, asustada. Recordé que la última vez le había ocurrido algo similar a Murgén. Sin embargo, en ese caso solamente él lo había percibido, o eso es lo que yo pensaba. Puede que tuviese que consultárselo. Se había enviado a un pelotón entero de soldados para que atendiesen y transportasen el proyector de neblina con tanta delicadeza como fuese humanamente posible. Incluso Toba había recibido órdenes de que adaptase su paso al del grupo que cargaba con nuestro recurso más valioso.

Toba no había hecho un buen trabajo acatando las normas.

Varios carros nos adelantaron, chirriando. Los animales de carga evitaron tímidamente los restos de Sindawe, pero no se alejaron tanto de ellos como para no arriesgarse a salirse de la zona segura de la carretera. Yo había empezado a sospechar que podían sentir el peligro mejor de lo que yo podía, porque yo, para mi propia salvación, tenía que confiar exclusivamente en el intelecto. Solamente el semental negro parecía no estar conmovido por el destino de Sindawe.

El cuervo blanco parecía muy interesado en el cadáver. Me dio la impresión de que conocía a Sindawe y lloraba su pérdida, lo cual era, por supuesto, ridículo. A no ser que en el interior del cuervo estuviera Murgén, como alguien había sugerido, atrapado en su propia dimensión temporal.

El maestro Santaraksita llegó llevando las riendas de un burro. Baladitya, el copista, iba a lomos del animal estudiando un libro, totalmente fuera de contacto con lo que le rodeaba. Puede que fuese porque no lo veía, o porque no creía en el mundo exterior a sus libros. Llevaba las riendas de otro burro atadas a la muñeca; el pobre bicho se tambaleaba bajo una carga que consistía, mayormente, en libros y en las herramientas de oficio del bibliotecario. Entre el montón de libros había algunos volúmenes de los Anales, tomados prestados, incluyendo aquellos que yo había recuperado de la biblioteca.

Santaraksita se salió de la fila y me dijo:

—Esto es tan terriblemente emocionante, Dorabee... Tener estas aventuras a mi edad. Ser perseguido por horribles hechiceras y poderes sobrenaturales a través de artefactos vivos, antiguos y extraterrestres. Es como estar dentro de las páginas de los viejos Vedas.

—Me alegro de que lo estés disfrutando tanto. Este hombre era uno de nuestros hermanos. Su aventura lo alcanzó hace aproximadamente catorce años.

—¿Y aún sigue de una pieza?

—En la llanura no vive nada, a no ser que cuente con su aprobación. Ni siquiera las moscas y los carroñeros que podrías esperar encontrar en cualquier lugar donde hubiese un cadáver.

—Pero aquí hay cuervos. —Señaló unos pájaros que volaban en círculos a cierta distancia. Yo no había reparado en ellos porque no hacían ningún sonido y solo había unos pocos en el aire. Otra docena más de ellos estaban posados sobre las columnas de piedra. Las más cercanas estaban solamente a unos cuantos cientos de metros de nosotros.

—No están aquí para pegarse el banquete —dije yo—. Son los ojos de la protectora. Después regresan a ella rápidamente y repiten todo lo que hayamos hecho nosotros. Si aterrizan después de que haya oscurecido, acabarán tan muertos como Sindawe. Oye, Swan, haz que corra la voz ahora mismo: que nadie haga nada para molestar a esos cuervos. Podría debilitar la protección de la carretera contra las sombras.

—Estás decidido a ponerme en la lista negra de Almas, ¿verdad?

—¿Qué?

—Ella no sabe que estoy muerto, ¿no? Esos cuervos van a delatarme.

Yo me reí.

—Ahora mismo no debería preocuparte el disgusto de Atrapa Almas. Ella no puede alcanzarte.

—Eso nunca se sabe. —Se fue a decirles a todos que yo quería que se tratase a esos cuervos como a nuestras mascotas favoritas.

—Un hombre extraño e intrigante —observó Santaraksita.

—Extraño, sí que lo es. Pero es extranjero.

—Aquí todos somos extranjeros, Dorabee.

Eso era cierto. Muy cierto. Podía cerrar los ojos y la extrañeza de la llanura me seguiría sobrepasando. De hecho, ese sentimiento se me acentuaba cuando no la estaba mirando. Cuando mis ojos estaban cerrados, la llanura parecía tan consciente de mi presencia como yo lo estaba de la suya.

En cuanto cargamos a Sindawe, seguí caminando junto al maestro Santaraksita. El bibliotecario estaba realmente tan emocionado como decía. Para él, todo era una maravilla, excepto el tiempo.

—¿Aquí siempre hace este frío, Dorabee?

—Aún ni siquiera es invierno. —El conocía la nieve solo de oídas, y el hielo sabía que era algo que caía del cielo durante las feroces tormentas de la estación de lluvias—. Podría ponerse muchísimo más frío. No lo sé. Swan dice que no recuerda que estuviese tan fresco la última vez que estuvo aquí arriba, pero eso fue en una temporada del año diferente y las circunstancias de la incursión también eran distintas. —Estaba dispuesto a apostar a que la llanura, en su historia, raramente había experimentado el llanto de un bebé aquejado de cólico o los ladridos de un perro. Uno de los niños había infiltrado al perro entre nosotros y ahora era demasiado tarde para cambiar la opinión de nadie.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí arriba?

—Vaya, la pregunta que nadie ha tenido el valor de preguntar. Ahora tú ya estás más familiarizado con los primeros Anales de lo que lo estoy yo. Has tenido meses y meses para estudiarlos, mientras que yo ni siquiera he tenido tiempo de mantener actualizados los míos. ¿Qué has encontrado en ellos sobre la llanura?

—Nada.

—¿Ni quién la construyó? ¿Ni por qué? Kina está implicada de alguna manera, igual que las Compañías Libres de Khatovar y el demonio golem Shivetya. Al menos creemos que lo que hay en la fortaleza de ahí arriba es el demonio, que se supone que hace guardia en el lugar de descanso de Kina. Por lo visto, de una manera no muy efectiva, porque el antiguo rey Rhaydreynak condujo a los Impostores de su tiempo a las mismas cavernas donde Atrapa Almas atrapó a los Tomados. Y sabemos que los Libros de los Muertos están en algún lugar, allí abajo. Sabemos que tío Doj dice (sin aportar ninguna prueba convincente) que los nyueng bao son descendientes de otra Compañía Libre, pero también sabemos que tío y madre Gota en ocasiones mencionan cosas que no son parte de la tradición habitual.

—¿Dorabee?

Me encontré con que Santaraksita tenía la expresión que siempre adoptaba cuando yo le sorprendía. Sonreí y le dije:

—Ensayo todo esto veinte veces al día, todos los días. Lo que pasa es que normalmente no lo hago en voz alta. Me parece que esperaba que tú añadieses algo a la mezcla. ¿Hay algo que quieras añadir? Por experiencia en primera persona, sabemos que lleva tres días llegar a la fortaleza. Supongo que el baluarte está situado en el corazón de la llanura. Sabemos que hay una red de carreteras protegidas y círculos en los que estas entran en intersección. Donde hay carreteras debe haber algún sitio a donde ir. Para mí, eso nos dice que, al menos, hay otra Puerta de las Sombras más en algún sitio. —Levanté la mirada—. ¿No crees?

—¿Te juegas nuestra supervivencia a la mera posibilidad de que haya otro camino que salga de la llanura?

—Eso es. Ahí atrás no nos ha quedado otro sitio a donde correr.

Ahí estaba esa expresión de nuevo.

Suvrin, con su andar lento y pesado, escuchaba en silencio y tenía la misma expresión.

Yo dije:

—A pesar de haber estado rodeado de gunni toda mi vida, sigo sin estar familiarizado con las leyendas más oscuras. Y conozco aún menos los cultos más antiguos, menos populares y no proselitistas. ¿Qué sabes tú de la Tierra de las Sombras Desconocidas? Parece limitarse a aforismos como «Todo el mal sufre allí una muerte infinita» o «Llamando al cielo y la tierra, al día y la noche».

—El último es fácil, Dorabee. Es una invocación al Ser Supremo. También podrías oírla bajo la fórmula «Llamando a la tierra y al viento y al mar y al cielo», o incluso «Llamando al ayer y al hoy y a esta noche y a mañana». Has soltado esos sin pensar porque son fáciles y porque tienes que orar un número determinado de veces cada día. Estoy seguro de que los vehdna que realmente mantienen ese ritmo de oración toman los mismos atajos.

Sentí punzadas de culpa. Mis obligaciones de fe habían sufrido abominablemente en los últimos seis meses.

—¿Estás seguro?

—No, pero ha sonado bien, ¿verdad? ¡Era fácil! Me preguntaste sobre los gunni. En un contexto religioso diferente podría estar equivocado.

—Por supuesto. ¿Y qué hay de Guerrero de Hueso, Guerrero de Piedra o Soldado de la Oscuridad?

—¿Perdón, Dorabee?

—No importa. A no ser que se te ocurra algo relacionado con el tema. Es mejor que adelante la fila y frene a Tobo de nuevo.

Cuando pasé por el lado del semental negro y el cuervo blanco, este último rio socarronamente y dijo lo de «Hermana, hermana» una vez más. El pájaro había escuchado toda la conversación. Lo más probable era que no fuese ni Murgén, ni una criatura de Atrapa Almas, pero aun así estaba extremadamente interesado en lo que hacía la Compañía Negra, hasta el punto de que intentaba advertirnos de algo. Parecía bastante contento de que nos dirigiésemos al sur y no pudiésemos dar la vuelta.

Detrás de mí, el grupo del maestro Santaraksita se detuvo. Él y Baladitya estudiaron la cara de la primera columna de piedra, en la que los caracteres dorados aún centelleaban ocasionalmente.

Es una inmortalidad de algún tipo.

CAPÍTULO 73

Los habitantes de las antiguas Tierras de las Sombras, cuando observaron cómo Némesis cruzaba su país con un movimiento progresivo suave, pero furioso, hacia el paso a través del Dandha Presh, se aferraron al mejor refugio disponible. En más de un lugar, la aparición de Atrapa Almas dio lugar al rumor de que Khadi había renacido y caminaba de nuevo sobre el mundo.

La verdad es que a ella siempre le gustó una buena broma.

Lo que vieron los testigos pareció ser la diosa en su aspecto más terrible. Iba desnuda, excepto por una faja de penes secos y un collar de cráneos de bebé. Su piel era de un negro caoba brillante, y no tenía ni un solo pelo en ninguna parte del cuerpo. Tenía colmillos de vampiresa y un par de brazos adicional. Parecía medir alrededor de tres metros de alto, y lo que no parecía era feliz. La gente se apartó de su camino.

Ella no estaba sola. En su despertar también hubo una mujer igualmente desnuda, que era tan blanca como oscura era Atrapa Almas. Medía poco más de un metro y medio, e incluso cubierta de cortes, cardenales y mugre, era atractiva. Su rostro carecía de toda expresión, pero sus ojos ardían con un odio paciente. Llevaba solamente una prenda de ornamentación, un arnés de hombro al que se había amarrado un cable de poco más de tres metros de largo que la unía a la jaula de hierro oxidado que flotaba en el aire detrás de ella. La jaula contenía un anciano esquelético que había sufrido varias lesiones graves, incluyendo una pierna rota y unas cuantas quemaduras serias. La chica estaba obligada a llevar la jaula a remolque y nunca hablaba, ni siquiera cuando el monstruo la animaba con una vara. Probablemente hubiese perdido la facultad.

Narayan Singh había sido el desgraciado que había activado la bomba trampa de Goblin, y no su amado objetivo.

El Impostor compartía la jaula con un enorme libro encuadernado. Estaba demasiado débil como para mantenerlo cerrado, y el viento jugueteaba con sus páginas. De vez en cuando, la brisa mostraba su cara malévol y arrancaba una hoja de la estropeada encuadernación del libro.

Narayan, que en ocasiones deliraba, pensaba que estaba en manos de su diosa, o bien siendo castigado por alguna transgresión olvidada, o bien transportado al Paraíso. Y puede que tuviese razón. A Atrapa Almas no se le ocurrió preguntarse para qué quería usarle mientras estuviese vivo. No es que ella se estuviese tomando molestias especiales para mantenerlo de aquel modo, y la Hija de la Noche tampoco parecía particularmente preocupada sobre su destino.

CAPÍTULO 74

Me las arreglé para detener a Tobo antes de que hubiese atravesado a toda prisa el círculo del cruce.

—Vamos a parar aquí —le dije, apoyándome en su hombro.

Me miró como si estuviese tratando de recordar quién era yo.

—Vuelve al círculo.

—Vale, no tienes que ser tan agresivo.

—Bien, el Tobo real ha vuelto. Sí, sí que tengo que serlo. Nadie más parece ser capaz de frenarte. —Mientras caminábamos hacia el círculo, le dije—: Debería haber un... Sí. Justo aquí. —En la superficie de la carretera había un agujero de diez centímetros de profundidad y con un diámetro como el de mi muñeca—. Introduce en él el mango del pico.

—¿Por qué?

—Si las sombras pueden meterse en las áreas protegidas, vendrán de esa dirección. Vamos, hazlo. Tenemos un montón de trabajo que hacer si vamos a montar un campamento de seguridad.

Éramos demasiados para meter a todo el mundo en el interior del círculo. Esto significaba que algunos tendrían que pasar la noche en la carretera, lo cual no era una práctica muy promovida por Murgen.

Yo solo quería allí a las personalidades más calmadas. Murgen garantizaba que cada noche en la llanura sería una especie de aventura.

Suvrin me encontró intentando mover a Iqbal y a su familia hacia el corazón del círculo. Los animales estaban atados allí, y yo tenía la sensación de que a la llanura no le gustaba en absoluto que unas cosas con unas pezuñas tan duras la pisotearan.

—¿Qué pasa, Suvrin?

—Al maestro Santaraksita le gustaría verte en cuanto te sea posible. —Sonrió de oreja a oreja como si se lo estuviera pasando maravillosamente bien.

—Suvrin, ¿has estado dándole a la marihuana o algo así?

—Solo estoy feliz. Me perdí la visita de Estado de la protectora, por lo tanto, hasta dentro de un tiempo aún bastante largo, estaré a salvo. Estoy viviendo la mayor aventura de mi vida y yendo a lugares que nadie de mi generación hubiese creído posibles incluso unas semanas atrás. No va a durar. Simplemente, con la suerte que tengo, no va a durar. Pero ahora mismo, desde luego que me lo estoy pasando bien, demonios. Lo único malo es que me duelen los pies.

—Bienvenido a la Compañía Negra. Acostúmbrate a ello. Los juanetes deberían ser nuestro sello, no una calavera que respira fuego. ¿Alguien ha averiguado algo útil hoy?

—Yo supongo que el maestro Santaraksita podría haberse encontrado con algo. Si

no, ¿para qué se molestaría en enviarme en tu busca?

—Te estás volviendo descarado y sarcástico muy rápido.

—Siempre he pensado que me es más fácil que caer bien cuando no estoy asustado.

Miré a mi alrededor. Me pregunté si el estúpido no debería estar también por allí, en algún lado.

—Dime dónde está el viejo.

Suvrin hablaba por los codos. Peor para él.

—Es una maravilla, ¿no es así?

—¿Santaraksita? Eso no lo sé, pero desde luego que algo es. Tú vigila que no encuentres su mano por accidente hurgando en tus pantalones.

Suvrin había montado un campamento para él y los ancianos justo donde se cerraba el círculo, de cara al este. Santaraksita debía de haber escogido el sitio, ya que estaba directamente opuesto a la piedra vertical más próxima. El bibliotecario estaba sentado al estilo gunni, con las piernas cruzadas, tan cerca del límite del círculo como se atrevía, y miraba fijamente a la columna.

—¿Eres tú, Dorabee? Ven a sentarte conmigo.

Yo conseguí dominar un ataque de impaciencia y me senté en una postura para la que ya no estaba en forma. La Compañía conservaba sus costumbres norteñas (el uso de sillas, taburetes, y todo eso) incluso aunque supiéramos que ahora ya solo nos quedaban dos almas de la vieja banda. Así es la inercia.

—¿Qué estamos buscando, maestro? —Era obvio que estaba observando la piedra vertical.

—Veamos si eres tan inteligente como creo que eres.

Se me proponía un reto que no podía ignorar. Miré fijamente la columna y esperé a que la verdad se manifestase.

Un grupo de caracteres se iluminó momentáneamente en la superficie de la columna. Aquella luz no tenía nada que ver con la del sol poniente, que había empezado a colarse por entre las nubes y que lo estaba tiñendo todo de un tono sangriento. Después de un rato, le dije a Santaraksita:

—Parece estar iluminando grupos de caracteres de acuerdo a algún tipo de patrón.

—Básicamente en su orden de lectura, creo yo.

—¿Hacia abajo y hacia la izquierda?

—En la literatura de los templos de la antigüedad, leer en columnas hacia abajo no es raro. Algunas tintas se secaban bastante lentamente, y si escribías en líneas horizontales, en ocasiones emborronabas tu anterior trabajo. Escribir hacia abajo, en columnas, y de derecha a izquierda, a mí me sugiere zurdera. Probablemente, los que colocaron las estelas eran en su mayoría zurdos.

De repente, me di cuenta de que escribir del modo que fuese más cómodo para

uno podría llevar a mucha confusión, así que eso fue lo que dije.

—Desde luego, Dorabee. Descifrar la escritura clásica es siempre un reto. En particular, si los copistas antiguos gozaban de mucho tiempo libre y se dedicaban a gastar bromas. He visto manuscritos redactados para que se pudieran leer en las dos direcciones, en vertical y en horizontal, y cada una de las maneras te cuenta una historia diferente. Seguramente, obra de alguien a quien no le preocupaba conseguir un plato de comida. Las reglas formales de hoy en día llevan aplicándose tan solo unas cuantas generaciones. Surgieron de un simple acuerdo para que pudiésemos leer el trabajo de los demás, y aún no han penetrado en la población profana en la materia en ninguna medida.

La mayor parte de lo que me contaba el maestro ya lo sabía, pero él necesitaba sus momentos de pedantería para sentirse completo. Y a mí no me costaban nada.

—¿Y qué tenemos aquí?

—No estoy seguro. Mi visión no es lo suficientemente aguda como para poder captarlo todo. Con todo, los caracteres de la piedra son muy similares a los de tu libro más antiguo, y sí he sido capaz de distinguir unas cuantas palabras simples. —Me enseñó lo que había anotado. No era suficiente para sacar nada en claro.

—Mayormente, creo que estamos tratando con nombres, probablemente distribuidos de una manera al estilo de las escrituras sagradas. Quizás como una especie de forma de pasar lista a los ancestros.

—Es una inmortalidad de algún tipo.

—Puede ser. Ciertamente, se pueden encontrar monumentos concebidos de un modo parecido en casi todas las ciudades antiguas. El hierro era un material muy importante para aquellos que se consideraban realmente ricos y significativos para la historia. De todos modos, en general, los monumentos se erigían para conmemorar individuos, en particular reyes y conquistadores, que querían que las generaciones posteriores lo supiesen todo sobre ellos.

—Y todos y cada uno de los que he visto en mi vida era un rompecabezas total para las personas que viven en su entorno en la actualidad. Por lo tanto, es una pobre inmortalidad de algún tipo.

—Y ahí está la cuestión. En el próximo mundo, da igual como lo conciba cada uno de nosotros, todos alcanzaremos nuestra inmortalidad, pero todos queremos que se nos recuerde en este mundo, en el de ahora. Así que supongo que, cuando los recién fallecidos llegan al Cielo, ya saben quiénes somos nosotros. Y sí, aunque sea un gunni devoto practicante, soy muy cínico en lo que respecta a lo que la humanidad aporta a la experiencia religiosa.

—Tu manera de pensar siempre me intriga, maestro Santaraksita, pero bajo estas circunstancias simplemente no tengo tiempo para sentarme a reflexionar sobre las innumerables debilidades de la humanidad. Ni siquiera sobre las de Dios. O las de los

dioses, si lo prefieres.

Santaraksita se rio entre dientes.

—¿Encuentras divertido, por lo tanto, ver invertidos nuestros papeles? —Unos pocos meses en el mundo real habían obrado maravillas en su actitud. Ahora él aceptaba su situación y trataba de aprender de ella. Consideré la posibilidad de acusarle de ser un viajero bhodi más.

—Me temo que soy mucho menos pensador de lo que a ti te gusta pensar, maestro. Nunca he tenido tiempo para serlo. Seguramente, soy mucho más loro que cualquier otra cosa.

—Y sospecho que sobrevivir en tu oficio con el tiempo deja a todo el mundo más filosófico de lo que tú quieres admitir, Dorabee.

—O más cruel. Ninguno de estos hombres ha sido nunca un sujeto excelente.

Santaraksita se encogió de hombros.

—Sigues siendo una maravilla, lo quieras o no. —Hizo un gesto para señalar a la piedra vertical—. Pues bien, ahí la tienes. Podría decir algo o podría simplemente estar recordando a los que, de otra manera, no serían anunciados, cuyas cenizas nutrían los hierbajos. O podría incluso estar intentando comunicarse, ya que algunos de los caracteres parecen haber cambiado. —Su tono se transformó en uno de intenso interés a medida que finalizaba su última frase—. Dorabee, la inscripción no se mantiene constante. Debo examinar más de cerca una de esas estelas.

—Ni se te ocurra. Seguramente estarías muerto antes de que pudieses acercarte a ella. Y conseguirías que nos matase a nosotros también.

Hizo un puchero.

—Esta es la parte peligrosa de la aventura —le dije—. Esta es la parte que no nos deja lugar para la innovación, o la desviación, o la expresión de nuestras personalidades. Has visto a Sindawe. No existió un hombre mejor ni más fuerte que él. No se merecía nada de eso. Cuando te sientas creativo, vete a echarle un vistazo a la carreta. Después, échale un vistazo más. ¡Puaj! Aquí ya huele como en el interior de un establo. Un poco de brisa no nos haría daño. —Mientras que soplase lejos de mí.

Los animales estaban todos agrupados y rodeados para que no pudiesen hacer nada estúpido, como, por ejemplo, salirse del círculo protector. Además, los herbívoros tienden a provocar grandes cantidades de consecuencias.

—De acuerdo, de acuerdo. No tengo por costumbre hacer estupideces, Dorabee. —Sonrió.

—¿De verdad? ¿Y qué hay de cómo llegaste aquí?

—Puede que sea una afición. —Podía reírse de sí mismo—. Hay estupideces y estupideces. Ninguna de esas rocas va a hacer que mi guijarro se convierta en una piedra vertical.

—No estoy seguro de si eso es un cumplido o un insulto. Tú límitate a no quitarle la vista de encima a la roca y hazme saber si dice algo interesante. —Se me ocurrió preguntarme si estas columnas estaban relacionadas con las que la Compañía había encontrado en el lugar llamado la llanura del Miedo mucho tiempo atrás. Aquellas piedras incluso hablaban y caminaban, a no ser que el capitán hubiese exagerado muchísimo más de lo que yo creía—. ¡Hala! Mira eso. Justo al lado del borde de la carretera. Es una sombra, deambulando furtivamente. Ya está lo suficientemente oscuro para que empiecen a moverse por ahí.

Era hora de que yo me moviese también y me asegurase de que todo el mundo mantenía la calma. Las sombras no podrían alcanzarnos si nadie hacía nada estúpido, pero podrían intentar provocar el pánico, del mismo modo que los cazadores intentan asustar a la caza.

CAPÍTULO 75

A pesar de la cantidad, los animales, y mi propio pesimismo, todo fue bien. Goblin y yo dimos repetidas vueltas al círculo y a la caravana que subía por la carretera hacia el norte. Encontramos a todo el mundo de un humor cooperativo. Supongo que eso tenía algo que ver con que las sombras estuviesen pegadas a la superficie de nuestra protección invisible, rezumantes como demoníacas sanguijuelas. Nada favorece más la concentración que la proximidad de una muerte dolorosa.

—Aparte de por donde entramos en el círculo, y por donde vamos a salir mañana, existen otros caminos de entrada y salida —le dije a Goblin—. ¿Cómo es que no los vemos?

—No sé. Puede que sea la magia. Quizá debas preguntarle a Un Ojo.

—¿Por qué a él?

—Llevas por aquí tanto tiempo, que deberías haber descubierto la verdad. El lo sabe todo, tú pregúntale y te lo dirá. —Evidentemente, estaba menos preocupado por su amigo, porque volvía a meterse con él.

—¿Sabes? Tienes razón. No he tenido muchas oportunidades de hablar con él, pero sí me he dado cuenta de que va a esforzarse a fondo para ser un coñazo. ¿Por qué no vamos a despertarle, le decimos que él está a cargo, y nos echamos nosotros un sueñecito? —Que es lo que hicimos, si bien con ciertas modificaciones, tras asegurarnos de que alguien se rotaba para vigilar toda entrada potencial al círculo, se pudiese ver o no. Con la ayuda de Gota y tío Doj, Un Ojo aún era capaz de contribuir un poco a su propia protección, pero tampoco es que él estuviera dispuesto a admitirlo.

Me parece que Goblin, después de que fuéramos cada uno por nuestro camino, fue a susurrarle algo a Tobo al oído.

Yo acababa de acomodarme en mi estupenda cama pétrea cuando Sahra se autoinvitó a charlar un rato. Me encontraba realmente cansado y poco caritativo, así que, cuando percibí su presencia, todo lo que quería era que se marchase. Y no se quedó mucho tiempo.

Me dijo:

—Murgen quería hablar contigo, pero yo le he dicho que estabas exhausto y necesitabas descansar. Quería que te advirtiese de que tus sueños podrían ser particularmente vividos y seguramente confusos. Me dijo que no vayas a ningún sitio y que no te entre el pánico. Tengo que ir a decirles lo mismo a Goblin, Un Ojo, tío, y algunos otros, y pedirles que hagan que corra la voz entre todos los demás. Que descanses. —Me dio unos toquecitos en la mano que me hicieron saber que aún éramos amigos. Yo gruñí y cerré los ojos.

Murgen tenía razón. La noche en la llanura reluciente era una aventura completamente diferente. Los lugares eran similares, pero parecían ser fantasmas de sí mismos durante el día. Y en el cielo no se podía confiar.

La llanura misma seguía teniendo todas las tonalidades de gris, pero ahora con un cierto tipo de iluminación implícita que dejaba todos los ángulos y esquinas claramente definidos. En un momento en que miré hacia arriba vi una luna llena y un cielo abarrotado de estrellas, y, un momento después, la nubosidad había vuelto, no se veía nada en absoluto.

Todos los caracteres que había inscritos sobre las piedras verticales parecían estar ocupados, lo cual no era algo que Murgen hubiese anotado durante la visita que él hizo. Los contemplé durante un momento y reconocí caracteres individuales, pero ninguna palabra. No obstante, tenía una revelación que tendría que trasladarle al maestro Santaraksita por la mañana. Las inscripciones de las columnas sí que empezaban en la parte superior derecha y se leían hacia abajo. Eso, en la primera columna. La segunda columna se leía de abajo hacia arriba, después la tercera de volvía a leer de arriba abajo, y así todo el tiempo.

A pesar de todo, me interesé mucho más por las cosas que se movían contra las columnas. Allí fuera había unas cuantas sombras grandes, y eran cosas que tenían una presencia lo suficientemente potente como para aterrorizar y hacer dispersarse a las sombras pequeñas que irradiaban hambre mientras se arrastraban sobre la superficie de nuestra protección. Las grandes no se aproximaban a nosotros. A su alrededor flotaba un aire de paciencia infinita y malvada que me dejó convencido de que, aunque les llevase mil años de espera, estarían ahí fuera cuando uno de nosotros la cagase y dejase que se formara un hueco en nuestra protección.

En mis sueños, todas las carreteras que conducían al círculo estaban igual de bien definidas. Cada una de ellas era un destelleante trazo en línea recta que se alargaba hacia cúpulas brillantes en la distancia. Sin embargo, de todas esas carreteras y cúpulas solo aquellas que iban de norte a sur parecían estar completamente vivas. O la carretera sabía lo que queríamos hacer, o sabía lo que ella quería que hiciésemos.

En un instante me quedé asombrado, desconcertado, aterrorizado y exultante al haberme dado cuenta de que, para ver lo que yo estaba viendo, tenía que estar al menos más de tres metros y medio por encima de mi nivel normal de visión. Lo cual significaba que tenía que salir de mi cuerpo, del mismo modo que Murgen había hecho, y, mientras que había anhelado poseer esa habilidad miles de veces y la vista era fascinante, los riesgos no era algo que me importase afrontar cuando la oportunidad se convirtiese en real. Formulé una oración en dirección al cielo. Los dioses necesitan que se les recuerden las cosas. Yo estaba total y extáticamente feliz siendo Dormilón, el Dormilón que no poseía ni una pizca de talento místico. De verdad. Si era necesario que alguien de mi banda hiciese este tipo de cosas, Goblin,

Un Ojo, tío Doj, o casi todo el resto del mundo podría contar con la magia necesaria; exceptuando a Tobo, a pesar de que él fuese el futuro profetizado de la Compañía Negra. Tobo todavía andaba un poco escaso de autodisciplina para entregarle cualquier otra destreza.

La presencia de las sombras pequeñas era más o menos como la de una bandada de palomas. No eran silenciosas en un nivel tan fantasmal, pero no trataban de comunicarse, a no ser entre ellas. Solamente me llevó unos minutos dejarlas fuera.

Los cielos que lo cubrían todo eran más problemáticos. Cada vez que levantaba la vista veía que había tenido lugar algún cambio dramático. A veces había una nubosidad impenetrable, y otras veces un manto de estrellas salvaje acompañado de una luna llena. En una ocasión hubo menos estrellas y una luna adicional, y en otra, una constelación definida justo por encima de la carretera que iba hacia el sur. Se ajustaba exactamente a la descripción de Murgén de una constelación llamada la Soga. Hasta la fecha, siempre había sospechado que la Soga había sido una invención por parte de madre Gota.

En ese momento, justo por detrás del pico dorado, detecté un robusto trío de las feas criaturas que Murgén había afirmado encontrarse en ese mismo punto durante su primera noche en la llanura reluciente. ¿Eran yakshas? ¿Rakshasas? Intenté achacarlas a la mitología gunni o incluso a la mitología de Kina, pero simplemente no había manera de que encajasen. Pero seguro que habría un montón de sitio para ellas, eso no lo dudaba. Los gunnis son más flexibles en cuestiones de doctrina que los vehdna. A nosotros se nos enseña que la intolerancia es nuestro regalo de fe. La flexibilidad de los gunni es una razón más por la que sufrirán en el fuego eterno, los idólatras.

Dios es maravilloso, Dios es piadoso. En compasión, El es como la tierra. Pero puede llegar a ser un poquito ruin de espíritu con los no creyentes.

Intenté desesperadamente recordar el informe de Murgén sobre su encuentro con aquellas malditas criaturas. No me vino nada a la mente, a pesar del hecho de que yo había sido la persona que lo había anotado todo. No podía recordar a ciencia cierta si sus visitantes nocturnos habían sido idénticos a estos. Estas eran criaturas humanoides incluso en cuanto a la altura, pero de lo que desde luego carecían eran de rasgos humanos. Probablemente llevasen máscaras que los disfrazasen de bestias. A juzgar por sus frenéticos gestos, querían que las siguiese a alguna parte. Me dio la impresión de recordar algo similar que había ocurrido durante la época de Murgén, y él se había negado. Así lo hice yo también, aunque sí que me aproximé a ellas e intenté entablar una conversación.

Por supuesto, yo no le tenía pillado el tranquillo a generar sonidos sin un cuerpo o sin herramientas, y ellas no hablaban ninguna lengua que yo conociese, así que toda la historia fue un ejercicio de futilidad.

Ellas se frustraron profundamente y parecieron pensar que para mí era todo un juego. Al final, se fueron dando pisotones poseídas por un terrible enfado.

—Murgen, no sé dónde estás, pero vas a tener que pasarte algún tiempo dándome algunas pistas por aquí.

Las feas criaturas se habían ido. A mí ni me iba ni me venía. Quizás pudiese por fin dormir un rato. Dormir de verdad, sin tener todos estos sueños demasiado realistas con cielos horrorosos e improbables.

Empezó a llover, lo que me confirmó que el cielo era el cielo real y primordial que había situado sobre el yo que permanecía tumbado, moviéndose con tics irregulares a medida que las gotas empezaban a hacerse sentir. No había manera de escapar. No había manera de levantar tiendas u otros refugios en la llanura. De hecho, la cuestión del clima no se había planteado en ninguna de nuestras sesiones de planificación. No sé por qué, a pesar de que parece que siempre hay algo importante que se pasa por alto, algo a lo que todos los planificadores del equipo le dan la espalda.

Y después, cuando acaece la avería o el fracaso, no eres capaz de entender cómo ignoraste lo que era obvio.

De algún modo, debíamos de haber concluido que en la llanura no había ningún clima. Quizá porque los Anales de Murgen no guardaban constancia de clima alguno. Pero alguien debería haberse dado cuenta de que los Tornados realizaron su viaje en una época distinta del año. Alguien debería haberse dado cuenta de que estaba claro que eso causaría algún tipo de impacto en nosotros. Alguien que probablemente respondiese al nombre de Dormilón.

Ya estaba fresco cuando la lluvia había empezado a caer, y empezó a enfriar rápidamente. Malhumorado, me levanté y ayudé a cubrir las cosas para protegerlas y a sacar herramientas para recuperar algo del agua que caía, y después confisqué un trozo de tienda y otra manta, me acurruqué y volví a dormirme ignorando la lluvia. Era tan solo una llovizna persistente, y cuando estás exhausto nada importa tanto como dormir.

CAPÍTULO 76

Cuando regresé al país de los sueños, encontré a Murgén esperándome.

—Pareces sorprendido. Ya te dije que te vería en la llanura.

—Sí, me lo dijiste. Pero no necesito que sea ahora mismo. Ahora mismo necesito dormir.

—Es lo que estás haciendo. Te despertarás tan fresco como si no hubieses soñado nada de nada.

—Tampoco quiero estar por ahí deambulando fuera de mi cuerpo.

—Pues no lo hagas.

—¿Puedo controlarlo?

—Sí, puedes. Simplemente decide no hacerlo. Es bastante sencillo. La mayoría de la gente se las arreglan para hacerlo de manera instintiva, pregunta mañana por ahí. Ya verás cuántas de esas personas recuerdan siquiera haber salido de su cuerpo.

—¿Es algo que hace todo el mundo?

—Aquí arriba sí. Es algo que todo el mundo puede hacer, si es que quieren. Algunos no quieren hacerlo de ninguna de las maneras, de modo que ni siquiera reconocen que la oportunidad está ahí. Lo cual no importa, porque no estoy aquí para eso.

—A mí me importa un montón. Ese rollo me da mucho miedo. Yo solo soy un simple mocoso de ciudad y de clase baja que...

—Deja ya el lío ese de quejica, Dormilón. Estás perdiendo tiempo. Seguramente, yo sé tanto sobre ti como tú mismo. Hay cosas que tienes que saber.

—Te escucho.

—Hasta ahora te las has apañado bastante bien con la llanura dejando que los Anales te guíen. Acata las reglas que ya has formulado y no tendrás ningún problema. No te entretengas. No has traído suficiente agua, ni aunque mates salvajemente a los animales en tu camino, como habías planeado. Aquí hay hielo que puedes derretir, pero si pierdes el tiempo viniendo aquí, acabarás teniendo que matar a más animales de los que querrías. Cuida bien de ellos mientras estén vivos. No dejes que lleguen a tener tanta sed como para que se pongan a dar embestidas por ahí y rompan tu protección. La protección se recuperará, pero llevará tiempo.

Y las sombras no te darán tiempo.

—Entonces ¿estamos a salvo de la apertura que mató a Sindawe y a algunos de los otros?

—Sí. Te encontrarás con Bucket mañana. Te lo advierto ahora para que tengas tiempo para prepararte.

Yo ya estaba preparado. Llevaba preparado mucho tiempo. De hecho, ver a Bucket muerto sería difícil, pero lo superaría.

—Dime qué tengo que hacer ahora que estoy aquí.

—Ya lo estás haciendo. Simplemente, no lo hagas despacio.

—¿Debería dividir al grupo? ¿Enviar una fuerza de ataque al frente?

—Eso no sería acertado. No serías capaz de controlar al grupo con el que no estuvieras, y ese será el grupo en el que alguien la cague y consiga que nos maten a todos.

—¿A ti también?

—No hay nadie más que pueda liberarme si vosotros falláis. Ni siquiera hay nadie más aquí fuera que sepa que estamos vivos.

—La Hija de la Noche y Narayan Singh lo saben, seguramente. —Desde luego, habían sido testigos de la suficiente información como para adivinarlo.

—Lo cual quiere decir que ahora Atrapa Almas también lo sabe. Pero mira, realmente no veo a esa gente desarrollando un gran interés por resucitar a los muertos. Por no mencionar que ahora la Puerta de las Sombras solo puede abrirse desde este lado. Es la última tirada del dado, Dormilón. Y está en juego todo.

No le recordé a Murgén que Narayan Singh y su pupila tenían un gran interés en resucitar a alguien que era prácticamente su compañero de tumba. Tenía razón en cuanto a la Puerta de las Sombras, suponiendo que fuera ya no existiesen más llaves.

—¿Cómo iba a saber yo que ibas a decir algo así?

Me dedicó la sonrisa con la que probablemente se había ganado el corazón de Sahra.

Yo le dije:

—Deberías ir a ver a Sahra.

—Ya lo he hecho. Por eso he llegado a ti tan tarde.

—¿Qué puedo decir yo? Ah, vi a esas criaturas... los... —No sabía cómo se llamaban, así que traté de describirlas.

—Los washane, los washene y los washone, a los que se refiere en conjunto como los nef. Ellos también son caminantes de sueños.

—¿También?

—Yo soy un caminante de sueños. Puedes verme, pero solo con el ojo de tu mente, de algún modo en el que me recuerdes. Los nef están por aquí todo el rato. Puede que estén atrapados, o puede que ya no tengan cuerpos a los que regresar. Nunca he sido capaz de saberlo. Están desesperados por comunicarse, porque está claro que están desesperados por algo, pero no parecen capaces de aprender a hacerlo. Vienen de uno de los otros mundos. Si ya no tienen cuerpos también podrían ser caminantes de pieles, así que ten mucho cuidado cuando estés con ellos.

—Los... eh... ¿De qué me estás hablando?

—Ah, aún no hemos hablado de ninguno de ellos, ¿no?

—¿De ninguno de qué?

—Realmente pensé que lo adivinarías casi todo leyendo entre líneas. Las Compañías tenían que venir de algún lado, y sería difícil ganarse la vida de la nada. Así que tenían que venir de algún otro lado, de algún lado muy lejano, ya que la llanura no es tan grande como para que no puedas recorrerla y descubrir que no hay ningún sitio del que puedan provenir los ejércitos. Esta tierra no hace más que volverse más fría e inhóspita.

—Soy muy lerdo, jefe. Deberías haberme hecho algunos dibujos.

—No me hacía demasiada ilusión que lo supiese nadie. No quería que nadie se asustase por venir a buscarme.

—Eres mi hermano.

Me ignoró.

—No he dormido nada, así que dispongo de mucho tiempo. He empleado algo de este tiempo explorando. Hay dieciséis Puertas de las Sombras, Dormilón. Y quince de ellas se abren hacia lugares que no son nuestro mundo, o al menos una vez lo hicieron. La mayoría de ellas ahora están muertas, y en mi estado no puedo ver lo que solía haber al otro lado sin ir allí en persona. Y no tengo las pelotas para hacer eso, porque mi mundo me gusta tal y como está y no quiero correr el riesgo de quedarme atrapado aún más lejos de lo que ya lo estoy.

»Solo hay cuatro puertas que siguen vivas. Y la que da a nuestro mundo está tan gravemente dañada que seguramente no dure muchas generaciones más.

Yo estaba perdido, totalmente perdido. No estaba preparado para nada de aquello. Aun así, él tenía razón al sugerir que había campanas que yo debería haber oído sonar.

—¿Qué tiene todo eso que ver con Kina? En su leyenda no está por ningún sitio. De hecho, ¿qué tiene todo eso que ver siquiera con nosotros? En nuestra propia leyenda tampoco está por ningún sitio.

—Sí que está, Dormilón. Lo que pasa es que la verdad es tan antigua que el tiempo la ha distorsionado. Examina la mitología gunni. En ella se habla mucho de otros planos, otras esferas de realidad, cielos diferentes, y yo qué sé qué más. Esas historias se remontan a casi mil años antes de la venida de las Compañías Libres. Por lo que yo he sido capaz de averiguar, cuando la primera Compañía Libre salió de la llanura, hace casi seiscientos años, ese acontecimiento supuso la primera vez que nuestra Puerta de las Sombras había sido utilizada en, al menos, ocho siglos. Es un largo tiempo para que la verdad mute.

—Madre mía. Estás empezando a sugerir cosas que casi no puedo asimilar.

—Será mejor que abras tu mente y hagas que corra la voz, Dormilón, porque aún hay mucho más. Y dudo haber descubierto siquiera una décima parte de la historia completa.

Yo tengo un lado oscuro, cínico y desconfiado que en ocasiones incluso duda de

los motivos para actuar de mis mejores amigos.

—¿Por qué nada de esto se ha mencionado hasta este momento? Estas noticias no son nada nuevo para ti, ¿no es así?

—No, no lo son. Pero ya te lo he dicho, quiero salir de aquí. Estoy desesperado. Opté por no pasarte ninguna información que pudiera perjudicarte.

—¿Perjudicarme? ¿De qué demonios estás hablando?

—Kina y los Tomados no son los únicos que están durmiendo aquí. También hay un montón de verdades que agitarían los fundamentos de nuestro mundo. Verdades que no tengo ningún problema en imaginar que matanzas al por mayor y guerras sagradas quisiesen reprimir. Verdades que no tengo ningún problema en imaginar que arrasaría con mi familia y la Compañía, tan amenazantes son.

—Estoy intentando abrir mi mente, pero lo encuentro difícil. Me siento como si fuera a zambullirme en un abismo.

—Tú espera. Yo llevo ahí fuera toda la eternidad y aún lo encuentro difícil. Creo que la manera de empezar es que te haga un esbozo de la historia de la llanura.

—Sí, ¿por qué no haces eso? Podría ser interesante.

—Sigues teniendo la lengua afilada de siempre, ¿verdad? Puede que Swan tenga razón y lo único que necesites sea un buen... en fin. De acuerdo. Escucha atentamente. La llanura fue creada tanto tiempo atrás en la antigüedad que nadie de ninguno de los mundos tiene ni idea de quién la construyó, cómo, o por qué, aunque se tiene que creer que se construyó como camino de unión entre los mundos.

—¿Por qué las sombras, las piedras verticales, y ...?

—No puedo contarte nada si no soy yo quien habla.

—Perdona.

—Al principio había la llanura. Solo la llanura, con su red de carreteras que deben ser recorridas de un modo en particular para conseguir llegar a otros mundos. Por ejemplo, todo viajero tiene que entrar en el gran círculo del centro de la llanura antes de poder abandonarla. En aquellos tiempos no había sombras, Puertas de las Sombras, piedras verticales, grandiosas fortalezas dentro del círculo, cavernas bajo la piedra, dioses durmientes, Tomados, ni Libros de los Muertos. No había nada más que la llanura. El cruce de todos los mundos, o, probablemente, de todos los tiempos. Existe una picara escuela de pensamiento que insiste en que todas las puertas dan al mismo mundo, pero en momentos que están separados entre sí por decenas de miles de años.

»En algún momento de la aún inimaginable antigüedad, la naturaleza humana se hizo valer y algunos aspirantes a conquistadores comenzaron a arremeter contra todo lo que había en la llanura. Durante un período de agotamiento, los sabios de una docena de mundos se asociaron para llevar a cabo la primera modificación en ella. Construyeron una fortaleza en el gran círculo y la equiparon con guarniciones

formadas por una raza de guardianes inmortales que habían creado y cuya tarea sería impedir que los ejércitos pasasen de un mundo a otro.

—Entonces pasamos a la protohistoria, la época de la que en la actualidad se conservan pocos recuerdos, ya que el mito gunni la distorsiona.

—Los que están movidos por el deseo de conquistar intentarán hacerlo, sean cuales sean los obstáculos. Por lo visto, Kina comenzó como el tipo de señor oscuro normal y corriente que se da cada ciertos siglos, como el marido de Dama, solo que ella estaba en asociación con muchos otros a los que ahora se recuerda como dioses por el impacto que tuvieron en su tiempo. El grupo entero de conspiradores decidió reforzar a Kina para que pudiera derrotar a los «demonios» de la llanura. Durante el proceso, ella se convirtió en lo que, en aras de una mejor descripción, llamaríamos una diosa. Se comportó exactamente tan mal como sus socios habían esperado y provocó resultados más o menos similares a los que se recopilan en la mitología. Una vez que Kina estuvo dormida, sus socios abrieron el laberinto de cavernas de debajo de la llanura y la enterraron en algún sitio muy profundo. Después crearon a Shivetya, el Guardián Inquebrantable, para que la vigilase. O, si prefieres una versión menos común de la historia, lo que hicieron fue reclutar a un demonio superviviente con el mismo nombre, lo fortalecieron y le obligaron a hacer el trabajo. Entonces, como, por lo visto, estaban demasiado cansados como para recuperar su grandeza, todos ellos se esfumaron y así Kina recuperó su puesto en la cima, aun habiendo sido encarcelada.

—¿Por qué no la mataron y ya está? Es algo que nunca he entendido de las peleas de este tipo entre los dioses. En el mito de Kina solo hay una versión en la que sus enemigos hacen otra cosa que no sea simplemente enterrarla. Y además, en ella, incluso después de que Kina esté toda descuartizada y esparcida por ahí, ellos dejan los trozos con vida e intentando volver a unirse.

—Yo diría que ella tenía algún tipo de hechizo mortal que entrelazaba los destinos de los otros dioses con el suyo propio. Esa gente no se habrían fiado unos de otros ni por un segundo. Todos ellos habrían tenido alguna especie de mecanismo de protección como el que utilizaba Sombra Larga cuando unió su destino al bienestar de la Puerta de las Sombras.

—Pero la Puerta de las Sombras ya no depende de su salud. Al menos no mientras él siga dentro.

—Solo era un ejemplo, Dormilón. Centrémonos en la historia de la llanura. Lo que siguió a la caída de Kina no está en absoluto documentado, pero hubo otros conquistadores que llegaron y partieron, y se intentó encarecidamente disuadirlos mientras que se mantuvo la llanura abierta al comercio. Se crearon las puertas y las llaves. Uno de los mundos reunió a sus hechiceros e hizo que les robaran las almas a millones de prisioneros de guerra y crearan así las sombras, al tiempo que las dotaban

de un odio amargo hacia todo lo que estuviese vivo. Pretendían cerrar la llanura por completo, lo cual, naturalmente, llevó a otra raza a crear todo lo que protege los círculos y las carreteras. Nadie sabe con certeza cuándo o cómo empezaron a aparecer las piedras verticales, probablemente creadas por los precursores del movimiento religioso de los mundos múltiples que dio lugar a las Compañías Libres. Yo entiendo que las piedras no fueron extraídas de una cantera, sino que fueron creadas. Son inmunes a las sombras e indiferentes a los escudos protectores, pero están en consonancia con las diversas Llaves tomadas durante la época de las Compañías Libres.

—Es demasiado para mí, me llevará bastante tiempo digerir todo esto. A pesar de todo, ¿Kina es real?

—Totalmente. Y está enterrada aquí, en algún sitio debajo de mí. Nunca he sentido la tentación de ir a buscarla, no querría liberarla por accidente. No sé cómo podría conseguir algo así, pero desde luego que no quiero averiguarlo por las malas.

—¿Y qué pasa con Rhaydreynak y los Libros de los Muertos? ¿Dónde encajan ellos? —Supuestamente, la guerra de Rhaydreynak por el culto de Kina antedató la aparición de las Compañías Libres varios siglos, pero aun así existían terroríficas similitudes que sugerían unos orígenes compartidos.

—El levantamiento de las Compañías Libres es, de hecho, uno de los menos conocidos, a pesar de ser el más cercano en el tiempo. Durante varios cientos de años existieron muchas Compañías diferentes, que provenían de mundos diferentes y que pasaron a muchos mundos más, que representaban casi el mismo número de sectas distintas de los seguidores de Kina. Parece ser que a la mayoría de ellas se las envió a explorar, no a conquistar ni a servir a mercenarios, ni siquiera a provocar el Año de los Cráneos. La que parece haber sido su misión verdadera parece haber sido determinar qué mundo tenía que ser obsequiado con el honor de sacrificarse para traer el Año de los Cráneos.

—¿Y entonces un montón de mundos decidió confabularse en el nuestro?

—Kina abarcaba muchos mundos. Por lo visto, su mágica crueldad era casi universal.

—¿Y nosotros perdimos a cara o cruz y tuvimos que enterrarla en el nuestro?

—Tú ya no estás en el tuyo, Dormilón. Este es un territorio entremedias. El sitio donde estás depende de la puerta por la que salgas, y en estos días solamente tienes una opción. Su Puerta de las Sombras se encuentra siguiendo el camino recto, en el lado más lejano de la llanura. Es como si ella misma estuviese cerrando los caminos alternativos.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Y cómo?

—A veces parece que la misma llanura está viva, Dormilón. O al menos, que es capaz de pensar.

—¿Es de donde vinimos? ¿A donde el capitán pasó casi toda su vida tratando de ir?

—No. La Compañía no puede regresar a Khatovar. Matasanos nunca alcanzará la tierra prometida, esa Puerta de las Sombras está muerta. El mundo al que te diriges tú es muy parecido al nuestro. En los otros mundos se le conoce por un nombre que en tagliano se traduce como algo parecido a la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Sin pensar, respondí:

—Todo el mal sufre allí una muerte infinita.

—¿Qué? —exclamó Murgen, desconcertado—. Sí, ¿cómo lo has sabido? Ellos fueron las personas que cometieron los asesinatos que dieron lugar a las sombras.

—Se lo he oído a un nyueng bao en alguna parte.

—Sí. Nyueng bao de duang. En el uso actual del nyueng bao quiere decir, coloquialmente, algo parecido a «los Niños Elegidos», y literalmente no quiere decir nada en absoluto que tenga sentido. En los días en que sus antepasados fueron enviados de la Tierra de las Sombras Desconocidas, quería decir, más o menos, «los Niños de los Muertos».

—Has estado ocupado —observé.

—Difícilmente, teniendo en cuenta cuanto tiempo llevo aquí atrapado. Inténtalo durante una década, Dormilón. No tendrás que aguantar todas las distracciones de las que te quejas cuando todo lo que quieres que se haga no se hace.

—¿Estás de broma? A mí me da la impresión de que, de repente, tengo que trabajar incluso cuando estoy durmiendo.

—No durará mucho. La persona que tiene el control del cacharro ese que produce neblina está intentando que le responda. Anda, preséntate allí y aplasta a ese capullo para que no tenga que meterme en el cacharro cada vez que alguien quiera saber mi punto de vista, o cómo seguir la huella de una castaña, o cualquiera que resulte ser la crisis del momento.

—Desde luego, antiguo jefe. Yo mismo también llevo a cuestas una bolsa entera de chiflados.

—Tú... —Murgen se fue como si tirasen de él.

Podría haber jurado escuchar la risa de un cuervo blanco que lo había escuchado todo.

CAPÍTULO 77

—¿Cómo es que estás tan malhumorado? —me preguntó Sauce Swan cuando le solté una respuesta cortante sin ninguna razón—. ¿Ya estás otra vez en esos días del mes?

Me sonrojé. Yo, después de veinte años entre los hombres más crueles.

—No, gilipollas. Anoche no dormí demasiado bien.

—¿Qué?

Le salió de dentro, como el chillido de una rata pisoteada.

—Que anoche no dormí demasiado bien.

—Sí, claro. Nuestro pequeño y dulce Dormilón no ha dormido bien. Chicos, Ro, Ríos, quien sea, ¿queréis levantaros y recordarnos el rugido en la lluvia de anoche?

Camina Ríos me dijo:

—Jefe, tus ronquidos hicieron más ruido que un tigre en celo. Tuvimos que levantar a algunas personas y trasladarlas hacia la parte de arriba de la carretera, en dirección a casa, para que pudiesen escapar del jaleo. Había gente que quería estrangularte, o al menos meterte la cabeza en un saco. Apuesto a que si alguien más supiese qué demonios estamos haciendo y a dónde vamos, ya estarías en la carretilla junto con el general Sindawe.

—Pero si yo soy una flor dulce y delicada. Es imposible que roncase. —Se me había acusado de ello antes, pero en broma, nunca con tanta pasión.

Ríos soltó un bufido.

—Swan ha decidido no casarse contigo.

—Me quedo desolado. Iré a ver si Un Ojo tiene alguna cura para el problema.

—¿Alguna cura? Pero si ese hombre ni siquiera puede ocuparse de sí mismo.

Gorroneé algo de comer, algo que apenas me valió el esfuerzo, y que definitivamente no me llenó. Íbamos a tener que reducir las raciones durante mucho tiempo. Antes de que terminase con las preparaciones matutinas que me fueron posibles, los elementos delanteros ya estaban en marcha. El humor general estaba más relajado, ya que habíamos sobrevivido a la noche anterior. Y durante el día le habíamos dado a la protectora bien de lo suyo.

La relajación duró hasta que encontramos los restos de Bucket.

El gran Bucket, de nombre Cato Dahlia, que una vez fue un ladrón, y otra un oficial de la Compañía Negra, fue casi un padre para mí. Él nunca me lo dijo y yo nunca pregunté, pero sospechaba que él supo todo el tiempo que yo tenía sexo femenino. En aquellos tiempos fue muy desagradable con algunos de mis familiares de sexo masculino.

No era aconsejable ser el objetivo de la ira de Bucket.

Me las arreglé para no derrumbarme. Había tenido mucho tiempo para hacerme a la idea de que estaba muerto, aunque siempre quedaba una pequeña e irracional

esperanza de que Murgén estuviese equivocado, de que la muerte le hubiese pasado por alto y estuviese enterrado con los Tomados.

Sin que hiciese falta que se les diera la orden, los hombres colocaron a Bucket en la carreta con Sindawe.

Yo los acompañé y me dejé llevar por completo por una de esas inexplicablemente irrelevantes secuencias de pensamiento que normalmente toman forma en momentos como esos.

Habíamos dejado un lío realmente asqueroso donde habíamos pasado la noche, particularmente en lo que se refería a excrementos animales. Probablemente, los Tomados habían hecho lo mismo en su recorrido por esta misma carretera. En cualquier caso, aparte de los raros casos en que nos encontrábamos un cadáver, no había rastro de que hubiesen pasado por allí. Ya no había montones de estiércol, huesos roídos abandonados, verduras podres, ni cenizas de braseros de carbón. No había nada. Solo quedaban los cuerpos humanos, y se estaban disecando profundamente.

Tendría que tomarle la palabra a Murgén. Mientras tanto, era un ejercicio mental que me ayudaba a no pensar demasiado en Bucket.

Caminamos con dificultad hacia el sur. La lluvia iba y venía, sin convertirse nunca en más que en una llovizna, a pesar de que a veces el viento te la lanzaba de cara desde un ángulo bastante complicado. Yo temblaba muchísimo y me preocupaba por que el frío aumentase y se pusiese a caer aguanieve o nieve directamente. No nos encontramos con ningún otro mal, y con el tiempo distinguí la vaga silueta de nuestro destino inicial, aquella misteriosa fortaleza central.

El viento comenzó a soplar con fuerza.

Algunos de los hombres se quejaban del frío y algunos otros de la humedad. Unos cuantos se quejaban por el menú, y un puñado de ellos insistía en quejarse de todos los que se quejaban. Me llegaron algunos sentimientos de positividad hacia lo que estábamos haciendo.

Durante todo el día me sentí enormemente solo, casi abandonado, a pesar de los esfuerzos bienintencionados de Swan, Sahra, y algunos otros. Tío Doj fue el único que no se molestó, porque incluso a estas alturas estaba irritado porque yo no quería asumir el papel de su aprendiz. En varias ocasiones me sorprendí retirándome a mi lugar escondido y tuve que recordarme que ahora ya no necesitaba ir allí. Ninguna de aquellas personas podía ya hacerme daño, no si yo no se lo permitía. Yo controlaba su realidad. Ellos sobrevivían solo en mi memoria...

Incluso esa es una inmortalidad de algún tipo.

Nosotros, los vehdna, creemos en los espíritus, y también creemos en los demonios. Me preguntaba si los gunni no estarían bien informados, después de todo. Para ellos, el dolor que les produce la marcha de los seres queridos es menos personal

y mucho más fatalista, y se acepta como una fase necesaria de la vida que no termina con esta transformación.

Si los gunni, por alguna extraña jugarreta de la divinidad, resultan poseer una teología más exacta, debo de haber sido una chica muy, muy mala en una vida anterior. Al menos, espero habérmelo pasado bien... Perdóname. Oh, Señor de las Horas, Tú que eres misericordioso y compasivo. Mi corazón ha pecado. Tú eres el Señor. No puede haber otro.

CAPÍTULO 78

Cada vez que al viento le daba por holgazanear, el aire se llenaba de copos de nieve. Después, cuando recuperaba su ambición, arrojaba minúsculos trozos de hielo que se me clavaban en la cara y en las manos. Aunque sonaba aterrador, el nivel de gruñidos nunca llegó al extremo de proponer un motín. Sauce Swan trotaba carretera arriba y abajo para cotillear y recordarle a todo el mundo que no teníamos otro sitio al que ir que para adelante. El clima no dificultó su tarea en absoluto, de hecho, pareció encontrarlo estimulante. No paraba de decirnos a todos lo maravilloso que sería cuando empezase a nevar de verdad, como para cubrir más o menos un metro y medio. Entonces el mundo se vería más bonito, ¡sí señor! Era lo que él garantizaba. Había crecido rodeado de cosas así, y según él te hacía convertirte en un hombre verdadero.

Con la misma frecuencia, podía oír algunas sugerencias (cuyo cumplimiento era físicamente imposible, a no ser que fueses una especie muy selecta de gusano) de cuando la gente daba gritos y suplicaba apasionadamente a Un Ojo, Goblin, o incluso Tobo, que rellenaran la boca de Swan con mortero de secado rápido.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté.

—Oh, sí. Y ellos tampoco te están culpando de nada.

La juvenil sonrisa que se dibujó en su cara me hizo saber que no estaba siendo ningún héroe no deseado, sino que estaba jugueteando conmigo.

Todos los norteños parecen tener esta capacidad de juego. Incluso el capitán y Dama habían dejado ver en ocasiones alguna que otra señal entre ellos. Y Un Ojo y Goblin... el derrame del pequeño hechicero negro podría haber sido un regalo de Dios. No podía imaginarme a aquellos dos desperdiciando la oportunidad de cagarla en algo tan grande como esto si ambos gozasen de excelente salud.

Cuando le sugerí algo del estilo a Swan, no pudo comprenderme, y cuando se lo expliqué, observó:

—No te das cuenta, Dormilón. A no ser que estén totalmente borrachos, esos dos no harán nada peligroso a nadie, menos a sí mismos. Yo lo veo desde fuera, y me di cuenta de eso hace veinte años. ¿Cómo has podido tú no darte cuenta?

—Tienes razón. Y sí que lo sé. Parece que estoy buscando que las cosas salgan mal. Cuando intento prepararme para lo peor, me pongo pesimista. ¿Cómo es que tú estás tan animado?

—Por lo que tenemos justo delante, ahí arriba. En un día más, dos como máximo, podré saludar a mis viejos compadres, Fibroso y Blade.

Le lancé una mirada recelosa. ¿Podría él ser el único de nosotros más ansioso que asustado por las posibilidades inherentes a la liberación de los Tomados? Solo había una de aquellas personas que no se había pasado los últimos quince años atrapada en

su propia mente. Además, yo no estaba convencido de que Murgén no estuviese trabajando horas adicionales para mantener una fachada de falsa cordura. Los otros... No tenía ninguna duda de que unos cuantos saldrían como una cabra, y el resto tampoco.

Ese miedo no era tan evidente en ningún sitio como en la radisha.

«Tadjik» había pasado a ser casi invisible desde que se había vuelto a reunir con nosotros a este lado del Dandha Presh. A pesar de que Camina Ríos y Runmust no se alejaban de ella, no necesitaba vigilancia y además pedía poco. Iba ensimismada, absorta en su melancolía. Cuanto más nos alejábamos de Taglios, más nos acercábamos a su hermano y más retraída se volvía. En la carretera, tras la Arboleda de la Condena, nos habíamos vuelto casi hermanos. Sin embargo, el péndulo llevaba balanceándose en dirección contraria desde Jaicur y no habíamos intercambiado ni cien palabras por semana a este lado de las montañas. Eso no me agradaba. Yo disfrutaba de su compañía, su conversación, y su mordaz ingenio.

Ni siquiera el maestro Santaraksita había tenido éxito en sus últimos intentos de sacarla de su caparazón, a pesar de que ella hubiese desarrollado cierto cariño hacia su erudita comicidad. Entre los dos, podían despedazar y extraerle toda la grasa al argumento de un estúpido más rápido de lo que un carnicero profesional hubiese limpiado un pollo nunca.

Le mencioné el problema a Sauce Swan.

—Me apuesto lo que sea a que no es su hermano lo que le preocupa. O, al menos, no es la causa principal. Supongo que está triste por no poder regresar. Desde que se ha dado cuenta de que aquí vamos en una única dirección, se ha metido en una depresión profunda.

—¿Eh?

—Es el *Rajadharmā*. Para ella no es tan solo un práctico eslogan de propaganda, Dormilón. Ella se toma en serio ser la gobernante de Taglios. La has tenido paseando por aquí, mes tras mes, viendo lo que la protectora hizo en su nombre. Tienes que entender que va a disgustarse al ver cómo se dejó utilizar. Y además tiene que afrontar el hecho de que seguramente nunca tendrá la oportunidad de hacer nada al respecto. No es tan difícil entenderla.

Pero él había estado cerca de ella durante treinta años.

—Vamos a regresar.

—Sí, claro. Y, de la única posibilidad entre un trillón de que lo hagamos, ¿quién va a tener a un ejército esperando? ¿Podría decirse que Atrapa Almas?

—Claro. Y también podría decirse que nos olvidará en seis meses. Encontrará un juego más interesante al que jugar.

—¿Y podrías decir que «El agua duerme»? Atrapa Almas también puede, Dormilón. No la conoces. Nadie la conoce, excepto Dama, y un poco. Pero yo tuve la

oportunidad de acercarme a ella más que la mayoría durante un tiempo. No fue exactamente mi elección, pero allí estuve, e intenté prestar atención, por lo que me pudiese beneficiar. No es totalmente inhumana, ni tan vanidosa o desatenta como podría querer hacer creer al mundo. Moraleja: cuando pienses en Atrapa Almas, tienes que tener fijo en tu mente un hecho crítico. Y este hecho crítico es que ella sigue viva en un mundo en el que su enemigo más mortal era la Dama de la Torre. Si recordamos que, en aquel tiempo, Dama hizo a los Maestros de las Sombras parecer matones sin estudios.

—Estás muy incisivo hoy, ¿no?

—Solo me remito a los hechos.

—Pues aquí tienes uno de los tuyos que acabas de decirme. El agua duerme. La mujer que solía ser la Dama de la Torre se pondrá de nuevo en pie en unos pocos días.

—Más vale que le preguntes a Murgen si cree que ella querrá molestarse en ponerse en pie. Apuesto a que donde ella está no hace frío. —La brisa que azotaba la llanura había empezado a hacer mella profunda y continuamente.

No discrepé con Swan, aunque él supiese la verdad. Puede que no se acordase, pero debía de haber ayudado a Atrapa Almas a trasladar a los Tomados a las cavernas de hielo en las que estaban prisioneros.

Una bandada de cuervos apareció desde el norte, en lucha con el viento. Tenían muy poco que decirse unos a otros. Volaron en círculo unas cuantas veces, después ganaron altitud y cabalgaron la brisa hacia su mami. No iban a tener demasiado que contar.

Empezamos a encontrar más cuerpos, a veces en grupos de dos o de tres. No se había capturado a un gran número de Tomados. Recordé el informe de Murgen en el que decía que casi la mitad del grupo se había tomado un descanso del mundo después de que Atrapa Almas se hubiese desbocado.

Y aquí estaban. Yo no recordaba a la mayoría de ellos. La mayor parte eran taglianos, o jaicur, más que de la Vieja Banda, lo que significaba que se habían alistado mientras yo estaba arriba, en el norte, en nombre de Murgen.

Nos encontramos con Suyen Dinh Duc, el guardaespaldas nyueng bao de Bucket. El cuerpo de Duc había sido escrupulosamente preparado para una ceremonia de despedida. Que Bucket hubiese hecho una pausa en medio del horror para honrar a uno de los acompañantes nyueng bao más silenciosos y discretos, decía muchísimo sobre el carácter de mi padre adoptivo (y del de Duc). Bucket se había negado a aceptar protección, no quería tener guardaespaldas. Y Suyen Dinh Duc se había negado a abandonarle. Había sentido la llamada de un poder muy superior a la voluntad de Bucket. Creo que se hicieron amigos cuando nadie estaba mirando.

Me puse a secarme las lágrimas que no habían brotado cuando habíamos

encontrado al mismo Bucket.

Sauce Swan y Suvrin intentaron consolarme. Los dos se encontraban incómodos haciendo esfuerzos, y no sabían muy bien si un abrazo sería aceptable. Desde luego que lo habría sido, pero yo no sabía cómo hacérselo saber sin decirlo. Eso me habría avergonzado demasiado.

Sahra fue la que me ofreció consuelo mientras los nyueng bao formaban un grupo para honrar a quien había sido uno de los suyos.

Swan soltó un gruñido. El cuervo blanco había aterrizado en su hombro izquierdo y le había dado un picotazo en la oreja. Estudiaba al cadáver con un ojo y al resto de nosotros con el otro.

Tío Doj observó:

—Tu amigo tenía una confianza total en que alguien volviese a pasar por este camino, analista. Dejó a Duc en la postura llamada «Respecto al Reposo Paciente», que es lo que hacemos cuando el funeral en condiciones tiene que retrasarse. Ni dioses ni demonios molestan a los muertos que están en esta posición.

Me sorbí la nariz.

—El agua duerme, tío. Bucket creía. Él sabía que nosotros vendríamos.

La creencia de Bucket había sido más fuerte que la mía. La mía apenas sobrevivió las guerras del Kiaulune. De no haber sido por el incansable deseo de Sahra de resucitar a Murgen, yo no habría superado los momentos de desesperación. No me habría vuelto lo suficientemente fuerte como para aguantarlo cuando a Sahra le llegó su propio momento de dudas.

Ahora estábamos aquí, sin ningún sitio al que ir que no fuese hacia delante. Me sequé los ojos.

—No tenemos tiempo para quedarnos aquí charlando. Nuestros recursos son terriblemente finitos. Vamos a cargarlo...

Doj me interrumpió.

—Nosotros preferiríamos dejarlo como está, donde está, hasta que podamos despedirlo con las ceremonias adecuadas.

—Y esas ceremonias serían...

—¿Qué?

—No he visto a muchos muertos nyueng bao desde el asedio de Jaicur. A vosotros se os da muy bien bailar en torno a la muerte, pero he visto a muy pocos de vuestra tribu muertos, y no había ningún ritual funerario que fuese obviamente necesario. He visto a algunos incinerados como si fueran gunni. Vi a un hombre enterrado, como si fuera vehdna. Incluso he visto a un cadáver untado con ungüentos apestosos, envuelto como una momia y colgado cabeza debajo de la rama más alta de un árbol.

Doj dijo:

—Cada uno de esos funerales habrá sido adecuado a la persona y a la situación, de eso estoy seguro. Lo que se hace con la carne no es de una importancia crítica. Con las ceremonias se pretende facilitar la transición del alma a su nuevo estado, de modo que son absolutamente esenciales. Si no se las tiene en cuenta, el espíritu del muerto podría verse obligado a deambular por la tierra de manera indefinida.

—¿Cómo fantasmas o caminantes de sueños?

Doj parecía estupefacto.

—¿Eh? ¿Fantasmas? Como un espíritu incansable que quiere finalizar tareas que fueron interrumpidas por la muerte. No pueden hacerlo, así que tienen que seguir caminando.

Aunque los fantasmas vehdna son espíritus malvados, malditos para deambular infinitamente por el mismo Dios, no tuve problema en seguir la idea de Doj.

—Entonces lo dejaremos aquí. ¿Quieres quedarte de pie a su lado para asegurarte de que está a salvo del tráfico? —Bucket había colocado a Duc en el borde de la carretera para que los fugitivos aterrorizados de entonces no le molestaran.

—¿Cómo murió? —preguntó Swan, y a continuación dio un chillido. El cuervo blanco le había vuelto a dar un picotazo en la oreja.

Todo el mundo se giró para quedarse mirando a Swan.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo.

—Pues que si una sombra atacó a Duc y alguien intentó colocarlo en la posición adecuada, ese alguien debería estar aquí muerto también, tan tieso como la mojama, ¿no? Así que debe de haber muerto de otro modo, antes de... —Una tenue bombilla pareció iluminarse en su mente.

—¡Lo hizo Almas! —dijo el cuervo. Eran graznidos, pero las palabras estaban perfectamente claras—. ¡Graj! ¡Graj! ¡Lo hizo Almas!

Los nyueng bao comenzaron a presionar a Swan.

—Lo hizo Almas —les recordé—. Seguramente con un hechizo de bombas trampa. Para cuando Duc alcanzó el lugar en cuestión, ella ya habría estado a dieciséis kilómetros de distancia de cualquier persona que fuera a pie. Iba montada, ¿recordáis? Por lo que recuerdo de Duc, lo más probable es que viera la trampa cuando Bucket tropezó con ella y se interpusiese entre ellos dos.

Gota señaló:

—La protectora no podría haber dejado una bomba trampa para matar a Duc si no hubiera estado libre. —Su tagliano era el mejor que había escuchado nunca. La ira de sus ojos dejaba ver que no quería que se cometiese ningún error.

Sahra susurró:

—Suyen Dinh Duc era primo segundo de mi padre.

—Ya hemos pasado por esto antes, chicos —dije yo—. No podemos exonerar a Sauce Swan, pero sí que podemos perdonarle, si recordamos las circunstancias que

tuvo que afrontar. ¿Realmente alguno de vosotros piensa que puede sacar lo mejor de la protectora un cara a cara? ¿Nadie levanta la mano? Pero algunos de vosotros lo pensáis para vuestros adentros. —Pocos eran los nyueng bao que carecían de una arrogante confianza en sí mismos—. Aquí está vuestro reto: volved corriendo y probadlo. La Puerta de las Sombras os dejará salir. Atrapa Almas va a pie. Está lisiada, así que podéis alcanzarla rápidamente. ¿Se puede pedir algo más? —Hice una pausa—. ¿Cómo? ¿No hay voluntarios? Entonces dejad en paz a Swan.

El cuervo blanco graznó burlonamente.

Vi unas cuantas caras pensativas y avergonzadas, pero la de Gota no era una de ellas. Gota nunca había estado equivocada en toda su vida, excepto en aquella ocasión en que pensó que podría estarlo.

Swan lo dejó pasar, como llevaba años haciendo. Había aprendido de la más estricta de las instructoras. Pero sí que propuso:

—Has dicho que tenemos que seguir caminando, Dormilón, aunque supongo que nosotros, los carnívoros, podemos empezar con los vegetarianos cuando se les acaben las historias.

—Tobo, lleva contigo la Llave. Gracias, Sahra.

Sahra se dio media vuelta.

—Madre, quédate con Tobo. No le dejes ir más rápido que tú.

Ky Gota gruñó algo entre dientes y se alejó de nosotros para seguir a Tobo. Cuando iba con prisa, su tambaleo al andar podía ser engañoso.

Supervisó al chico y lo agarró de la camisa. Entonces comenzaron la marcha, con la boca de la mujer trabajando sin descanso. Sin ser jugador profesional, yo habría apostado a que estaba despotricando sobre lo repugnantes que éramos nosotros, el resto de los mortales.

—Ky Gota parece haberse encontrado a sí misma —observé.

Ni uno solo de los nyueng bao encontró ni una razón para celebrar aquel acontecimiento.

Un kilómetro y medio después nos encontramos con los únicos restos animales que íbamos a encontrar de la anterior expedición. Estaban amontonados en una pila formada por huesos y carne seca desmenuzada, todo tan entremezclado que no había manera de saber cuántas bestias había en primer lugar, o por qué se habían reunido, en la vida o en la muerte. Todo el lúgubre barullo parecía haberse hundido lentamente en la superficie de la llanura. Cuando hubiese pasado otra década, habría desaparecido por completo.

CAPÍTULO 79

Los feos caminantes de sueños regresaron al caer la noche, y en esta ocasión con más energía. La lluvia también regresó, también con más energía, y acompañada de rayos y truenos que dificultaban el sueño, del mismo modo que lo dificultaba el agua fría, cuya totalidad parecía decidida a acumularse dentro del círculo en el que nosotros habíamos acampado. La piedra no parecía estar inclinada, pero el agua se comportaba, desde luego, como si lo estuviese. Los animales se la bebían, y también lo hacían, del mismo modo, los miembros humanos del grupo. Runmust y Camina Ríos supervisaban que todo el mundo llenase bolsas de agua y cantimploras. En cuanto alguien alzó la voz para bendecir nuestra buena suerte, empezaron a caer los primeros copos de nieve.

El sueño que pude conciliar no fue agradable. En el mundo de los fantasmas había un verdadero tumulto en proceso, y este inundó también mis sueños. Además de eso, la hija de Iqbal decidió que era una ocasión magnífica para ponerse a llorar toda la noche, lo cual hizo que el perro se pusiese a ladrar. O puede que ocurriese al contrario.

Las sombras deambulaban alrededor de nuestra protección. Estaban más interesadas en nosotros de lo que habían estado en los intrusos en tiempos de Murgén. Me lo había dicho él mismo.

Las sombras recordaban lo que había ocurrido hacía siglos, y yo pude escuchar en sus sueños.

Sus pesadillas, mejor dicho. Todo lo que recordaban eran horrores de una época en la que hombres parecidos a los nyueng bao las torturaban hasta la muerte en enormes grupos mientras que los hechiceros grandes y pequeños azotaban a las almas dementes hasta que, al final, cuando eran liberadas, estaban tan rezumantes de odio hacia toda cosa viviente que incluso una criatura tan menuda como una cucaracha era objeto de un ataque instantáneo y enormemente feroz. Algunas sombras que ya eran malignas depredadoras por naturaleza se convirtieron en tan malvadas que atacaron y devoraron incluso a otras sombras.

Se había victimizado así a millones. Y la única virtud de sus creadores era que fabricaron los horrores de invasores que llegaron en incontables olas desde un mundo en el que un rey hechicero chalado se había dotado a sí mismo de la categoría de semidiós, y posteriormente se había propuesto imponer su dominio absoluto sobre los dieciséis mundos.

Antes de que las sombras detuviesen la avalancha, las decenas de miles de cadáveres que cubrían la llanura eran innumerables. Multitud de monstruos escaparon a mundos vecinos y sembraron el terror y la confusión hasta que las puertas pudieron ser modificadas para impedir que pasaran. Durante siglos, no hubo tráfico que

atravesase la llanura, y posteriormente llegó otra época de desgano comercio, cuando algún genio creó la protección que ahora protege las carreteras y círculos.

Las sombras lo vieron todo, y lo recordaban todo. Vieron y recordaban a los misioneros de Kina, que habían huido de mi propio mundo en la cumbre de la furia de Rhaydreynak. En cada mundo que alcanzaban, la oscura canción de la diosa se colaba en unos cuantos oídos ansiosos, incluso entre los hijos de aquellos que habían creado las sombras.

El comercio, en una llanura tan restringida y peligrosa, se mantuvo moderado. Hacía falta ser determinado para arriesgarse a cruzar la frontera. El tráfico llegó a su punto álgido cuando el mundo que recordábamos como Khatovar lanzó una ráfaga de expediciones hacia otros mundos para comprobar cuál sería el más apropiado para acoger la ceremonia cósmica llamada el Año de los Cráneos.

Los seguidores de Kina de otros mundos se unieron a esa búsqueda. Las compañías emprendían marchas en todas direcciones, discutían y se peleaban. Consiguieron muy poca cosa. Con el tiempo, un consenso tomó forma: el sacrificio debía ser el mundo que había tratado a los Hijos de Kina de una forma tan abominable desde el primer momento. Los descendientes de Rhaydreynak debían recoger lo que habían sembrado.

Las compañías que habían sido enviadas no eran enjambres de fanáticos. La llanura era peligrosa, y había pocos hombres que quisieran cruzarla. La mayoría de los soldados eran reclutas o delincuentes menores bajo el mandato de unos pocos sacerdotes dedicados. No se esperaba que volviesen. Las familias de los reclutas tomaron como costumbre velar a sus Soldados de Hueso o Soldados de Piedra antes de que partiesen, aunque los sacerdotes siempre les prometían que estarían de vuelta en cuestión de meses.

Los pocos que regresaban normalmente lo hacían tan consumidos y cambiados, tan amargados y duros, que se les empezó a conocer como Soldados de la Oscuridad.

La religión de Kina nunca fue popular en ninguno de los lugares en que echó raíces. Fue siempre un culto minoritario, y perdió todo el poder que tenía a medida que se sucedían las generaciones. El fervor inicial se esfumó para dar paso al gobierno inevitable y tedioso de los funcionarios. Todos los mundos abandonaron a Kina progresivamente y se alejaron de la llanura. Las Épocas Oscuras empezaron a fraguarse por todos sitios. Todas las puertas, una tras otra, fracasaban, y no se restauraban, y aquellas que no fracasaron, cayeron en desuso. Los mundos eran viejos, estaban desgastados y cansados, y necesitaban desesperadamente una renovación. Los ancestros de los nyueng bao, los Hijos de los Muertos, habían prometido regresar a su Tierra de las Sombras Desconocidas cubiertos de gloria. Sin embargo, como estaban a salvo en el lado más lejano de la llanura, sus descendientes no tardaron en olvidar quién y qué eran. Tan solo un puñado de sacerdotes lo

recordaban, y ni siquiera con una corrección total.

Una voz que no hablaba en voz alta hizo cosquillas a mi consciencia. *Hermana, hermana*, decía. Yo no vi nada, solo sentí ese toque de peso pluma. No obstante, fue suficiente para que mi alma se agitase a ambos lados y saliese disparada a otro lugar en el que, cuando recuperé mi aliento espiritual, el hedor de la descomposición llenó mis fosas nasales. Un mar de huesos me rodeaba, su superficie ondulada por mareas desconocidas.

Algo no andaba bien con mis ojos. Tenía la visión retorcida y doble. Levanté una mano para frotarlos... y vi plumas blancas.

¡No! ¡Imposible! No podía estar siguiendo el camino de Murgen. No podía estar perdiendo las amarras tan pronto. ¡No lo consentiría! Deseaba...

¡Graj! Y no salió de mi pico.

Una forma negra se me plantó enfrente con las alas extendidas, aminorando la velocidad y con las garras en mi dirección.

Con un rápido movimiento, me lancé desde la rama muerta sobre la que me había posado. Y me arrepentí inmediatamente.

Me encontré a tan solo unos metros de un rostro a un metro y medio de altura. Alardeaba de más colmillos de los que puede presumir un tiburón. Era pasada la media noche y estaba muy oscuro. El olor de su aliento era la fetidez de la carne en descomposición.

La sonrisa triunfante de aquellos malvados labios de ébano se desvaneció en cuanto conseguí evitar que una garra gigante me aplastase. Yo, Dormilón, me encontraba en un estado de pánico de cagarse en los pantalones, pero había algo más dentro del pájaro que yo era. Y se estaba divirtiendo. *Hermana, hermana, ha estado cerca. La muy zorra se vuelve más y más solapada, pero nunca conseguirá sorprenderme. No puede hacerlo. Y eso tampoco lo entenderá.*

¿Quién es «yo»?

El ejercicio se había terminado. Estaba dentro de mi cuerpo, en la llanura, temblando mientras mi ojo mental observaba a los traviesos caminantes de sueños. Examiné lo que había experimentado y llegué a la conclusión de que se me había dado un mensaje, que era que Kina sabía que estábamos de camino. La diosa soñadora había fingido la inactividad de décadas recientes. Conocía la paciencia íntimamente, la conocía por todos sus nombres secretos. Y podía ser que también se me hubiera dado otro mensaje.

Kina aún era la madre del engaño. Bastante probablemente, nada de lo que yo había averiguado recientemente era enteramente o incluso parcialmente cierto si Kina había encontrado un modo de deambular por los tramos sombríos de mi mente. A mí no me cabía ninguna duda de que podía. Se las había apañado para informar a generaciones y regiones enteras, con un miedo histérico, sobre la Compañía Negra

antes de la llegada de la Vieja Banda.

Juro que percibí su diversión por haberme lanzado a una desconfianza más profunda y perdurable hacia todo lo que me rodeaba.

CAPÍTULO 80

Suvrin me despertó temprano. Sonaba apesadumbrado, a pesar de que no podía ver su cara en la oscuridad.

—Hay problemas, Dormilón —susurró, y yo debo confiar en él, ya que fue el primero en darse cuenta de lo que implicaba el hecho de que estuviese nevando. Pero es que había visto más de esa cosa blanca que cualquiera de nosotros, aparte de Swan. Y Sauce llevaba separado de ella el tiempo suficiente como para volverse viejo.

Quise gemir y refunfuñar, pero eso no habría servido para nada y además necesitábamos tomar el control de la situación en ese mismo momento.

—Bien pensado —le dije—. Gracias. Rodea el círculo en esa dirección y despierta a los sargentos. Yo haré el mismo recorrido en sentido contrario. —A pesar de mis pesadillas, me sentía descansado.

La nevada no reconoció, de ningún modo, la presencia de la protección que actuaba como escudo de nuestro campamento. Lo cual quería decir que los límites ya no eran tan obvios. Percibí un deseo de matanza intensificado entre las sombras, ellas ya habían visto esto antes. Si alguien se pone a correr nerviosamente de un lado para otro, sería su hora de la merienda.

Teníamos a Un Ojo y a Goblin en nuestro lado, y a Tobo también. Ellos podían distinguir dónde se situaban las fronteras, pero necesitaban un poco de luz para llevar a cabo ese trabajo.

Me aseguré uno por uno de que todo el mundo se despertase y comprendiese la gravedad de la situación, especialmente las madres. Me aseguré de que todo el mundo comprendiese que nadie debía moverse hasta que amaneciese.

Por alguna razón milagrosa, nadie hizo ninguna estupidez. Una vez hubo suficiente luz, los hechiceros empezaron a dibujar líneas sobre la nieve.

Yo organicé equipos para reforzar las fronteras.

Todo marchó tan bien que, antes de que llegase la hora de irnos, me estaba sintiendo petulante. Después descubrí que iba a ser un día muy largo, lo cual, por supuesto, ya debería haber sabido de manera instintiva.

Este siguiente tramo del viaje les había llevado a los Tomados solamente unas pocas horas. A nosotros nos llevaría muchísimo más. Tras la capa de nieve que caía no se podía discernir la destrozada fortaleza. Los hombres más ancianos tendrían que marcar cada paso antes de poder darlo, caminando a ambos lados de Tobo y la Llave, y manteniéndolo centrado en la carretera, pero sin adelantarlo nunca. Por si acaso.

Cuando habíamos avanzado poco más de cuatrocientos metros, ya me estaba preocupando por el tiempo. Teníamos demasiadas bocas que alimentar y muy pocos víveres. El racionamiento cruel tendría que imponerse. Se tenía que conseguir que esta gente atravesase la llanura rápidamente, excepto aquellos de nosotros que

liberaríamos a los Tomados.

—¡Esto se nos está yendo de las manos! —chilló Goblin—. Si la nevada aumenta, estaremos en unos apuros que te cagas.

Tenía razón. Si esta nevada se convertía en ventisca, ya no íbamos a tener que preocuparnos por nada más. Si empeoraba mucho, íbamos a morir aquí fuera y hacer de Atrapa Almas la muchacha más feliz del mundo.

De todos modos probablemente lo fuese ya, ahora que tenía tiempo para reflexionar sobre el hecho de que no quedaba nadie capaz de enfrentarse a ella en cuanto a ningún capricho que quisiera darse. ¿El agua duerme? Y qué. Aquello ya era historia.

No. Mientras yo siguiese en pie, no lo era.

Swan se unió a mí para el desayuno.

—¿Cómo está mi esposa esta mañana?

—Frígida. —¡Maldita sea! Ábrase boca, insértese bota con capa de estiércol.

Swan sonrió.

—Eso ya lo sé desde hace años. ¿No es esto digno de mención? Ya cubre más de dos centímetros y medio.

—Sí, lo es, de acuerdo. Desafortunadamente, no me animo a mí mismo a usar la clase de lenguaje que se necesita para describirlo. La mayoría de estas personas nunca han visto la nieve. Ten cuidado con que nadie haga ninguna estupidez. De hecho, es mejor que te pegues a la radisha. No quiero que se haga daño porque alguien no utilice la cabeza.

—De acuerdo. ¿Soñaste algo anoche?

—Pues claro que sí. Y también tuve la oportunidad de conocer a Kina de cerca.

—Yo vi luces en la carretera en dirección al este.

Eso llamó mi atención.

—¿De verdad?

—En mi sueño. Eran solamente luces de brujería, puede que los propios recuerdos de la llanura, o algo así. Cuando fui a mirar, no había nada.

—Te estás volviendo audaz a tus años, ¿no es eso?

—Pasó, y ya está. No lo habría hecho si lo hubiese pensado.

—¿Volví a roncar anoche?

—Afianzaste tu posición en el campeonato femenino de todos los tiempos. Estás preparado para competir en el siguiente nivel.

—Debe de tener algo que ver con los sueños.

Sahra apareció. Tenía mal aspecto. No le gustaba ni una pizca lo que estaba pasando, ni la nieve ni la distancia durante la que debíamos soportarla. Pero se mordió la lengua. Comprendía que era demasiado tarde para ser una mamá maniática. Le gustase o no, ahora mismo su chico nos estaba conduciendo a todos.

Un Ojo se acercó, cojeando, apoyado en un bastón que alguien había hecho para él con una de las armas de bambú más pequeñas. Yo ignoraba si seguía cargado, pero era muy probable, tratándose de Un Ojo. Me dijo:

—No voy a durar mucho en esto, Jovencita. Pero seguiré todo lo que pueda.

—Enséñale a Tobo lo que tiene que hacer y deja que él te tome el relevo en cuanto lo comprenda. Deja que Gota lleve el pico y tú súbete al caballo. Puedes dar consejos desde ahí arriba.

El anciano se limitó a asentir en lugar de buscar cualquier razón para discutir, traicionando así su verdadera debilidad. Sin embargo, Goblin me miró con el ceño fruncido, dando por hecho que iba a ganarse una gran ración de consejos que no había solicitado. Con todo, se encogió de hombros y dejó pasar la tentación de debatir.

—Tobo, espera. ¿De verdad entiendes lo que tenemos que hacer hoy?

—Lo he captado, Dormilón.

—Entonces dale la Llave a tu abuela. ¿Dónde está mi colega equino? Ven aquí, anda. Lleva a Un Ojo. —Me di cuenta de que el cuervo blanco se había ido del lomo del animal. De hecho, no se podía ver al pájaro por ninguna parte—. Arriba, viejo.

—¿A quién estás llamando viejo, Jovencita? —Un Ojo se irguió tanto como le permitía su altura.

—A ti, que eres tan viejo que has encogido. Pon tu culo aquí arriba. Quiero llegar hoy. —Le dediqué a Goblin una mirada de dureza, por si acaso se le pasaba por la cabeza intentar meter palos en los radios. Él se limitó a devolverme la mirada sin expresión alguna. O quizá sin gracia alguna.

Si seré niño mimado... al final me salí con la mía. Alrededor de lo que parecía ser el mediodía, la arruinada fortaleza se dejó ver entre la débil nevada, que seguía cayendo. Una vez que Tobo dominó cómo distinguir las fronteras lo suficientemente bien como para llevar el mismo paso que Goblin, el grupo empezó a avanzar a un ritmo solo limitado por las posibilidades de madre Gota. Y ella parecía poseída por una repentina urgencia de apresurarse hacia cualquiera que fuera el destino que esperaba al que llegase allí con la Llave.

Mi pesimismo natural no tuvo casi ninguna recompensa. Si los muchachos de Iqbal no hubiesen descubierto los encantos de las bolas de nieve, no habría tenido nada de lo que quejarme en absoluto. Incluso en ese caso me habría entretenido, si unas cuantas descargas de misiles no hubiesen volado en mi dirección.

Llegamos a la sima que Murgén había mencionado, una lágrima en el rostro de la llanura devastada por poderes casi inimaginables. El terremoto responsable de aquello se había sentido en lugares tan lejanos como Taglios, y había aplanado ciudades enteras a este lado del Dandha Presh. Me pregunté si habría causado la misma destrucción en los otros mundos conectados a la llanura.

También me pregunté si el terremoto había tenido un origen natural. ¿Había sido causado por algún intento prematuro de Kina de elevarse y resplandecer?

—¡Swan! ¡Sauce Swan! Ven aquí.

Madre Gota se había detenido en el borde de la sima, simplemente porque no había modo de seguir adelante. El resto de la turba se amontonó detrás de los líderes porque, como era lógico, todo el mundo quería ver lo que pasaba.

—¡Haceos a un lado, gente! —espeté yo—. Haceos a un lado, dejad que el hombre suba. —Me quedé mirando la fortaleza arrasada. Decir que estaba destrozada era una descripción demasiado fuerte, pero al mismo tiempo su pésimo estado superaba cualquier otra cosa. Supuse que, si la guarnición golem original todavía estaba por allí, estaría en perfectas condiciones y ahora mismo la banda entera estaría fuera limpiando todas las cavidades cubiertas de nieve que pudiera tener la piedra.

Swan gruñó:

—Tienes que decidirte, cariño. O quieres que me ocupe de la radisha o...

—Da igual. No tengo tiempo. Tengo frío y estoy irritado, y quiero que eso cambie. Mira esta grieta. ¿Era así como estaba antes? Porque aunque es bastante impresionante, no es ni de lejos tan gigante como Murgen me hizo pensar que era. Todos, excepto el bebé de Iqbal, pueden cruzarla de un salto.

Swan estudió el hueco que había en la llanura.

Lo que era evidente para cualquier ojo era que no había extremos afilados. La piedra parecía haberse suavizado y rezumado como caramelo.

—No, no era así en absoluto. Parece que ha estado cicatrizando, no es ni en su cuarta parte, tan ancha como lo era antes. Apuesto a que dentro de otra generación ni siquiera quedará la marca.

—De modo que la llanura puede cicatrizar, pero las cosas que fueron añadidas después, no. —Señalé la fortaleza—. A excepción de los hechizos que protegen las carreteras.

—Por lo visto.

—Empecemos a cruzarla. Swan, tú quédate con Tobo y Gota. Nadie más tiene ninguna idea sobre cómo salir de aquí, así que ya está. —Respondí a un impaciente *¡graj!* que venía de arriba. Si entrecerraba los ojos y miraba hacia los lados, podía distinguir al cuervo blanco posado sobre las almenas, mirando hacia abajo.

Aún murmurando para sí mismo, aunque en cierto modo bondadosamente, Swan dio un paso para cruzar la sima, resbaló, se cayó, dio un patinazo, y se levantó soltando una retahila de improperios norteños de alguien que no está en forma. El resto de la gente se rio.

Yo convoqué a Runmust y Camina Ríos.

—Quiero que vosotros dos averigüéis cómo pasar los animales y los carros. Reclutad a Suvrin si queréis, él afirma que tiene cierta experiencia como ingeniero

práctico. Y no dejéis de recordarle a todo el mundo que si conservan la calma y cooperan, todos podremos dormir en un lugar caliente y seco esta noche. —Bueno, puede que seco. Que estuviese caliente ya era mucho pedir.

Tío Doj y Tobo ayudaron a madre Gota a cruzar. Sahra los siguió, y unos cuantos nyueng bao la siguieron a ella. Eso hizo que, de repente, un montón de nyueng bao estuviesen concentrados en un mismo lugar. Mi paranoia empezó a agitarse y comencé a entrecerrar los ojos de manera sospechosa.

—Goblin, Un Ojo, venid aquí. Slink, ¿dónde estás? Ven con nosotros. —En cuanto a Slink, si señalaba algo y le decía «¡Mata!», podía contar con que fuese rápido, mortal, y tan moralmente reacio como una lanza.

Tío Doj se percató de que, incluso ahora, yo confiaba en él, pero solamente de manera incompleta. Parecía irritado y divertido al mismo tiempo. Me dijo:

—Aquí no hay nada para nuestra gente, analista. Esto es todo en beneficio de Tobo.

—Eso está bien, eso está bien. No querría que el futuro de la Compañía corriese ni el más mínimo riesgo.

Doj frunció el ceño, decepcionado por mi sarcasmo.

—¿Todavía no me he ganado tu corazón, Soldado de Piedra?

—¿Cómo podrías hacerlo? No dejas de llamarme cosas y ni siquiera te dignas en explicarte.

—Todo se aclarará, me temo.

—Por supuesto. En cuanto alcancemos la Tierra de las Sombras Desconocidas, ¿no es eso? Más te vale esperar que en tu doctrina no haya verdades a medias ni tapaderas descaradas. «Todo el mal sufre allí una muerte infinita». Aún podría ser verdad.

Doj me respondió con una mirada torva, pero no parecía ni enfadado ni calculador.

Yo dije:

—Swan, muéstranos el camino.

CAPÍTULO 81

—Creo que esto es todo lo lejos que puedo llevaros —me dijo Swan. Hablaba lentamente, como si tuviese problemas para ordenar sus pensamientos—. No lo entiendo. Las cosas no paran de alejarse. Sé que estuve más en el interior que esto, sé todas las cosas que hicimos. Sin embargo, cuando trato de recordar algo específico, tengo una gran laguna entre el momento en que llegué a este punto y algún instante de la galopada de vuelta. Cuando no lo intento, no paran de venirme cosas a la mente. Eso sí que lo recuerdo. Quizás Almas haya amañado mi cerebro de alguna manera.

—Esa es la frase que más corta se queda de la historia —murmuró Goblin.

Swan le ignoró, y se quejó:

—En realidad estábamos fuera de la llanura antes de que me diese cuenta de que éramos los únicos que saldríamos de ella.

Yo no estaba seguro de creerme eso, pero ahora no importaba. Gruñí y le propuse:

—¿Qué tal si intentas adivinar? Tu alma recordará lo que no recuerda tu cerebro.

—Antes necesitamos que haya un poco de luz.

—¿Para qué tengo yo hechiceros? —le pregunté a la penumbra—. Desde luego, no para algo útil o práctico, como hacer que se haga la luz. Es que ellos no la necesitan, pueden ver en la oscuridad.

Goblin murmuró algo no demasiado halagador acerca de las mujeres que se permiten el lujo del sarcasmo. Le dijo a Swan:

—Siéntate y déjame mirarte la cabeza.

—¡Déjame a mí! —exclamó Tobo, entusiasmado, al mismo tiempo—. Deja que intente hacer la luz. Esto sí que puedo hacerlo. —No esperó a que se le diera permiso. De sus elevadas manos empezaron a salir, rápidos y entusiastas, filamentos de luz color limón y plata. La oscuridad que nos rodeaba se retiraba, pensé yo, reacio.

—¡Hala! —dije—. Mira qué bien lo hace.

—Tiene la fuerza y el entusiasmo de la juventud —concedió Un Ojo. Yo miré hacia atrás y vi que aún estaba montado sobre el semental negro, con aspecto engreído, pero obviamente agotado. El cuervo blanco estaba posado enfrente de él, y estudiaba a Tobo con un ojo mientras examinaba lo que nos rodeaba con el otro. Parecía divertido. Entonces, Un Ojo comenzó a reír entre dientes.

Tobo dio un chillido de sorpresa.

—¡Espera! ¡Para! Goblin, ¿qué está pasando?

Los gusanos de luz serpenteaban por sus brazos en dirección a los hombros y no respondían a la insistencia de Tobo por que parasen. Se puso a abofetearse a sí mismo, y Un Ojo y Goblin explotaron a reír.

Mientras tanto, ellos dos habían hecho algo a Swan para aclararle la mente. Él tenía todo el aspecto de haberse acabado de tragar una gran jarra helada de recuerdos

llenos de confianza en sí mismo.

Sahra no le veía ninguna gracia a la situación de Tobo, y les gritó a los hechiceros que hicieran algo. Estaba siendo casi incoherente, lo cual dejaba ver la cantidad de estrés que se infligía a sí misma.

Doj le dijo:

—No corre ningún peligro, Sahra. Solo es que se ha distraído, eso pasa a veces. Es parte del proceso de aprendizaje. —O algo por el estilo le repitió unas cuantas veces hasta que Sahra se calmó y pasó a tener un aspecto desconfiado y avergonzado al mismo tiempo.

Goblin le dijo a Tobo:

—Yo te tomo el relevo hasta que recuperes la concentración. —Y en un momento hubo luz suficiente para ver las paredes de una cámara gigante. A los que se les da bien hacer algo siempre hacen que parezca fácil, y el pequeño hechicero calvo no era una excepción. Le dijo a un Ojo—: Ayuda a Swan a mantener la mente despejada.

Yo pensé que el lugar era un cambio agradable respecto de dormir a la intemperie, y deseé que hubiera combustible que pudiésemos quemar para calentarlo.

—¿Y ahora a dónde? —le pregunté a Swan. Llevaba cierto tiempo arrepintiéndome de no haber pillado a Murgen mientras soñaba para haber obtenido unas indicaciones fiables.

El cuervo blanco graznó y emprendió el vuelo, mientras Un Ojo maldecía porque le había azotado la cara con las alas.

Yo estaba empezando a entender al animal.

—Que alguien observe hacia dónde va. ¿Es que alguno de vosotros, geniales magos, quiere enviar una luz que lo acompañe? —Tobo había recuperado el control de su luz y la estaba haciendo funcionar adecuadamente, pero estaba invirtiendo toda su atención en controlarla. Esperé que la fase en que la confianza superaba al sentido común se le quedase pequeña antes de que causase un gran desastre.

Tío Doj siguió el rastro del cuervo a un ritmo solemne, y yo, que suponía que debía contribuir con algo más que con las decisiones ejecutivas, lo seguí. Una bola de luz verde leprosa que venía de atrás me inundó y se hizo un nido en mi enredado pelo. Me empezó a picar el cuero cabelludo. Sospeché que Un Ojo podría estar burlándose de mi higiene personal, la cual confieso que en ocasiones es víctima de una actitud negligente. O algo así.

—Esto me enseñará a quitarme el maldito casco —gruñí, y me negué a dejar que el hechicero me lanzase su desdentada y engreída sonrisa al no mirar atrás.

De hecho no llevaba un casco de verdad. Dios me libre, con eso sí que habría tenido frío. Llevaba, desde hacía tiempo, un forro de casco de cuero que había impedido que se me congelasen las orejas, o casi. El invierno era una de esas cosas que el equipo de planificación no había previsto.

Me apresuré y adelanté a Doj, quien se quedó estupefacto al ver mi pelo y a continuación sonrió tan ampliamente como no le he visto hacerlo jamás. Por mi parte, yo le lancé una mirada con el ceño fruncido que dejaba entrever mi sed de sangre. Por desgracia, para hacer eso tuve que girarme lo suficiente como para ver a Un Ojo y a Goblin, que de repente estaban intercambiando choques de manos y risas por lo bajo. Incluso Sahra tuvo que darse media vuelta para esconder su risa. Vale, de acuerdo. De modo que, de repente, soy la princesa payasa de la Compañía, ¿no? Pues eso ya lo veríamos. Esos dos iban a...

Me di cuenta de que me habían empujado a aceptar su sistema de pensamiento. En poco tiempo estaría tendiendo trampas para ser el primero.

El cuervo graznó. Estaba posado sobre el frío suelo de piedra y se movía hacia delante y atrás, con una repentina impaciencia. Sus garras hicieron un suave chasquido. Yo me acuclillé, y me situé en una posición en la que casi pude tocarlo antes de que emprendiese de nuevo el vuelo y se adentrara en la oscuridad.

Detrás de nosotros se formó más luz, a medida que la gente y los animales iban pasando y armando el predecible jaleo correspondiente. Cada persona que llegaba tenía que saber lo que estaba pasando.

Si bajaba la cabeza y lo miraba con la mejilla apoyada en el suelo, el cuervo se convertía en silueta.

Le dije a Doj:

—Hay una luz que viene de algún sitio. Este debe de ser el sitio por el que los Tomados se introdujeron en la fortaleza interior. —Me tumbé en el suelo boca abajo. En una de las paredes de piedra, tan oscura que parecía casi imposible de ver incluso con la luz de que disponíamos, había una grieta claramente definida. No pude distinguir nada de lo que había al otro lado.

Doj se agachó y posó su propia mejilla en el suelo.

—Desde luego.

—Necesitamos algo más de luz aquí —pedí—. Y puede que algunas herramientas. Ríos, Runmust, haced que aquella gente se ponga a montar una especie de campamento. Y mirad lo que podéis hacer para mantener alejado el frío. —Eso iba a ser difícil. En la pared exterior había unas cuantas grietas enormes.

Goblin y Un Ojo dejaron de reírse como idiotas y se me acercaron con sus caras de negocios puestas. Tenían a Tobo allí con ellos, y estaban decididos a enseñarle su oficio rápidamente, de manera práctica.

Con más luz fue más fácil ver lo que el pájaro quería que viese, que debía de ser la sima que Atrapa Almas había sellado tras emplear sus malévolos hechizos con los Tomados.

—¿Hay hechizos o bombas trampa aquí? —pregunté.

—La Jovencita es un genio —gruñó Un Ojo. Cuando hablaba, ahora arrastraba

las palabras. Necesitaba urgentemente descansar—. El pájaro ha pasado y no ha salido ardiendo, ¿no? ¿No te sugiere eso algo?

—No hay hechizos —dijo Goblin—. No le hagas caso. Está de mal humor porque él y Gota no han podido disfrutar de su intimidad durante una semana.

—Yo sí que te voy a dar a ti toda la intimidad que vas a necesitar durante un par de eones, enano. Voy a plantar tu viejo culo arrugado...

—¡Basta! Veamos si podemos agrandar un poco el agujero.

Desde el otro lado, el cuervo no paraba de emitir ruidos impacientes. Aunque no se tratase de Murgen operando desde algún rincón perdido en el tiempo, tenía que tener algún tipo de conexión con los Tomados. Yo, desde luego, esperaba que no fuese el Murgen del futuro. Eso implicaría ahora un esfuerzo fracasado por nuestra parte.

Dando gruñidos, caminaba de atrás a delante con fuertes pisotones mientras media docena de hombres expandían el agujero, cada uno de ellos quejándose por la falta de luz. Y yo tampoco contribuí mucho como vela humana. Puede que la cosa que había en mi pelo fuese un comentario voluntario de Goblin y Un Ojo sobre mi brillantez, aunque dudaba que, después de solo doscientos años, pudiesen aún desarrollar tanta inteligencia y sutileza.

Una multitud que aumentaba por momentos empezó a reunirse a mis espaldas.

—Ríos —gruñí—, te dije que hicieras que esta gente se pusiese manos a la obra con algo útil. Tobo, sal de ahí. ¿Quieres que te caiga una roca en la cabeza?

Una voz que venía de detrás de mí ofreció:

—Tienes que alumbrarlo más para ver si necesitas apuntalarlo.

Me di la vuelta.

—¿Slink?

—En mi familia había mineros.

—Entonces eres lo más parecido a un experto que tenemos.

Un Ojo le dio un golpe con el dedo a Goblin.

—El enano este de aquí tiene experiencia como zapador. Ayudó a minar los muros de Tember. —Su cara se deformó con una fea sonrisa.

Goblin soltó un chillido, lo cual era un signo inequívoco de que «Tember» era un episodio que no recordaba con demasiado cariño. Yo no recordaba que en los Anales se mencionase a ningún Tember, y la razón me sugería que el acontecimiento al que se hacía referencia debía de haber tenido lugar mucho tiempo antes de que Matasanos se convirtiese en analista, que había sido a una edad muy temprana.

Dos de los predecesores más inmediatos de Matasanos, Miller Ladora y Kanwas Scar, habían sido tan laxos en sus deberes que se sabe muy poco sobre su época (aparte de lo que sus sucesores han reconstruido partiendo de la tradición oral y los recuerdos de los supervivientes). Fue durante esa época que Matasanos, Otto y Hagop

se unieron a la banda. El mismo Matasanos ha relatado muy pocas cosas sobre aquellos días.

—¿Me encargo yo, entonces, ya que no debería invertir una fe ilimitada en los conocimientos de ingeniería de Goblin?

Un Ojo graznó como un cuervo.

—Como ingeniero, nuestro inconexo colega me parece un leñador maravilloso. Dondequiera que va, las cosas se caen.

Goblin gruñó como un mastín que estuviese lanzando una advertencia.

—Mira, este escuchimizado genio insignificante, calvo como un huevo duro, le vendió al Viejo la idea de meterse en el pueblucho este de Tember abriendo túneles bajo sus muros, en las profundidades. Como la tierra era blanda, sería fácil. —Un Ojo resoplaba mientras hablaba, apenas capaz de controlar la risa que se le escapaba—. Y tenía razón, vaya si fue fácil. Cuando cavó su túnel, la pared se derrumbó, y el resto de nosotros atacamos a través del hueco y les dimos lo suyo a esos temberinos.

Goblin gruñó:

—Y aproximadamente cinco días después, alguien se acordó de los mineros.

—Hubo alguien que tuvo la suerte increíble de tener un amigo tan bueno como yo para desenterrarle. El Viejo solo quería construir una lápida.

Goblin gruñó un poco más:

—Pero no así. Y la verdad es que el túnel nunca se habría derrumbado si este cacho de mierda perruna con patas demasiado madura no hubiera estado jugando a uno de sus estúpidos juegos. ¿Sabes? Casi lo olvido. Nunca te la devolví. No deberías haber sacado el tema, uva pasa humana. ¡Maldita sea! Por poco vas y te me mueres antes de que tenga la oportunidad de hacer que pagues por ello. Sabía que no te traías nada bueno entre manos. Tuviste ese derrame a propósito, ¿verdad?

—Pues claro que sí, lerdo. A cada oportunidad que tengo, intento morirme para que ya no puedas darme ninguna puñalada por la espalda. ¿Quieres que sea así? ¿Te salvé el culo y quieres que sea así? No hay ningún tonto como un viejo tonto. Pues venga, adelante, ranita calva pelotillera. Puede que me haya vuelto un paso más lento los últimos años, pero aún soy tres pasos más rápido y tengo diez linternas más de luces que cualquier blanquito...

—¡Chicos! —espeté yo—. ¡Niños! Tenemos trabajo que hacer. —Deben de haber vuelto a la Compañía loca cuando eran jóvenes y tenían la energía suficiente para estar así todo el tiempo—. Por lo que respecta a este momento, todas las pizarras están limpias de todo lo que sucediera antes de que yo naciese. Dedaos a abrirme un agujero para que pueda ver lo que tenemos que hacer a continuación.

Los dos hechiceros no dejaron de gruñir y murmurar, ni tampoco de amenazarse ni tratar de sabotearse el uno al otro a su manera, pero sí que dedicaron su afamada reputación al esfuerzo de abrir el hueco.

CAPÍTULO 82

En cuanto la apertura se había ensanchado lo suficiente como para poder usarla, se produjo un breve debate sobre quién debería hacerlo primero. El consenso fue universal: «Yo no». Sin embargo, cuando yo me agaché para adentrarme en las sombras, esperando poder echar un vistazo a lo que podría devorarme unos pocos segundos antes de que sus mandíbulas se cerraran de golpe, unos cuantos caballeros se volvieron nobles y cortesés. Sospecho que era significativo que dos de ellos, Swan y Suvrin, no fuesen hermanos de la Compañía.

Goblin gruñó:

—De acuerdo, de acuerdo. Ahora estáis haciéndonos quedar mal. Apartaos todos de mi camino. —Y arremetió con todas sus fuerzas.

Él no necesitaba agacharse.

Sí que lo hizo un poco, ligeramente, mientras yo le seguía.

Yo no necesitaba que nadie fuese noble o cortés como para pasar antes de mí.

—No existe ningún dios aparte de Dios —murmuré—. Sus obras son vastas y misteriosas. —Me había adentrado cinco pasos y me acababa de tropezar con Goblin, que también se había parado con la mirada fija—. Supongo que ese es el demonio golem Shivetya.

—O su feo hermano pequeño.

Murgen no me había mantenido al corriente del estado del golem. Según el último informe, solo había sido un único temblor de tierra sin caer a un abismo sin fondo, aún fijo a un enorme trono de madera mediante un gran número de dagas de plata. Yo observé:

—Parece que la llanura ha estado cicatrizando aquí también —continué mi camino.

Aún había un abismo vertiginoso. Tuve que cerrar los ojos momentáneamente mientras recuperaba el equilibrio. Shivetya continuaba suspendido sobre él, pero estaba claro que el hueco era más estrecho de lo que Murgen había descrito. Al cerrarse, la superficie había empujado el trono de madera hacia arriba un poquito, así que Shivetya ya no se encontraba en peligro de precipitarse al vacío. Daba la impresión que unas cuantas décadas lo verían allí tumbado con la nariz encajada en la piedra cicatrizada y el trono volcado aún sobre él.

Sauce Swan se autoinvitó a unirse a mí y me dijo:

—Esa cosa no se ha movido desde la última vez.

—Y eso que no podías recordar nada —rebatí yo.

—Sea lo que sea que me han hecho esos dos truños, parece que está surtiendo efecto. Cuando veo las cosas, las reconozco.

Goblin le dijo a Swan:

—Si consideramos lo que todavía podría ocurrir si Shivetya se pone a dar saltos de nuevo, estarse quieto parece una idea bastante interesante, ¿no te parece?

—¿Podrías estarte quieto durante quince años?

—Él lleva quieto mucho más que eso, Swan —dije yo—. Lleva cientos de años, o incluso miles, atornillado a ese trono. Debe de llevar atornillado desde antes de que los Impostores que huyeron de Rhaydreynak pasaran por aquí de camino a otros mundos y escondiesen los Libros de los Muertos. —Esa observación me valió varias miradas, en particular por parte del maestro Santaraksita. Todavía no había compartido con nadie las historias que había recogido de Murgen—. De lo contrario, los habría pisoteado de lo lindo. Habrían tenido el aspecto del tipo de cosa que él tenía que prevenir desde aquí, creo yo.

—¿Quién lo clavó al trono? —preguntó Goblin.

—No lo sé.

—Podría ser una información útil. Sería conveniente no quitarle el ojo de encima a un tipo capaz de hacer tal cosa.

—Sí, lo sería —concedió Swan, con una risa nerviosa.

—Está escuchando —dije. Me desplacé varios pasos, agachado, a lo largo del borde del abismo. Desde allí podía ver los ojos del demonio, entreabiertos. También podía ver que había tres ojos, en lugar de dos, y que el tercero estaba situado en el centro de su frente entre los otros dos y un poco por encima de ellos. Este detalle no había sido mencionado con anterioridad, a pesar de que era la clase de característica que se puede esperar de un demonio al estilo gunni.

La vista se explicó por sí misma en cuanto el demonio percibió mi escrutinio. El tercer ojo se cerró y desapareció.

Le pregunté a Swan:

—¿Parece ese trono estar sólidamente acuñado?

—Sí. ¿Por qué?

—Me preguntaba si podríamos moverlo sin que nos cayera por el hueco.

—No soy ningún ingeniero, pero a mí me da la impresión de que te costaría mucho trabajo moverlo. Y desde luego que podría caerse. Bastaría con un movimiento tonto y... es un agujero profundo de narices. Pero...

Los curiosos no dejaban de amontonarse detrás de nosotros, y su murmullo estaba empezando a ser irritante. Cada susurro se convertía en un barullo de ecos que hacían que el lugar pareciese más embrujado de lo que estaba.

—Que todo el mundo se calle. No puedo escuchar mis pensamientos. —Debí de haber sonado más desagradable de lo que pretendía, porque la gente cerró el pico y se quedó embobada. Yo pregunté—: ¿Alguien ve algún modo de darle la vuelta a ese chisme y empujarlo para sacarlo de nuevo del hueco?

—¿Y por qué ibas a querer hacer eso? —preguntó Un Ojo—. Deja de empujar,

Suvrin.

—¿Utilizando el equipamiento que tenemos a mano? —preguntó Suvrin.

—Sí. Y tendría que hacerse hoy. Quiero que la mayoría de esta gente vuelva a la carretera sur a primera hora mañana.

—Eso significa utilizar la fuerza bruta. Y ahora mismo. Algunos de nosotros tendrían que pasar al otro lado de la fisura y levantar la parte superior del trono lo suficiente para que la gente y los animales situados a este lado puedan tirar de él hacia arriba, utilizando cuerdas.

Swan dijo:

—Si intentas hacer que se sostenga en la misma posición en que está ahí, la parte de abajo resbalará por el borde. Y cuando eso ocurra, se irá de viaje hacia las entrañas de la tierra.

—¿Y por qué querrías hacer eso? —preguntó de nuevo Un Ojo.

Yo me concentré en la discusión que Suvrin y Swan estaban esparciendo hacia fuera y dejé que continuase durante varios minutos. Después anuncié:

—Suvrin parece ser el único aquí con un punto de vista positivo, así que él está a cargo. Suvrin, escoge a quien quieras y utiliza todos los recursos que necesites. Dame la vuelta a Shivetya. ¿Oyes eso, Guardián Inquebrantable? Caballeros, si tienen alguna idea, siéntanse libres de compartirla con el Sr. Suvrin.

Suvrin dijo:

—Yo no puedo... No... No debería... Supongo que lo primero que deberíamos hacer sería formarnos una sólida idea de con cuánto peso estamos tratando. Y vamos a tener que construir algo para cruzar al otro lado del hueco. Sr. Swan, encárguese usted de eso. Sr. Tobo, parece ser que es usted habilidoso con las matemáticas, por lo tanto supongo que usted me ayudará a calcular con cuánta masa estamos tratando aquí.

Tobo sonrió de oreja a oreja y se dirigió al trono, sin que el demonio le intimidase en absoluto.

—Una objeción —dije yo—: necesito a Swan conmigo. Él ya ha estado aquí antes. Runmust, tú e Iqbal pensaréis en un modo de cruzar. Sauce, ven conmigo.

Cuando estuvimos lo suficientemente lejos como para que los otros no nos escuchasen, Swan me preguntó:

—¿Qué está pasando?

—No quise recordarle a nadie que la Compañía ya llegó hasta este punto antes. Alguien podría recordar el rencor existente hacia el hombre que hizo imposible que nuestros predecesores avanzasen más.

—Ah, gracias, digo yo. —Eché un vistazo al montón de nyueng bao. Madre Gota continuaba nutriendo su rencor. Ella tenía a un hijo en algún sitio debajo de aquella piedra.

—Igual es que yo tengo una perspectiva extraña. Yo creo que todos nosotros deberíamos asumir la responsabilidad de nuestras acciones, pero no estoy seguro de que vayamos a entender nunca por qué hacemos determinadas cosas. ¿Sabes tú por qué liberaste a Atrapa Almas? Apostaría a que ya has intentado averiguarlo por ti mismo un par de veces.

—Y ganarías. Excepto que no serían un par de veces, sino un par de años. Y sigo sin poder explicar por qué lo hice. Ella causó algún efecto en mí de algún modo, solo con sus ojos. Y a lo largo de toda la llanura. Seguramente estaba manipulando los sentimientos que yo tenía hacia su hermana. Cuando llegó el momento, parecía lo correcto. Nunca tuve ni una sola duda hasta que todo se hubo terminado y estábamos escapando.

—Y ella cumplió con su palabra.

Me comprendió.

—Ella me dio todo lo que me habían prometido sus ojos. Todo lo que nunca pude obtener de la hermana que realmente deseaba. Aunque a veces fracase, Atrapa Almas siempre cumple su palabra.

—En ocasiones conseguimos lo que queremos y descubrimos que no era lo que necesitábamos.

—Ya ves. Es la historia de mi vida, Dormilón.

—Hubo alrededor de cincuenta personas que vinieron a la llanura. Dos de vosotros os escapasteis. Trece murieron en el intento en la carretera. El resto aún siguen por aquí fuera, en algún sitio, y tú ayudaste a colocarlos donde están ahora. Así que voy a necesitar que me lo muestres. ¿Sigues con la memoria en blanco o has empezado a recordar?

—Oh, Oh, no, esos hechizos han funcionado. Me está volviendo todo, pero no necesariamente organizado del mismo modo en que ocurrió. Así que sé paciente conmigo cuando parezca un poco confuso.

—Lo entiendo. —Mientras hablábamos, yo tenía un ojo puesto en los otros. Sahra parecía estar sometiéndose a sí misma a un montón de estrés innecesario. Doj parecía ferozmente dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad, si esta se le presentaba. Gota estaba quejándose a Un Ojo sobre algo mientras que miraba de manera lúgubre en dirección a Swan. Goblin estaba intentado montar el proyector de neblina en medio de la multitud que le empujaba.

—Parece haber más luz de la que informaba Murgén —observé yo.

—Muchísima más. Y también hace más calor. Si se me permitiese adivinar el por qué, diría que tiene algo que ver con el proceso de cicatrización que está teniendo lugar.

A mí me sobraba toda la ropa, ahora que estábamos dentro. No hacía calor, pero sí más que en la llanura, ahí fuera, y además tampoco había viento que te cortase la

cara.

—¿Dónde están los Tomados?

—Allí había una escalera. Debemos de habernos adentrado más de un kilómetro y medio en la tierra.

—¿Trajiste aquí abajo a veinticinco personas inconscientes y regresaste a tiempo para escapar de las sombras nocturnas? ¿Sin morir en el intento?

—Almas lo hizo casi todo, con un hechizo suyo que hace a las cosas flotar por los aires. Atamos a la gente juntos y tiramos de ellos como si fuesen una ristra de salchichas. De hecho, ella fue la que dio el tirón, más o menos, al principio. Como la escalera tiene varios giros, tuvimos algunos problemas para girar las esquinas con ellos, aunque muchos menos problemas que si los hubiésemos llevado uno a uno.

Asentí. Tenía conocimiento de otras circunstancias en las que Almas había utilizado el mismo tipo de brujería. Parecía que era algo bastante práctico. Nosotros podríamos usarlo aquí mismo, ahora mismo, para tirar de mi futuro colega Shivetya.

Qué curioso. Una vez, Murgen dijo que ese nombre significaba «Inmortal», aunque recientemente alguien me había facilitado el significado de «Guardián Inquebrantable». Sin embargo, también se me había facilitado un nuevo conjunto de mitos de creación, y todo lo demás.

En ese mismo instante resistí la tentación de salir corriendo y precipitarme por el hueco de la escalera. Regresé hacia el grupo, apresuradamente, para hablarlo con los otros. La mayor parte de ellos estaban ocupados intentando volcar el trono de Shivetya simplemente hablando de ellos. Suvrin me dijo:

—Es una manera de mantener el calor. —Y una manera de deshacerse de la tensión, sin duda. Escuché montones de gruñidos tradicionales, al estilo de la vieja escuela, que cuestionaban la inteligencia de cualquier líder que quisiese ponerse a jugar con algo del estilo de ese enorme y horrible chisme de allí, el que había sentado sobre el trono.

Reuní a todos los que estaban interesados y les dije:

—Swan conoce el camino que baja a las cavernas. Su memoria sigue mejorando a cada instante. —Goblin y Un Ojo se congratularon. No les había dado ninguna oportunidad de congratularse en público previamente—. Voy a bajar a explorar, y quiero que el resto de vosotros montéis el campamento. Quiero que trabajéis específicamente en cómo nos dividiremos mañana para que la mayoría pueda cruzar la llanura hacia la zona segura. —Habíamos discutido sobre esto una y otra vez: cómo dividir el grupo dejando el menor número posible de gente con el mayor número de provisiones para sacar a los Tomados mientras el resto seguían avanzando hacia lo que esperábamos que fuese un clima más agradable.

La postura de Doj, que era de una racionalidad perfecta, era que deberíamos ignorar a los Tomados hasta que hubiésemos cruzado la llanura, nos hubiésemos

asentado en la Tierra de las Sombras Desconocidas y fuésemos capaces de organizar una expedición preparada a conciencia y que contase con más provisiones. Pero ninguno de nosotros sabía a qué iba a enfrentarse al final de este viaje, y había demasiados que éramos emocionalmente incapaces de separarnos de nuestros hermanos de nuevo ahora que estábamos así de cerca.

Debería haberle sacado más información a Murgén cuando aún tenía cierta flexibilidad. El tiempo estaba reduciendo nuestras opciones rápidamente.

La respuesta de Sahra a la insistencia de tío acerca de su sugerencia era calentarse lo suficiente como para derretir plomo. Puede que se mostrase reacia a recuperar a su marido, pero no iba a retrasar ninguna crisis.

Swan se me acercó y me susurró:

—Si te quedas aquí parado esperando a que toda esta gente se ponga de acuerdo en algo, vamos a envejecer y a morirnos de hambre antes de sacar algo en claro.

El tipo tenía su parte de razón. Su gran parte de razón.

CAPÍTULO 83

Para cuando alcanzamos la escalera, yo ya había tenido mi ración de paseo diario, y fue entonces cuando comencé a apreciar lo vasto que era el corazón de esa fortaleza. Mi división se fue reduciendo en la distancia.

—Esto debe de estar a más de un kilómetro y medio —observé.

—Casi casi. Está a unos cuantos metros de profundidad, según Atrapa Almas. No sé por qué. Ojalá tuviésemos una antorcha. La última vez que estuve aquí, cuando no había tanto polvo, vi series de dibujos en el suelo, pero ella no me permitió malgastar el tiempo mirándolas.

Había un montón de polvo, mientras que fuera no había nada de nada. La llanura no toleraba ningún cuerpo extraño excepto los invasores, evidentemente. Incluso aquí, aún teníamos que descubrir signos de los animales o el equipamiento que había acompañado a los Tomados al sur.

—¿Cuánto queda?

—Ya casi estamos. Ten cuidado con el bajón.

—¿El bajón?

—El escalón. Solo mide unos cuarenta y cinco centímetros, pero si te pilla por sorpresa puedes romperte una pierna. La última vez yo me torcí el tobillo.

Encontramos el bajón. En cuanto lo bajé, me detuve para mirar atrás. Se estaban invirtiendo toda clase de genialidades para cumplir los encargos que yo había asignado. Más cerca de mí, Sahra, la radisha, y unos cuantos más a los que no había encargado nada en especial habían decidido seguirme.

—Tienes razón —dije—. Sí que parece que hay una especie de incrustaciones. Si tenemos tiempo, quizá podamos echarles un vistazo más de cerca. —Contemplé el borde de la piedra—. Esto se curva, y está pulido.

—Esta parte del suelo es un círculo, y es, casi exactamente, una dieciochoava parte del diámetro de la llanura. Según Atrapa Almas, claro. La parte elevada donde se solía situar el trono del demonio es, a su vez, un dieciochoavo de esto.

—Seguramente eso tiene que querer decir algo. ¿Tiene algo que ver con los Tomados?

—Que yo sepa, no.

—Entonces nos preocuparemos de ello después.

—Las escaleras empiezan justo aquí.

Y sí que empezaban, justo al lado de la pared. La grieta del suelo se había extendido hasta allí y el derrumbamiento parcial de la pared había rellenado el hueco en ese punto. Además, el material de la pared se había vuelto a incorporar a medida que la fisura se había cicatrizado a sí misma.

Las escaleras, simplemente, empezaban allí. Había un agujero rectangular en el

suelo y los escalones iban bajando, más o menos paralelos a la pared, alejados de la grieta del suelo, que había cicatrizado casi al completo. No había pasamanos.

Veinte escalones más abajo, llegamos a un rellano de casi dos metros y medio de ancho y largo. Los escalones que descendían empezaban a nuestra derecha, y este tramo parecía bajar hasta el infinito. Una débil luz lo iluminaba, una luz que tan solo te permitía vislumbrar dónde posabas los pies.

Sahra y la radisha nos habían alcanzado y estaban tan próximas que podía oírlas hablar, pero no era capaz de distinguir palabras específicas. Ambas sonaban atemorizadas por el futuro inmediato.

Yo compartía ese sentimiento. Estaba nervioso por alcanzar la ambición de mi propia vida, aunque fuese un poco.

—¿Quieres pasar primero? —preguntó Swan, y yo pensé que le faltaba un entusiasmo considerable.

—¿Hay bombas trampa o algo así?

—No. Seguramente ella quería dejarlas por si alguien pasaba por aquí algún día, por mera diversión, pero no disponía de suficiente tiempo. Malgastó tanto tiempo siempre, que nunca creí que fuésemos a escapar. Estoy seguro de que no lo habríamos conseguido si ella no hubiese sido quien era. Lanzó hechizos que ahuyentaron a las sombras. Ya había estado aquí antes y tenía práctica.

—¡Eso es!

—¿Qué?

—Nada. Solo me estaba acordando de algo. —Qué estúpido. Todos esos años preguntándome cómo Swan y Atrapa Almas habían encontrado tiempo para enterrar a los Tomados sin que los devorasen las sombras, y había pasado por alto lo obvio, el hecho de que Atrapa Almas era una hechicera de primera y ya tenía cierta experiencia manipulando sombras. Uno puede dejar de ver, de manera escandalosa, lo obvio, si no se ha dado cuenta de que no ha abierto todas las puertas de su mente.

Perdóname, oh, Dios de las Horas. Sé piadoso. Sé compasivo. Cerraré las fronteras de mi alma en cuanto mis hermanos sean libres.

A estas alturas, Swan ya no tenía ningún incentivo para conducirme al peligro, así que comencé a bajar las escaleras.

Los arquitectos, ingenieros y picapedreros responsables no estaban decididos a alcanzar una perfección geométrica. A pesar de que este tramo de las escaleras continuaba hacia abajo en una dirección general específica, tendía a serpentear de un lado a otro. Los escalones tampoco tenían una altura uniforme, aunque los constructores sí que se habían preocupado de pensar en colocar rellanos a cada poco recorrido. A mí me daba la impresión de que en cuanto empezase a subir las escaleras de nuevo, aquellos rellanos parecerían estar a kilómetros de distancia.

—Si tenemos que bajar aquí a Un Ojo, vamos a tener que volver a subirlo. De lo

contrario, no sobreviviría.

—Entonces igual quieres organizar lo que vamos a hacer antes de que bajemos.

—No puedo decidir lo que se hará antes de ver con qué estoy tratando.

—Pues llama al genio de la botella y haz que te lo diga él.

—Él nunca me ha dicho mucho sobre el lugar donde está, al menos desde que está allí. Es como si algo se lo impidiese. He soñado con ello un par de veces, pero no sé cómo de exactos eran mis sueños.

Swan gruñó:

—Yo no quería hacer esta caminata, de verdad.

—¿Tan horrible va a ser?

—Bajar no, pero hacer el recorrido contrario seguramente cambiará tu actitud.

—No lo sé, me estoy empezando a quedar sin respiración solo de ir en esta dirección.

—Pues entonces vete más despacio. Unos pocos minutos no supondrán una gran diferencia. No después de todos estos años.

Tenía razón y no la tenía. Los Tomados no tenían ninguna prisa, pero para nosotros, con nuestros limitados recursos, el tiempo estaba destinado a convertirse en crítico.

Swan continuó:

—Tienes que ir más despacio, Dormilón. De verdad. Dentro de poco la cosa se va a poner espantosa.

Tenía toda la razón del mundo, pero se quedaba dramáticamente corto.

Las escaleras serpenteaban hacia la derecha y se encontraban con la sima causada por los temblores de tierra que se habían producido durante el reinado de los Maestros de las Sombras.

Allí solo había media escalinata, que colgaba de la pared de un acantilado, lo cual dejaba un gran vacío a mi derecha. Y ese vacío estaba demasiado bien iluminado por una luz de color rojizo anaranjado que podría venir de la propia piedra, ya que no parecía existir ningún otro origen obvio, aunque me resultase difícil abrir los ojos lo suficiente para comprobarlo. Espirales espectrales de vapor subían flotando y el aire parecía más templado.

—No nos dirigimos al Infierno mismo, ¿verdad? —pregunté. Algunos vehdna creen que *al-Shiel* es un lugar en el que las almas malignas arden durante toda la eternidad.

Swan lo comprendió.

—No a tu Infierno, pero supongo que para ellos, que están atrapados aquí abajo, sí que lo es.

Me detuve en los restos de lo que había sido un rellano. Los escalones que había por debajo de mí se estrechaban más de medio metro. Si me asomaba un poco podía

ver claramente que las escaleras se habían construido dentro de un calibre mayor, de al menos seis metros de diámetro. El hueco se había llenado con una piedra más oscura. Puede que el calibre tuviese que ser tan grande para que Kina pudiese ser arrastrada hacia abajo.

—¿Puedes imaginarte la clase de proyecto de ingeniería que debe de haber sido esto? —pregunté.

—A la gente a la que le sobran los esclavos no le intimidan los grandes proyectos. ¿Qué ocurre?

—Tengo un problema con las alturas. Esta parte que sigue me va a llevar unas cuantas oraciones y algo de ánimos exteriores. Quiero que tú pases primero y que vayas despacio. Y también quiero que permanezcas donde pueda tocarte. Creo en enfrentarme a mis miedos cara a cara, pero si la cosa se pone fea y me siento como si fuese a congelarme, quiero ser capaz de cerrar los ojos y seguir adelante. —Me quedé atónito de lo tranquila y razonable que sonaba mi voz.

—Lo entiendo. Entonces el problema real es: ¿quién va a mantener los ojos abiertos para mí? ¡Eh! Que no cunda el pánico, Dormilón, ¡era una broma! Puedo hacerlo, de verdad.

No era lo peor a lo que me había enfrentado en mi vida, y en ningún momento dejé de ser racional. Pero fue duro. Incluso cuando Swan me prometió que en la parte abismal existía una barrera protectora invisible y me demostró su presencia, el animal que habitaba dentro de mí quería salir de allí pitando e ir a algún sitio donde el suelo fuese plano y verde, con un cielo encima e incluso unos cuantos árboles.

Swan me aseguró que me estaba perdiendo unas vistas del carajo, especialmente a medida que nos acercamos al extremo más bajo del hueco, donde la luz era más brillante y revelaba neblinas agitadas en la parte de abajo, neblinas que escondían las profundidades del abismo. Mantuve los ojos cerrados hasta que estuvimos de nuevo en una caverna cerrada.

Había empezado a contar los escalones desde arriba para hacerme una idea de lo profundo que íbamos, pero perdí la cuenta mientras fingía ser una mosca en una pared. Estaba demasiado ocupado con el terror. Sin embargo, sí parecía que habíamos avanzado mucho, tanto en horizontal como hacia abajo.

Casi inmediatamente después de que ese pensamiento me pasara por la cabeza, la escalera giró a la izquierda una vez y después otra. La luz de color rojizo anaranjado se desvaneció y la escalera dio un par de giros rápidos más hasta llegar a la oscuridad total, la cual dio pie a que aparecieran nuevas especies de temores. A pesar de todo, no hubo nada que me mordiera ni que viniera a robar mi alma.

A continuación volvió la luz, una luz que crecía tan sutilmente que ni siquiera me di nunca cuenta de que había aparecido. Tenía un toque dorado, pero era terriblemente fría, y en cuanto reparé en ella, supe que estábamos acercándonos a

nuestro destino.

Las escaleras atravesaban de lado a lado una caverna natural, que un día estuvo sellada, pero los temblores de tierra habían derribado las paredes de mampostería responsables. Yo pregunté:

—¿Hemos llegado?

—Casi. Ten cuidado al trepar por las piedras, no son demasiado estables.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Ese sonido.

Nos pusimos a escuchar, y después de un rato, Swan dijo:

—Creo que es el viento. Cuando estuvimos aquí antes a veces había una brisa así.

—¿Viento? ¿A más de un kilómetro y medio bajo tierra?

—No me pidas que lo explique, es lo que es. ¿Quieres pasar primero esta vez?

—Sí.

—Eso es lo que creía.

CAPÍTULO 84

Cavernas doradas en cuyos laterales había ancianos sentados, congelados en el tiempo, inmortales pero incapaces de mover ni una pestaña. Dementes, ellos, algunos cubiertos de telas de araña feéricas de hielo que daban la impresión de que un millar de arañas invernales les hubiesen lanzado sus filamentos de agua helada. Por encima de ellos, y a lo largo del techo de la caverna, crecía un bosque encantado de carámbanos.

Así es como Murgén lo describió tiempo atrás, hace décadas. La descripción era adecuada, excepto por la luz, que no era tan dorada como yo esperaba, y porque las delicadas filigranas de hielo eran más densas y más complejas. No obstante, los ancianos que permanecían allí sentados contra la pared, atrapados en las telas de araña, no eran los dementes de ojos como platos de las visiones de Murgén. Estos estaban o muertos o dormidos, pero no vi ninguno que abriese un ojo ni tampoco vi ni una cara que pudiese reconocer.

—Sauce, ¿quién es esta gente? —El desagradable viento seguía azotando la caverna, que era de más de tres metros y medio de alta y casi también de ancha, con un suelo relativamente plano de lado a lado que se inclinaba con la longitud de la caverna y tenía el aspecto de barro viejo y congelado con piel de fina helada. El agua había recorrido la caverna en alguna época anterior a la llegada del hombre.

—¿Estos? No sé. Estaban aquí cuando bajé.

Me incliné para acercarme, pero tuve cuidado de no tocar nada.

—Estas cuevas son naturales.

—Tienen pinta de serlo.

—Pues entonces llevan aquí todo el tiempo. Estaban aquí antes de que se construyese la llanura.

—Seguramente. Probablemente.

—Y quienquiera que hubiese enterrado a Kina tenía conocimiento de su existencia, igual que los Impostores a los que Rhaydreynak persiguió hasta aquí. ¡Mira! Este de aquí está muerto, desde luego. Ha sufrido un proceso natural de momificación, pero está claro que ya no vive. —El cadáver al que me refería estaba totalmente disecado y había huesos que sobresalían de una rodilla doblada y de un codo destrozado—. ¿Y estos otros? ¿Quién sabe? Puede que si utilizásemos la brujería adecuada se levantasen y se pusiesen a correr por ahí como los crios de Iqbal.

—¿Por qué íbamos a levantarlos? Estamos aquí por los tipos que Atrapa Almas y yo enterramos, ¿no es cierto? Están aquí arriba. —Señaló pendiente arriba, donde la luz era aún menos dorada y se convertía en algo parecido al azul del hielo.

La luz tampoco era brillante, ni de lejos tan brillante como en la visión que yo había experimentado. Puede que fuese más una luz de brujería psíquica que física,

más apropiada para los ojos del caminante de sueños. Reflexioné en voz alta:

—Podrían contarnos algo interesante.

—Yo te contaré algo interesante —murmuró Swan para sí mismo.

Y en un tono de voz normal, dirigido a mí, dijo:

—No lo creo. Al menos no creo que fuese nada que ninguno de nosotros quisiese oír. Almas se tomó las mayores molestias para evitar siquiera tocarlos. Acceder al pasado de los cautivos sin molestarlos fue la labor más complicada que llevamos a cabo.

Me doblé para examinar a otro de los ancianos, que no parecía pertenecer a ninguna raza que yo conociese.

—Deben de venir de uno de los otros mundos.

—Quizá. Donde yo crecí, hay un refrán que dice: «Deja descansar a los perros durmientes». A mí me suena a un consejo exquisitamente apropiado. No sabemos por qué se les puso aquí abajo.

—No tengo intención de liberar a ninguna maldad excepto a la nuestra. Estos hombres no son los mismos que aquellos.

—La última vez había diferentes grupos, y dudo que eso haya cambiado. Me dio la impresión de que se les dejó aquí en momentos diferentes. ¿Ves que alrededor de estos tipos hay mucho menos hielo? Me hace pensar que le lleva años acumularse.

—¡Ay!

—¿Qué?

—Me he golpeado la cabeza contra este chisme, este maldito carámbano.

—*Hmm*. Debo de haberlo pasado por alto...

—Tú hazte el listo, que ya te daré yo lo tuyo, señorito. ¿No da la impresión de que aquí dentro hace más frío del que debería? —No era ni mi imaginación, ni el viento helado.

—Sí, siempre. —Su sonrisa se había esfumado—. Son ellos, creo. Están empezando a darse cuenta de que hay alguien aquí. La sensación de frío nunca para de aumentar, y si le haces caso puedes volverte loco.

Fuese lo que fuese esa sensación, yo sentía que iba aumentando, y la locura se estaba tornando palpable. O al menos eso era lo que parecía.

—¿Cómo es que podemos movernos por aquí? —pregunté—. ¿Por qué no estamos congelados?

—Seguramente acabaríamos así si permaneciésemos aquí el tiempo suficiente para dormirnos. Toda esta gente tenía que estar inconsciente cuando los bajaron aquí.

—¿En serio? —Habíamos subido a la parte donde había menos hielo, pero la helada del suelo aún dejaba ver las huellas que habían dejado Atrapa Almas y Sauce Swan años atrás. Los ancianos de allí eran diferentes. Parecían ser nyueng bao, excepto uno, que en vida había sido alto, delgado, y extremadamente pálido—. ¿Pero

no permanecen dormidos? —Unos cuantos pares de ojos abiertos parecían seguirme con la mirada. Esperaba que fuese mi imaginación, estimulada por el carácter espeluznante de la cueva, porque en realidad nunca llegué a ver ningún movimiento.

Se oyeron pasos.

Di un salto tan alto como un elefante mediano, para después darme cuenta de que debían de ser Sahra y la radisha, y cualquier otro que hubiese optado por no participar en todos los excitantes proyectos que estaban teniendo lugar en el exterior.

—Vete y haz que esa gente no entre aquí y lo estropee todo. Yo me haré una idea de la distribución e intentaré decidir lo que tenemos que hacer.

Swan frunció el ceño, emitió algún gruñido y a continuación bajó cuidadosamente por la estrecha pendiente que conducía a las escaleras. Por el camino no dejó de hablar solo, y la verdad es que no podía reprochárselo. Incluso yo mismo pensaba que nunca le salían bien las cosas.

Di un paso en la dirección que señalaban las antiguas huellas, y mis botas se hundieron en el suelo. Me di un fuerte golpe y bajé resbalando hasta que alcancé a Swan, que hizo una labor bastante creíble al mostrarse divertido tras haberme parado.

—¿Estás bien?

—Me he golpeado el costado y me he hecho daño en la muñeca.

—Debería habértelo dicho. Este suelo puede ponerse bastante resbaladizo cuando hay helada.

—Tienes suerte de que yo no diga palabrotas.

—¿Eh?

—Te olvidaste a propósito. Eres de la misma calaña que Un Ojo o Goblin.

—¿Acabo de oír mi nombre mentado en vano? —La voz de Un Ojo, salpicada de un áspero jadeo que era más propio de un tuberculoso, salió de las sombras donde las escaleras se cruzaban con la caverna.

—Dios es maravilloso, Dios es bueno. Dios es el que todo lo sabe y el que todo perdona. Su plan está oculto pero es justo. —Y que Dios me libre del misterio de su plan, porque lo único que me toca a mí siempre es la miseria de su plan—. ¿Qué demonios hace él aquí? —le pregunté a Swan—. Ya sé, le dejaré atrás. Desde luego, sé que no voy a sacarlo de aquí a costas para que no sufra otro derrame por el esfuerzo. Cuando no esté mirando, dale un golpe en la cabeza. —Me puse a adentrarme en la cueva de nuevo—. Voy a intentarlo una vez más. —En voz baja, continué mi conversación con Dios, como hacía siempre. No se molestó en justificar sus obras. Era mi culpa, por ser mujer.

Por poco me pierdo la transición de los antiguos nyueng bao a los hombres de la Compañía, porque los primeros cuerpos modernos pertenecían a guardaespaldas nyueng bao. Solo me detuve cuando alcancé y reconocí a un guardaespaldas nyueng bao llamado Pham Qang. Me quedé examinándolo un momento.

Retrocedí con cuidado.

Cuando te parabas a buscarla, la línea divisoria era evidente. Mis hermanos y sus aliados tenían muchos menos siglos de acumulación de escarcha sobre ellos, y estaban empezando a desarrollar las delicadas telas de araña que enjaulaban a los otros cuerpos. De hecho parecían increíblemente rápidas, teniendo en cuenta el tiempo que debían de llevar enterrados algunos de los otros. Seguramente Atrapa Almas se hubiera permitido un poco de arte en su visita.

Entre mis hermanos había intercalados unos cuantos cuerpos tan antiguos que estaban cubiertos por multitud de capas. Deduje que se trataba de cuerpos solamente porque las crisálidas se desplomaron justo como los Tomados.

Un pensamiento cruzó mi mente. Después de todo, podría valer la pena tener a Un Ojo al lado. Aquí abajo, Atrapa Almas podría haberse tomado su tiempo para dejar una o dos trampas, como mera travesura.

Los generales nar Isi y Ochiba estaban sentados, apoyados contra la pared de la cueva, enfrente de Pham Quang. Los ojos de Ochiba estaban abiertos y no se movían, sino que parecían mirarme fijamente. Me agaché y me acerqué todo lo que pude sin llegar a tocarle.

Aquellas pupilas marrones estaban húmedas. En su superficie no había ni polvo ni escarcha, lo que quería decir que llevaban abiertas poco tiempo.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, y un sentimiento terrorífico se apoderó de mí. Me sentí como si estuviera caminando entre los muertos. En el lejano norte, desde donde Swan había venido con sus historias de viajeros, algunos religiosos supuestamente se imaginaban el Infierno como un lugar frío. Mi imaginación, desatada por el terror que me despertaba la situación de mis hermanos, no tuvo ningún problema en imaginarse esta cueva como si fuera un barrio periférico del Infierno.

Me incorporé cuidadosamente y me alejé de Ochiba. Ahora, el suelo de la cueva era casi totalmente llano. Mis hermanos no estaban amontonados, y el resto parecían estar esparcidos a lo largo de los siguientes metros, que no eran inmediatamente visibles debido a que la cueva hacía una curva. Entre ellos había unos cuantos hombres crisálida intercalados.

—¡Veo la Lanza! —anuncié, lo cual era maravilloso. Ahora podíamos dividirnos en dos grupos y hacer que ambos mantuviesen su capacidad de acceder a la llanura.

Mi voz se vio sucedida de un eco como si hubiese un coro entero de Dormilones hablando al mismo tiempo. Por ello, Swan y yo intentamos hablar con suavidad. Los ecos no habían pasado de ser susurros fantasmagóricos, pero incluso a ese nivel se habían mostrado increíblemente ocupados.

—Baja la voz —dijo Un Ojo—. ¿Qué estás haciendo, Jovencita? No tienes ni idea de con qué estás tratando. —De algún modo, había adelantado a Swan y avanzaba en

mi dirección. Para haber sido víctima de un derrame y tener doscientos años, estaba demasiado rebosante de vida. Este asunto lo mantenía verdaderamente excitado.

Eso me causó ciertas sospechas, pero no tenía tiempo para razonar qué intenciones podría tener el hombre.

Miré a otro par de ojos, que en esta ocasión pertenecían a un hombre largo y pálido que tenía que ser el hechicero Sombra Larga. Sombra Larga fue prisionero de la Compañía; lo habíamos capturado porque ni Matasanos ni Dama confiaban en nadie más para vigilarlo, y él no podía ser eliminado porque el bienestar de la Puerta de las Sombras, por lo que ellos sabían, dependía enteramente del suyo. E hicieron muy bien en ser desconfiados, porque el mundo habría sido muy diferente, y mucho más terrible, si se hubiese dejado libre al Maestro de las Sombras para que juguetease con cualquier maldad que fuese de su antojo. Las fechorías de Atrapa Almas eran caprichosas y nada centradas, pero la malicia y la locura de Sombra Larga eran profundas y permanentes.

Esa locura era la que me miraba fijamente a través de sus ojos en ese mismo instante. Tomé nota mental de que este individuo en concreto debía quedarse justo donde estaba. Podría haber otros que tuviesen planes para él, pero ellos no estaban al mando. Si podíamos discurrir cómo reforzar la Puerta de las Sombras de nuestro mundo, quizá pudiésemos incluso ejecutarlo.

Seguí avanzando mientras trabajaba en mi callada selección, sin dejar de quedarme perplejo por encontrar tantas caras que no podía reconocer. Había muchos hombres que se habían alistado mientras yo estaba alejado del meollo.

—¡Oh, maldita sea!

—¿Qué? —Un Ojo estaba solo unos pasos detrás de mí y avanzaba rápidamente. Su voz pareció traquetear a medida que el eco la seguía.

—Es Resuello. La inactividad no le vino bien.

Un Ojo gruñó con evidente indiferencia. El viejo Resuello provenía de la misma tribu que Un Ojo, aunque el primero era más de un siglo más joven que el hechicero. Entre ellos nunca había habido ningún tipo de afecto.

—Acabó mejor de lo que se merecía. —Resuello ya era viejo, moribundo, y se estaba consumiendo cuando se unió a la Compañía durante su viaje hacia el sur, hacía décadas. Sin embargo, había seguido sobreviviendo a pesar de sus dolencias y a pesar de todas las ocasiones en las que la Compañía se había visto puesta a prueba.

—Aquí están Candles y Cletus. Ellos también han fallecido. Y también hay un par de nyueng bao y dos shadar que no reconozco. Aquí ha pasado algo. En total hay siete hombres muertos, todos en grupo.

—No te muevas, Jovencita. No toques nada antes de que pueda echar un vistazo. Me quedé quieto. Era hora de reconocerle su experiencia.

CAPÍTULO 85

—¡Aún no los he encontrado! —les espeté a Sahra y a la radisha—. No quiero seguir adelante si Un Ojo no puede asegurarme que no voy a matar a nadie solo por estar aquí. —En contra de todo lo aconsejable, esas dos se habían adelantado todo lo que les había permitido. Podía entender que quisiesen ver a sus maridos, novios y hermanos, pero tenían que tener el suficiente sentido común como para contenerse hasta que supiéramos lo que podíamos y lo que no podíamos hacer para no correr el riesgo de hacer daño a esos mismos maridos, hermanos y novios.

Sahra me lanzó una mirada afilada e herida.

—Lo siento —me disculpé, deshonestamente—. Vamos, tienes que pensar. Ya puedes ver que la inactividad de aquí abajo no funcionó para todo el mundo. Swan, ¿cuánto más de este túnel tenemos que recorrer? —Podía ver ocho cuerpos recostados esparcidos entre mi y la curva, y ninguno de ellos se podía identificar de forma inmediata con el capitán, Dama, Murgen, Thai Dei, Fibroso Mather o Blade—. Con lo que tenemos ahora, aún hay once personas que faltan.

—No me acuerdo —gruñó Swan. Una multitud de ecos se persiguieron entre ellos a lo largo de la caverna, aunque con el timbre elevado de mi voz el resultado había sido aún peor.

—¿Se le está acabando el efecto al hechizo de memoria?

—No creo. Me da más la sensación de que esto es algo que nunca he conocido. Todavía estoy muy confundido sobre lo que pasó aquí abajo.

Uno de nuestros grandes problemas era que ninguno de nosotros sabía realmente cuántos Tomados había. Swan era el mejor testigo porque había viajado con ellos, pero no les había seguido el rastro más que a las personas clave. Murgen nunca había sido de ninguna ayuda porque, por lo visto, después de haberse convertido en uno de los Tomados no había sido capaz de explorar las inmediaciones del lugar en el que estaba confinado.

—Lo primero que tenemos que hacer es despertar a Murgen. Nadie más conocerá todos los nombres y caras que necesitamos. —Parecía probable que algunas de las personas que yo no reconocía simplemente no formasen parte de la Compañía—. Un Ojo, averigua cómo despertar a esta gente. En cuanto encuentre a Murgen, quiero que esté en condiciones de hablar.

—¿Puedo seguir adelante? —Unos cuantos ecos peleonos me recordaron que debía bajar la voz.

Malhumorado, Un Ojo respondió:

—Sí, pero no toques a nadie ni a nada que no reconozcas. Y deja de intentar meterme prisa.

—Pero ¿puedes sacarlos de su inactividad?

—Pues aún no lo sé, ¿no? He estado demasiado ocupado contestando preguntas estúpidas, demonios. Pero si me dejas en paz un rato, igual puedo averiguarlo.

La paciencia se estaba acabando y los modales se estaban desgastando. Suspiré, me froté la frente y las sienes porque me había empezado a doler la cabeza, y escuché el ruido de más personas que bajaban las escaleras.

—Sauce, mira a ver si puedes mantener a esos idiotas alejados hasta que Un Ojo esté preparado. —Miré hacia delante sin ningunas ganas. La caverna no solo giraba a la derecha, sino que se empinaba. El suelo, brillante como el agua, estaba cubierto de escarcha, y el camino se presentaba traicionero.

—¡Graj!

El cuervo blanco estaba por ahí arriba, en algún sitio. Se había estado anunciando repetidamente, y cada vez sonaba más impaciente.

Avancé cuidadosamente. Cuando llegué a la parte del suelo que estaba más empinada, me agaché y limpié la escarcha para facilitar el camino y les dije a Sahra y a la radisha:

—Si es que tenéis que seguirme, más os vale tener más cuidado que yo.

Insistieron en seguirme y lo hicieron con cuidado. Ninguno de nosotros resbaló y se deslizó pendiente abajo.

—Aquí están el Larga y Destellos —dije—, y esa bola tiene toda la pinta de ser Aullador.

De hecho, esa bola era definitivamente ese pequeño lisiado Maestro Hechicero. Había sido uno de los secuaces de Dama en el lejano norte, y después, aquí abajo, había sido nuestro enemigo. Se había convertido en prisionero de guerra junto con su aliado Sombra Larga, y Dama debía de haber previsto alguna utilidad para él, o de lo contrario no lo habría dejado con vida. Sin embargo, mientras yo estuviera al mando no tenía muchas posibilidades de ser liberado. A su manera, estaba aún más loco que Atrapa Almas.

El cuervo me reprendió por tardar tanto.

Aullador estaba despierto. Su fuerza de voluntad era tal que podía mover los ojos, aunque hacer cualquier otra cosa estaba fuera de su alcance. Un solo destello de locura en esos oscuros orbes me bastó para saber que a este tipo en concreto no se le podía permitir regresar al mundo.

—Tened mucho cuidado con este —dije—, u os pillaré igual que Atrapa Almas pilló a Swan. Un Ojo, Aullador está despierto. Puede mover los ojos.

Un Ojo repitió mi advertencia, distraído.

—No os acerquéis demasiado a él.

El cuervo empezó a dar la lata. Su graznido dio a luz una generación de ecos particularmente irritante.

—Ah, radisha, aquí está tu hermano. Y parece estar en bastante buena forma. ¡No,

no le toques! Eso es probablemente lo que contaminó los hechizos de inactividad que protegían a los muertos. Vas a tener que ser paciente, como el resto de nosotros.

Ella emitió un sonido parecido a un grave gruñido.

El helado techo de la cueva que había sobre nosotros empezó a hacer unos sonidos chirriantes que se sumaron a la descarga de ecos.

—Es duro, ya sé que es duro —continué diciendo—, pero ahora mismo la paciencia es la mejor herramienta de que disponemos para sacarlos de aquí de manera segura. —En cuanto estuve seguro de que se contendría, seguí avanzando lentamente. El cuervo blanco graznaba con impaciencia—. Sí que me parece que voy a retorcerle el cuello a esa cosa —pensé en voz alta.

La radisha me recordó:

—Te formarás un mal karma, y en tu próxima vida podrías volver como un cuervo o un loro.

—Una de las maravillas de ser vehdna es que no tienes una vida próxima de la que preocuparte. Y Dios, el Todopoderoso, el Piadoso, no les tiene ningún cariño a los cuervos, excepto para usarlos como plaga contra los pecadores. ¿Sabe alguien si el maestro Santaraksita tenía intención de bajar aquí? —Mis habilidades organizativas se habían esfumado debido a mi propia ansia de llegar a los Tomados. Solo ahora se me ocurría que el conocimiento del estudioso podría ser especialmente útil en estos momentos, si es que podía conectar algo de lo que había en esta cueva con el mito conocido.

No obtuve respuesta.

—Le convocaré si hace falta. Ah, Sahra, aquí está tu queridito ¡Pero no le toques! —Dije aquello demasiado alto, y los ecos se pusieron muy bulliciosos. Unos cuantos carámbanos de hielo se desprendieron del techo y se hicieron añicos contra el suelo con un tintineo casi metálico.

El cuervo habló, con una gran claridad.

—¡Venid aquí!

Y yo, al haberme dado cuenta finalmente, le dije:

—Si tus modales no mejoran marcadamente, puede que no consigas salir de aquí con vida.

El pájaro se movía hacia delante y hacia atrás nerviosamente enfrente de Matasanos y Dama. Atrapa Almas los había dejado acurrucados juntos, en una postura en la que el capitán tenía un brazo alrededor de la cintura de Dama, mientras que ella tomaba su otra mano entre las suyas en su regazo. Algún que otro toque adicional sugería que el retorcido sentido del juego de Atrapa Almas había alcanzado su grado máximo en este trozo de vida estancada.

Si Almas había dejado alguna bomba trampa, este era el lugar en el que estaría.

—Un Ojo, necesito ayuda. —Si existía alguna bomba, se me escapaba.

Los ojos de Dama estaban abiertos, y sobre ellos no había ninguna capa de polvo. Estaba furiosa. Y el cuervo blanco quería hablarme de ellos.

—Paciencia —le aconsejé, muy cerca de perder la paciencia yo mismo—. Swan, Un Ojo, subid aquí. —Swan llegó el primero a pesar de venir de más lejos. Le pregunté—: ¿Recuerdas que ella hiciese algo especial con estos dos? ¿Alguna cosilla rebuscada?

—No. Yo no me preocuparía por eso. Para cuando los había colocado, ya estaba pensando en lo que podría suceder después. Así es ella. Cuando empieza algo, eso se convierte en su mundo y no le cabe ninguna duda al respecto. Sin embargo, cuanto más se acerca su fin, más problemas tiene para conservar la confianza.

—Está bien saber que es humana. —Lo decía con toda la falsedad del mundo—. Un Ojo, rastrea el lugar para ver si hay bombas trampa. Y decídetes, dime si puedes traer de vuelta a esta gente o no, ¡maldita sea! —Mi dolor de cabeza no había mejorado en absoluto, pero, gracias al Dios de la Piedad, tampoco había empeorado nada.

Se desprendió otro carámbano.

—Ya, ya lo sé. Ya te oí la primera vez que me lo pediste. —Y gruñó algo acerca de que ojalá conociese un nuevo modo de apañarme una mejor vida amorosa.

Dejé atrás a Matasanos y Dama, sin quitarles la vista de encima. La caverna seguía adelante, y una luz pálida la iluminaba a duras penas. Ahora ya no tenía nada de dorada, sino que tenía un toque de plata, de gris, de azul helado. De hecho, ahora la roca sedimentaria parecía pasar a cederle el sitio a hielo de verdad.

—Sauce, ¿subió Almas allí cuando estuvisteis aquí vosotros?

Eché un vistazo a donde yo miraba.

—No, pero podría haberlo hecho en una visita anterior.

Alguien había viajado en aquella dirección recientemente, según las dimensiones temporales de la caverna. Aún se podían ver huellas claras en la escarcha, y yo sospechaba que dejaría de disfrutar del viaje en cuanto me pusiese a seguirlas. Pero lo haría. No tenía elección. Había cometido errores suficientes dejando escapar a Narayana y a la Hija de la Noche, y el hecho de que Kina les facilitase, sin duda, un sutil refuerzo, no tenía la suficiente significación. Debería haber estado mejor preparado.

—Un Ojo, dime algo. ¿Puedes resucitar a esta gente o no?

—Si dejaras de gritar durante cinco minutos, seguramente podría averiguarlo.

—Tómate tu tiempo, cielito. Aún nos llevará un rato morirnos de hambre. —El hielo de allí arriba debía de ser al que se refería Swan cuando mencionó que había hielo en la llanura.

—Ya has tenido todo el tiempo que estoy dispuesto a darte para hacer el tonto —le dije a Un Ojo—. ¿Puedes hacerlo? Sí o no. Dímelo ahora mismo.

—Con mi estado de salud, necesito descansar más. —Su habla era lenta y torpe, y había adoptado un ritmo extraño que hacía muy difícil seguirla. Por supuesto, tenía razón. De hecho, todos nosotros necesitábamos descansar. Pero también necesitábamos terminar con nuestra misión y marcharnos de la llanura. El hambre ya era una realidad, y no iba a irse a ninguna parte. Me daba miedo que pudiese convertirse en un acompañante tan íntimo y temido como lo había sido durante el asedio a Jaicur.

Yo ya había decidido que adoptaría la estrategia sugerida por tío Doj. Ahora recuperaríamos solamente a unos pocos, y volveríamos a por los demás más tarde, aunque eso significaba tener que tomar decisiones crueles. Alguien iba a acabar odiándome sin importar lo que hiciese. Si era listo, encontraría algún modo viejo y efectivo, al estilo de Goblin, de extender la culpa a mi alrededor. Los que estaban destinados a esperar no podían odiar a todo el mundo.

Y fin de hacerse ilusiones, Dormilón. Estábamos hablando de seres humanos. Si existe algún modo de ser contrario a algo, no razonable y detestable, los seres humanos lo encontrarán y lo perseguirán. Y lo harán con el brío y el entusiasmo necesarios en el momento menos adecuado.

CAPÍTULO 86

—¿Queda todavía alguien arriba? —pregunté. Me había acomodado para echar un sueñecito cuando me había parecido que el momento era oportuno, y el sueñecito se había convertido en una larga siesta que podría haber pasado a ser permanente si no hubiese tenido tanta gente alrededor para impedir que me alejara demasiado. Mientras estaba inconsciente había soñado, eso lo sabía, pero no recordaba nada de nada. Sin embargo, el olor de Kina permanecía fuerte en mis fosas nasales, así que pude averiguar a dónde había ido.

Un Ojo estaba sentado a mi lado, aparentemente para ayudarme con mis ronquidos. De repente apareció un Goblin preocupado que se puso a comprobar que su mejor amigo no se sumergía demasiado en su sueño. Detrás de mí, madre Gota estaba absorta en un prolongado debate con el cuervo blanco, que, para oyentes desinteresados, debía de haber sido un diálogo ordinario.

Goblin murmuró:

—De ahora en adelante no hagas ningún movimiento brusco, Dormilón. Mira siempre a tu alrededor y asegúrate de que no vas a hacer daño a ninguno de tus amigos.

Oí a Tobo hablar rápidamente en voz baja, con un tono parecido al de un hombre de negocios. No pude discernir lo que decía. En algún otro sitio, tío Doj también le estaba dando a la lengua.

—¿Qué está pasando?

—Hemos empezado a despertarlos. No es tan complicado como temíamos que fuese, pero lleva tiempo y cuidado, y las personas que saquemos no nos servirán para nada después de que se despierten, si es que tenías algún plan en este sentido. Un Ojo lo arregló todo antes de caer inconsciente. —El pequeño hechicero sonó más lúgubre de repente.

—¿Inconsciente? ¿Un Ojo ha caído inconsciente? ¿Ha sido solo por el agotamiento? —Esperaba que así fuese.

—No lo sé. No quiero saberlo, al menos aún. Por ahora, solo voy a dejarle descansar profundamente, al borde de la inactividad. O incluso dejaré que se sumerja en ella, si lo veo necesario. En cuanto su cuerpo recupere la fuerza, le reanimaré y veré si ha sido para tanto. —No sonaba nada optimista.

Yo le dije:

—Si tuviéramos que hacerlo, podríamos dejarle aquí, en inactividad, hasta que pudiésemos proporcionarle el tratamiento adecuado. —Lo cual me recordó lo siguiente—: No estás levantando a todo el mundo, ¿verdad? Es imposible que cuidemos y alimentemos a todos. —Evidentemente, los Tomados no podrían cuidar de sí mismos después de haber estado parados durante quince años, en inactividad o

no. Podrían incluso estar tan débiles e inútiles como bebés, y tener que aprenderlo todo de nuevo.

—No, Dormilón. Vamos a despertar a cinco, eso es todo.

—Ya. Muy bien. ¡Oye! ¿A dónde demonios ha ido a parar el estandarte? Estaba justo aquí. Yo soy el portaestandarte, tengo que seguirle la pista...

—Lo había trasladado yo por encima del hueco hacia la escalera, para que alguien que vaya en esa dirección lo suba. ¿Quieres dejar de preocuparte? Esa es la especialidad de Sahra.

—Hablando de Sahra... ¡Tobo! ¿A dónde te crees que vas? —Mientras estaba hablando con Goblin, el muchacho había pasado por nuestro lado a hurtadillas hacia el interior de la cueva.

—Solo iba a mirar lo que había ahí dentro.

—No. Tú te vas a quedar aquí y ayudar a tu tío y a Goblin a cuidar de tu padre, el capitán y el teniente.

Me lanzó una mirada negra de ira. A pesar de todo, aún tenía esos momentos en los que todavía era un chaval. A continuación hizo un puchero que me dibujó una sonrisa en la cara.

Sauce Swan se me acercó por detrás.

—Tengo un problema, Dormilón.

—¿Qué es?

—No encuentro a Fibroso. Fibroso Mather. No lo encuentro por ningún sitio.

Por el rabillo del ojo pude ver que la radisha nos había escuchado. Se incorporó lentamente desde el lugar donde estaba, frente a su hermano, y miró en nuestra dirección. No hizo ni dijo nada, no fuera a ser que eso desvelara cualquier tipo de interés. Que ella y Mather hubieran disfrutado de una relación íntima no era algo sabido por todos.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—¿Pero lo habías bajado aquí?

—Sí, lo había bajado.

Solté un gruñido. Había otra persona cuya ausencia había estado queriendo ignorar hasta que apareciese alguna excusa racional que explicase su desaparición. La cambiaformas Lisa Bowalk, incapaz de deshacerse del atuendo de pantera negra, había subido a la llanura como prisionera, pero ahora no se la encontraba por ningún sitio, ya fuera entre los muertos de arriba o los Tomados de abajo.

Lisa Bowalk había estado poseída por un odio visceral hacia la Compañía, y particularmente hacia Un Ojo, porque era culpa suya que ella hubiese quedado atrapada en el cuerpo felino.

No me quedó otro remedio que preguntar:

—¿Y qué hay de la pantera, Sauce? Tampoco está por ningún sitio.

—¿Qué pantera? Ah, ya me acuerdo. No sé. —Miraba a su alrededor como si pensara que podía encontrar a su viejo amigo Mather escondido detrás de una estalagmita—. Recuerdo que tuvimos que dejarla arriba porque no podíamos hacer pasar su jaula por el primer giro de la escalera. O sea, que si Almas y yo no hubiésemos tenido que ocuparnos de nada más, habría pasado, pero no podíamos apañarnos con ella y también con el resto. Por eso, Almas decidió dejar la jaula arriba para después, y no sé lo que ocurrió cuando ese después llegó. No recuerdo gran cosa de lo que sucedió después de que bajásemos aquí. Quizás Un Ojo debería inyectarme otra dosis de ese hechizo de memoria. —Jugueteó con su pelo y lo rizó con los dedos, como hacían las chicas. A continuación miró pendiente abajo—. Sé que dejé a Fibroso justo allí abajo, un poco por encima de Blade, donde parecía que el suelo podía ser más cómodo.

«Justo allí abajo» era el borde del cúmulo de siete hombres muertos. Tenía que haber alguna conexión.

—Goblin, ¿qué pasa? ¿Vamos a despertar a esta gente o no? —Dije yo, ignorando todo lo que me había dicho antes.

Goblin me contestó con una mueca de desprecio que se convirtió en una de sus enormes sonrisas de sapo.

—Ya he sacado a Murgen.

—Pero yo lo quería aquí abajo, donde pudiera hacerle preguntas.

—Quiero decir que lo he sacado de su inactividad, cabeza de chorlito. Está justo aquí. Ahora estoy trabajando con el capitán y con Dama. Tobo y Doj han estado haciendo pruebas preliminares con Thai Dei y el prahbrindrah, Drah.

Justo según mis expectativas, incluyendo a los últimos dos hombres, por razones políticas. Ninguno de ellos iba a contribuir demasiado a la gloria o supervivencia de la Compañía.

Me desplazé hacia donde se encontraba Murgen roncando. El traqueteo del eco y las telas de araña heladas que se iban derritiendo eran los únicos cambios que pude apreciar. Me acuclillé.

—¿Alguien piensa bajar unas cuantas mantas? —Yo no lo había pensado. Soy lo que se dice desorganizado en lo que se refiere a operaciones en el momento presente. No se me había ocurrido traer ropa de cambio, o mantas, o herramientas. Sin embargo, sí que puedo planear matanzas y caos general bastante bien.

De todos modos, aquí abajo había cámaras de tesoros en algún sitio. Las había visto de pasada en mis sueños. En ellas podría haber algo útil, si es que podíamos encontrarlas.

Mi estómago rugió. Me estaba entrando el hambre, y el ruido de mis tripas me recordó que en poco tiempo nuestra situación se tornaría desesperada.

Murgen abrió los ojos e intentó formar una expresión, una sonrisa para Sahra, pero el esfuerzo fue demasiado para él. Su mirada se posó en mí, y un susurró se abrió paso entre sus labios.

—Los Libros. Vete a por... la Hija... —Sus ojos se cerraron de nuevo.

Era verdad. Los Tomados no iban a levantarse de un salto y ponerse a bailar tarantelas cuando fuesen liberados.

El mensaje de Murgen estaba claro. Los Libros de los Muertos estaban aquí abajo. Teníamos que hacer algo antes de que la Hija de la Noche tuviese otra oportunidad de ponerse a copiarlos, y yo no tenía ninguna duda de que se las apañaría para conseguirlo, a pesar de Atrapa Almas. La muchacha tenía el apoyo de Kina.

—Yo me ocuparé de ello. —Pero no tenía ni la más remota idea de cómo lo conseguiría.

CAPÍTULO 87

El rescate se estaba llevando a cabo sin problemas, como un ariete bien engrasado al que le faltan tan solo algunas piezas menores. Goblin había conducido a Murgen y a Matasanos hacia la superficie a bordo de montacargas improvisados.

Matasanos no había dicho ni una palabra, y tampoco había hecho ningún esfuerzo al respecto, aun estando despierto y consciente. Se me quedó mirando fijamente un buen rato, y yo no tenía ni idea de lo que le estaba pasando por la cabeza. Solamente esperaba que estuviera cuerdo.

Antes de irse, Murgen sí que me apretó suavemente la mano, y yo deseé que fuera su modo de expresar gratitud o de animarme.

No estaba nada contento con su incapacidad de facilitarme información o consejo. No había pensado demasiado en el papel que desempeñaría después de despertar a los Tomados. Simplemente había procedido respondiendo a la asunción, a grandes rasgos, de que me dedicaría a mis Anales. O incluso más, al trabajo de portaestandarte, si Murgen quería volver a ser el analista.

Cada vez bajaba más y más gente por las escaleras, aunque yo había intentado hacer correr la voz para advertir a todo el mundo de que se enfrentaban a una escalada horrible si iban en la otra dirección.

El cuervo blanco continuó maldiciendo y farfullando de manera semicoherente hasta que perdió la voz. Yo estaba preocupado por Dama. Había manejado al espía emplumado bastante bien durante mucho tiempo sin delatarse, incluso cuando intentó darme alguna pista a mí, pero ahora parecía estar perdiendo el control. El control de sí misma. Le aseguré repetidas veces que subiría en cuanto yo tuviese portadores capaces de hacerlo. Doj, Sahra y Gota ya tenían a Thai Dei preparado para viajar, yo mismo les di el visto bueno. Un Ojo le seguiría, y después subiría Dama. En esta ocasión, el prahbrindrah, Drah, sería el último.

Tobo parecía fascinado por su padre, aparentemente porque no podía terminar de creerse que el tipo fuese real, en el sentido de que fuese de carne y hueso. Las circunstancias habían mantenido a sus padres separados casi desde su concepción.

El muchacho se puso a seguir al resto de su familia. Yo le dije:

—Tobo, quédate aquí. Tienes trabajo que hacer. Ya verás a tu padre cuando saquemos a Dama y al príncipe. Hola, Suvrin. ¿Por qué estás aquí abajo?

—Por curiosidad. La curiosidad de sri Santaraksita. Insistió en que tenía que ver las cavernas, me volvió loco recordándome lo documentadas que están en la leyenda religiosa. No podía estar tan cerca de algo de este calibre y no explorarlo en persona.

—Ya veo. —En ese momento reparé en el viejo bibliotecario. Estaba avanzando a lo largo de la fila de ancianos, examinándolos a todos y murmurando para sí mismo. Ocasionalmente daba unos saltitos de emoción. Swan había regresado para evitar que

tocase nada, porque él quería manosear y oler cada trozo de metal y tela añeja. Parecía tener dificultades para entender que aquellos ancianos aún estaban vivos pero eran extremadamente vulnerables.

—Swan, súbelo aquí. —Yo había querido beneficiarme de sus conocimientos de experto en la materia hacía un rato. En voz baja, le dije a Suvrin—: Tú vas a ser el que lo vuelva a subir, si es que no puede hacerlo por sí solo. Y yo estaré justo detrás de ti, animándote a golpes de lanza.

Suvin parecía haber pensado ya en la subida, y tampoco es que estuviese muriéndose de ganas.

—Ese hombre no entiende el concepto de...

Le interrumpí.

—¿Qué hay de Shivetya?

—Está arriba de nuevo y a una distancia segura del hoyo. Pero no puedo decir que pareciese particularmente agradecido.

—¿Ha dicho o hecho algo?

—No. Lo digo por su expresión. Y probablemente haya sido porque una vez lo dejamos caer sobre su nariz. Yo creo que también tendría problemas para estar agradecido por un golpe en la napa.

Cuando se unió a nosotros, Santaraksita resoplaba. Estaba emocionado.

—¡Estamos recorriendo las carreteras reales del mito, Dorabee! ¡He empezado a suplicar a los Señores de la Luz que me permitan vivir el tiempo suficiente para relatar mis aventuras a los bhadralok!

—Que te llamarán mentiroso una y otra vez. *Sri*, sabes que la gente correcta no se implica en las aventuras de verdad. Venga, ahora seguidme todos. Vamos a vivir otra aventura de verdad adentrándonos en la mitología. —Avancé hacia la estrecha pendiente.

No tardé en descubrir que alguien había recorrido el mismo camino antes que yo. Al principio sospeché que Tobo había ido más lejos de lo que yo había pensado, pero después decidí que las imperfecciones que había en la escarcha eran demasiado antiguas, así que concluí que Atrapa Almas debía de haber hecho el camino de vuelta en esta dirección, para ver simplemente lo que nosotros podíamos ver.

De nuevo allí, había pequeñas cuevas laterales que entraban en la caverna principal, y una pocas eran lo suficientemente grandes como para dejar que pasara un cuerpo adulto. Tuvimos que agacharnos, y después arrastrarnos por el suelo. Quienquiera que hubiese ido por allí antes que nosotros, había hecho lo mismo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —me preguntó Swan—. ¿Sabes a dónde estás yendo?

—Claro que lo sé. —Consejo de líder: suena confiado incluso cuando no tengas ni idea. Pero no lo conviertas en una costumbre, o te pillarán.

Yo había pasado por aquí en mis sueños, pero solo de forma pasajera, evidentemente, porque cada pocos metros me tropezaba con algún detalle que no recordaba de aquellas pesadillas. Entonces nos dimos de bruces con algo que era mucho más que un mero detalle.

Como estaba concentrado en intentar descifrar la historia codificada en la escarcha del suelo de la cueva, por poco me parte la cara la suela de una bota. La historia que yo examinaba era la de alguien que se había estado moviendo de manera salvaje, probablemente dominado por el pánico. La escarcha no solo se había apartado, sino que en algunos lugares incluso la piedra estaba dañada o levantada.

—Creo que hemos encontrado a Mather, Sauce. —Era uno de esos extraños momentos en los que descubres lo trivial. Me di cuenta de que Fibroso Mather realmente necesitaba cambiar la suela de sus botas. No me pregunté de manera inmediata cómo la pierna de un hombre podía sobresalir de esa manera, con el dedo gordo apuntando hacia arriba cuando el mismo hombre estaba tumbado sobre su estómago—. Mejor nos quedamos aquí y examinamos bien lo que hay. No creo que el tipo se haya hecho esto a sí mismo.

Swan dijo:

—Voy a por Goblin. No hagas nada hasta que él esté aquí.

—No te preocupes, yo estoy a gusto en mi escondite. Si lo pierdo, me perderé nuestra luna de miel. —Desenvainé mi espada, por si ayudaba en algo, y después me incorporé lentamente hasta que mi coronilla golpeó el techo de la caverna.

Fibroso Mather se había arrastrado por encima de un montículo que había en el suelo y le había ocurrido algo letal antes de que pudiese colocar todo su cuerpo en posición horizontal.

Suvrin descansaba a mi lado. Inexplicablemente, sentí que reparaba dolorosamente en él como presencia masculina. Por suerte, él era aún menos adepto del contacto interpersonal que yo, así que no se dio cuenta de mi reacción nerviosa e incómoda.

Qué raro. Yo no era del tipo que perseguía sus impulsos, eso estaba claro. Lo único que me preguntaba era por qué en ocasiones sufría estos repentinos y aleatorios arrebatos, algunos de los cuales eran muy duros de resistir. El noventa y nueve por ciento de las veces no llegaba a pensar siquiera en la posibilidad de combinarme a mí, a un hombre y a una cama en búsqueda de aventura.

Quizá no habría debido jugar con Swan.

Suvrin dijo:

—Desde luego, eso no tiene muy buena pinta. ¿Qué crees que ha sucedido?

—No voy a adivinarlo siquiera. Voy a limitarme a quedarme aquí sentado y esperar a que se presente el experto.

—¿Puedo mirar? —preguntó Santaraksita.

Suvrin miró atrás y descubrió que el viejo era demasiado ancho para pasar, así que todos nosotros tuvimos que retroceder casi veinte metros para que Santaraksita pudiera adelantarnos uno a uno. Yo le advertí repetidamente que no avanzase más de lo que yo había avanzado.

—No quiero ni pensar en tener que sacarte de aquí a rastras. —A pesar de que podía garantizar que el tipo estaba ahora mucho más flaco de lo que lo estaba cuando yo había trabajado para él—. Y menos aún, porque quieras ir a casa a contárselo todo a los bhadralok.

—Tenías razón en lo que dijiste de ellos, Dorabee. No creerán una palabra de lo que les diga. Y no solo porque sean gente correcta, sino porque Surendranath Santaraksita nunca ha vivido una aventura en su vida. Nunca tuvo la necesidad hasta que esta aventura lo atrapó.

—Los ricos tienen sueños. Los pobres se dejan la vida para hacerlos realidad.

—No dejas de asombrarme, Dorabee. ¿A quién estás citando?

—A V. T. C. Ghosh. Era un acólito de B. B. Mukerjee, uno de los seis discípulos bhompars de Sondhel Ghose *el Janaka*.

El rostro de Santaraksita se iluminó.

—¡Dorabee! Desde luego, eres una maravilla. Algo fuera de lo normal. El alumno empieza a superar al maestro. ¿Cuáles son tus fuentes? No recuerdo haber leído nunca nada acerca de un Ghosh o un Mukerjee de la escuela Janaka.

Me reí por lo bajo como un niño bromista.

—Eso es porque te estaba tomando el pelo. Me lo he inventado, *sri*. —Y eso pareció dejarlo aún más maravillado.

Goblin nos interrumpió.

—Swan dice que has encontrado a un muerto.

—Sí. Desde este extremo parece Fibroso Mather, pero no le he visto la cara. No iba a mover nada de su sitio hasta que nos hiciésemos una buena idea de lo que le hubiese ocurrido. No me gustaría que me ocurriese lo mismo.

Goblin soltó un gruñido.

—Gordito, ¿quieres bajar hacia aquí para que pueda adelantarte? Este túnel se hace cada vez más estrecho, ¿no? Ten cuidado de que no se te atasque el trasero relleno ese que tienes. De todos modos, ¿para qué quieres seguir arrastrándote por aquí de nuevo, Dormilón?

—Porque si sigo este camino lo suficiente, llegaré al lugar en el que los Impostores escondieron los Libros de los Muertos originales.

Goblin me lanzó una mirada extraña, pero me tomó la palabra. Yo charlaba con fantasmas que salían de máquinas de neblina; los pájaros me hablaban a mí; un pájaro parlante me estaba siguiendo en este preciso momento, a cierta distancia. Por el momento, no tenía mucho que decir porque le dolía la garganta, pero sí que se las

arreglaba para escupir alguna que otra maldición siempre que tenía que esquivar los pies de alguien.

—Interesante.

—Eso es lo que yo pensaba.

—Ah, sí. Pero no es brujería. Es una bomba trampa de lo más básico, con resorte. Te apuñala con un alfiler envenenado. Seguramente haya unas veinte más entre este lugar y el lugar a donde quieres ir tú. ¿Qué crees que estaba intentando hacer Mather?

—Si se despertó y se encontró aquí abajo, y no sabía dónde estaba ni lo que le había ocurrido, le puede haber sobrevenido el pánico y puede haberse largado en la dirección equivocada. Apuesto a que es culpa suya que todos esos tipos de allá estén muertos. Seguramente haya intentado despertarlos.

Goblin gruñó una vez más.

—Toma. Está desactivada. Es mejor que vaya hacia delante y vea qué más cosas nos esperan. Pero primero tenemos que sacar a Mather de ahí para que todos vosotros podáis pasar.

—Si tú puedes pasar empujándolo, yo también.

—Sí, claro que puedes. Pero ¿y tu novio y tu papito? Ellos tienen un poco más de grasa en sus cuerpos. —Gruñó y maldijo por lo bajo mientras se peleaba con los restos de Mather que descansaban sobre el montículo del suelo. Me di cuenta, por vez primera, de que en este espacio más estrecho, rebosante de cuerpos, los ecos eran diferentes. Eran casi inexistentes.

CAPÍTULO 88

No creo que el lugar donde los Impostores de la antigüedad habían escondido sus tesoros y reliquias estuviese a kilómetros de donde nosotros estábamos, pero mi cuerpo sí que lo creía antes de llegar allí. Goblin desactivó otra docena de trampas y encontró algunas más que habían caído víctimas del paso del tiempo. El viento subterráneo gimoteaba y gemía a medida que pasaba por nuestro lado, veloz, en los rincones más estrechos. Absorbió todo el calor que tenía dentro de mí, pero no me convenció para que me fuera. Iba a donde quería ir, y tenía el hambre suficiente como para comerme un camello cuando llegase allí.

Había pasado mucho, mucho tiempo desde el desayuno, y yo tenía la lúgubre sensación de que podía pasar aún más tiempo hasta la cena.

—Parece como si estuviéramos en un templo, ¿no es verdad? —preguntó Suvrin. Estaba menos preocupado que el resto de nosotros. A pesar de ser quien había crecido más cerca de aquel lugar, estaba menos familiarizado con las leyendas de la Madre Oscura. Se quedó mirando a los tres atriles y a los enormes libros que sujetaban el tiempo suficiente para girarse hacia mí y susurrar—: Toma. —Me ofreció un poco de pastel desmenuzado de la bolsa que llevaba a la espalda.

—Debes de haberme leído la mente.

—Hablas mucho solo. No me parece que te des cuenta de que lo haces. —No me daba cuenta. Era una mala costumbre que necesitaba eliminar ahora mismo—. Te escuché cuando te estabas arrastrando a través del túnel.

Esa había sido una conversación privada con mi Dios. Un diálogo interno, o al menos eso es lo que había creído yo. El tema de la comida había salido a colación, y aquí la tenía. Así que, después de todo, puede que el Piadoso estuviese haciendo su trabajo.

—Gracias. Goblin, ¿percibes algún truco o trampa por aquí?

De nuevo había ecos, aunque con un timbre diferente. Estábamos dentro de una gran cámara. El suelo y las paredes estaban hechos de hielo que se había formado y pulido por la corriente de agua helada. Supuse que el techo invisible sería igual. El lugar sí que tenía un cierto aire sagrado, aunque se tratase de la santidad de lo oscuro.

—No hay ninguna trampa que pueda percibir. Yo diría que dejarían ese tipo de cosas fuera, ¿no crees? —Sonaba como si quisiese convencerse a sí mismo.

—Me estás pidiendo que defina la psicología de aquellos que alaban a demonios y rakshasas? Los sacerdotes vehdna te darían por seguro que no hay nada tan ruin y maligno como estar por encima de la capacidad de los no creyentes más abominables. —Yo pensaba que lo darían por seguro si es que habían oído hablar de los Estranguladores. Yo no había oído nada desde que me había unido a la Compañía.

Suvin dijo:

—*Sri*, no creo que debas...

El maestro Santaraksita había reconocido los libros antiguos como algo destacable y no pudo resistir la tentación de acercarse para examinarlos más de cerca. Yo estuve de acuerdo con Suvrin.

—¡Maestro! No te abalances...

El ruido sonó parecido al de alguien desgarrando lienzos durante medio segundo, y luego reventó como el chasquido de un látigo. El maestro Santaraksita abandonó el suelo de la capilla profana, doblado por la mitad, y salió volando hacia el resto de nosotros formando un arco que admitía tan solo una ligera relación con la gravedad. Suvrin trató de interceptarlo. Goblin trató de agacharse. Santaraksita rebotó primero contra Suvrin hacia un lado, y después contra mí. Todos terminamos formando una maraña sin aliento de brazos y piernas.

El cuervo blanco encontró algo bastante poco halagador que decir sobre la escena.

—Tú, yo, y una olla de estofado, bicharraco. —Espeté cuando recuperé el aliento. Me enganché de la pierna de Goblin—. Que no había más trampas, ¿no? Que dejarían ese tipo de cosas fuera de las cavernas, ¿eh? ¿Y qué demonios era ese chisme, entonces?

—Era una bomba trampa mágica, mujer. Y un condenado buen ejemplo de su especie, además. Permaneció imposible de detectar hasta que Santaraksita tropezó con ella.

—¿*Sri*? ¿Estás lesionado?

—Solo mi orgullo lo está, Dorabee —resopló—. Solo mi orgullo. Aunque me llevará una semana recuperar el aliento. —Se escabulló de Suvrin y se apoyó sobre sus manos y rodillas. Tenía un color de lo más verde.

—Has disfrutado de una lección gratuita, pues —le dije—. No te abalances sobre algo cuando no sabes sobre qué te estás abalanzando.

—Se podría pensar que a eso llegaría, después de este último año, ¿no?

—Se podría pensar, sí.

—Que nadie pregunte cómo está Júnior —gruñó Suvrin—. Es imposible que se haya hecho daño.

—Sabíamos que estarías bien —le dijo Goblin—, mientras que aterrizase sobre tu cabeza. —El pequeño hechicero avanzó, cojeando. A medida que se aproximaba al lugar desde el que Santaraksita había volado por los aires, aumentaba las precauciones. Extendió un solo dedo dos centímetros y medio cada vez, con lentitud.

Un trozo de tela más pequeño se desgarró. Goblin se giró de golpe con el brazo hacia atrás. Se tambaleó un par de pasos antes de desplomarse sobre sus rodillas, no muy lejos de mí.

—Después de todo este tiempo, por fin reconoce el orden natural de las cosas.

Goblin sacudió su mano como hace la gente cuando se quema los dedos.

—Maldita sea, cómo pica. Ese hechizo sí que es de calidad. Explota de verdad. ¡No hagas eso!

Suvrin había decidido lanzar un trozo de hielo.

En su camino de vuelta, el misil le hizo la raya al pelo de Suvrin. A continuación, golpeó la pared de la caverna y roció al cuervo blanco con fragmentos de hielo, y el pájaro tuvo algo que decir al respecto. Llovieron unos cuantos fragmentos más, y yo empecé a preguntarme si Dama había olvidado que ella en sí misma no era el cuervo blanco y que, de hecho, era solo un pasajero utilizando esos ojos de albino.

Goblin se metió el dedo herido en la boca, se agachó y examinó la cámara durante unos instantes. Yo me agaché también, después de tomarme mi tiempo para evitar que Suvrin y el maestro Santaraksita se causaran algún daño más.

Swan se introdujo en la caverna, arrastrándose y molestando al cuervo, aunque el pájaro no dijo nada. Lo único que hizo fue hacerse a un lado y adoptar una expresión de estar fuera de toda existencia. Swan se acomodó a mi lado.

—Vaya. Da bastante impresión a pesar de ser tan simple.

—Aquellos son los volúmenes originales de los Libros de los Muertos. Supuestamente, son tan viejos como la mismísima Kina.

—Entonces, ¿por qué está todo el mundo sentado sin hacer nada?

—Goblin está intentando averiguar cómo conseguirlos. —Y le conté lo que había pasado.

—Maldición, siempre me pierdo lo mejor. ¡Oye, Júnior! Sube ahí y enséñanos de nuevo tu truco volador.

—Fue el maestro Santaraksita el que se ocupó del vuelo, señor Swan. —Suvrin necesitaba trabajar en su sentido del humor. No poseía una actitud apropiada para la Compañía Negra.

—¿Por qué no lo intentas tú mismo, Sauce? —pregunté yo—. Prueba a lanzarte sobre los libros.

—¿Prometes que me dejarás aterrizar sobre ti?

—No. Pero te lanzaré un beso cuando pases volando.

—Seguramente sería de gran ayuda si os callaseis todos —dijo Goblin, y se incorporó—. Sin embargo, al ser tan deslumbrante y vertiginosamente brillante, ya lo he averiguado de todos modos, a pesar de vuestro alboroto. Podemos acercarnos a los atriles utilizando el pico dorado como clave de acceso. Por eso se disgustó tanto Narayan cuando vio lo que teníamos.

—Tobo sigue teniendo el pico —dije yo, y un minuto después añadí—: No os amontonéis para ir a buscarle, por favor.

—Vayamos todos juntos, y así seremos igual de patéticos —sugirió Goblin—. De eso se trata la Compañía Negra. De compartir los buenos momentos, y también los malos.

—¿Estás intentando estafarme para que piense que este es uno de los buenos momentos? —le pregunté mientras me arrastraba hacia la cueva que había justo detrás de él.

—Hoy nadie quiere matarnos. Nadie lo está intentando. A mí me parece un buen momento.

Tenía parte de razón. Gran parte de razón.

Quizá mi actitud en la Compañía también necesitase atención.

Detrás de mí, Suvrin gruñó algo acerca de empezar a sentirse como un roedor. Miré hacia atrás. Swan había sufrido un ataque de sensatez y había decidido adelantar la retaguardia para asegurarse de que el maestro Santaraksita no se quedaba atrás jugueteando con algo que pudiera modificar la opinión de Goblin de que este era un buen momento.

—¿A dónde ha ido? —reflexioné en voz alta. La gente todavía estaba trabajando en la cueva de los ancianos, preparando a Dama y al prahbrindrah, Drah, para subirlos por las escaleras. Pero Tobo no estaba entre ellos—. No puede haber subido las escaleras corriendo, ¿no? —Tenía la energía de la juventud, pero nadie era tan energético como para ponerse a hacer esa subida de un solo impulso.

Mientras caminaba de un lado a otro dando fuertes pisadas y buscando al chico, Goblin hizo lo obvio e interrogó a los testigos. Recibió respuesta antes de que yo me volviese loco de ira.

—Dormilón, se ha ido.

—Sorpresa, sorpresa... ¿Qué? —Aquello no era todo. El pequeño hechicero parecía disgustado.

—Cuando se marchó, giró a la derecha, Dormilón.

—Giró... oh. —Ahora sí que estaba loco de ira. Loco de una ira explosiva, que me palpitaba en las sienes, una ira verdaderamente salvaje que exigía que alguien pagase por ello—. ¡Ese idiota de crío! ¡Será imbécil! ¡Tonto perdido! ¡Le voy a cortar las piernas! Veamos si podemos alcanzarle.

La derecha hacia donde él había girado descendía. La derecha se adentraba más profundamente en la tierra y en el tiempo, en la desesperación y la oscuridad. La derecha solo podía ser la carretera que conducía al lugar de descanso de la Madre de la Noche.

A medida que me dispuse a salir, con intención de girar a la derecha, recogí el estandarte. El cuervo blanco chilló a modo de aprobación. Goblin adoptó una mueca de desprecio.

—Vas a lamentarlo antes de que descendas cien pasos, Dormilón.

Estuve tentado a abandonar el maldito asunto antes de haber llegado tan lejos. La escalera era demasiado larga para arrastrarse por ella.

CAPÍTULO 89

—Esta escalera no tiene fin —le dije a Goblin. A pesar de la dirección hacia la que nos dirigíamos, íbamos dando unos resoplidos de muerte. Habíamos dejado atrás aperturas hacia otras cuevas que la escalera había perforado, y cada una de ellas parecía haber sido visitada por seres humanos en algún momento del pasado. Descubrimos tanto tesoros como cementerios. Sospechaba que Sri Santaraksita, Baladitya y yo no podríamos vivir el tiempo suficiente como para catalogar todos los misterios que yacían enterrados bajo la llanura. Y para colmo, cada antigüedad desconocida que veía de pasada me llamaba como las sirenas de la leyenda.

Tobo estaba aún por delante de nosotros, sin embargo, y parecía sordo a nuestra llamada. Quizá del mismo modo que nosotros no perdíamos el tiempo en responder a Suvrin y a Santaraksita, que no paraban de llamarnos desde su posición, cada vez más lejana. Yo esperaba devotamente que les diera un arrebató de sensatez y abandonaran la búsqueda.

Goblin no respondió a mis observaciones. No le quedaba aliento para ello.

Le pregunté:

—¿No puedes utilizar algún tipo de hechizo para frenarlo o dejarlo inconsciente? Estoy preocupado. De verdad, no puede estar tan adelante como para no oírnos. ¡Maldita sea! —Me había enredado con el estandarte. Una vez más.

Goblin se limitó a menear la cabeza y siguió avanzando.

—No puede oír. —Resoplidos—. Pero él no lo sabe.

Sobraban las palabras. Vimos que, de hecho, la escalera sí que tenía fin, que era donde la Reina del Engaño se estaba echando la siesta. A aquella reina solo le quedaba una pizca de consciencia para manipular a un muchacho chulo y sabelotodo que poseía cierto talento y que había tomado posesión de un instrumento que podía convertirse en un arma muy desagradable en manos de aquellos que pudieran desarmarla y hacer que su sueño continuara infinitamente.

Después de un rato nos vimos obligados a ir más despacio. La luz artificial se fue apagando hasta debilitarse demasiado como para ofrecer una previsión fiable del camino. Las brisas ocasionales que se levantaban a nuestro paso ya no eran frías, y habían comenzado a transportar cierto olor familiar y repugnante.

Cuando Goblin percibió ese olor, aminoró bastante la marcha y se las vio y se las deseó para recuperar el aliento antes de tener que tragarse aquella fetidez en toda su potencia.

—Hace tiempo que no me enfrento cara a cara a un dios —dijo—. No sé si todavía tengo lo que hay que tener para entrar en una disputa con uno.

—¿Y qué es lo que hay que tener? No me había dado cuenta de que estaba en compañía de alguien con tanta experiencia enfrentándose a dioses.

—Hay que tener juventud. Confianza. Insolencia. Lo que más hay que tener es una gigantesca ración de estupidez y muchísima suerte.

—Entonces, ¿por qué no nos quedamos aquí sentados y dejamos que esas excelentes cualidades ayuden a Tobo a hacerlo? Aunque confieso que su parte de suerte me pone un poco nervioso.

—Suenan tentador, Dormilón. Muy tentador, sinceramente. Necesita que le den esa lección. —Preocupado, y quizás un poco asustado, continuó diciendo—: Pero tiene el pico, y la Compañía le necesita. El es el futuro. Yo y Un Ojo somos el hoy y el ayer. —Se dispuso a emprender la marcha de nuevo, lo cual significó un rápido aumento en la intensidad de mi escaramuza con el estandarte.

—¿Qué quieres decir con que él es el futuro?

—Nadie vive para siempre, Dormilón.

El derroche de velocidad no duró mucho. Nos encontramos con una neblina que aumentaba los peligros de la oscuridad, ya de por sí complicada. La visibilidad se volvió nula y el camino se tornó particularmente traicionero para una persona de poca altura que intenta llevar a rastras un largo palo mientras baja unas escaleras estrechas e impredecibles. El húmedo aire era más pesado que cualquier cosa que yo hubiese experimentado desde la niebla que flotaba sobre la inundación de cadáveres que había rodeado Jaicur durante el asedio.

Se oyó un chillido escalofriante que provenía de la parte de arriba de las escaleras, por detrás de nosotros. Mi mente se llenó de imágenes de horrores que sobrevenían alegremente a Suvrin y al maestro Santaraksita.

El chillido continuaba, y nos alcanzó más rápido de lo que cualquier ser humano podría bajar aquellas escaleras.

—¿Qué demonios es eso? —espetó Goblin.

—No lo... —El grito se detuvo. Al mismo tiempo, yo bajé un escalón y vi que ya no había más por debajo de él. Me tambaleé un momento, traicionado por la oscuridad. La Lanza golpeó la pared por encima de mi cabeza. Supuse que habíamos llegado a otro rellano, hasta que tanteé a mi alrededor con la punta de los pies y con el estandarte y no encontré ningún borde—. ¿Qué tenéis por allí? —pregunté.

—Detrás de mí hay escaleras y una pared a la derecha que se alarga menos de dos metros y después llega a su fin. Todo a ras del suelo.

—Yo tengo una pared a la izquierda que sigue y sigue y un terreno llano. ¡Ay! —Algo se estrelló contra mi espalda. Solo tuve un momento de advertencia: el sonido de unas alas que se agitaban violentamente mientras que un enorme pájaro intentaba detenerse antes de chocar.

El cuervo blanco maldijo al aterrizar en el suelo. Caminó pesadamente un momento y después se puso a trepar por mi cuerpo. Estoy seguro de que aquella habría sido una escena genial, si hubiese habido alguna luz que la revelase.

Logré resistir un poderoso impulso de golpear a la criatura en la oscuridad. Esperé que estuviese aquí para ayudar.

—¡Tobo!

Mi voz se fue rodando en la distancia y después regresó en una serie de ecos, a los que el pesado aire parecía transportar con desprecio.

El muchacho no respondió, pero sí que se movió. O algo se movió. Escuché un susurro a menos de siete metros de distancia.

—Goblin, dime lo que está pasando.

—Nos hemos quedado ciegos debido a un hechizo. Ahí fuera hay luz, y estoy trabajando para que recuperemos la vista. Dame la mano. Permanezcamos juntos.

El cuervo murmuró:

—Hermana, hermana. Camina en línea recta y adopta una expresión valiente. Lograrás atravesar la oscuridad. —Su dicción había mejorado de manera dramática a lo largo del año. Puede que fuese porque estábamos mucho más cerca de la fuerza que lo manipulaba.

Palpé a mi alrededor en busca de Goblin, me agarré fuerte a él, tiré, dejé caer el estandarte, lo recogí y tiré de nuevo.

—De acuerdo. Estoy preparado.

Aquel cuervo sabía de lo que estaba hablando. Después de media docena de pasos llegamos a una caverna de hielo alumbrada. O relativamente alumbrada, en comparación. Una luz tenue de color gris azulado se colaba a través de las paredes translúcidas como si al otro lado de aquellos pocos metros de hielo fuese media tarde. A poco más de veinte metros de distancia, en el centro de la vasta cámara, donde dormía la mujer en su ataúd, había mucha más luz. Tobo estaba entre nosotros y la mujer, mirando hacia atrás, enormemente sorprendido de vernos allí e igualmente desconcertado en lo que concernía al lugar donde se encontraba.

—No te muevas, muchacho —espetó Goblin—. No te atrevas ni a respirar profundamente hasta que yo te diga que puedes hacerlo sin ningún problema.

La forma en el ataúd era un poco borrosa, como si estuviese rodeada de un resplandor trémulo. Sin embargo, a pesar de eso, yo sabía perfectamente que la mujer que yacía allí era la criatura más bonita del mundo. Sabía que la amaba más que a la vida misma y que quería salir corriendo hacia ella y beber apasionadamente de aquellos perfectos labios.

El cuervo blanco me estornudó en el oído.

Desde luego, eso me quitó las ganas.

—¿Dónde hemos visto todo esto antes? —preguntó Goblin, con la voz chorreante de sarcasmo—. Debe de estar horriblemente débil, o de lo contrario sacaría de nuestras mentes algo mejor que una repetición del viejo cuento de hadas de la Bella Durmiente. No hay ningún castillo construido como este en ningún sitio al sur del

mar de los Tormentos.

—¿Un castillo? ¿Qué? ¿Qué castillo? —Ni en tagliano ni en jaicuri había ninguna palabra que designase a la realidad conocida como castillo. Yo sabía que un castillo era una especie de fortaleza solamente por haber pasado tanto tiempo explorando los Anales.

—Parece que estamos en el interior de la torre del homenaje de un castillo abandonado. Hay rosales trepadores por todas partes y toneladas de telarañas. En medio de todo eso hay una rubia preciosa tumbada en un ataúd que suplica que la besen y la devuelvan a la vida. La parte que siempre se ignora, y que nuestra gentil anfitriona ha pasado por alto aquí, es que la zorra de la historia casi seguro era una vampiresa.

—Eso no es lo que yo veo. —Con cuidado, detalle por detalle, describí la cueva de hielo y la mujer que yo veía tumbada sobre un ataúd que había en el centro, y que no era en absoluto rubia. Mientras yo hablaba, Goblin por fin dio con una especie de hechizo sutil que mantuvo a Tobo demasiado confuso para moverse.

Goblin preguntó:

—¿Recuerdas a tu madre, Dormilón?

—Recuerdo vagamente a una mujer que podría haberlo sido. Murió cuando era pequeño. Nadie hablaba de ella. —No era necesario entrar en ese tema. Teníamos trabajo que hacer allí mismo, en ese mismo instante. Esperé que, con mi tono y mi expresión, hubiese captado el mensaje.

—Qué te apuestas a que lo que estás viendo es una visión idealizada de tu madre cargada de un montón de carga sexual seductora.

No discutí con él. Podría ser así. Él conocía los trucos de la oscuridad. Continué avanzando con lentitud para acercarme a Tobo.

—Lo que querría decir que, de cerca y de manera rápida, no tiene una conexión demasiado buena con el exterior. —Dos décadas atrás había quedado claro que Kina no pensaba ni funcionaba bien en tiempo real, y que cuando mejor lo hacía era cuando aplicaba su influencia a lo largo de años más que minutos—. Soy demasiado viejo para caer en las tentaciones de la carne, y tú eres demasiado asexual e indefinido. —Dibujó una sonrisa débil en su rostro—. El muchacho, en cambio, está en la edad. Daría una mano, o las dos, por ver lo que él está viendo. ¡Oh! —Hizo un gesto. Tobo se desplomó como un calcetín mojado—. Coge el martillo y agárralo bien. No te acerques a ella más de lo absolutamente necesario. Arrastra a Tobo de vuelta al umbral de la puerta. —Sonaba viejo, vacío, y poseído por una desesperación que no quería compartir.

—¿Qué pasa, Goblin? Cuéntamelo. —Esta era una situación en la que no debíamos guardarnos para nosotros mismos los peligros que pudieran existir.

—Estamos cara a cara con la gran manipuladora que lleva desfigurando nuestras

vidas veinticinco años. Es muy lenta, pero es muchísimo más peligrosa que cualquier cosa a la que nos hayamos enfrentado con anterioridad.

—Eso ya lo sé. —Pero mi modo de reaccionar fue la euforia. Tenía el ánimo por los cielos. Todas las dudas ocultas que había mantenido sumergidas durante tanto tiempo parecían ahora triviales, incluso estúpidas. Esta adorable criatura no era ningún dios. No como mi Dios era Dios. Perdona mi debilidad y mis dudas, oh, Señor de los Huéspedes. La oscuridad está por todas partes, y mora en todos nosotros. Perdóname ahora, cuando la hora de mi muerte me mira fijamente a los ojos.

En compasión, El es como la Tierra.

Cogí a Tobo por el brazo y tiré de él hacia arriba. Lo agarré tan firmemente como al estandarte. No se rompería fácilmente. Desorientado, no ofreció resistencia cuando tiré de él para despertarlo.

Aparté los ojos. Ella era la viva encarnación de la belleza. Mirarla era amarla, y amarla era entregarse por completo a su voluntad, era perderse dentro de ella. Oh, Señor de las Horas, vigíleme y protégeme en presencia de la prole de *al-Shiel*.

—Necesito el hacha, Tobo. —Traté de no pensar en por qué quería esa profana herramienta. A esta distancia, Kina podría ser perfectamente capaz de extraerme eso de la mente.

Moviéndose lentamente, Tobo se sacó el pico de debajo de su camisa y me lo entregó.

—¡Ya lo tengo! —le dije a Goblin.

—¡Entonces en marcha!

En cuanto me dispuse a hacerlo, Suvrin y Santaraksita, que luchaban por recuperar el aliento violentamente, aterrizaron torpemente en medio de la luz. Los dos se quedaron inmóviles mirando fijamente a Kina.

—¡Hostia puta! ¡Es preciosa! —declaró Suvrin, mostrando un ligero sobrecogimiento.

El maestro Santaraksita parecía estar experimentando cierto tipo de confusión mientras la miraba.

Suvrin dio un paso adelante, babeando, y yo le di un golpe en el hueso de la risa con el extremo plano del pico. Eso no solo consiguió atraer su atención, sino que también relajó su exagerado interés en Kina.

—Madre de los Impostores —le dije—. Señora del Engaño. Date la vuelta y saca al muchacho de aquí. Devuélvelo a su madre. *Sri*, no me hagas hacerte daño a ti también.

De la boca de la mujer durmiente salió algo parecido a un hilo de neblina, que se quedó suspendido sobre ella. Por un instante pareció tener forma de hombre, lo que me recordó a los *afrits*, los infelices fantasmas que asesinaban hombres. Millones de demonios así podían estar a la disposición de Kina.

—¡Corred, maldita sea! —exclamó Goblin.

—Corre —me dijo el cuervo.

Yo no corrí, sino que agarré a Santaraksita y comencé a tirar de él.

Goblin estaba hablando solo y decía algo como que deseaba haber tenido la suficiente sensatez para robarle la lanza a Un Ojo, si hubiese sabido que se metería en algo así.

—¡Goblin! —Lancé el estandarte. No era mi intención hacerlo de ese modo, pero el estandarte se quedó quieto, en vertical, y botó un par de veces sobre su base antes de inclinarse hacia delante y caer en las ansiosas manos del hechicero. Una vez lo cogió, se dio media vuelta y las ilusiones que rodeaban a Kina se evaporaron.

CAPÍTULO 90

Si Kina fue humana alguna vez, y si alguna de las formas de la mitología que tratan de su creación de verdad se corresponden con los hechos, había costado mucho trabajo volverla tan enorme y fea.

Ella es la Madre de los Impostores, Dormilón. La Madre de los Impostores. La gran forma espantosa cubierta de pústulas de las que supuraban cráneos infantiles no podía ser más el aspecto de Kina de lo que lo habían sido las bellezas durmientes.

El olor fétido de la muerte rancia se había vuelto poderoso.

Me quedé mirando al cuerpo, que ahora estaba tumbado sobre el suelo helado. Era el oscuro morado negruzco del bailarín de la muerte de mis sueños, pero hacía parecer pequeño a Shivetya. Estaba desnudo. Sus perfectas proporciones femeninas te hacían distraerte de las diez mil cicatrices que estropeaban su piel. No se movía ni un ápice, ni siquiera para respirar.

Otra pluma de vapor salió de una de sus gigantes fosas nasales.

—¡Salid de aquí, joder! —chilló Goblin. Se sacudió hacia la derecha de repente y envió la Lanza de la Pasión a toda velocidad hacia alguna diana que yo no podía ver. La cabeza de la Lanza ardía como si estuviese cubierta de parpadeantes llamas de alcohol.

En mi mente se desgarró un enorme grito que no se oyó. Suvrin y el maestro Santaraksita se quejaban, y Tobo chillaba. El cuervo blanco soltó una absurda retahila de obscenidades, y estoy seguro de que yo también contribuí al coro. Mientras pateaba y pegaba puñetazos a los otros para que se pusieran en marcha, me di cuenta de que tenía la garganta en carne viva.

Goblin se dio la vuelta de nuevo hacia su izquierda y dio una estocada al hilo de neblina que había salido de la fosa nasal de Kina un momento antes.

Una vez más, un fuego azul pálido rodeó la cabeza de la Lanza. Esta vez se elevó más de treinta centímetros por encima del mango antes de apagarse, y esta vez la cabeza de la Lanza dejó ver algunos reflejos de un resplandor de color rubí oscuro a lo largo de sus extremos.

Una nueva voluta de la esencia de Kina salió de su nariz.

Ahora ya no había ni oscuridad ni niebla que ocultaran la entrada. La concentración de Kina estaba en alguna otra parte. Suvrin y Santaraksita ya estaban en las escaleras, malgastando aliento balbuceando sobre lo que habían visto. Yo le di un golpe a Tobo en la cabeza con toda la fuerza que pude reunir.

—¡Sal de aquí!

Cuando abrió la boca para protestar, le golpeé de nuevo. No quería oírlo. No quería oír ni una sola palabra de nada. Ni aunque se tratase de una revelación divina. Cualquier cosa podía esperar.

—¡Goblin! Mueve tu triste culo. Nos vamos de aquí.

La tercera voluta se dejó atravesar por la cabeza de la Lanza, y en esta ocasión el fuego se elevó casi dos metros por encima del mango, aunque no pareció afectar a la madera directamente. En cualquier caso, en esta ocasión la cabeza de la Lanza se calentó tanto, que la madera del mango, en contacto con ella, comenzó a arder.

Goblin se dispuso a volver atrás, pero una nueva voluta salió, se movió más rápido que él, y se interpuso en su camino hacia las escaleras. La embistió con la Lanza unas cuantas veces, pero cada vez que lo hacía fallaba y ella seguía controlando su vía de retirada.

Yo no soy ningún brujo. A pesar de haberme pasado la vida rodeado de hechiceros, brujas, y todo el resto, no tengo ni idea de cómo funcionan sus mentes cuando están ejerciendo su oficio. Por esta razón, nunca tendré claro qué proceso de pensamiento llevó a Goblin a tomar su decisión. Sin embargo, por conocer a este hombre de toda la vida, tengo que concluir que hizo lo que hizo porque pensó que era lo más efectivo que podía hacer.

Al haber fracasado en su intento de pinchar la voluta y al haberse dado cuenta de que había aparecido una segunda que había comenzado a rodearle desde la dirección opuesta, el hombrecillo con cara de rana se limitó a dar un rápido giro, bajar la cabeza de la Lanza y embestir a Kina. Emitió un bramido enorme y con su arma le atravesó la carne de un brazo, y le alcanzó las costillas de la parte de su seno derecho. Y justo antes de que el arma diera en el blanco, una voluta salió volando delante de él en un intento de bloquear la embestida. Cuando perforó aquella carne demoníaca, la cabeza de la Lanza se puso a arder.

La segunda voluta hizo que fuese Goblin el que ardiese.

A grito pelado y diciéndome que saliese de allí, Goblin continuó blandiendo la Lanza y clavándola más profundamente en las carnes de Kina. Puede que todo ello respondiese a una cierta esperanza chalada y salvaje de penetrar su negro corazón.

La llama azul se pegó un banquete con la carne de Goblin. Él soltó la Lanza y se lanzó contra el suelo helado para revolcarse de un lado a otro violentamente mientras se abofeteaba. No sirvió de nada, y comenzó a derretirse como una vela recalentada.

Él gritó y gritó.

En el plano psíquico en que la había percibido hacía unos momentos, Kina también gritaba, y gritaba, y gritaba. Suvrin y Santaraksita gritaban. Tobo gritaba. Yo grité y me tambaleé hacia las escaleras, en retirada, a pesar del impulso de mi parte demente que quería regresar y ayudar a Goblin. Y no podría haber habido mayor locura que esa. La Destructora reinaba en la caverna de su encarcelamiento.

Goblin había propinado un golpe feroz, pero en realidad, su impacto no había sido mayor que el del mordisco de un lobezno en la oreja de un tigre que dormitaba. Eso lo sabía. Y sabía que el lobezno, al que habían pillado, estaba intentando ganar

tiempo para el resto de su manada.

Dije, falto de aliento:

—Tobo, adelántate todo lo rápido que puedas y advierte a los otros. —Él era más joven, más rápido, y podía llegar mucho antes de lo que yo podría.

Él era el futuro.

Yo intentaría impedir que nada subiese por las escaleras tras él.

Por debajo de mí, los gritos continuaron, provenientes de ambas fuentes. Goblin estaba siendo más testarudo de lo que lo había sido nunca con Un Ojo.

Subimos por las escaleras todo lo rápido que el maestro Santaraksita fue capaz. Yo permanecí detrás de los otros dos, dispuesto ya a girarme y hundir el pico profano entre nosotros y cualquier persecución. Estaba convencido que el poder de aquel talismán nos serviría de escudo.

La oscuridad ya no habitaba las escaleras, y había una visibilidad mucho mejor que la que había habido cuando bajamos. Era tan buena, de hecho, que, si no hubiera habido rellanos que rompieran la línea de visión, habríamos podido seguir con la mirada la subida de las escaleras durante más de un kilómetro y medio.

Antes de que cesasen los gritos, yo ya jadeaba e intentaba no sucumbir a los calambres que me entraban en las piernas. Suvrin ya se había desmayado una vez, y había perdido lo poco que contenía su estómago. El maestro Santaraksita en estos momentos parecía el menos fuerte de nosotros, y a pesar de que no se le oía ni una queja, estaba tan pálido que yo temía que su corazón dejase de responderle en poco tiempo.

A medida que luchábamos por no quedarnos sin aliento, yo miraba hacia abajo y escuchaba el terrible silencio.

—Dios es Grandioso. —Jadeo—. No existe ningún dios aparte de Dios. —Jadeo—. En compasión, Él es como la Tierra. —Jadeo—. Él camina con nosotros en todas nuestras horas. —Jadeo—. Oh, Señor de la Creación, reconozco que soy tu hijo.

Al maestro Santaraksita le quedaba suficiente aliento para reprenderme.

—Si no vas al grano, se va a aburrir y buscar otra cosa que hacer, Dorabee.

—¿Qué tal esto? —Jadeo—. ¡Socorro!

—Mejor. Mucho mejor. ¡Suvrin! Levántate.

El cuervo blanco subió volando la escalera y por poco me derriba al aterrizar sobre mi hombro. Además, yo hice el proceso aún más difícil intentando esquivarlo cuando llegaba. Me azotó la cara con el revoloteo de sus alas.

—Sube —dijo—. Despacio, sin que cunda el pánico. Con paso seguro. Yo vigilaré detrás de ti.

Subimos durante cinco o diez días. El hambre me fastidiaba y el terror y la falta de sueño me hacían ver cosas que no eran reales. No miré atrás por miedo a ver algo horrible que se aproximase. Nos movíamos con más y más lentitud a medida que el

esfuerzo devoraba nuestra energía y voluntad, además de nuestra capacidad de recuperación. Subir de un rellano a otro se convirtió en una enorme caminata y un acto de voluntad suprema. Después empezamos a descansar entre un rellano y el siguiente, a pesar de que ni Suvrin ni Santaraksita lo hubiesen sugerido nunca.

El cuervo me dijo:

—Detente y duerme.

Nadie le llevó la contraria. Existe un límite que determina lo lejos y lo a prueba que puede ponerle el terror a uno, y nosotros encontramos el nuestro. Yo caí inconsciente tan rápido que más tarde afirmé haber oído mi primer ronquido antes incluso de golpear la piedra del rellano. Solo fui vagamente consciente de cómo el cuervo se lanzaba de nuevo a la oscuridad, en dirección descendente.

CAPÍTULO 91

—¿Dormilón?

Mi alma quiso pegar un brinco y ponerse a correr de un lado a otro muerta de miedo. Mi carne era incapaz de eso, y probablemente indiferente. Me encontraba tan agarrotado y me dolía todo tanto que no me podía mover.

Pero mi mente aún funcionaba bien, con la rapidez propia de un arroyo de montaña.

—¿Qué? —Proseguí con mis intentos de relajar los músculos.

—Tranquilo, soy Sauce. Abre los ojos, estás a salvo.

—¿Qué estás haciendo aquí, tan abajo?

—¿Tan abajo?

—Eh...

—Estás solo un rellano por debajo de la cueva de los ancianos.

No dejaba de intentar incorporarme. Músculo a músculo, mi cuerpo sucumbió a mi voluntad gradualmente. Miré a mi alrededor con la vista nublada. Suvrin y el maestro Santaraksita aún estaban dormidos.

Swan dijo:

—Está claro que estaban cansados. Os oí roncar desde arriba, desde la cueva.

Me dio una punzada de miedo.

—¿Dónde está Tobo?

—Ha seguido hacia arriba, con los demás. Yo se lo he ordenado. Me he quedado por si... El cuervo me dijo que no bajase, pero un rellano no era nada. ¿Crees que podrás moverte de nuevo? Yo no puedo llevar a nadie a cuevas, de hecho apenas puedo cargar conmigo mismo.

—Puedo apañármelas para hacer un viaje, hasta la cueva. Por ahora, es todo lo lejos que puedo ir.

—¿La cueva?

—Aún tengo algo que hacer allí.

—¿Estás seguro de que quieres desviarte de tu camino?

—Sí, estoy seguro, Sauce. —Podía ver que era una cuestión de vida o muerte para un mundo entero, o quizá para varios mundos. Pero ¿por qué ser melodramático?—. ¿Puedes poner en marcha a estos dos de nuevo y conducirlos hacia arriba? —No creía que el maestro Santaraksita pudiese soportar ver lo que yo tenía intención de hacer a continuación.

—Los pondré en marcha, pero yo me quedo contigo.

—Eso no será necesario.

—Sí, sí que lo será. Apenas puedes tenerte en pie.

—Ya pensaré en algo.

—Tú sigue adelante y habla, eso te evitará los problemas de mandíbula. Pero yo me quedo.

Me quedé mirándolo fijamente durante un tiempo. Él no se echó atrás ni tampoco dejó ver ninguna motivación que no fuese la de preocuparse por un hermano que sospechaba que no estaba cuerdo del todo. Cerré los ojos durante medio minuto y después los abrí para mirar escaleras abajo.

—Dios me estaba escuchando.

Swan estaba encargándose de Suvrin. El oficial de las Tierras de las Sombras tenía los ojos abiertos, pero parecía incapaz de moverse. Murmuraba:

—Debo de estar vivo. De lo contrario no me dolería tanto. —Sus ojos se inundaron de pánico—. ¿Hemos conseguido escapar?

—Sí, nos hemos escapado —dije yo—. Pero nos queda un largo camino por subir.

—Goblin está muerto —dijo Swan—. El cuervo me lo dijo cuando subió a por algo de comer.

—¿Dónde está el bicho ese?

—Ahí abajo, vigilando.

Sentí un escalofrío y me asaltó la paranoia. Entre Dama y Kina había habido una conexión desde que esta y Narayan Singh habían utilizado a la primera como recipiente para albergar a la Hija de la Noche. Eso había creado una conexión, una conexión que Dama había puesto en su lugar de un modo inteligente e implacable para poder robarle el poder a la diosa de manera indefinida.

—Perdóname, oh, Señor. Destierra estos pensamientos paganos de mi corazón.

Swan dijo:

—¿Eh?

—Nada, era solo una parte del diálogo que estamos manteniendo mi Dios y yo. ¡Suvrin! Cariño, ¿estás preparado para dar unos cuantos saltos con palmada en el aire?

Suvrin me dedicó una mirada fulminante, anticuada y borrascosa.

—Dale una bofetada, Swan. En un momento como este, la alegría debería ir en contra de las leyes del cielo y de la tierra.

—Tú también te alegrarás dentro de un momento, cuando averigües que aún estás vivo.

Suvrin soltó un gruñido de esfuerzo y se puso a ayudar a Swan a despertar al maestro Santaraksita.

Una vez en posición vertical, realizó unos pequeños ejercicios para soltarse un poco más.

—Ah, Dorabee —dijo Santaraksita, suavemente—. He sobrevivido a otra aventura contigo.

—Tengo a Dios de mi lado.

—Excelente. Mantenlo ahí. No creo que pueda sobrevivir a otra de tus aventuras sin ayuda divina.

—Vivirás más tiempo que yo, *sri*.

—Quizá. Seguramente, si es que consigo salir de esta y no tiento al destino nunca más. Y tú, tú seguramente te graduarás para hacer la danza de la serpiente con cobras.

—¿*Sri*?

—Ya lo he decidido: no quiero seguir siendo un aventurero, Dorabee. Soy demasiado viejo. Ya es hora de volver a refugiarme en una acogedora biblioteca. Esto duele demasiado para mí. ¡Ay! Muchacho...

Swan sonrió. Él tampoco era mucho más joven que el bibliotecario.

—Pongámonos en marcha, veterano. Si te quedas aquí tumbado, cualquiera que haya sido la aventura que encontraste allí abajo, te alcanzará y te sacudirá de nuevo.

Una posibilidad que supuso una gran motivación para todos nosotros.

Cuando, por fin, nos pusimos en marcha de nuevo, yo adelanté la retaguardia. Swan regañaba a mis acompañantes, y yo agarré el pico dorado, tan fuerte que me dolieron los nudillos.

Goblin estaba muerto.

Eso no parecía posible.

Goblin era uno de los pilares. Un pilar permanente. Un ángulo. Sin su Goblin, no podría haber ninguna Compañía Negra...

Estás loco, Dormilón. La familia no dejará de existir simplemente porque un miembro haya sido inesperadamente eliminado debido a la mala suerte. La vida no se acabaría por la ausencia de Goblin. Lo único que pasaría es que se volvería mucho más difícil. Me daba la impresión de estar oyéndole susurrar «Él es el futuro».

—Dormilón, espabila.

—¿Eh?

—Estamos en la cueva —dijo Swan—. Vosotros dos, seguid subiendo. Nosotros ya os alcanzaremos.

Suvin empezó a formular una pregunta, pero yo sacudí la cabeza y señalé hacia arriba.

—Marchaos. Ahora. Y no miréis atrás. —Esperé hasta ver a Suvin guiar al maestro Santaraksita por encima de las piedras en ruinas hacia las escaleras—. Ya os alcanzaremos.

—¿Qué es eso? —preguntó Swan, y aguzó el oído.

—Yo no oigo nada.

Se encogió de hombros.

—Ya no se oye. Era algo que venía de arriba.

Entramos en la caverna de los ancianos. Lo maravilloso del lugar había sido anulado por el pisoteo de una horda de miembros de la Compañía. Me quedé

asombrado de que se las hubiesen apañado sin dañar a ninguno más de los durmientes. De hecho, casi todas las bellísimas telas de araña y los capullos se habían roto y desplomado, y unas cuantas estalactitas se habían desprendido del techo.

—¿Cómo ha ocurrido esto?

Swan frunció el ceño.

—Ocurrió durante el terremoto.

—¿Terremoto? ¿Qué terremoto?

—No te... Hubo un terremoto terrible. No puedo decirte exactamente cuándo, pero seguramente fue cuando estabas allí abajo. Aquí dentro es difícil definir el tiempo.

—Esa es una gran verdad. ¡Puaj! —Acababa de descubrir por qué el cuervo blanco tenía toda aquella energía. Se había estado dando el banquete con los restos de uno de mis hermanos muertos.

Una cierta parte maligna en mi interior me hizo pensar que yo podía seguir el ejemplo del pájaro, mientras que otra parte se preguntaba lo que ocurriría si Matasanos lo averiguase. Ese tipo estaba obsesionado con que la hermandad de la Compañía se mantuviese sagrada.

—Nunca se sabe lo que se hará hasta que estás en el ruedo frente al toro, ¿verdad?

—¿Qué?

—Un proverbio de donde yo vengo. Quiere decir que, de hecho, enfrentarse a la realidad nunca es lo mismo que prepararse para enfrentarse a ella. Nunca sabes lo que harás hasta que te llega el momento.

Pasé por delante del resto de los Tomados sin sostenerle la mirada a ninguno de los pares de ojos abiertos. Me pregunté si podían oír, y me respondí con unos cuantos argumentos tranquilizadores que me sonaron pobres incluso a mí. Cuando llegó el momento de agacharse y avanzar a rastras, me arrastré. Le dije a Swan:

—Puede que sea bueno que estés aquí, después de todo. Estoy empezando a sufrir pequeños hechizos vertiginosos.

—¿Oyes algo?

Escuché con atención, y esta vez sí que oí algo.

—Suena como alguien cantando. ¿Una marcha militar? Es algo lleno de «yo-ho-hos». ¿Qué demonios puede ser?

—¿Aquí abajo? ¿También tenemos enanos?

—¿Enanos?

—Criaturas míticas. Gente bajita con grandes barbas y mal humor permanente. Viven bajo tierra, como los nagas, y solamente se les da bien la minería y el trabajo del metal. Si es que alguna vez existieron, se extinguieron hace mucho tiempo.

El canto se oía cada vez más alto.

—Vamos a ocuparnos de esto antes de que alguien nos interrumpa.

CAPÍTULO 92

El pesimista que habitaba en mí estaba seguro de que no sería capaz de conseguirlo. El temblor de tierra que Swan había mencionado habría, por lo menos, sellado la cámara de los libros profanos y la habría hecho así inaccesible al resto del mundo. Y si la cámara no estaba sellada, entonces yo me tropezaría con la única bomba trampa que Goblin hubiese pasado por alto. Si Goblin no había pasado por alto ninguna bomba trampa, entonces el pico no sería un escudo protector, sino que sería un mecanismo que activaría la ignición de los mil hechizos secretos que amparaban a los libros.

—Dormilón, ¿sabes que cuando estás preocupado por algo, hablas solo?

—¿Qué?

—Estás arrastrándote por ahí mientras murmuras algo sobre todas las penalidades que van a ocurrir. Si sigues así, vas a convencerme.

Esa ya era la segunda vez. Tenía que empezar a controlarlo, antes no solía hacer algo así.

El lugar en el que estaban escondidos los Libros de los Muertos no había cambiado visiblemente, pero el pesimista que habitaba en mí estaba trabajando duro para encontrar alguna diferencia peligrosa.

Finalmente, Swan me preguntó:

—¿Vas a examinarlo hasta que desfallezcamos de hambre o vas a acabar haciendo algo?

—A mí siempre se me ha dado mejor planear que hacer las cosas, Sauce. —Aspiré un poco de aire congelado, me saqué el pico de la pretina y entoné—: Oh, Señor del Cielo y de la Tierra, haz que esto no tenga que funcionar con ninguna contraseña.

—Estoy justo detrás de ti, jefe —dijo Swan a modo de broma mientras me daba un ligero codazo para impulsarme hacia adelante—. Venga, no seas tímida.

Por supuesto que no. Eso ultrajaría el sacrificio y la memoria de Goblin.

A medida que me acercaba al punto donde el maestro Santaraksita había emprendido el vuelo, me di cuenta de que mi respiración se había transformado en un jadeo rápido y poco profundo. Sostuve el pico enfrente de mí con las dos manos a pesar de las protestas de mis músculos por su peso, y lo apreté tan fuerte que temí que fuese a dejar mis huellas dactilares grabadas en él de forma permanente.

Empecé a sentir un hormigueo en las manos que me subió por los brazos en cuanto me puse a avanzar lentamente. Se me extendió por toda la piel y se me puso la carne de gallina. Dije:

—Más vale que te me agarres, Sauce. —Por si necesitaba echarme hacia atrás—. Por si necesitas estar en contacto con el pico. —El escudo no me rechazaba, al menos

no aún.

Swan posó las manos sobre mis hombros un momento antes de que el hormiguo me llegara al resto de extremidades. Me estremecí, y de repente sentí los escalofríos y los temblores propios de una enfermedad otoñal.

—¡Hala! —exclamó Swan—. Qué sensación más extraña.

—Y cada vez lo será más —le prometí—. Estoy sufriendo uno de esos temblores en los que el frío te llega hasta la médula.

—Oh... sí. Yo también lo estoy empezando a sentir. También noto la sacudida en algunas articulaciones. Venga, encendamos ese fuego y entremos en calor.

¿Sería el fuego suficiente?

Una vez avanzamos otros tres metros, los sufrimientos dejaron de empeorar. El hormiguo externo se desvaneció, y le dije a Swan:

—Creo que ahora ya podemos soltarlo sin problemas.

—Tendrías que haberte visto el pelo. Se puso a bailotear cuando estábamos en mitad de la faena. Solo duró un par de pasos, pero menudo cuadro.

—Seguro que sí. —De todos modos, mi pelo normalmente ya era un cuadro. No le dedicaba, ni de lejos, la atención suficiente, y no me lo había recortado en meses—. ¿Tienes algo para encender el fuego?

—¿No lo tienes tú? ¿No te preparaste para esto? Sabías que teníamos que hacerlo y no has traído...

—De acuerdo, usaremos la mía. Pero no me queda demasiada yesca. No quería gastar la mía si podía utilizar la tuya.

—Muchas gracias. Te estás volviendo tan desagradable como esos dos viejos. —Con gesto disgustado, recordó que uno de los viejos desagradables a los que se refería acababa de finalizar su carrera en la Compañía.

—He aprendido de los mejores. Escucha, he estado pensado en lo siguiente. Incluso aunque superemos todas las trampas, los mismos libros podrían ser peligrosos. Teniendo en cuenta el modo en que operan los cerebros de los hechiceros, seguramente no sea muy inteligente echar un vistazo a las páginas. Una mirada a las escrituras y lo más probable es que te pases el resto de tu vida ahí de pie leyendo en alto, aunque no reconozcas ni una palabra. Recuerdo que una vez leí algo sobre un hechizo que tenía esos efectos.

—¿Y entonces qué hacemos?

—¿Te das cuenta de que los tres libros están abiertos? Vamos a tener que acercarnos a ellos desde abajo y cerrar las tapas de un golpecito para que terminen boca abajo. Incluso entonces sería conveniente que, cuando vayamos a quemarlos, lo hagamos con los ojos cerrados. He leído que algunos manuales de magia negra tienen rakshasas incrustados en las tapas. —Aunque en la biblioteca en la que yo había trabajado no había pasado nunca nada tan excitante.

—Un libro parlante que pueda leerse a sí mismo y contarme su historia. Eso es lo que necesito.

—Creía que Atrapa Almas te había hecho aprender a leer cuando eras el rey de los grises.

—Y lo hizo, pero eso no quiere decir que yo quiera leer, de hecho. Leer es un trabajo condenadamente duro.

—Yo pensaba que gestionar una fábrica de cerveza era un trabajo duro, y eso nunca te ha intimidado. —Por ser más bajo, yo me encargué de acercarme con cuidado a los tres atriles. Lo hice con la máxima precaución. Puede que fuesen unos grandísimos actores, pero pronto estuve convencido de que no me vieron venir.

—Hacer cerveza me gusta. Leer, no.

Entonces él debería haber sido el que preparase la quema de los libros. Yo estaba sufriendo una crisis de conciencia tan problemática como cualquiera de mis crisis de fe. A mí me encantaban los libros. Yo creía en ellos. Como regla personal, no creía en la destrucción de libros porque sus contenidos fuesen susceptibles de estar en desacuerdo con ellos. Sin embargo, estos libros contenían los patrones oscuros y secretos para provocar el fin del mundo. El fin de muchos mundos, en realidad, ya que si el Año de los Cráneos conseguía sacrificar mi mundo, los otros que estuviesen conectados con la llanura reluciente iban a tener que seguirlo.

Esta no era una crisis que necesitase una resolución inmediata. Yo ya había llegado a mis propias conclusiones, y por eso estaba a cuatro patas bajo los atriles mientras recibía abusos verbales de un infiel para el que, ni mi dios, ni la despiadada Destructora de los Impostores, significaban nada. Cerré las tapas de los libros de un golpecito mientras me preguntaba si aún habría alguna manera de que los Hijos de la Noche me alcanzasen.

—Las tapas parecen estar en blanco —dijo Swan.

—Estás mirando la parte de atrás de los libros. Los estoy cerrando para que estén boca abajo, ¿recuerdas?

—Espera un momento. —Estiró un dedo y se tocó levemente la oreja.

—Ecos.

—Me parece que hay alguien ahí fuera.

Escuché más atentamente.

—Se oyen cantos de nuevo. Ojalá no cantasen. No hay nadie en el grupo, aparte de Saha, que pueda llevar una melodía en un cubo sin ponerle una tapa. Ya puedes acercarte. Creo que es seguro.

—¿Solo lo crees?

—Yo sigo vivo.

—No sé si eso es necesariamente una recomendación. Tú eres demasiado agrio y amargo para que te coman los monstruos. Yo, en cambio...

—Tú, en cambio, tienes una suerte tremenda de que mi dios me prohíba revelar que el único bicho que estaría interesado en comerte sería la clase de escarabajo que crece en una dieta de un subproducto del ganado. Ahí mismo me parece que es un buen lugar para encender el fuego.

Swan ya se había colocado a mi lado. Lo que yo había llamado «ahí» era un objeto parecido a un brasero que conservaba unos cuantos restos de carbón. Estaba hecho de latón martillado y tenía un estilo común a la mayoría de las culturas de este extremo del mundo.

—¿Quieres que arranque unas cuantas páginas para yesca?

—No, no quiero que arranques ninguna página. ¿No me estabas escuchando cuando te dije que los libros podrían hacer que quisieras leerlos?

—Sí, te estaba escuchando. Aunque a veces no oigo muy bien.

—Como la mayoría de la raza humana. —Yo estaba preparado. En cuestión de minutos ya había hecho un pequeño fuego. Levanté uno de los libros cuidadosamente y me aseguré de no colocarlo enfrente de Swan ni de mí. Lo abrí ligeramente y lo hundí en las llamas con el lomo hacia arriba. Quemé primero el primer volumen, por si acaso.

Podría surgir algo que me interrumpiese. Yo quería que el primer volumen en ser destruido fuese el que la Hija de la Noche no había visto aún. El primer libro, del que ella había copiado partes varias veces, y el cual podría haber memorizado parcialmente, ese lo quemaría el último.

El primer libro empezó a arder poco a poco, pero no se quemó bien.

Produjo un humo oscuro de un olor muy desagradable que llenó la caverna y nos obligó a Swan y a mí a tumbarnos boca abajo sobre el suelo helado.

Sí que es verdad que el viento subterráneo se llevó consigo parte del humo, y el resto ya no fue tan abrumador cuando envié el otro libro a las llamas.

Mientras esperaba para añadir el último libro a la hoguera, me puse a rumiar acerca de por qué Kina no estaba haciendo nada para rebelarse contra este golpe a sus esperanzas de resurrección. Solo podía limitarme a esperar que el sacrificio de Goblin la hubiera herido tan profundamente que aún no podía mirar fuera de sí misma. Solo podía rezar para no ser víctima de un gran engaño. Quizás estos libros fuesen señuelos. Quizá yo estaba haciendo exactamente lo que Kina había planeado para mí.

Siempre había dudas.

—Estás murmurando en alto de nuevo.

—Ah. —No tenía casi ni la más mínima esperanza de que la muerte de Goblin hubiese desterrado a Kina de las desgracias del mundo para siempre.

»Qué bien se está —dije—. Podría dormirme aquí mismo. —Y eso fue lo que hice, inmediatamente.

El sentido del deber del bueno de Sauce, o su instinto de protección, o lo que

fuera, hizo que él continuase con lo nuestro. Arrojó el último Libro de los Muertos a la hoguera por mí antes de tumbarse él también para echar un sueñecito.

CAPÍTULO 93

Los soldados cantarines resultaron ser Runmust, Iqbal y Camina Ríos. Habían venido para rescatar al resto del equipo cuando Tobo los alcanzó con las noticias del desastre que nos había acontecido en la parte de abajo. Nos habían encontrado siguiendo el rastro del humo.

—Aun a riesgo de encontrarme obligado a emplear lenguaje indecoroso, os preguntaré: ¿cómo es que estoy escuchando cantos? ¿Cómo es que no habéis tomado la carretera en dirección a la Tierra de las Sombras Desconocidas? Me parece que fui bastante insistente en cuanto a la importancia de esa misión.

Runmust e Iqbal se deshicieron en risitas como si fueran más jóvenes que Tobo y supieran un chiste verde. Camina Ríos se las apañó para mantener una conducta más seria. Pero por los pelos.

—Estás cansado y hambriento, así que no te vamos a echar la culpa por estar malhumorado, Dormilón. Arreglémoslo. Sentémonos a comer algo.

—No pudo contener una enorme sonrisa bobalicona cuando se puso a revolver en su mochila.

Intercambié miradas con Swan y pregunté:

—¿Tienes alguna idea de lo que está pasando aquí?

—Quizás haya una etapa dentro de la inanición en la que te pones exaltado y estúpido.

—Supongo que Jaicur podría haber sido una excepción.

Camina Ríos sacó de su mochila algo que tenía la forma y el color de un pedo de lobo, pero con un diámetro que sobrepasaba los veinte centímetros. Parecía más pesado de lo que una seta de ese tamaño debe ser.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Swan. En la mochila de Ríos había unos cuantos más, y sus secuaces también llevaban bolsas llenas de ellos.

Camina Ríos sacó una navaja y se puso a partir la seta en rodajas.

—Un regalo de nuestro amigo, el demonio Shivetya. Por lo que se ve, tras un día de reflexión decidió que nos debía una recompensa por haber salvado su enorme y feo culo. Come. —Me ofreció un trozo de dos centímetros y medio de ancho—. Te gustará.

Swan empezó a comer antes que yo. Yo aún conservaba unos cuantos gramos de paranoia. Se inclinó hacia mí y me dijo:

—Sabe a cerdo. Je, je, je. —Después no le quedó tiempo para bromear, ya que puso a devorar el resto de ejemplares, los cuales tenían todos el mismo aspecto.

Tenían una textura densa, casi como de queso. Cuando sucumbí a lo inevitable y di un mordisco, mi sistema salival respondió con una inundación bucal. Un gusto de ese tipo era tan afilado que casi era doloroso. No recordaba nada que se le pareciese.

Tenía un toque de jengibre, un toque de canela, limón, dulzura, el olor de caramelos de violeta... Tras el primer impacto, desde mi boca se esparció una sensación gradual de bienestar, y poco después de que los primeros bocados llegasen al fondo de mi estómago, la misma sensación se esparció desde él.

—Más —dijo Swan.

Camina Ríos le entregó otra rodaja.

—Más —repetí yo, y me comí también otra rodaja. Podría ser veneno, pero si lo era, era el veneno más dulce que Dios hubiese permitido nunca—. ¿De verdad te dio esto Shivetya?

—Sí, me dio como una tonelada, casi literalmente. Suficiente para un hombre y una bestia. Le gusta incluso al bebé.

Iqbal y Runmust encontraron la noticia desternillante. Swan también se rio por lo bajo, aunque no podía tener ni la más mínima idea de cuál podía ser el chiste. De hecho, yo mismo encontré esta afirmación bastante graciosa. Cielos, todo era gracioso. Había comenzado a sentirme relajado y confiado. Mis achaques ya no constituían el centro de mi consciencia, sino que se habían convertido en simples molestias muy lejanas a esta.

—Continúa.

Iqbal chilló:

—Le crecieron a él en el cuerpo. Se vio cubierto de un montón de bultos asquerosos, como furúnculos gigantes, y cuando le explotaron, de ellos salieron estas cosas.

Bajo unas circunstancias más normales, aquella idea, así como las imágenes que engendraba, habría parecido repulsiva. Gruñí, di otro maravilloso bocado, imaginé el proceso de creación, y me sorprendí a mí mismo en medio de un ataque de risa. Conseguí recuperar el control, aunque me supuso un esfuerzo enorme.

—¿Así que al final ha decidido comunicarse?

—Más o menos. Cuando nos fuimos, estaba intentando entablar una especie de diálogo con Doj, pero no parecía que le estuviese saliendo demasiado bien.

Swan suspiró.

—No me sentía tan relajado y positivo desde que Fibroso y yo solíamos ir a pescar cuando éramos chavales. Así es como nos sentíamos cuando estábamos tumbados junto al arroyo, a la sombra, sin preocuparnos nunca demasiado siempre que tuviésemos algo a lo que hincarle el diente mientras compartíamos nuestras fantasías y simplemente observábamos a las nubes pasarnos por encima.

Ni siquiera este recuerdo del destino de su amigo consiguió modificar enteramente su estado de ánimo.

Comprendí lo que estaba tratando de expresar, a pesar de que yo nunca había tenido ningún amigo especial con el que compartir los extraños momentos dorados de

la niñez. Yo no había tenido niñez alguna. Me sentía muy bien. Dije:

—Lo que sea que es esto, es buena mierda. Ríos, ¿has descubierto ya algún efecto secundario?

—Que como te dé la condenada risa, es casi imposible de parar.

—Intentaré no empezar, entonces. ¡Hala! Me siento como si me pudiera pulir el doble de mi peso en lobos, ahora mismo. ¿Por qué no emprendemos la marcha?

Nadie aprovechó la oportunidad para mencionar que si yo me puliese mi peso en lobos, eso solo podría implicar que me enfrentase a la mitad de uno de los monstruos. Iqbal y Runmust siguieron riéndose de algún chiste que habían compartido hacía bastante rato.

—Chicos —dije yo, señalando—, por allí. No toquéis nada. No os detengáis. Vamos a volver a subir las escaleras.

Maldición, no dejaban de ocurrírseme ideas estúpidas, y todas y cada una de ellas hacían que quisiese ponerme a reír. Camina Ríos me dijo:

—Hemos averiguado que si cantamos, eso nos ayuda a concentrarnos en el trabajo. —Una enorme sonrisa se desplegó en su cara y se puso a tararear una de las marchas militares más sucias que conozco. Tenía que ver con lo que parece ocupar la mente de la mayoría de los hombres casi todo el tiempo.

Yo tararé con él e hice que todo el mundo se pusiera en marcha.

El humo nauseabundo de los libros asados llenaba la caverna. En las escaleras parecía incluso más fuerte. Una parte de él se deslizó escaleras abajo.

Kina aún no era consciente, de eso estaba seguro. Si lo hubiera sido, habría hecho algo, lo que fuese. De todos modos, no se mantendría ignorante para siempre.

Esperé que estuviésemos bien avanzados en nuestro camino por carretera cuando ella se recuperase lo suficiente como para asimilar la verdad. Sus sueños ya eran lo bastante mortíferos.

CAPÍTULO 94

Apoyé mis posaderas sobre el montículo que había en el suelo cerca de la entrada a las escaleras. Me quedé allí sentado, sin más, preguntándome por qué se había comenzado la excavación aquí fuera en la periferia, pero tampoco me preocupé demasiado por ello. Comí un poco más.

—Esto podría ser adictivo. —Y no porque me hiciese sentir feliz y estúpido, sino porque hacía desaparecer los achaques y cualquier inclinación a dormirme que pudiera tener. Podía quedarme allí sentado sabiendo que mi cuerpo estaba alcanzando sus límites físicos sin tener que soportar todo el sufrimiento asociado con tal estado. Además, mi mente permanecía particularmente alerta y útil porque no estaba ocupado con las desgracias que acosaban mis carnes.

Swan gruñó, mostrando que estaba de acuerdo conmigo. No parecía tan alegre como el resto de nosotros. Sin embargo, pensándolo bien, yo tampoco es que estuviese silbando ni cantando demasiado.

Pero mi humor mejoró una vez hube comido de nuevo.

En uno de sus momentos más lúcidos, Camina Ríos propuso:

—No deberíamos perder más tiempo del que debemos, Dormilón. El resto ya debería estar lejos a estas alturas, pero se fueron esperando que tú y el estandarte los alcanzaseis.

—Si Tobo no se lo ha contado ya, yo tendré que darles alguna que otra mala noticia al respecto.

—El muchacho no dijo nada del estandarte, igual porque no tuvo oportunidad. Todos estaban tan afectados por la muerte de Goblin y tan preocupados sobre cómo impedir que Un Ojo se enterase...

—Goblin le clavó la Lanza a Kina en el cuerpo, y la Lanza sigue allí. Ya me conoces. La mística de la Compañía me tiene totalmente enganchado. Creo que, aparte de los Anales, el estandarte es el símbolo más importante que tenemos. Se remonta nada menos que a Khatovar, uniendo generaciones. Lo entendería si alguien quisiese volver a buscarlo, pero ese alguien no voy a ser yo. Al menos, no en esta década.

El agradable sentimiento que había disfrutado antes se me extendía por el cuerpo de nuevo. Me incorporé. Swan me ayudó a subir al piso más alto.

—¡Hola!

Camina Ríos se rio socarronamente.

—Me pregunto cuánto tiempo te llevaría darte cuenta.

La grieta del suelo casi había desaparecido.

Me dirigí a ella y la observé. Parecía tan profunda como siempre, pero ahora ya no llegaba ni al medio metro de ancho.

—¿Cómo ha cicatrizado tan rápido? —Supuse que nuestra presencia había sido catalítica. Seguí la grieta con la mirada hacia el trono del demonio y vi a Doj y a Tobo, que se apresuraban hacia nuestra dirección. Shivetya tenía los ojos abiertos. Nos estaba observando—. Pensaba que habías dicho que se habían ido todos.

—Ha sido el terremoto. —Ríos ignoró la presencia de Doj y Tobo.

Swan dijo:

—Es el último grito en reparaciones domésticas. Baja allí y apuñala de nuevo a esa cosa, puede que la llanura cicatrice completamente.

—Eso podría activar el mecanismo de relojería de nuevo —dijo Doj, que había escuchado nuestra conversación en su llegada.

—¿El mecanismo de relojería?

Doj pegó un saltito.

—Este suelo es un círculo gigantesco. Es una representación a escala de uno a ochenta de la llanura como un todo, con una tabla de viajes incrustada. Se desliza sobre ruedas de piedra y fue capaz de darse la vuelta antes de que a Mil Voces le entrara la curiosidad y la rompiera.

—Interesante. Veo que tu charla con el demonio ha sido bastante informativa.

Doj gruñó afirmativamente.

—Informativa, pero lenta. Ese fue el único problema, darme cuenta de que la comunicación debía llevarse a cabo muy, muy lentamente. Creo que esto también podría trasladarse al plano físico. Es decir, que si decidiese levantarse (si pudiera, claro), podría llevarle horas. Sin embargo, como Guardián Inquebrantable nunca tuvo que moverse rápido. Controlaba la llanura desde aquí, valiéndose de las tablas del suelo y los mecanismos de relojería.

Nunca había visto a Doj tan directo y animado. El bicho del conocimiento debía de haberle mordido, el bicho del conocimiento junto con su primo besucón, que hace que los recién iluminados quieran compartir sus conocimientos con todo el mundo. Y Doj no era así en absoluto. Ni Doj, ni cualquier otro nyueng bao que yo hubiese conocido. De ellos, solo madre Gota y Tobo charlaban de vez en cuando, y entre ellos revelaban menos que tío Doj en un día particularmente reticente.

Doj continuó:

—Dice que la razón original por la que fue creado fue gestionar la maquinaria que ayudaba a que los viajeros llegaran al destino que se habían propuesto. A lo largo del tiempo se libraron batallas sobre la llanura, guerras entre los mundos; esta fortaleza se construyó a su alrededor y cada vez se le endilgaban más y más tareas adicionales. Dormilón, la criatura de la que hablamos es la mitad de vieja que el tiempo mismo. Tanto es así, que fue testigo presencial de la batalla entre Kina y los demonios cuando los Señores de la Noche se enfrentaron a los Señores de la Oscuridad. Fue la primera gran guerra entre los mundos, tuvo lugar aquí en la llanura,

y ninguno de los mitos han conseguido recogerla de una forma mínimamente correcta.

Eso era interesante, y se lo dije. No obstante, ahora mismo me negaba a permitir que el encanto del pasado me sedujese.

—Debo confesar que estoy enormemente tentado a levantar un campamento permanente aquí —reveló Doj con entusiasmo—. Nos llevará unas cuantas vidas recuperarlo y registrarlo todo. ¡Ha visto tantísimas cosas! Este ser recuerda a los Hijos de los Muertos, Dormilón. Para él, el paso de los nyueng bao de duang ocurrió ayer. Tan solo necesitamos mantenerlo convencido de que debería ayudarnos.

Miré a todos y cada uno de mis acompañantes, interrogante. Camina Ríos terminó por ofrecer:

—Tiene que haberse estado poniendo hasta arriba de la comida del demonio. —Queriendo decir que pensaba que Doj también estaba bastante fuera de razón—. Hay algunos otros que también experimentaron grandes cambios al tomar una dosis demasiado alta.

—Hasta ahí ya he llegado. Tobo, ¿a ti también se te ha transformado el carácter completamente? —No había dicho ni una palabra, y este muchacho siempre tenía una opinión sobre todo.

—Ha hecho que me cagara de miedo, Dormilón.

—¿Quién?

—El demonio. El monstruo. Shivetya. Miró dentro de mi cabeza y me habló desde allí. Creo que también lo hizo con mi padre, puede que durante años y años. ¿En los Anales, quizá? ¿Cuándo papá pensaba que Kina o la protectora lo estaban manipulando? Apuesto a que muchas de las veces era, en realidad, Shivetya.

—Podría ser. Hay bastantes probabilidades de que haya sido así.

El mundo está infestado de cosas superiores al ser humano que juegan con los destinos de individuos y naciones. Los sacerdotes gunni llevan afirmándolo cien generaciones. Los dioses estaban golpeándose hombro con hombro entre ellos, removiendo la caldera, pero ninguno de aquellos dioses era mi Dios, el Dios Verdadero, el Todopoderoso, quien pareció haber optado por elevarse por encima de tal refriega.

Necesitaba el consuelo de los sacerdotes de mi culto, y no había ninguno que estuviese a menos de ochocientos kilómetros.

—¿Cuántas historias existen sobre este lugar? —le pregunté a Doj—. Y, ¿cuántas de ellas son ciertas?

—Sospecho que aún no hemos escuchado ni la décima parte —respondió el viejo maestro de la espada. Sonrió de oreja a oreja. Se estaba divirtiendo—. Y no me sorprendería que la mayoría de ellas fuesen ciertas. ¿Puedes percibirlo? Esta fortaleza, esta llanura, en ella existen muchas cosas al mismo tiempo. Hasta hace

poco, yo creía que tenía que ser la Tierra de las Sombras Desconocidas, al igual que tu capitán creía que tenía que ser Khatovar. Sin embargo, tan solo es un camino a otros lugares. Y Shivetya, el Guardián Inquebrantable, también es muchas cosas. Incluyendo, creo yo, el infinito hartazgo de ser todo lo que ha tenido que ser.

Tobo estaba tan ansioso por interponer sus propios pensamientos que bailoteaba alrededor como un niño con una desesperada necesidad de hacer pis. Finalmente, anunció:

—Shivetya quiere morir, Dormilón, pero no puede. No mientras Kina siga viva. Y ella es inmortal.

—Entonces tiene un problema, ¿no es así?

Swan tuvo una idea.

—Podría dividir esa esperanza de vida y ofrecérmola. Yo se lo aceptaría. No me vendrían mal otros cuantos miles de años, después de que pueda huir de este estilo de vida.

Mientras hablábamos, yo acercaba el grupo al demonio. Era evidente que mi pesimismo y acrimonia natural se reafirmaban, a pesar de que nunca dejé de sentirme más joven, más feliz, y con más energía de lo que me había sentido en mucho tiempo. Lo único que pasó es que dejé de reírme con ellos.

—¿Dónde está tu madre, Tobo? —pregunté.

Su buen humor decayó momentáneamente.

—Se ha ido con la abuela Gota.

Una mirada a Doj me hizo sospechar que se había producido un brusco encuentro entre Saha, la madre, y los hombres dispuestos a aceptar a su hijo como uno de los suyos. De nuevo salía a la superficie la testarudez de los nyueng bao, proveniente de dos direcciones. En esta ocasión, el Trol debía de haberse posicionado a favor de su nieto y Doj.

Cambié de tema.

—De acuerdo. Vosotros dos afirmáis haber estado dentro de la mente de Shivetya, o que él ha estado en la vuestra. Sea lo que sea, decidme lo que quiere. —No me creía que el demonio estuviese ayudando por mera bondad de su anciano corazón. No podía ser así. Era un demonio, un desviado de Dios, ya fuese una criatura de la luz o de las sombras. Para un demonio, nosotros, los aventureros, teníamos que ser tan breves y pasajeros como las abejas lo serían para nosotros (aunque, como las abejas, nosotros podríamos ser capaces de hacernos odiosos durante un tiempo).

Doj dijo:

—Quiere lo que cualquiera en su posición querría. Eso parece obvio.

Tobo interrumpió:

—También quiere ser libre, Dormilón. Lleva mucho tiempo inmovilizado de esa manera. La llanura no para de cambiar porque él no puede salir para detener a nadie.

—¿Qué va a hacer si le extraemos los puñales de las extremidades? ¿Se convertirá en nuestro colega? ¿O se pondrá a romper cabezas?

Doj y Tobo intercambiaron miradas dudosas. Se veía que no habían dedicado mucho tiempo a preocuparse de eso.

—Ya veo —les dije—. Bueno, pues el demonio podría ser el tipo más dulce sobre la obra divina de Dios, pero por ahora va a quedarse justo donde está. Unas pocas semanas o meses más no deberían suponerle ninguna diferencia. ¿Cómo demonios se las apañó para que lo clavaran a esta silla?

—Alguien le tendió una trampa —dijo Tobo.

Sorpresa, sorpresa.

—¿Tú crees?

Parecía que ahora había mucha más luz de la que había habido cuando me dirigía hacia la dirección contraria con Swan. O puede que mis ojos se hubiesen adaptado al interior de la fortaleza. Podía distinguir claramente los diseños del suelo, en los que se podían encontrar todos los rasgos de la llanura, excepto las piedras verticales con sus caracteres dorados resplandecientes. Y puede que aquellos hubiesen estado representados por algunas decoloraciones sombrías que no fui capaz de examinar más de cerca. Había incluso puntos diminutos que parecían moverse, y que estaba claro que, si uno sabía cómo leerlos, tenían algún significado.

El trono de Shivetya descansaba en lo alto de una elevación circular colocado en el corazón de un círculo elevado intermedio justo a un poco más de dieciocho metros de distancia. Doj me aseguró que esa distancia era, aproximadamente, una octogésima parte del diámetro del círculo mayor, y que esta era, a su vez, una octogésima parte del diámetro de la toda la llanura. Me di cuenta de que el círculo más pequeño también presumía de su propia representación de la llanura, aunque con mucho menor detalle. Supuestamente, Shivetya podía ocupar su trono y ver la totalidad de su reino si se giraba. En caso de que necesitase más información, podía descender al siguiente nivel, donde todo estaba retratado a una escala ochenta veces más fina.

Las implicaciones de la calidad de la ingeniería mágica empleada para crear todo esto empezaron a ponerse de relieve, y esto me intimidó sobremanera. Los constructores podrían haber ostentado poderes divinos. Tenían que haber estado tan por encima de los hechiceros que me eran conocidos, como aquellos lo estaban de los sin talento como yo. Estaba seguro de que a Dama y Sombra Larga, Atrapa Almas y Aullador, se les escaparía poco menos que a mí en cuanto a las fuerzas y los principios implicados en el proceso.

Di un paso y me coloqué frente a Shivetya. Los ojos del demonio seguían abiertos. Sentí cómo me tocaba ligeramente, por dentro. Por alguna razón, mis pensamientos se desviaron hacia tierras altas montañosas y lugares en los que la nieve

nunca se derretía. Hacia cosas antiguas, cosas lentas. Hacia el silencio y la piedra. Mi cerebro no tenía ninguna manera mejor de interpretar lo que Shivetya era de verdad.

No cesé de recordarme que el demonio precedía a la historia más antigua de mi mundo, y también percibí lo que había mencionado Tobo: el silencioso y calmado deseo de Shivetya de no envejecer más. Anhelaba, de un modo muy gunni, encontrar su camino hacia un *nirvana* que le sirviese de antídoto al infinito tedio y dolor del ser en sí mismo.

Traté de hablar con él. Traté de intercambiar pensamientos. Fue una experiencia terrorífica, a pesar de que me encontraba rebosante de la confianza y los buenos sentimientos motivados por el alimento que nos había regalado Shivetya. No quería compartir mi mente ni siquiera con un golem inmortal que no podía llegar a comprender las cosas que contenía, ni por qué me preocupaban tanto.

—¿Dormilón?

—¿Eh? —Me incorporé de un salto. Me sentía lo suficientemente bien como para hacerlo. Me sentía tan bien como debería haberme sentido tiempo atrás, en mi adolescencia, si nunca hubiera sentido la necesidad de compadecerme a mí mismo. Las propiedades sanadoras del regalo del demonio continuaban causando sus mágicos efectos.

Swan dijo:

—Nos hemos quedado todos dormidos. No sé durante cuánto tiempo. Ni siquiera sé cómo ha ocurrido.

Miré al demonio. No se había movido, así que por ese lado no había ninguna sorpresa. Pero el cuervo blanco estaba posado sobre su hombro, y en cuanto reconoció que yo estaba alerta, se lanzó hacia mí. Levanté rápidamente un brazo y aterrizó en mi muñeca como si yo fuera un halconero. Con una voz casi demasiado baja como para seguirla, me dijo:

—Esta será mi voz. Está entrenada, y su mente no está abarrotada de pensamientos y creencias que se interpongan en el camino.

Maravilloso. Me pregunté qué pensaría Dama. Si Shivetya tomaba el relevo, ella sería sorda y ciega hasta que la despertásemos de su sueño encantado.

—Ahora, esta será mi voz.

Entendí la repetición como una respuesta a mi agitación de curiosidad muda.

—Comprendo.

—Te ayudaré en tu búsqueda. A cambio, destruirás al drin, a Kina. Y después me liberarás.

Supuse que quería que lo liberase de la vida y las obligaciones, no solo de su trono.

—Lo haría, si tuviera el poder necesario.

—Lo tienes. Siempre lo has tenido.

—¿Qué quiere decir eso? —Reconocía una declaración crítica y del estilo de los hechiceros cuando oía una.

—Lo entenderás cuando sea el momento de que lo entiendas. Ahora es hora de que te marches, Soldado de Piedra. Vete. Conviértete en un Caminante de la Muerte.

—¿Qué diablos quiere decir todo eso? —chillé. También lo hicieron varios de mis acompañantes, todos los cuales estaban ya despiertos y en su mayoría estaban devorando la comida del demonio mientras escuchaban nuestra conversación.

El suelo empezó a moverse, al principio de manera casi imperceptible. Rápidamente me di cuenta de que solo estaba implicada la parte que rodeaba inmediatamente al trono, la que había cicatrizado casi completamente. Ahora sabía que todos los daños, incluyendo el temblor de tierra tan violento que se había percibido incluso en la lejanía de Taglios, había sido iniciado únicamente por Atrapa Almas durante un experimento abocado al fracaso. Ella había descubierto la «maquinaria», y, con su modo de proceder, terco y despreocupado por las consecuencias, se había puesto a jugar con ella solo para ver qué pasaba. Estaba tan seguro de eso como si hubiera estado allí para presenciarlo con mis propios ojos, ya que los testigos presenciales reales me habían entregado sus recuerdos.

Conocía todo lo que había hecho Atrapa Almas durante varias visitas a la fortaleza, en una época en la que Sombra Larga creía que era el maestro total de la Puerta de las Sombras y no creía que los otros fueran a atreverse a acercarse a ella incluso aunque estuvieran en posesión de una llave válida.

Ahora conocía muchas cosas como si las hubiera vivido. Algunas eran cosas que no estaba ansioso por saber. Unas pocas tenían que ver con preguntas que me había formulado durante años, y me ofrecían respuestas que podía compartir con el maestro Santaraksita. Pero mayormente eran solo cosas que seguramente encontraría útiles si iba a convertirme en lo que Shivetya esperaba que me convirtiese.

Una estupefacta mosca azul de especulación me atravesó la mente, y miré a ver si tenía respuesta. Sin embargo, no tenía recuerdos de lo que habría podido pasar con la Llave que habría sido necesaria si, de hecho, Sombra Larga, al igual que Maricha Manthara Dhumraksha, con su estudiante Ashutosh Yaksha, hubiese venido a nuestro mundo desde la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Y, desde luego, no conseguí ningún alivio de mi miedo a las alturas.

Un instante después, el suelo dejó de girar, el cuervo blanco emprendió el vuelo, y que me parta un rayo si no hice yo lo mismo tras él (aunque no por voluntad propia).

Mis acompañantes se incorporaron detrás de mí. En su sorpresa y terror, varios de ellos dejaron caer armas y posesiones, y, probablemente, también fluidos corporales. Tobo era el único que pareció considerar el vuelo imprevisto una experiencia positiva.

Runmust e Iqbal cerraron los ojos y escupieron oraciones rápidas dirigidas a su falsa visión de Dios. Yo hablé mentalmente con el Dios que es Dios y le recordé que debía ser misericordioso. Camina Ríos, por su parte, dirigió apelaciones apasionadas a sus deidades paganas. Finalmente, Doj y Swan no hicieron nada de nada, en el caso de Swan porque se había desmayado.

Tobo balbuceaba maravillado e informaba a todo el mundo de lo extraordinaria que era la experiencia, mirad, mirad allí, la vasta extensión de la cámara se expande por debajo de nosotros como la mismísima llanura...

Atravesamos un agujero que había en el techo y nos vimos rodeados de nuevo del aire de la llanura real, más frío. Allí fuera estaba anocheciendo; el cielo tenía el color del carmín en la parte occidental del horizonte, pero ya estaba azul oscuro justo encima de nosotros. Si mirábamos al frente, podíamos ver cómo las estrellas de la Soga brillaban pálidamente. A medida que descendimos hacia la superficie, reuní el valor necesario para mirar atrás. La fortaleza se erguía e imprimía su silueta contra el cielo norteño, y su aspecto exterior era ahora mucho peor que cuando habíamos llegado. Todo nuestro desorden, todo lo que habíamos dejado caer en nuestra ascensión o lo que no habíamos tenido tiempo de coger, todo eso volaba ahora justo detrás de nosotros.

Me pasé un rato buscando ansiosamente el estandarte para unirme a la multitud con él, pero mis esperanzas fueron en vano, ya que no apareció.

Pensándolo ahora, no veo qué motivos tenía para haber esperado que fuese de otra manera.

Tobo fingía ser un pájaro. En sus experimentos descubrió que podía utilizar los brazos para dirigir su vuelo, para elevarse y descender un poco, para acelerar y también para frenar ligeramente. No se calló ni un segundo, disfrutaba al máximo de cada momento y no dejaba de regañarnos al resto para que viviésemos la aventura como él, porque ninguno de nosotros volvería jamás a tener la oportunidad de vivir algo así.

—La sabiduría de la boca de los niños —anunció Doj, y después vomitó.

Los dos tenían razón.

CAPÍTULO 95

Nuestro vuelo llegó a su fin cuando el resto del grupo estaba acampado, en el último círculo antes de que la carretera del sudoeste alcanzase nuestro destino, la Puerta de las Sombras. No cabía duda de que volar nos daba la ventaja de la velocidad. Adelantamos al cuervo blanco y llegamos menos de dos horas después de que nuestros pies hubiesen perdido el contacto con piedra firme. Estaba bien tener una amistad como la de ese Shivetya.

Intenté ver lo que había detrás del límite de la llanura, pero estaba demasiado oscuro. Puede que hubiese uno o dos puntitos de luz, pero era demasiado difícil de decir.

Aterrizamos de pie, evidentemente inmunes a las sombras. Yo había sentido a varias de ellas persiguiéndonos, pero no habían mostrado demasiado interés en acercarse demasiado. Esto hizo que admirase el poder de Shivetya incluso más, porque aquellos seres eran poco más que montones de odio y hambre a los que matar.

Atravesamos la cima del escudo que protegía a nuestros hermanos sin ponerlo en peligro. El grupo entero contempló nuestra llegada sin llegar a creérselo. Tobo se las arregló para dirigirse hacia su madre y consiguió hacer un salto mortal antes de tocar tierra. Yo no es que me bajase y abrazase la superficie pétreo, precisamente, pero me alegré de que aquella terrible experiencia hubiese terminado. Los hermanos Singh corretearon hacia todos lados buscando a su familia, y lo mismo hizo Doj, que ignoró a Sahra y fue directamente hacia Gota. Gota no estaba de muy buen ánimo y probablemente se encontraba mal de salud. No podía decir cómo se encontraba el resto con aquella luz tan débil de la luna cambiante. Gota no ofreció ni quejas ni críticas.

Swan no se separó de mí.

En cuanto se convenció de que era seguro abrir los ojos, Camina Ríos se puso a ir de aquí para allá, ocupadísimo y devotamente decidido a comprobar que todo y todos se ajustaban a cualesquiera que fuesen las reglas que él recordaba en ese momento. Yo fruncí el ceño y sacudí la cabeza, pero no interferí. Todos necesitamos nuestros rituales para seguir adelante.

—Sahra —dije—, ¿cómo están? —Me refería a los que habíamos sacado de las cavernas, porque tenía sospechas de que el estado de Gota no quería decir nada bueno y no quería oír lo que temía que quería decir.

Sahra no fue capaz de ser amigable conmigo. Me culpaba porque había descubierto a su bebé paseándose por las alturas del cielo. Que hubiese aterrizado sano y salvo, y que no pudiese dejar de poner la experiencia por las nubes, eso daba igual.

Lo que una caída desde una altura enorme podía causarle a un cuerpo nunca se le

pasó por la cabeza al muchacho. Pero a Sahra sí, eso estaba claro.

—No se han dado cambios en los Tornados. Cuando supo lo que le había pasado a Goblin, Un Ojo se desanimó y no ha vuelto a hablar desde entonces. Madre no está segura de si se trata de un retraimiento emocional o si es que ha tenido otro derrame. Lo que le preocupa es la posibilidad de que él ya no quiera vivir más.

—¿Y con quién se pelearía? —No quise menospreciar a Un Ojo, pero sonó exactamente de esa manera.

Sahra me mostró un instante de despecho, pero no reveló sus pensamientos.

—Madre puede llegar a dar mucho trabajo.

—Eso es seguramente lo que los unió originalmente. —No hice mención ninguna al hecho de que temía que Gota no estuviese con nosotros por mucho tiempo más. El Trol debía de tener como ochenta años—. Iré a hablar con él.

—Está dormido. Eso puede esperar.

—Lo haré por la mañana, entonces. ¿Seguimos en contacto con Murgen? —La luz fue lo suficientemente potente como para dejarme ver el enfado de Sahra. Puede que tuviese razón. No llevaba ni dos minutos con los pies en el suelo y ya quería yo utilizar a su marido. No obstante, ella consiguió controlar sus emociones. Llevábamos mucho tiempo trabajando juntos. Al principio ella era la más fuerte, y solo a veces era yo quien desempeñaba el papel de líder. Siempre nos las habíamos apañado sin utilizar palabras hirientes, y siempre lo habíamos hecho así porque sabíamos que teníamos un sitio al que ir y que debíamos colaborar para llegar a él. En estos días yo estaba a cargo la mayoría del tiempo, pero ella también podía hacerlo si era necesario.

Ella era la única que estaba a muy poco de llegar a donde quería llegar, ¿no? Había desenterrado a Murgen. No necesitaría seguir con su papel una vez él volviese a funcionar de nuevo. A no ser que él no fuera el hombre que ella quería que fuera, en cuyo caso tendría que inventarse de nuevo una nueva Sahra.

Estoy seguro de que la estaba poniendo de los nervios más que nunca. Ni ella ni Murgen eran las personas que habían sido, ninguno de nosotros lo éramos. Iba a haber unas cuantas dificultades de adaptación, y seguramente fuesen unas dificultades importantes.

Previ grandes problemas con Dama y el capitán.

Sahra dijo:

—He hecho todo lo que he podido para mantener al proyector de neblina en funcionamiento, pero no he sido capaz de establecer contacto desde que abandonamos la fortaleza. No parece estar dispuesto a volver a abandonar su cuerpo, y no puedo despertarlo más de lo que ya lo está. —De modo que ella también tenía miedo de que el rescate pudiese haber sido un error, de que pudiésemos haber herido a Murgen, en lugar de salvarlo. Afortunadamente, y de manera optimista, añadió—:

Quizá Tobo pueda ayudarnos.

Me pregunté qué había pasado con la Sahra fuerte, centrada y dedicada que había sido Minh Subredil. Traté de rescatar a esa Sahra.

—Murgen saldrá adelante. —Shivetya me había proporcionado los conocimientos que necesitábamos para reanimar a los Tomados—. Pero tenemos que sacarlo de la llanura antes de que podamos despertarle del todo. Y con los otros tenemos que hacer lo mismo.

Camina Ríos terminó de hacer su ronda.

—La comida del demonio se la están acabando rápido, Dormilón. Hay suficiente para sacarnos de la llanura y tenemos para un par de comidas más, pero eso es todo. O nos comemos al perro y a los caballos, o gorroneamos algo de por aquí, pero rápido.

—Qué se le va a hacer. Cuando entramos ya sabíamos que pasaría esto. Nos está yendo mucho mejor de lo que esperábamos. ¿Pensó alguien en robar algo de valor mientras estábamos allí?

Ese comentario me valió unas cuantas miradas vacías. A continuación me di cuenta de que era posible que nadie más hubiese reparado en los tesoros que yo había descubierto mientras perseguía a Tobo hacia las profundidades de la tierra. Si el muchacho hubiera visto algo, lo habría dicho. No se callaba ni debajo del agua.

Swan me dijo:

—Cuando lleguemos será la época de la cosecha.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Lo sé, sin más.

Por qué no.

—Escuchadme todos. Descansad todo lo que podáis esta noche. Mañana quiero levantarme y salir de aquí pronto, y no sabemos con lo que nos vamos a encontrar al final de la carretera.

Alguien gruñó algo parecido a que si yo quería que durmiese, que por qué no me callaba y le dejaba ponerse a ello.

Ni yo mismo podía mantener los ojos abiertos, aunque no había pasado tanto tiempo desde que me había despertado junto al trono de Shivetya. De hecho, mi mente parecía estar echando el cierre.

—Olvidaos de todo lo demás —dije—. Voy a seguir mi propio consejo. ¿Dónde puedo encontrar un lugar para envolverme en mi manta y tumbarme, antes de que me derrumbe?

El único espacio abierto estaba al fondo, al final de la Compañía. Todos mis acompañantes de vuelo, excepto Tobo, tuvieron que desplazarse hasta allí. Yo había planeado comer antes de dormirme, pero el agotamiento me aplastó antes de que

pudiese tragar el tercer mordisco de la comida del demonio. Mi última reflexión se planteaba si Dios podría pasar por alto que uno de los fieles aceptara un regalo de uno de los malditos.

Era un ejercicio interesante. Dios lo sabe todo, por lo tanto, Dios sabía lo que Shivetya estaba haciendo y le permitía hacerlo. Por lo tanto, debía de ser la voluntad de Dios que nos beneficiásemos de la generosidad del demonio. Desafiar la voluntad de Dios sería pecado.

CAPÍTULO 96

Tuve sueños extraños.

Claro que los tuve. ¿Acaso no estaba Shivetya en mi mente? ¿Acaso no estaba yo en lugar embrujado de la piedra reluciente?

La piedra se acordaba, y la piedra quería que yo lo supiera.

Me encontraba entonces en un lugar diferente, en una dimensión temporal que no era la mía. Era Shivetya en cuanto a cómo el demonio experimentaba el mundo y estaba en todos sitios al mismo tiempo, como una débil imitación de Dios. Podía estar en todos los sitios al mismo tiempo porque, si me quedaba mirando al suelo que rodeaba mi trono, conectaba con mi reino como un todo. Nos convertíamos en un solo conocimiento, en el cantante y la canción.

Los hombres recorrían mi cara, eran un gran grupo. Percibía el tiempo de manera diferente a los mortales, pero comprendía que había pasado un montón de tiempo desde la última vez que había ocurrido esto. Los mortales ya no me atravesaban. No muy a menudo. Y nunca en multitudes como esta.

Había suficiente Dormilón en mí como para que reconociese el recuerdo de Shivetya de la venida de los Tomados, antes de que se tropezasen con la trampa de Atrapa Almas. ¿Por qué iba a querer el demonio que yo viera esto? Conocía su historia. Murgén la había compartido conmigo en varias ocasiones, para asegurarse de que quedaba registrada en los Anales justo como él la quería.

No tenía sensación sólida alguna de tener una personalidad a mi alrededor, y a pesar de eso sentía una ligera presión para abandonar la curiosidad, darles la espalda a las preguntas, dejar de ser un punto de vista y dejar que la flor se desplegara. Debería haberle prestado más atención a tío Doj. La capacidad de abandonar el cuerpo de uno habría sido un talento muy útil en un momento como este.

Desde luego, el tiempo para el demonio era diferente. Sin embargo, trataba de acomodarse al efímero mortal, a ir al grano, a facilitar información que pensaba que yo podría encontrar útil.

Observé la aventura al completo, incluyendo el grandioso y desesperado escape que había devorado a Bucket y había ofrecido a Sauce la posibilidad de permanecer en la historia como un títere de la maldad. Y no lo comprendí todo al instante, porque al principio solo observé los detalles más finos de una historia que ya conocía a grandes trazos.

Yo no era estúpido del todo. La pregunta ya se me había ocurrido antes, pero no había tenido una importancia crítica. Ahora solo necesitaba recuperar la suficiente identidad como para recordar que la había formulado.

La pregunta era: ¿qué había sido del único miembro de aquella expedición del que aún no se sabía nada? La increíblemente peligrosa aprendiz de cambiaformas

Lisa Deale Bowalk, atrapada en la forma de un leopardo negro, había sido transportada hacia la llanura en una jaula, al igual que los prisioneros Sombra Larga y Aullador, y se había desvanecido en medio de la emoción. Murgén nunca descubrió lo que había sido de ella. O al menos, nunca había mencionado nada al respecto.

Averigüé la verdad. O la versión de Shivetya.

No se aclararon todos los detalles triviales, ya que Shivetya tenía dificultades para concentrarse con tanta precisión en el tiempo. Sin embargo, parecía ser que la jaula de Bowalk había sufrido daños en el pánico que cundió entre los hermanos de la Compañía que habían tenido la mala suerte de que ser incluidos entre los Tomados, y su tentativa de escape.

El pánico engendra pánico, de modo que el enorme y malvado felino se contagió de la fiebre. Su violencia bastó para completar la demolición de la jaula. Desgarró lo que quedaba de ella y se escapó, hiriéndose en el proceso. Salió disparada apoyándose sobre tres patas, con la pata frontal elevada, permitiendo que solamente tocara la piedra cuando fuera estrictamente necesario. Cuando lo hacía, gimoteaba de manera horrible, pero a pesar de esto avanzaba con rapidez. Antes del anochecer ya había recorrido casi cincuenta kilómetros, pero había escogido una dirección al azar, y por lo visto no se dio cuenta de que no se dirigía de vuelta a casa hasta que fue demasiado tarde para cambiar de idea.

Escogió una carretera y echó a correr, y por la noche, una sombra pequeña y lista la alcanzó, casi al final de aquella carretera. Hizo lo que las sombras sin amaestrar hacen siempre. Atacar. Encontré el resultado difícil de creer. La sombra hirió a la pantera, pero no la mató. La pantera luchó y salió vencedora. Siguió adelante tambaleándose, y, antes de que una sombra más potente pudiera alcanzarla y terminar con ella, cruzó a trompicones una puerta de las sombras en ruinas y se volvió invisible para Shivetya. Lo cual quería decir que se la vio viva por última vez adentrándose en un mundo que no era ni el nuestro ni la Tierra de las Sombras Desconocidas. Yo esperaba que aquella lisiada puerta hubiese acabado con ella o que la hubiese herido de forma irreversible, porque estaba poseída por un odio tan oscuro como el que impelía a las sombras, con la excepción de que el suyo era un odio dirigido con mucha más precisión. Y la Compañía era su objetivo.

El fragmento de la identidad de Dormilón no subsumido totalmente en el resumen de Shivetya se preguntaba lo que pensaría el capitán cuando averiguase que Bowalk había llegado a Khatovar por accidente cuando se suponía que a la Compañía le era imposible conseguirlo por mucho que lo intentara.

Aquella parte de Dormilón no veía por qué estas noticias eran tan importantes para Shivetya como para haber secuestrado sus sueños, pero desde luego que debían de ser significantes.

Y significativo también debían de ser los nef, los caminantes de sueños, a los que

Murgen había bautizado los washene, los washane y los washone.

Me convertí aún más en Shivetya y dejé la experiencia de seguirle el rastro a la cambiaformas. Me fundí más con el demonio mientras el demonio se fundía más con la llanura, y se convertía más en una pura manifestación de la voluntad del gran motor. Disfruté de retazos de recuerdos de doradas épocas de paz, prosperidad e iluminación que habían alcanzado multitud de mundos a través de la piedra silenciosa. Fui testigo del paso de un ciento de conquistadores. Vi escenas de las guerras más antiguas que estaban patentes ahora en las religiones gunni e impostora, e incluso en la mía propia: por ser Shivetya y adoptar todos los tiempos a una, no podía evitar ver que la guerra de los Cielos, que supuestamente se había librado poco después de que Dios crease la tierra y el cielo, y que había finalizado con el Adversario enterrado en una fosa, podría ser un eco de la misma lucha, divina que recordaban otras religiones según sus propias predilecciones.

Antes de la guerra entre los dioses, estaba la llanura. Y antes de la llanura, estaban los nef. La llanura, la gran máquina, con el tiempo imaginó a Shivetya como su Guardián Inquebrantable y sirviente. Por su parte, el demonio imaginó a los washene, los washane y los washone con el aspecto de los nef. Estos fantasmas caminantes de sueños de los constructores eran los dioses de Shivetya. Existían independientemente de su cabeza, pero no de su ser. Si él perecía, ellos también. Y, en primera instancia, ellos no tenían deseo alguno de ser llamados a la vida.

Qué raro. Estaba atrapado entre las personificaciones de aspectos de la religión en los que no podía creer. Se me presentaban hechos que mi fe me prohibía aceptar. Su aceptación me maldeciría para siempre.

Eran trucos crueles, muy crueles, del Adversario. Había sido dotado de una mente que quería explorar, averiguar, conocer. Y había sido dotado de una fe. Además, ahora había sido dotado de información que hacía que los hechos y la fe entrasen en conflicto. Sin embargo, cuando se trataba de reconciliar lo filosóficamente irreconciliable, no había sido dotado de la escurridiza destreza de un sacerdote.

Pero quizá no fuese necesario. En la llanura, la verdad y la realidad parecían tener diversas formas. Existían demasiadas historias diferentes de Kina, Shivetya, y la fortaleza en medio de ellos. Puede que cada historia fuese cierta, al menos una parte del tiempo.

Estaba ante un ejercicio intelectual de una magnitud sacerdotal. ¿Qué pasaría si mis creencias eran totalmente válidas, pero solamente una parte del tiempo y solamente donde estuviese situado en ese momento? ¿Qué pasaría entonces? ¿Cómo podía ser eso? ¿Qué podía significar?

Significaba épocas desagradables en la vida posterior si insistía en relajar mi vigilancia contra las herejías. Para una mujer podría ser difícil alcanzar el Paraíso, pero no tendría ningún problema en absoluto para ganarse un lugar en *al-Shiel*.

CAPÍTULO 97

—Debe de haber sido una pesadilla del copón —me dijo Sauce Swan mientras se arrodillaba a mi lado, justo después de haberme sacudido por el hombro para despertarme—. No solo estabas roncando, sino que también gruñías, chillabas y conversabas contigo mismo en tres lenguas diferentes.

—Soy una mujer con muchos talentos. Todo el mundo lo dice. —Sacudí la cabeza, aturdido—. ¿Qué hora es? Aún está oscuro.

—Otro talento que sale a la superficie. No puedo zafarme de la vieja.

Yo gruñí:

—Los sacerdotes y los libros sagrados nos cuentan que Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza, pero yo he leído un montón de libros sagrados (incluyendo los de los idólatras) y no he encontrado ni una sola prueba, aparte de esa, de que Él tuviese ningún sentido del humor. Sin hablar ya de que fuese el tipo de persona que intentase hacer bromas antes incluso de que salga el sol. Estás enfermo, Sauce Swan. ¿Qué pasa?

—Anoche dijiste que tendríamos que empezar temprano, así que Sahra creyó que querías decir que deberíamos estar preparados para irnos en cuanto hubiese suficiente luz para ver. Así podríamos abandonar la llanura con luz de sobra.

—Sahra es una mujer muy sabia. Despiértame cuando esté preparada para irse.

—Entonces me parece que ahora mismo sería un buen momento para levantarse.

Levanté las manos. Había la luz justa para poder verlas.

—Acercaos, gente. —En cuanto una multitud razonable hubo hecho lo propio, les expliqué que todos los que nos habíamos quedado atrás en la fortaleza habíamos obtenido información que nos sería útil en tiempos venideros—. Shivetya parece estar muy interesado en que triunfemos. Ha intentado facilitarnos lo que creía que eran herramientas útiles. Sin embargo, es muy lento, y además tiene sus propias perspectivas demoníacas y no sabe cómo explicar nada con claridad. De modo que es más que probable que haya mucho que sepamos que no sepamos que sabemos hasta que algo nos haga pensar en ello. Tenéis que ser pacientes con nosotros, ya que seguramente estemos un poco raros durante un tiempo. Yo estoy teniendo dificultades para acostumbrarme al Dormilón informado, y vivo aquí. Hay fragmentos de información nueva que aparecen de la nada cada vez que me doy media vuelta. De todos modos, ahora mismo lo que quiero es salir de esta llanura. Nuestros recursos aún son muy limitados. Tenemos que prepararnos tan rápido como podamos.

Los rostros que pude distinguir revelaban miedo al futuro. En alguna parte, el perro aullaba. El bebé de Iqbal gimoteó momentáneamente cuando Suruvhija la movió de un pezón al otro. En mi opinión, el bebé debía estar ya destetado, pero sabía que no tenía justificación alguna de mi opinión. Ninguno de mis bebés ha nacido aún,

y se está haciendo un poco tarde para traerlos al mundo.

La gente esperaba a que yo les diese algún tipo de información. En este momento, los más pensativos se preguntaban qué nuevos problemas nos aguardarían ahora que ya habíamos conseguido llegar hasta aquí. Quizá Swan tuviese razón y en la Tierra de las Sombras Desconocidas fuese la época de cosecha. Quizá también fuese la época de arrancarle la cabellera a los extranjeros.

Yo también estaba preocupado, pero me había enfrentado a lo desconocido en tantas ocasiones que ya tenía callos en este tipo de temores. Sabía perfectamente bien que no me serviría de nada armar un escándalo y preocuparme cuando no tenía ni idea de lo que nos deparaba el futuro. De todos modos, preocuparme sí me preocuparía, aunque la información que había recibido durante el sueño me asegurase que no nos encontraríamos con desastres una vez hubiésemos abandonado la llanura.

Había planeado dar un discurso enardecedor, pero enseguida descarté la idea. A nadie le interesaba, ni siquiera a mí.

—¿Está preparado todo el mundo? Entonces vámonos.

Emprender la marcha llevó menos tiempo del que esperaba. La mayoría de mis hermanos no se habían detenido para escucharme decir lo que ya habían anticipado que sería lo mismo de siempre, y habían continuado con los preparativos. Le dije a Swan:

—Supongo que el «En aquellos días, la Compañía...» funciona mucho mejor después de una cena y un duro día de trabajo.

—Para mí sí. Incluso mejor que cuando me he tomado una copa. Y es una fórmula del copón para después de irse a la cama.

Caminé junto a Sahra un rato, renovando nuestra relación y relajando la tensión que había entre nosotros, aunque ella permaneció tensa. No pasaría mucho tiempo antes de que tuviese que tratar con su marido, en carne y hueso, por primera vez después de una década y media. Y yo no sabía cómo hacérselo más fácil.

Después caminé con la radisha durante una hora. Ella también estaba inquieta. Para ella había pasado incluso más tiempo desde que había tratado con su hermano en condiciones normales. Pero ella era realista.

—Para él no hay nada que pueda perder, ¿no es así? Ya lo he perdido todo. Primero para la protectora, mediante mi propia ceguera. Y después vosotros me apartasteis de Taglios y me arrebatasteis incluso la esperanza de reclamar mi lugar.

—Princesa, te apuesto a que ya se te recuerda como la madre de la era dorada. — De hecho, esa parecía una predicción razonable. El pasado siempre tiene mejor aspecto cuando el presente consiste en desgracias rancias—. Incluso aunque la protectora no haya vuelto aún a la capital. En cuanto nos situemos, la primera misión que tengo intención de lanzar será hacer llegar a Taglios la noticia de que tú y tu hermano seguís vivos, estáis furiosos y vais a regresar.

—Soñar es gratis —me dijo la mujer.

—¿Es que no quieres regresar?

—¿Recuerdas la pulla que me lanzabas a diario? ¿*Rajadharma*?

—Claro.

—Lo que yo quiera o deje de querer no tiene importancia, y lo que podría desear mi hermano tampoco la tiene. Él ya ha vivido sus aventuras, y ahora yo también he vivido las mías. El *Rajadharma* nos mantiene más atados de lo que lo haría la más sólida de las cadenas. El *Rajadharma* nos reclamará a través de incontables leguas mientras continuemos respirando, a través de lugares imposibles, superando todo peligro letal y ser inverosímil. Tú me recordaste una y otra vez mi obligación, y quizás así creaste un monstruo preparado para enfrentarse a la persona que me desplazó. El *Rajadharma* se ha convertido en mi vicio, Dormilón. Se ha convertido en mi compulsión irracional. Continúo siguiéndolos solamente porque la razón insiste en que, aunque este camino me aleje hoy de Taglios, es el camino más corto hacia mi destino.

—Yo te ayudaré en lo que pueda. —No comprometí a la Compañía, no obstante. Aún tenía que despertar al capitán y al teniente y tratar con ellos. Me puse a avanzar. Quería visitar al maestro santaraksita durante un rato y perderme a mí mismo, quizá, en una interacción de especulación intelectual. Los horizontes del bibliotecario eran en la actualidad mucho más amplios.

—Dormilón.

—¿Radisha?

—¿Ha obtenido la Compañía Negra suficiente venganza?

Nos lo habíamos llevado todo, excepto el amor de su pueblo. Y ella no era una mala mujer.

—A mis ojos, tú eres tan solo un pequeño gesto carente de redención. Quiero que te disculpes ante el capitán una vez se haya recuperado lo suficiente como para entender lo que está ocurriendo.

Apretó los labios. Ni ella ni su hermano se dejaban esclavizar por consideraciones de posición social o casta, pero aun así, ¿disculparse ante un mercenario extranjero?

—Si es lo que tengo que hacer, lo haré. Mis opciones son limitadas.

—El agua duerme, radisha. —Me uní a Suvrin y al maestro Santaraksita, no sin antes tomarme un tiempo para visitar al semental negro de camino allí. Transportaba a Un Ojo, que respiraba, pero que por lo demás no tenía mucho mejor aspecto que el de un cadáver. Esperé que simplemente estuviese durmiendo como lo hacen los ancianos. El caballo parecía aburrido. Supongo que estaba harto de aventuras.

—Maestro, Suvrin, ¿no estaréis teniendo, por casualidad, recuerdos que no teníais antes de venir a la llanura?

Y tanto que sí, pero Santaraksita más que Suvrin. Los regalos de Shivetya

parecían estar hechos a medida de cada individuo. El maestro Santaraksita se puso a relatarme una versión más del mito de Kina y de la relación de Shivetya con la Reina de la Muerte y el Terror. Esta versión asumía el punto de vista del demonio. No contenía muchas novedades, simplemente cambiaba la relativa importancia de diferentes personajes e, indirectamente, culpaba a Kina del paso del último puñado de constructores.

En esta versión, Kina seguía siendo una villana de corazón negro, mientras que Shivetya se convertía en uno de los mayores héroes no reconocidos y se merecía un puesto mucho más elevado en el mito. Lo cual podía ser cierto, ya que no tenía ningún tipo de puesto en absoluto: fuera de la llanura, nadie había oído nunca hablar de él.

—Maestro, cuando vuelvas ahora a Taglios podrías labrarte una reputación poderosa contando los mitos con las palabras de un ser que vivió durante su creación —sugerí.

Santaraksita sonrió amargamente.

—No me vengas con esas, Dorabee. La mitología es un área en la que nadie quiere conocer la verdad absoluta porque el tiempo ha forjado símbolos reales a partir de materias primas facilitadas por acontecimientos antiguos. Las prosaicas distorsiones de los hechos se transforman en verdades percibidas del alma.

Tenía su parte de razón. En la religión, la verdad escrupulosa casi no tiene valor. Los creyentes de verdad son capaces de matar y destruir para defender sus inexactas creencias.

Y esa sí que es una verdad en la que se puede confiar.

CAPÍTULO 98

Levanté la cabeza con cuidado para echar un vistazo por encima de los límites de la llanura hacia la Tierra de las Sombras Desconocidas. Sauce Swan culebreó hacia mi lado derecho e hizo lo mismo. Camina Ríos le imitó y se situó a mi izquierda. A continuación, dijo:

—¡Qué barbaridad!

—Desde luego —concedí yo—. Doj, Gota, venid a ver esto. ¿Puede alguien traer a Un Ojo? —El hombrecillo había empezado a hablar hacía aproximadamente una hora, y la mayor parte del tiempo sí que parecía estar en contacto con el mundo real.

Le hice un gesto al cuervo blanco para que se acercara. Si continuaba volando en círculos, aquel maldito bicho nos delataría.

—¿Ante quién? —preguntó Swan—. Yo no veo a nadie. —Obviamente, estaba pensando en voz alta de nuevo. Swan se apartó hacia un lado para que Doj pudiera arrastrarse hacia mí.

Doj se incorporó y se quedó helado. Después de unos quince segundos se aclaró la garganta.

Fue Gota quien lo dijo.

—Es el mismo sitio de donde partimos. Has hecho que demos la vuelta, estúpido Soldado de Piedra.

A primera vista, el lugar era idéntico. Con una única diferencia.

—Mirad a la derecha. No hay ninguna Atalaya, y nunca la ha habido. Y Kiaulune no es la Nueva Ciudad. —Yo nunca vi Kiaulune antes de que se convirtiera en Atrapa Sombras, pero dudaba que estas ruinas se pareciesen demasiado a aquella vieja ciudad—. Traedme a Suvrin. El podría ayudarnos.

Seguí observando, y cuanto más lo hacía, más diferencias encontraba. En esta ocasión, fue Doj quien lo señaló:

—Aquí la huella de la humanidad es más leve. Y se ve que los hombres abandonaron este sitio hace mucho tiempo. —Lo único que era idéntico entre los dos lugares era la forma del terreno.

—¿En el tiempo de los terremotos, crees? —Lo que en mi mundo habrían sido unas tierras de labranza escarpadas, aquí parecía un terreno mejor que había sido abandonado veinte años atrás. Estaba cubierto por maleza, zarzas y cedros, pero aún no se veía ningún árbol de dimensiones notables, excepto los que crecían en filas ordenadas y aquellos tan distantes que coloreaban las faldas del Dandha Presh de un verde oscuro que era casi negro.

Suvrin llegó y yo le formulé unas cuantas preguntas, a las que él respondió:

—Sí que tiene el aspecto que dicen que tenía Kiaulune antes de que llegaran los Maestros de las Sombras, cuando mis abuelos eran niños. La ciudad no empezó a

crecer hasta que Sombra Larga decidió construir Atalaya. Lo único es que ahora no veo más que ruinas allá abajo.

—Mira la puerta de las sombras. Tiene mejor pinta que la nuestra. —Pero de ningún modo estaba en mejor estado. Los terremotos se habían cobrado sus trozos—. Se puede ver dónde está. —Lo cual me quitaba un peso de encima. Me había imaginado tener que enfrentarnos al hambre mientras nos las veíamos y nos las deseábamos con cuerdas y polvos de colores en un intento de encontrar el único camino seguro.

Varios hombres cargaron a hombros a Un Ojo y lo posaron entre nosotros, y mientras lo hacían, su silueta se vio recortada contra el horizonte. Mis gruñidos no ayudaron. Por otra parte, no apareció ninguna horda sedienta de sangre por debajo de la puerta de las sombras, de modo que era posible que todavía no nos hubiesen traicionado.

—Un Ojo, ¿percibes algo allí abajo?

No sabía si iba a responder. Parecía estar dormido de nuevo, con la barbilla descansando sobre su pecho. La gente le dejaba espacio porque era en estos momentos en que él manejaba su bastón. Unos pocos segundos después, sin embargo, levantó la barbilla, abrió los ojos y murmuró:

—Un lugar donde pueda descansar. —El viento que siempre nos acompañaba en la llanura estuvo a punto de arrebatarme las palabras—. Un lugar donde todo el mal sufre una muerte infinita. Aquí no se percibe ninguna maldad, Jovencita.

Las observaciones de Un Ojo excitaron a todos los que habían presenciado su episodio más reciente. Media docena más de hombres mostraron sus siluetas a todos los que estaban observando desde debajo. Aun así, había otros que parecían pensar que debíamos bajar en grupo de inmediato y de manera desordenada.

—¡Kendo! —exclamé—. ¡Slink! Quiero que cada uno de vosotros saque a seis hombres por la puerta. Armados hasta los dientes, incluyendo bambú. Slink, cubre la parte derecha de la carretera. Tú cubre la izquierda, Kendo. Ríos, tú estás de reserva. Coge a diez hombres y quédate esperando justo dentro de la puerta de las sombras. Te quedarás ahí y si algo les molesta serás el que vigile la retaguardia.

El entrenamiento y la disciplina tomaron el relevo. Ambos, en su forma más elevada, están entre las herramientas más potentes de la Compañía. Si se emplean adecuadamente, se convierten en nuestras armas más mortíferas. Tratamos de inculcar disciplina a los reclutas desde el primer día, junto con una saludable desconfianza de todos los de fuera. Tratamos de inculcarles a golpes lo que tienen que hacer en cada situación.

La pendiente que iba desde los límites de la llanura hacia la puerta de las sombras parecía extenderse a lo largo de kilómetros. Al bajarla sin el estandarte, me sentí totalmente desnudo. Tobo, que llevaba el pico dorado, tuvo que reemplazarme. Le

dije:

—No te encariñes demasiado con el trabajo, chaval. Podría ser todo lo que me quede si recuperamos al capitán y al teniente. Y si tu padre quiere que le devuelva su antiguo trabajo al completo, puede que no me quede ni eso.

Los experimentos demostraron rápidamente que la única llave que se necesitaba para abandonar la llanura era el pico. A pesar de eso, la puerta de las sombras sí que nos hizo sentir cierto cosquilleo.

Lo primero en lo que reparé al salir fue en una potente mezcla de olor a salvia y a pino, ya que en la llanura había habido pocos aromas. A continuación noté la increíble calidez. Este mundo era mucho más caluroso que la llanura. Aquí estaban a principios de otoño... de acuerdo con lo prometido, Sauce, de acuerdo con lo prometido.

Kendo y Slink continuaron moviendo a sus pelotones mientras observaban nuestros progresos. Cada vez pasaba más y más gente por la puerta. Me subí al semental negro para ver mejor, lo cual significó que alguien tenía que llevar a Un Ojo. Le dije a Sahra:

—Dirijámonos a esas ruinas. —Estaba a punto de añadir algún comentario acerca de que aquí era más fácil encontrar refugio, cuando Kendo dio un grito.

Miré hacia donde señalaba, y me costó mucho verlos. Los ancianos que estaban subiendo colina arriba llevaban togas casi del mismo color que la tierra y la carretera que había detrás de ellos. Eran cinco. Estaban inclinados y avanzaban con lentitud.

—Nos acabamos de delatar, y alguien estaba vigilando. ¡Doj!

Un desperdicio de aliento. El maestro de la espada ya se había puesto a descender la colina. Tobo y Gota lo seguían de cerca, lo cual no mejoró demasiado los nervios de Sahra. Fui hacia ellos a toda prisa y agarré al muchacho.

—Tú te quedas.

—¡Pero Dormilón...!

—¿Quieres discutirlo con Runmust e Iqbal?

No, no quería discutirlo con los enormes caballeros shadar.

Y yo no quería discutir con el Trol, así que la dejé marchar. De todos modos, ella podría ser mucho más intimidatoria que Doj. Doj era tan solo un anciano con una espada, mientras que ella era una anciana despiadada con una lengua virulenta.

Comprobé el estado de mi pequeña espada, que estaba deshecha, pero que haría maravillas si se abalanzaban sobre Doj. A continuación me puse a seguirlos yo también, y Sahra me acompañó.

Los ancianos vestidos de marrón miraron a Doj y a Gota. Doj y Gota los miraron a ellos. Aquellos cinco hombres parecían estar hechos por el mismo molde: eran casi tan anchos como altos, y con muchos años a cuestas.

Uno de los nativos dijo algo muy rápido en un lenguaje líquido. La cadencia era

inusual, pero las palabras sonaban vagamente familiares. Me quedé con la frase «Hijos de los Muertos». Doj contestó largo y tendido en nyueng bao, incluyendo las fórmulas «la Tierra de las Sombras Desconocidas» y «todo el mal sufre allí una muerte infinita». Los ancianos parecieron enormemente confusos por el acento de Doj, pero reconocieron aquellas frases lo suficientemente bien para que inquietarse. Yo no sabía si era una buena o una mala señal.

Madre Gota se puso a murmurar el conjuro que incluía, entre otras frases: «Llamando al cielo y la tierra, al día y la noche», y eso les excitó aún más.

Sahra me dijo:

—Obviamente, la lengua ha sufrido cambios radicales desde que los Hijos de los Muertos escaparon.

Me llevó un momento comprender que estaba traduciendo lo que Doj le había dicho aparte a Gota.

Los ancianos se pusieron a parlotear lo que parecía una serie de preguntas dirigidas a Doj, pero que este no pudo responder.

Sahra dijo:

—Parecen extremadamente preocupados por alguien a quien no dejan de llamar «ese malvado Merika Montera». También parecen preocupados por un alumno de este monstruo, un supuesto futuro gran maestro. Por lo visto, los dos fueron exiliados juntos.

—Merika Montera debe de ser Sombra Larga. Sabemos que hubo un tiempo en que utilizó el nombre Maricha Manthara Dhumraksha. Envió a un agente llamado Ashutosh Yaksha a vivir entre los nyueng bao en un intento de encontrar y robar la Llave que hemos traído con nosotros. El pico dorado.

Tío Doj me reprendió:

—Dormilón, estos ancianos no hablan tagliano ni dejagoran, pero aun así hay alguna que otra probabilidad de que reconozcan nuestra versión de los nombres que temen y odian más que a cualquier otra cosa. Ahora mismo están pidiendo a gritos respuestas acerca de un Achoes Tosiak-shah. Parece que Sombra Larga e Hilador de Sombras, antes de ser exiliados, fueron los últimos de una raza de hechiceros foráneos que esclavizaron a los antepasados de esta gente. Y esto lo hicieron mediante su capacidad de manipular las sombras asesinas que convocaban en la llanura.

—Por si no lo sabíamos, se trajeron el negocio con ellos. Diles a estos tipos lo que necesiten saber. Diles la verdad. Diles quiénes somos y lo que tenemos intención de hacer, y también lo que ya les hemos hecho a sus amiguetes Sombra Larga e Hilador de Sombras.

—Igual nos conviene saber algo más sobre ellos antes de contárselo todo.

—No esperarías que rompíes con tus hábitos más arraigados.

Doj asintió levemente dejando escapar una sonrisa casi imperceptible. Encaró a los ancianos y comenzó a hablar. Mientras, yo me di cuenta de que mi nyueng bao estaba mejorando, ya que en su monólogo pude distinguir perfectamente los nombres «Soldados de Piedra» y «Soldados de la Oscuridad». Los rostros nativos no dejaban de girarse hacia mí, presos de cada vez más estupefacción.

Sahra me dijo:

—Son una especie de monjes. Llevan observando mucho tiempo, y observar es lo que hace su orden, por si los Maestros de las Sombras intentan regresar. No esperaban que nadie viniese de verdad.

—Y especialmente no esperaban a mujeres, ¿eh?

—Eso les deja anonadados, y además Swan les preocupa. Las experiencias de sus ancestros con demonios blancos no fueron precisamente positivas.

En ese momento, como no podía ser de otra manera, el cuervo blanco descendió en picado y aterrizó en mi hombro. Por su parte, el grandioso semental negro, con la ciruela pasa que llevaba por jinete, se acercó para husmear. A medida que la conversación proseguía, aún aderezada con las expresiones «Soldado de Piedra», «Soldado de la Oscuridad», y «Guardián Inquebrantable», el resto del grupo se fue uniendo a nosotros movido por la curiosidad. En cuanto pude darme cuenta, vi qué Tobo estaba justo a mi lado junto con Runmust, Iqbal y Suruvhija, toda su prole, el perro, y una creciente multitud que farfullaba sobre lo que debíamos hacer con los Tomados, dónde íbamos a montar el campamento...

—¿Estás oyendo las preguntas? —le pregunté a Doj.

—Sí, las oigo. Me parece que se nos va a conceder todo este valle. Al menos por el momento, mientras ellos envían mensajes al Tribunal de Todas las Estaciones y el Expediente de los Nueve. Con el tiempo tendremos visitantes de mayor importancia, y hasta entonces (si los he entendido bien) podemos acampar donde queramos. De todos modos, el dialecto es un poco delicado, así que hay que ir con atención.

Varias docenas de ojos veteranos se pusieron a examinar el valle en busca de posiciones defendibles. No fue difícil localizarlas, ya que eran las mismas que las que recordábamos de las guerras de Kiaulune.

Me pregunté si todos los mundos conectados serían similares físicamente.

Hice saber mi elección, y nadie hizo ninguna objeción. Runmust y los Singh se apresuraron a explorar el lugar acompañados de una docena de hombres armados a prueba de bombas. Los cinco monjes ancianos no protestaron. Más que nada, parecían desconcertados y asombrados.

Y así fue como la Compañía Negra llegó a la Tierra de las Sombras Desconocidas en lugar de a la legendaria Khatovar. Fue en la Tierra de las Sombras Desconocidas donde la Compañía acampó, descansó y se recuperó; también fue allí donde yo llené de palabras libros y libros cuando no me encontraba planeando o liderando

expediciones que rescataran al resto de mis hermanos capturados e incluso a aquel malvado Merika Montera, para que se enfrentara a otro encuentro con la justicia que fuese mucho menos agradable que el que le había conducido al exilio. Los nietos de sus antiguos esclavos no le tenían ningún miedo.

Le conseguí un aplazamiento de la sentencia, a petición de Dama, para que pudiese ayudar con la educación de Tobo. El aplazamiento estaría vigente mientras cumpliera con ese trabajo de manera satisfactoria, pero ni un minuto más. Los monjes ancianos, que al igual que su primo Doj, no soltaban ni prenda, se mostraron de acuerdo en que Tobo debía ser entrenado, pero no quisieron revelarme sus motivos ni siquiera a mí.

Hubo un momento en que la Tierra de las Sombras Desconocidas ya había sufrido a muchos sacos de huesos descoloridos como Sombra Larga.

Eran invasores de otro mundo que no traían a sus esposas con ellos porque no las amaban.

Y así fue. Así fue.

Los soldados viven. Y se preguntan por qué.

Un Ojo sobrevivió otros cuatro años, y en ese período de tiempo sufrió varios derrames pero se recuperó lentamente de cada uno de ellos. Casi nunca abandonaba la casa que habíamos construido para él y Gota. La mayor parte del tiempo hacía pequeños ajustes a su lanza mientras Gota merodeaba por allí y armaba escándalo. Él también hacía lo propio y no dejaba de preocuparse ni un momento por la educación de Tobo.

Una vez más, Tobo se vio reprimido por padres reales y de alquiler.

Estudiaba con Un Ojo, estudiaba con Dama, estudiaba con Sombra Larga y el maestro Santaraksita, con la radisha y el prahbrindrah, Drah, y con los maestros de nuestro mundo adoptivo. Estudiaba mucho y muy bien, mucho más de lo que él quería. Tenía mucho talento. Era lo que su bisabuela Hong Tray había previsto.

Todos los Tomados regresaron con nosotros, excepto aquellos que murieron bajo la llanura, pero incluso los que se encontraban mejor (Murgén, Dama, el capitán) estaban extraños y profundamente cambiados. Ligeramente locos. Pero nosotros también estábamos cambiados, nos había cambiado la vida, de modo que aquellos que recordaban, aunque fuera un poco, les éramos totalmente extraños.

Nació un nuevo orden.

Tuvo que ser así.

Algún día volveremos a cruzar la llanura.

El agua duerme.

Por ahora me limito a descansar y me doy el lujo de escribir, de recordar a los caídos, de reflexionar sobre las vueltas tan raras que da la vida, de preguntarme qué plan debe de tener Dios si los buenos están condenados a morir jóvenes mientras que

los malvados prosperan, si los hombres honrados pueden cometer atrocidades mientras que los ruines demuestran inesperados resquicios de humanidad.

Los soldados viven. Y se preguntan por qué.

CAPÍTULO 99

El gran general emprendió la marcha hacia el sur a través del Dandha Presh momentos después de que la protectora le abandonara para poder ganar velocidad. En consecuencia, se encontró con Atrapa Almas en la parte sur de la cima justo una semana después. Hablaba sola continuamente en un comité de voces mientras estaba despierta y farfullaba en diferentes lenguas durante sus breves ataques de sueño. Mogaba pensó que la Hija de la Noche parecía encantada en su prepotencia instantes antes de que se derrumbara de agotamiento.

—Mátalos —instó Mogaba en cuanto tuvo la atención de Atrapa Almas y un poco de privacidad—. Esos dos no pueden dar más que problemas, y no hay modo de que puedan darte ningún beneficio si los mantienes con vida.

—Probablemente estés en lo cierto. —La voz de la protectora sonaba astuta—. Pero si soy lo suficientemente inteligente, puedo utilizar a la chica para intervenir en el poder de Kina como lo hizo mi hermana.

—Si hay algo que haya aprendido de una vida digna de mención por su enorme cantidad de decepciones, es que no puedes fiarte de la inteligencia. Ahora eres una mujer poderosa. Mátalos mientras puedas. Mátalos antes de que encuentren un modo de darle la vuelta a la tortilla. No necesitas fortalecerte más. No hay nadie en este mundo capaz de desafiarte.

—Siempre hay alguien, Mogaba.

—Mátalos. Seguro que no malgastarán ni un segundo contigo.

Atrapa Almas se acercó a la Hija de la Noche, quien no se había movido ni un milímetro desde que había caído rendida.

—Mi querida sobrinita no me haría daño. —La voz que escogió podría haber sido la de una inocente muchacha de catorce años respondiendo a la acusación de que su amante de veinticinco solo quería una cosa de ella. A continuación emitió una carcajada cruel y propinó una patada feroz a la Hija de la Noche—. Que se te pase por la cabeza, zorra, que te asaré viva y devoraré tus extremidades una por una. Y además me aseguraré de que vivas lo suficiente como para ver morir a tu madre primero.

El gran general ni se movió ni hizo ningún comentario. Su cara no dejaba ver nada, ni siquiera para el fino ojo de Atrapa Almas. Sin embargo, en el fondo de su corazón comprendió que había vuelto a aliarse con la total e impredecible locura, y aun así no tenía ninguna opción más que montar al tigre.

—Quizá debiésemos pensar en cómo proteger nuestras mentes de la intrusión de la Reina del Terror y la Oscuridad.

—Cuando tu vas, yo vengo, general. Yo soy la profesional aquí. —Esta voz era la de un tímido, pero engréido funcionario, que a continuación pasó a convertirse en la

de una mujer confiada y familiar, voz que Mogaba sospechaba que era la voz verdadera de Atrapa Almas. Se parecía mucho a la de su hermana, Dama—. Me he pasado la última semana cuidándome las ampollas de los pies y pensando. Se me han ocurrido formidables nuevos tormentos a los que someter a la Compañía Negra, pero ahora es demasiado tarde para disfrutarlos. ¿No es lo que pasa siempre, que siempre se piensa en la réplica perfecta como una hora después de que pueda servir para algo? Supongo que encontraré otros enemigos y así mi innovación no se verá malgastada. No obstante, la mayor parte del tiempo estuve reflexionando sobre cuál sería la mejor forma de sortear el poder de Kina. —No temía nombrar a la diosa directamente—. Y podemos hacerlo.

La Hija de la Noche se movió ligeramente. Sus hombros se tensaron y levantó la mirada un instante. Parecía un poco insegura, un poco preocupada.

Por primera vez desde su nacimiento, estaba completamente incomunicada con su progenitora. Llevaba incomunicada varios días. Algo andaba mal. Algo andaba muy, pero que muy mal.

Atrapa Almas miró a Narayan Singh. Aquel viejo ya no servía de mucho. Podría probar sus nuevos tormentos con él ante un público apropiado una vez estuviesen de vuelta en Taglios.

—General, si me voy por uno de tantos caminos que me suelen distraer, quiero que me devuelvas a lo que tenemos entre manos. Es decir, la construcción de un imperio, y, en mi tiempo libre, la creación de una nueva alfombra voladora. Creo que conozco bastante los secretos de Aullador como para apañármelas. Esta última semana me ha obligado a admitir que no poseo una afición innata por el ejercicio físico.

Atrapa Almas empujó a la Hija de la Noche una vez más y después se sentó en un leño picado para quitarse las botas.

—Mogaba, no le cuentes nunca a nadie que has visto a la mejor hechicera del mundo con dificultades para arreglárselas con algo tan trivial como las ampollas.

Narayan Singh, que había estado roncando de manera irregular, se incorporó de repente y se agarró a los barrotes de su jaula con el rostro contorsionado por el terror y más de color calabaza que nunca.

—¡El agua duerme! —gritó—. ¡Thi Kim! ¡Thi Kim está de camino! —Y a continuación volvió a desplomarse y a quedarse inconsciente, aunque su cuerpo continuó sufriendo espasmos.

Atrapa Almas gruñó con suavidad:

—¿Qué el agua duerme? Ya veremos lo que pueden hacer los muertos al respecto. —Esta vez ya no quedaba ninguno. Ahora el mundo era suyo—. ¿Qué más ha dicho?

—Algo que sonaba como un nombre nyueng bao.

—Ah, sí. Pero no era un nombre. Era algo sobre la muerte. O sobre un asesinato.

Thi Kim. De camino. Veamos... ¿podría tratarse de un apodo? ¿El caminante de asesinatos? Debería aprender mejor el idioma.

La Hija de la Noche, según percibió Almas, se estaba agitando más que Singh.

El viento gime y aúlla entre los colmillos de hielo. Sopla violentamente alrededor de la fortaleza anónima, pero esta noche ni los rayos ni la tormenta tienen poder alguno para molestar. La criatura del trono de madera está relajada. Descansará cómodamente a través de una noche de años por primera vez en un largo milenio. Los puñales plateados no suponen ninguna molestia en absoluto.

Shivetya duerme, y sueña con el fin de la inmortalidad.

La furia cruje entre las piedras verticales. Las sombras huyen. Las sombras se esconden. Las sombras se acurrucan presas del terror.

La inmortalidad se ve amenazada.